HISTORIA UNIVERSAL SIGLO XXI

el siglo XX

Europa 1918-1945

R. A. C. PARKER



HISTORIA UNIVERSAL

SIGLO XXI

Volumen 34

EL AUTOR

R. A. C. Parker

R. A. C. Parker nació en 1927. Fue profesor de historia moderna en la Universidad de Manchester en 1957 y posteriormente en el Queen's College de Oxford. Entre sus obras resaltamos *Coke of Norfolk and the Agrarian Revolution* y *France and the Rhineland Crisis of 1936*.

TRADUCTOR

Joaquín Maestre

DISEÑO DE LA CUBIERTA

Julio Silva

Historia Universal
Siglo veintiuno

Volumen 34

EL SIGLO XX. EUROPA, 1918-1945

por
R. A. C. Parker





siglo veintiuno editores, sa de cv
CERRO DEL AGUA 248, DELEGACIÓN COYOACÁN, 04310 MÉXICO, D.F.

siglo veintiuno de españa editores, sa
C/PLAZA 5, MADRID 33, ESPAÑA

siglo veintiuno argentina editores, sa

siglo veintiuno de colombia, ltda
AV. 3a. 17-73 PRIMER PISO, BOGOTÁ, D.E. COLOMBIA

primera edición en español, 1978

decimosegunda edición en español, 1987

ISBN 968-23-0009-6 (obra completa)
ISBN 968-23-0216-7 (volumen 34)

primera edición en alemán, 1967

título original: das zwanzigste jahrhundert, 1918-1945

impreso y hecho en méxico/printed and made in mexico



Indice

1. LA PAZ CON ALEMANIA 1

2. LA PAZ CON AUSTRIA, HUNGRIA Y BULGARIA 22

3. LA PAZ CON TURQUIA 36

4. LA CONSOLIDACION DE LA PAZ: RUSIA 44

5. LA CONSOLIDACION DE LA PAZ: GRAN BRETAÑA, FRANCIA Y EL PROBLEMA ALEMAN 61

I. Años de tensión. Reparaciones por daños de la guerra. El problema de las fronteras. El rearme alemán, 61.—II. El período de acercamiento. Stresemann y Briand, 83.—III. La posición de Italia, 98.

6. EUROPA ENTRE LAS DOS GUERRAS: TENDENCIAS ECONOMICAS Y SOCIALES 103

7. INGLATERRA DE 1919 A 1939 131

8. ITALIA DE 1919 A 1940 156

9. FRANCIA DE 1919 A 1940 185

10. ESPAÑA DE 1919 A 1945 216

11. ALEMANIA DE 1919 A 1939 240

12. EL FINAL DE LA PAZ (1929-1933) 271

13. EL PRELUDIO DE LA GUERRA 293

I. La subida de Hitler y las potencias europeas. Los esfuerzos por el rearme. Nuevas alianzas, 293.—II. La prueba de fuerza del fascismo. La guerra de Etiopía.

La remilitarización de la Renania. La guerra civil española, 320.—III. Los orígenes de la segunda guerra mundial. El «anschluss» de Austria; la invasión de Checoslovaquia; el ataque a Polonia, 342.

14. LA SEGUNDA GUERRA MUNDIAL (1939-1945) 383

NOTAS 413

BIBLIOGRAFIA SELECCIONADA 429

INDICE ALFABETICO 433

INDICE DE ILUSTRACIONES 441

Nota del autor

Este volumen deberá ceñirse al estudio de la historia de Europa de entreguerras, con un capítulo que, a modo de conclusión, examinará algunos aspectos de la última guerra mundial. Otros volúmenes de esta HISTORIA UNIVERSAL se ocupan de Rusia (vol. 31) y de los países no europeos. Las limitaciones de espacio me obligaron a elegir entre la posibilidad de aportar una amplia gama de información o la de examinar más detalladamente algunos de los puntos de la historia europea. He decidido adoptar la segunda opción y soy plenamente consciente de las omisiones que conlleva.

R. A. C. Parker

1. La paz con Alemania

Los ciudadanos y los políticos de los principales países que lucharon en la primera guerra mundial, excepto los italianos y los japoneses, creían firmemente que estaban comprometidos en una lucha defensiva. El gobierno austrohúngaro lanzó su ataque en 1914 para salvar a la monarquía de las secretas maquinaciones de Serbia; Rusia se consideraba obligada a resistir el avance alemán que se extendía en el sudeste de Europa y los Estrechos; Alemania intentaba evitar, antes de que fuera demasiado tarde, los peligros de verse cercada, y defenderse contra un complot eslavo que proyectaba la destrucción de su aliado, un complot fraguado en San Petersburgo con el apoyo de Francia y la connivencia del ministerio de Asuntos Exteriores inglés; Francia permaneció impasible ante el intento alemán para que rompiera su alianza defensiva con Rusia, y como resultado se vio invadida; el ministerio de Asuntos Exteriores inglés consideró que el equilibrio europeo estaba amenazado por Alemania, y la opinión pública inglesa que Bélgica había sido vergonzosamente ultrajada. No hay duda de que muchas de estas potencias albergaron ambiciosos designios, una vez que la guerra hubo comenzado, pero ninguna de ellas supuso que su propio país había entrado en el conflicto por otras razones que no fueran las de mera autodefensa. Incluso en Alemania, donde antes de la guerra las sociedades patrióticas, los escritores, los industriales y demás se mostraban beligerantes en cuanto portavoces o predicadores de diversos programas para aumentar la grandeza de Alemania, cuando comenzaron las hostilidades éstas fueron consideradas estrictamente como impuestas al país por los acontecimientos externos, y aquellos militares que aceptaban voluntariamente la idea de la guerra en 1914 no cesaron de insistir en la necesidad de una guerra preventiva contra peligrosos enemigos cuyo poder era de temer creciese cada vez más; los subsiguientes intereses militares por las conquistas fueron consecuencia de la guerra, no su causa. Los Estados Unidos entraron también para defender algo: el derecho internacional y la moralidad pública. Entre las grandes potencias, sólo Italia y Japón hicieron la guerra alentadas por ambiciones territoriales, y ambas se lanzaron a la misma sin ser en absoluto responsables de su estallido. En una palabra, los pue-

blos y los estadistas de todas las grandes potencias estaban convencidos de que el culpable de la guerra era otro.

En el bando aliado, al finalizar la guerra se hallaba firmemente arraigada la convicción de que Alemania era la culpable de todo. El poderío industril alemán y su valor militar permitieron la prolongación de la guerra; para Francia, Inglaterra y América, Alemania había sido el principal y más formidable enemigo, y se concluyó, sin más, que la contribución de Austria-Hungría al estallido de la guerra había sido tan escasa como su participación a lo largo de la misma, según la apreciación de todas las potencias vencedoras excepto, una vez más, Italia.

Es más: las potencias occidentales dieron por cierta la creencia de que Alemania misma compartía igualmente esta teoría acerca de su responsabilidad en la guerra. Por consiguiente, en el tratado de Versalles, los autores de la cláusula sobre los «culpables de la guerra» consideraron que no hacían sino plasmar una verdad incontestable cuando insistían en que Alemania era la responsable de las consecuencias de la guerra alemana y, por tanto, estaba obligada a ofrecer una reparación económica a estos países. El resentimiento alemán ante esta cláusula sorprendió en París a los delegados de las naciones vencedoras y la protesta oficial de los representantes alemanes contra este preámbulo a las cláusulas de reparación fue rechazada alegremente.

«Los gobiernos *aliados* y asociados afirman, y Alemania acepta, la responsabilidad de Alemania y sus aliados por haber causado todos los daños y pérdidas a los cuales los gobiernos aliados y asociados y sus súbditos se han visto sometidos como consecuencia de la guerra impuesta a ellos por la agresión de Alemania y sus *aliados.*»

Para los que redactaron el tratado, se trataba obviamente de algo razonable; para los alemanes suponía una flagrante tergiversación de la verdad. En mayo de 1919 el presidente Wilson comentó así la protesta alemana: «Todavía hoy insisten en que no fueron ellos quienes causaron la guerra. Esta actitud es increíble» [1]. Este contraste explica cómo una paz que un bando consideraba seriamente como la encarnación de la justicia, pareció al contrario no ser sino una inicua opresión. Los enemigos de Alemania la juzgaron culpable de un grave crimen, los alemanes se consideraron a sí mismos inocentes. Así, para los alemanes, la justicia implicaba diferentes contenidos que para los aliados. Esto es importante, ya que, antes de que se firmara el armisticio en noviembre de 1918, al gobierno alemán le fue hecha la promesa de que la paz sería justa (éste fue el mensaje del presidente de los Estados Unidos, Woodrow Wilson, en los discursos sobre cuya base se planteó el futuro armisticio).

Estas resonantes declaraciones contenían un fastuoso plan que configuraría la posguerra garantizando una paz perpetua, un plan que obtendría el aplauso de todos los hombres con mentalidad liberal y que proporcionaría una justificación moral a la lucha aliada contra una Alemania que en Brest-Litovsk había impuesto a Rusia una paz desfasada, del más riguroso corte. Los discursos de Wilson dejaban bien sentado que la paz sólo podría estar basada en la justicia. La justicia internacional significaba esencialmente el ejercicio del derecho de autodeterminación por parte de todos los pueblos, lo que equivale a decir que las fronteras deberían ser trazadas de acuerdo con los deseos de las poblaciones afectadas. Entonces los pueblos del mundo cesarían de ambicionar el cambio de fronteras, y la principal causa de la guerra desaparecería. Formas democráticas de gobierno asegurarían que la conformidad de las poblaciones de los Estados con sus fronteras se reflejara en una política exterior decididamente pacífica. Un control democrático de la política exterior se haría factible por medio de una diplomacia abierta. En caso de surgir auténticos roces, las restantes naciones del mundo, alistadas en la Sociedad de Naciones, harían que se impartiera la justicia. Si, por desgracia, un Estado cayera en manos de diplomáticos del viejo estilo o militares irresponsables y llegara a mostrarse agresivo, los otros Estados del mundo ejercerían presiones bajo la dirección de la Sociedad de Naciones. La presión económica o incluso moral sería suficiente; si no fuera así, los miembros de la Sociedad quedarían autorizados para usar la fuerza armada. Como Wilson dijo en julio de 1918, «lo que deseamos es el imperio del derecho, basado en el consentimiento de los gobernados y sustentado por la opinión organizada de la humanidad». Esta impresionante estructura se apoyaría en una justicia imparcial entre las naciones. Wilson declaró en septiembre de 1918:

«La justicia imparcial que nos proponemos como meta no debe suponer discriminación alguna entre aquéllos con los cuales deseemos ser justos y aquéllos con los cuales no deseemos ser justos. Debe ser la justicia que no admite favoritismos y que no conoce otros criterios que los idénticos derechos de los diversos pueblos bajo su regla.»

En abril de 1918 se prometió justicia para Alemania: «Proponer en cualquier momento a Alemania otra cosa que no sea justicia, justicia imparcial y desapasionada, cualquiera que sea el resultado de la guerra, sería renunciar y deshonrar a nuestra propia causa.» Pero, ¿qué era lo justo para Alemania? Para los alemanes, cualquier clase de mengua de un tratamiento igualitario sería una injusticia, una traición a aquellas solemnes garantías. Sin embargo, para los que hicieron la paz, la justicia para Alema-

nia no significaba un tratamiento igual para ésta, ya que un criminal debe ser tratado de manera diferente a sus víctimas. Wilson creía en esto con la misma firmeza que Lloyd George o Clemenceau, como se hace patente tras un atento examen de sus discursos. Por esto, en abril de 1918 Wilson proclamó:

«Alemania ha dicho otra vez que la fuerza y sólo la fuerza decidirá el que la justicia y la paz inspiren los actos de los hombres, el que el derecho, tal como América lo concibe, o la dominación, tal como la concibe Alemania, determinen los destinos de la humanidad.»

Y, en septiembre de 1918, añadió que «Alemania tendrá que redimir su imagen no a través de lo que ocurra en la mesa de negociaciones sino de lo que suceda posteriormente». La naturaleza de la parte más importante de la paz de París, el tratado de Versalles, no puede ser entendida a menos que se acepte que los que firmaron la paz consideraban que Alemania había sido agresiva y traidora.

La paz de París se componía de cuatro tratados, con Alemania, Austria-Hungría, Bulgaria y Turquía. El tratado con Alemania, el tratado de Versalles, fue con mucho el más importante. La monarquía de los Habsburgo de la preguerra había desaparecido hacia 1918, la suerte de Bulgaria sólo podía tener repercusiones locales, el Imperio otomano estaba ya desmembrado, pero a principios de 1919 Alemania permanecía intacta y, al menos potencialmente, constituía la más poderosa nación de Europa tanto en lo económico como en lo militar. Lo cierto es que la fuerza potencial relativa de Alemania parecía incluso mayor en 1919 que en 1914, ya que Rusia se hallaba desgarrada por su guerra civil. El problema principal que se planteaba en 1919 era qué hacer con Alemania, y siguió siendo el problema principal en la política internacional hasta 1945. En caso de que existieran divergencias entre los que gobernasen a Alemania y los dirigentes de otros Estados europeos, Europa se hallaría en peligro de una nueva guerra. A grandes rasgos existían dos maneras de resolver este problema: debilitando a Alemania o haciendo que un número suficiente de alemanes se sintieran satisfechos con la configuración de la nueva Europa, de manera que se hiciera imposible para sus futuros dirigentes lanzarse a una guerra a fin de modificar esta configuración. El tratado fue un compromiso entre estas dos soluciones: ahí reside precisamente la causa de su fracaso.

La mayor parte de los franceses deseaban debilitar a Alemania, lo que equivalía a desarmarla, privarla de su integridad territorial e incluso de su unidad, ocuparla militarmente, quitarle su dinero y rodearla de poderosos enemigos. En 1919 la mayoría

de los franceses adoptó el punto de vista de que intentar una reconciliación con Alemania era perseguir una absurda quimera. Esto era completamente cierto desde su óptica, ya que ningún acuerdo concebible con Alemania que hubiera sido aceptable para la opinión pública británica o americana, ni mucho menos para la francesa o la polaca, habría podido conseguir la aquiescencia de la mayoría de los alemanes. Por ejemplo, jamás ha podido ser trazada una frontera entre Polonia y Alemania con posibilidades de obtener el consentimiento simultáneo de polacos y alemanes; en 1919 hubiera sido imposible favorecer a los alemanes sacrificando a los polacos, aunque Lloyd George no estuvo lejos de intentarlo. En consecuencia, en 1919 el gobierno francés deseaba ardientemente una paz que aplastara a Alemania. Las propias divergencias francesas entre el presidente Poincaré y el mariscal Foch, de una parte, y el primer ministro, Clemenceau, de otra, giraban sólo en torno a un punto: determinar si merecía la pena arriesgarse a perder el apoyo de los ingleses y americanos por intentar aplastar a Alemania.

Poincaré, Foch y la derecha francesa opinaban que Alemania debía ser debilitada y mantenida en este estado prescindiendo de la opinión anglosajona sobre este punto; Clemenceau y la izquierda preferían mantener un entendimiento con Inglaterra y América y estaban dispuestos a admitir un compromiso en su política con respecto a Alemania: este conflicto entre ideologías francesas continuaría a lo largo de la siguiente década. Clemenceau era un moderado y la Alemania de entreguerras tuvo mucho que agradecer a su voluntad de llegar a un compromiso. Clemenceau, como jefe de la delegación francesa en la Conferencia de Paz, trabajó brillante y victoriosamente para evitar que Francia perdiese el apoyo angloamericano. Francia perdió sus aliados más tarde porque Wilson no llegó a conseguir la ratificación del tratado en los Estados Unidos, y porque Poincaré se enemistó con Inglaterra.

La segunda solución era defendida por Lloyd George, el primer ministro británico, que era por encima de todo un político, un hombre dispuesto al compromiso, de principios flexibles, y dotado de una considerable mano izquierda. Fue él quien una y otra vez sugirió la fórmula, la solución a los espinosos problemas que todos pudieran aceptar. Comunicativo con la opinión pública y sensible a la misma, en absoluto estaba dispuesto a chocar abiertamente con ella. Consiguientemente, su acción política no estuvo dominada por principios abstractos de moralidad. Esto tuvo una importante consecuencia: le convirtió a efectos prácticos en un hombre menos hostil a Alemania que el presidente Wilson. Este último seguía haciendo hincapié en las anteriores actua-

ciones alemanas, condenándolas, y estaba decidido a hacer discriminaciones contra Alemania; en cambio Lloyd George no tomó demasiado en consideración las pasadas fechorías, pese a que estaban aún recientes, y pensaba únicamente en configurar el futuro. Lloyd George reconocía, como los franceses, que la cuestión alemana era decisiva, pero, mientras los franceses pretendían debilitar a Alemania, él prefería convencerla de que aceptase voluntariamente la situación posbélica. Tenía tres razones para ello: convertirla en un país pacífico, llevar la prosperidad a Alemania y consiguientemente a Europa y evitar el deslizamiento de Alemania hacia el bolchevismo. En Versalles fue Lloyd George y no Wilson quien luchó más ardientemente por los intereses alemanes, aunque su acción fue más eficaz en aquellas zonas que afectaban menos a la opinión pública británica, como Prusia oriental y Silesia.

Keynes en su famoso libro *The economic consequences of the peace* [*Las consecuencias económicas de la paz*] ofrece un cuadro tan brillante como inexacto de dicha conferencia: un choque entre los principios wilsonianos y el egoísmo europeo en el cual Wilson fue inducido con engaño y astucia por Lloyd George y Clemenceau a imponer a Alemania una paz difícil y sin escrúpulos. Para los franceses la paz estaba lejos de ser una cosa u otra y Clemenceau fue acusado de traición por algunos de sus compatriotas; Wilson estaba convencido de haber tratado a Alemania con toda la justicia posible; Lloyd George, en cambio, no estaba tan satisfecho con el tratado de Versalles como Wilson. De hecho, Wilson y Clemenceau hallaron menos dificultades en ponerse de acuerdo de lo que suele creerse: acerca del tratado con Alemania fue Lloyd George quien planteó más problemas a Clemenceau. Una vez más, a lo largo de las conferencias más secretas los principales conflictos entre los líderes de los países aliados y asociados (Gran Bretaña, Francia, Italia, Japón y los Estados Unidos) surgieron en torno a las exigencias italianas y a la partición del Imperio turco, y no en torno a Alemania.

El tratado con Alemania, el tratado de Versalles, fue la obra personal de estos tres hombres, Clemenceau, Lloyd George y Wilson. Sus decisiones finales fueron tomadas en discusiones mantenidas entre ellos, sobre todo en el Consejo de los Cuatro, siendo el cuarto miembro el italiano Orlando, quien sólo participó mínimamente en la redacción del tratado con Alemania. La representación alemana sólo fue tomada en cuenta después de que se hubiera presentado un proyecto ya acabado a los delegados alemanes convocados al efecto. La obra del Consejo de los Cuatro estuvo basada en estudios preliminares realizados por comisiones nombradas por los cuatro gobiernos una vez oídas las representacio-

nes de las naciones directamente afectadas. Los delegados japoneses fueron tratados en pie de igualdad con las cuatro potencias europeas cuando se discutían las cuestiones de Extremo Oriente y el Pacífico. Las discusiones del Consejo de los Cuatro eran secretas en principio; así la diplomacia abierta vino a significar únicamente que no habría tratados secretos, pero no que las negociaciones debieran ser públicas. Los problemas menos importantes fueron discutidos por los ministros de Asuntos Exteriores de las grandes potencias, mientras en las sesiones plenarias que reunían a toda la conferencia sólo se debatían cuestiones puramente formales.

Las principales cuestiones que el tratado de Versalles intentaba resolver eran las reparaciones, las fronteras de Alemania, el desarme alemán y la suerte de las colonias alemanas. En cuanto a las reparaciones, las preguntas a las que se debía encontrar una respuesta eran cuánto tendría que pagar Alemania y cuánto podría pagar. Los catorce puntos de Wilson dejaban bien sentado que Bélgica y las regiones francesas que habían sido invadidas debían ser «reparadas». El 5 de noviembre de 1918, Lansing, secretario de Estado de los Estados Unidos, escribió al gobierno alemán:

«Los gobiernos aliados consideran que no cabe ninguna duda acerca de lo que esa medida implica. Por ello, entienden que la compensación será hecha por Alemania en virtud de todos los daños causados a la población civil de los aliados y a sus propiedades como consecuencia de la agresión alemana por tierra, mar y aire.»

De esta manera el gobierno alemán quedó avisado, antes de que se firmara el armisticio, de la interpretación extensiva que se iba a dar a la cláusula de reparación contenida en los catorce puntos. Por medio del tratado se obligaba a Alemania a aceptar que debía pagar mucho más de lo que con toda probabilidad podía, quedando para más tarde el cálculo de la cifra exacta; también se le aseguró, aunque con menos claridad, que tal vez al final no se le exigiría pagar más de lo que pudiera; en todo caso, esta cifra también quedaba para ser determinada más adelante.

Estas cláusulas del tratado motivaron una comprensible decepción en Alemania y una creciente actitud crítica por parte de los economistas, capitaneados por Keynes. ¿Cómo se llegó a esta situación? Lloyd George ambicionaba tres objetivos: que la vida en la futura Alemania fuese soportable, que Inglaterra obtuviera la mayor parte posible de los pagos efectuados por Alemania, y que la opinión pública inglesa quedara convencida de que Alemania iba a ser tratada con la máxima dureza. El segundo y el tercer objetivos quedaban automáticamente garantizados gracias a la inclusión en la cuenta que se iba a presentar a Alemania

de las pensiones a pagar por los aliados a las viudas, a los soldados mutilados y a las personas dependientes de los que lucharon durante la guerra. Unicamente se garantizaba a Alemania un futuro mínimamente soportable posponiendo la declaración definitiva sobre la cantidad que ésta debía pagar hasta que la opinión pública se enfriase un tanto. Clemenceau deseaba obtener para Francia el máximo de estos pagos. Wilson y sus consejeros deseaban calcular lo que se podía esperar razonablemente que Alemania pagara, para exigir esa cifra. Sin embargo, Wilson se abstuvo de imponer vigorosamente su punto de vista, ya que su posición se hallaba debilitada por su propia creencia en la responsabilidad alemana y por el hecho de que si aunque los Estados Unidos renunciaban a las indemnizaciones que les correspondieran, se negaban en rotundo a aceptar cualquier reducción de las deudas aliadas hacia ellos. Una vez más, Wilson se enfrentaba constantemente al hecho indudable de que Inglaterra y Francia habían sufrido los efectos de la guerra con mayor intensidad que su propio país (a estos efectos, las listas de bajas de Francia, Inglaterra e Italia le eran presentadas repetidamente).

El 2 de junio de 1919, Lloyd George, alarmado por la posibilidad de que los alemanes rehusaran firmar el tratado, sugirió fijar una cifra por adelantado, haciéndose portavoz de las críticas de la delegación británica hacia «el indefinido e ilimitado carácter de la deuda impuesta a Alemania». Pero cambió rápidamente de parecer y el 7 de junio afirmó que «los americanos insisten en fijar inmediatamente una cifra total; el señor Loucheur [por Francia] piensa que es imposible; estoy de acuerdo con él» y finalmente el 9 de junio, «Nada sería más peligroso. La cifra que fijásemos aterrorizaría a los alemanes o bien impediría que el señor Clemenceau o yo consiguiéramos que la opinión pública llegase a aceptarla» [2]. El tratado aplazó toda decisión: el importe de los daños que Alemania estaba obligada a satisfacer habría de ser determinado por una comisión compuesta de delegados de las grandes potencias —además de Bélgica y Yugoslavia—, la cual habría de notificar la cifra a Alemania no más tarde del 1 de mayo de 1921, estableciéndose asimismo un programa de pagos a realizar que finalizaría en 1951. La comisión podría posponer los pagos después de oír a los representantes alemanes, considerando la capacidad real alemana a estos efectos, pero no podría cancelar cantidad alguna sin la autorización específica de los gobiernos representados en la comisión. Algunos pagos se reclamaban en especie, principalmente la cesión de todos los buques mercantes alemanes de más de 1.600 toneladas y una cierta proporción de barcos más pequeños, así como partidas de carbón, ganado y productos químicos. De esta manera, una peli-

grosa y amenazadora incertidumbre se cernía sobre la economía alemana.

Entre los que hicieron la paz surgieron múltiples disputas acerca de la fijación de las fronteras alemanas. Hubo una cuestión que fue decidida sin ninguna dificultad: Alsacia y Lorena deberían ser devueltas a Francia. El octavo punto de Wilson había puesto de manifiesto que «la injusticia hecha por Prusia a Francia en 1871 en el problema de Alsacia-Lorena, que ha desequilibrado la paz del mundo durante casi cincuenta años, debe ser reparada para que esta paz pueda una vez más quedar garantizada en beneficio de todos». Sin embargo, las peticiones francesas, basadas asimismo en la necesidad de asegurar la paz, fueron más lejos. Por ejemplo, Clemenceau dijo a sus colegas el 28 de marzo de 1919: «No piensen que [los alemanes] nos perdonarán alguna vez. Sólo están buscando una ocasión para vengarse; nada podrá borrar el resentimiento de aquellos que pretendieron establecer su dominación sobre todo el mundo y que se consideraron tan cerca de lograrlo.» Lloyd George declaró en réplica que «los ingleses están atemorizados ante el hecho de que vuelva a crearse otra nueva Alsacia-Lorena»[3]. La política francesa se basaba en la convicción de que por hacer justicia a Alemania no se crearía en ningún caso una Alemania pacífica: Lloyd George creía que la injusticia hacia Alemania engendraría con certeza una futura guerra; Wilson consideraba que la injusticia infligida a cualquier país podía traer la guerra. Las principales demandas francesas, largamente premeditadas (la aquiescencia del gobierno imperial ruso había sido ya garantizada a principios de 1917) se centraban en la necesidad de una ocupación militar, francesa o aliada, de duración indefinida, de la orilla izquierda del Rin y de sus principales cabezas de puente.

Los argumentos usados por el mariscal Foch —comandante en jefe francés de los ejércitos aliados— en sus discursos y documentos, así como las comunicaciones oficiales y oficiosas del gobierno francés se basaban en la convicción de que no se podía confiar ni siquiera en una Alemania republicana, ya que ésta se volvería tan belicosa como se suponía que lo había sido el Imperio. Era necesario el empleo de la fuerza para poner coto a estas tendencias agresivas, ya se dirigieran al este o al oeste. Rusia quedaba descartada, la ayuda británica o americana podía llegar demasiado tarde; consiguientemente todo el peso caería sobre Francia, que habría de hacer frente al resurgir del militarismo alemán, hasta que en un futuro remoto e indefinido la Sociedad de Naciones pudiera asumir esta carga. Sin embargo, Francia contaba con menos hombres y unos recursos industriales más reducidos que Alemania, y esta disparidad debía ser equili-

brada protegiendo a Francia con la barrera defensiva que el Rin constituye. Una vez en posesión de los puentes, Francia podría dificultar una rápida concentración de tropas alemanas en el oeste, además de desplegar con facilidad sus fuerzas para desbaratar la retaguardia de las fuerzas alemanas que amenazasen los nuevos Estados de Europa oriental [4]. La vigilancia francesa del Rin sería más sencilla si la Renania no perteneciese a Alemania (aunque estas últimas peticiones fueron formuladas en un tono sensiblemente más tímido). El general francés Mangin fomentó un movimiento separatista en el oeste de Alemania.

Clemenceau desistió, frente a la decidida resistencia tanto de Wilson como de Lloyd George, y la idea de una ocupación indefinida fue abandonada; se ordenó a los paladines franceses de una república del Rin que cesaran en sus intrigas. Esta fue la mayor concesión hecha por Clemenceau, lo cual da una idea de su enorme interés por conservar la ayuda angloamericana. Ello le valió una severa censura por parte del presidente Poincaré, que no tomó demasiado en cuenta, además de la hosca enemistad de Foch, lo que le puso en apuros y contribuyó a su derrota como candidato a la presidencia de la República, cosa que le afectó profundamente.

Por supuesto, Clemenceau obtuvo las principales concesiones que buscaba, si bien antes recibió un documento de Lloyd George que le desagradó sumamente: el memorándum de Fontainebleau del 25 de marzo de 1919, «Algunas consideraciones en torno a la Conferencia de Paz antes de que ésta elabore sus conclusiones definitivas». Eran las consideraciones que inspirarían la política exterior británica durante los siguientes veinte años: sólo podría ser garantizada la paz si ésta obtenía el consentimiento tanto de los vencedores como de los vencidos. Alemania debía prosperar: «No podemos desmantelarla y simultáneamente esperar que pague». Alemania no debía caer en brazos del comunismo: «El peligro mayor que veo en este caso es que Alemania se vea tentada a compartir la suerte del bolchevismo.» Alemania no podía ser dejada permanentemente en una situación militar inferior a la de las otras grandes potencias: «Es inútil tratar de imponer a Alemania una limitación permanente de armamentos, a menos que nosotros mismos también estemos dispuestos a imponernos una limitación semejante.» «A fin de cuentas si siente que ha sido tratada injustamente en la paz de 1919, encontrará los medios de exigir un desquite a sus conquistadores.» Como vemos, la teoría británica de apaciguar a Alemania se hallaba arraigada incluso antes de que se hiciera la paz [5]. Sin embargo, Lloyd George quería firmar pronto la paz para devolver la estabilidad a Europa, y para ello también era necesario hacer concesiones al lado francés.

El paso más importante fue la promesa hecha por Lloyd George y Wilson de una garantía militar conjunta angloamericana en caso de que Francia fuera atacada por Alemania; pero esto suponía un giro en la política exterior de ambos países que resultó demasiado drástico para que el Senado de los Estados Unidos lo aceptase. Una vez más, tanto Wilson como Lloyd George, se mostraron dispuestos a aceptar una zona desmilitarizada, prohibiéndose a Alemania el envío de soldados o el mantenimiento de cualquier tipo de instalaciones militares a menos de cincuenta kilómetros al este del Rin. También estuvieron de acuerdo en una ocupación interaliada de la Renania, pero sólo durante un plazo limitado de años, como medio de asegurar el cumplimiento del tratado, y en particular de las cláusulas de reparación por parte de Alemania. Esto dio pie a Clemenceau para reanudar su proyecto de una ocupación permanente; llegó a realizar ciertos progresos en este sentido cuando consiguió el consentimiento de Wilson para un período de ocupación de quince años, habiendo de realizarse las sucesivas retiradas en tres etapas de cinco años. Este acuerdo se llevó a cabo cuando Lloyd George se encontraba en Inglaterra, y cuando regresó tuvo que aceptar el hecho consumado. Clemenceau fue aún más lejos y consiguió la aquiescencia de sus colegas para que se añadiera al artículo 429 del tratado de Versalles, que trataba de la ocupación, un párrafo declarando que ésta podía durar más de quince años si al final de este período los gobiernos aliados y asociados no consideraban suficientes las garantías de no agresión por parte de Alemania. Adicionalmente, el artículo 430 establecía que cualquier incumplimiento de las cláusulas de reparación por parte de Alemania traería aneja una reocupación inmediata.

Lloyd George hizo otro intento de reducir el período de la ocupación durante las etapas finales de la discusión del tratado de Versalles, una vez que el gobierno alemán hubo presentado sus observaciones. El 2 de junio incluyó las cláusulas de ocupación entre las partes del tratado que deberían ser modificadas de acuerdo con las quejas alemanas, como condición para la firma por parte de Inglaterra del tratado y, a su vez, para obligar también a los alemanes a firmarlo. Su sugerencia de que la ocupación debería reducirse tropezó con cierta resistencia por parte de Clemenceau, no encontrando tampoco el apoyo de Wilson. Finalmente —tras discusiones entre los principales delegados ingleses y franceses en solitario— prevaleció la teoría de Clemenceau de que la ocupación podría darse por finalizada antes de los quince años si Alemania cumplía las obligaciones estipuladas en el tratado [6].

André Tardieu, que colaboró estrechamente con Clemenceau en las negociaciones de paz, escribió acerca de las aspiraciones francesas con respecto a Renania:

«M. Jusserand, nuestro embajador en Washington, en su viaje de América a Francia habló de ello al presidente Wilson, y éste pareció reconocer el peso de sus argumentos, no habiendo puesto objeción alguna a ellos dos meses más tarde, a principios de marzo, según el testimonio de sus más cercanos colaboradores. Por el contrario, por parte inglesa surgió una fuerte resistencia...»

Según Tardieu, únicamente parecía existir un punto en el cual Clemenceau y Wilson entraban realmente en conflicto: la cuestión de la cuenca del Sarre [7]. Aquí los franceses reclamaban un territorio por motivos de tipo histórico: la parte de la cuenca del Sarre incluida dentro de las fronteras francesas de 1814 (distintas de las establecidas en 1815); reclamaban asimismo la titularidad de todas las minas de carbón en esta comarca a ambos lados de la frontera propuesta. La reclamación de las minas se apoyaba en la sistemática destrucción hecha durante la guerra por los alemanes de las minas francesas del nordeste. La reclamación del territorio se basaba en el principio de la autodeterminación; se alegaba que la población, al menos afectivamente, era francesa, aunque a primera vista pudiera no parecer así; y el argumento histórico intentaba demostrar que estos territorios, durante algún tiempo, en el pasado, habían estado ligados a Francia. El presidente Wilson se percató sin dificultad de la endeblez de los argumentos partidarios de la anexión y opuso una firme resistencia; por una vez, Lloyd George se mostró menos hostil que Wilson a los franceses y pareció dispuesto a que Francia se quedase con una cosa u otra, el territorio o las minas de carbón, pero en ningún caso con ambas [8].

¿Por qué se hallaba Wilson más dispuesto a defender los derechos de los alemanes a la autodeterminación en esta parte de Europa que en cualquier otra? En este caso se trataba de una reivindicación francesa, no polaca o checa, y difícilmente podía argumentarse que Francia no pudiera existir sin este territorio; era una disputa sobre la frontera franco-alemana cuya naturaleza e historia eran considerablemente más familiares a los anglosajones que las de las fronteras del este de Europa. Esto significaba que los planteamientos de los «expertos en la materia» serían más difícilmente aceptados que aquellos sustentados por los expertos en problemas de Europa oriental. Más aún, los expertos no alemanes en cuestiones polacas o checas se hallaban mucho más predispuestos a reconocer las aspiraciones nacionales de dichos pueblos, mientras que el conocimiento sensiblemente menos

esotérico que se exigía a los británicos y americanos para comprender el problema del Sarre no tenía por qué provocar sentimientos pro germanos o pro franceses. En este caso concreto, la predisposición de Wilson a simpatizar con las reivindicaciones contra Alemania quedó equilibrada con la claridad con que ésta concreta reclamación de soberanía sobre un territorio podía ser enfocada como una flagrante negación del derecho a la autodeterminación. ¿Por qué la oposición de Lloyd George a esta reclamación contra Alemania era mucho más débil que en otros casos? La respuesta más acertada es que objetó lo que supuso que los alemanes podían objetar, y no supo lo que éstos objetarían hasta que habló con ellos; le preocupaba hacer una paz lo más aceptable posible para Alemania y, consiguientemente, sus propias objeciones a la paz se hicieron más claras y vigorosas tras las objeciones alemanas al proyecto que les fue presentado (el Memorándum de Fontainebleau de marzo, aunque proponía la necesidad de apaciguar a Alemania, raramente iba más allá de algunas generalidades). La solución fue un compromiso que Lloyd George sugirió: la creación de un pequeño Estado autónomo del Sarre, dentro del cual las minas serían cedidas a Francia. Finalmente se llegó a un acuerdo por el cual la Sociedad de Naciones administraría el Estado, y un plebiscito determinaría, quince años más tarde, el destino definitivo del territorio, tras lo cual, de producirse la unión con Alemania, el gobierno alemán podría volver a comprar las minas, solución que Wilson sólo llegó a aceptar con mucha repugnancia [9].

Se introdujeron algunos pequeños cambios en la frontera germano-belga, para incluir a Eupen, Malmedy y Moresnet en Bélgica; las fronteras entre Dinamarca y Alemania se alteraron tras un plebiscito, para incluir en Dinamarca la parte danesa de Schleswig-Holstein, arreglo que no ofreció excesivas dificultades ya que el gobierno danés no mostró empeño alguno en ir más lejos de la pura aplicación del principio de autodeterminación. En el este de Alemania, sin embargo, un gran número de alemanes quedaban incluidos en Polonia y Checoslovaquia. Las cláusulas del tratado relativas a Polonia causaron probablemente más resentimiento en Alemania que cualquier otra parte del tratado, ya que a pesar de los catorce puntos que Alemania había aceptado, entre ellos el punto trece que decía:

«Se creará un Estado polaco independiente que comprenderá los territorios habitados por población indiscutiblemente polaca, a la cual se le garantizará un acceso libre y seguro al mar, y cuya independencia política y económica e integridad territorial serán garantizadas por convenio internacional.»

pronto se hizo evidente la profunda divergencia de opiniones respecto al significado de la cláusula y en particular lo que debía entenderse por «población indiscutiblemente polaca».

El conflicto entre Lloyd George y Clemenceau acerca del tratado alcanzó su punto álgido al llegar el momento de trazar la frontera germano-polaca. En este caso, el interés de Lloyd George en crear una paz que Alemania pudiera aceptar —a corto plazo, firmándola, y a largo plazo, insertándose en la nueva Europa— no se hallaba coartado por el Parlamento inglés o la opinión pública; consiguientemente, actuó y habló en torno a este punto como si fuese un delegado del gobierno alemán ingenioso y más bien falto de escrúpulos. Lo cierto es que, si bien el tratado de Versalles no fue formalmente sino una paz impuesta, no puede afirmarse que los intereses alemanes fueran relegados durante las discusiones, ya que el primer ministro británico representaba a Alemania. Así vemos cómo en el Consejo de los Cuatro, el 27 de marzo de 1919, Lloyd George decía a sus colegas: «Creo que [los alemanes] aceptarán todo lo demás, incluso una indemnización muy costosa; pero la idea de abandonar a millones de compatriotas a la dominación polaca será lo que más les hiera» [10]. El presidente Wilson intentó garantizar la justicia, una justicia teñida de un sentimiento antigermánico del cual Lloyd George estaba exento. Según Wilson, la justicia para Polonia consistía en la creación de una entidad próspera y bien defendida, una Polonia que fuera más allá de la estricta frontera étnica: «Por consiguiente, era necesario considerar no sólo las necesidades económicas de este Estado, sino también las estratégicas, ya que Polonia habría de vérselas con Alemania a ambos lados de sus fronteras siendo la región oriental alemana una de las más belicosas» [11]. Una vez más, Wilson, hablando de la Alta Silesia, observó: «Les pido que no olviden que existen dos vertientes del problema: contra los alemanes, admito que estoy del lado de los polacos», y cuando Lloyd George declaró que las tropas inglesas no lucharían para entregar esta zona a los polacos sin un plebiscito, Wilson declaró que los soldados americanos apoyarían a cualquier pueblo contra Alemania [12]. Wilson se hallaba influenciado por el principal experto americano en asuntos polacos, el profesor R. H. Lord, ferviente defensor de las aspiraciones nacionalistas polacas. También se debe recordar que la causa de las nacionalidades antes oprimidas fue, en 1919, ardientemente abrazada por aquellos hombres liberales y progresistas que defendían más enérgicamente los principios contenidos en los catorce puntos de Wilson. Harold Nicolson, miembro de la delegación británica en París que consideraba el tratado con Alemania excesivamente severo, escribió más tarde: «Cuando pensábamos en la nueva Serbia, la nueva Grecia, la

nueva Bohemia, la nueva Polonia, nuestros corazones entonaban fervorosos himnos al Señor»[13]. La posición de Clemenceau era bien simple: Alemania era el enemigo; cuanto más fuerte fuese Polonia, más débil sería Alemania y consiguientemente mayores serían las fuerzas que podrían oponerse a ésta en el futuro. En cuanto al tema de la autodeterminación, Clemenceau afirmó que:

«Si, para conceder a estos jóvenes pueblos las fronteras sin las cuales no pueden vivir, nos vemos obligados a poner bajo su soberanía a los hijos de los mismos alemanes que les han esclavizado, esto es algo lamentable y que debemos hacer con moderación; pero que no por ello podemos evitar»[14].

La Comisión de Asuntos Polacos para la Conferencia de Paz recomendó la cesión a Polonia de grandes zonas de Prusia oriental, Prusia occidental, Pomerania, Posnania y Alta Silesia (territorios en los que se incluía Danzig) y la realización de un plebiscito en el Allenstein, región de Prusia oriental, para determinar su suerte definitiva, plebiscito logrado gracias a la insistencia británica, con lo que esta región siguió formando parte de Alemania[15]. Basándose en estas recomendaciones, Lloyd George lanzó inmediatamente un ataque y consiguió que se llevase a cabo un plebiscito en la región de Marienwerder (lo que equivalía a dejársela a Alemania) y que la zona de Danzig se convirtiera en ciudad libre bajo el control de la Sociedad de Naciones. La política francesa con respecto a Europa oriental empezaba ya a entrar en conflicto con la necesidad sentida por Clemenceau de conservar la amistad británica. Una vez que el gobierno alemán presentó sus propios planteamientos sobre el proyecto del tratado, presentando fuertes objeciones a la pérdida de la Alta Silesia y sus importantes recursos industriales, Lloyd George reanudó su campaña consiguiendo también en este caso un plebiscito mediante el que Alemania pudo retener cerca de dos tercios del territorio en disputa. Lloyd George no encontró fuerte oposición sobre Danzig y Marienwerder; en cambio, le fue mucho más difícil lograr el consentimiento del Consejo de los Cuatro en cuanto a la Alta Silesia, siendo ésta la más importante contribución personal del primer ministro británico a la paz con Alemania[16].

A pesar de estos cambios, la opinión alemana siguió profundamente afectada por el hecho de que más de un millón de alemanes quedasen aún bajo control polaco. Para la gran masa alemana esto parecía antinatural, por muy razonable que antes hubieran encontrado dominar a los polacos: las observaciones alemanas al proyecto del tratado lo ponían de manifiesto al sostener que «en cuanto a importancia económica, social y cultural, la población alemana es con mucho superior a la polaca o casubia». El que

esta importancia social y cultural hubiera sido reforzada por la dominación política alemana fue un punto que el gobierno alemán omitió, pero no los aliados, quienes en su réplica, defendieron así su obra:

«Es cierto que existen algunas zonas, a menudo muy alejadas de la frontera alemana, como Bromberg, en las cuales hay una mayoría alemana. Sería imposible trazar la frontera de tal manera que estas áreas quedasen bajo dominio alemán, dejando al mismo tiempo las zonas contiguas netamente polacas incluidas en Polonia... el gobierno prusiano... ha usado de todos sus inmensos recursos para desposeer a la población indígena y sustituirla por una de habla y nacionalidad alemanas... Reconocer que tales actos proporcionan a un país un título permanente equivaldría a apoyar y premiar los más groseros actos de injusticia y opresión» [17].

Es de señalar que en París nadie abogó por la sumaria expulsión de los territorios en disputa de las poblaciones de una nacionalidad concreta; ésta fue una barbarie introducida en la moderna práctica internacional durante la era de Hitler y Stalin.

La única negación clara y flagrante del principio de autodeterminación se halla en las cláusulas del tratado que establecen las nuevas fronteras de Alemania con los antiguos territorios austro-húngaros. La solución adoptada fue de una atractiva sencillez: conservar las fronteras como estaban. El resultado fue dejar a varios millones de alemanes bajo el control del Estado checoslovaco, del cual muchos hubieran preferido no formar parte, y obligar a un número aún mayor de alemanes a aceptar una existencia separada de Alemania en una nueva Austria. Entre las delegaciones de las grandes potencias, únicamente los franceses sabían desde el principio y con claridad lo que querían: impedir que estos alemanes formaran parte de una Alemania aún mayor y dotar a Checoslovaquia de recursos industriales y de una frontera defensiva frente a las zonas fronterizas habitadas por alemanes. Una vez más, en torno a Checoslovaquia, la comisión encargada informó en favor de una frontera basada en consideraciones estratégicas y económicas, si bien con ciertas modificaciones. El Consejo de los Cuatro decidió el problema con imprevista rapidez. El coronel House, consejero-jefe del presidente Wilson, pese a carecer del nombramiento oficial, fue designado por éste para sustituirle en el Consejo durante sus ausencias, ignorando a Lansing, secretario de Estado. House y Clemenceau se pusieron de acuerdo rápidamente en hacer de la vieja frontera entre Alemania y Austria-Hungría la nueva frontera entre Checoslovaquia y Alemania: «Era mucho más sencillo y mucho menos propicio a futuros problemas. Tuvimos escasas dificultades en persuadir tanto a George como a Orlando de que aceptasen nuestra conclusión,

ya que George parecía no saber gran cosa del asunto». De hecho, Orlando no dijo nada y Lloyd George aceptó rápidamente la astuta observación de Clemenceau de que todo esto no tenía nada que ver con el tratado alemán, y ya sería considerado al hablar del tratado austríaco [18].

La falta de interés de Lloyd George es singular, ya que a finales del mes anterior se había referido a la cuestión de las fronteras bohemias como algo que podía causar un serio agravio a Alemania (probablemente esta observación fue incluida en el memorándun de Fontainebleau por un consejero mejor informado). La propia falta de interés de Lloyd George puede ser explicada por el desinterés mostrado por el propio gobierno alemán; como es natural, Lloyd George no estaba interesado en conseguir para Alemania concesiones que los mismos alemanes no solicitaran y, a pesar de una demanda austríaca, el gobierno alemán no hizo otra cosa que pedir la autodeterminación para los alemanes de Austria y Bohemia, sin dar importancia al hecho y sin pedir que fuera anexionada a Alemania parte alguna de Bohemia. Se ha sugerido que, en caso de que Alemania se negara a firmar la paz, el gobierno de Berlín deseaba ardientemente evitar la intervención checa; de hecho, Alemania estaba mucho más preocupada por la suerte de los alemanes que iban a quedar bajo la dominación polaca que por la de los que quedaran en Checoslovaquia [19]. El gobierno austríaco se sentía mucho más afectado, pero, cuando fueron presentadas sus observaciones, el tratado se hallaba ya en su fase final. Era improbable que Lloyd George concediera demasiada atención a las opiniones austríacas, factor mucho menos importante en Europa que Alemania. En cuanto a Wilson, no hay prueba alguna de que en ningún momento se preocupase por la cuestión; no así Lansing, pero su relación con el presidente era mínima.

La cláusula del tratado según la cual la nueva Austria, quisiera o no, debería ser independiente, constituía una completa violación del principio de autodeterminación. Con toda probabilidad, en 1919, la mayoría de los austríacos alemanes deseaban formar parte del *Reich* alemán; el tratado dejó bien sentado que no podrían hacerlo, excepto con el consentimiento del Consejo de la Sociedad de Naciones, que requería unanimidad y en el cual Francia tenía el veto. De esta manera, el tratado estableció que Austria no podría unirse a Alemania sin el permiso francés, medida que colmaba el deseo de Francia de impedir cualquier posibilidad de engrandecimiento alemán. Fue ésta una decisión cuyas implicaciones totales pueden no haber estado completamente claras para Wilson, ya que éste insistió en apoyar el derecho de todos los austríacos a decidir su propio destino, y cuando el tema fue lle-

vado ante el Consejo de los Cuatro, se opuso a la sugerencia francesa de que la independencia austríaca debía ser «inalienable» y él mismo sugirió la necesidad de la intervención de la Sociedad de Naciones para permitir la unión germanoaustríaca, propuesta que Clemenceau, naturalmente, aceptó inmediatamente. Lloyd George apenas intervino en la discusión, probablemente porque compartía la ampliamente generalizada creencia británica de que los austríacos de lengua alemana eran algo completamente diferente de los alemanes y, por tanto, suponía que el deseo austríaco de unificación inmediata era un capricho pasajero surgido del hambre, la confusión de la derrota y la disolución de la monarquía; en 1938 escribía que consideraba un signo de notable premonición una predicción de 1919 según la cual el *Anschluss* terminaría por realizarse [20].

Los arreglos fronterizos, especialmente entre Polonia y Alemania, y las cláusulas de reparación, constituían las partes del tratado de Versalles que más desagradaron a Alemania, quedando bien claro que la paz de 1919 no sería nunca aceptada por la opinión pública alemana sin una revisión a fondo; ambas secciones del tratado se basaban en la presunción de que Alemania había actuado con brutal agresividad en 1914 y que podía seguir haciéndolo en el futuro, presunciones que eran simplemente incomprensibles para la mayor parte de los alemanes. Las cláusulas militares y navales afectaron a un número menor, aunque más influyente, de alemanes: los nacionalistas y los conservadores, que creían que el ejército y el adiestramiento que éste daba era la mejor escuela para los ciudadanos; la pérdida completa de las colonias alemanas afectó sentimentalmente, pero en absoluto en la práctica.

El desarme y la prohibición del rearme alemanes suscitaron escasas diferencias de opinión entre los participantes en la conferencia de paz. Wilson dijo el 12 de febrero de 1919 a los jefes de las delegaciones que «hasta que sepamos cuál va a ser el gobierno alemán y cómo va a comportarse su pueblo, el mundo tiene el derecho moral a desarmar a Alemania y someterla a una generación de sensatez» [21]. La única controversia surgida en París se dio entre los que insistían en la creación de un ejército alemán compuesto por reclutas que permanecerían incorporados a éste durante un corto período de tiempo y los que se inclinaban por un ejército de voluntarios a largo plazo. La primera postura era sustentada por los generales aliados, mientras Lloyd George y Clemenceau preferían la última; los generales temían que un ejército pequeño pero estable proporcionase cuadros altamente cualificados para una rápida expansión; en contraposición, a los políticos les preocupaban las enormes reservas de hombres adies-

trados que el sistema de reclutas originaría. Como los políticos tenían la última palabra, el ejército alemán quedó limitado por el tratado a 100.000 hombres que servirían no menos de doce años; un pequeño ejército que, como Foch y sus colegas habían vaticinado, proporcionó líderes sumamente competentes para la rápida expansión militar de los años treinta. El estado mayor habría de ser muy reducido, y se restringieron cuidadosamente las armas permitidas al ejército alemán (por ejemplo, estaba prohibido tener tanques). De la misma manera, la armada alemana sufrió drásticas reducciones, estableciéndose un tope máximo de 10.000 toneladas de desplazamiento para la construcción de nuevos buques. Se prohibió a Alemania contar con una fuerza aérea. Estas medidas se pusieron en consonancia con los catorce puntos prologando las cláusulas del tratado relativas al desarme con la afirmación de que el desarme alemán «posibilitaría la iniciación de una limitación general de armamentos de todas las naciones».

El artículo 119 del tratado de Versalles reza: «Alemania renuncia a todos sus derechos y títulos sobre sus posesiones ultramarinas en favor de las potencias aliadas principales y asociadas.» Esto no presentó dificultad alguna para los que concertaron la paz, ya que en París a nadie podía ocurrírsele que Alemania fuera autorizada a conservar sus colonias. Así, Wilson, en enero de 1919, ante el Consejo de los Diez, afirmó que «pensaba que todos estaban de acuerdo en oponerse a la restauración de las colonias alemanas»; dio por sentado que la experiencia colonial alemana había sido demasiado negativa para permitir otra interpretación a su quinto punto: «una solución libre, razonable y absolutamente imparcial a todas las reivindicaciones coloniales... los intereses de las poblaciones afectadas tendrán igual peso que las justas demandas de los gobiernos acerca de cuyos títulos se haya de decidir»[22]. Las dificultades surgieron al afrontar el problema de la redistribución de los territorios alemanes, de sus derechos en China y del modo en que se administrarían en el futuro estas colonias. Este problema fue resuelto mediante la introducción del sistema de mandato que confiaba a los mandatarios la tarea de preparar los territorios pertinentes para su autogobierno en un futuro más o menos remoto, bajo la supervisión internacional de la Sociedad de Naciones. Las observaciones alemanas al proyecto de tratado se quejaban de que la desposesión colonial era contraria al quinto punto de Wilson y de que Alemania necesitaba las colonias como mercados y como áreas de asentamiento del exceso de población, proclamando además que Alemania «había protegido los intereses de las poblaciones indígenas». Los aliados pudieron aducir en réplica las denuncias contra el sistema colonial alemán que se hicieron en el pasado en el

Reichstag, especialmente por Erzberger y Noske. También pudieron alegar que los alemanes jamás mostraron el menor interés en asentarse en sus colonias y que su comercio con ellas había sido insignificante [23]. Aun así, las cláusulas del tratado sobre las colonias, como las relativas al desarme, fueron acogidas en Alemania como un caso de trato desigual.

Estos fueron los términos del tratado alemán; éste dejó una Alemania potencialmente fuerte y, ya desde aquel momento, llena de resentimiento; si no se oprimía a Alemania, haciéndola adherirse a la letra del tratado, o si, por otra parte, no se conseguía mediante concesiones que se reconciliara con el nuevo orden europeo, era casi segura una nueva guerra alemana. Esta teoría no está basada únicamente en su posterior verificación: no faltaron quienes hicieron esta predicción en el momento de firmarse el tratado e incluso antes. Foch y Poincaré dijeron claramente que no creían que Alemania pudiera ser sometida indefinidamente una vez finalizada la ocupación del territorio alemán; también el general Smuts, estadista sudafricano que durante la primera guerra mundial adquirió la costumbre, que luego nunca perdería, de emitir sabios juicios sobre todo tipo de problemas mundiales, publicó una declaración inmediatamente después de que se firmara el tratado de Versalles, explicando en el pomposo lenguaje que caracterizaba su grandilocuente y dogmático estilo que el tratado de paz no traería «un mundo más justo y mejor» [24]. Dos miembros de la delegación americana dimitieron y, por si fuera poco, J. M. Keynes empezó a escribir su brillante libro *The economic consequences of the peace,* en el que demostró de manera concluyente que las cláusulas de reparación del tratado eran absurdas —cosa que los responsables de la paz sabían perfectamente desde el principio—, condena que los lectores de Keynes hicieron extensiva a la totalidad del tratado. Así empezó a arraigar en Francia el confuso sentimiento de que de alguna manera se les había escamoteado la seguridad que la victoria debiera haberles proporcionado, mientras Inglaterra experimentaba el sentimiento de culpabilidad de que Alemania había sido tratada injustamente. Dicho sentimiento fortaleció la creencia, ya tantas veces expresada privadamente por Lloyd George, de que la paz y la prosperidad europeas sólo podrían asegurarse por medio de la reconciliación con Alemania.

La primera parte del tratado con Alemania contenía un tema más general; su título era «El pacto de la Sociedad de Naciones». Aquí residía la gran innovación: una organización mundial que «promovería la cooperación internacional» y «conseguiría la paz internacional». La humanidad liberal y progresista fundaba sus esperanzas en este documento. El presidente Wilson dedicó a su

redacción la más asidua atención, probablemente en detrimento de asuntos más específicos, tales como el de las fronteras de Bohemia. El órgano directivo de la Sociedad era el Consejo, que se componía de representantes de las grandes potencias, los principales países aliados y asociados, junto con representantes de otras cuatro potencias, mientras se instituía una Asamblea de todos los miembros. Los artículos 10 y 16 contenían las disposiciones centrales del convenio: los miembros se comprometían a respetar y defender la integridad territorial y la independencia política de todos ellos, y en caso de agresión el Consejo les asesoraría sobre la manera de desarrollar estas garantías. Los miembros podrían cortar las relaciones económicas con un agresor sin necesidad del Consejo y recibirían recomendaciones del mismo sobre la acción militar contra aquél. El artículo 19 permitía a la Asamblea «aconsejar la reconsideración por los miembros de la Sociedad de los tratados que se hayan hecho inaplicables y la consideración de las condiciones internacionales cuya supervivencia pueda poner en peligro la paz del mundo». Gran parte de los artículos contenían prescripciones de carácter facultativo, y la acción efectiva dependía de la cooperación voluntaria de los Estados individualmente considerados, situación muy diferente de la que Francia hubiera deseado establecer en su fallido intento de conseguir una fuerza militar internacional y un estado mayor internacional para asegurar la paz.

De hecho, la Sociedad sólo podía ser eficaz para movilizar la opinión pública, la cual, según afirmó el presidente Wilson, sería desde entonces el factor decisivo en los problemas mundiales, pero cuando se trataba del uso de la fuerza armada, la Sociedad sólo podía contar con las grandes potencias amigas[25]. Los que atentaron contra la paz mundial en los años treinta no eran de aquellos a quienes se pudiera contener con una mera censura moral, ni Francia e Inglaterra, a quienes correspondía en la práctica el deber de defender los derechos internacionales, se hallaban dispuestas a asumir semejante tarea. Consecuentemente, la Sociedad tuvo un escaso impacto real. Sus «fracasos» se han atribuido a menudo a la abstención de los Estados Unidos, pero no hay prueba alguna de que la integración de éstos en la Sociedad hubiera bastado para transformar la opinión pública americana hasta el punto de que los Estados Unidos tomasen una parte importante en la defensa del orden internacional de los años treinta. La Sociedad sólo podría haber contado con alguna probabilidad de éxito si hubiera sido capitaneada y apoyada por una coalición estable entre Inglaterra, América y Francia; y las divergencias existentes entre las diferentes opiniones públicas de estos países hicieron imposible tal cosa.

2. La paz con Austria, Hungría y Bulgaria

La Paz de París estaba formada por el tratado de Versalles con Alemania, el de St. Germain con Austria, el de Trianón con Hungría, el de Neuilly con Bulgaria y el de Sèvres con Turquía; el tratado de Sèvres resultó demasiado inconsistente, por lo que más tarde hubo de ser firmado con una nueva Turquía un nuevo tratado: el de Lausana.

El hecho más importante del acuerdo austrohúngaro era que Austria-Hungría dejaba de existir. Esto no fue resultado de los trabajos de la Conferencia de Paz, ya que cuando ésta se reunió, la monarquía de los Habsburgo se había disgregado, surgiendo nuevas entidades como Austria, Hungría, Checoslovaquia y Yugoslavia. Estos Estados hacían reclamaciones, con frecuencia incompatibles entre sí, sobre determinadas partes de los territorios de la caduca monarquía de los Habsburgo; al mismo tiempo, Polonia, Italia y Rumanía hacían valer sus propias peticiones. En 1919, habrían sido necesarios poderosos ejércitos para reconquistar los dominios de los Habsburgo en el caso de que se quisiese resucitar la antigua Austria-Hungría y, como es lógico, esta tendencia halló escaso eco en los dirigentes de las grandes potencias.

La monarquía de los Habsburgo se había mantenido unida por los mismos antagonismos nacionales que más tarde la disgregarían. Dicha monarquía había parecido útil, en diferentes grados, a cada una de las nacionalidades existentes dentro de sus fronteras como medio de refrenar a las restantes. Para los alemanes, su existencia impedía el dominio checo sobre Bohemia; para los checos, su inexistencia podía traer consigo una opresión alemana sin límites (los hechos probaron en 1919 que los alemanes tenían razón y en 1939 que la tenían los checos). Para los magiares de Hungría suponía el apoyo de una gran potencia a su reino y les ponía en condiciones de oprimir a la población eslava; para los croatas, imponía cierto control dentro del reino sobre los magiares y dentro y fuera de él sobre los italianos. Para los polacos, mantenía a distancia a los alemanes y rusos y les permitía dominar a los rutenos. La monarquía favorecía poco a los serbios, eslovenos, rumanos y rutenos; pero éstas eran las nacionalidades más atrasadas y con menos conciencia de tales y, por lo menos, podían esperar algo de Viena como, por ejemplo, una acción anti-

magiar similar a la que el archiduque Francisco Fernando estaba tramando antes de 1914. El poder de la monarquía se basaba en el consenso de las nacionalidades existentes dentro de sus fronteras; ese consenso dependía del temor a lo que cualquier otra nacionalidad podría hacer si la monarquía llegaba a desaparecer; una vez que, en 1918, quedó claro que la fuerza de la monarquía estaba, en cualquier caso, en vías de destrucción y que los nuevos poseedores del poder en Europa, las potencias aliadas y asociadas, estaban dispuestos a tratar directamente con las distintas nacionalidades, Austria-Hungría se derrumbó ignominiosamente y todas las nacionalidades se apresuraron a proclamar su existencia independiente para conseguir el mejor fruto posible de la nueva época de la autodeterminación. Ahora el mediador entre las nacionalidades no sería el rey y emperador, sino la Conferencia de Paz y, por lo tanto, la monarquía pasaba a ser irrelevante. Este estado de cosas no era sino el resultado de una decisión adoptada en 1918, una de aquellas decisiones revolucionarias características de las grandes guerras, tomada sin un conocimiento total de sus posibles efectos. Esta decisión fue la de respaldar las aspiraciones nacionales checoslovacas y yugoslavas.

Durante la guerra, los aliados y los Estados Unidos podían adoptar hacia Austria-Hungría una de estas dos alternativas: la primera, buscar una paz por separado con la monarquía de los Habsburgo; la segunda, debilitarla y derrotarla. La primera significaba la aceptación del Estado de los Habsburgo, la segunda conducía a apoyar a las poblaciones eslavas de la monarquía en la búsqueda de una independencia total. Dentro de este contexto, las pretensiones rumanas sobre Transilvania eran menos importantes: sin ella Austria-Hungría podía continuar existiendo, mientras que no podría hacerlo sin los territorios exigidos por Checoslovaquia y Yugoslavia. Los polacos podían adaptarse a cualquiera de estas dos alternativas; ya que los polaco-austríacos no sentían demasiada hostilidad hacia el Imperio y podían aceptar una Polonia autónoma unida a aquél, mientras que la pérdida de la Galitzia polaca no acabaría con Austria, incluso si llegase a ser creada una Polonia totalmente independiente. Por tanto, los catorce puntos de Wilson eran mucho más claros sobre la cuestión polaca que sobre los otros problemas nacionales de Austria-Hungría: el punto trece establecía que «debía crearse un Estado polaco independiente», mientras que el punto diez era una obra maestra de ambigüedad: «los pueblos de Austria-Hungría, cuyo puesto entre las naciones deseamos salvaguardar y garantizar, deberán contar con el más alto grado de acceso a un desarrollo autónomo.» Esto ocurría en enero de 1918; en abril, las negociaciones para una paz por separado con Austria-Hungría se detu-

vieron bruscamente; en junio, el presidente Wilson declaraba que «todos los pueblos de la raza eslava deberían liberarse completamente del dominio alemán y austríaco», y en septiembre reconocía como gobierno beligerante al Consejo Nacional Checoslovaco [1]. Fueron los checos los que acabaron con la monarquía, sobre todo Tomaš Masaryk, quien, a lo largo de casi toda la guerra, había trabajado por conseguir una Checoslovaquia independiente. Su opinión fue decisiva no sólo debido a su propia fuerza de persuasión, sino también a la organización de las fuerzas armadas checas, formadas por desertores de los ejércitos austrohúngaros y por soldados checos del ejército imperial hechos prisioneros por los ejércitos rusos. El movimiento yugoslavo recibió un apoyo menos específico debido, en parte, al desacuerdo que existía entre sus representantes y, en parte, a la desconfianza de los italianos, los cuales temían que una Yugoslavia independiente podría entorpecer sus ambiciones territoriales. Aun así, como dijo el presidente Wilson al gobierno austrohúngaro en palabras que resultaron ser su sentencia de muerte, el gobierno americano ya había «reconocido en octubre de una manera total la justicia de las aspiraciones nacionalistas de libertad de los yugoslavos» [2]. Sin embargo, Austria-Hungría, o cualquier otra nueva especie de imperio de los Habsburgo, podría haber sobrevivido si Wilson y los aliados hubiesen estado dispuestos a negociar con su gobierno y se hubiesen negado a tratar directamente con las distintas nacionalidades; tal y como se desarrollaron las cosas, la destrucción de la monarquía se produjo antes de que se reuniese la Conferencia de Paz, como resultado del fracaso de las negociaciones de paz con el emperador y sus ministros.

Por lo tanto, los participantes en la Conferencia de Paz tenían que decidir entre las reivindicaciones de los Estados, tanto nuevos como antiguos, sobre los territorios del antiguo Imperio austrohúngaro: las de Italia, Serbia —cuya transformación en una parte del Estado serbo-croata-esloveno o yugoslavo, había sido reconocida durante los primeros meses de 1919—, Polonia, Checoslovaquia, la Austria alemana, Hungría —cuya unión con Austria finalizó el 1 de noviembre de 1918 al eximir el rey-emperador al gobierno húngaro de su juramento de lealtad— y Rumanía. Montenegro, que antes de la guerra había sido un Estado independiente limítrofe del Imperio de los Habsburgo, quedó incorporado a Yugoslavia, entre las protestas de su rey en el exilio. Alemania fue excluida del reparto de Austria-Hungría al decidirse que no se debía consentir a la Austria alemana que se uniese con Alemania y que había que conservar la antigua frontera de Bohemia con Alemania. La discusión que causó mayores dificultades en la Conferencia de Paz fue la sostenida entre Italia y Yugoslavia

sobre la división del antiguo territorio austrohúngaro que se extendía a lo largo del mar Adriático, o más concretamente, la disputa sobre este punto entre Italia y el presidente Wilson.

Italia había entrado en la guerra a cambio de promesas concretas de adquisiciones territoriales. El tratado de Londres de 1915 entre Francia, Rusia, Gran Bretaña e Italia establecía que esta última obtendría el Trentino y el Tirol meridional (la frontera del Brenner), Trieste, Istria, Gorizia y Gradisca, las islas de Cherso (Cres) y Lussino (Lošinj), y varias islas más pequeñas, la parte norte de Dalmacia hasta el cabo Planka con las islas adyacentes, el puerto albanés de Valona con los territorios circundantes, la soberanía total sobre las islas del Dodecaneso, la región de Adalia, en caso de que la Turquía asiática fuese dividida, y compensaciones en Africa si Francia y Gran Bretaña aumentaban sus colonias africanas a expensas de Alemania. Fiume en concreto, no fue reclamado por Italia: iba a ser adjudicado a Croacia que, en apariencia, había sido concebida como un Estado autónomo [3]. Los acuerdos entre Francia, Gran Bretaña e Italia de Saint-Jean-de-Maurienne de 1917, que confirmaban y ampliaban las peticiones italianas sobre la Anatolia turca, fueron más tarde invalidados por Gran Bretaña y Francia ya que no se consiguió el acuerdo ruso.

Al fin de la guerra llegó a París con este programa la delegación italiana dirigida por Orlando y Sonnino. Las condiciones del tratado de Londres parecían responder a un pasado desacreditado que había desdeñado la justicia internacional y la autodeterminación nacional. La elaboración del tratado de Versalles mostró que la necesidad de crear Estados militar y económicamente sólidos podía, algunas veces, subordinar estos elevados principios; pero, en 1919, los desafortunados italianos fueron abandonados sin nadie a quien plantear reivindicaciones; en cierto sentido, la victoria había sido demasiado rotunda y Austria-Hungría, una gran potencia de la cual hubiera sido conveniente protegerse, ya había desaparecido. Lo que es más, las peticiones italianas podían resolverse, en gran medida, a expensas tan sólo de Yugoslavia, resultado ella misma de la valerosa lucha de las nacionalidades para liberarse de la opresión. Se podía haber sostenido, por ejemplo, que la anexión a Italia de Dalmacia, sustraída a Austria-Hungría, podía ser considerada como una «liberación», pero era mucho más difícil sostener esta tesis para separar a Dalmacia de un Estado eslavo. Tampoco era fácil explicar por qué había que quitarle a Yugoslavia los puertos y dárselos a Italia para ayudar a la segunda a defenderse contra la primera, o conceder a Italia idénticos accesos al mar. Sin embargo, para Italia conseguir menos de lo que el tratado de Londres había prometido, equivalía a ha-

cer que su anterior esfuerzo bélico pareciese en gran medida inútil. Además, resultaba difícil para los italianos considerar al nuevo Estado serbo-croata-esloveno como una potencia aliada, tal y como se suponía en la Conferencia de Paz que Italia debía hacer, ya que los italianos tenían bien presente, además de los recuerdos históricos de la opresión croata, la reciente experiencia del decidido espíritu de lucha de las tropas croatas que servían en los ejércitos austrohúngaros en el frente italiano.

Habría sido seguro un choque entre Wilson e Italia, en cuyo caso Gran Bretaña y Francia se habrían visto obligadas a apoyar a Italia como consecuencia del tratado de Londres, si una maniobra por parte de los italianos no les hubiese salvado del conflicto con los Estados Unidos que tanto Clemenceau como Lloyd George deseaban evitar a toda costa: la petición italiana sobre Fiume. Era ésta, en sí misma, una petición bastante razonable, ya que la ciudad de Fiume, a diferencia de su suburbio, Sušak, era sin duda alguna italiana. Sin embargo, el presidente Wilson se negó a permitir que el único puerto importante de que podía disponer Yugoslavia fuese puesto bajo la soberanía italiana. Para Gran Bretaña y Francia lo esencial era que Fiume no había sido prometido a Italia por el tratado de Londres, así que, cuando los sucesivos gobiernos italianos en un principio apoyados y más tarde asustados por el clamor de la opinión pública, se aferraron cada vez con más firmeza a esta reclamación, Clemenceau y Lloyd George pudieron, haciendo de mediadores entre Italia y Wilson, renunciar a llevar a cabo sus compromisos con Italia. La petición de Fiume les permitía argüir que Italia estaba exigiendo más de lo establecido en el tratado de Londres y que, en consecuencia, ellos ya no estaban obligados por él. El 3 de mayo, estando ausente de París la delegación italiana, Balfour habló a Lloyd George de este modo: «El presidente de los Estados Unidos piensa que usted está especulando con la imposibilidad de una simple renuncia a Fiume por parte de Italia. Pero si ésta obrase así, hay que reconocer que la dificultad sería insoluble» y Lloyd George contestó: «Estoy de acuerdo y esto es lo que me temo sobre todas las cosas»[4].

Wilson mostró una firmeza excepcional en su negativa a admitir las peticiones italianas sobre Fiume; en las etapas previas a las negociaciones de paz, sus consejeros le habían hablado con claridad sobre este punto y el presidente rara vez dejaba de seguir los consejos categóricos de sus expertos. Su actitud sobre este punto contrasta sorprendentemente con su gestión sobre la frontera del Brenner que, en clara contradicción con el principio de autodeterminación, fue cedida a Italia sin que surgiese ninguna discusión. En este caso, parece que Wilson veía la cuestión resuelta ya

de antemano en un párrafo de los comentarios sobre los catorce puntos que el coronel House había entregado a los aliados en octubre de 1918, una vez que habían sido aprobados por Wilson. En este párrafo se consideraba el noveno de los catorce puntos, que apelaba a «un reajuste de las fronteras italianas siguiendo las fronteras de las nacionalidades fácilmente reconocibles», compatible con la cesión del Tirol meridional a Italia con tal de que se protegiera la vida cultural de los alemanes así abandonados a su suerte [5]. Sin duda alguna, esta frontera fue aceptada porque, por aquella época, aún se consideraba a Austria como una gran potencia o, más probablemente, porque se pensó que Austria podía fusionarse con Alemania, contra la cual todos estaban de acuerdo en que era fundamental establecer unas fronteras defensivas. Por otra parte, la cuestión de Fiume apareció como una tarea que excedía los límites de lo que la Conferencia de Paz podía resolver.

Finalmente, se llegó a un acuerdo directo entre Italia y Yugoslavia que fue firmado en Rapallo a finales de 1920. En él se decidió la creación en Fiume de un Estado libre, dotando a la ciudad de Fiume de un régimen especial, mientras Zara sería asignada a Italia: estas dos medidas eran un éxito importante para Italia. Además, las islas de Cherso, Lussino, Lagosta y Pelagosa eran cedidas a Italia. En 1924, Fiume pasó a ser italiana. Estas condiciones eran más favorables que aquellas que Italia estaba dispuesta a aceptar en 1919; puede que los yugoslavos estuviesen alarmados por la derrota final de Wilson en las elecciones presidenciales de 1920, perdiendo sus esperanzas en una protección constante por parte de los Estados Unidos [6].

Tampoco obtuvieron demasiado éxito las peticiones italianas sobre otros territorios: en Turquía Italia tuvo que enfrentarse, primero, con la preferencia de sus aliados a las ambiciones griegas y, segundo, y en esto estaba en un pie de igualdad con Grecia, con la fuerte oposición de los nacionalistas turcos al dominio extranjero; finalmente, los italianos se retiraron de Albania; en lo referente a Africa, Inglaterra y Francia se mostraban poco inclinadas a compensar a Italia a expensas de sus propias conquistas territoriales, y el razonamiento de que éstas solamente les proporcionaban pesadas cargas, no pareció convencer totalmente a la opinión italiana. Aun así, como resultado de la guerra, Italia obtuvo substanciales ventajas, pero estos beneficios, la frontera del Brenner, Trieste y la mayor parte de Istria, quedaron eclipsados a los ojos de los italianos por la cuestión de Fiume y sus consecuencias. La agitación que se produjo en Italia debido a este punto fue tan intensa que el abandono del apoyo de las peticiones italianas por sus aliados en 1915 y la directa oposi-

ción hacia ellas por parte de Wilson, ventilada en su manifiesto de abril de 1919, llegó a dominar el resto y dio a los italianos la sensación de que, aun siendo técnicamente vencedores, estaban siendo tratados como una potencia vencida. Después de una guerra en la cual la participación de Italia había significado una dolorosa pérdida de hombres y un agotador esfuerzo económico y en la cual los italianos creían haber vencido a Austria-Hungría sin ayuda de nadie, este sentimiento produjo una peligrosa desilusión que engendró prontamente un nacionalismo xenófobo que encontraría su primera expresión manifiesta en las actividades del poeta Gabriele d'Annunzio. Solamente los socialistas eran partidarios de la moderación en lo que se refería a las peticiones de Italia en el exterior. En el verano de 1919 hubo rumores de un golpe de Estado planeado por los militares en unión con la organización de ex soldados de Mussolini para reemplazar a unos políticos presentados abiertamente como débiles y claudicantes [7].

El 12 de septiembre de 1919 d'Annunzio tomó Fiume con un contingente de voluntarios, «anexionó» la ciudad a Italia y procedió a acusar públicamente a América, a los aliados y al gobierno italiano con enérgica locuacidad. Era evidente que el gobierno italiano, a pesar de sus promesas en la Conferencia de Paz, era totalmente incapaz de controlar a d'Annunzio, que no podía contar con la obediencia de las fuerzas armadas para actuar contra él y que la opinión italiana, a excepción de los socialistas, era favorable al poeta [8]. Solamente la creciente impopularidad en la que éste cayó en Fiume permitió al gobierno italiano alejarlo de allí a finales de 1920. La conducta de Wilson, la agitación de d'Annunzio y las evasivas de los aliados, hacían improbable el apoyo italiano al acuerdo final de paz, e indirectamente ayudaban a fomentar la agitación anticonstitucional en Italia y el rencor no tanto hacia Yugoslavia como hacia la coalición vencedora.

Otros puntos de los tratados de Austria y Hungría provocaron nuevas disputas e hicieron salir a la superficie viejas rivalidades y conflictos. Cieszyn, por ejemplo, originó cierta rivalidad entre Polonia y Checoslovaquia. Checoslovaquia apoyaba sus pretensiones sobre el ducado de Cieszyn —con sus ferrocarriles y minas de carbón— en razones históricas y económicas; Polonia, en razones étnicas. En un principio parecía que los dos nuevos Estados arreglarían amistosamente sus diferencias ocupando las zonas habitadas por aquellas poblaciones que hablaban las respectivas lenguas; sobre este punto se llegó a un acuerdo provisional el 5 de noviembre de 1918. Sin embargo, los checos enseguida comenzaron a pensar que podían exigir todo el territorio, y para reforzar su petición enviaron tropas el 23 de enero de 1919 a la zona

ocupada por Polonia, encontrando la resistencia de este país. La herida causada ese día a la amistad polacocheca nunca llegó a cicatrizar. Fue el choque de dos peticiones razonables: las peticiones polacas estaban basadas en razones étnicas; por otro lado, los checos necesitaban realmente el carbón de las minas de Cieszyn. Este es un ejemplo del tipo de problemas que un libre comercio europeo habría resuelto. Los franceses, independientemente de las relaciones checopolacas, apoyaban las peticiones checas ante el temor de empujar a Checoslovaquia a una amistad con Alemania, mientras presuponían que Polonia llegaría a estar en malas relaciones con Alemania; en 1919 o 1920 pocos suponían que la inclusión de los Sudetes alemanes en el nuevo Estado checo traería consigo la enemistad de Alemania hacia Checoslovaquia, en vez de la de Austria; de hecho, estas suposiciones se realizaron cuando un austríaco obtuvo el control de la política exterior de Alemania [9]. Los representantes franceses en el Consejo Supremo de París, en 1919, jugando la conocida carta del plebiscito, se aseguraron el rechazo de una solución aceptable para Polonia; en 1920, en la conferencia de Spa, los polacos, ansiosos por obtener ayuda aliada contra una posible invasión soviética, acordaron someter la cuestión al arbitraje de los aliados, quienes impusieron un arreglo en el que se daba completa satisfacción a Checoslovaquia. En Spa, Grabski, primer ministro polaco, fue acosado por Lloyd George y obligado a firmar un documento en el que aceptaba la decisión del Consejo Supremo Aliado sobre las inciertas fronteras de Polonia [10]. Los polacos nunca perdonaron a los checos que se aprovechasen de su debilidad.

Las peticiones de Italia y el nacimiento de Checoslovaquia y Yugoslavia dejaban a la nueva república austríaca reducida a una fracción de lo que había sido la parte austríaca de Austria-Hungría. Las poblaciones de lengua alemana fueron anexionadas a Italia y a Checoslovaquia; la nueva frontera con Yugoslavia seguía los límites étnicos delimitados por un plebiscito que había determinado a favor de Austria el destino del área de Klagenfurt. Como hemos visto, a esta reducida Austria le fue impuesta la independencia e, incapaz de sobrevivir económicamente por sí misma, fue condenada a partir de entonces a una dura lucha contra el hambre y el desempleo.

La Hungría del tratado de Trianón de 1920 fue asimismo reducida a los restos de lo que había sido el reino de Hungría antes de la guerra. Estaba formada por lo que quedaba después de satisfacer la mayoría de las demandas de Checoslovaquia, Rumanía y Yugoslavia (una zona de Hungría relativamente pequeña y con una gran población de lengua alemana fue transferida a Austria). El antiguo reino de Hungría había estado formado por un núcleo

central habitado por magiares junto con enormes territorios en los que éstos, que dominaban política y económicamente, estaban mezclados con las poblaciones de otras nacionalidades. Hungría quedó privada de todos estos lejanos territorios junto con algunas regiones que contenían poblaciones magiares densas y homogéneas. Del lado de Eslovaquia, las zonas magiares fueron separadas por razones económicas para dar a Checoslovaquia un acceso seguro al Danubio y porque se suponía que estas áreas tenían una relación económica más profunda con los territorios del norte que con las tierras al sur de este río. Rutenia, una zona de importante población ucraniana que sin duda alguna habría sido agregada a Rusia si este país no hubiese sido ignorado en los asuntos internacionales, fue añadida a Checoslovaquia; en este caso era difícil hablar de autodeterminación, ya que los rutenos no tenían fuertes sentimientos nacionales; de hecho no se sabía qué hacer con Rutenia, de manera que fue cedida a Checoslovaquia simplemente porque los checos la reclamaron. Por lo tanto, Checoslovaquia escamoteó a Hungría casi un millón de magiares, alrededor de medio millón de rutenos, un cuarto de millón de alemanes (los alemanes se encontraban dispersos en todo el este y sudeste de Europa, especialmente en las ciudades) y algo menos de dos millones de eslovacos. Transilvania fue cedida a Rumanía; aquí las poblaciones magiares, rumanas (y alemanas) estaban intrincadamente mezcladas, habiendo zonas de ocupación magiar muy al este del núcleo central; por otra parte, el territorio cedido a Hungría tenía casi tres millones de rumanos contra un millón y medio de magiares; una vez más, Hungría había perdido en la frontera importantes grupos de magiares y esta vez porque se pretendía incluir dentro de la frontera rumana el único ferrocarril norte-sur existente en Transilvania. La pérdida del Banato, dividido entre Yugoslavia y Rumanía, fue una partición difícil en aquellas zonas donde las poblaciones estaban profundamente mezcladas, pero no implicó una separación de magiares de Hungría demasiado importante. Hungría perdía grandes zonas de Croacia y Eslovenia que eran cedidas a Yugoslavia; en su mayor parte se trataba de territorios no magiares que antes de la guerra habían llegado a alcanzar cierta autonomía. Perdía también la mayor parte del territorio que se encuentra entre Szeged y Belgrado, en donde existían algunas poblaciones magiares homogéneas, zona ésta cedida a Yugoslavia para dar a Belgrado una amplia cabeza de puente al norte del Danubio[11].

Los magiares fueron divididos de este modo: dos tercios permanecieron en Hungría y el resto se dividió entre Checoslovaquia, Rumanía y Yugoslavia. La mayoría de los magiares, casi dos de los tres millones perdidos por Hungría, estaban entremezclados

con otras poblaciones y se trataba de decidir quién gobernaría a quién. Los magiares insistían en que debido a su superior cultura eran ellos quienes debían gobernar; los checoslovacos, rumanos y yugoslavos negaban esta superioridad o la atribuían a la opresión magiar. Los argumentos empleados por el millón de magiares que se encontraban cerca de la frontera en bloques cerrados eran de tipo económico o estratégico: Rumanía y los nuevos Estados tenían derecho a la prosperidad y a la seguridad. Los húngaros se opusieron por todos los medios posibles a los acuerdos primeramente por la fuerza de las armas bajo el efímero régimen del bolchevique Bela Kun —que atacó a Checoslovaquia y a Rumanía y que fue derrocado por la consiguiente invasión rumana—, y posteriormente por una discusión y una propaganda incesantes [12]. Así, los acuerdos referentes a Hungría lo mismo que los referentes a la frontera germano-polaca, no trajeron la solución de los problemas nacionales; realmente la «solución» sólo podía alcanzarse por medio de los métodos introducidos por los turcos y desarrollados más tarde por los alemanes: un nuevo emplazamiento obligatorio de las poblaciones o el asesinato en masa; y, a pesar de todos sus defectos, los hombres que negociaron la paz de 1919 no habrían nunca aceptado ni siquiera la más leve de estas atrocidades. (Realmente insistían en la imposición a Checoslovaquia, Polonia, Yugoslavia y Rumanía de tratados que incluían el compromiso por parte de estos Estados de tratar a sus minorías en términos de igualdad con las nacionalidades dominantes [13].) El tratado húngaro, lo mismo que el tratado alemán, creó resentimiento en el país vencido, más fuerte quizás entre los magiares instruidos que entre los alemanes, porque se tuvieron mucho menos en cuenta los deseos húngaros que los alemanes (Alemania era real y potencialmente mucho más fuerte que Hungría). La nueva Hungría era un país que no podría nunca aceptar voluntariamente los acuerdos posbélicos y que llegó a ser causa de temor y duda entre sus vecinos.

Inmediatamente después de la guerra, Austria-Hungría no podía haber sido resucitada políticamente bajo ninguna forma; pero la fragmentación que las nuevas fronteras trajeron consigo no tenía por qué conducir a la fragmentación económica. En la Conferencia de Paz podían haberse tomado sobre las restricciones al comercio internacional una de estas tres actitudes: en primer lugar, ir hacia una reducción general de aranceles, hacia un mercado libre; en segundo lugar, permitir o apoyar en zonas determinadas un mercado libre parcial o total, es decir, por un lado los intercambios de preferencias y por otro lado uniones aduaneras o «mercados comunes»; en tercer lugar, permitir o apoyar a los Estados que aisladamente persiguiesen políticas arancelarias

separadas e interesadas. Los territorios de la antigua monarquía austrohúngara habían creado de hecho un mercado común con su comercio libre para el interior y un arancel común bastante elevado para el exterior; el modelo de la política comercial en París era el resultado de lo que llegaría a ser este bloque económico. El tercer punto de Wilson parecía esperanzador: «La supresión, hasta el límite de lo posible, de todos los obstáculos económicos y el establecimiento de una igualdad de condiciones en el comercio entre las naciones que acordasen la paz y se asociasen para su mantenimiento», pero en la época en que Wilson fue a París ya lo había explicado ampliamente:

«Yo... propongo que no se impongan limitaciones en lo que concierne a la libre determinación de cualquier país de su propia política económica, sino que si un país estima necesario para su propia economía... el establecimiento de algún arancel, éste deberá ser aplicado por igual a todos los países extranjeros.»

Las tarifas discriminatorias serían impuestas sólo por la Sociedad de Naciones para castigar «a aquellos que no se sometiesen a un programa general de justicia e igualdad» [14]. Esto significaba que Wilson apoyaría políticas arancelarias aisladas siempre que fuesen dirigidas contra todos los países y no solamente contra algunos de ellos. En consecuencia, se opondría a uniones aduaneras, zonas de comercio libre y bloques comerciales. Era poco probable que los franceses, protegidos por altos aranceles y temerosos de que se repitiera el desarrollo económico prusiano en Alemania a través de una unión aduanera, no estuviesen de acuerdo en este punto.

En consecuencia, los tratados de paz no hicieron nada por frenar el desarrollo de las políticas económicas autárquicas ni la creación de barreras comerciales cada vez más fuertes. Los tratados solamente establecían que los antiguos Estados enemigos no harían descriminación alguna contra las potencias aliadas concediendo aranceles más favorables a los productos de los otros países. El gobierno austríaco protestó contra esta cláusula que significaba la destrucción total del sistema arancelario de antes de la guerra de la monarquía de los Habsburgo y que dejaría a Austria «en la situación del palacio de Versalles desprovisto de sus dominios»; pidió un trato preferencial para Austria, Hungría y Checoslovaquia, por el cual cada uno de estos países pudiese reducir los aranceles impuestos a las importaciones de los otros. La Comisión Económica Aliada consideró la posibilidad de restablecer el antiguo sistema permitiendo mutuas preferencias arancelarias para todo el territorio de la extinta monarquía; este plan era el de una confederación económica danubiana. Debido a que esto significaría el establecimiento de fronteras inte-

riores en Italia, Polonia y Rumanía, contra lo cual protestó el delegado italiano, se propuso que todos los Estados que habían adquirido territorios de alguna parte de la antigua monarquía austrohúngara podían concederse mutuamente un trato preferencial. Esta fue una imagen grandiosa que pasó ante la conferencia solamente para ser rechazada; un plan que de haberse desarrollado pudo haber cambiado la historia mundial y europea y transformarse en un proyecto de mercado común que hubiera incluido a Polonia, Checoslovaquia, Rumanía, Hungría, Austria, Yugoslavia e Italia. El delegado checo en la Comisión Económica declaró que su país no podía enfrentarse a la competencia italiana en términos de igualdad. En el Consejo Supremo Aliado el proyecto no suscitó ningún comentario excepto el de Balfour, de Gran Bretaña, que estaba «alarmado» ante el «proyecto de establecer en media Europa un sistema aduanero completamente nuevo» [15]. Se aceptó una solución más limitada: que Austria, Checoslovaquia y Hungría podrían, sin ser obligadas a hacerlo, concederse mutuamente preferencias aduaneras, pero solamente por un período de cinco años. De este modo, el nacionalismo económico fue reforzado por tratado; o más bien, los tratados establecieron que el acuerdo económico debería ser total o no darse, que o se incluía en el a la mayoría de las naciones o no sería posible su creación. Aunque se podía discutir si las cláusulas económicas de los tratados permitirían una unión aduanera completa entre Checoslovaquia, Hungría y Austria, tal resultado era poco probable a no ser que se produjese como consecuencia final de tentativas más decididas hacia la unión económica; y un modelo que no supusiese la unión completa quedaba sin duda alguna excluido por la prohibición de establecer tarifas discriminatorias una vez que hubiese pasado el período de cinco años.

El tratado de Neuilly con Bulgaria era menos drástico que los demás tratados europeos; cedía a Yugoslavia dos pequeñas zonas del este de Bulgaria por razones estratégicas (para alejar la frontera búlgara del ferrocarril de Salónica) y transfería la Tracia occidental de Bulgaria a Grecia, separando así Bulgaria del mar Egeo. Esta última medida no estaba basada en razones étnicas, según las cuales los turcos habrían debido gobernar la mayoría del territorio, ya que los turcos eran considerados incapaces de gobernar a nadie. Es cierto que la costa en cuestión era griega, pero su hinterland fue añadido para dar a Grecia una vía segura de comunicación terrestre con sus supuestas áreas de influencia griega en el este [16].

Los tratados de Versalles, Trianón, St. Germain y Neuilly, que crearon una nueva Europa al oeste de Polonia y Rumanía fueron, a pesar de las oposiciones y dificultades surgidas en toda Europa,

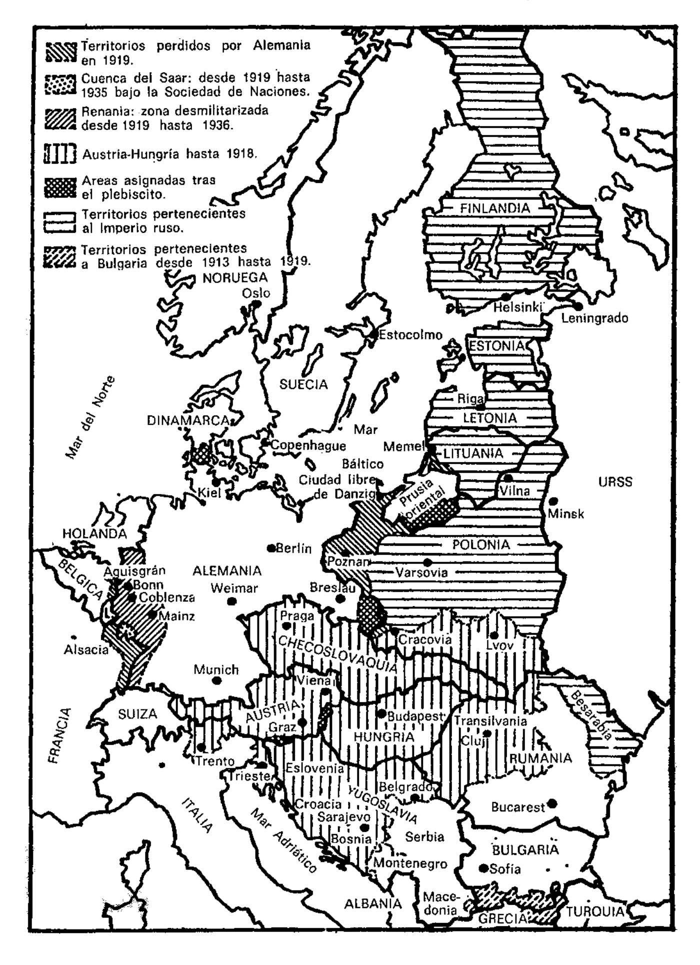


FIG. 1. *Europa de 1919 a 1937.*

el trabajo de los que se sentaron en la mesa de negociaciones, los resultados de sus prejuicios y sus esperanzas. Mientras que se llevaba a cabo esta tarea, alemanes y polacos, checos y húngaros, rumanos y húngaros, eran los causantes de los principales conflictos en Europa oriental; había frecuentes escaramuzas e incidentes siempre que distintas nacionalidades entraban en contacto; la autoridad de la Conferencia de Paz fue con frecuencia desafiada, pero finalmente se impuso su voluntad en las zonas relacionadas con los cuatro tratados. Esta fue la consecuencia de varios equilibrios de fuerza en los que se hizo sentir el peso de los aliados occidentales: como último recurso Polonía obedecería por temor a Alemania; Checoslovaquia por temor a Austria, Polonia y Hungría; Hungría podía ser sometida por Checoslovaquia, Yugoslavia y Rumanía; Yugoslavia necesitaba ayuda para defenderse de Italia. Los países más difíciles de controlar eran Rumanía e Italia, pero nunca llegaron a alcanzar una libertad completa: Rumanía podía necesitar ayuda contra Rusia, Italia no podía arriesgarse a un aislamiento económico. Incluso cuando se estaba redactando el tratado de paz, el comportamiento de las naciones europeas dejó claro que la paz descansaría en mutuos temores y equilibrios de fuerzas, pero no en la confianza mutua y en la cooperación internacional.

La paz redactada por las potencias internacionales permanecería intacta, siempre y cuando éstas pudiesen controlar a Alemania; en 1919 los aliados reconocieron esto y todas sus medidas militares importantes estaban dirigidas hacia esta finalidad: no tenían tropas para nada más. En general los tratados eran aceptables para Francia, Bélgica, Polonia, Checoslovaquia, Yugoslavia, Rumanía y Grecia; de manera más dudosa para Italia y en manera alguna para Alemania, Hungría y Bulgaria. Mientras que Alemania se mantuviera tranquila, estos tratados podían ser impuestos y sostenidos. Si Alemania escapaba a este control, podría reestructurar el equilibrio de fuerzas en el este de Europa y dejar sin vigencia los tratados en los que aquél se basaba. Siempre que Alemania pudiese estar bajo control, este equilibrio sobreviviría. Las potencias del este de la Europa central lo sabían en 1919 y 1920 y de ahí venía, como último recurso, su obediencia, a primera vista sorprendente, a los aliados. La fuerza de los aliados no iba más lejos y tampoco podía contener ni a Rusia ni a Turquía.

3. La paz con Turquía

Ni las fronteras, ni el grado de independencia conseguido por Turquía en los años de entreguerras se debieron a los deseos de los aliados. Es cierto que parte del tratado turco —la separación de Turquía de todas las zonas asiáticas del Imperio otomano, excepto Anatolia— fue impuesto sin dificultad. Aquí los problemas surgieron no de una resistencia turca, sino de las rivalidades entre Francia y Gran Bretaña y de las ambiciones árabes. Ciertamente estos problemas provocaron la más encarnizada de las disputas sostenidas por Gran Bretaña y Francia a lo largo de la Conferencia de Paz.

La situación al final de la guerra era que los soldados de Gran Bretaña y su Imperio habían vencido a las fuerzas turcas y ocupado las zonas árabes del Imperio otomano. Estas fuerzas habían recibido cierta ayuda, ampliamente divulgada, de los soldados árabes y de las tropas irregulares dirigidas por el emir Feisal y sus consejeros británicos, incluyendo a T. E. Lawrence. Feisal y su padre Hussein, jerife de La Meca, habían recibido a cambio ciertas promesas del gobierno británico, cuyo alcance era muy discutible, pero que claramente prometían la independencia de los territorios árabes conquistados posteriormente por el comandante británico Allenby, reservando para los intereses franceses parte de estas zonas. En 1916, el acuerdo Sykes-Picot entre Gran Bretaña y Francia establecía que Francia y Gran Bretaña deberían «reconocer y proteger un Estado árabe independiente o una confederación de Estados árabes» y aunque la palabra «proteger» fue posteriormente reemplazada por «apoyar» *(soutenir)* estaba claro que Francia y Gran Bretaña en realidad se proponían establecer protectorados efectivos en sus respectivas esferas de influencia: Francia en Siria, Gran Bretaña en Mesopotamia (Iraq). Ciertamente en algunas partes de estas zonas —Líbano y Cilicia en el caso de Francia, sur de Mesopotamia en el de Gran Bretaña—, el acuerdo decía que ambos países podrían establecer la forma de administración y control que deseasen. Finalmente, el 2 de noviembre de 1917, el señor Balfour anunció que Gran Bretaña apoyaría el establecimiento de una nación judía en Palestina. Estas promesas eran mutuamente compatibles una vez fuese acordado por los participantes el significado especial de las palabras

empleadas, tales como «independencia», y parecía claro que no se podían sostener las reclamaciones de Feisal, Lawrence y sus admiradores, de que el acuerdo Sykes-Picot era una traición secreta al entendimiento con Hussein [1]. Los negociadores franceses e ingleses daban por supuesto que el consejo y la intervención británica o francesa eran perfectamente posibles en un país «independiente»; por «independencia» ellos entendían independencia de los turcos, no independencia de ellos mismos. Por otro lado, el espíritu de las garantías dadas a los árabes y del acuerdo Sykes-Picot eran una cuestión diferente: uno implicaba el apoyo británico a las aspiraciones árabes de unidad y nacionalidad y el apoyo británico a las peticiones de una dinastía árabe concreta para gobernar a todos los árabes, mientras que el acuerdo Sykes-Picot suponía una partición franco-británica de las tierras de los árabes, sin tener en cuenta los deseos de éstos.

Los franceses insistían en las particiones acordadas; casi todos los ingleses que se encontraban en el lugar del conflicto y muchos de los que estaban en Londres estaban dispuestos a intentar mantener fuera de Siria a los franceses, a retractarse del acuerdo Sykes-Picot y a apoyar la tentativa de Feisal de crear un Reino Arabe Unido con capital en Damasco. Desde el punto de vista británico, este último plan resultaba muy atractivo ya que parecía seguro que Feisal, en el futuro, se apoyaría en la ayuda y en el consejo inglés de tal manera que su reinado garantizaría el control británico en todo el Oriente Medio sin necesidad de repartir con los franceses. La pretensión francesa de que ellos también podían ayudar y aconsejar a los gobernantes árabes fue considerada absurda por los ingleses quienes, estimulados por Feisal, estaban dispuestos a creer que el control de los árabes por parte británica significaba la independencia árabe, mientras que el control francés significaba su dominio y que, por lo tanto, el control francés de Siria era totalmente diferente y moralmente menos digno que, por ejemplo, el control británico de Iraq.

¿Qué es lo que estaba en juego en el Oriente Medio para Francia y Gran Bretaña? No parece que ninguno de ambos países estuviera pensando fundamentalmente en asegurarse el control directo de las fuentes petrolíferas; así, no es probable que en 1919 Clemenceau y Lloyd George discutieran el asunto del petróleo, y este último quedó sorprendido cuando descubrió que sus subordinados habían redactado un acuerdo sobre el petróleo [2]. La zona de Mosul, que se suponía iba a llegar a ser una importante área de producción petrolífera, fue cedida a Francia y más tarde transferida a Inglaterra sin demasiada dificultad; los ingleses y los franceses estaban dispuestos a llegar a un acuerdo sobre el reparto de los beneficios procedentes de los pozos petrolíferos.

Esto no quiere decir que no se empezase a reconocer la importancia del petróleo en el Oriente Medio —aunque en 1920 solamente un 1 por 100 de la producción petrolífera mundial provenía de esta zona—, sino que para Francia y Gran Bretaña había otras cuestiones más importantes[3]. En el caso de esta última, lo que predominaba esencialmente era su interés tradicional por la India, el deseo de conseguir el control del canal de Suez, el mar Rojo y el golfo Pérsico, el acercamiento a estas zonas y también el deseo de ganarse el favor del mundo musulmán promoviendo sus intereses, ya que el Imperio británico era la mayor potencia musulmana, tal como sus funcionarios decían frecuentemente entre ellos; en el caso de Francia parecía que se trataba de una cuestión de prestigio junto con un sincero interés por proteger y extender la cultura francesa en el extranjero, interés que los estadistas británicos no podían entender.

Este conflicto entre Francia y Gran Bretaña alcanzó su punto culminante cuando Clemenceau, el 21 de mayo de 1919 en el Consejo de los Cuatro, dirigió un violento ataque a la política británica; Clemenceau recordó a Lloyd George que en diciembre de 1918 había modificado el acuerdo Sykes-Picot a su propia conveniencia —«yo le dije "dígame lo que quiera en Asia y así podremos eliminar todos los malentendidos que surgen entre nosotros"»— y ahora los ingleses impedían al ejército francés ocupar la parte de Siria que le correspondía. Clemenceau tenía razón, los ingleses estaban haciendo lo que él decía, pues Allenby había informado que Feisal «levantaría a los árabes contra los franceses y contra nosotros mismos» si el ejército francés llegaba a Siria, y que en tal caso él sería «totalmente incapaz de dominar la situación con las tropas de que dispongo»[4]. Lloyd George se enfrentaba con una clara elección; por un lado, apoyar a Allenby, Lawrence, Feisal y sus seguidores y, por otro, respetar las obligaciones inglesas hacia Francia. Después de varias semanas, durante las cuales intentó eludir la cuestión haciendo que se reunieran conjuntamente Feisal y los franceses, tomó una decisión. Entre el 9 y el 11 de septiembre de 1919 mantuvo cuatro conferencias con Allenby. El 13 de septiembre, desoyendo la opinión de éste, dijo a Clemenceau que las tropas británicas se retirarían de Siria dejando a las fuerzas del rey Feisal las ciudades de Damasco, Homs, Hama y Alepo, y la zona al oeste de esa línea al ejército francés[5]. Esto constituía una capitulación, ya que dejaba en libertad a los franceses para negociar con Feisal en Siria; para el verano siguiente, éstos le habían expulsado sin que los ingleses hiciesen comentarios ni protestas, pese a los llamamientos de Feisal y Allenby[6]; así, pues, Lloyd George y el gobierno britá-

nico prefirieron Francia y la cooperación europea a la probablemente ilusoria esperanza de un Imperio árabe satélite.

Los ingleses debieron hacer frente todavía a varios problemas: un Feisal resentido, cuya existencia provocaba sentimientos de culpabilidad entre casi todos los ingleses dedicados a los problemas árabes, los territorios comprendidos entre Iraq y Palestina, un ejército reducido y unas finanzas muy escasas[7]. Como consecuencia de esta escasez de hombres y de dinero, el gobierno de Londres intentó controlar el Oriente Medio con un mínimo esfuerzo, evitando, por tanto, la administración directa. Así fueron creados rápidamente gobiernos árabes en Iraq y Transjordania —nombre dado a la zona que se encuentra entre Iraq y Palestina—, el primero con Feisal como rey y el segundo con el hermano de Feisal, Abdullah, como emir. No se pudo decidir tan fácilmente qué hacer con Palestina, ya que los gobernantes que habían de dirigir la nación judía en aquella zona no podían ser árabes, pero tampoco podía dejarse la administración en manos judías, si los ingleses querían mantener buenas relaciones con los árabes y los mismos judíos estar a salvo. Palestina había de tener un gobierno directo: llegó a contar con una administración moderna y eficiente, y con un nivel más alto que el que predominaba en las zonas de influencia inglesa, a diferencia de las zonas de dominio británico.

Este acuerdo sobre la suerte del que había sido Imperio otomano, excepto Anatolia, no fue sino una imposición aliada; pero no así el acuerdo final sobre Constantinopla, Tracia y Asia Menor. En este caso, las intenciones de los aliados se vieron frustradas por los turcos, quienes a lo largo de todo este proceso dieron muestras de una arraigada conciencia nacional. Durante la guerra los aliados llegaron, entre ellos, a un acuerdo sobre el reparto de Turquía; al final de ésta se daba por sentado que los intentos autóctonos turcos de reformas habían quedado absolutamente desprestigiados merced a la equivocada política pro alemana del Comité para la Unión y el Progreso de antes de la guerra y que consiguientemente la Turquía anatolia iba a ser tratada, al igual que Siria o Iraq, como una zona que requería métodos de gobierno más o menos coloniales por las potencias metropolitanas. Lo que nadie podía imaginarse en París en 1919 era que los turcos fueran capaces de mantener una postura independiente. Sin embargo, aun antes de que el Consejo de los Cuatro hubiera llegado a un acuerdo sobre sus planes en Asia Menor y en los Estrechos, se había tomado la decisión que precipitó el resurgir del nacionalismo turco.

El 5 de mayo de 1919, mientras los representantes italianos estaban en Roma, Wilson, Lloyd George y Clemenceau llegaron

a la convicción de que había pruebas evidentes de que los italianos, que ya habían desembarcado tropas en el sur de Anatolia, estaban preparándose para otras expediciones y que incluso podían estar planeando la ocupación de Esmirna (Izmir). Por esta época, cuando las relaciones con los italianos eran de lo más tirante, los tres dirigentes estaban sinceramente resentidos por la actuación unilateral de Italia y creían que esta actuación haría aún más difícil frenar las ambiciones territoriales italianas en Europa. Lloyd George tenía preparada una solución: «Debemos dejar que los griegos ocupen Esmirna»[8]. De este modo, los italianos verían sus intenciones frustradas y los demás aliados tendrían a su disposición una fuerza obediente que controlaría a los italianos y a los turcos, sustituyendo a las fuerzas que ellos mismos no querían ni podían enviar. El 7 de mayo se le dijo al primer ministro griego, el liberal Venizelos, que intentaba volver a crear un Imperio griego alrededor del mar Egeo, que enviase tropas a Esmirna; los italianos fueron informados el 12 de mayo y se les dio el pretexto de que era eminente el exterminio de los griegos en Esmirna, lo cual muy bien pudo haber sido cierto[9]. El 15 de mayo los griegos desembarcaron; el 19 de mayo, el destacado general turco Mustafá Kemal llegó a Samsun, en el norte de Anatolia, con la orden de supervisar la desbandada de los restos de las fuerzas armadas turcas, según exigían los aliados. Pero no hizo nada de esto. Por el contrario, comenzó a formar un ejército y a crear un movimiento para hacer renacer a Turquía.

Los turcos progresistas, incluyendo a Mustafá Kemal, estaban sumidos en una confusión total por los acontecimientos de 1918 y principios de 1919 y habían comenzado a sospechar cada vez más de las intenciones aliadas mientras su desprecio por el gobierno del sultán de Constantinopla iba en aumento. En algunas partes de Anatolia ya se habían formado grupos de resistencia nacionalista, pero fue la llegada de los griegos lo que trajo consigo apoyo y entusiasmo a Mustafá Kemal y sus proyectos y lo que permitió conseguir la independencia turca por la fuerza de las armas. Se demostró rápidamente lo absurdo de la observación hecha el 13 de mayo por Wilson durante la discusión sobre el reparto de Turquía, cuando indicó que ésta era «dócil», y «obedecería sin dificultad a la potencia que fuese su guía»[10]. Sin embargo, esa observación muestra la dirección en la que se movían las intenciones de Wilson, es decir, hacia la creación de un gobierno turco para la Turquía anatolia, aconsejado y dirigido por una de las grandes potencias sin un mandato formal. Para este papel, Wilson sugirió Francia, mientras que Lloyd George y Clemenceau empujaban a Wilson a que tomase Turquía bajo su cuidado. Wilson pensó que el Senado de los Estados Unidos se

negaría probablemente a permitirle hacer esto, pero supuso que aprobaría el que América, bajo mandato, gobernase Constantinopla, los Estrechos y Armenia[11]. En consecuencia, el acuerdo turco quedó en suspenso mientras que las potencias esperaban la respuesta sobre la parte de Turquía que Estados Unidos tomaría bajo su mandato; la respuesta tardó mucho tiempo en llegar, o más bien, se retrasó una respuesta de acuerdo con la cual los gobiernos pudiesen actuar oficialmente. Este retraso aumentó el descontento de los aliados, ya que era cada vez más evidente que la clase de acuerdo que los aliados tenían pensada para Turquía en 1919 habría de establecerse en contra de la voluntad de los nacionalistas. Como ni Gran Bretaña ni Francia podían desperdiciar tropas, el ejército griego sería el que luchase y a cambio los aliados tendrían que aceptar su establecimiento en Esmirna, alrededor de esta ciudad y en el este de Tracia. Desgraciadamente, el hecho de que los griegos tomasen parte en esto significaba que el descontento y la resistencia turcos fueran cada vez más fuertes y unánimes. La ocupación italiana de parte del sur de Anatolia finalizó en el verano de 1919 cuando Nitti sucedió a Orlando e implantó una política exterior menos aventurera, dejando de molestar a los griegos.

De este modo, el tratado de Sèvres de 1920, impuesto al impotente gobierno de Constantinopla e ignorado por Mustafá Kemal y los nacionalistas, demostró ser una provocación de desafío más que un acuerdo, con sus cláusulas que incluían la pérdida por parte de los turcos del este de Tracia y de Esmirna y un estrecho control por parte de los aliados de las finanzas del gobierno turco. Es curioso que el tratado de Sèvres, aun antes de ser firmado, fuera considerado como inviable y de imposible aplicación por todos los que estaban relacionados con los asuntos turcos. El único en disentir de esto era Venizelos. En marzo de 1920 estaba «ansioso de que el gobierno inglés supiese que, a su juicio, la afirmación de que Mustafá Kemal disponía de un ejército formidable, era una pura fanfarronada». Ya entonces era evidente que Francia e Italia —que era hostil a la expansión griega— podían reconciliarse con los nacionalistas[12]. El representante inglés en Turquía, el estado mayor británico, el virrey de la India, el ministrio de Asuntos Exteriores y sus subsecretarías, todos pensaban que no se podían defender las condiciones del tratado de Sèvres contra los nacionalistas, y que, en concreto, las peticiones griegas deberían ser limitadas[13]. Solamente un hombre, Lloyd George, se oponía a estos puntos de vista, defendiendo los de Venizelos. En junio de 1920 su postura parecía justificarse por el éxito de la ofensiva griega contra Kemal. Sin embargo, a finales de este año las cosas comenzaron a ir mal. La publicación

del tratado de Sèvres reafirmó el sentimiento nacionalista turco; la muerte del rey Alejandro de Grecia, seguida de la caída de Venizelos y la vuelta del rey Constantino, de notoria actitud proalemana durante la guerra, significó que Francia sintiese cada vez menos entusiasmo en apoyar a los griegos; y sobre todo la Rusia soviética comenzó a intervenir.

En abril de 1920, Mustafá Kemal envió a Moscú una nota que provocó la llegada a Ankara, la capital de Kemal, de un representante soviético, mientras Turquía, con la cooperación tácita de la Rusia soviética, ponía fin a la independencia de Anatolia. En esta época, los líderes soviéticos habían renunciado a toda esperanza de una revolución mundial inmediata y estaban dispuestos a tomar medidas empíricas que fortaleciesen a su país y debilitasen a Occidente. De este modo, la eliminación por Kemal de los líderes comunistas turcos en enero de 1921 (arrojándoles al mar) no impidió en modo alguno la conclusión, en marzo de 1921, de un tratado turcosoviético que permitía a Rusia aparecer como enemigo del imperialismo en el Próximo Oriente [14]. Fortalecida así la posición de los nacionalistas turcos, éstos fueron capaces de resistir otra ofensiva griega en 1921, mientras las diferencias entre Gran Bretaña y Francia, que siempre había mirado con recelo la protección inglesa a los griegos, quedaron al descubierto con la firma en octubre del tratado Franklin-Bouillon con el gobierno de Ankara. Por este tratado, Francia abandonaba importantes pretensiones territoriales en Asia Menor, prometía su ayuda a los turcos y se aseguraba concesiones para los capitalistas franceses. En 1922 los nacionalistas turcos recibieron municiones de Rusia, Francia e Italia, que fueron usadas por Kemal para expulsar definitivamente de Asia Menor a las fuerzas griegas en agosto de 1922. Esta expulsión vino acompañada de sangrientas matanzas y, finalmente, del exterminio total de lo que quedaba de la población griega en los alrededores de Esmirna [15].

Lloyd George se mantuvo en su postura hasta el final; en la Cámara de los Comunes, en agosto de ese año, elogió a los griegos y a su ejército e invitó a resistir el avance turco en los Estrechos, aun a riesgo de entrar en guerra. En Chanak, donde se encontraron griegos e ingleses, el contingente francés de las fuerzas aliadas de ocupación se retiró, los italianos se mantuvieron al margen, y Lloyd George hizo una llamada al Imperio para conseguir hombres armados dejando bien claro que Gran Bretaña lucharía sola si fuese necesario. Poincaré, el primer ministro francés que había ordenado la retirada de las tropas de Chanak, cedió y llegó a un acuerdo con los ingleses para presionar a Kemal a que aceptase un armisticio, por el cual le negaban el control inmediato de los Estrechos mientras que le concedían el dominio del

este de Tracia que el ahora caduco tratado de Sèvres había adjudicado a los griegos. Estos acontecimientos muestran un aspecto del extraño funcionamiento de la alianza anglofrancesa durante estos años; ambos deseaban que continuase: Francia, para asegurarse el apoyo inglés contra Alemania; Gran Bretaña para poder refrenar la presión francesa sobre Alemania. Como resultado, ninguna de las dos potencias seguía su propia política en el Próximo Oriente de una manera consistente y lógica: a los ingleses se les impedía dar un apoyo total a sus protegidos árabes y griegos; a los franceses se les impedía una decidida búsqueda de una posición dominante en Turquía basada en la colaboración con los nacionalistas y en una completa oposición a Inglaterra; ambas potencias consideraban el problema alemán mucho más importante que la cuestión oriental.

La paz con Turquía fue finalmente firmada el 4 de julio de 1923, después de dos conferencias en Lausana; Turquía se quedaba con el este de Tracia y así podía mantener su presencia en Europa. Turquía obtenía asimismo una soberanía total excepto en las zonas de los Estrechos (y ambos lados de la frontera de la Turquía europea) que iban a ser desmilitarizadas; se estipuló la libertad de paso en los Estrechos. Cuando, en agosto, se ratificó el tratado, los acuerdos de paz estaban concluidos. Al contrario de los tratados con Alemania, Austria, Hungría y Bulgaria, el tratado de Lausana fue el único verdaderamente negociado y basado en la discusión y el consentimiento. Como resultado, la nueva Turquía republicana de Atatürk, como Mustafá Kemal dio en denominarse, no fue un país revisionista, debatiéndose entre los cambios internacionales, sino una fuente de estabilidad en el sudeste de Europa.

El acuerdo sobre el Oriente Medio de los años de la posguerra elevó a la cumbre el poder de Francia e Inglaterra en dicha zona. Entre las dos guerras y a pesar de las dificultades y desórdenes ocurridos en Siria, Iraq y Egipto, todos estos países se mantuvieron bajo la firme influencia británica o francesa. No obstante, en el momento en que la influencia y el poder occidentales eran más fuertes, encontraron la oposición de un movimiento nacionalista y antiimperialista. Los árabes dotados de una conciencia nacional, víctimas ellos mismos de las arbitrarias decisiones y repartos de las grandes potencias occidentales, contemplaban el éxito de sus antiguos dominadores turcos con agrado e incluso con esperanza.

4. La consolidación de la paz: Rusia

La paz con Turquía fue negociada, no impuesta, ya que los aliados no eran lo suficientemente fuertes como para imponer la paz por la fuerza; las condiciones del acuerdo o, más bien, de la tregua a la que se llegó entre Rusia y las potencias occidentales, tampoco podían considerarse como del completo agrado de estas últimas. En primer lugar, el bolchevismo sobrevivió, contrariamente a las esperanzas y a las intenciones de los aliados. Más aún, las fronteras de la Unión Soviética se fijaron por procedimientos escasamente influenciados por las reflexiones e instrucciones de los consejos y conferencias de los aliados. Inglaterra y Francia no eran lo suficientemente fuertes para imponer su voluntad, o más bien, su voluntad no era lo bastante fuerte para imponerse a Rusia; probablemente los ejércitos franceses e ingleses hubieran podido suprimir el bolchevismo en Rusia con un esfuerzo mucho menor del que habían desarrollado en 1918, pero para los gobiernos francés e inglés era completamente imposible proponer este esfuerzo. Los ejércitos de masas de la primera guerra mundial no podían ser tratados como ejércitos de mercenarios: los soldados lucharían solamente por una causa en la cual creyeran: liberar a Francia, terminar la guerra, socorrer a Bélgica, o construir un mundo seguro para el desarrollo de la democracia. Se les había dicho a menudo que la derrota de Alemania traería consigo estos deseables objetivos y que la humanidad podría entonces vivir en paz y felicidad: hubiera sido difícil persuadirles de que había que derrotar a la nueva encarnación del mal en un país remoto y que la paz que anhelaban no había llegado, como suponían, en noviembre de 1918, sino que habría de ser pospuesta indefinidamente. Lo que es más, los bolcheviques aducían, con cierta razón, estar del lado de las masas trabajadoras, de los obreros y campesinos, mientras era absolutamente evidente que sus oponentes en Rusia representaban a los terratenientes y los capitalistas. En tal conflicto no era ni con mucho seguro que la opinión pública, tanto en Inglaterra como en Francia, se mostrara lo suficientemente unánime como para apoyar la prolongación del esfuerzo bélico, ni que se pudiera confiar para la lucha en los soldados franceses e ingleses, si fueran enviados a Rusia; por el contrario, muy bien podían ellos mismos «contagiarse del virus

bolchevique». En una palabra, un serio intento de aplastar el bolchevismo en Rusia usando tropas británicas y francesas parecía en 1919 tan susceptible de evitar una revolución en Europa occidental como de provocarla.

Así pues, el grueso de las tropas aliadas en Rusia desapareció virtualmente en 1919, exceptuando las japonesas, que tenían objetivos muy específicos. Los aliados habían enviado tropas a Rusia en 1918 como medida de prevención para evitar que valiosos depósitos de provisiones cayeran en manos de los alemanes y en un intento de volver a crear un frente oriental contra Alemania, ya fuera con fuerzas soviéticas o antisoviéticas. Para finales de 1918 había fuerzas aliadas en Murmansk y Arkángel en el norte, en el Cáucaso en el sur y en Vladivostok en el este. Al acabar 1918 llegaron a Odesa importantes fuerzas aliadas que sumarían unos 25.000 hombres bajo mando francés, incluyendo fuertes contingentes del mismo ejército francés, mientras un número más reducido de fuerzas desembarcaba en Crimea. No tardaron en ponerse de manifiesto dos cosas: en primer lugar, que las fuerzas antibolcheviques disponibles *in situ* eran escasas y desorganizadas; en segundo lugar, que las tropas francesas y los marineros a bordo de los buques de guerra franceses en el mar Negro no eran dignos de confianza para la lucha. La clase de tropa se veía continuamente inundada por una activa propaganda comunista, llevándose a cabo la retirada de las desmoralizadas fuerzas francesas y aliadas en el mes de abril, mientras en algunos de los barcos estallaban turbulentos motines [1]. Este fue el único intento a gran escala de intervención armada en la posguerra, ya que el resto de las fuerzas aliadas en Rusia, que habían llegado durante la guerra con Alemania, permanecieron allí aisladas manteniendo posiciones defensivas sin contribuir en absoluto al resultado de la guerra civil rusa.

Más significativa fue la intervención aliada contra los soviets en forma de dinero, armas y suministros. En 1919 se financiaron y abastecieron, con fondos predominantemente británicos, tres principales campañas: la de Kolčak, que atacó desde Siberia hacia el oeste; Denikin, que se dirigió hacia el norte desde el mar Negro, y Yudenič, que marchó hacia Petrogrado. Francia mostró su escepticismo con respecto a los ejércitos rusos blancos antes que Inglaterra (aunque su apoyo fue más prolongado). El Consejo de los Cuatro examinó el problema ruso el 25 de marzo de 1919. Wilson insistió en su política: «Dejar Rusia a los bolcheviques; que ellos se las compongan como puedan, hasta que las circunstancias hagan más juiciosos a los rusos, limitándonos a impedir que el bolchevismo invada otras partes de Europa.» Los france-

ses coincidían con esta opinión de manera casi total. El mariscal Foch dijo con firmeza:

«Hemos de dar por perdido lo que entregamos a Denikin. No concedo demasiada importancia al ejército de Denikin porque los ejércitos no existen por sí mismos. Detrás de ellos debe haber siempre un gobierno, un cuerpo legal, un país organizado. Es mejor un gobierno sin ejército que un ejército sin gobierno. Por eso les digo: apoyemos a Rumanía, porque allí contamos no sólo con un ejército, sino con un gobierno y un pueblo.»

Y dos días después, Foch habló de un «cordón sanitario: «No se trata de una ofensiva, sino de una barrera defensiva»[2]. Así pues, el esfuerzo francés en 1919 estuvo dedicado en gran medida, aunque no exclusivamente, a reforzar la posición de Polonia y Rumanía, en vez de apoyar a los ejércitos rusos antibolcheviques. A finales de 1919, la política de muro de contención parecía haber tenido éxito, mientras que la de intervención había fracasado claramente; pero el logro de la primera sólo fue posible gracias al mantenimiento de un importante contingente de fuerzas que tuvo continuamente en jaque al Ejército Rojo durante los meses críticos de 1919. De una manera similar, en 1920 Polonia logró escapar a duras penas de la aniquilación a manos del Ejército Rojo gracias al último estallido de la guerra civil provocado en la Rusia europea por Wrangel', sucesor de Denikin.

Armar a los polacos equivalía a suscitar el recuerdo de aquella Polonia anterior a 1772, cuyas fronteras orientales se extendían mucho más allá de los límites puramente étnicos. Los polacos se ofrecieron en septiembre de 1919 a enviar medio millón de hombres contra Moscú mediante el pago por los aliados de una tarifa aproximada de 600.000 libras diarias. Clemenceau y Lloyd George renunciaron rápidamente a este plan, ya que proyectaban un empleo muy diferente del ejército polaco: la expulsión de las fuerzas alemanas de las antiguas provincias bálticas rusas. El armisticio con Alemania había establecido que las tropas alemanas serían retiradas de estos territorios solamente «cuando los aliados considerasen el momento adecuado, teniendo en cuenta la situación interna de estos territorios». En consecuencia, el general von der Goltz permaneció en las provincias bálticas al mando de algunas unidades de tropas alemanas. Esta concentración de tropas alemanas atrajo como un imán a desacreditados elementos de la extrema derecha, en parte alentados y financiados por algunos industriales reaccionarios, y en parte atraídos por las perspectivas de colonizar la zona báltica[3]. Los objetivos de los jefes de los diversos grupos que se encontraban en esta zona consistían en asegurar el control alemán de la misma, restaurar la monarquía rusa y aplastar la república alemana. Una vez que todos estos

propósitos se hubieran cumplido, una alianza rusogermana podría aniquilar la obra de Versalles.

Los aliados se enfrentaban en 1919 a la disyuntiva de aceptar la ayuda de estas bandas armadas contra la Rusia soviética, dejando que los polacos marcharan hacia Moscú, o frenar el resurgir del nacionalismo militarista alemán en el Báltico, conservando al ejército polaco con vistas a su eventual utilización para mantener en jaque a estos alemanes. La elección se hizo sin dudar, devolviendo estos hombres armados a Alemania y obligando al gobierno alemán a desarmarlos. De hecho, en 1919, el peligro alemán amedrentaba bastante más a los aliados que el Peligro Rojo, y aunque la destrucción de la Rusia soviética habría sido saludada con júbilo, entonces, como en 1941, no se podía confiar en los nacionalistas alemanes ni permitir que llevaran a cabo la tarea. Wilson, Lloyd George y Clemenceau decidieron expulsarlos en junio. En septiembre, el número de alemanes en el Báltico era mayor que nunca y consiguientemente los aliados pusieron en práctica la única medida posible en un caso semejante: el empleo unilateral de la fuerza, amenazando para ello al gobierno alemán. El control de éste sobre sus fuerzas en el Báltico era mínimo, por lo que se limitó a lanzar un llamamiento a los alemanes en dicha zona para que se repatriaran, saliendo así al paso de una posible invasión y bloqueo de los aliados; un mes más tarde, los alemanes aún permanecían allí, tramando la formación de una «Alemania oriental» independiente en Prusia oriental, Letonia y Lituania; en octubre intentaron someter a los letones, no retirándose las fuerzas alemanas hasta diciembre, saqueando y maltratando a la población y dejando tras de sí un rastro de pillajes y devastaciones [4]. Su partida vino determinada por el cese del apoyo de Berlín, donde un gobierno de civiles, desde el primer momento deseoso de controlar estas fuerzas e incapaz de hacerlo, llegó a contar con el respaldo de elementos pertenecientes a las altas esferas del ejército que habían adoptado la postura del general von Seeckt de que un abierto desafío a las potencias occidentales retrasaría más que aceleraría la recuperación de Alemania. Una vez desocupados, los Estados bálticos, a quienes no interesaba lo que pasará en Rusia con tal de que ésta les dejara en paz, fueron capaces de llegar a un entendimiento con el gobierno soviético, basado en el respeto a su independencia; primero se firmó un tratado con Estonia en febrero de 1920, seguido de otros con Letonia y Lituania [5]. La independencia de estos países —como la de otros muchos en la Europa oriental de entreguerras— dependía de la simultánea debilidad de Alemania y Rusia, bases harto precarias para su supervivencia; en 1920, los aliados tenían a raya a los alemanes, mientras los rusos tenían

que hacer frente a Wrangel' y a Pilsudski y resolver en el interior problemas económicos cada vez más acuciantes. La retirada rusa estaba en marcha; se estaba eclipsando la creencia de que una revolución europea solucionaría los problemas políticos y económicos del gobierno soviético; la Nueva Política Económica en el interior fue acompañada de la búsqueda de una coexistencia pacífica en el exterior para obtener un momento de respiro con el fin de estabilizar el gobierno y la economía rusos.

El objetivo de Pilsudski, jefe del Estado polaco, era crear una gran Polonia separando Ucrania, la Rusia Blanca y Lituania de Rusia y uniendo estos territorios a Polonia mediante una federación, dejándoles al mismo tiempo la independencia necesaria para conseguir el apoyo de movimientos nacionalistas como el de Petliura en Ucrania. Estas ambiciones hicieron imposible a Pilsudski cooperar con Kolčak y Denikin, que conservaban el propósito de restaurar la unidad de los territorios de la antigua Rusia; por otra parte, los contrarrevolucionarios rusos tampoco eran la clase de hombres que pudieran suscitar la simpatía de Pilsudski, que siempre había estado en conflicto con la Rusia zarista y que hasta 1916 había colaborado con Austria-Hungría y Alemania contra Rusia. En 1919 estaba dispuesto e incluso deseoso de invadir Rusia, pero de ninguna manera hacer posible que Denikin conquistara el poder en Rusia; de ahí su oferta a los aliados en septiembre para derrocar el bolchevismo; atacaría si estuviera seguro del completo apoyo occidental, y de que por tanto *su* voz y no la de Denikin dictaría el acuerdo final rusopolaco; cuando este apoyo le fue negado, el gobierno polaco trató en 1919 de fortalecer su posición en el este sin hacer nada por evitar la derrota de la contrarrevolución en Rusia. El curioso resultado fue que tuvieron lugar negociaciones secretas entre representantes soviéticos y polacos, por las cuales Pilsudski prometió no atacar mientras durase la lucha de los ejércitos soviéticos contra Denikin. A cambio, el gobierno soviético permitió la ocupación polaca de ciertos territorios. Mientras tanto Pilsudski se preparaba para llevar a cabo sus designios por medio de la guerra, pero sólo tras la derrota de Denikin. Lenin y los bolcheviques quizá deban su supervivencia a Pilsudski [6].

A finales de 1919 el gobierno soviético ofreció finalmente la paz a los polacos, proponiendo el mantenimiento de la línea existente entre los ejércitos ruso y polaco. Pilsudski intentó sonsacar la opinión de Inglaterra y Francia. ¿Ayudarían a Polonia a hacer la paz? ¿La ayudarían a hacer la guerra? Obtuvo una respuesta muy ambigua: los aliados no aconsejaban a Polonia que no hiciera la paz, pero tampoco establecerían por su parte relaciones diplomáticas con el gobierno soviético; no aconsejaban a

Polonia que atacase Rusia, pero si ésta atacase a aquélla en sus «legítimas fronteras» ayudarían a Polonia [7]. Pilsudski, enfrentado a crecientes concentraciones militares soviéticas, decididas a atacar, aceleró sus propios preparativos, y la ofensiva polaca comenzó a finales de abril de 1920. Kiev fue tomado el 8 de mayo. A primeros de junio, el Ejército Rojo contraatacó y, apenas tardó una semana en expulsar a los polacos de Kiev. El ejército soviético continuó sus rápidos avances durante los dos meses siguientes y a primeros de agosto, con las tropas rusas a las puertas de Varsovia, la derrota polaca parecía inminente y, con ella, el colapso de la paz de París y tal vez el derrocamiento de la sociedad capitalista alemana y europea. A mediados de agosto, Pilsudski contraatacó y el ejército soviético fue derrotado. Los polacos usaron esta vez la victoria como medio de llegar a un acuerdo con la Rusia soviética, ya que Pilsudski se sintió obligado, «por falta de fuerza moral de la nación», a detener el avance polaco hacia el este [8]. El gobierno soviético también estaba dispuesto a pactar, enfrentado en el interior con el hambre, y, en la Rusia europea, con el imperativo de habérselas con Wrangel', el último exponente de la Rusia Blanca aún en armas. El resultado fue el acuerdo firmado en Riga en octubre de 1920 y plasmado en un tratado oficial en marzo de 1921, por el cual la frontera ruso-polaca se fijaba más al este de la llamada línea Curzon, trazada por los aliados en 1919, pero que daba a los polacos un territorio sustancialmente inferior a la Polonia de 1772.

La derrota soviética se debió principalmente a la debilidad rusa en cuanto a equipo y vías de comunicación. Los rusos desplazaron contra Polonia unos 360.000 hombres, pero sólo 50.000 tomaron parte en la batalla decisiva aunque, en octubre de 1920 el Ejército Rojo contaba con una fuerza total de más de 5.000.000 de hombres. En segundo lugar, las dos líneas de avance del Ejército Rojo en Polonia estaban demasiado separadas para apoyarse mutuamente, y el ejército ruso del sur de Polonia no cooperó estratégicamente con el del norte que avanzaba hacia Varsovia. En tercer lugar, dado que la revolución polaca no llegó a materializarse, quedó bien demostrada la falacia de la idea de exportar la revolución con bayonetas. En cuarto lugar, la ofensiva contrarrevolucionaria de Wrangel' desde Crimea distrajo la atención soviética en julio y agosto, aunque, por otra parte, el fin de la guerra con Polonia aseguró el rápido aniquilamiento de las fuerzas de Wrangel' [9]. Las consecuencias de esta breve campaña fueron de una importancia trascendental en el mundo de la posguerra. Para Rusia, la guerra con Polonia consolidó el régimen bolchevique, porque el conflicto con los polacos hizo surgir en su apoyo un sentimiento de fervor patriótico; pero, por otra

parte, demostró la debilidad de la Rusia soviética y sirvió para frenar la idea de un gran avance del comunismo soviético hacia el oeste. Era evidente que Rusia estaba obligada a conseguir su supervivencia en un mundo básicamente hostil que aún no podía ser derrocado y que esta supervivencia requería imperativamente una solución a los problemas económicos que Rusia tenía planteados. A principios de 1920, la producción de la gran industria rusa decayó a menos de la quinta parte de la cifra de la preguerra; los campesinos se negaron a ceder la producción agrícola sin recibir nada a cambio, y el hambre se adueñó de las ciudades. Las energías del régimen soviético se vieron absorbidas durante el resto de la década y gran parte de la siguiente en el empeño de conseguir un rápido crecimiento económico. Consiguientemente, la política exterior rusa tras la guerra polaca tuvo un carácter defensivo, tendente a mantenerse alejada del resto del mundo, más que a cambiarlo. La Unión Soviética —como los Estados Unidos, si bien por razones completamente diferentes— se convirtió en un gran ausente de la política europea y mundial, y el dominio cada vez más artificial de las potencias occidentales, Inglaterra, Francia, Italia y Alemania, en los asuntos internacionales se prolongó hasta los años 40. Se pospuso una nueva confrontación entre Rusia y Alemania y, como veremos, hasta que Hitler eligió un camino muy distinto, Alemania pudo tratar a Rusia como amigo y como aliado. El tratado de Riga coincide con el de Versalles en determinar el destino del mundo de entreguerras; uno se apoyaba en la derrota alemana, el otro en la debilidad rusa; por tanto, la estabilidad del equilibrio europeo iba a ser, con toda probabilidad, provisional y precaria.

La guerra ruso-polaca obligó a las otras potencias europeas a considerar la validez de sus políticas con respecto a la Unión Soviética; los resultados demostraron que las perspectivas de una efectiva coalición europea antibolchevique, eran aún más remotas en 1920 de lo que lo habían sido en 1919. Inglaterra y Francia siguieron unidas por su alianza, conservada gracias a la preocupación común de influir cada una en la política alemana de la otra, lo que actuó como un fastidioso lastre para ambas potencias. Pero sus gobiernos no osaron romper estos lazos, no sólo por egoísmo, sino también porque tanto en Inglaterra como en Francia existía un auténtico sentimiento en favor de la cooperación mutua. La alianza funcionó a base de conferencias y discusiones en las cuales cada potencia trataba de persuadir a la otra de la validez de su propia política; en 1920 sólo hubo tres meses en los que no se diera un encuentro entre Lloyd George y el *Président du Conseil* francés, Clemenceau, Millerand o Leygues. Aunque en estas reuniones había a menudo representantes italianos,

algunas veces japoneses y ocasionalmente observadores americanos, lo normal era que las conferencias aliadas en pleno vinieran precedidas de conversaciones anglofrancesas, en las cuales se buscaba, con diversa fortuna, una línea de acción común [10].

Cada vez se hizo más difícil emprender una política común hacia Rusia. Desde principios de 1920, Lloyd George, que nunca se mostró convencido de la utilidad de una política de intervención en Rusia, encareció la necesidad de un arreglo con el gobierno soviético y la reanudación del comercio con Rusia, mostrando a lo largo del año una marcada tendencia a eludir las limitaciones que Francia imponía a sus gestiones. En enero, sugirió en París la conveniencia de adoptar medidas para reemprender el comercio con Rusia, arguyendo que la dependencia de los cereales americanos producida por la ausencia de las exportaciones rusas distorsionaba los cambios con el exterior y provocaba un alza de los precios en Europa y que «el comunismo desaparecería en el momento en que se estableciese el comercio con Rusia». El comercio podría continuarse por medio de las cooperativas rusas que eran independientes (en teoría) del régimen soviético, y así el bloqueo de la Rusia soviética podría ser levantado «sin cambio alguno en la política de los gobiernos aliados hacia el gobierno soviético». En marzo —un mes antes de que Polonia atacase— Lloyd George pidió que se hiciera la paz entre Rusia y sus vecinos; el interés británico en restablecer el comercio mundial poniendo punto final a los conflictos políticos comenzaba a prevalecer sobre el resto de los intereses aliados. En el mes de abril, en San Remo, obtuvo el consentimiento de los aliados para negociar con representantes rusos el problema del comercio, y a finales de mayo se abrieron en Londres conversaciones entre Inglaterra, representada por el propio Lloyd George, y una delegación soviética. Al llegar a este punto, los franceses se volvieron atrás, no tomando parte en las negociaciones. En junio, Millerand se opuso a negociar con los bolcheviques a menos que el gobierno soviético hiciera honor a los compromisos rusos contraídos con los gobiernos extranjeros, o sea que Rusia reconociese sus deudas hacia los inversores extranjeros, franceses en su mayoría. El resultado fue el acuerdo por ambas partes de la libertad de adoptar diversas posturas y las conversaciones de Londres continuaron [11].

Por aquella época, los franceses, una vez más, parecían estar convencidos de la posibilidad de derrocar el bolchevismo en Rusia; aunque de manera oficial se habían adherido a la política aliada de no animar a Polonia a atacar, Francia alentaba oficiosamente a Polonia a ir a la guerra y, tras la victoria polaca, a continuarla. Al mismo tiempo, Francia prestaba su apoyo al general Wrangel',

llegando hasta el punto de reconocerle como legítimo representante de Rusia en el mes de agosto, mientras Inglaterra se desentendía de él [12]. Lo cierto es que Francia pareció haber puesto mayores esperanzas en Wrangel' que en Polonia, y que la ayuda francesa a ésta fue concedida de mala gana hasta que los éxitos soviéticos pusieron en peligro la misma existencia de Polonia. La conducta de Pilsudski en 1919 alimentó probablemente las sospechas francesas respecto a él. La única cuestión en torno a Polonia en la que Lloyd George y Millerand fueron capaces de ponerse de acuerdo en el verano de 1920 fue que el Estado polaco evidenciaba una buena dosis de inseguridad, y que el propio Pilsudski no era, probablemente, sino un traidor que bien podía estar tramando un pacto con Lenin para convertirse en el futuro dirigente de una Polonia bolchevique. Lloyd George extrajo la conclusión de que debía detenerse la expansión rusa contentando al gobierno soviético a expensas de Polonia y haciendo la paz con Rusia en las mejores condiciones posibles, mientras Millerand concluía por su parte que Polonia debía ser empujada a luchar prescindiendo de los deseos de Pilsudski [13].

Esta divergencia entre Inglaterra y Francia se hizo evidente cuando los rusos presentaron sus condiciones a mediados de agosto, condiciones que los ingleses aconsejaron aceptar a los polacos mientras los franceses sostenían que éstas debían ser rechazadas. Es cierto que Kámenev, que se encontraba en Londres con motivo de las conversaciones comerciales, no informó suficientemente a Lloyd George del alcance completo de las peticiones soviéticas; pero las que él mismo propuso con su aprobación al gobierno polaco hubieran traído como consecuencia una Polonia incapaz de defenderse por sí misma en lo sucesivo. Naturalmente las divergencias anglo-francesas se traducían en una diferente opinión sobre la ayuda a prestar a Polonia. El único acuerdo a que llegaron ambos países consistió en enviar una misión anglo-francesa que informaría de la situación en Polonia. Entre los miembros de la comisión inglesa se hallaban Lord d'Abernon, que envió informes pesimistas sobre la moral y la eficiencia de los polacos, y Sir Maurice Hankey, que trató de que Polonia aceptara el sistema inglés de un Secretariado de gobierno de su propia invención, mientras ambos intentaban que los polacos se mostrasen «razonables», es decir, trataban de persuadirles de llegar a un acuerdo con los rusos. Por parte francesa, la misión incluía al general Weygand, jefe de estado mayor de Foch, cuya reputación en los países occidentales era tal que tanto en París como en Londres se daba por seguro que Pilsudski, pretendidamente indigno de la confianza de los aliados, sería incapaz de impedir que pasara a sus manos el mando de la campaña de

Polonia. No lo hizo así Pilsudski y la victoria polaca, como el propio Weygand señaló, correspondió únicamente a Pilsudski, aunque Weygand fuera exaltado como el salvador de Polonia por los que se oponían a Pilsudski en Polonia y por los que apoyaban a Millerand en Francia [14].

En torno al suministro de material bélico a Polonia, Inglaterra y Francia actuaron de forma completamente diferente. Francia suministró equipo, e incluso, el 30 de julio de 1920, comunicó al gobierno polaco que no se le exigiría un pago inmediato. Los ingleses no hicieron nada de esto. A fines de julio el gobierno belga decidió enviar armas a Polonia pero sólo si tanto Inglaterra como Francia hacían lo mismo. Las indagaciones hechas en ese sentido por el embajador belga en Londres obtuvieron como respuesta que mientras durasen los intentos de llegar a un armisticio por parte de los rusos, Inglaterra no se arriesgaría a hacer nada que el gobierno soviético «pudiera considerar como cooperación directa con Polonia». Consiguientemente el gobierno belga no envió armamento alguno, enfrentándose con las airadas protestas de los franceses, que acusaban a Bélgica de actuar contra las decisiones de los aliados. Una vez más, el embajador francés en Londres intentó obtener de Lord Curzon, ministro de Asuntos Exteriores inglés, el consentimiento británico para que los polacos pudieran usar el material de guerra entregado a los aliados con ocasión del tratado de paz; el problema se planteó el 2 de agosto y sólo el 13 Curzon contestó que «hasta que las negociaciones rusopolacas no se rompan definitivamente, el gobierno de Su Majestad lamenta no poderse adherir a esta propuesta». La actitud británica con respecto al aprovisionamiento de Polonia era de la mayor importancia, ya que de hecho Danzig se encontraba por aquel entonces bajo control británico puesto que el administrador provisional de la futura ciudad libre —Sir Reginald Tower— fue nombrado por el gobierno británico y, aunque en un sentido estricto representaba a los aliados, en la práctica obedecía órdenes de Londres, cuyo apoyo militar esperaba [15]. Los abastecimientos para Polonia debían entrar por Danzig, ya que Alemania y Checoslovaquia se negaron a permitir que las municiones destinadas a Polonia atravesasen sus territorios. La conducta del gobierno británico sobre Danzig fue ambigua y evasiva. La población de Danzig, que era abrumadoramente alemana, mostraba una abierta hostilidad hacia Polonia y los polacos quienes, por su parte, no ahorraron provocaciones a los sentimientos nacionalistas alemanes.

Pacifismo, simpatía hacia la Rusia soviética y, sobre todo, aversión a Polonia, fueron las causas que llevaron a los trabajadores alemanes a negarse a descargar las municiones destinadas

a este país. Cuando Lloyd George amenazó con tomar enérgicas medidas, el movimiento de los trabajadores amainó, pero esto ocurrió ya después de la batalla de Varsovia. Durante cerca de un mes, entre finales de julio y principios de agosto, Danzig permaneció cerrada para los suministros militares. Durante estas semanas, las autoridades británicas se mostraron vacilantes e ineficaces y el ministro de Asuntos Exteriores, Curzon, pareció tomar el asunto a la ligera, al tiempo que insistía en que era él y no D'Abernon, que estaba en Varsovia, y cuyas intervenciones consiguieron la descarga de un solo barco, quien debía ocuparse de la cuestión [16].

En conjunto ni los británicos, que dificultaban la lucha de los polacos, ni los franceses llegaron a un profundo entendimiento con Pilsudski y sus amigos durante las grandes crisis, y este hecho ayuda a explicar la posterior tendencia de estos hombres a seguir una política decididamente independiente y a confiar en la capacidad de Polonia de sobrevivir por sí misma, lo que no dejaba de ser imprudente.

Las negociaciones de Londres sobre el comercio con Rusia se rompieron tras el fracaso de los intentos de armisticio en agosto, no reanudándose hasta diciembre. Se firmó un acuerdo comercial angloruso en marzo de 1921. Por pequeños que fueran los resultados económicos, el tratado representó, como dijo el ministro de Asuntos Exteriores ruso, «una nueva orientación en la política exterior soviética»: suponía el reconocimiento *de facto* del régimen soviético por parte de los ingleses y también la aceptación, por parte de los soviéticos, de las relaciones pacíficas con los países capitalistas para hacer posible la reconstrucción económica rusa. El gobierno soviético prometió hacer cesar la propaganda revolucionaria en todos los territorios británicos, y aunque esta promesa, bastante hipócritamente, no fuera considerada vinculante para la Internacional Comunista, el tratado mostró claramente que la política exterior rusa no contaba ya con la revolución más allá de sus fronteras [17].

Durante estos años, la ayuda más sorprendente recibida por el gobierno soviético vino de Alemania. Después de la guerra, en Alemania se enfrentaban tres actitudes hacia los bolcheviques. Una consistía en intentar ofrecer a Occidente los servicios alemanes en contra de los Soviets, a cambio de que no se atendieran las reivindicaciones polacas; otra en tratar de destruir el bolchevismo en Rusia y formar una alianza con una Rusia antibolchevique contra Occidente; la tercera en fortalecer a Alemania mediante la cooperación con los nuevos dirigentes rusos. La primera línea política fue propugnada por el general Groener en la primavera de 1919 [18]. La hostilidad de los aliados hacia Alemania era de-

masiado fuerte para que esta postura diera algún resultado: las concesiones de Lloyd George a Alemania sobre Polonia estaban probablemente dirigidas a conseguir en último término la reconciliación alemana con el tratado, más que a asegurar la inmediata cooperación alemana contra Rusia, y no fueron lo bastante lejos como para que los generales alemanes aceptaran el trazado de la nueva Polonia. La petición aliada de que Alemania se retirase del Báltico demostró que los aliados confiarían más en Polonia que en Alemania como bastión europeo contra los soviéticos. La evacuación de las fuerzas alemanas del Báltico frenó las aspiraciones de hombres como el general von der Goltz pero no dio al traste con ellas, aunque cambiaba su orden cronológico: primero había que destruir las fuerzas republicanas en Alemania, luego llegaría el turno de los aliados y los bolcheviques. Sus ambiciones se malograron ante el fracaso del *putsch* de Kapp en marzo de 1920, que encarnó la derrota de los nacionalistas alemanes más exaltados y encarnizados. Correspondió entonces a temperamentos más fríos y racionales, aquellos que reconocían el hecho indudable de la debilidad de Alemania y que admitían la necesidad de esperar hasta que ésta tuviese la fuerza suficiente para desafiar los acuerdos de la posguerra, reafirmar su control sobre la política exterior alemana. La actitud del ejército alemán en torno a las cuestiones de política exterior era importante, ya que era imposible para el gobierno alemán de la posguerra ignorar sus pretensiones.

Este importante hecho era el resultado de los peligros internos que amenazaban a los gobiernos republicanos en Alemania, desde la izquierda y desde la derecha: de una parte, comunistas, y, de otra, reaccionarios monárquicos y autoritarios. Los primeros no podían ser contenidos sin la ayuda del ejército y, éste, a cambio de su resistencia al bolchevismo en 1918 y 1919, reafirmó con éxito su independencia del gobierno alemán. La república democrática no podía sobrevivir bajo estas condiciones sin el apoyo militar, y la obediencia del ejército al gobierno republicano era, en el mejor de los casos, incierta. Así, cuando los *Freikorps* y las fuerzas que habían regresado del Báltico, dirigidas por exaltados generales, intentaron tomar el poder en marzo de 1920, el ejército regular, la *Reichswehr,* permaneció al margen, manteniéndose neutral, mientras que la huelga de los sindicatos abocaba a la derrota del *putsch.* El apoyo de la *Reichswehr* había de ser negociado, el gobierno alemán no podía darlo por hecho. Así, tras el *putsch,* el general Reinhardt, que estaba dispuesto a apoyar al gobierno contra Kapp y el general von Lüttwitz, jefes del *putsch,* fue destituido del mando del ejército y reemplazado

por el general von Seeckt, que había insistido con resultados positivos en la neutralidad.

A esta capitulación ante la independencia del ejército, siguió la aceptación por el gobierno de una campaña a gran escala lanzada por la *Reichswehr* contra los propios seguidores del gobierno, especialmente en la región del Ruhr, donde las huelgas, que habían comenzado como reacción contra el *putsch* de Kapp, continuaban como desafío al militarismo alemán y en apoyo del auténtico espíritu republicano y democrático. Los trabajadores consideraban fundadamente que la actitud de la *Reichswehr* hacia el *putsch* había sido desleal hacia la república, y por tanto luchaban contra ella para crear un ejército auténticamente republicano. El gobierno se creyó obligado a tratar el movimiento como si fuese puramente comunista, lo que no era cierto, aceptando los esquemas de la *Reichswehr* ya que el *putsch* de Kapp había demostrado que un golpe de Estado podía triunfar si contaba con el apoyo de todo el ejército [19].

El resultado del *putsch* de Kapp fue el aumento de la influencia del ejército en Alemania y la preponderancia dentro de éste del general von Seeckt y de aquellos que pensaban como él. Aunque el propio Seeckt era monárquico, estaba dispuesto a tolerar la república como un expediente provisional, una pantalla tras la cual pudiera renacer el poderío alemán. Este renacimiento debía estar basado en el ejército, que debería permanecer al margen del republicanismo y de las interferencias exteriores. El tratado de Versalles, con sus restricciones al engrandecimiento alemán, debería ser eludido veladamente, hasta que se le pudiera revocar abiertamente, y entonces Polonia sería destruida. Alemania necesitaba ayuda exterior; Rusia podía proporcionarla. Esta idea estaba bastante generalizada en la Alemania de la posguerra; Seeckt era uno de los primeros en creer que su validez no dependía de la naturaleza del régimen ruso. Ya en enero de 1920 Seeckt declaraba que la firma de un tratado político y económico con la Rusia soviética constituía «un propósito irreversible de nuestra política», añadiendo que este propósito era perfectamente compatible con una rigurosa represión del bolchevismo en Alemania. Otros estaban interesados en Rusia por razones diferentes, entre ellos Walther Rathenau (que iba pronto a convertirse en ministro de Asuntos Exteriores de Alemania), hijo del fundador de AEG, la gran industria eléctrica, de quien se decía que había organizado la misión industrial que había abandonado Alemania a mediados de 1919 y que había formado en Berlín, a principios de 1920, un grupo de industriales dedicados a estudiar los asuntos rusos [20].

La guerra ruso-polaca provocó en Alemania un intenso interés. A nadie en Alemania se le ocurrió ayudar a Polonia, aquel despreciable Estado con sus inicuas fronteras y absurdas pretensiones sobre Silesia; pero ¿ayudaría Alemania a Rusia? Seeckt esperaba que Polonia fuera barrida del mapa[21], pero, ¿qué haría Rusia entonces? Simons, ministro de Asuntos Exteriores, anunció oficialmente en julio de 1920 la «neutralidad» alemana en la guerra polaca. Este fue el precio ofrecido por Alemania a Rusia a cambio de que los soviéticos se abstuvieran de intervenir en Prusia oriental y, se esperaba, de que aceptasen las fronteras alemanas de la preguerra. Esta neutralidad era de una importancia crucial para el gobierno soviético, ya que los abastecimientos militares a Polonia no podían atravesar Alemania; simultáneamente, destacamentos del Ejército Rojo fueron debidamente retirados de Prusia oriental. De esta manera, mientras el Ejército Rojo avanzaba sobre Varsovia, se materializaba una eficaz aunque no oficial alianza germanosoviética; que, naturalmente, quedó invalidada al ser derrotados los rusos. Sin embargo, aunque se disiparon las esperanzas de anulación del tratado de Versalles y de un inmediato reparto de Polonia, Alemania seguía conservando su interés por Rusia por razones económicas y militares. Por parte de los soviéticos, el desmoronamiento de las esperanzas —que la guerra polaca había hecho revivir— de una inmediata exportación de la revolución, puso de manifiesto, como Lenin señaló, que «nuestra existencia depende, en primer lugar, de la existencia de una radical división en el campo de las potencias imperialistas, y en segundo lugar, del hecho de que la victoria de la Entente y la paz de Versalles han colocado a la gran mayoría de la nación alemana en una situación en la cual ésta no puede vivir... el gobierno alemán burgués odia ciegamente a los bolcheviques, pero los intereses de la situación internacional lo están inclinando hacia una paz con la Rusia soviética contra su propia voluntad»[22].

Mientras el deseo alemán de promover las exportaciones de acero a Rusia podía o no conducir al desarrollo de una especial relación rusogermana, la política rusa de Seeckt aseguró un cierto grado de cooperación entre las fuerzas dominantes en ambos países, que debía traer como resultado un estrecho y fructífero entendimiento, ya que mientras que el mercado ruso podía ser explotado en colaboración con otros países occidentales, la ayuda rusa para el rearme secreto alemán que Seeckt buscaba sólo podía conseguirse a espaldas de los gobiernos inglés y francés. En diciembre de 1920 comenzaron las conversaciones entre Kopp, representante ruso en Berlín (que había llegado en noviembre de 1919 para negociar un intercambio de prisioneros, y

que se había quedado para discutir problemas más amplios) por una parte, y las autoridades militares alemanas y algunos industriales, por otra, conversaciones tendentes a posibilitar la reconstrucción de la industria rusa de armamentos con ayuda alemana, a cambio de la ayuda rusa a la *Reichswehr*. Seeckt organizó un departamento secreto dentro del ministerio de Defensa para llevar a cabo las negociaciones. A principios de la primavera se llegó a un acuerdo para un proyecto de fabricar (en Rusia) armas prohibidas a Alemania, varios meses antes de que el canciller alemán fuera ni siquiera informado de que las conversaciones se llevaban a cabo[23].

En el aspecto económico, el acuerdo comercial anglosoviético animó al gobierno alemán a concluir un acuerdo similar en mayo de 1921 y a intercambiar representantes oficiales entre Alemania y Rusia. Sin embargo, se planteó con toda su agudeza para Alemania a finales de año la alternativa de cooperar con otras potencias en el desarrollo del comercio con Rusia y en la explotación conjunta de los recursos económicos por medio de la inversión y la supervisión técnica, o actuar separadamente. El problema tenía amplias implicaciones: Alemania podía buscar a través de la cooperación con Occidente un paliativo a la rigidez de Versalles, o bien podía tramar con Rusia la anulación de este tratado; la posibilidad de perseguir ambas políticas no fue viable hasta que en 1924 cambió el panorama internacional. Así, cada acontecimiento que venía a demostrar que la cooperación con Francia era imposible contribuía a fortalecer la tendencia hacia una cooperación rusogermana, como el resultado del plebiscito en la Alta Silesia, y el nombramiento de Poincaré como primer ministro francés. Una vez más, el problema enfrentó a los hombres de negocios alemanes, ya que mientras los representantes de la industria pesada deseaban ardientemente recuperar su predominio en el mercado ruso al igual que en la preguerra, otros grupos de capitalistas alemanes estaban más estrechamente relacionados con Occidente[24].

En el otoño de 1921, Loucheur, ministro francés de Hacienda sugirió un plan de cooperación francoalemana para fomentar la industria alemana y hacer así más realistas las peticiones francesas en cuanto a las reparaciones. El proyecto inicial se amplió a un plan de cooperación de los aliados para la explotación común de Rusia. Lloyd George propuso en la conferencia aliada de Cannes en enero de 1922 «una conferencia general económica y financiera» en la cual estarían representadas Alemania y Rusia[25]. Al llegar a este punto, Poincaré fue nombrado primer ministro francés, acontecimiento que hizo naufragar por adelantado la conferencia económica de Génova, ya que Poincaré no tenía

intención alguna de cooperar con Alemania. El resultado fue que la conferencia de Génova de abril-mayo de 1922 produjo un acuerdo oficial germanosoviético, el tratado de Rapallo, en vez de un acuerdo económico general de coopercíón. Este tratado se debió a los temores de sus autores: cada uno de ellos deseaba sustraerse a las hostiles maniobras del otro. Los rusos mostraban una profunda suspicacia ante cualquier plan de cooperación internacional en los contactos económicos con Rusia ya que el principal temor de la política soviética se centraba en la formación de un bloque políticamente hostil; preferían con mucho hacer frente a hombres de negocios occidentales en competencia unos con otros, que hacerles frente unidos para imponer condiciones. Por el lado alemán, el miedo a un entendimiento francoruso, miedo hábilmente alentado por los propios rusos, fue lo que impulsó la firma alemana del tratado de Rapallo. Los alemanes se sentían inclinados a creer que los rusos habían recibido generosas ofertas de Poincaré, que Francia haría préstamos a Rusia e incluso abandonaría a Polonia si Rusia se mostraba de acuerdo en dar su apoyo al tratado de Versalles, con sus consecuencias negativas, para Alemania, dado que Rusia, con toda intención, había sido dotada de los derechos pertinentes para percibir las reparaciones de guerra en el tratado de Versalles. Aun así, la delegación alemana se hallaba escindida. Rathenau, que había sido nombrado ministro de Asuntos Exteriores en febrero de 1922, mostraba una particular tendencia a no arriesgarse a un enfrentamiento directo con las potencias occidentales; sólo cuando el curso de las discusiones preliminares en Génova hizo patente que Inglaterra y Alemania estaban en disposición de llegar a un entendimiento por separado con Rusia, Rathenau accedió a firmar el tratado.

El curso de las discusiones en Génova pone de manifiesto que Rapallo no fue la consecuencia directa de las presiones ejercidas por el general von Seeckt, el cual quedó sorprendido cuando la noticia del tratado llegó a sus oídos, sino más bien el resultado de una hábil explotación de las circunstancias por parte de los rusos. Lo cierto es que Rapallo fue, al menos a corto plazo, más útil a los rusos que a los alemanes; para los rusos significaba que no habría una coalición europea contra Rusia, para los alemanes que Rusia no se adheriría a una política conjunta contra Alemania; pero en todo caso Francia podía y estaba dispuesta a seguir este último objetivo por su cuenta. Ciertamente, era más probable que Rapallo provocase una acción por parte de Francia en lugar de evitarla. La ventaja real para Alemania se manifestó a largo plazo: Rapallo estableció una atmósfera de confianza entre Rusia y Alemania que Seeckt aprovechó para conseguir el apoyo

ruso a la reconstrucción de la *Reichswehr* como base del futuro gran ejército alemán. Para conseguir este objetivo, la *Reichswehr* debía ser adiestrada concienzudamente y familiarizada por completo con las armas modernas y sus posibilidades tácticas, algo imposible de lograr sin eludir las cláusulas del tratado de Versalles y escapar a la supervisión de los aliados. Los rusos, probablemente hacia el verano de 1922, accedieron a poner a disposición del ejército alemán bases militares para el adiestramiento de los miembros de la *Reichswehr* en las técnicas de la aviación y de la utilización de tanques y de gases de guerra[26]. Sin embargo, incluso desde un punto de vista estrictamente militar, es posible que Rusia saliera ganando sobre Alemania: el asesoramiento militar y técnico de los alemanes hizo posible que el Ejército Rojo se modernizase con mayor rapidez que si lo hubiera hecho por sí mismo; los militares alemanes ayudaron a formarse militarmente a los que serían en el futuro sus más formidables enemigos. Nada muestra más claramente la diferencia entre las ambiciones de Seeckt y las de Hitler; las actividades del primero daban por sentado que el auténtico enemigo de Alemania era Polonia, y por tanto, que Rusia era el aliado natural de la primera, mientras que Hitler invirtió los términos. Seeckt pensaba en la Alemania de Bismarck, que podía coexistir con una Rusia poderosa; Hitler en una gran Alemania, que no podía hacerlo.

5. La consolidación de la paz: Gran Bretaña, Francia y el problema alemán

I. Años de tensión. Reparaciones por daños de la guerra. El problema de las fronteras. El rearme alemán

La alianza anglofrancesa sobrevivió a las disensiones sobre Polonia, Rusia, Turquía y Siria porque a ambas potencias les inquietaba, sobre todo, Alemania. Cada país temía que el otro, si se le dejaba actuar independientemente, pudiera volver a crear el problema alemán y a producir una situación en la cual una renovada expansión de la ambición y el poder alemán hiciera necesaria la intervención de la fuerza. Para Francia la seguridad parecía residir en el cumplimiento del tratado de Versalles, mientras la política británica tendía a buscar la reconciliación con Alemania por medio de una revisión del tratado, o, por lo menos, de una cierta indulgencia en la aplicación de éste. Así, los estadistas franceses quedaron enfrentados a una embarazosa opción entre hacer cumplir el tratado de manera estricta o bien conservar la amistad y el apoyo británico. En términos generales se puede afirmar que, hasta 1924, la política francesa eligió la primera solución y después de este año se acogió a la segunda. Es cierto que también antes de 1924 los dirigentes de la política francesa deseaban obtener la colaboración británica, pero estaban dispuestos a actuar sin ella, o a darla por sentada, antes que ceder en nada que fuera esencial. Después de 1924 los gobiernos franceses se mostraron progresivamente reacios a emprender acción alguna contra Alemania sin consultar previamente con Inglaterra.

La decisión de estos gobiernos de llevar el tratado a sus últimas consecuencias venía apoyada por la Cámara de Diputados elegida en 1919, que fue más lejos en su oposición de carácter derechista que cualquier otra asamblea francesa desde 1871; esta cámara se hallaba firmemente dispuesta a imponer sus puntos de vista a los gobiernos y ministros sospechosos de falta de firmeza hacia Inglaterra y Alemania. La derrota de Clemenceau por Paul Deschanel en las elecciones a la presidencia de la República se debió en parte a las sospechas, entre los miembros del ala derecha de la asamblea, de que Clemenceau se mostraba demasiado propicio

a hacer concesiones a Lloyd George; también se le echaba en cara el no haber insistido lo suficiente para que hubieran sido aceptadas las condiciones de paz que pedían el mariscal Foch y Poincaré. La dimisión de Briand, a principios de 1922, se produjo porque se le consideraba dispuesto a hacer concesiones a los planteamientos británicos sobre el problema alemán a cambio de una alianza defensiva anglofrancesa. La seguridad futura consistía para la derecha francesa en el mantenimiento de la fuerza de Francia y en la posibilidad de usarla como medio de mantener en jaque a Alemania y de conservar para Francia el apoyo de otros países europeos, especialmente Bélgica, Checoslovaquia y Polonia, de quienes se podía esperar que compartiesen la prevención francesa hacia Alemania y que se colocasen bajo el liderazgo de una Francia decidida y poderosa. Durante esta época, solamente la izquierda contaba con hombres dispuestos a sostener que el desarme, la reconciliación con Alemania y la confianza en la nueva organización internacional de la Sociedad de Naciones podían asegurar la paz [1].

Los desacuerdos entre Gran Bretaña y Francia surgieron en torno a cuatro puntos: el cumplimiento de los pagos en concepto de reparaciones por parte de Alemania, las medidas para conseguir el desarme alemán, el problema de la Alta Silesia y las medidas a adoptar para garantizar el mantenimiento de las fronteras de Alemania, y especialmente las fronteras con Polonia. En esta época los gobiernos franceses estaban dispuestos a invadir el territorio alemán para obligar a Alemania, y a insistir vigorosamente para conseguir que Inglaterra se comprometiera de manera específica en la defensa de la integridad del territorio polaco. En los años veinte, las fronteras germano-polacas eran las que provocaban una protesta más decidida de la opinión pública alemana; consecuentemente, mientras Francia firmó una alianza defensiva con Polonia en 1921, hasta 1924 no llegó a realizar un acuerdo similar, aunque mucho más vago, con Checoslovaquia [2]. Lo cierto es que en esta época Checoslovaquia se hallaba más preocupada por la hostilidad húngara que por la alemana, temor compartido por Yugoslavia y Rumanía, cuyas fronteras también comprendían territorios reclamados por Hungría. En 1922, estos países quedaron unidos por la llamada Pequeña Entente, destinada a mantener en jaque a Hungría; el tratado francochecoslovaco de 1924 ligó a Francia con esta alianza y de aquí surgió un grupo de potencias —Francia, Polonia, Checoslovaquia, Rumanía y Yugoslavia— comprometidas en la defensa de los tratados de París. Francia deseaba que Inglaterra se comprometiera asimismo de alguna manera con esta alianza, especialmente con

respecto a Polonia, el país más directamente amenazado, pero Inglaterra, aunque dispuesta a defender a Francia y a Bélgica, se mostraba reacia a asumir un compromiso en Europa oriental más allá de lo establecido en el convenio de la Sociedad de Naciones.

El primer conflicto manifiesto entre Inglaterra y Francia surgió con ocasión de las cláusulas militares del tratado de Versalles. Según éste, se creaba una zona desmilitarizada —delimitada por una línea trazada a cincuenta kilómetros al este del Rin—, en la cual se prohibía a Alemania el mantenimiento de tropas o instalaciones militares. El gobierno alemán había sido provisionalmente autorizado a conservar algunas tropas en esta zona para mantener el orden; en marzo de 1920 éste solicitó permiso para enviar más soldados a la región del Ruhr a fin de sofocar el alzamiento izquierdista que había ocasionado allí el *putsch* de Kapp. Millerand propuso en primer lugar que los propios aliados restaurasen el orden y ocupasen otras regiones del territorio alemán para garantizar la retirada final alemana del Ruhr. Los ingleses rechazaron estas propuestas y, mientras los encarnizados debates proseguían, las tropas alemanas ocuparon la zona; como respuesta los franceses tomaron Francfort, Darmstadt y tres ciudades de menor importancia el 6 de abril, desafiando las protestas y objeciones británicas. Parece claro que Millerand, presionado por Foch, no solamente proyectaba replicar a la violación alemana de la zona desmilitarizada, sino hacer patente de una manera general que Francia usaría la fuerza, sola si fuera necesario, para hacer cumplir a Alemania el tratado de Versalles en toda su extensión. Cuando Millerand justificó su acción ante el gobierno británico, habló de «los más altos y permanentes intereses de la civilización» y más particularmente de la negativa alemana a entregar a los criminales de guerra, suministrar las partidas de carbón previstas o proceder a su desarme. «¿Es que el Gobierno británico no ha calculado el peligro que entrañan estas sucesivas y sistemáticas violaciones? ¿Cuándo va a decidirse a detener a Alemania? Si ellos no lo hacen, Francia deberá hacerlo.» El asunto quedó concluido cuando Millerand prometió no actuar en el futuro sin el previo consentimiento de los aliados [3].

El problema de la Alta Silesia era igualmente significativo. Se recordará que Lloyd George había insistido en que tuviera lugar un prebiscito para determinar los deseos de la población de esta importante zona industrial, oponiéndose a que ésta fuera entregada sin más a Polonia, como había dispuesto el primer proyecto del tratado de Versalles. El prebiscito se celebró el 20 de marzo

de 1921. Por esta época los ingleses se hallaban firme y justamente convencidos de la completa falta de imparcialidad del presidente francés de la comisión aliada para el plebiscito, el general Le Rond, que toleró e incluso apoyó las dudosas actividades de Korfanty, el agente polaco en la Alta Silesia, y las partidas armadas bajo su mando. Los ingleses trataron, sin éxito, de conseguir la destitución de Le Rond y la expulsión de Korfanty antes de que el plebiscito tuviera lugar; el fracaso de los esfuerzos ingleses a este respecto se explica por el hecho de que la influencia británica estaba limitada por la ausencia de tropas inglesas en la zona y la subsiguiente hegemonía de los franceses sobre las fuerzas aliadas [4]. El mismo plebiscito, como suele ocurrir en todos los que se celebran en zonas en las vuales los deseos de la población son en verdad inseguros, no dio una respuesta clara sobre el destino político de la Alta Silesia. Los alemanes obtuvieron 700.000 votos y los polacos 480.000. En base a esto, los alemanes solicitaron que se les entregase el territorio en su totalidad, mientras que, por su parte, los polacos insistieron en que aquellas zonas en las cuales se hubiera dado una mayoría polaca pasasen bajo control polaco y que, para hacer posible esto, algunos municipios de mayoría alemana quedasen incluidos también en Polonia. Estas comunidades comprendían las principales zonas industriales: en general, las ciudades de las zonas industriales votaron por Alemania, mientras las zonas agrícolas circundantes lo hicieron por Polonia. Los miembros ingleses e italianos de la comisión plebiscitaria informaron en favor de una solución que permitiera conservar a Alemania la zona industrial en su totalidad; el representante francés, Le Rond, abogó por una postura que se adaptaba en gran medida a las propuestas de los polacos. Cuando Korfanty se puso a la cabeza de una sublevación, aparentemente destinada a hacer valer las peticiones polacas, y el gobierno alemán ofreció tropas para sofocar la rebelión, los franceses declinaron la oferta; Lloyd George sugirió su aceptación. El destino del territorio fue objeto de disputas entre Inglaterra y Francia, hasta el mes de agosto, mientras unidades polacas y fuerzas alemanas irregulares luchaban en la Alta Silesia. Entonces, Briand y Lloyd George —que había tratado de que Alemania conservase en lo posible la zona industrial— llegaron al acuerdo de someter el problema a la Sociedad de Naciones, síntoma de la flexibilidad de la que Briand hizo gala mientras ocupó la cartera francesa de Asuntos Exteriores, salvando una vez más la cooperación anglofrancesa de caer en un total deterioro. El laudo arbitral de la Sociedad de Naciones de octubre de 1921 estableció

una partición de la crucial zona industrial entre Polonia y Alemania [5].

Lo cierto es que a finales de 1921, Briand deseaba establecer una sólida base para la armonía anglofrancesa negociando una alianza defensiva oficial con Inglaterra. El compromiso angloamericano de 1919 de defender a Francia contra Alemania, a cambio de lo cual la primera había abandonado su petición de una ocupación militar permanente de la orilla izquierda del Rin, se vino abajo ante la negativa del Senado estadounidense a ratificar los tratados. Briand intentaba obtener ahora una garantía británica de más amplio alcance que la de 1919. Los franceses tenían dos objetivos esenciales: la promesa de ayuda británica para defender Polonia, y el compromiso de Inglaterra de apoyar a Francia en el mantenimiento de la zona desmilitarizada. En lo que respecta a la primera cuestión, los franceses, en palabras de su embajador en Londres, conde de St. Aulaire, argumentaron que sin esta garantía, «tal alianza nos protegería, en el mejor de los casos, si no contra otro Charleroi, sí por lo menos contra un Sedán, pero en absoluto nos defendería de una Sadowa polaca, que representaría para Alemania la mejor preparación para otro Sedán». En otras palabras, se suponía que Alemania intentaría atacar a Polonia como fase previa a un ataque contra Francia, de manera que si Inglaterra deseaba defender a esta última debía unírsele también para defender a Polonia.

La respuesta británica, comunicada por Lloyd George a Briand, merece ser reproducida extensamente, en cuanto refleja fielmente la política británica hacia Polonia y Europa oriental en general hasta marzo de 1939.

«En lo tocante a la frontera occidental alemana, sería posible dar a Francia una completa garantía contra una invasión. Los ingleses no se muestran muy interesados en lo que pueda ocurrir en la frontera oriental; no están dispuestos a inmiscuirse en las disputas que puedan surgir en lo tocante a Polonia, Danzig o la Alta Silesia. Por el contrario, existe una general aversión a mezclarse en este tipo de cuestiones. Los ingleses consideran que los pueblos de esta zona europea son inestables y excitables, en cualquier momento pueden enzarzarse en una lucha en la que decidir quién tiene la razón pueda ser algo muy difícil de desenmarañar. Por tanto, no pienso que este país [Inglaterra] esté dispuesto a dar ningún tipo de garantías que puedan implicarlo en operaciones militares como consecuencia de cualquier contingencia en esta parte del mundo. Por otra parte, la opinión pública se hallaría prontamente dispuesta a dar una garantía contra un ataque alemán en territorio francés.»

Así pues, Inglaterra no defendería el acuerdo de paz de 1919 en su totalidad; si Francia deseaba hacerlo, se vería obligada a llevarlo a cabo sin la ayuda británica. Pero el gobierno inglés se negó incluso a «obrar conjuntamente» con el francés en cuestiones que consideraba ponían en peligro la paz y a comprometerse a «examinar en común las medidas necesarias para lograr rápidamente un arreglo pacífico y equitativo». La independencia e integridad de Francia eran consideradas como intereses propiamente británicos, pero no así la defensa de cualquier territorio situado al este de Alsacia y Lorena. Francia podía o no intentar frenar a una agresiva Alemania; sus intentos no recibirían apoyo británico alguno.

En el tratado propuesto por los ingleses, las partes quedaban obligadas a «consultarse mutuamente sobre cualquier amenaza de infracción» de las cláusulas de Versalles que establecían la zona desmilitarizada. Briand insistió en que Inglaterra debería obligarse a considerar la violación de la zona desmilitarizada por Alemania, al igual que cualquier infracción de las cláusulas militares, navales y aéreas del tratado de Versalles, como equivalentes a un acto directo de agresión contra Francia. Poincaré, que ocupó el cargo de primer ministro cuando Briand tuvo que dimitir enfrentado a las críticas de su supuesta debilidad hacia Inglaterra, se atuvo naturalmente, a esta línea. Curzon pronunció en réplica otra importante declaración política:

«No era ésta una obligación que yo creyese que el pueblo inglés quisiera aceptar. Más aún ¿no estaba esta propuesta absoluntamente en contradicción con la nueva teoría generalmente considerada como la base de la política europea de la posguerra? Había sido predicado por doquier que la vieja política de los grupos rivales de grandes potencias estaba condenada a desaparecer, para ser sustituida por la concordia entre las naciones.»

Una vez más, Inglaterra no se uniría a las otras potencias en la defensa de los tratados contra un potencial resurgir de Alemania. Lo que Inglaterra buscaba era la concordia y no la coacción.

Cuando los ingleses rehusaron dar satisfacción a las peticiones francesas, Poincaré manifestó ante el embajador británico en París una falta completa de interés en proseguir las discusiones sobre una alianza defensiva

«a la cual, en la forma en la que le era presentada, añadió, no concedía importancia alguna... La consideraba como una mistificación sin ningún valor real, ya que si se produjeran las circunstancias que se habían dado en 1914... Inglaterra, por su propio

interés, estaría obligada a actuar de la misma manera que entonces» [6].

Las reparaciones que Alemania había de pagar motivarían la ruptura decisiva entre Inglaterra y Francia. Desde la entrada en vigor del tratado de Versalles —que establecía las categorías de los daños por los que Alemania quedaba obligada a pagar una compensación, especialmente pensiones y subsidios concedidos durante y después de la guerra por las potencias vencedoras, así como los derivados de la destrucción de propiedades aliadas a consecuencia de operaciones militares alemanas— se hicieron algunos intentos para llegar a un acuerdo entre los aliados y Alemania o, en su defecto, entre los propios aliados a fin de determinar la suma que Alemania había de pagar a cambio de la renuncia a las exacciones que, según el tratado, debía llevar a cabo la comisión de reparaciones. Los ingleses deseaban la aceptación voluntaria por Alemania de una cifra cuyo pago ésta pudiera atender; los franceses, hasta que Poincaré llegó al poder, consideraban esencial contar con el apoyo británico para hacer pagar a Alemania y por tanto trataban de llegar a un compromiso con los puntos de vista británicos; por su parte, los ingleses deseaban igualmente un compromiso con Francia para evitar que ésta se lanzase a adoptar medidas extremadas.

Los intentos para llegar a un acuerdo entre los aliados y Alemania en cuanto a las reparaciones fracasaron por completo. Como Lord d'Abernon, un amigo de Alemania, escribió:

«En las numerosas conferencias que tuvieron lugar en 1920, 1921 y 1922, los negociadores alemanes no dieron la impresión de estar ansiosos de poner en orden sus propias finanzas, ni parecieron hacer un serio esfuerzo para satisfacer las peticiones de reparación de los aliados.»

Por muy deseoso que el gobierno inglés estuviera de llegar a un acuerdo con Alemania, los alemanes hicieron imposible tal objetivo. La primera confrontación mutua entre los delegados aliados y alemanes tuvo lugar en Spa, en julio de 1920. Allí, los alemanes se mostraron lo suficientemente imprudentes como para permitir que hablara Stinnes, un combativo industrial, con el resultado de que las peores sospechas aliadas respecto a la actitud alemana se vieran confirmadas. La mayor parte de las discusiones consistieron en una agria controversia acerca de la cantidad de partidas de carbón a entregar por Alemania, que sólo pudo ser solventada una vez que los comandantes militares aliados fueran convocados en Spa para instruirles sobre la preparación de una invasión de Alemania. Sin embargo, el gobierno alemán,

a través de Simons, su ministro de Asuntos Exteriores, presentó un plan para el pago de las reparaciones. Esto condujo a discusiones entre expertos aliados y alemanes que se reunieron en Bruselas en diciembre de 1920 y que en enero de 1921 presentaron un plan, válido para los cinco años siguientes, que Alemania pareció dispuesta a aceptar en términos generales (pero sólo con la condición de conservar la totalidad de la Alta Silesia). Esta aceptación, dudosa y condicional, permitió o más bien obligó a Briand, el nuevo primer ministro y ministro de Asuntos Exteriores francés, a abandonar el plan de Bruselas, para recomenzar el tratamiento del problema en la conferencia aliada de París a finales de 1921 [7]. Lo que Briand buscaba aquí era conseguir por parte de Inglaterra la aceptación de unas peticiones de reparación lo suficientemente considerables como para dejar satisfecha a la opinión pública francesa; Lloyd George estaba dispuesto a acceder para mantener a Briand en el poder y de esta manera impedir a los rígidos partidarios de la severidad hacia Alemania el acceso al mismo, pero su acuerdo estaba condicionado a las posteriores negociaciones que habrían de tener lugar con Alemania, siendo presentado a los alemanes el acuerdo de París como un conjunto de propuestas susceptibles de modificación. Sin embargo, Lloyd George se vio obligado a aceptar que se aplicasen sanciones a Alemania, y especialmente que se ocupase una zona mayor de ésta, si no se llegaba a un entendimiento: siempre se podía encontrar un pretexto legal para intimidar a Alemania a cada intento por parte de ésta de burlar lo establecido en Versalles. En la conferencia de Londres de marzo de 1921, los alemanes volvieron a sembrar el desconcierto entre sus colegas. Como cuenta Keynes, el doctor Simons, «en vez de explicar claramente lo que Alemania pensaba que podía llegar a cumplir, partió de las cifras de las decisiones de París, procediendo mediante un ingenuo y fútil juego de manos a reducirlas a una cifra completamente diferente» [8]. El resultado fue que se presentó a Alemania un ultimátum según el cual Alemania aceptaría las decisiones de París para los siguientes cinco años, a condición de conservar la Alta Silesia. Las tropas aliadas ocuparon el 8 de marzo Duisburg, Ruhrort y Dusseldorf. Pero los alemanes seguían negándose a aceptar las condiciones de París.

Así pues, el ambiente era tenso en la primavera de 1921; las tropas avanzaban, mientras se presentaban los ultimátums. Briand amenazó con ocupar la región del Ruhr en su totalidad si no se llegaba a un acuerdo. El resultado fue paradójico: el 5 de mayo de 1921, bajo la amenaza de invasión, fue impuesto a Alemania el más benigno de los planes proyectados por los aliados, después

de que tuviera lugar otra conferencia en Londres. ¿Cómo se llegó a esto? En primer lugar, Briand sabía perfectamente que Alemania sólo podía ser obligada a pagar en la medida en que la cantidad no desbordase sus posibilidades, pero no podía decir esto abiertamente. Sólo podía actuar de acuerdo con sus ideas si conseguía dar la impresión contraria. El 27 de abril de 1921, la comisión de reparaciones anunció que Alemania estaba obligada a pagar 132.000 millones de marcos oro. Aunque en teoría Briand daba la impresión de tener la intención de cobrar esta suma, en la práctica no habría podido hacerlo. Probablemente Lloyd George tenía un auténtico interés en llegar a un acuerdo negociado con los alemanes y deseaba ardientemente que Alemania fuera capaz de recuperarse económicamente; sólo las dificultades de negociar con el gobierno alemán le habían persuadido a aceptar las amenazas e intimidaciones bélicas que Briand necesitaba para ponerse de acuerdo con él sin dar la impresión de ceder en algo.

El programa de pagos de mayo de 1921 dividía la cuenta presentada a Alemania en tres partes: A, B y C. La parte A comprendía 12.000 millones de marcos oro; la B, 38.000 millones, y la C, 82.000, ascendiendo en total a los 132.000 millones que estableció la comisión de reparación. Alemania habría de emitir obligaciones para todas estas categorías y pagar un 5 por 100 de interés y un 1 por 100 de amortización del importe total. Sin embargo, el interés correspondiente a las obligaciones C, que representaban más de la mitad del total, no sería pagado, ni el capital, representado por estas obligaciones, desembolsado hasta que Alemania contase con unos ingresos suficientes. Estos ingresos fueron fijados en 2.000 millones de marcos oro al año a pagar en metálico, más el 26 por 100 del valor de las exportaciones alemanas. De estas cifras debería deducirse cualquier pago hecho en especie. En otras palabras, la suma exigida a Alemania fue deslindada del total estipulado para sus deudas. Las obligaciones C, núcleo principal del total teórico de las deudas alemanas, no llegarían probablemente a ser exigidas nunca, como pareció quedar claro desde el principio hasta que, en un futuro remoto, las obligaciones A y B hubieran sido liquidadas.

Sin embargo, el problema de las reparaciones estaba lejos de haber sido solucionado. Los pagos en efectivo a efectuar por Alemania fueron fijados en marcos oro; la moneda alemana consistía en marcos papel, y el valor de estos billetes descendió progresivamente en 1921 y 1922, incluso antes de la catastrófica caída de 1923. En el cuadro siguiente se muestra el número de marcos papel equivalentes a un marco oro.

	1921	1922
Enero	15	46
Febrero	15	50
Marzo	15	66
Abril	15	69
Mayo	15	69
Junio	16	75
Julio	18	117
Agosto	20	241
Septiembre	25	348
Octubre	36	718
Noviembre	62	1.618
Diciembre	46	1.757

Esto pone de manifiesto que el pago de las reparaciones representaba un aumento cada vez mayor del número de billetes en circulación, ya que para que al gobierno alemán le fuera posible contar con las sumas que se le exigían en marcos papel, el nivel de impuestos en Alemania hubiera tenido que haberse visto incrementado en la misma medida en que el marco iba perdiendo su valor: una hazaña administrativa bien difícil de lograr. Los marcos papel, si se reunían en cantidad suficiente, habían de ser convertidos en oro o moneda extranjera para efectuar el pago de las reparaciones; intentar vender la cantidad requerida de marcos papel en el mercado exterior de divisas habría precipitado probablemente una caída más pronunciada en el valor del marco en el exterior, haciendo el problema más grave aún de lo que era. Dos causas relacionadas entre sí hicieron el pago de las reparaciones primero difícil y luego imposible, en 1922: la pérdida del poder adquisitivo del marco en Alemania y la caída aún más vertiginosa del valor del marco papel en relación con otras divisas. ¿Qué provocó esta situación?

En opinión del gobierno alemán, así como la de los banqueros, industriales, periodistas y algunos economistas de esta nacionalidad durante esta época y posteriormente, la causa fue externa: el descenso de la cotización internacional del marco era resultado del hecho de que Alemania pagaba más a los extranjeros de lo que recibía de ellos en pago por mercancías y préstamos alemanes, lo que había conducido a un mayor coste de las importaciones alemanas expresado en marcos y por tanto a una subida de precios en Alemania que había provocado un incremento en la emisión de billetes de banco con la consiguiente inflación interna. Según esta interpretación, la caída del marco se achacaba

a los pagos a los aliados. Helfferich afirmó en 1924 que «la depreciación sufrida por el marco alemán respecto a las divisas extranjeras fue provocada por las excesivas cargas impuestas a Alemania y por la política de violencia adoptada por Francia». Es cierto que en los años 1919-1922 Alemania importó mercancías por un valor que excedía en 11.000 millones de marcos oro a sus exportaciones, a lo que deben añadirse los pagos que efectuó a los aliados. Sin embargo, en 1922, la balanza de pagos fue realmente favorable, aunque la depreciación del marco continuó y se agravó en los últimos meses del año, a pesar de que los pagos en efectivo de las reparaciones fueron suspendidos en agosto de 1922. Este fenómeno se explica parcialmente por la falta de confianza en el futuro del marco a largo plazo, en vista de la continua amenaza que las reparaciones suponían, pero ésta no es una explicación total. El descenso del valor del marco hizo que los bienes y servicios alemanes se abaratasen para los extranjeros e incrementó el precio de los bienes y servicios exteriores para los alemanes; de manera que, a menos que existiera algún otro factor distinto de dichos pagos externos, la depreciación del marco se habría visto necesariamente frenada en un plazo de tiempo relativamente breve.

Una explicación mucho más plausible, tanto de los orígenes como del alcance del colapso del marco, reside en la política financiera del gobierno alemán. Durante la guerra el gasto público superó con mucho a los ingresos y en 1917 y 1918 dicho gasto ascendió a cerca de 100.000 millones de marcos, mientras que los ingresos fueron de unos 67.000 millones, cifra que incluía los beneficios procedentes de préstamos. El déficit se enjugó mediante la emisión de bonos del Tesoro. Como éstos fueron adquiridos por bancos y otras instituciones, pasaron también a representar dinero prestado, pero cerca de la mitad de estos bonos fueron descontados por el *Reichsbank*, es decir, fueron convertidos en papel moneda. La diferencia entre gastos e ingresos continuó después de la guerra. Una vez más, se cubrió el déficit mediante un aumento de la deuda flotante, es decir, por medio de préstamos hechos por bancos y otras instituciones y por moneda emitida por el *Reichsbank*. Esta situación sólo podía abocar al colapso del marco, que únicamente un presupuesto equilibrado podía evitar. Por las razones ya expuestas, una vez iniciada la caída, resultaba extremadamente difícil restablecer mediante impuestos el equilibrio presupuestario, si bien por otra parte el gobierno alemán desperdició claramente la oportunidad de recurrir a tal maniobra. Entre abril de 1920 y marzo de 1921, el valor del marco permaneció casi estable y, por tanto, el gobierno pudo haber eludido el problema de los impuestos que en el momento

de la recaudación no tenían ya el valor que se esperaba de ellos. El gobierno alemán no intentó aprovechar este respiro para incrementar los impuestos o reducir lo suficiente el gasto público. No es cierto que la diferencia entre gastos e ingresos viniera causada por los pagos a los aliados.

INGRESOS Y GASTO PUBLICO DEL «REICH»
(en millones de marcos oro)

Años	Ingresos	Gastos	Gastos a consecuencia del tratado de Versalles
1919	2.559	8.560	—
1920	3.178	9.529	1.851
1921	2.928	6.651	2.810
1922	1.488	3.951	1.136
1923 (hasta oct.)	519	5.278	—

Es cierto que los gobiernos alemanes, para hacer frente a las reparaciones, habrían tenido que incrementar la presión fiscal para equilibrar el presupuesto en un mayor grado de lo que hubiera sido necesario en ausencia de aquéllas, pero esto no quiere decir que fueron las reparaciones las causantes del colapso del marco. ¿Provocó el gobierno alemán deliberadamente la caída del valor del marco para evadir las reparaciones? No hay prueba alguna de que fuera así. Resulta mucho más probable que la teoría de que la caída del marco era enteramente debida a la adversa balanza de pagos impidiera a las autoridades alemanas realizar ningún serio intento de equilibrar su presupuesto. El efecto fue el mismo, y al no llevarse a cabo las reformas financieras insistentemente pedidas por la comisión de reparaciones, la creencia de que los alemanes estaban estafando a los aliados se fortaleció cada vez más en el exterior[9].

En 1921, Alemania cumplió las obligaciones establecidas en el programa de pagos, pero en diciembre el gobierno anunció que no podía hacer efectivos los plazos correspondientes a los meses de enero y febrero de 1922. Se llegó al acuerdo de que las obligaciones alemanas quedarían provisionalmente reducidas a 31 millones de marcos oro a pagar cada diez días. Esta cifra fue reducida en marzo a la de 50 millones mensuales a cambio de la promesa del gobierno alemán por la que éste se comprometía a no incrementar la deuda flotante y a informar y consultar a la comi-

sión de reparaciones acerca de las medidas a adoptar para equilibrar el presupuesto alemán. (Walther Rathenau, ministro alemán de Asuntos Exteriores, fue asesinado el 24 de junio de 1922; con él desaparecía uno de los pocos estadistas alemanes que, pese a su incansable trabajo en pro de los intereses de su patria, inspiraba confianza y respeto a los negociadores aliados). El 12 de julio de 1922, Alemania pidió que se suspendieran los pagos en efectivo para lo que quedaba de año y los dos años siguientes. Esta petición fue rechazada en agosto, aunque se permitió que durante 1922 los alemanes pagasen en bonos del Tesoro, es decir, se difirió el pago correspondiente a este año. El 14 de noviembre el gobierno alemán solicitó la suspensión de los pagos por tres o cuatro años, excepto los pagos en especie destinados a la reconstrucción de las zonas devastadas, que podían ser hechos sin aumentar la deuda flotante alemana [10].

Esta petición motivó una ruptura abierta entre Inglaterra y Francia. Poincaré se había negado ya a ceder en lo relativo a sus peticiones respecto a Alemania y había amenazado con la acción unilateral para conseguir garantías de que Alemania pagase si los aliados no llegaban a un acuerdo. Esto podía llevarse a cabo apropiándose de los recursos productivos alemanes y explotándolos bajo control aliado o francés [11]. Los ingleses mantenían que lo esencial era estabilizar el marco y que una intervención en la industria alemana arruinaría definitivamente la moneda de este país.

¿Cuáles eran los motivos de la política británica hacia Francia y Alemania? A menudo se da una respuesta simple y poco convincente: Inglaterra deseaba mantener el equilibrio de fuerzas europeo ayudando a una potencia débil, Alemania, contra la gran potencia preponderante en Europa, Francia. La política exterior británica tiene fama de haber seguido esta táctica desde tal vez el siglo XVI y, con toda seguridad, desde comienzos del siglo XIX. Los estadistas británicos decidían qué potencia europea era la más fuerte en un momento dado, e intentaban afianzar a sus enemigos. Este punto de vista sirve para confundir más que para explicar. Por ejemplo, la Alemania de Bismarck, que dominaba claramente Europa después de 1871, no encontró ninguna hostilidad por parte de Inglaterra, y aún en 1901, en Londres se pensaba seriamente en la posibilidad de una alianza anglo-alemana en toda regla. Gran Bretaña entró en conflicto con Alemania a principios del siglo XX, no porque ésta fuera poderosa, sino por el modo en que se suponía que Alemania podía emplear su fuerza. Análogamente, la política inglesa hacia Francia después de 1918 vino determinada no por el poderío francés, que el desarrollo de la guerra había demostrado claramente ser

muy inferior al alemán, sino por el modo en que dicho poder era empleado. Los estadistas ingleses sabían que la preponderancia francesa en la Europa de la posguerra era una consecuencia artificial del apoyo angloamericano durante la Gran Guerra. Algunos hablaban y escribían sobre la necesidad de establecer un equilibrio de fuerzas contra Francia, pero esto se debía exclusivamente a que la opinión tan repetida de que la política exterior inglesa buscaba siempre un equilibrio hacía que algunos comentaristas ajustasen su interpretación de la política internacional a este esquema convencional. Sin embargo, no debe pensarse que el hecho de que las autoridades militares inglesas estuvieran especulando sobre los efectos de una posible guerra con Francia significara en absoluto que se esperaba dicha guerra, ya que a los militares les resulta muy difícil establecer una política de defensa sin pensar en un enemigo hipotético.

En los años veinte, Francia desempeñó este papel frente al estado mayor de la defensa en Inglaterra, del mismo modo que a principios de los años treinta en los Estados Unidos se hacían planes para afrontar un ataque simultáneo, ridículo e improbable, de Inglaterra y Japón.

Otra hipótesis es que la política inglesa venía dictada por el miedo al comunismo. Alemania podía hacerse comunista si se la trataba con demasiada dureza, o, bajo cualquier tipo de gobierno, podía aliarse con la Unión Soviética para destruir el nuevo orden establecido en Europa y, por otra parte, podía también ayudar a establecer una barrera contra el avance del bolchevismo ruso en Occidente. Es evidente que el miedo a una Alemania comunista influyó sobre Lloyd George en 1919. Los acontecimientos de 1920 y el tratado de Rapallo acentuaron la posibilidad de una cooperación germanosoviética contra Occidente. Por otra parte, la victoria polaca de 1920 y el tratado rusopolaco de 1921, dejaron bien sentado que no existía peligro inmediato de una incursión armada de Rusia hacia Occidente. Es más, la política de Lloyd George hacia la Rusia soviética en 1920, 1921 y 1922 estuvo encaminada a apaciguar al gobierno soviético estableciendo lazos comerciales con Rusia, en vez de oponerse a la Unión Soviética estableciendo una alianza defensiva occidental. Además, los ingleses tampoco tomaron demasiado en serio la posibilidad de una colaboración política y militar entre Rusia y Alemania. Lo que sí es probablemente cierto es que los estadistas ingleses temían que se produjeran disturbios y una revolución comunista en Alemania. Este miedo, junto con el deseo de evitar la semilla de una nueva guerra con Alemania, explica suficientemente la política inglesa hacia este país durante 1919 y 1920 [12].

Hay pruebas concluyentes de que a partir de entonces el factor económico constituyó la base de la política británica. En 1921, la producción industrial británica decayó, las exportaciones disminuyeron sensiblemente y el paro aumentó hasta unos niveles sin parangón en las estadísticas. La rapidez con que el desmoronamiento se produjo sorprendió a todos. El descenso de la actividad industrial en 1921 en comparación con 1920 fue superior a cualquier recesión producida a lo largo del siglo antes de 1914. La atención se concentró en ese súbito descenso de la producción. ¿Qué es lo que iba mal? La respuesta fue unánime: el comercio internacional no se había reactivado después de la guerra. Si se restauraba el nivel comercial de la preguerra todo iría bien. Lloyd George orientó su política en 1920 y con posterioridad hacia la recuperación económica, con prioridad sobre cualquier otro objetivo; en particular, sus esfuerzos se centraron en abrir cauces al comercio con Rusia y sentar las bases de una Alemania próspera. De aquí su decidida intervención en favor de la frustrada conferencia de 1922. En diciembre de 1921 había insistido en la necesidad de la cooperación francesa en la «reconstrucción de Europa» como condición para un pacto de seguridad anglofrancés en un memorándum entregado a Briand en Cannes, memorándum que hacía hincapié en el hecho de que «cerca de dos millones de trabajadores británicos se hallan en paro». En abril de 1922 dijo ante la Cámara de los Comunes británica que «antes de que el comercio pueda normalizarse hay que establecer la convertibilidad de la moneda con el oro o su equivalente en todos los países»; en otras palabras, el valor de la moneda debería estabilizarse, y por supuesto, especialmente el del marco. En diciembre de 1922, Bonar Law, que había sucedido a Lloyd George como primer ministro, efectuó algunas consultas sobre el problema de las reparaciones con Keynes, economista cuyas opiniones eran bien conocidas («la prosperidad de Alemania es básica para la del resto del continente»). Stanley Baldwin, sucesor de Bonar Law, afirmó en agosto de 1923:

«Podéis elegir entre un país arruinado que no pagará reparación alguna y dejará el comercio mundial en un estado que hará necesario el esfuerzo de una generación para restablecerlo y encontrar nuevos campos de actividad productiva o una Alemania que cuente con una pujante industria y que pueda realmente pagar las reparaciones.»

Y en noviembre:

«Creo que todos estamos convencidos de que, debido sobre todo a la ocupación del Ruhr y a los efectos que esto ha supuesto para la situación económica de Alemania, la restauración económica de Europa ha quedado aplazada por varios años... Si

dispusiéramos de los mercados en los que siempre hemos vendido, hoy no nos encontraríamos todavía sufriendo el desempleo con estos caracteres.»

La oposición compartía estas opiniones. Snowden afirmaba en 1923 en nombre del Partido Laborista:

«El primer ministro dijo el otro día que estamos pagando cien millones de libras al año para ayudar a los parados. Estoy convencido de que éste es el resultado de la política francesa, y de los obstáculos que ésta interpone en el proceso de reconstrucción del mercado europeo.»

Y en noviembre, Charles Buxton resumía así el problema: «El problema internacional por excelencia es la cuestión del paro.» De hecho, en la Cámara de los Comunes, las discusiones sobre el paro y los problemas internacionales solían entremezclarse porque ambos temas eran considerados inseparables [13].

En diciembre de 1922 tuvo lugar en Londres una conferencia aliada para considerar la petición alemana de que se suspendieran los pagos en metálico correspondientes a las reparaciones. También se consideró el problema de las deudas entre los aliados. Durante la guerra, los Estados Unidos habían prestado cuantiosas sumas de dinero a todas las potencias europeas, incluyendo a Inglaterra, y a principios de 1923 los aliados (a excepción de Rusia, que no fue tenida en cuenta debido a que era muy improbable que pagara) debían a los Estados Unidos el equivalente de 42.000 millones de marcos oro. La deuda británica superaba los 19.000 millones, los franceses adeudaban unos 14.000 y los italianos alrededor de 8.000. Inglaterra había hecho también préstamos de cierta importancia, debiéndole Francia 12.000 millones e Italia 10.500. El gobierno inglés había ejercido insistentes presiones para que se cancelasen las deudas entre los aliados, lo que en la práctica equivalía a que los Estados Unidos abandonasen las reclamaciones a los aliados, quienes a su vez renunciarían a reclamarse las cantidades que mutuamente se adeudaban. La consecuencia última sería aligerar las cargas que pesaban sobre Francia e Italia, que entonces podrían mostrarse más propicias a cejar en sus reclamaciones contra Alemania. De hecho, el proyecto no era sino un plan de ayuda americana a Europa, que no llegó a hallar el necesario eco en la opinión pública estadounidense. Por el contrario, Harding, presidente de los Estados Unidos, y el Congreso insistieron en que se llevasen a cabo los acuerdos pertinentes para que el capital empezase a ser devuelto, acumulándose a partir de entonces los intereses. Esto ocurría en la primavera de 1922. En agosto el gobierno británico anunció que exigiría a sus deudores europeos lo que fuera exigido a Inglaterra por los Estados Unidos [14].

Las potencias plantearon en Londres sus posturas. Bonar Law declaró que Inglaterra consideraría una modificación de sus peticiones a los aliados, prescindiendo de la actitud de los Estados Unidos, si se concedía a Alemania una prórroga. Poincaré insistió en que no se concediese prórroga alguna a menos que los recursos productivos alemanes fuesen incautados, incluyendo la ocupación de Essen y Bochum; también sugirió que el problema de las deudas entre los aliados se resolviese mediante la transferencia de las obligaciones de tipo C (que, como vimos, eran aquellas cuyas probabilidades de materializarse en efectivo eran prácticamente nulas). Mussolini abogó por una serie de garantías económicas menos drásticas que las que pedía Poincaré. Cuando la conferencia volvió a reunirse en enero en París, Inglaterra y Francia se limitaron a repetir sus posturas con mayor detalle. Poincaré sostuvo que las condiciones financieras alemanas eran el resultado de una maniobra deliberada de los industriales alemanes, y que Alemania estaba eludiendo sus obligaciones voluntariamente. Propuso de nuevo incautarse de los recursos productivos y fiscales alemanes para obtener, mediante la acción directa, el cumplimiento de las reparaciones y como medio de presionar a Alemania y obligarla a elaborar planes viables para el pago de las reparaciones en el futuro. La única reducción de las deudas alemanas que estaba dispuesto a aceptar era la anulación de las dudosas obligaciones C si Inglaterra las aceptaba en concepto de las cantidades que los aliados europeos teóricamente le adeudaban. Por su parte, Bonar Law replicó que el plan francés arruinaría el comercio y el crédito alemanes, trayendo consigo una crisis política y social aún peor. Propuso que Alemania fuera eximida del pago en efectivo durante cuatro años; los dos años siguientes abonaría 2.000 millones de marcos oro y los dos años subsiguientes 2.500; entonces, un tribunal imparcial fijaría la suma restante. Inglaterra renunciaría en bloque a las deudas que con ella habían contraído los países europeos. A pesar de las ventajas que para Francia implicaba esta postura, Poincaré la rechazó de plano. Aseguró que el plan inglés subestimaba la capacidad real alemana y que, sobre todo, suponía una rápida restauración de la hegemonía alemana en Europa. Poincaré estaba decidido a hacer cumplir por la fuerza el tratado y el acuerdo sobre las reparaciones de 1921. La conferencia finalizó en abierta disputa [15].

El 26 de diciembre, la comisión de reparaciones, por tres votos a favor (Francia, Bélgica e Italia) y uno en contra (Inglaterra), declaró que Alemania había faltado a sus deberes en cuanto a las reparaciones al no haber entregado las partidas de madera y el 9 de enero declaró, por idéntica mayoría, que Alemania había cometido otra infracción en lo referente a las partidas de

carbón. Inmediatamente, los gobiernos francés y belga informaron a Alemania que enviarían una misión de control al Ruhr, la cual daría las oportunas órdenes al sindicato local del carbón y a las autoridades encargadas del transporte y pediría información a las organizaciones comerciales con objeto de conseguir el pago de las reparaciones tanto en metálico como en especie. El 11 de enero de 1923 tropas francesas y belgas entraron en el Ruhr, ampliando la ocupación prácticamente a toda la cuenca cuando el gobierno alemán proclamó la resistencia pasiva. El gobierno italiano colaboró en la operación destacando ingenieros en la *Mission interalliée de contrôle des usines et des mines* (MICUM), probablemente porque deseaba seguir recibiendo suministros de carbón alemán y porque Mussolini abrigada la peregrina idea de que la operación del Ruhr podía llevar a la formación de un bloque continental frente al imperio británico [16]. Las autoridades belgas y francesas se dedicaron a sacar lo que pudieron por diversos métodos: obtener directamente el carbón de los productores alemanes, exigir un impuesto sobre la producción de éste, conseguir las partidas de madera mediante la gestión directa de los bosques y el establecimiento de barreras aduaneras al este y al oeste de los territorios ocupados. Sólo se permitía la salida de mercancías por ambas fronteras mediante la concesión de una licencia y el pago de unos impuestos; en la frontera occidental y, a partir de junio de 1923, también en la oriental, las importaciones, excepto las de alimentos y las de materias primas, fueron igualmente sometidas a licencias e impuestos.

El resultado de la resistencia pasiva fue que los alemanes se negaron a hacer funcionar las minas y los ferrocarriles. La MICUM intentó con dificultad explotar directamente unas pocas minas, consiguió algún carbón mediante el embargo de las reservas y explotó —con mayor éxito— los ferrocarriles bajo control franco-belga. El gobierno alemán prohibió a sus súbditos que colaborasen en modo alguno con los administradores franceses y belgas. Consiguientemente, nadie solicitaba licencias de importación y exportación; el resultado fue que la resistencia pasiva convirtió estas restricciones aduaneras en un bloqueo de las zonas ocupadas: cesaron los suministros al exterior —incluyendo la Alemania no ocupada— así como las importaciones, expecto las de alimentos y materias primas. La época de la resistencia pasiva provocó sentimientos de amargura y resentimiento contra Francia.

Aunque el ejército francés encontró una resistencia mucho menor que la que ofreció la *Reichswehr* en 1920, llegaron a producirse algunos violentos incidentes, sobre todo en Essen, donde en marzo de 1923 resultaron muertos trece obreros alemanes. Los intentos de sabotaje contra los ferrocarriles se sucedían: el

25 de mayo, Leo Schlageter fue fusilado por tomar parte en una tentativa de este tipo, pero al mes siguiente veinte soldados belgas resultaron muertos de resultas de la voladura de un puente sobre el Rin. Durante este período, las autoridades francobelgas despidieron sin contemplaciones a unos 150.000 obreros y funcionarios de los ferrocarriles. La actividad industrial quedó casi completamente paralizada en las zonas ocupadas, mientras que en las restantes los productos industriales habían de ser importados del exterior; el gobierno alemán tomó a su cargo la ayuda económica a la población de la zona ocupada, operación financiada una vez más gracias a la emisión de papel moneda, en vez de reformar la estructura impositiva. Este aluvión de papel moneda, unido al empeoramiento de la balanza de pagos alemana causado por el bloqueo del Ruhr, acabó definitivamente con el valor del marco: tras una pausa a principios de 1923, cuando el *Reichsbank* utilizó sus reservas para frenar la caída, la moneda alemana cayó vertiginosamente hasta carecer prácticamente de valor. En septiembre de 1923, el tipo medio de cambio del dólar era del orden de 120 millones de marcos; Alemania tuvo que claudicar. El 26 de septiembre de 1923 fue ordenado el cese de la resistencia pasiva.

Por lo menos en algún sentido puede decirse que Poincaré consiguió en este caso una victoria. La operación del Rhur tenía dos objetivos principales: en primer lugar, obtener las reparaciones de forma inmediata y, en segundo, obligar a Alemania a cumplir el tratado y el programa de pagos de 1921. Poincaré llegó a lograr el primero, pero en vez del segundo lo que obtuvo —como ya veremos— fue la intervención internacional. Fue una victoria a corto plazo, seguida de una derrota total, pero hizo ascender la recaudación de las reparaciones al valor neto de unos 900 millones de marcos oro, de los cuales Francia percibió 313 millones, Bélgica —merced a su prioridad en los pagos en efectivo— 458, e Italia 63 [17]. Al finalizar la resistencia pasiva, las minas de carbón empezaron a producir de nuevo, los ferrocarriles a funcionar con toda normalidad y las barreras aduaneras a dar beneficios en vez de ser instrumentos del bloqueo.

El verano de 1923 estuvo animado por elegantes y mordaces intercambios diplomáticos entre Lord Curzon y el ministerio inglés de Asuntos Exteriores de una parte y Poincaré de otra. Poincaré insistió en seguir el programa de pagos de mayo de 1921 y se atrincheró en la postura de que el Ruhr sólo sería evacuado cuando Alemania comenzase realmente a pagar las reparaciones, de que el único organismo que podía juzgar la capacidad de pago de Alemania era la comisión de reparaciones

y, sobre todo, de que sólo la fuerza podía obligar a Alemania a cumplir el tratado de Versalles.

«Desde que se firmó la paz, Inglaterra ha tratado siempre de sentar las bases para una conciliación que permitiera a Alemania negociar con los aliados en pie de igualdad... Por otra parte, estamos convencidos de que si Alemania, tan poco propicia a hacer el menor esfuerzo para cumplir el tratado de paz, ha pretendido únicamente eludir sus obligaciones, es porque aún no está convencida de su derrota... Lo cierto es que los aliados no han conseguido nunca nada de ella excepto cuando, de manera conjunta, la han amenazado con usar la fuerza.»

Por su parte, Curzon adujo que la operación del Ruhr era ilegal, que el único medio de obtener las reparaciones sería un plan que todas las partes en litigio considerasen aceptable, que la comisión de reparaciones no era imparcial y que correspondía a los expertos imparciales considerar la capacidad de pago alemana [18].

La aceptación del plan Dawes de 1924 representó el triunfo de la política británica. ¿Cómo se llegó a esto? La evolución cambió de signo en noviembre de 1923. Este mes, Poincaré propuso que la comisión de reparaciones designara un comité de expertos para decidir la capacidad de pago alemana, designados por las potencias aliadas y asociadas, con lo que los americanos pasarían también a formar parte de él. Poincaré insistió públicamente en el papel limitado de estos expertos, que debería reducirse a calibrar la cantidad que Alemania podía satisfacer en los tres años seguientes, sin entrar a considerar la cuestión de la ocupación del Ruhr; pero Louis Barthou, representante francés y presidente de la comisión de reparaciones, dejó traslucir en privado que no se pondrían limitaciones a sus actividades. Esto constituyó un significativo paso atrás: Poincaré se había negado de plano durante el verano a admitir la idea de que los expertos estudiaran las reparaciones. La razón principal de este cambio de opinión puede deberse perfectamente al hecho de que Francia ya no podía contar con los votos correspondientes a Bélgica e Italia en la comisión de reparaciones (estas dos últimas potencias habían facilitado decisivamente la ocupación del Ruhr en diciembre de 1922 y enero de 1923). Por otra parte, los italianos se habían mostrado más bien ambiguos en 1923; sus ingenieros colaboraron en este episodio, pero su ejército se abstuvo de intervenir: hacia noviembre quedó claro que la política italiana se había aproximado a la postura inglesa. El 16 de noviembre de 1923, Mussolini propuso la concesión de una prórroga a Alemania, una reducción de sus deudas y la sustitución de la ocupación del Ruhr por otras garantías de pago. El gobierno belga,

cansado ya de las discusiones anglofrancesas, presionó en octubre para que los aliados se pusieran de acuerdo en encontrar una solución al problema de las reparaciones. Es evidente que Barthou no tuvo más remedio que admitir que Francia debía hacer ciertas concesiones para evitar su completo aislamiento. Por esta época, parece que Poincaré no sabía muy bien qué hacer con su victoria frente a la resistencia pasiva; siempre había mantenido que la ocupación del Ruhr obligaría a Alemania a plantearse seriamente el pago de las reparaciones establecidas en 1921, pero los alemanes pensaban de muy distinta manera. Poincaré había jugado su baza presionando a Alemania, pero a finales de 1923 ésta comenzaba a recuperarse de los desastres de dicho año y no mostraba la menor intención de aceptar sumisamente los planes franceses.

Los expertos comenzaron su trabajo en enero de 1924. El comité principal estaba encargado de estudiar la manera de equilibrar el presupuesto alemán y estabilizar su moneda. Entre sus miembros se contaban dos americanos: el general Dawes, jurista y banquero que había sido durante la guerra jefe de abastecimientos del ejército norteamericano en Francia, y Owen D. Young, otro banquero y hombre de negocios cuya influencia en el resultado final de las negociaciones superó a la del mismo Dawes. El plan, generalmente llamado «plan Dawes», se sometió en abril a la comisión de reparaciones. Sugería que Alemania pagara 1.000 millones de marcos oro en los primeros años a partir de la entrada en vigor del plan, de los cuales 800 vendrían a ser cubiertos por un préstamo exterior; durante los cinco años siguientes la cantidad a abonar llegaría a los 2.500 millones, a complementar posteriormente con una cifra que se fijaría de acuerdo con la situación de la economía alemana. Para evitar la inflación se prohibía al nuevo *Reichsbank* descontar los bonos del Tesoro, obligándosele también a mantener unas reservas en oro y moneda extranjera equivalentes, por lo menos, al 40 por 100 del papel moneda emitido. Los ingresos derivados de la explotación de los ferrocarriles, de ciertos impuestos sobre el consumo y el comercio y de determinadas empresas industriales alemanas fueron adscritos como garantía del pago de las reparaciones. Todas estas medidas habrían de ser supervisadas por expertos extranjeros, encargándose un comité de controlar las transferencias alemanas al exterior, de manera que el valor del marco no quedara expuesto a presiones excesivas. El *Reich* debería restablecer su unidad económica y fiscal; por otra parte sólo podrían adoptarse medidas como la ocupación del Rhur en caso de flagrante incumplimiento por parte de Alemania y únicamente con el acuerdo unánime de todos sus acreedores: en una palabra, se invitó al

gobierno francés a que abandonara su política y renunciara a adoptarla en lo sucesivo. Se indicó expresamente que el plan se presentaba como un todo al que no podría hacerse reserva alguna [19].

El gobierno alemán aceptó en principio el plan Dawes el 17 de abril, y el 24 lo aceptaron los gobiernos inglés, italiano y belga, consiguiéndose la adhesión de Poincaré el 25. Aunque Poincaré se batía ya en retirada ante el temor de verse aislado y la inseguridad del rumbo a tomar en el futuro, una razón cada vez más acuciante vino en estos momentos a precipitar la decisión final: el franco estaba a punto de desmoronarse. En enero de 1923, un dólar equivalía a unos 15 francos, mientras que en diciembre llegaba a los 19. A partir de entonces, la caída se aceleró y el 8 de marzo de 1924, el dólar se cotizaba ya a 26 francos. El Banco de Francia tuvo que solicitar préstamos a Londres y Nueva York para poder intervenir en el mercado de divisas sosteniendo el valor del franco: es probable que los prestamistas insistieran en un cambio en la política exterior de Poincaré [20]. Los orígenes de la caída del franco eran análogos a los de la del marco: el gobierno, para financiar sus gastos, se apoyaba en los préstamos en vez de hacerlo en una política fiscal. Lo cierto es que el contribuyente francés se mostraba reacio a financiar la coacción contra Alemania, y la operación del Ruhr no produjo un beneficio suficiente para lograr la estabilidad financiera francesa.

Contra la opinión de Poincaré, el plan Dawes no representó para Francia mayores beneficios que la propuesta de Bonar Law que Francia había rechazado precipitadamente a principios de 1923 [21]. En este sentido, puede decirse que Francia no obtuvo provecho alguno de la operación del Ruhr. Lo que es más, su descrédito fue incalculable, no solamente en Alemania, sino en todas partes. Francia fue motejada de torpe, temeraria, egoísta y fanfarrona. Por otra parte, puede aducirse que la ocupación del Ruhr consiguió algunos beneficios para Francia e incluso para todo el mundo, aunque no aquellos que Poincaré hubiera deseado. La ocupación del territorio alemán, junto con la inflación y sus desastres, obligaron al gobierno alemán a emprender un serio esfuerzo para hacer efectivas las reparaciones y estabilizar su moneda. El resultado fue que sus acreedores lograron que se les pagara regularmente mientras estuvo en vigencia el plan Dawes, que se restableció el crédito internacional de Alemania y que quedaron sentadas unas sólidas bases para el crecimiento económico del país. De no haber ocurrido el desastre de 1923 es improbable que el gobierno alemán hubiera consentido en aceptar las limitaciones financieras y presupuestarias que el plan

Dawes imponía a la política alemana; sin esas limitaciones no es probable que se hubiera restablecido la confianza en el marco. La relativa prosperidad de Alemania y la estabilidad europea de los años 1924 a 1929 se debieron pues, en parte, a Poincaré. Sin embargo, cuando esta prosperidad se vino abajo, la inquina alemana hacia Francia se vio reavivada por el recuerdo de 1923. En cualquier caso, por beneficioso que fuera el plan Dawes, incluso para Francia, su aceptación supuso para ésta una renuncia a la pretensión de interpretar el tratado a su manera y de imponer esta interpretación por la fuerza. La opinión más generalizada por aquel entonces (prescindiendo de que fuera o no cierta) era que la ocupación del Ruhr no había procurado a Francia ningún beneficio que no hubiera podido conseguir de no darse ésta. En las elecciones francesas de mayo de 1924 la mayoría del pueblo francés rechazó el empleo unilateral de la fuerza y se manifestó en pro de la conciliación y la cooperación internacionales, lo que era síntoma del desencanto que influenciaría el pensamiento francés hasta 1939. Entre finales de julio y principios de agosto se celebró en Londres una conferencia, a la que inicialmente asistieron únicamente los aliados, sumándose a ella sólo posteriormente una delegación alemana, en la que se decidió la aplicación del Plan Dawes: ésta sería la última vez que los representantes alemanes quedasen al margen hasta que los aliados se pusieran de acuerdo entre ellos. La delegación francesa trabajó denodadamente para que le fuera concedido a su país el derecho de actuar separadamente contra Alemania en caso de futuras infracciones: consiguió salvar el aspecto formal de la cuestión habiendo cedido ya en la esencia, y aceptó evacuar en el plazo de un año el Ruhr, junto con las ciudades ocupadas en 1921[22].

II. El período de acercamiento. Stresemann y Briand.

Con la conferencia de Londres y la aceptación del plan Dawes, una nueva línea comenzó a predominar en las relaciones internacionales; palabras como paz, entendimiento y conciliación, se convirtieron en tópicos cotidianos. En Inglaterra, el flexible estadista Ramsay Mac Donald expuso lo que habría de ser el objetivo de la política británica: la estabilización de Europa; Herriot simbolizó el giro francés respecto a Poincaré y su rígida insistencia en los derechos de Francia; el ministro de Astuntos Exteriores alemán, Gustav Stresemann, era un hombre perfectamente capaz de poner sus discursos en consonancia con los aires que soplaban entonces. El y Herriot se reunieron secretamente en Londres:

el primero logró persuadir al segundo de que era un estadista razonable y digno de confianza que, en contra de su voluntad, se veía obligado por la opinión pública nacionalista de su país a pedir concesiones a los aliados. Tales concesiones lograrían la continuidad de una política moderada y conciliatoria en Alemania de manera que los aliados, en su propio interés, deberían mostrarse flexibles y propicios al compromiso. Stresemann, por su parte, pensaba que el hecho de que él estuviera dispuesto a llegar a un acuerdo con los aliados, podría inducir a éstos a mitigar la hostilidad y las sospechas que abrigaban hacia Alemania. Así, el acuerdo Dawes fue el primer arreglo general sobre las reparaciones que Alemania aceptó voluntariamente, aunque Stresemann nunca llegó a tomárselo en serio: para él no era sino algo que debía y podía ser revisado cuando el ambiente internacional se mostrase más favorable a Alemania. Lo definía como un armisticio económico cuyas condiciones se harían insoportables para Alemania ya en 1927, o sea, cuando los pagos establecidos por el plan empezaran a aumentar [23]. Su significado fue político: señalaba el fin de la era de la coacción a Alemania y el principio de otra de cooperación que traería consigo la lenta desintegración del tratado de Versalles.

A finales de 1924, tuvo lugar un importante paso atrás: en diciembre, la conferencia aliada de embajadores anunció que la evacuación de la zona septentrional de Renania por las tropas aliadas (que el tratado de Versalles había previsto para 1925) habría de ser pospuesta. En enero se comunicaron en una nota aliada las razones de tal decisión; se basaban en un informe de la comisión interaliada para el control del desarme alemán que denunciaba la reconstrucción de un gran estado mayor, la instrucción de voluntarios alistados para reducidos períodos de tiempo, el quebrantamiento de la imposición de transformar las fábricas de armamentos en industrias civiles, la conservación de un excesivo equipo militar, la transgresión de la prohibición de importar y exportar armas y la tolerancia hacia las organizaciones armadas derechistas. La eficaz respuesta de Stresemann se contenía en sus notas al gobierno inglés de 20 de enero de 1925 y al gobierno francés de 9 de febrero del mismo año, en las cuales ofrecía un pacto de seguridad que garantizaría las fronteras, entre Francia, Bélgica y Alemania fijadas por la paz de Versalles. Stresemann comprendió que Francia buscaba ante todo su seguridad y que para ella los medios de conseguirla eran el tratado de Versalles y su cumplimiento; si Francia pudiera sentirse segura (por medios que Alemania pudiera considerar aceptables) su conducta hacia Alemania se haría más tolerante y podría aceptar la recuperación del poderío alemán económico incluso mi-

litar. El estricto cumplimiento del tratado, incluyendo sus cláusulas del desarme, dejaría de ser perseguido machaconamente. La política de Stresemann condujo a los acuerdos de Locarno de 1925. La idea no era nueva; el propio Stresemann había hablado de ello en agosto de 1923, y el gobierno Cuno lo había hecho antes aún [24]. El proyecto tropezó con el desdén de Poincaré, pero con la caída del gobierno de éste en 1924 y la entrada en vigor del plan Dawes, la política francesa dejó de estar basada en la imposición de la paz por la fuerza a Alemania. Los acuerdos de Locarno, resultado de la oferta de Stresemann, se apoyaban sobre todo, como el plan Dawes, en la búsqueda de la colaboración alemana para mantener la paz. Es preciso señalar primero los rasgos formales de los acuerdos de Locarno para poder analizar luego la política de los países interesados.

Los acuerdos de Locarno consistían en un tratado de mutua garantía entre Alemania, Francia, Bélgica, Inglaterra e Italia; en convenios de arbitraje entre Alemania y Bélgica y entre Alemania y Francia; y en tratados de arbitraje entre Alemania y Polonia y entre Alemania y Checoslovaquia. El protocolo final de la conferencia de Locarno comprendía una declaración de Francia en la que se decía que en Locarno se habían formado también acuerdos entre Francia y Polonia y entre Francia y Checoslovaquia. El tratado de garantía establecía que Alemania y Bélgica y Alemania y Francia no se atacarían, invadirían, ni se declararían la guerra mutuamente excepto en cumplimiento de una decisión de la Sociedad de Naciones o en caso de responder a una violación de las cláusulas de Versalles relativas a la desmilitarización de Renania que requiriese una acción inmediata. Estos países se comprometían a aceptar el arbitraje en caso de desacuerdos entre ellos conforme a los términos establecidos separadamente en cada convenio. Las fronteras francesa y belga fijadas en Versalles quedaron formalmente reconocidas. Si alguno de los signatarios llevara a cabo un ataque armado contra otro de los Estados firmantes o violara flagrantemente la zona desmilitarizada, las otras potencias acudirían inmediatamente en auxilio de la víctima. Así, Inglaterra e Italia garantizaban su apoyo, a Alemania, en caso de un ataque belga o francés y, a Bélgica y Francia, en caso de un ataque alemán. Los tratados de arbitraje de Alemania con Polonia y Checoslovaquia establecían procedimientos de conciliación o arbitraje en caso de conflicto, pero ni Alemania reconocía las fronteras fijadas por Versalles, ni existía ningún tipo de garantías que asegurasen el cumplimiento de estos tratados. Por otra parte, los tratados entre Polonia y Francia y entre esta última y Checoslovaquia, concluidos en Locarno, pero no incluidos en el protocolo general, garantizaban una mutua ayuda,

al amparo de los artículos 15 y 16 del Pacto de la Sociedad de Naciones en el caso de que Alemania transgrediera las obligaciones que Locarno le imponía. Los tratados entrarían en vigor cuando Alemania pasase a ser miembro de la Sociedad de Naciones. Esta cláusula provocó ciertas dificultades. La primera surgió cuando Alemania insistió en ser miembro permanente del Consejo de la Sociedad, petición que hizo que otros países, como Brasil, solicitasen idéntico privilegio, lo cual provocó un retraso de algunos meses en el ingreso de Alemania en la Sociedad. La segunda fue más importante: Alemania se negó a aceptar todas las obligaciones emanadas del artículo 16 de la Sociedad de Naciones bajo el pretexto de que su desarme hacía imposible tal aceptación. Se encontró una solución al adoptar una interpretación del Convenio de la Sociedad en el sentido de que un miembro sólo quedaba obligado a cooperar «en la medida en que ello le resulte compatible con su situación militar y teniendo en cuenta su posición geográfica».

En Locarno, Alemania no fue ya tratada como un enemigo derrotado, sino como una parte con iguales derechos. Stresemann saludó el acuerdo como «el principio de un período de convivencia lleno de confianza entre las naciones». Esta especie de discurso nebuloso y triunfalista, característico de muchas de las alocuciones públicas de Stresemann, provocó entre sus admiradores la creencia de que la pretensión de éste era construir una unidad europea o incluso mundial que barrería y convertiría en anticuadas las mezquinas ambiciones nacionales y las rivalidades, al mismo tiempo que confirmó entre los detractores nacionalistas de Stresemann la convicción de que éste, como muchos otros alemanes distinguidos e inteligentes, no era sino un «traidor», que preconizaba la renuncia de los derechos alemanes y la adhesión a las peticiones de sus enemigos. Ninguno de estos dos juicios sobre el estadista alemán era correcto. En realidad, él era un alemán sumamente patriótico, con un pasado teñido por un fuerte nacionalismo, pero, a diferencia de sus oponentes, era lo suficientemente razonable como para comprender que los objetivos de la política exterior alemana no podían ser alcanzados manteniendo una actitud de desafío al mundo durante el período de debilidad que su país atravesaba, sino por medio de sutiles y pacientes maniobras. ¿Cuáles eran estos objetivos? Stresemann los describió con brevedad y precisión en su comunicación del 7 de septiembre de 1925 al ex príncipe de la Corona. Había que hacer tolerables las reparaciones y lograr la paz a fin de que Alemania pudiera recuperar sus fuerzas. Alemania debía intentar proteger a los alemanes que se hallaban en el extranjero, «estos diez o veinte millones de her-

manos nuestros que viven actualmente bajo un yugo extranjero y en países extranjeros». Había que cambiar las fronteras con Polonia y recuperar Danzig —corredor polaco al mar— y parte de la Alta Silesia. «En el fondo está el *Anschluss* con la Austria alemana.» Había que acabar con la ocupación extranjera del territorio alemán. Aunque no pueda decirse que éstos sean los propósitos de un hombre que por encima de todo lucha por una idea «europeísta», lo cierto es que eran relativamente moderados: parece que Stresemann aceptó la idea de que Alemania debía pagar algunas reparaciones; después de todo, como decía al príncipe de la Corona, el peso de las deudas que el ciudadano alemán debía soportar era sustancialmente inferior al que había de sufrir el inglés o el francés. No consideraba que Alemania debiera reclamar la devolución de Posnania: esto es, no proponía que Alemania recuperase sus fronteras orientales de 1914. La Alemania que Stresemann deseaba crear, una Alemania independiente, próspera y poderosa, era ciertamente un Estado cuya influencia había de ser dominante en Europa, pero cuyas ambiciones no serían intolerables para los otros Estados europeos, excepto quizás para Polonia [25].

¿Cuáles eran los medios que empleó para este fin? El elemento central de su política fue la reconciliación francoalemana. Francia debía ser tranquilizada, había que conseguir que se sintiera segura, y de esta manera lograr que considerase aceptable el renacer del poderío alemán. A tal efecto, Stresemann estaba dispuesto a aceptar cualquier tipo de garantías y salvaguardias internacionales que pudieran idearse para impedir un ataque alemán contra Francia, y estaba igualmente decidido a abandonar las reivindicaciones alemanas sobre Alsacia y Lorena e incluso a aceptar la zona desmilitarizada. Si se conseguía que Francia llegase a confiar en Alemania e incluso a considerarla como una potencia amiga, Francia podía acceder a dar por finalizada la ocupación y a modificar ulteriormente las reparaciones, podía tolerar el rearme alemán y, sobre todo, podía abandonar a Polonia y tal vez llegar a tolerar la unión alemana con Austria. De aquí los términos del tratado de Locarno, que mientras que garantizaba expresamente el acuerdo fronterizo entre Francia y Alemania, no concedía ninguna garantía a Polonia, como por otra parte tampoco se la ofrecía la mecánica de la Sociedad de Naciones. Locarno estableció una especie de jerarquía entre las fronteras: santificó la frontera franco-alemana, mientras que a la germano-polaca le fue concedido un *status* sensiblemente inferior. De esta manera comenzó la división del acuerdo fronterizo de Versalles en dos partes: una aceptada y otra puesta en cuestión.

En abril de 1925, Stresemann escribía: «Nuestra política con respecto a la oferta de seguridad ha sido indudablemente correcta: pone a salvo a Renania contra la pervivencia de una política persecutoria por parte de Francia, ha dado al traste con la Entente y ofrece nuevas posibilidades en el este.» Esto recordaba en gran medida la política bismarckiana: Francia debía ser convencida de que abandonase sus alianzas con las potencias orientales contra Alemania. Más aún, Locarno concedía a Alemania garantías contra Francia, lo que hacía imposible una repetición de la ocupación del Ruhr. Esto, junto con el plan Dawes, estaba calculado para convertir a Alemania en un país digno de crédito, al que se pudieran conceder préstamos exteriores en gran escala. En cuanto a la Entente, uno de los propósitos de Stresemann en Locarno era evitar que renaciera una cooperación anglofrancesa de la que Alemania se viera excluida. En particular, a finales de 1924 se sospechaba que el nuevo ministro de Asuntos Exteriores británico, Austen Chamberlain estaba dispuesto a renovar las anteriores ofertas británicas de una garantía directa a Francia contra Alemania, sin insistir en que Alemania tuviera derecho a idéntica seguridad contra Francia; la oferta de Stresemann de enero de 1925 estaba dirigida a impedir un nuevo pacto anglofrancés de este tipo. A Alemania se le ofrecían nuevas «posibilidades en el este» mediante su entrada en la Sociedad de Naciones. Al príncipe heredero le fue comunicado que

«Polonia, Checoslovaquia, Yugoslavia y Rumanía, que están obligadas por tratados internacionales a proteger a sus minorías, especialmente las minorías alemanas, no serán capaces de incumplir vergonzosamente sus obligaciones cuando sepan que Alemania puede llevar todas esas infracciones ante la Sociedad de Naciones.»

Lo cierto es que tan pronto como Alemania se convirtió en miembro de la Sociedad de Naciones, ésta comenzó a presenciar el interminable desfile de los supuestos padecimientos de los alemanes bajo el yugo extranjero, especialmente de aquellos que se hallaban bajo dominación polaca. Así, Stresemann intentó socavar las fronteras creadas por el tratado de Versalles sembrando la duda acerca de su rectitud y haciendo surgir sentimientos de simpatía hacia las demandas alemanas respecto a su revisión [26]. Fueron tomadas medidas aún más contundentes contra Polonia, medidas cuyo espíritu difícilmente se avenía a la falsa imagen de Stresemann como un gran europeo. En abril de 1926, Stresemann pidió al embajador alemán en Londres que persuadiera a Inglaterra para que no ayudara económicamente a Polonia, ya que un cambio en las fronteras polacas no podía producirse hasta que «la catástrofe económica y financiera de Polonia llegase a un

grado extremo». Si Polonia era reducida a un grado suficiente de ruina económica se vería obligada a acudir a Alemania, la cual pondría entonces sus condiciones antes de ofrecerle su ayuda. Desde el verano de 1925 Alemania emprendió contra Polonia una auténtica guerra arancelaria, mientras Stresemann y Schacht, presidente del *Reichsbank,* presionaban a los financieros americanos y británicos sosteniendo que las dificultades económicas de Polonia solamente podrían solucionarse mediante la cooperación de dicho país con Alemania[27].

¿Cuáles fueron los logros de la política occidental de Stresemann? Consiguió dos objetivos esenciales: disminuir la insistencia aliada, y especialmente francesa, en el cumplimiento literal del tratado de Versalles, y separar a Francia de sus aliados orientales, especialmente Polonia. Stresemann consiguió modificar el tratado en tres puntos. En primer lugar, el desarme alemán dejó de ser efectivamente supervisado; en segundo, se acortó el período de ocupación aliada del territorio alemán, y, en tercero, se procedió a una mayor reducción de las reclamaciones relativas a las reparaciones. Hacia finales de 1926, tuvieron lugar dos acontecimientos que mostraron, a cualquiera que no desease ignorar la realidad, que Alemania estaba evadiendo importantes cláusulas militares del tratado. Primeramente, la comisión aliada de control militar demostró en su último informe que «Alemania jamás había procedido a su desarme, jamás había mostrado la intención de llevarlo a cabo, y durante siete años había hecho cuanto estaba en su mano para engañar y "contracontrolar" a la comisión nombrada para controlar su desarme». Por otra parte, hablando en el *Reichstag* por el Partido Socialdemócrata, el único partido importante en la política alemana que deseaba sincera y ardientemente un futuro pacífico para Alemania, Scheidemann denunció el 16 de diciembre de 1926 el rearme ilegal de Alemania, el apoyo de la *Reichswehr* a organizaciones armadas de extrema derecha y la cooperación militar entre Alemania y la Rusia soviética. Pero los aliados occidentales deseaban ignorar esta realidad, ya que nada podían hacer sin modificar la política de confianza en Alemania. También es cierto que la violación alemana de las cláusulas sobre desarme del tratado de Versalles ponía únicamente de manifiesto que se mantenían latentes las bases para la reconstrucción de un gran ejército alemán, no que la creación de tal ejército fuera inminente ni que Alemania fuera capaz, por el momento, de llevar a cabo ninguna operación militar seria. La comisión militar aliada de control fue retirada en enero de 1927, y el control que en su sustitución ejerció la Sociedad de Naciones se mostró ficticio desde el primer momento[28].

La evacuación de la zona septentrional bajo ocupación aliada comenzó inmediatamente después de que se hubieran firmado oficialmente los tratados de Locarno, evacuación que había sido retrasada a principios del año, y que se completó hacia enero de 1926. Sin embargo, hasta agosto de 1929, no se informó a Stresemann de que la ocupación aliada del resto del territorio alemán no finalizaría hasta 1930[29]. Por consiguiente, el éxito de Stresemann en cuanto a la ocupación fue alcanzado con mucho retraso, debido a las dudas francesas sobre la aplicación de la política de Briand de entendimiento con Alemania. Los aliados se decidieron finalmente a acelerar la evacuación a cambio de la aceptación alemana del acuerdo «final» sobre las reparaciones encarnado en el plan Young.

Aunque Stresemann había expresado repetidas veces la opinión de que el plan Dawes debía ser revisado, la iniciativa de su revisión no partió de él, sino del agente general para las reparaciones, Parker Gilbert, y, paradójicamente, de Poincaré. El primero comprendió que los pagos del plan Dawes sobrepasarían la capacidad alemana cuando alcanzasen toda su extensión; el segundo, preocupado ahora por la defensa del franco, estaba influenciado por el problema del pago de las deudas francesas a Inglaterra y los Estados Unidos. Estas habían sido establecidas en 1926 sobre la base de sesenta y dos anualidades, pero Francia quedaba además obligada a pagar a los Estados Unidos 400 millones de dólares en 1929, como pago de las mercancías americanas compradas a crédito al final de la guerra. En vista de lo cual, el gobierno francés intentó llegar a un nuevo acuerdo supeditando la modificación de las reparaciones a la modificación de las deudas interaliadas, propuesta que el gobierno americano se negó a considerar. Entonces el gobierno francés propuso un nuevo arreglo del pago de las reparaciones sobre la base de permitir que una parte de las anualidades correspondientes a las reparaciones alemanas fuera capitalizada y utilizada para que Francia pagara a su vez sus deudas con los Estados Unidos. Esta solución no era posible a no ser que por lo menos una parte de los pagos alemanes fuera obligatoriamente transferida en divisas, mientras que siguiendo el plan Dawes era posible diferir la transferencia de los pagos alemanes convertidos en otros valores. El resultado fue un nuevo comité de expertos bajo la presidencia de Owen D. Young, el banquero americano.

El plan Young, a diferencia del plan Dawes, fijaba un límite a los pagos alemanes; éstos habrían de realizarse en anualidades que finalizarían en 1988 (apresurémonos a hacer notar que el plan funcionó en la práctica durante poco más de un año). La cuantía de los pagos alemanes se basaba en las deudas de guerra

que los aliados habían contraído entre sí, además de los subsidios destinados a cubrir las reparaciones por daños de guerra, especialmente en Francia. Los resultados fueron unas cifras que iban subiendo durante treinta y seis años desde unos 1.600 millones de marcos a unos 2.300 millones; en los últimos veintidós años, los pagos cubrirían únicamente las deudas de guerra, desde unos 1.600 a unos 1.700 millones de marcos. Una parte de estas anualidades debía ser transferida en moneda extranjera inmediatamente; el remanente podía ser aplazado si el estado del marco lo requería así. Las cifras totales del plan Young representaban una reducción considerable respecto a las propuestas en el plan Dawes [30].

El principal objetivo de la política de Stresemann respecto a Francia consistía en debilitar la posición internacional de Polonia; de tener éxito, se produciría una lenta desintegración de la alianza francopolaca. En los años que siguieron a la conferencia de Locarno, podemos ver cómo el éxito de esta política se hizo evidente a través de algunos acontecimientos. En 1927, Stresemann no encontró oposición alguna por parte de Briand respecto a la idea de revisar las fronteras polacas, y parece ser que Berthelot, secretario general del ministerio francés de Asuntos Exteriores, estaba igualmente dispuesto a aceptar un cambio en este sentido. En Polonia, el desarrollo de la política exterior francesa, tras la dimisión de Poincaré en 1924, era seguido con desaliento y pesimismo. Pilsudski se hizo con el poder en Polonia en 1926, y comenzó a seguir una política basada en la desconfianza hacia Francia, desconfianza ya probablemente adquirida en 1920. Aunque evitando afrontar con precisión el problema fronterizo, Pilsudski empezó a intentar mejorar las relaciones con Alemania, intento expresado con fuerza en una entrevista con Stresemann a finales de 1927 [31]. Así se desarrolló el proceso que condujo de Locarno al acuerdo germanopolaco de 1934, acontecimiento que quedó subrayado por un dramático síntoma del aislacionismo francés: la construcción de una gran barrera fortificada en la frontera con Alemania, la línea Maginot, cuya construcción comenzó después de Locarno.

La amistad alemana con la Rusia soviética, encarnada en el tratado de Rapallo de 1922 y en los acuerdos militares entre la *Reichswehr* y el Ejército Rojo, se basaban en una común hostilidad contra las potencias occidentales. Stresemann eliminó, o por lo menos disfrazó, la hostilidad alemana hacia Francia e Inglaterra y consiguió conservar los lazos con Rusia a todos los niveles. Logró evitar la disyuntiva radical entre Oriente y Occidente. Por supuesto, esto no fue sólo resultado de la astucia de Stresemann. Los franceses, y los ingleses aún más, estaban tan deseosos de

tratar con una Alemania reconciliada y dispuesta a colaborar que se mostraban inclinados a ignorar las relaciones germanorrusas y a esperar que, contra toda evidencia, éstas acabarían desmoronándose; el gobierno ruso temía tanto que Alemania se comprometiera en un bloque occidental antisoviético que estaba dispuesta a trabajar por un entendimiento con Alemania casi a cualquier precio. Sin embargo, Stresemann se veía obligado a evitar que se creasen dudas en Occidente acerca del alcance de la reconciliación alemana con la nueva Europa, mientras simultáneamente había de evitar dar la impresión en Moscú de que se hallaba ligado con Occidente en un grado tal que Rusia se creyera obligada a mejorar sus relaciones con sus vecinos, especialmente Polonia, y a cesar su importante contribución al potencial militar alemán. Por tanto, actuó escalonadamente: Stresemann mantuvo a los rusos en la espera mediante promesas y palabras de aliento hasta que Francia se comprometió en Locarno; entonces estrechó sus lazos con Moscú por medio de concesiones específicas para tranquilizar los temores soviéticos. Dado que el gobierno soviético usó todo tipo de medios para intimidar o lisonjear a Alemania a fin de persuadirla a abandonar la política de Locarno, Stresemann necesitó y demostró una seguridad y una agudeza que difícilmente hubiera igualado el mismo Bismarck.

Tras el acuerdo de 1924 sobre el plan Dawes, el gobierno soviético quedó sumamente alarmado por el rumbo que tomaba la política exterior de Stresemann, su tendencia a aproximarse a las potencias occidentales, y su deseo de entrar en la Sociedad de Naciones. Todo esto podía significar la formación de un bloque occidental antisoviético y la posibilidad de una cooperación alemana en las maniobras patrocinadas por la Sociedad de Naciones contra Rusia. En diciembre de 1924, el comisariado soviético para Asuntos Exteriores propuso la celebración de conversaciones entre Alemania y Rusia que pudieran abocar a un definitivo entendimiento acerca de la cuestión polaca y de los asuntos políticos en general, proponiendo un acuerdo que comprometiera a ambos gobiernos a no entrar en ningún tipo de alianzas o acuerdos políticos o económicos con terceros dirigidos contra uno de ellos. En los meses sucesivos esta propuesta fue repetida y ampliada, acompañada de amenazas más o menos veladas: Rusia podía intentar un acercamiento con Francia, que ya había reconocido al régimen soviético en octubre de 1924, y podía incluso garantizar las fronteras de Polonia. Stresemann se negó a comprometerse nuevamente, ya que las negociaciones de Locarno se estaban llevando a cabo por aquel entonces, pero al mismo tiempo manifestó repetidas veces que no había en su política nada que pudiera considerarse hostil a Rusia. A Čičerin, comisario soviético de

Asuntos Exteriores, le fue asegurado que las obligaciones que Alemania podía contraer con Polonia al entrar en la Sociedad de Naciones serían puramente teóricas, que Alemania estaba decidida a insistir en que no tomaría parte en ninguna sanción dictada por la Sociedad de Naciones y que su neutralidad serviría de hecho para proteger a Rusia de la Sociedad. Stresemann insistió frente a los rusos en que los tratados de arbitraje propuestos con Polonia y Checoslovaquia no constituían sino un mero gesto de cara a Francia, sin auténtico significado, y añadió una vez más que Alemania nunca había reconocido las fronteras de Polonia. Hizo constar que únicamente trataba de crear una defensa frente a Francia, liberando el territorio alemán de la ocupación aliada y, en general, induciendo a los franceses a que dieran por finalizada su ocupación de Alemania. Stresemann cumplió su promesa de rechazar las obligaciones que imponía la Sociedad de Naciones a sus miembros consiguiendo que se adoptase en Locarno la fórmula ya citada. Las negociaciones para un tratado comercial entre Alemania y la Unión Soviética continuaron durante la fase preparatoria de Locarno, firmándose éste en octubre de 1925. Una vez realizada la firma de los tratados de Locarno de manera oficial, Stresemann reanudó las discusiones políticas para un nuevo entendimiento con Rusia. El gobierno soviético también contribuyó a acelerar este proceso manteniendo simultáneamente negociaciones con Francia, que resultaron infructuosas, basadas en créditos franceses a Rusia y en la reanudación del pago de los intereses de las deudas contraídas por la Rusia zarista y amenazando con llevar a cabo un pacto de no agresión con Polonia. La firma del tratado de Berlín entre Alemania y la Unión Soviética tuvo lugar el 24 de abril de 1926. Establecía que si uno de los dos países era atacado, el otro permanecería neutral. Ninguno de ellos tomaría parte en un boicot económico o financiero contra el otro. Mediante un intercambio de notas, Alemania prometió oponerse enérgicamente a cualquier tendencia antisoviética que pudiera manifestarse en la Sociedad de Naciones. Alemania consiguió imponer en la Sociedad de Naciones su interpretación, según la cual cualquier decisión de ésta declarando agresor a un país, no obligaría a Alemania sin su consentimiento; consiguientemente, Alemania no se vería obligada a actuar contra la Unión Soviética. Dos meses después, Alemania concedió a Rusia un crédito sustancial, mientras la cooperación militar germanosoviética continuaba, sin que la política de Locarno la alterase[32].

Stresemann había conseguido una serie de éxitos resonantes en el momento de su muerte, ocurrida en octubre de 1929. Alemania participaba ahora en la diplomacia europea en pie de igualdad con las otras grandes potencias e incluso se había hecho digna

de la confianza de éstas. Es cierto que aún existían restricciones en cuanto al rearme alemán y al uso de la zona desmilitarizada de Renania, pero Stresemann había conseguido hacer desaparecer el efectivo control extranjero sobre las fuerzas armadas alemanas que podían, con ayuda rusa, establecer los cimientos para la completa reconstrucción de un ejército. En Occidente, el tratado de Versalles había sido revisado por completo; se adivinaba la evacuación anticipada de la ocupación aliada del territorio alemán, y las reparaciones habían sido finalmente establecidas observando un equilibrio aparentemente tolerable y estable. Se había hecho imposible una repetición de la ocupación del Ruhr de 1923. La estabilidad política había traído consigo el equilibrio económico y la prosperidad, lo que Stresemann había vaticinado como una de las consecuencias de Locarno (si bien este progreso tenía como insegura base los préstamos extranjeros). El único objetivo alemán en el que no se cumplía el «espíritu de Locarno» era el control que Francia seguía ejerciendo sobre el Sarre. En el este, se habían debilitado los lazos de Polonia con Francia, y la base moral del acuerdo fronterizo de Versalles se había visto socavada; en 1929 era mucho menos probable que Polonia pudiera contar con la ayuda francesa para defender sus fronteras contra las exigencias alemanas que en 1923; en cuanto a Inglaterra, existían también muchas más probabilidades de que se mostrara completamente indiferente a una reestructuración territorial. Se había conservado la amistad rusa, con las ventajas militares que ello suponía, y la Unión Soviética seguía sin conceder su apoyo a los acuerdos territoriales de posguerra. Hitler heredó los logros de Stresemann: sin la obra de este último para minar la fe en la validez del tratado de Versalles, los belicosos intentos de Hitler en pro de una revisión se habrían visto frenados casi con toda certeza antes de lo que lo fueron.

¿Y en cuanto a la política francesa? Francia se desgarraba entre el pacifismo, la conciliación con Alemania mediante concesiones, mediante modificaciones de Versalles, y la búsqueda de una coexistencia pacífica con una Alemania satisfecha y apaciguada, y, por otra parte, una política coercitiva, de aplastar a Alemania, de conseguir la paz por la fuerza de las armas francesas y no por el consentimiento alemán. Es probable que Briand fuera un convencido paladín del pacifismo, pero el desarrollo de su política hacia Alemania estuvo obstaculizado y entorpecido por el continuo temor de que no se podía confiar en una Alemania poderosa, un temor completamente justificado, como posteriormente demostraron los acontecimientos. Prácticamente Francia necesitó el estímulo de sus dificultades financieras para verse impulsada a aceptar la concordia. La aceptación francesa del plan Dawes y el fin

de la ocupación del Ruhr vinieron determinados por la necesidad del apoyo americano e inglés al franco francés. La derrota de Poincaré en 1924 se debió parcialmente a la negativa del electorado francés a pagar el precio de la política de fuerza, mediante mayores impuestos para equilibrar el presupuesto. La consecuencia fue Locarno: la seguridad de Francia había de ser lograda por medios que Inglaterra y América aceptasen. En 1925, el franco permaneció inestable, tras el momentáneo respiro que supuso el plan Dawes, y esto puso de relieve la necesidad de continuar una política exterior que las grandes potencias financieras (Inglaterra y Estados Unidos) considerasen aceptable. Como la seguridad de Francia ya no podría en lo sucesivo basarse en la fuerza, debían aceptarse ahora las garantías británicas, hasta entonces rechazadas en cuanto suponían limitaciones a la política francesa. Se puso de manifiesto que Inglaterra no estaba dispuesta a comprometerse a mantener los tratados de Europa oriental, y ni siquiera aceptaría un pacto unilateral defensivo con Francia del tipo del que Lloyd George había ofrecido y Poincaré rechazado. La oferta de Stresemann de un pacto de garantía que limitase tanto a Francia como a Alemania era demasiado atractiva para el gobierno inglés como para que éste aceptase cualquier otra alternativa de apoyo a Francia. Locarno fue todo lo que Francia pudo conseguir de Inglaterra. Por supuesto, había muchos franceses —políticamente de izquierdas— que acogieron favorablemente como algo bueno la conciliación, el arbitraje y el esquema de funcionamiento a través de la Sociedad de Naciones; sus opiniones fueron las predominantes en los gobiernos franceses de 1925, de manera que la relación entre dificultades financieras y pacifismo fue menos decisiva para la política francesa en el año de Locarno que en los años precedentes y subsiguientes. En julio de 1926, la mayoría gubernamental cambió debido a que los partidos de la izquierda no se pusieron de acuerdo sobre las cuestiones financieras y Poincaré volvió a ocupar el cargo de primer ministro, con la misión de salvar el franco con el apoyo de los radicales y de todos los partidos conservadores moderados. Briand conservó la cartera de Asuntos Exteriores y Poincaré, escarmentado por la experiencia de 1924, dejó de ser el abogado de la coacción y la intransigencia de otros tiempos. Sin embargo, Poincaré, y mucho más los elementos derechistas de la mayoría en la que se apoyaba su gobierno, estaban lejos de ser unos pacifistas convencidos. Por otra parte, el giro a la derecha del gobierno se acentuó tras las elecciones de abril de 1928.

Ante estas circunstancias, pareció que Francia abandonaba en cierta medida la política de Locarno, y Briand, tras el otoño de 1926, empezó a sustituir la oratoria emocional por la acción, para

la que por otra parte estaba perfectamente dotado. A excepción de la retirada de la misión militar interaliada de control de Alemania, a ésta no le fue ofrecida ninguna otra medida conciliatoria hasta que la inquietud ante las deudas interaliadas indujo a Francia a aceptar el plan Young y a convencer a Alemania de que también lo hiciera. Stresemann creyó llegado el momento de solicitar el fin de la ocupación aliada de Alemania, como consecuencia inmediata de Locarno. Briand parece que estaba dispuesto a darla por finalizada rápidamente. Stresemann y Briand mantuvieron conversaciones en Thoiry en 1926 con la sola presencia de otra persona, Hesnard, que actuaba como intérprete. Aquí empezó a desarrollarse un programa de acción para establecer las bases de una entente francoalemana. Alemania apoyaría al franco francés mediante el pago de capital en concepto de reparaciones, capital que se obtendría ofreciendo en el mercado monetario obligaciones cuyo interés quedaba garantizado por los ingresos procedentes de la explotación de los ferrocarriles del Estado alemán, asignados a las reparaciones en el plan Dawes. Francia accedería a dar por terminada la supervisión militar de Alemania —con tal de que Stresemann mantuviera a raya a las organizaciones armadas alemanas—, la ocupación militar y el régimen del Sarre (en el que Alemania recuperaría las minas de carbón cuyos derechos concedió el tratado a Francia) y cooperaría para que Alemania consiguiese de Bélgica la devolución total o parcial de la región de Eupen-Malmédy. En verdad era éste un gran proyecto de acabar con la hostilidad franco-alemana.

Este plan se quedó en papel mojado. Dos días después de Thoiry, Stresemann afirmó públicamente que al convertirse Alemania en miembro de la Sociedad de Naciones, había quedado descartada la teoría de su responsabilidad respecto a la guerra, exigió colonias para su país y el fin de la ocupación extranjera del territorio alemán, incluyendo el Sarre. Estas imprudentes declaraciones provocaron en Poincaré y otros miembros del gobierno francés la sospecha de que Briand había ido demasiado lejos. El 26 de septiembre Poincaré pronunció un discurso en Bar-le-Duc y proclamó que Alemania *era* responsable en cuanto a la guerra y que, aunque Francia estaba dispuesta, como siempre, a intentar un acercamiento, únicamente tomaría medidas compatibles con los tratados y alianzas por ella suscritos y justificadas por la previa demostración de que Alemania había procedido al desarme, tanto moral como materialmente. Un comunicado oficial declaró que estas palabras habían sido aprobadas por el Consejo de Ministros francés, tanto en su forma como en su fondo, y que, consiguientemente, representaban la política gubernamental. Thoiry fue así repudiado. En cualquier caso, Poincaré se las arregló para res-

taurar el franco sin la ayuda que hubiera supuesto el anticipo de las reparaciones alemanas (anticipo que en todo caso hubiera sido imposible, ya que los banqueros americanos se habrían negado a aceptar una nueva emisión de obligaciones alemanas para allegar fondos con destino a las reparaciones a menos que Francia ratificase previamente ante los Estados Unidos el acuerdo sobre las deudas de guerra[33]). Por tanto, Stresemann no tuvo más remedio que limitarse a esperar que la política de Locarno se materializase en resultados —aparte del fin del control militar y de la retirada aliada de la primera zona de ocupación— hasta el acuerdo sobre el plan Young, que supuso el definitivo fin de la ocupación aliada de Alemania. La política de Briand obtuvo así un éxito tardío, porque Francia estaba obligada a encontrar los medios de movilizar las deudas referentes a las reparaciones alemanas bajo la presión de sus apremiantes obligaciones ante los Estados Unidos y para asegurarse de que estas reparaciones cubrirían en el futuro el pago de las deudas de guerra francesas.

Sin embargo, hay que decir que esta interpretación de la política exterior de Briand es ciertamente cuestionable. Dada la insuficiente documentación de estos años, es posible afirmar que Briand fue, como Poincaré, un exponente de la política de conseguir la paz por la fuerza y que la diferencia entre ambos residía más en los métodos que en los objetivos: Briand intentaba disimular sus propósitos tras la cortina de humo de la verbórrea pacifista, e intentaba obtener para Francia el apoyo inglés en la medida que fuera posible. Ciertamente Briand no hizo objeción alguna a que el ejército francés conservase sus fuerzas, pero esto no es intrínsecamente incompatible con el intento de conciliación antes citado. Más importante es la duda acerca de lo que realmente prometió intentar hacer en Thoiry.

Aparte de la versión de Stresemann, la única fuente contemporánea de las conversaciones de Thoiry son las notas que Hesnard preparó para Briand. Su tono es sensiblemente diferente al que se refleja en el informe de Stresemann. Hesnard muestra a un Briand muy alejado del tipo de brillante paladín de la conciliación que representa Stresemann. Una vez más, no se recoge ninguna promesa clara por parte de Briand; la iniciativa de sugerir concesiones para Alemania que se recoge proviene de Stresemann. A Briand se le presenta, por su parte, insistiendo en la solución a los problemas de las reparaciones y el desarme alemán, sin que tampoco se vea aquí clara mención del proyecto de dar un prematuro final a la ocupación militar aliada. Sin embargo, incluso en esas notas, aparece claro que Briand estaba dispuesto a discutir soluciones generales *(solutions d'ensemble)* a la cuestión de las relaciones francoalemanas. Por supuesto, Briand sabía

perfectamente cuáles eran esas cuestiones, y no necesitaba que Hesnard se las recordase. Resulta comprensible que Hesnard publicase un documento haciendo más hincapié en las condiciones de Briand para una reconciliación francoalemana que en la acostumbrada relación de peticiones alemanas. Briand no necesitaba que se las recordasen ni tampoco necesitaba que se le recordase usar su acostumbrado tono de amabilidad; lo cierto es que las notas de Hesnard, que están escritas en estilo indirecto, no son sino un resumen de las conversaciones de Thoiry, y no su transcripción literal. Resumiendo, la versión que da Hesnard de Thoiry no es incompatible con la conclusión explícita en el informe de Stresemann de que las conversaciones consistieron en un regateo en el que se barajaba la retirada francesa del Sarre y Renania a cambio de que Alemania hiciera pagos por adelantado a Francia. No se puede achacar a Briand que sus esfuerzos para arrancar concesiones, a fin de convertir a Alemania en una pacífica república y conseguir «la debilitación de ciertos partidos» —los partidos nacionalistas y racistas— no se vieran completamente recompensados hasta 1929. No se le puede achacar que estos esfuerzos tendieran a degenerar en meras manifestaciones verbales carentes de sentido que culminaron en 1928 en el pacto Briand-Kellogg para abolir la guerra[34].

Las esperanzas de Briand de que la fuerza del nacionalismo alemán desapareciera se vieron amargamente defraudadas ya en las elecciones del *Reichstag* de 1930. La esperanza de un efectivo sucesor de Stresemann se desvaneció. La Alemania deseosa de recuperar su fuerza, pero dispuesta a hacerlo por medios que mantuvieran a Europa en paz, se convirtió pronto en un recuerdo del pasado. En este sentido, la política de Briand constituyó un fracaso total. Esto no quiere decir que fuera una política descabellada, ya que el fracaso se produjo más bien porque las condiciones de estabilidad y moderación en Alemania —la prosperidad y el optimismo de la nación— comenzaron a desaparecer en 1929. La política de Briand jamás fue puesta a prueba en las únicas circunstancias en las que podía haber triunfado.

III. LA POSICION DE ITALIA

Italia, en aquella época, tuvo poca influencia en los acontecimientos más importantes que se desarrollaron en Europa. Los tratados de paz no habían satisfecho en absoluto todas las aspiraciones que Italia había manifestado en los tratados de Londres y de St. Jean de Maurienne, firmados en tiempo de guerra. Los gobiernos italianos que precedieron a la llegada de Mussolini al

poder en octubre de 1922 se habían sentido inclinados a aceptar los acuerdos de posguerra, sin entusiasmo pero con una resignación nacida de la prudente conciencia de la debilidad italiana. Italia había elegido una línea intermedia entre la de Francia y la de Inglaterra, pero se inclinaba a apoyar la política inglesa de conciliación antes que la política francesa de fuerza. Podía esperarse que Mussolini siguiera un camino diferente. Si alguna línea política coherente podía deducirse de sus numerosos escritos y discursos de posguerra, ésta era que Italia no podía aceptar tranquilamente el nuevo orden del mundo, sino intentar cambiarlo, mostrar la grandeza de Italia ampliando su territorio y afirmándose diplomáticamente[35].

En 1923, el incidente de Corfú pareció demostrar que, en la práctica, Mussolini podía constituir un peligro para la paz europea. El general italiano Tellini presidía una comisión nombrada por la conferencia de embajadores de París para definir las fronteras con Albania, cuando, el 27 de agosto de 1923, fue asesinado, junto con su ayudante, por asesinos de nacionalidad desconocida. Mussolini prefirió creer que el gobierno griego estaba detrás del asesinato, y puso en práctica violentas medidas contra Grecia, que probablemente habían sido planeadas, antes de que el asesinato le ofreciera un cómodo pretexto. Un ultimátum perentorio daba al gobierno griego veinticuatro horas para aceptar pagar a Italia una fuerte indemnización y la muerte de todos los culpables, además de pedirle todo tipo de disculpas. Cuando los griegos aceptaron el fondo del ultimátum pero rechazaron las cláusulas más deshonrosas, Mussolini ordenó a la Marina de guerra italiana que tomara Corfú. El 31 de agosto, después del bombardeo de un viejo fuerte en donde se encontraban refugiados griegos y huérfanos procedentes del Asia Menor, la isla fue ocupada. El gobierno griego apeló inmediatamente a la Sociedad de Naciones, y Mussolini amenazó con abandonar la Sociedad si la cuestión era discutida allí. Sin embargo, Mussolini, enfrentado al peligro que suponía la intervención de la Sociedad de Naciones, se volvió atrás, renunció a su probable intención de conservar Corfú y aceptó una salida honrosa conseguida gracias a la astucia del embajador italiano en París. Con la ayuda francesa, lograda gracias a la preocupación por conservar la connivencia italiana en la ocupación del Ruhr, se convenció a la Sociedad de Naciones para que el asunto pasase a la conferencia de embajadores, la cual llegó a un razonable arreglo del incidente, salvando el prestigio italiano al ahorrar a Italia la necesidad de retractarse ante la Sociedad[36].

El incidente de Corfú, si bien fue aireado en Italia como un gran éxito del poder italiano y la energía fascista, en realidad vino a poner de manifiesto las dificultades con que tropezaba la

búsqueda de grandeza de Mussolini. Italia no podía lanzarse a una política exterior de expansión sin la connivencia inglesa y francesa, porque Inglaterra y Francia eran abrumadoramente poderosas en Europa occidental y en el Mediterráneo. En aquel entonces, no existía en Europa potencia alguna capaz de contrarrestar la preponderancia anglofrancesa; los temores franceses respecto a Alemania se referían al futuro, no al presente. Tampoco eran suficientes las diferencias anglofrancesas para permitir a Italia la esperanza de servirse de la fuerza de la una contra la otra, ya que estas diferencias no se basaban en ningún choque directo de intereses entre ambos países, sino solamente en divergencias acerca de la mejor manera de conseguir la paz en Europa. Por consiguiente, Italia no se podía arriesgar a un conflicto con Francia o Inglaterra; su expansionismo sólo podía ser verbal o, en el mejor de los casos, limitarse al inútil asesinato de griegos indefensos y a la aceptación de regalos de Inglaterra en forma de algunos pocos desiertos y de cooperación para conseguir ventajas económicas en Etiopía. La irresponsabilidad de Mussolini sólo pudo alcanzar su plena expresión con el resurgimiento del poderío alemán. Existen pruebas de que Mussolini se dio cuenta de esto y de que, contra la opinión de sensatos profesionales italianos de la diplomacia, hizo lo que pudo por avivar el nacionalismo y la agresividad alemanas para poder él mismo escapar a una forzosa y desagradable respetabilidad internacional. Es casi seguro que algunas armas prohibidas fueron enviadas en 1923 de Italia a Alemania, probablemente con destino al *Reichswehr* y está fuera de dudas que se realizaron contactos con organizaciones derechistas en Baviera, incluidos los nazis. Algunos indicios hacen pensar que los nazis, la única agrupación de nacionalistas alemanes dispuesta a ceder el Tirol meridional a Italia, recibieron ayuda económica de Mussolini [37].

Sin embargo, aunque a Mussolini no le gustara, como parece claro, se vio obligado en los años veinte a vivir en una Europa cada vez más estable. Pese a que el tratado de Locarno —que implicaba el fin de las tensiones francoalemanas— estaba lejos de satisfacerle, era evidente que los acuerdos se harían prescindiendo de la actitud de Italia hacia ellos, así que Mussolini participó en la conferencia, contentándose con recalcar que el pacto implicaba una condición de igualdad entre Inglaterra e Italia como garantes del acuerdo sobre Renania, e insistiendo —acertadamente, como efectivamente ocurrió— en que Locarno era una tregua, no el definitivo final de los conflictos en Europa. Algún día todo volvería a empezar de nuevo, y se podrían exigir reivindicaciones territoriales; para estar prevenidos, «debemos ser marciales, debemos tener un poderoso ejército, una fuerte armada,

una fuerza aérea que domine el cielo, y sobre todo un espíritu dispuesto al sacrificio en todos los individuos» [38].

Mientras tanto, Mussolini, con una Francia que después de 1924 se encaminaba a la reconciliación con una Alemania cada vez más partidaria de la paz, y frente a una Inglaterra amistosa pero fundamentalmente conservadora, poco podía hacer. A finales de 1928, la Italia fascista sólo había conseguido Fiume —a cambio de una efímera amistad con Yugoslavia—, un efectivo protectorado sobre Albania —plasmado en tratados con Ahmet Zogú, con la connivencia británica—, territorios insignificantes en las fronteras de la Kenya inglesa y de Egipto, también controlado por los ingleses. Se puso claramente de manifiesto cómo los más ambiciosos designios de Mussolini podían ser frustrados por Inglaterra y Francia. Las ambiciones italianas sobre la Anatolia turca parecieron renacer en 1926, especialmente cuando Arnaldo Mussolini expuso las reivindicaciones italianas sobre Esmirna y Adalia; la única consecuencia fue que Turquía, abandonando el intento de disputarle a Inglaterra la posesión de Mosul, firmó un tratado de seguridad y amistad con ésta. No se volvieron a oír peticiones italianas en este sentido. Ese mismo año, Balbo, uno de los hombres fuertes del fascismo, visitó la comunidad italiana de Túnez, que se hallaba bajo control francés, azuzándola a enemistarse con Francia. Los franceses replicaron llevando a cabo maniobras navales en Bizerta, que provocaron una rápida retirada por parte de Mussolini [39]. Ciertamente, un aspecto de las actividades de Mussolini —su actitud hacia Hungría— frenó la buena voluntad por parte de Francia a acceder a las demandas italianas (garantías a la población italiana de Túnez, compensaciones coloniales por el tratado de Londres de 1915 y participación en el control de Tánger). Invirtiendo la política de 1922-1924, Mussolini comenzó a expresar su amplio apoyo a las peticiones húngaras de revisión de los acuerdos de posguerra; esto invalidó su búsqueda de influencia en los Balcanes expresada por medio de tratados de amistad con todos los países balcánicos y le identificó con los enemigos de la Pequeña Entente (Yugoslavia, Checoslovaquia y Rumanía) que estaba dirigida a oponerse a las peticiones húngaras. El resultado fue que Mussolini representó el papel de posible perturbador de la paz en el sudeste europeo, papel que sólo podía provocar las sospechas de Francia. Aunque los húngaros agradeciesen vivamente la ayuda italiana, esta ayuda no tendría por el momento ningún efecto práctico; Yugoslavia, al estrechar sus lazos con Francia, no se veía seriamente amenazada por Italia, aunque le causase algún problema la ayuda italiana a los revolucionarios antiserbios; Rumanía no tenía nada que temer; Checoslovaquia difícilmente podía

verse afectada por la amenaza italiana. Las actividades diplomáticas de Mussolini, a pesar del lenguaje teatral y jactancioso, sólo consiguieron provocar la sospecha de que no se podía confiar en él. En 1920 esto no tenía importancia: Francia, segura de Alemania, podía defender sus propios intereses y los de la Pequeña Entente; Inglaterra, a salvo de complicaciones europeas, podía defender Egipto y sus colonias y mandatos y proteger a Grecia y Turquía. La realidad es que Mussolini no contaba en estos años, y su frívola búsqueda de gloria no impidió que Europa avanzase hacia un futuro aparentemente seguro y pacífico.

Los días finales de 1928 y los primeros de 1929 constituyeron el último momento en que los europeos pudieron mirar hacia adelante con alguna confianza en un futuro pacífico. La Unión Soviética se veía completamente absorbida por la despiadada modernización que Stalin le imponía y la difusión del comunismo en el resto del mundo había sido pospuesta indefinidamente. Nadie, excepto Mussolini, hablaba de guerra, y sus discursos podían ser ignorados tranquilamente. Francia se sentía segura. En Inglaterra los gobiernos podían, sin pecar de ligereza, dar seguridades a los autores de los planes de defensa de que en un futuro previsible —un período establecido en diez años— no llegaría a producirse una guerra de importancia. Nadie tenía ninguna razón para temer a los Estados Unidos. Sobre todo, y éste era el hecho esencial, Alemania parecía haber aceptado la paz. Incluso un sector del partido nacionalista alemán había reconocido que la política de Stresemann no podía ser discutida y había empezado a participar en los gobiernos republicanos. Sin duda Alemania no había aceptado el tratado de Versalles, pero aparentemente al menos, había renunciado a la guerra como instrumento de revisión de éste, en favor de la persuasión. Alemania era ahora próspera y aquellos que estaban deseosos de atacar la idea de una colaboración en una Europa pacífica vieron disminuir su fuerza en el interior de Alemania. Las negociaciones para la reducción de los armamentos habían comenzado, aunque lentamente. El pacto de 1928 mediante el cual las potencias renunciaban a la guerra de agresión como instrumento de la política nacional, fue un empeño más plausible de lo que podía haber sido en cualquier tiempo anterior. Pero los cimientos de la paz, al parecer sólidamente establecidos mediante los acuerdos del plan Young y el fin de la ocupación aliada de Alemania concertado en La Haya en 1929, comenzaron a agrietarse ese mismo año.

6. Europa entre las dos guerras: Tendencias económicas y sociales

El cambio más sorprendente que se produjo en la economía mundial en los años que siguieron a la primera guerra mundial fue el descenso de la participación europea en el comercio internacional. Entre los años 1909 y 1913 las exportaciones europeas al resto del mundo cubrían el 30 por 100 de la totalidad de las mismas, mientras que de 1925 a 1938 representaron solamente el 25 por 100. Antes de 1913 solamente el 25 por 100 de las exportaciones mundiales se realizaba entre países no europeos; de 1925 a 1938 esta cifra aumentó al 40 por 100. Este cambio era un síntoma de las enormes dificultades que atravesaba la economía europea, algunas de las cuales ya habían aparecido antes de la guerra, aunque todas se habían agudizado por los efectos de ésta [1].

El comercio mundial antes de 1914 se fundaba en el intercambio de artículos manufacturados europeos por productos no elaborados de otros continentes: alimentos y materias primas. La guerra interrumpió el desarrollo más o menos estable de este comercio. Hasta 1914, el crecimiento económico europeo tendió a un aumento de la demanda de materias primas, lo cual a su vez permitía a sus productores comprar más productos manufacturados, estimulando así el desarrollo de la industria europea. Las inversiones en los países productores de materias primas permitía la expansión constante de los recursos productivos de los países que proporcionaban alimentos y materias primas. La guerra tuvo dos efectos importantes en muchos de estos países no europeos. En primer lugar, las dificultades en el suministro de productos manufacturados europeos en tiempo de guerra fomentó el desarrollo de una industria indígena; en segundo lugar, durante la guerra, la demanda europea, debido a un descenso temporal en la producción europea de productos de primera necesidad, especialmente agrícolas, condujo a una rápida expansión de la producción de estos países. Sin embargo, al finalizar la guerra, la industria europea se encontró con que algunos de sus mercados tradicionales estaban menos dispuestos que antes a aceptar sus productos, mientras que los países productores de materias primas se encontraron con un descenso de los precios de sus propias exportaciones, especialmente los alimentos, a me-

dida que la agricultura europea se restablecía. La falta de recuperación de las exportaciones europeas significaba una reducción en la demanda europea de importaciones, lo cual, a su vez, debilitaba la capacidad exportadora de los países productores de materias primas; el descenso de los precios de los alimentos y de las materias primas alentaba la tendencia de estos últimos países hacia un desarrollo industrial autárquico (a menudo a través del proteccionismo arancelario) debilitando la situación de los productos manufacturados europeos.

El cuadro siguiente ofrece ejemplos relativos a tres países. Comprobaremos cómo la rápida expansión de las importaciones ocurrida entre 1899 y 1913 se detuvo después de la guerra y sufrió una recesión después de 1929. Las cifras se refieren a las importaciones de productos manufacturados de doce países exportadores, en millones de dólares y a precios constantes de 1955[2].

Países	1899	1913	1929	1937
Argentina	218	744	1.064	725
Brasil	174	429	489	372
India	704	1.219	1.159	796

Otra de las razones del debilitamiento de la posición europea en el comercio internacional fue el aumento de la competencia de los países no europeos, especialmente los Estados Unidos, pero también Japón. El cuadro siguiente nos muestra la proporción (en tanto por ciento) del total de las exportaciones de bienes manufacturados producidos en cinco países desde 1913 a 1937, comparado con el total de las exportaciones de productos manufacturados de la Europa occidental, Canadá, Estados Unidos y Japón[3].

Países	1913	1929	1937
Estados Unidos	12	21	21
Reino Unido	32	22	20
Alemania	26	20	16
Francia	12	12	6
Japón	2	3	10

Los cuadros siguientes muestran la evolución de las exportaciones de productos manufacturados en tres países, en millones de dólares (base 1938)[4].

A Argentina

Año	Reino Unido	Alemania	Francia	EE. UU.	Totales
1913	131	87	40	48	306
1928	121	77	32	127	356
1938	80	57	16	76	229

A Brasil

Año	Reino Unido	Alemania	Francia	EE. UU.	Totales
1913	72	65	19	45	200
1928	55	42	15	65	177
1938	21	58	7	50	135

A la India

Año	Reino Unido	Alemania	Francia	EE. UU.	Japón	Totales
1913	466	46	11	10	16	549
1928	336	48	11	34	49	478
1938	160	42	3	26	52	283

El aumento de la competencia japonesa y americana tuvo lugar en parte durante la guerra, cuando Europa era hasta cierto punto incapaz de proveer a sus clientes habituales, pero continuó después de la guerra, por otras razones. En el caso de Japón, fue debido al éxito de las primeras etapas de su industrialización; las exportaciones japonesas consistían principalmente en productos manufacturados baratos y relativamente sencillos, sobre todo productos textiles de baja calidad. Las exportaciones de los Estados Unidos dependían de la especial prontitud con que los industriales americanos habían desarrollado nuevas técnicas de producción, especialmente la producción en serie, y nuevos tipos de productos, de tal manera que la producción industrial de los Estados Unidos no sólo aumentaba en su totalidad, sino que la demanda de sus exportaciones crecía más que proporcionalmente. El ejemplo más claro es el de la industria automovilística; en 1929 los Estados Unidos exportaban tres veces más automóviles particulares y vehículos comerciales que Gran Bretaña, Alemania, Francia e Italia juntas. Hasta comienzos de los años treinta los países

europeos no empezaron a desarrollar una industria del motor capaz de competir con los Estados Unidos en los mercados a gran escala. En 1929, las exportaciones de maquinaria de Estados Unidos eran dos veces y media superiores a la de 1913, mientras que las exportaciones de Europa occidental sólo habían crecido en una quinta parte más o menos [5].

Sin embargo, los Estados Unidos no desempeñaban en la economía mundial el mismo papel que habían desempeñado los países occidentales europeos antes de 1914, ya que eran ampliamente autosuficientes en alimentos y relativamente autosuficientes en materias primas y, a diferencia de Gran Bretaña, estaban protegidos por aranceles muy elevados. Por lo tanto, las exportaciones de los países productores de materias primas a Estados Unidos no crecían en la misma proporción que sus importaciones procedentes de este país.

La demanda durante la guerra en Europa alentó la rápida expansión de la industria pesada: la demanda en tiempo de paz era insuficiente para que las estructuras antes creadas pudieran seguirse manteniendo a pleno rendimiento. Esto produjo en las potencias industriales más importantes un desempleo sectorial tanto de mano de obra como de recursos. Al disminuir así las rentas, tuvo lugar una contracción en la demanda que afectó a otros sectores de la economía, produciéndose una tendencia al estancamiento. Un buen ejemplo de esto es la construcción de buques, cuya capacidad se había visto «inflada» antes y durante la guerra por la demanda de buques de guerra y de transporte y por la necesidad de renovar los buques mercantes perdidos. Esta excesiva capacidad desbordó una demanda que, debido a que no se habían alcanzado en el comercio mundial los niveles de la preguerra, había experimentado una importante contracción. En este caso, no se trataba de una cuestión de competencia por parte de los Estados Unidos, ya que los astilleros europeos conservaban sus ventajas económicas, sino de una capacidad excesiva que traía consigo el desempleo. En los años anteriores a la guerra, la construcción de nuevos buques mercantes había alcanzado el promedio de dos millones y medio de toneladas anuales, el cual se redujo a menos de dos millones de toneladas entre las dos guerras, mientras que, al mismo tiempo, la construcción naval decayó bruscamente. Sin embargo, lo mismo que en otras industrias, los que se vieron más duramente afectados, especialmente en Gran Bretaña, fueron los fabricantes más anticuados, mientras que los nuevos astilleros, especializados en la construcción de motonaves y que utilizaban las últimas técnicas, como por ejemplo los de los países escandinavos, mejoraron su situación relativa [6].

De esta fuerte reducción de la demanda después de la guerra se resintió otra de las industrias europeas occidentales más importantes: las minas de carbón. Esto fue debido a dos razones; en primer lugar, la expansión de las industrias que utilizaban carbón fue más lenta después de la guerra que antes, e incluso inexistente y, en segundo lugar, el progreso técnico trajo consigo la utilización de nuevos combustibles como el petróleo y la energía hidroeléctrica. En la construcción de buques se combinaban ambas causas: la construcción de barcos requería menos carbón y éstos usaban cada vez más el petróleo. Una vez más, algunas minas de carbón se vieron más afectadas que otras, especialmente las inglesas que dependían de las exportaciones.

Al igual que el comercio entre Europa y el resto del mundo no consiguió después de la guerra recobrar el índice de crecimiento anterior a ésta, el comercio entre los países europeos tampoco se recuperó. El descenso de las exportaciones de cada país europeo a otros países no europeos y el consiguiente freno de la producción conducía a una reducción de la demanda que afectaba a los demás países europeos. Especialmente el descenso de las exportaciones británicas después de la guerra, consecuencia directa de la contracción de la demanda en Inglaterra, afectó indirectamente a otros países europeos, especialmente Alemania y Francia. El comercio entre los tres países europeos de mayor potencial industrial, Alemania, Francia y Reino Unido, no volvió a alcanzar el nivel que tenía en 1913 [7].

En lo que se refiere al comercio internacional, durante el período de entreguerras, la experiencia de los grandes países industrializados no fue compartida por los más pequeños. Estos países desarrollaron las exportaciones de bienes industriales muy especializados o de nivel técnico más elevado. Así por ejemplo, las exportaciones de Bélgica y Luxemburgo crecieron bruscamente entre 1913 y 1929 y descendieron ligeramente entre 1929 y 1937, mientras que las exportaciones suecas crecieron durante ambos períodos [8]. Tampoco fue homogénea la suerte corrida por los principales países agrícolas europeos. Todos se enfrentaban con dificultades a causa de los bajos precios de los productos agrícolas en el mercado mundial, especialmente en los años treinta —dificultades que se veían agravadas por las medidas de protección a su propia agricultura adoptadas en los países más industrializados—, pero algunas regiones sufrieron más que otras. Los países de Europa occidental más desarrollados, como Dinamarca, exportaban principalmente productos animales, mientras que importaban parte de los productos alimenticios que necesitaban, consiguiendo así algún beneficio debido a los bajos precios de los

cereales; en cambio, los países de Europa oriental, tales como Bulgaria, Rumanía y Yugoslavia, que exportaban principalmente cereales, se vieron muy afectados por la caída de los precios [9].

Así pues, el crecimiento prebélico de la producción industrial decayó en los países industrializados europeos, sobre todo los más grandes, y especialmente en aquellas industrias que dependían de las exportaciones tuvieron que soportar el desempleo de hombres y de recursos. Los países agrícolas, especialmente los exportadores de trigo, se resintieron de los bajos precios de los productos agrícolas. Eran necesarios muchos cambios: sobre todo una serie de medidas que fomentasen el comercio internacional, un cambio en el equilibrio entre la producción e inversión en los países más industrializados hacia formas más modernas y complejas de fabricación, el abandono de las producciones típicas antes de la guerra como tejidos baratos y barras de acero, y el aumento de las inversiones de los países más ricos en la economía de los países menos desarrollados, en Europa y en el resto del mundo. Por el contrario el comercio internacional, en los años treinta, se vio obstaculizado por los aranceles y las medidas establecidas para proteger las economías nacionales y monopolizar los mercados coloniales. La transformación de los medios de producción en los principales países industrializados se vio obstaculizada por trabas administrativas, como el control de la renta nacional y mucho más aún por las medidas deflacionarias tomadas con objeto de mantener la paridad en el cambio de divisas. Los créditos internacionales se vieron reducidos por la escasez de divisas de Gran Bretaña y Alemania y porque los inversores franceses desconfiaban lógicamente de los préstamos exteriores a largo plazo después de la pérdida de todas las inversiones francesas en Rusia. Los Estados Unidos no llegaron a ser un sustituto satisfactorio de aquellos países, ya que los financieros americanos carecían de la experiencia crediticia de las instituciones financieras europeas y, antes de 1929, tendían a conceder préstamos a corto plazo para proyectos no productivos y, después de 1930, se negaron en redondo a hacer préstamos al exterior. La teoría económica del *laissez faire* había fracasado, o, más bien, las dificultades que la aplicación del *laissez faire* traería consigo a la hora de establecer un nuevo equilibrio económico eran demasiado grandes para que las poblaciones y sus gobiernos pudieran soportarlas. Sin embargo, como veremos cuando examinemos la suerte de cada país por separado, los gobiernos no siempre tuvieron éxito en los intentos de ayudar a sus poblaciones interviniendo en el proceso económico.

A pesar de que en general la economía europea de los años de entreguerra era menos alentadora y prometedora de lo que lo había sido antes de 1914, no todas las perspectivas eran tan lúgubres. Algunos países y algunas industrias prosperaron. Los países industriales y su población activa dedicada a la industria se beneficiaron de la caída de los precios de los alimentos en el mercado internacional, sobre todo en el Reino Unido. Aún es más, en 1929 parecía que el progreso de los años anteriores a la guerra había recomenzado. Como en las relaciones internacionales, en economía aquel año se abrió lleno de esperanzas y confianza y terminó con los primeros signos de un desastre.

La anterior descripción de la economía mundial se esfuerza fundamentalmente por discernir las tendencias a largo plazo que se dejaron sentir en el período de entreguerras. Sin embargo, estas tendencias aparecían a veces fortalecidas y a veces debilitadas por causas y movimientos económicos de menor duración, especialmente aquéllos relacionados con los ciclos del comercio. El panorama de la economía mundial entre las dos guerras era aproximadamente éste: un rápido desarrollo en 1919-1920 dio lugar a una crisis en 1921-1922, seguida de un progreso constante desde 1922 hasta 1929 con interrupciones en 1924 y 1927. Entre 1929 y 1932 se produjo una violenta crisis seguida de una recuperación lenta y difícil desde 1932 hasta una nueva culminación de la actividad alrededor de 1937, después de lo cual comenzaron los preparativos para la guerra y la guerra misma. Estas tendencias generales se mezclaban con aquellas tendencias a largo plazo que ya se han examinado y con las circunstancias o políticas de cada país produciendo efectos muy diversos. Por ejemplo, en Gran Bretaña, la crisis de 1921-1922 fue muy aguda, mientras que en Francia, donde una mayor facilidad para obtener créditos y una política fiscal del gobierno más flexible hicieron que la demanda siguiera siendo alta, la prosperidad, apoyada en la inflación, continuó; en Alemania, esta fase del ciclo comercial fue totalmente anulada por el comienzo de una inflación que no se pudo controlar. Estas fluctuaciones económicas pueden verse con mayor claridad estudiando sus efectos en los distintos países, cuya vida política llegaron con frecuencia a dominar. Pero la crisis que comenzó en 1929 tuvo unas consecuencias tan amplias que exige un estudio aparte.

La gran depresión comenzó en los Estados Unidos. La prosperidad sin parangón que comenzó en los años veinte fue seguida de un brusco descenso. Entre 1921 y 1929 el producto nacional bruto aumentó de 62.500 a 93.600 millones de dólares en precios constantes. En 1932 la producción industrial en los Estados Uni-

dos había descendido a casi la mitad del nivel de 1929 y la renta nacional a 58.000 millones de dólares [10]. Las causas de la crisis americana siguen siendo materia de discusión. Sin embargo, está bastante claro que la primera señal de debilidad en dicha prosperidad se dio en la construcción: la construcción privada y pública comenzó a tambalearse en 1929. Al mismo tiempo el nivel de consumo descendió, lo que frenó las inversiones. En julio de 1929, el total de la producción industrial comenzó a descender. Estos procesos se vieron acelerados por el hundimiento del mercado de valores durante el mes de octubre, que quebrantó la confianza en el mundo de los negocios y redujo la propensión a invertir. Estas causas de la contracción de la demanda se vieron reforzadas y prolongadas por la crisis agrícola que contribuyó ampliamente a la crisis bancaria de 1930-1933. Los precios agrícolas, que habían permanecido bajos en los últimos años de la década de los veinte, con la crisis industrial se desplomaron. Los agricultores, generalmente endeudados, tenían dificultades para pagar los intereses o se veían forzados a la bancarrota total. El resultado fue una serie de quiebras bancarias, principalmente de bancos locales, que condujo a una falta de confianza cada vez más generalizada y que, en marzo de 1933, amenazaba con arruinar incluso a los bancos más importantes, hasta que una legislación de urgencia consiguió evitar el peligro [11].

La crisis americana tuvo consecuencias en todo el mundo, excepto en la economía de la Unión Soviética que estaba aislada. En primer lugar, la demanda americana de exportaciones tanto de los países productores de materias primas como de los países productores de bienes manufacturados descendió rápidamente. El efecto se dejó sentir con más fuerza en aquellos países productores de alimentos y materias primas: aunque las importaciones norteamericanas no se habían desarrollado tanto como lo había hecho la economía norteamericana durante los años veinte, la amplitud del mercado norteamericano era tal que la reducción de sus importaciones perjudicaba las ya débiles economías de los países proveedores de materias primas y alimentos. Entre 1929 y 1932 en el mercado mundial los precios de las materias descendieron en más de la mitad, y los de los alimentos en casi la mitad. A partir de entonces, la demanda de productos manufacturados europeos descendió a su vez. Otro efecto de la depresión americana fue la reducción de los préstamos al exterior: sobre todo a Alemania y a los países productores de materias primas.

«En 1929, Estados Unidos facilitó al resto del mundo la suma de 7.400 millones de dólares a través de importaciones e inver-

siones (las importaciones mundiales alcanzaban la cifra de 35.601 millones de dólares); en 1932 esta suma se redujo en 5.000 millones de dólares, hasta alcanzar el 32 por 100 del nivel de 1929» [12].

Aquellos países a los que los Estados Unidos habían concedido préstamos se enfrentaban con problemas en su balanza de pagos, lo cual les obligaba a reducir las importaciones estableciendo barreras arancelarias, devaluando su moneda o controlando las importaciones, medidas que a su vez repercutían en el comercio mundial. Los Estados Unidos iban a la cabeza en el aumento de los aranceles con la *Smoot-Hawley Tariff*, destinada a proteger a los productores norteamericanos; otros países, incluida Gran Bretaña, siguieron este ejemplo. En 1929 y 1930 algunos países importantes productores de materias primas se vieron obligados a reducir el valor exterior de su moneda: bajando el precio de sus exportaciones y encareciendo sus importaciones lograban así el equilibrio en su balanza de pagos estimulando las primeras y frenando las segundas. Este proceso se vio acelerado por las consecuencias de la crisis bancaria europea de 1931. Esto condujo a que los préstamos internacionales, que se habían recobrado en 1930, se encontrasen ahora en un punto muerto.

La crisis comenzó en Austria, cuya situación financiera era muy precaria desde finales de la guerra. En mayo de 1931 se anunció que la *Creditanstalt* había sufrido grandes pérdidas y corría el peligro de no poder hacer frente a sus compromisos. Es posible que esta declaración viniera precipitada por los intereses franceses, ansiosos de hacer fracasar la unión aduanera entonces propuesta entre Austria y Alemania, pero probablemente no fue el resultado de la retirada de los fondos franceses. En cualquier caso, hizo que surgieran dudas acerca de la estabilidad de los bancos alemanes [13]. Esto provocó una retirada de capitales extranjeros de dichos bancos. La moratoria de los pagos internacionales entre gobiernos (las reparaciones alemanas y los pagos de deudas de guerra a Gran Bretaña y Estados Unidos) se vio reforzada por las medidas alemanas e internacionales que restringían la salida de fondos de Alemania. Al estar los capitales extranjeros, incluyendo los créditos ingleses, vinculados de este modo a Alemania, se empezó a temer por la seguridad de los depósitos extranjeros en Londres. También aumentaron las dudas acerca de la decisión inglesa de reducir drásticamente el gasto público para mantener el valor de la libra; estas dudas condujeron a una ola de pánico en Londres cuando los acreedores extranjeros se precipitaran a vender libras a cambio de divisas que parecían más estables. Esta acción trajo consigo la crisis que se habría debido prevenir y en septiembre de 1931 Gran Bretaña abandonó el patrón oro; es

decir, ya no se podía cambiar libras por oro a un tipo de cambio fijo y el valor de la libra podía descender libremente [14]. Otros muchos países siguieron este ejemplo y los que no lo hicieron, sobre todo Alemania, se vieron obligados a tomar medidas desesperadas para mantener el valor de cambio de sus monedas respectivas, reduciendo las importaciones y restringiendo la demanda interna para evitar la subida de los precios de sus exportaciones muy por encima de los precios de exportación de los países cuya moneda había sido devaluada. Estas restricciones en las importaciones por medio de un control directo o de aranceles, hicieron que otros países tomaran represalias de tal manera que el comercio internacional aparecía lleno de trabas y cortapisas. En 1932 el comercio mundial de productos manufacturados era sólo el 60 por 100 de lo que había sido en 1929 [15].

Esta crisis dio al traste con las esperanzas que en los años veinte se habían puesto en el restablecimiento de una economía mundial liberal. Entonces se esperaba que la prosperidad general podría fundarse en un creciente comercio internacional, apoyado en la existencia de monedas estables con un valor de cambio fijo libremente intercambiables; también se suponía que la libre circulación de capitales entre los distintos países traería automáticamente consigo inversiones productivas y seguras y un crecimiento económico constante. Ahora que, a escala internacional, el fracaso de la política económica liberal parecía total, cada país buscó su salvación individualmente a través de medidas políticas nacionales sin tener en cuenta las consecuencias de sus decisiones. El fracaso de los mecanismos de autorregulación de la teoría económica clásica indujo a confiar en los gobiernos nacionales como instrumentos de la seguridad económica de sus ciudadanos. Aumentó la aceptación de la intervención estatal y las dudas acerca de las ventajas de los sistemas de economía liberal a escala nacional se vieron alentadas por el colapso de la economía liberal en el mundo.

En el cuadro siguiente se expone una muestra del éxito o fracaso relativos obtenidos por las mayores potencias industriales en el intento de defender su economía [16]. (Es preciso recordar que el fracaso aparente de los Estados Unidos es en parte el resultado de su éxito excepcional en los años veinte.) En el cuadro se indica también el poder económico relativo de cada una de las grandes potencias que en conjunto alcanzaban los cuatro quintos de la producción mundial de bienes manufacturados. Las cifras expresan el tanto por ciento de la producción mundial de productos manufacturados.

Años	EE.UU.	URSS	Alemania	R. Unido	Francia	Japón	Italia
1929	43,3	5,0	11,1	9,4	6,6	2,5	3,3
1932	31,8	11,5	10,6	10,9	6,9	3,5	3,1
1937	35,1	14,1	11,4	9,4	4,5	3,5	2,7
1938	28,7	17,6	13,2	9,2	4,5	3,8	2,9

La inestabilidad y debilidad de las economías europeas de entreguerras y los desórdenes políticos que contribuyeron a crear obstaculizaron, pero no impidieron, importantes progresos en el bienestar humano. En 1939 la duración media de vida en Europa en tiempo de paz era unos diez años mayor que en 1914. Europa (y las zonas de colonización europea fuera de Europa) iba por delante de América Latina, Asia y Africa, donde la vida era más corta y precaria, los nacimientos más numerosos y las defunciones más tempranas. Alrededor de 1930 la tasa anual de mortalidad en Europa (excluyendo a la URSS) era del 14 por 1.000; en Africa era del 35 por 1.000 [17].

Sin embargo, Europa no era en absoluto homogénea ni desde el punto de vista social ni desde el demográfico. Había un profundo contraste entre los países del norte y del oeste, económicamente desarrollados, y los países del este y del sur, más atrasados. El contraste afectaba a la riqueza o pobreza relativas, a la esperanza de vida, y a las tasas altas o bajas de natalidad (con una excepción, la de los Países Bajos, que tenían una tasa de natalidad relativamente alta). Estas diferencias iban acompañadas de otras: una mayor o menor dependencia de la agricultura, un alto o bajo nivel de educación, una tasa de mortalidad alta o baja (con especial referencia a la infantil). Así, hacia 1930, un niño holandés tenía al nacer una esperanza de vida superior en veinticinco años a la de un rumano. El 51 por 1.000 de los niños holandeses recién nacidos no pasarían de su primer año; la cifra equivalente para Rumanía era de 178. Casi todos los niños holandeses a los diez años sabían leer y escribir; casi la mitad de los niños rumanos eran analfabetos. En Holanda, alrededor de una quinta parte de la población vivía de la agricultura; en Rumanía casi las cuatro quintas partes. La tasa de mortalidad de los Países Bajos era del 9,4 por 1.000; la de Rumanía del 20,1 por 1.000. El cuadro siguiente muestra estas correlaciones a mayor escala (algunas cifras son aproximadas) [18].

EUROPA SEPTENTRIONAL Y OCCIDENTAL

País	Tasa de natalidad (‰)	Tasa de mortalidad (‰)	Mortalidad de niños menores de un año (‰)	Analfabetos de más de 10 años (%)	Población dependiente de la agricultura (%)
Bélgica	18,5	13,3	88	6	15
Dinamarca	18,4	11,1	77	0-5	30
Noruega	16,7	10,7	46	0-5	27
Suecia	15,1	12,1	56	1	31
Suiza	17,0	11,9	50	0-5	22

EUROPA MERIDIONAL Y ORIENTAL

País	Tasa de natalidad (‰)	Tasa de mortalidad (‰)	Mortalidad de niños menores de un año (‰)	Analfabetos de más de 10 años (%)	Población dependiente de la agricultura (%)
Bulgaria	30,4	16,5	147	31	75
Grecia	31,2	17,1	117	41	46
Polonia	31,6	15,6	142	27	60
Portugal	29,8	17,0	143	60	46
Yugoslavia	34,6	19,4	159	45	76

Los altos niveles de bienestar social conseguidos en Dinamarca y en Suecia demuestran que un alto grado de dependencia agrícola no es incompatible con un elevado nivel de vida. Pero hay otras variables también importantes. La productividad agrícola en estos países era mucho más alta que la de los países de Europa meridional y oriental. Si se toma la cifra de 100 como producción media por persona dependiente de la agricultura, la pesca y la producción forestal en Europa, la cifra danesa correspondiente sería de 275 y la sueca alrededor de 159, mientras que la de Bulgaria sería de 66, la de Grecia 68, la de Polonia 50, la de Portugal 83 y la de Yugoslavia 56 [19]. La explicación proviene de que en estos últimos países había demasiadas personas empleadas en una agricultura excesivamente improductiva.

En Europa, uno de los fenómenos más importantes de los siglos XIX y XX fue la «revolución demográfica». En primer lugar, la tasa de mortalidad descendió cuando se pudieron controlar las enfermedades epidémicas; más tarde, después de cierto tiempo, la tasa de natalidad bajó y el resultado fue un nuevo equilibrio basado en una mayor longevidad. En el período de entreguerras los países de Europa septentrional y occidental habían atravesado ambas fases; los países de Europa meridional y oriental habían pasado la primera fase pero estaban aún muy lejos de completar la segunda. El resultado fue un rápido crecimiento de la población, aunque durante estos años la tasa de crecimiento estaba descendiendo [20]. La falta de oportunidades de trabajo junto con la preponderancia de propiedades familiares campesinas muy pequeñas, mantenía vinculada a la tierra a esta creciente población. Las ganancias así obtenidas eran escasas, a menudo apenas suficientes para subsistir. La industrialización en la Europa meridional y oriental no había ido muy lejos.

VALOR BRUTO PER CAPITA DE LOS PRODUCTOS MANUFACTURADOS DURANTE EL PERIODO 1930-1938 (en dólares de 1926-1929) [21]

Suecia	260	Hungría	60
Dinamarca	200	Polonia	30
Países Bajos	170	Rumanía	20

No era fácil alcanzar el progreso, ya que, la situación se perpetuaba a sí misma. Una población empobrecida que dependía de la agricultura, cuyos mercados estaban debilitados a consecuencia de la primera guerra mundial, no podía proporcionar capital para el desarrollo industrial sin tener que acudir a drásticas medidas de ahorro forzoso (que traían consigo miseria y penalidades) como las adoptadas en la Rusia soviética durante aquellos años. De igual manera, la ausencia de capitales retrasaba el incremento de la productividad agrícola. En algunos países, especialmente en los Balcanes, el reducido tamaño de las propiedades junto con la superpoblación creaba una situación en la cual el capital era escaso e improductivo. El cuadro siguiente muestra los porcentajes de los distintos tamaños de las propiedades agrícolas [22].

País	De 1-10 hectáreas	De 10-50 hectáreas	De más de 50 hectáreas
Bulgaria	56,4	32,0	1,6
Rumanía	48,1	19,7	32,2
Yugoslavia	55,0	35,3	9,7

En Hungría, y en España e Italia (países estos dos últimos en los que se daban conjuntamente rasgos propios de la Europa desarrollada y la subdesarrollada), eran muy frecuentes los latifundios, especialmente en España, donde los propietarios absentistas sólo querían aumentar su renta para su propio consumo, descuidando las inversiones de capital. Exceptuando la Unión Soviética, el desarrollo político de estos años tendió a acentuar estas tendencias: en las zonas en que se daba una alta proporción de propiedades agrícolas pequeñas, las medidas de reforma agraria aumentaron, mientras que en aquellos países con numerosos latifundios, como Hungría, surgieron regímenes socialmente conservadores que mantuvieron aquellas propiedades, sin imponer altos niveles de intervención estatal.

El contraste entre países europeos «avanzados» y «atrasados» puede ser comprobado y hasta cierto punto cuantificado mediante los niveles de vivienda, alimentación y educación.

DENSIDAD DE OCUPACION EN VIVIENDAS PEQUEÑAS EN CIUDADES CON UNA POBLACION DE MAS DE 100.000 HABITANTES, ALREDEDOR DE 1920-1921 [23]

	% de viviendas de 1-4 habitaciones con más de 2 personas por habitación	% de viviendas de 1-4 habitaciones con más de 3 personas por habitación	% de viviendas de 1-4 habitaciones en relación a otras viviendas
Inglaterra y Gales (Londres y sus distritos)	9	2	—
Suecia (Estocolmo)	15	—	—
Dinamarca (Copenhague)	12	—	86
Noruega (Oslo y Bergen)	15	4	77
Francia (ciudades con más de 100.000 h.)	5	1	85
Bélgica (4 ciudades)	6	1	79
Checoslovaquia (Praga)	32	13	—
Finlandia (Helsinki)	39	20	87
Austria (Viena)	20	5	92
Polonia (5 ciudades)	45	24	91
Alemania (ciudades con más de 100.000 h.)	5	1	—

El excesivo número de inquilinos en cada casa no era un problema que afectase sólo a las grandes ciudades. En Polonia, los datos para 1921 muestran que el 48 por 100 de las casas en ciudades con menos de 20.000 habitantes albergaban más de dos personas por habitación. En 1931, más de la mitad de las casas de las zonas rurales polacas consistían en una sola habitación con un promedio de 4,8 personas, mientras que el 35,5 por 100 de las viviendas rurales tenían dos habitaciones y un promedio de 2,7 personas por habitación. En 1921, el promedio del número de personas por habitación en las ciudades polacas con más de 20.000 habitantes era de 1,9 y en las ciudades con menos población de 2,1. El contraste con los Países Bajos, por ejemplo, es sorprendente. En 1930, en los Países Bajos solamente el 10 por 100 de las viviendas albergaban más de dos personas por habitación mientras el promedio de personas por habitación en todo el país era de 0,96. Italia ocupaba un lugar intermedio: en 1931, en municipios con más de 20.000 habitantes, las viviendas albergaban un promedio de 1,4 personas por habitación. En Polonia, en 1921 sólo el 36 por 100 de la población de las ciudades vivía en casas que tenían agua corriente; en Italia, en 1931, alrededor del 58 por 100 de las viviendas en las ciudades con más de 20.000 habitantes tenían agua potable[24].

El nivel de alimentación era diferente en los países avanzados de Europa septentrional y occidental y en las zonas relativamente atrasadas de Europa meridional y oriental. En los países más pobres se comía más pan y otras clases de cereales, y menos carne, pescado, leche, productos lácteos y huevos. El siguiente cuadro nos muestra estas diferencias[25].

CANTIDADES (EN KG) DE ALIMENTOS CONSUMIDOS POR FAMILIAS DE TRABAJADORES POR AÑO Y POR UNIDAD DE CONSUMO

	Suecia	Alemania	Polonia	Bulgaria
Cereales y pan	106,5	134,0	219,21	290,46
Carne, pescado, etc.	64,9	52,9	51,22	38,68
Margarina, grasas, etc.	12,3	16,3	3,29	9,77
Leche, productos lácteos y huevos	284,1	174,0	94,84	43,73
Vegetales y frutas	160,0	227,2	267,09	—
Azúcar	37,5	16,6	20,78	9,60

En algunas partes de la Europa sudoriental el hambre era un hecho real. Un estudio de la Sociedad de Naciones de 1936 decía:

«De acuerdo con las estadísticas dadas para 1932, de 343 distritos en Yugoslavia con 14.049.738 habitantes, hay 129 distritos con 4.566.985 habitantes en los cuales más del 50 por 100 de las familias campesinas no disponen de alimentos suficientes hasta la cosecha siguiente, siendo su alimentación, por tanto, muy inadecuada» [26].

El nivel de educación primaria se ve claramente en las estadísticas de analfabetismo. Los censos elaborados hacia 1950 dan los siguientes índices de analfabetismo, entre las personas con una edad de 25 a 34 años en el momento del censo [27].

Bélgica	1,1 %	Grecia	20,3 %
Yugoslavia	19 %	Portugal	36,7 %

Otra muestra proviene de las cifras relativas a asistencia escolar junto con la edad en la cual la asistencia, al menos en teoría, era obligatoria [28].

País	Año	Edad	Porcentaje de asiscia a la escuela
Alemania	1932	6-14	99
Países Bajos	1932	6-13	99
Noruega	1931	7-14	97
Polonia	1934	7-14	94
Bulgaria	1934	7-14	85
Rumanía	1933	7-14	80

En la educación secundaria se pueden ver unas diferencias mucho más acentuadas: así el censo suizo de 1960 muestra que el 32 por 100 de la población de edad comprendida entre los 45 y los 54 años tenía estudios secundarios, mientras que el censo rumano de 1956 daba la cifra del 7 por 100 para la población de edad comprendida entre los 35 y los 44 años [29]. Las comparaciones de la educación entre los diferentes países son, sin embargo, muy difíciles; en lo que se refiere a la educación superior son casi imposibles, aunque las cifras disponibles establecen claramente un hecho: en los países relativamente atrasados los niveles de educación femenina eran especialmente bajos. El cuadro siguiente ilustra este punto.

PORCENTAJES COMPARATIVOS DE ANALFABETISMO [30]

País	Fecha del censo	Edad	% de analfabetismo masculino	% de analfabetismo femenino
Bélgica	1947	25-34	1,4	0,9
Grecia	1951	25-34	6,0	20,6
Portugal	1950	25-34	28,2	45,0
Yugoslavia	1948	25-34	8,3	27,9

El cuadro siguiente nos muestra la proporción de mujeres que han alcanzado cierto nivel de educación comparado con la proporción de hombres (proporción de hombres = 100). Para poder establecer una comparación, se incluyen también las cifras referentes a USA [31].

País	Fecha del censo	Edad	Sexo	Educación secundaria	Educación superior
EE. UU.	1960	45-54	M	100	100
			F	107	96
Suiza	1960	45-54	M	100	100
			F	88	59
Países Bajos	1960	45-54	M	100	100
			F	76	16
Italia	1961	45-54	M	100	100
			F	71	20
Rumanía	1956	35-44	M	100	100
			F	67	36
Bulgaria	1956	35-44	M	100	100
			F	55	21

En la historia social reciente se ha dado una tendencia constante hacia la igualdad de los sexos en lo que se refiere a la educación. En los años de entreguerra, en los países europeos más avanzados se tomaron medidas para que niños y niñas recibieran igual educación primaria, mientras que en los países más pobres persistió la discriminación en la educación. El mismo fenómeno se produce en la educación secundaria. Sin embargo, en el caso de la educación superior parece ser que en los países más atrasados aquellos sectores de la población que podían dar a sus hijas una educación razonable estaban tan dispuestos a hacerlo como los sectores más cultos de la población de los países avanzados a darles una educación superior.

Por supuesto, las diferencias del nivel medio de vida entre los distintos países no significaban que, a escala nacional, todo el mundo tuviese las mismas condiciones y los mismos recursos. En efecto, dentro de cada país había grandes variaciones entre las distintas clases y, a menudo relacionadas con éstas, entre las distintas regiones. De este modo, hacia 1930 la tasa de mortalidad infantil era del 74 por 1.000 en Cataluña (en España era de 117) mientras que en el condado de Durham era de 84 por 1.000 (en Inglaterra era de 63). En Gran Bretaña había grandes diferencias entre las cifras extremas de 91 por 1.000 (oeste y centro de Escocia) y 30 por 1.000 (Isla de Wight) y dentro de España puede compararse la citada cifra en Cataluña con la de 156 por 1.000 en Extremadura[32]. Las diferencias de clase en lo que se refiere a niveles de alimentación y vivienda son también una prueba demostrativa de esto. En la provincia de Salerno, en Italia, en 1929 el presupuesto familiar nos da las siguientes cifras en el consumo de alimentos, en Kg por año[33].

Alimentos	Trabajadores y clase media baja	Agricultores	Clase media alta
Cereales y pan	240,89	278,85	201,47
Carne, pescado, etc.	24,57	20,50	37,01
Margarina, grasas, etc.	14,48	16,13	16,60
Leche, productos lácteos y huevos	40,36	29,05	68,72
Vegetales y frutas	74,82	108,39	90,15
Azúcar	5,11	2,19	9,49

Las cifras para Alemania en 1927-1928 nos muestran el nivel de consumo según el status económico de cada clase[34].

Alimentos	Familias con una renta anual de menos de 800 marcos por unidad de consumo	Familias con una renta anual de 1.500 marcos o más por unidad de consumo
Cereales y pan	138,5	131,8
Carne, pescado, etc.	39,2	68,3
Margarina, grasas, etc.	18,1	13,8
Leche, productos lácteos y huevos	123,6	203,2
Vegetales y frutas	197,1	252,8
Azúcar	14,1	17,7

Los diferentes niveles de vivienda se ven claramente en las cifras extraídas del censo italiano de 1931.

NUMERO DE PERSONAS POR HABITACION EN CIUDADES DE MAS DE 20.000 HABITANTES [35]

Granjeros	1,8
Trabajadores	1,7
Trabajadores asalariados	1,0
Fuerzas armadas, clero, artistas y profesiones liberales	0,8
Propietarios y rentistas	0,6

La relación entre exceso de población, pobreza y enfermedad queda patente en los estudios llevados a cabo en Glasgow y Amsterdam en los años veinte. En Glasgow, la tasa de mortalidad infantil en las zonas más pobladas era casi cuatro veces más elevada que la de los distritos con un nivel más alto, según nos muestra el cuadro siguiente [36].

	City of Glasgow	Mile End	Gorbals	Langside	Cathcart
Densidad de población: personas por acre	57	136	207	45	22
Tasa de mortalidad (‰)	14,2	17,6	17,2	9,2	8,7
Tasa de mortalidad infantil	104	163	128	44	52
Tasa de mortalidad (‰) producida por enfermedades contagiosas	0,81	1,69	1,86	0,11	0,12

En Amsterdam, se dan las mismas diferencias, aunque no tan radicales [37]:

	Amsterdam	Jordaan	Vondelpark y Boeren-wetering
Riqueza según el % de rentas superiores a 2.200 florines (1915)	—	1,4	31,8
Tasa de mortalidad por 1.000 (1920-1921)	10,5	12,4	8,4
Tasa de mortalidad infantil (1929-1931)	36,5	58,4	22,6
Muertes producidas por tuberculosis pulmonar por 10.000 (1920-1921)	11,1	12,7	7

En áreas más extensas, las cifras de mortalidad infantil de Inglaterra y Gales muestran la relación entre clase social y niveles de bienestar [38].

Clase social	I	II	III	IV	V
1921	38,4	55,5	76,8	89,4	97
1929	26,8	34,4	44,4	51,4	60,1

También había gran diferencia en la educación a la que tenían acceso todas las clases sociales. La educación primaria era generalmente gratuita. Pero la educación secundaria y superior generalmente no lo eran. De esta manera, la continuación de los estudios más allá del nivel de educación elemental tendía a ser una prerrogativa de las clases media y alta.

En estos años, los adelantos alcanzados en el bienestar social se manifestaban en medidas, la mayoría de ellas vacilantes y a título de prueba, que garantizasen a aquellos sectores de la población económicamente más débiles algunas de las condiciones de medio ambiente, alimentación y educación que los miembros más ricos de la sociedad podían conseguir por sí mismos. Incluso en medicina, lo que implicaba el progreso era la aplicación a más amplios sectores de la población de principios y técnicas ya utilizadas en 1914, más que el descubrimiento de procedimientos completamente nuevos (aunque se llevaron a cabo importantes innovaciones como, por ejemplo, la introducción de nuevos métodos de vacunación contra la difteria y el descubrimiento de las sulfamidas). Las mejoras en el nivel de vida de las poblaciones

europeas eran en gran parte consecuencia de las medidas tendentes a conseguir mayor igualdad, redistribución de la renta y concesión a los sectores más pobres de la sociedad de pensiones en metálico, o bienes y servicios, para mejorar el nivel de vida que sus propias condiciones económicas les permitían.

Existían dos métodos diferentes de redistribución. Según el primero, el Estado proporcionaba, en metálico o en especies, servicios o beneficios que pagaba con parte de los fondos procedentes de los impuestos generales. Esto significaba una reducción de la diferencia que existía entre ricos y pobres, especialmente en los países donde la imposición tenía un carácter progresivo; es decir, donde los ricos pagaban unos impuestos proporcionalmente más altos que los pobres. Según el segundo, los particulares o el Estado tomaban a su cargo un plan de seguros mutuos aplicables a sectores más o menos amplios de los diferentes estratos de la sociedad. Esto significaba una redistribución de la renta dentro de las clases o de los grupos profesionales, en los que los miembros del grupo con menores preocupaciones económicas pagaban para ayudar a los más necesitados. Está claro que el segundo método no disminuía las desigualdades sociales existentes entre las clases. Por lo tanto, inquietaba menos a aquellos que deseaban defender las desigualdades y no debe sorprendernos que este método fuera políticamente más aceptable en los países socialmente más conservadores. Era frecuente que se combinaran los dos métodos: los seguros y la asistencia mutua eran subvencionados por subsidios estatales. Así el efecto igualitario dependía del alcance de las subvenciones y de la naturaleza del sistema fiscal que las financiaba. En Gran Bretaña, donde, como en la mayoría de los países más adelantados, los seguros sociales eran financiados de una forma redistributiva, se calculaba que, en 1935, alrededor del 2 por 100 de la renta nacional era transferida por este sistema de los ricos a los pobres[39].

Tales métodos no eran nuevos. La ayuda a los pobres, financiada a través de los impuestos, ya había sido instituida hacía muchos años por las autoridades de la mayoría de los países europeos. Antes de 1914 algunos gobiernos ya habían comenzado a proporcionar una asistencia social que no se limitase a remediar los casos de miseria más extremos. En 1883, el gobierno imperial alemán de Bismarck estableció un importante precedente al implantar sistemas de ayuda estatal aplicables a ciertas categorías de trabajadores. Las transformaciones ocurridas entre las dos guerras trajeron consigo, más que innovaciones radicales de método o de principio, una serie de cambios que afectaron al contexto geográfico, ampliándose la esfera de aplicación de una política de bienestar social.

Es difícil generalizar sobre los motivos que condujeron a la extensión de los sistemas de bienestar social. El principal impacto vino probablemente de los movimientos socialistas. Fuera de Rusia, los gobiernos temían un socialismo en gran escala y, para debilitar la fuerza de las demandas que pedían la abolición de la propiedad privada, estaban dispuestos a reducir la opresión a la que estaban sometidos los sectores más débiles de sus países respectivos. Por esta razón, los progresos de la seguridad social no fueron mucho menos importantes en países con gobiernos conservadores que en aquellos otros con un gobierno de izquierda. Parece más bien que la rapidez de tales progresos haya venido determinada por los recursos de que disponían los diferentes países europeos; donde no existía demasiada riqueza para redistribuir, dicha redistribución era casi inexistente. Los movimientos socialistas contribuyeron también a lo que fue probablemente el factor más importante del progreso social: el desarrollo del interés humanitario por la suerte de los pobres. Esto se vio reforzado por el aumento de la información proporcionada por los investigadores sociales. La Sociedad de Naciones y aún más la Organización Internacional del Trabajo patrocinaban extensos estudios sobre las condiciones sociales. Sus estudios e informes hacían de los planes de bienestar social una fuente de prestigio internacional. La primera guerra mundial, lo mismo que la segunda, contribuyó a fomentar la aceptación de las medidas sociales; la implantación del servicio militar obligatorio creó un cierto sentido de solidaridad dentro de las comunidades, mientras que los altos impuestos que se implantaron en los países beligerantes hicieron que éstos se familiarizaran con los gastos gubernamentales a gran escala. En 1945, se daba por supuesto en todos los países europeos desarrollados que los Estados deberían actuar de manera que garantizasen un nivel mínimo de bienestar a todos sus ciudadanos. Un informe de la Organización Internacional del Trabajo de marzo de 1942 afirmaba que «la idea de la seguridad social» era «una de las finalidades más importantes de las naciones que ahora luchan por la libertad y por una civilización basada en el respeto a la persona humana» y concluía que la seguridad social:

«*sólo* puede organizarse como una parte de un programa más amplio que incluya medidas que fomenten el empleo y lo mantengan a un nivel alto de tal manera que se eleve el dividendo nacional y éste sea distribuido de forma más equitativa, que mejore la alimentación y la vivienda, se facilite la asistencia médica y se amplíen las oportunidades para la educación, tanto la básica como la vocacional» [40].

Algunos ejemplos nos mostrarán los métodos a través de los cuales se llevaron a cabo reformas sociales en el período de entre-

guerra y sus efectos sobre la educación, la salud, la alimentación y la vivienda.

En educación, el gasto gubernamental hizo que se creasen más escuelas primarias, permitió la ampliación del período de asistencia escolar obligatoria y redujo el número de alumnos por profesor. Así, entre 1913 y 1933 el porcentaje de la renta nacional que el Estado dedicó a educación subió en Alemania del 2,8 al 4,4, en los Países Bajos del 2,1 al 5 y en el Reino Unido del 1,6 al 2,6 (las cifras para el Reino Unido representan sólo una parte de dicho gasto)[41]. En 1938, los gastos de educación per cápita (en dólares) alcanzaban las cifras siguientes[42].

Reino Unido	13
Alemania	13
Noruega	12
Países Bajos	12
Suecia	11
Dinamarca	11
Finlandia	5
Italia	3
Portugal	1

El cuadro siguiente nos muestra las tasas de analfabetismo por grupos de edad en algunos países y es una prueba más del progreso que se realizó en la educación primaria[43].

Grupos de edad	45-54	35-44	25-34	20-24	15-19
Bélgica (1947)	3,3	1,8	1,1	1,0	0,9
Yugoslavia (1948)	35,8	28,3	19,0	12,8	12,5
Grecia (1947)	46,5	32,6	20,3	16,9	18,7
Portugal (1950)	50,3	46,6	36,7	32,2	31,6

Sin embargo, en los países europeos, la ampliación del período de educación secundaria y superior era selectiva; la mayoría de la población terminaba su educación al finalizar la escuela primaria, pero en algunos países se empleaban fondos estatales para que algunos alumnos, seleccionados por medio de pruebas académicas u oposiciones más o menos difíciles, tuvieran las oportunidades con que contaban los alumnos de padres más ricos que podían sufragar los gastos de sus matrículas y su mantenimiento. Sin embargo, el efecto de esta tentativa de aumentar la igualdad de oportunidades fue menor de lo que se esperaba, ya que los hijos de las clases más pobres y con niveles de educación más

bajos, independientemente de su inteligencia, en las pruebas selectivas alcanzaban puntuaciones más bajas que aquellos que procedían de hogares con posibilidades menos limitadas. Se pueden ver los efectos y las limitaciones de estas medidas por los resultados obtenidos en una encuesta llevada a cabo en Inglaterra y Gales [44].

	Porcentaje con educación secundaria		Porcentaje con educación universitaria	
Fecha de nacimiento	Status social 1-4	Status social 5-7	Status social 1-4	Status social 5-7
Hombres:				
Antes de 1910	27,0	4,0	4,4	0,9
1910-29	38,9	9,8	8,5	1,4
Mujeres:				
Antes de 1910	25,6	3,5	2,1	0,1
1910-29	35,7	9,3	4,0	0,2

La política en lo que se refiere al progreso en salud y alimentación se desarrollaba de diferentes formas: concesiones directas de servicios o concesiones directas de ayuda monetaria a los nesitados, financiadas por los impuestos, y estímulo, algunas veces con subvenciones estatales, a los sistemas de seguros que proporcionaban servicios o beneficios en metálico o personas cuyos ingresos eran inferiores a aquellos que permitían tener un adecuado nivel de vida. Las medidas directas afectaban principalmente a los niños y recién nacidos, a los ancianos e indigentes. En Gran Bretaña, que contaba probablemente con el mayor número de servicios financiados por los impuestos, clínicas prenatales, hospitales de maternidad, centros para niños y el servicio de visita médica a domicilio eran financiados por fondos públicos, aunque a veces el precio variaba según los medios. En las escuelas se daba a los niños leche y alimentos, a veces a precios reducidos y a veces gratuitamente, a la vez que un servicio médico escolar proporcionaba reconocimientos médicos regulares. En muchos países los hospitales (especialmente los hospitales para enfermedades infecciosas) estaban financiados por fondos públicos y proporcionaban tratamiento gratuito o a través de pagos simbólicos. En Gran Bretaña y Dinamarca se pagaban pensiones de vejez, exentas fiscalmente, a aquellos que no alcanzaban un nivel de renta determinado, mientras que en Gran Bretaña la ayuda en metálico a los parados se obtenía a través de un mecanismo distinto del

utilizado para el seguro de desempleo. Para aquellos que estaban en una miseria casi total, la mayoría de los países habían tomado amplias medidas mediante las «leyes de pobres» condicionadas a una estricta selección del beneficiario.

La característica de los planes de bienestar social en Europa en el período de entreguerras fue sin embargo la generalización de la seguridad social, a través de la cual los trabajadores, patronos y algunas veces el Estado contribuían a la creación de unos fondos de los que se beneficiaban, por derecho, aquellos que estaban incapacitados temporalmente (por enfermedad o desempleo) o aquellos otros que estaban jubilados. La seguridad social era políticamente más aceptable que los planes de bienestar social basados en los impuestos, pero había otras razones que explicaban su predominio. Se sostenía que no se corrompía al trabajador haciéndole partícipe de unos beneficios a los cuales tenía derecho y que él mismo había contribuido a financiar, como se alegaba que ocurriría con el simple ejercicio de la caridad por parte del Estado; también se creía que la ayuda estatal, al estar condicionada a un informe sobre los medios de subsistencia de sus beneficiarios, podría inducir a éstos a no intentar prosperar económicamente por sus propios medios. En 1939 había sistemas de seguridad organizados por el Estado para ayudar a los trabajadores cuyas rentas estuvieran mermadas por la enfermedad o la vejez en casi todos los países europeos. El seguro de desempleo era menos frecuente y en muchos países la ayuda a los parados procedía de las «leyes de pobres». El alcance y la escala de los beneficios de la seguridad social variaban según los países. La mayoría eran obligatorios para determinadas clases de trabajadores asalariados, otros eran voluntarios.

A diferencia de los seguros sociales, la ayuda familiar fue una innovación de los años de entreguerras. Durante estos años, sistemas de aplicación general solamente fueron introducidos en Francia y Bélgica, mientras que en Italia se implantaban sistemas parciales a través de convenios colectivos. En Francia y en Bélgica el coste total era soportado por los patronos de manera que daban lugar a una estructura de salarios diferenciales (en Italia el coste era compartido por los trabajadores). A través de las ayudas familiares se aliviaba parcialmente el peso de la crianza de los niños, que podía traer consigo privaciones para los padres y para los demás hijos, especialmente en familias numerosas [45].

En el cuadro siguiente se indica, de una manera general, el alcance de las medidas tomadas durante este tiempo sobre seguridad social, mostrando las sumas gastadas en seguridad social per cápita y en dólares per cápita (precio de 1954) en algunos países en 1930 [46].

Reino Unido	59
Alemania	54
Dinamarca	26
Suiza	24
Suecia	22
Francia	17
Bélgica	12
Italia	5
Finlandia	5
España	1

La mejora en la vivienda exigía la intervención estatal ya que en el período de entreguerras, especialmente durante los años veinte, la situación económica hacía imposible, incluso para muchos trabajadores con empleos estables, procurarse hogares dotados de unas mínimas condiciones en el mercado de libre competencia. Una medida casi general durante los años veinte fue el establecimiento de un control sobre los alquileres que mantenía los de las viviendas más baratas por debajo del nivel que hubiese establecido el mercado libre. Sin embargo, esto sirvió para crear una clase privilegiada: aquellos que eran lo suficientemente afortunados como para poseer tales viviendas. Para suministrar viviendas baratas y hacer posible la desaparición del chabolismo era necesaria la intervención del Estado más a fondo. La ayuda financiera se hacía a través de subvenciones, bien por medio de sumas globales o pagos anuales, bien por la concesión de créditos a través de préstamos directos a tipos de interés reducidos o a través de garantías estatales para el pago de los intereses. La construcción de viviendas económicas se llevaba a cabo por el Estado directamente o por sociedades inmobiliarias o por constructoras comerciales supervisadas por el Estado. El cuadro siguiente muestra que aproximadamente la cuarta parte de las viviendas construidas durante el período en cuestión en los países citados lo fueron sobre una base no comercial [47]. La intervención pública a tal escala no tenía precedente.

Es difícil medir los efectos que tuvieron estas medidas sobre el nivel medio de la salud y del bienestar y del crecimiento económico ocurrido en Europa entre las dos guerras. Además, las medias ocultan la medida en que mejoró la suerte de las clases más pobres. Sin embargo, ya se ha señalado una consecuencia clara: entre 1914 y 1939 la duración media de vida aumentó en unos diez años. El índice más claro se obtiene, probablemente, estudiando las tasas de mortalidad infantil, que reflejan una gran variedad de condiciones sociales: alimentación, alojamiento, educación, asistencia médica y situación sanitaria en general.

Países
Inglaterra y Gales
Alemania
Holanda
Dinamarca (todas las ciudades)
Checoslovaquia (78 ciudades)
Finlandia (todas las ciudades)
Polonia (Varsovia)

Fechas	Total de viviendas construidas	Proporción de las construidas (%)		
		por autoridades públicas	por sociedades inmobiliarias	por iniciativa privada
1919-29	1.476.648	**36**	—	**64**
1927-29	976.078	**11**	31	**58**
1921-29	426.427	**11**	18	**71**
1920-29	74.114	**16**	31	**53**
1928-29	62.884	10	16	74
1924-28	30.235	**2**	21	**77**
1922-29	12.412	**5**	15	**80**

Si las cifras de este período se comparan con las de 1963 se observa que el progreso social en Europa se aceleró después de la segunda guerra mundial. Esta aceleración se produjo por la combinación de varios factores: importantes progresos médicos, un crecimiento económico más rápido, y políticas más radicales. Las mejoras durante el período de entreguerras fueron más lentas, pero los datos de que disponemos muestran que la vida en tiempo de paz era más tolerable para más gente al final del período que al principio.

MORTALIDAD INFANTIL (TANTO POR MIL) HASTA LA EDAD DE UN AÑO [48]

	1920-24	1925-29	1930-34	1935-39	1963
Alemania	127,2	98,1	77,8	66,3	—
Austria	141,6	120,2	100,2	85,9	31,3
Bélgica	108,5	101,3	91,6	83,4	27,2
Bulgaria	156,8	149,8	144,1	146,4	35,7
Checoslovaquia	160,0	145,8	128,5	111,4	22,0
Dinamarca	82,4	82,2	73,1	64,2	19,1
España	148,2	127,8	118,0	124,5	40,5
Francia	97,1	91,4	80,1	71,1	25,4
Hungría	192,2	175,1	156,7	135,6	42,9
Italia	128,8	122,2	105,6	102,7	39,5
Noruega	53,3	50,4	45,2	40,4	—
Países Bajos	74,4	57,9	46,7	37,4	15,8
Polonia	—	148,6	139,6	136,0	49,1
Portugal	152,8	142,2	144,7	139,4	73,1
Reino Unido	79,2	73,3	65,5	58,5	21,8
Rumanía	206,9	195,2	179,3	180,6	55,2
Suecia	61,4	57,7	51,9	43,2	15,4
Suiza	70,3	55,5	49,0	45,3	20,5
Yugoslavia	—	149,3	154,9	138,8	77,5

7. Inglaterra de 1919 a 1939

Los años transcurridos entre las dos guerras mundiales en el Reino Unido se caracterizaron, sobre todo, por el paro en masa. Ni antes ni después se llegó a dar un desempleo en tan gran escala. La política del gobierno fue generalmente del tipo de aquella que agrava el paro y que atenta contra el nivel de vida de los que trabajan e incluso a veces contra el de los parados. Los rasgos más notables de estos años fueron la ausencia de desórdenes políticos (que cabría esperar), la estabilidad del régimen parlamentario, la ausencia de violencia, la debilidad de los partidos extremistas y la presencia de un alto grado de cohesión; todo ello impidió la lucha de clases y revoluciones o reacciones extremistas. En este sentido, la historia de Inglaterra presenta en estos años un fuerte y significativo contraste con la historia de los principales países industriales europeos e incluso con los Estados Unidos, donde la depresión económica condujo por lo menos al radicalismo del *New Deal*. Este capítulo pretende explicar y aclarar esta paradoja.

Gran Bretaña: Porcentaje de paro [1]

1921	16,6	1927	9,6	1933	19,8
1922	14,1	1928	10,7	1934	16,6
1923	11,6	1929	10,3	1935	15,3
1924	10,2	1930	15,8	1936	12,2
1925	11,0	1931	21,1	1937	10,6
1926	12,3	1932	21,9	1938	12,6

(En los treinta años anteriores a la guerra, el índice medio de desempleo era de un 6 por 100.)

La principal causa de esta desastrosa situación, en la que el paro nunca afectó a menos de un millón de personas, fue el debilitamiento de las exportaciones británicas después de 1920. Gran Bretaña se vio afectada en gran medida por el ya citado estancamiento de la demanda de productos manufacturados europeos,

debido a que las principales industrias exportadoras británicas de los años de la preguerra fueron precisamente aquellas que se vieron más seriamente perjudicadas, de una parte por los cambios ocurridos en el tipo de mercancías demandado por los importadores y, de otra, por el debilitamiento de la demanda de todo tipo de mercancías. Antes de la guerra, dos tercios del total de las exportaciones británicas consistían en carbón, hierro y acero, maquinaria, vehículos, barcos y textiles [2]. La mayor parte de estas exportaciones básicas decayeron. Las exportaciones de carbón se mantuvieron a un nivel alto hasta 1924 porque la reducción de la producción exterior, motivada por la perturbación que supuso la guerra, se prolongó a causa de las huelgas y sobre todo a causa de la ocupación del Ruhr en el año 1923. A partir de 1924, Inglaterra tuvo que hacer frente, con todas sus consecuencias, a la competencia de las minas de carbón europeas, técnicamente más eficientes, mientras la demanda mundial de carbón decaía debido a su sustitución por otros combustibles y a la depresión industrial, especialmente después de 1929. Así, la producción inglesa de carbón bajó de unos 270 millones de toneladas antes de 1914 a unos 230 millones en los años que precedieron inmediatamente a 1939, mientras el número de obreros empleados en esta rama bajó de más de un millón a unos 700.000 [3].

Las exportaciones anuales netas de hierro y acero antes de la guerra ascendían a unas 2.750.000 toneladas, hacia 1921-22 rondaban las 1.250.000, y en 1927-29, las 750.000. Durante la guerra e inmediatamente después, la capacidad productiva de acero había crecido más allá de las necesidades de la demanda de los años que siguieron a 1920, de manera que la industria británica del acero de entreguerras funcionó a un promedio de menos de dos tercios de su capacidad. Lo que es más, la industria británica había perdido ventajas frente a la competencia; el crecimiento más lento de su producción antes de 1914 en comparación con Alemania y Francia, por ejemplo, había provocado un retraso en su modernización, mientras que en el continente ésta había permitido la explotación de minerales fácilmente accesibles. La ausencia de aranceles hasta 1932 dejó al mercado británico abierto a la competencia exterior, mientras su debilidad competitiva condujo a un descenso proporcional de las exportaciones británicas de productos derivados del acero, de un 38 por 100 en 1912-1913 a un 34 por 100 en 1927-1928 y un 25 por 100 en 1936-1938. Las fluctuaciones cíclicas afectaron con peculiar violencia a la demanda interior y exterior de hierro y acero de manera que los trabajadores empleados en este sector para las necesidades surgidas del crecimiento temporal de los períodos de expansión,

quedaban en gran número sin empleo cuando la depresión volvía a aparecer. Así, el índice de paro entre los trabajadores de esta rama productiva fue del 21 por 100 en 1924, del 20 por 100 en 1929, del 47 por 100 en 1932 y del 10 por 100 en 1937 [4].

La suerte corrida por la industria naviera británica es uno de los ejemplos más ilustrativos de los motivos de la atonía económica inglesa de entreguerras. Una vez más, una industria británica se vio perjudicada por la contracción general de la demanda, y en mayor medida que sus competidores extranjeros. Antes de 1914, los astilleros británicos producían barcos por un tonelaje una siete veces superior al de los astilleros de Italia, Bélgica, Holanda, Suecia, Dinamarca, Noruega y España juntas; en los años veinte, la relación era de tres a uno como mucho, y en los treinta, de dos a uno en el mejor de los casos. Los constructores de barcos ingleses fueron lentos en adoptar innovaciones esenciales, como la soldadura eléctrica, y en adaptar sus instalaciones a la producción de barcos a motor y de nuevas clases de navíos, como los petroleros. Tampoco consiguieron rebajar los costos de producción; por ejemplo, el coste del factor trabajo se mantuvo elevado a causa de uno de los más peligrosos rasgos del sindicalismo británico: la existencia de varios sindicatos cuyos respectivos miembros eran trabajadores dedicados a la producción de un solo artículo. Cada sindicato insistía en mantener el monopolio de sus miembros en el ejercicio de su específico oficio y especialidad, de manera que una tarea que podía requerir el trabajo de un hombre en Suecia o Noruega, necesitaba cuatro o cinco en Inglaterra para ser llevado a cabo. Asimismo, los costes medios de producción se mantuvieron altos debido a la parcial utilización de la capacidad productiva, con la consiguiente presión sobre los beneficios, lo cual obstaculizaba la inversión y los intentos de modernización. En consecuencia, aunque muchos trabajadores abandonaron el sector —aproximadamente una cuarta parte de los 250.000 que comprendía la industria naval en 1924— el índice de desempleo entre los que se dedicaban a la construcción y reparación de buques era del 30 por 100 en 1924, del 24 por 100 en 1929, del 63 por 100 en 1932 y del 24 por 100 en 1937 [5].

En el sector textil, la industria algodonera británica se vio gravemente afectada, no porque la demanda mundial de tejidos de algodón descendiera, sino porque las necesidades de los principales clientes de la Inglaterra de la preguerra vinieron a ser cubiertas por nuevas industrias creadas en dichos países o por importaciones de industrias recientemente desarrolladas fuera de Gran Bretaña. El siguiente cuadro aclara estas cuestiones.

EXPORTACIONES E IMPORTACIONES NETAS DE PRODUCTOS DE ALGODON (en miles de toneladas)

	1913	1925	1938
Exportaciones de:			
Gran Bretaña	576	377	135
Japón	3	103	234
Importaciones por:			
India	249	116	67
China	181	127	2

Antes de 1914, más de la mitad de los productos de la industria algodonera eran exportados; por consiguiente el descenso de las exportaciones supuso para ese sector un duro golpe. El motivo era la dependencia de las exportaciones británicas con respecto a la venta de tejidos baratos de algodón, que ahora podían ser producidos con relativa facilidad por la naciente industria de países como India y China, y que podían ser fabricados más económicamente por los japoneses, los cuales redujeron progresivamente la participación del algodón británico en un comercio internacional deprimido. Aunque la mano de obra disminuyó en cerca de una cuarta parte entre 1924 y 1937, el índice de paro siguió siendo alto: 13 por 100 en 1924 y 1929, 29 por 100 en 1932 y 12 por 100 en 1937[6].

Tanto la maquinaria como los vehículos eran en la época de entreguerras unas ramas en continua expansión; por desgracia el tipo de productos en los que Inglaterra estaba especializada antes de 1914 no correspondía a la evolución de la demanda mundial. Los fabricantes ingleses habían destacado especialmente en la exportación de maquinaria para la producción de energía no eléctrica y de material ferroviario, partidas ambas con una demanda cada vez menor, mientras los Estados Unidos se mantenían a la cabeza en el comercio internacional en expansión de material de oficina y automóviles, y Alemania y los Estados Unidos dominaban los pujantes sectores de la maquinaria metalúrgica y eléctrica. Consecuentemente, el valor de las exportaciones británicas de maquinaria decayó entre 1913 y 1929, a diferencia de lo que sucedió en ese período en los demás países industriales. De manera similar, mientras las exportaciones británicas de material de transporte casi se duplicaron en los mismos años, la comparación con las exportaciones norteamericanas, que se multiplicaron por diez, resulta netamente desfavorable. Resumiendo, en contraste con Francia, Alemania y Estados Unidos, Inglaterra no consiguió

incrementar su exportación de productos manufacturados entre 1913 y 1929 y después de esta fecha tuvo que compartir el descenso general de las exportaciones mundiales [7].

Este estancamiento de las principales exportaciones fue sin duda la causa principal del paro británico de entreguerras, debido a sus efectos directos y al efecto indirecto de producir una contracción de la demanda de los productos de otros sectores. La razón de las dificultades que encontraron estas exportaciones era que la industria británica debía su desarrollo y su prosperidad a que cubría un tipo de demanda que ahora estaba estancada o descendía, y que estaba peor equipada que sus competidoras para introducirse en los sectores en expansión. Para curar a la economía británica se requería un trasvase de recursos —en inversión y mano de obra— de los sectores deprimidos a los que estaban en auge y también, probablemente, un incremento de la producción destinada al mercado interior frente a la dedicada a la exportación. Estos objetivos eran difíciles de conseguir debido a las condiciones de desempleo y de debilidad de la demanda. Tampoco la política gubernamental actuó en este sentido; como veremos, su principal preocupación era mantener el valor exterior de la libra esterlina, lo que equivalía a una política de deflación que aceleraba la ruina de las industrias débiles mientras que obstaculizaba la expansión de las fuertes.

Los esfuerzos británicos por hacer frente a las dificultades económicas de la posguerra se basaban en la creencia de que la solución fundamental era conseguir que el comercio mundial volviera al esplendor de los años anteriores a la guerra, y que el principal obstáculo para esta reactivación residía en la inestabilidad de la moneda y la consiguiente falta de confianza entre comerciantes y empresarios. Por consiguiente, la política exterior británica se orientó a restaurar la estabilidad política y, sobre todo, a frenar las peticiones francesas sobre las reparaciones alemanas, y a impedir que los gobiernos franceses perjudicasen a la economía alemana mediante la puesta en práctica de estas peticiones. En el interior, pretendió restaurar la estabilidad del valor de la libra esterlina y la vuelta a la convertibilidad de ésta en oro. Se profesaba la creencia de que esta vuelta al patrón oro debía hacerse sobre la base de la paridad de la preguerra, o sea, hacer que el valor de la libra en dólares norteamericanos se estabilizase al nivel de la preguerra. Se creía que si Inglaterra volvía al patrón oro ello actuaría como causa y como condición de una vuelta general al mismo, lo cual aseguraría la estabilidad de las principales monedas del mundo. El mecanismo autorregulador del patrón oro era considerado como la más segura garantía de estabilidad.

Simplificando considerablemente la cuestión, el mecanismo funcionaba así: un país cuya balanza exterior le fuera adversa se encontraría con que el valor de su moneda tendería a descender en relación con otras monedas, y los poseedores de esta moneda procurarían cambiarla por oro. Cualquier país en que esto ocurriese, generalmente por ser sus importaciones superiores a sus exportaciones, tendría que enfrentarse con una pérdida de oro, lo cual traería consigo una contracción en el sistema bancario de préstamos, produciéndose una reducción de los créditos y un decaimiento de la demanda interior que redundaría en una reducción de sus precios interiores. Esto estimularía las exportaciones, resolviéndose así la dificultad inicial. Por el contrario, si un país exportaba más de lo que importaba se enfrentaría a una afluencia de oro que conduciría a un aumento de los créditos bancarios y consiguientemente a un incremento de los precios interiores que estimularía las importaciones reduciendo las exportaciones. De esta manera las monedas se estabilizarían automáticamente y el comercio internacional podría florecer confiadamente. Pocos economistas ingleses dudaban de la validez de estos argumentos y pocos creían que Inglaterra debiera fijar la paridad de su moneda con el patrón oro a un nivel inferior al de la preguerra. Ciertamente, la última teoría no fue puesta en duda hasta que se llevó a la práctica. Para ello había razones tanto morales como prácticas; se consideraba que era un deber mantener el valor del dinero prestado al Estado por ciudadanos británicos o extranjeros restableciendo así el valor de la libra, y se mantenía que esto era esencial para que se volviera a confiar en esta moneda y así Londres pudiera volver a ser la capital financiera y bancaria del mundo.

En 1920 el valor de la libra descendió a menos de 3,5 dólares, mientras que la paridad de la preguerra era de 4,86. Si se decidía que la libra debía volver a los 4,86 dólares, se requería una política gubernamental deflacionista, una vuelta a lo que se llamaban finanzas saneadas. La depresión general de 1921, que siguió al fin del *boom* de la reconstrucción de la posguerra, provocó un descenso en el nivel de los precios británicos, como resultado de la contracción general de la demanda. Esta contracción, debida a las condiciones del comercio mundial, se acentuó a causa de la política del gobierno de contener la demanda. El gasto público se recortó notablemente en 1922 por recomendación de un comité de hombres de negocios presidido por Sir Eric Geddes, reduciéndose los gastos militares y sociales, especialmente en lo relativo a educación, de manera que en los años 1920-1924, se mantuvo un sustancial superávit presupuestario. Simultáneamente, el tesoro mantuvo el tipo de interés a largo plazo a un nivel supe-

rior al 5 por 100 en 1920-1921 y a cerca del 4,5 por 100 durante el resto de la década, comparado con los intereses inferiores al 3,5 por 100 en 1913, mediante la emisión de préstamos a largo plazo destinados a posibilitar la reducción de la deuda flotante a corto plazo. El resultado fue que se hizo más difícil disponer de capitales para inversiones productivas [8].

Estas medidas provocaron un descenso de los precios en Inglaterra, pero, en comparación con los precios norteamericanos, no bajaron lo suficiente como para conseguir que la libra recuperase su valor prebélico en relación con el dólar estadounidense cuando, en abril de 1925, se tomó la decisión de volver al patrón oro, al tipo de cambio de antes de la guerra. Por entonces los precios británicos justificaban un tipo de cambio de unos 4,5 dólares la libra; el tipo del 4,86 suponía que precios y salarios se verían obligados a descender aún más para mantener este valor artificial. El resultado fue la huelga general de 1926 y la continuación de la política de restricción de créditos, con tipos de interés altos para animar a los extranjeros a conservar las libras en vez de llevarse el oro de Inglaterra, y elevados tipos de interés que también provocaron una contracción de la demanda en Inglaterra.

El nuevo tipo de cambio implicaba que los precios de las exportaciones británicas resultaban demasiado altos a la hora de ser pagados en divisas extranjeras, especialmente teniendo en cuenta que otros países, entre ellos Francia, Bélgica y Alemania, habían establecido la paridad de sus respectivas monedas con el oro a un nivel más bajo, dotando así a sus exportaciones de una clara ventaja competitiva. Las exportaciones británicas estaban estancadas, lo que perpetuaba el desempleo. La decisión de mantener a toda costa el valor exterior de la libra condujo a altos tipos de interés en el interior que obstaculizaron la transformación que la industria británica necesitaba si quería satisfacer el nuevo tipo de demanda interior y exterior. Inglaterra se vio excluida, en gran medida, del *boom* mundial de 1925-1929. El promedio de la producción industrial inglesa de estos años fue algo menor que el de 1913, mientras que el del resto del mundo se incrementó en conjunto en más de una cuarta parte, y la participación británica en la exportación de bienes manufacturados de los doce principales países industriales descendió de un 30 por 100 en 1913 a un 25 por 100 en 1929 [9].

Por consiguiente, el paro británico de los años veinte, determinado por dificultades en la exportación, se agravó por lo que podríamos llamar una cierta obsesión en mantener el valor de la libra esterlina; el trabajador británico fue sacrificado a la City londinense. Después de 1929, Inglaterra sufrió el impacto de la crisis mundial y las industrias exportadoras se vieron aún más

afectadas debido a la contracción general de la demanda. En 1937, las exportaciones alcanzaron únicamente las dos terceras partes del volumen de 1929 [10]. Es cierto que una vez que en 1931 Inglaterra abandonó el patrón oro, su economía ya no se vio debilitada por una política destinada a mantener artificialmente el alto valor de la libra, y los aranceles contribuyeron mucho más decisivamente a proteger el mercado interior, pero la atonía del mercado mundial era tal que el paro se mantuvo e incluso aumentó con respecto a los años veinte, hasta que la guerra puso fin a esta situación.

Así pues, en este caso parecía que se reunían todas las condiciones necesarias para la lucha de clases y la aparición de extremismos de derecha o de izquierda que pusieran en peligro la democracia parlamentaria británica. Por el contrario, el gobierno democrático permaneció incólume e indiscutido por la gran mayoría de la población; y lo cierto es que, durante estos años, los gobiernos social y políticamente conservadores rigieron los destinos del país sobre la base de un auténtico apoyo de masas.

En primer lugar, debemos hacer constar que la relativa ausencia de desórdenes en Inglaterra tenía algunas razones de tipo económico. El paro realmente grave se limitaba a algunas industrias y a algunas zonas, a las industrias concebidas para satisfacer la demanda de exportaciones de la preguerra y a las zonas en las que estaban establecidas dichas industrias: Escocia, Gales y el norte de Inglaterra. En cambio, otras regiones de Inglaterra, donde se estaban desarrollando industrias para enfrentarse a la demanda de los nuevos productos en alza en la posguerra, conocieron la prosperidad en los años de entreguerras. En 1937, el paro en Gales era del 24 por 100; en la región central de Inglaterra era del 6 por 100. En 1937 la industria eléctrica empleaba un número de trabajadores casi tres veces superior al de 1927, y la industria automovilista y aeronáutica un 50 por 100 más, mientras que el número de trabajadores en las minas de carbón se vio reducido a menos de las tres cuartas partes de la cifra de 1927. Además, no todos los parados estaban condenados a perder la esperanza de encontrar trabajo en un futuro no lejano: en septiembre de 1929 de alrededor de un millón de parados, sólo unos cincuenta mil habían estado sin trabajo durante un año o más. La crisis mundial agravó el problema con la aparición, después de 1932, de un ejército permanente de parados, cuyo número nunca bajó del cuarto de millón hasta el advenimiento de la guerra [11].

Ciertamente, la desnutrición y su secuela de enfermedades eran muy frecuentes entre los parados, pero no se les dejaba morir de hambre. La mayor parte de los trabajadores participaban en una

forma de seguro obligatorio contra el desempleo y cuando un individuo agotaba las prestaciones a las que tenía derecho, el gobierno central o las autoridades locales se hacían cargo de dichas prestaciones tras estudiar las necesidades del solicitante, requisito que, cuando fue llevado a la práctica con todo rigor, como ocurrió después de 1931, produjo un resentimiento considerable. Sigue siendo sorprendente que los parados no llegaran a constituir una fuerza política temible. El Partido Comunista hizo un intento de organizarlos como un ejército revolucionario en el *National Unemployed Workers Movement* (Movimiento Nacional de Trabajadores Parados). En los primeros años de la década de los veinte, se llevaron a cabo, con éxito ocasional, algunos intentos de organizar a los parados para intervenir en las discusiones salariales ocupando las fábricas y provocando interrupciones en la producción. Se organizaron manifestaciones que produjeron ocasionales tumultos y se llevaron a cabo una serie de «marchas del hambre» sobre Londres formadas por parados procedentes de Gales, Escocia y el norte de Inglaterra. Estas actividades estaban dirigidas por el *National Unemployed Workers Movement* pero en ellas participaban también elementos no comunistas, revistiendo generalmente un carácter pacífico. El número de miembros de esta organización comunista no sobrepasó los cuarenta mil [12].

El que la izquierda inglesa se radicalizase dependía esencialmente de los sindicatos. El número de sus miembros sobrepasaba los ocho millones en 1920, reduciéndose a unos cuatro millones y medio en 1933 y recuperándose de nuevo hasta sobrepasar los seis en 1939. La mayor parte de éstos eran miembros de sindicatos afiliados al *Trades Union Congress* [13]. Estas organizaciones disponían de fuerza potencialmente revolucionaria que en la práctica no llegó a serlo. Un factor que contribuyó decisivamente a ello fue que el nivel de vida de estos hombres tendía a elevarse.

Valor real de los salarios (1930=100) [14]

1920	94,7	1932	106,1
1924	91,9	1937	105,2
1929	96,7	1938	107,0

Esto se debió a un incremento en la producción por hombre y hora y, sobre todo, a un descenso en los precios de las importaciones británicas, especialmente las de alimentos. De esta manera, los que tenían un empleo obtuvieron ciertos beneficios a expensas de los países productores de materias primas y de las industrias exportadoras tradicionales, cuyos mercados se veían

restringidos por el descenso de las rentas de los productores de alimentos. Esto fue particularmente aplicable a los peores años de la depresión de 1929-1932. Sin embargo, durante los años de inflación de la posguerra, cuando los trabajadores intentaban mantener sus salarios al nivel de los precios, y durante los años en los que la política gubernamental se centraba en reducir los precios para hacer volver el patrón oro a la paridad de la preguerra y los patronos se veían obligados a reducir los salarios, las huelgas se hicieron frecuentes:

PROMEDIO DEL NUMERO DE DIAS DE TRABAJO PERDIDOS CADA AÑO A CAUSA DE LAS HUELGAS (exceptuando la huelga general de 1926)

1919-1921	49.100.000
1921-1927	38.800.000
1927-1939	3.100.000

Inmediatamente después de la guerra el gobierno temía que los sindicatos usasen su fuerza con fines políticos, para amenazar a la democracia capitalista. De hecho, en agosto de 1920 los sindicatos y el Partido Laborista constituyeron un Comité de Acción y centenares de comités locales para impedir una intervención inglesa contra la Unión Soviética en la guerra ruso-polaca. Durante estos mismos años, los sindicatos emplearon la táctica de amenazar con generalizar la acción huelguística para obligar al gobierno y a la opinión pública a que presionasen a los propietarios de las empresas privadas a hacer concesiones a sus trabajadores. Los primeros intentos, como la formación de la Triple Alianza de mineros, ferroviarios y transportistas, fracasaron debido a la falta de un mutuo entendimiento cuando, en abril de 1921, los dos últimos grupos retiraron su apoyo a los mineros en la huelga proyectada. Sin embargo, el gobierno realizó preparativos para enfrentarse a un huelga general, mediante una dictadura apoyada por la fuerza militar encubierta bajo el eufemismo de «estado de emergencia». La *Emergency Powers Act* de 1920 autorizaba al gobierno a gobernar por decreto en tales casos. El conflicto alcanzó su punto álgido con la huelga general de 1926, cuando Inglaterra se enfrentó a una situación que pudo haber constituido el preludio de una guerra civil, aunque no llegase a serlo.

Los mineros del carbón eran la vanguardia de la lucha de los obreros. Para conservar su prosperidad de los años anteriores a la guerra, el sector dependía de la demanda exterior. Cuando finalizaron los efectos de la ocupación francesa del Ruhr, se hizo evidente que la competencia extranjera amenazaba seriamente a

las exportaciones británicas. La vuelta al patrón oro implicaba un aumento de los precios de las exportaciones británicas al ser traducidos a divisas extranjeras. Para hacer frente a la competencia, había que reducir los precios. Los salarios constituían una alta proporción de los costes del sector. En 1925, los propietarios solicitaron una reducción salarial y un aumento del número de horas de trabajo en las minas. Los mineros se prepararon para defenderse y el *Trades Union Congress* prometió que, si era necesario, convocaría una huelga general en su apoyo. Mucho era lo que se hallaba en juego. Los mineros eran los trabajadores mejor organizados. Su sentido de la solidaridad era excepcional, su disciplina no tenía parangón. Si se conseguía obligarles a aceptar las reducciones salariales, era difícilmente concebible que cualquier otro grupo se resistiera en lo sucesivo. Por otra parte, si se obligaba al gobierno mediante una huelga general a intervenir contra los propietarios de las minas, los límites del poder de los sindicatos también serían difíciles de prever. El gobierno ganó tiempo para prepararse a la lucha concediendo un subsidio provisional con el fin de que las reducciones salariales pudieran ser pospuestas. Durante unos pocos meses, un Comité de Emergencia, presidido por el ministro del Interior, Sir John Anderson, acumuló grandes reservas de carbón y alimentos. Se dividió al país en demarcaciones gobernadas por delegados civiles con amplios poderes para mantener la ley y el orden. Se organizó el transporte por carretera y se proyectaron planes para que el personal de los barcos hiciese funcionar los puertos y para que convoyes armados se encargasen del suministro de víveres [15].

El subsidio gubernamental finalizaría el 1 de mayo de 1926 y, a menos que propietarios y trabajadores de las minas llegasen a un acuerdo, no volvería a concederse ningún otro. Tal acuerdo era imposible, ya que los trabajadores no aceptarían reducción salarial alguna. Los empresarios comunicaron que los contratos vigentes finalizarían el 30 de abril y el 1 de mayo el trabajo se detuvo en las minas de carbón. Este día, el comité general del *Trades Union Congress* recibió la autorización de los sindicatos que lo componían para representarles en el conflicto. La huelga comenzó a las doce de la noche del 3 al 4 de mayo. El 3 de mayo, el primer ministro, Stanley Baldwin, dijo ante la Cámara de los Comunes que los dirigentes sindicales estaban «más cerca de proclamar la guerra civil de lo que nunca hemos estado en los pasados siglos» [16]. Pero para que se dé una guerra civil se requieren dos bandos dispuestos a enfrentarse y ni los sindicatos ni el gobierno tenían la más mínima intención de hacer algo por el estilo. Es absolutamente evidente que para los dirigentes del *Trades Unión Congress* la amenaza de una huelga general era un medio

de forzar las negociaciones, pero no algo que deseasen llevar a la práctica. Una vez que el comité general hubo recibido los poderes para llamar a la huelga, se apresuró a escribir al primer ministro ofreciendo negociaciones. Las discusiones comenzaron, siendo interrumpidas por el propio gobierno el 3 de mayo con el pretexto de que la acción huelguística había empezado ya con la negativa (espontánea) de los tipógrafos del *Daily Mail* a imprimir un artículo que atacaba a los sindicatos [17]. El gobierno había decidido enfrentarse a la huelga y derrotarla. Calculó acertadamente que los riesgos eran mínimos y que no se estaba enfrentando a la amenaza de una revolución o a serios estallidos de violencia. Es cierto que los ministros disentían acerca de cómo debería manejar el gobierno a los sindicatos, desde aquellos que mantenían la postura de que era necesaria una demostración de fuerza hasta los que propugnaban la conveniencia de gestos conciliatorios, pero se trataba de una diferencia de táctica, no de objetivos, ya que todos esperaban que los sindicatos capitulasen.

Los dirigentes sindicales se vieron obligados a una huelga que no querían. Su deseo era negociar, no luchar; conseguir las mejores condiciones posibles para los mineros, no desencadenar la revolución ni derrocar la Constitución. El 3 de mayo, J. H. Thomas, dirigente de los ferroviarios, que formaba parte del comité general del *Trades Union Congress* y era miembro del Parlamento por el Partido Laborista, se dirigió con tono apasionado a la Cámara de los Comunes: «En un desafío a la Constitución, Dios está de nuestra parte a menos que el gobierno venza.» Durante la huelga, W. M. Citrine, que actuaba como secretario general del TUC, anotaba en su diario sus temores respecto a lo que habría podido ocurrir si el gobierno hubiera respondido con un despliegue de fuerzas armadas y el uso de voluntarios para reemplazar a los huelguistas.

«El peligro principal es el efecto que tales despliegues puedan tener en la moral de nuestros hombres. Cuando algunos de ellos vean sus puestos en manos de esos rastreros voluntarios, pueden caer en la desesperación y recurrir al empleo de la fuerza. Esto significa desorden; y esto, a su vez, significa una excusa para la intervención de la policía y del ejército.» [18]

Los dirigentes de la huelga hicieron lo posible por evitar la violencia: el consejo general del TUC insistió en que los piquetes fueran pacíficos, en que no se emplease la fuerza para impedir a los voluntarios o a los no afiliados a los sindicatos romper la huelga; asimismo, se negó en redondo a acceder a las sugerencias de que se formasen Grupos de Defensa de los Trabajadores. El comité se planteó el problema de en qué iban a invertir su tiempo los huelguistas y sugirió que se organizasen diversiones y activi-

dades deportivas. En realidad, la huelga, conocida en aquellos días y a partir de entonces por todos excepto por el TUC como la huelga general, no fue general en absoluto; al principio sólo fueron llamados a ella los trabajadores del ramo del transporte, la construcción, las artes gráficas y el hierro y el acero; otros obreros —como los metalúrgicos— no fueron invitados a unirse a la misma hasta el día anterior a su finalización. Lo que es más, los organizadores de la huelga, lejos de explotar al máximo su posición, se ofrecieron a organizar el suministro de los alimentos imprescindibles y permitieron a los huelguistas transportar estos alimentos; en cualquier caso, el gobierno, con la ayuda de los voluntarios, era perfectamente capaz de hacerse cargo de estos suministros eficazmente, pero la política del TUC muestra una vez más en este caso la falta de decisión de los dirigentes de la huelga [19].

El comité general del TUC deseaba terminar lo más rápidamente posible con aquella huelga impopular. El gobierno no negociaría a menos que la huelga finalizase, y el TUC no podía hacerlo sin abandonar a los mineros, a menos que el gobierno prometiera obligar a los dueños de las minas a aceptar un compromiso, cosa que éste no haría. El TUC adoptó la única salida posible: decidió abandonar a los mineros, en cuyo apoyo había sido inicialmente convocada la huelga. El diario de Lord Citrine sobre la huelga general (Citrine fue nombrado caballero en 1935 —lo cual le provocó un «extraño regocijo»— y par en 1946) muestra cómo el comité general se resentía cada vez más de la intransigencia de los dirigentes mineros, e incluso llegó a considerar al gobierno como un interlocutor menos hostil que los sindicatos mineros: se podía negociar con el gobierno pero no con éstos. El 12 de mayo, la huelga finalizó sobre la precaria base de que el gobierno, que no hizo promesa alguna, podía aceptar una solución de compromiso del conflicto, elaborada por Sir Herbert Samuel. De hecho, se trataba de una completa rendición del TUC; los mineros continuaron la huelga durante cerca de ocho meses más, hasta que finalizó su resistencia.

Desde entonces, no ha vuelto a ser intentada ninguna otra huelga a este nivel en Inglaterra. Lo cierto es que los dirigentes sindicales se hicieron incluso menos revolucionarios y combativos después de la huelga de lo que lo eran antes de ésta. En 1927, veinte de los principales empresarios, bajo la dirección de Sir Alfred Mond, solicitaron la cooperación del TUC para discutir «la reconstrucción industrial» y las llamadas conversaciones Mond-Turner dieron comienzo con la aprobación de los dirigentes sindicales. ¿Por qué eran estos dirigentes tan moderados y tan escasamente inclinados a desafiar a la democracia capitalista? No

basta con contestar a esta pregunta utilizando los lugares comunes sobre la existencia de una innata inclinación británica hacia el compromiso y la discusión, así como una no menos natural repulsa hacia la violencia y el conflicto. Antes bien, debemos preguntarnos por qué la reforma y el cambio pacífico parecían factibles a los ojos de los dirigentes de las organizaciones de la clase trabajadora británica. La respuesta se halla fácilmente en la historia: en el pasado había tenido pleno éxito una política cautelosa. El movimiento sindical en Inglaterra a fines del siglo XIX y principios del XX fue el más poderoso del mundo. Su derecho a hablar en nombre de la clase trabajadora y a conseguir mejoras para sus miembros estaba plenamente reconocido y aceptado antes de 1914; lejos de ser frenado su poder por los gobiernos, había sido jurídicamente reconocido e incluso dotado de una posición privilegiada. Desde 1824 los sindicatos habían dejado de ser organizaciones ilegales, y en 1875 habían obtenido la inmunidad en los procesos penales. Cuando en 1901 se dio el caso de que los tribunales incoaban procedimientos civiles contra los sindicatos para conseguir compensaciones económicas por daños causados por huelgas, se dictó en 1906 una legislación para proteger el patrimonio de los sindicatos reafirmando sus derechos. Incluso durante los años transcurridos entre 1901 y 1906, cuando los sindicatos eran más vulnerables y la economía británica se hallaba deprimida, la mayor parte de los patronos no intentaron destruir los sindicatos, sino que prefirieron trabajar con ellos [20]. Por esto es comprensible que los dirigentes sindicales se mostrasen moderados y dispuestos a mantenerse en los límites de la legalidad.

En su mayor parte, los miembros ordinarios de los sindicatos continuaron eligiendo y siguiendo a tales dirigentes por razones similares: los sindicatos parecían haber conseguido para ellos mejoras tangibles y se esperaba que continuaran haciéndolo. Sin embargo, esta creencia se hallaba claramente condicionada por un creciente nivel de vida de la clase trabajadora en general y de los miembros de los sindicatos en particular. En los años 1900-1910 el alza de los precios de las importaciones británicas de alimentos obstaculizó e incluso invirtió la tendencia del siglo anterior hacia un aumento de los salarios reales. Al mismo tiempo, era perceptible una desconfianza cada vez mayor por parte de los miembros de los sindicatos hacia sus dirigentes [21]. Por consiguiente era importante que, como ya vimos, el nivel de vida de los obreros siguiese una curva ascendente en estos años de entreguerras ya que en este período la dirección de los sindicatos, que estaba en manos de los reformistas moderados, se vio seriamente amenazada por el llamado movimiento minoritario sindical, de

inspiración comunista. Este movimiento pretendía asegurar a sus candidatos el control de los sindicatos ya existentes y crear otros nuevos para debilitar a las organizaciones establecidas. La última táctica perjudicó más que benefició a los comunistas, ya que la política de dividir a los sindicatos estaba evidentemente predestinada a debilitar al movimiento sindical en su conjunto. La primera táctica consiguió algún éxito ocasional, siendo el más notable la elección de A. J. Cook —que no era comunista, pero que podía ser utilizado para seguir la línea del partido— como secretario general del sindicato de mineros. Este nombramiento puede ayudar a explicarnos la inútil obstinación con que se prolongo la huelga de los mineros de 1926. Sin embargo, tales victorias fueron escasas porque —como admitió en 1931 el organizador de los comunistas ingleses del sector industrial— los trabajadores estaban más interesados en mejorar sus condiciones de vida que en cualquier lucha por el poder, y consideraban al movimiento minoritario como una imposición del exterior [22].

Los comunistas fracasaron también en su intento de conseguir el apoyo de las masas a nivel nacional. El número de miembros del partido nunca sobrepasó probablemente los veinte mil en el período de entreguerras [23]. La experiencia parlamentaria de los candidatos comunistas ilustra más claramente este fracaso. En 1924, consiguieron un solo escaño habiéndose presentado ocho candidatos; en 1929 y 1931 presentaron veinticinco y veintiséis candidatos, que no consiguieron escaño alguno, y en 1935 presentaron dos candidatos, uno de los cuales consiguió ser elegido. En 1929 veintiuno de los veinticinco candidatos perdieron sus depósitos (esto es, no llegaron a conseguir más de una octava parte de los votos asignados a sus colegios electorales) y en 1931 veintiuno de los veintiséis candidatos perdieron igualmente sus depósitos. Los colegios electorales elegidos por los comunistas eran casi siempre aquellos en los que tenían mayores esperanzas de éxito, aquellos en los que había una abrumadora mayoría de votantes pertenecientes a la clase trabajadora. Pero los trabajadores británicos en modo alguno consideraban al Estado como una institución hostil a sus aspiraciones y por tanto no deseaban derrocarlo. En primer lugar, los gobiernos anteriores a 1914, y especialmente los gobiernos liberales de 1905-1915, se habían mostrado propicios a legislar en favor de los menesterosos y de las clases trabajadoras. En segundo lugar, la creciente importancia del Partido Laborista ofrecía la perspectiva de un eventual acceso al poder, por medios democráticos y constitucionales, de gobiernos aún más comprometidos con la reforma social. El Partido Laborista formó dos gobiernos durante estos años, en 1924 y en 1929-1930. Estos gobiernos eran débiles y, para conseguir la mayoría en el

Parlamento, dependían de la tolerancia de los liberales, de manera que los cambios por ellos introducidos fueron extremadamente limitados, pero fortalecieron las esperanzas en el futuro, que se vieron cumplidas con la victoria laborista de 1945. La mejor manera de resumir la evolución de la política británica de entreguerras consiste en analizar los resultados de las elecciones parlamentarias y enumerar paralelamente los gobiernos que fueron establecidos o confirmados en el poder mediante estas elecciones. Al final de este capítulo ofrecemos un cuadro en el que se reproducen estos datos.

Hacia 1922 el Partido Laborista había desplazado al Liberal convirtiéndose en el más poderoso partido anticonservador, y hacia 1935 estaba bien claro que el Partido Laborista era el único capaz de formar un gobierno no conservador. En las elecciones generales de este año fueron elegidos 154 laboristas, pertenecientes a la oposición al llamado gobierno «nacional», mientras la oposición liberal sólo consiguió veintiún escaños. El Partido Laborista proporcionó a los que deseaban acelerar el cambio social un eficaz medio de expresión, e hizo posible que la clase trabajadora británica prefiriera el reformismo a la revolución.

Otro importante factor que influyó en la moderación de la clase trabajadora inglesa fue que el Partido Conservador, al menos desde la época de Disraeli, había tenido buen cuidado de evitar que se le considerase un partido que representaba únicamente los intereses particulares de las clases poseedoras. Manifestó continuamente que perseguía los intereses nacionales en su conjunto. Estas afirmaciones adquirieron una innegable plausibilidad debido a que un número suficiente de conservadores profesaba tales creencias con toda sinceridad. Stanley Baldwin, líder de los conservadores entre 1923 y 1937, estaba peculiarmente capacitado para dar la impresión de que se hallaba por encima de intereses sectarios y de que pensaba en Gran Bretaña (y sobre todo en Inglaterra) más que en los propietarios. Como primer ministro, durante la huelga general Baldwin difundió la creencia —posiblemente justificada— de que la actitud combativa de su gobierno forzando la huelga se adoptó desoyendo su opinión y bien a su pesar. Baldwin se especializó en discursos reconciliadores, en los que daba la impresión de sinceridad y franqueza. Los efectos fueron importantes. Baldwin se dio la suficiente maña, aunque a veces no le resultó fácil, para impedir que su partido apareciera como el representante de un bando de la lucha de clases. Consiguió dar la impresión de que su gobierno estaba tratando los problemas sociales de la mejor manera posible y de que su completo fracaso en encontrar una solución al problema

del paro en absoluto respondía a una falta de preocupación hacia el bienestar de los parados [24].

El sentimiento de unidad así enraízado en la vida política inglesa alcanzó su más relevante expresión en 1931. El gobierno laborista dirigido por Ramsay Mac Donald se enfrentaba a la crisis financiera europea mientras los países extranjeros comenzaban a perder confianza en el futuro valor de la libra. Como la moneda británica se vendía en el mercado exterior de divisas, las reservas inglesas de éstas descendieron rápidamente, haciéndose necesario conseguir un préstamo de los Estados Unidos si se quería evitar la devaluación. Se hizo evidente que tal préstamo no sería concedido a menos que el gobierno británico adoptase severas medidas deflacionarias, en particular frenando el gasto público para reducir la demanda interior y congelando los precios interiores para mantener el valor de la libra esterlina. Los banqueros americanos opinaban que no se conseguiría restablecer la confianza en el valor de la libra a menos que la opinión pública y especialmente los banqueros ingleses considerasen suficientes las medidas deflacionarias propuestas. La oposición conservadora, haciéndose sin duda portavoz de la opinión de los banqueros británicos, insistió en que las concesiones que en este sentido pudiera efectuar el gobierno laborista no eran suficientes y exigió una reducción de los subsidios de paro. El gobierno laborista se dividió en dos bandos respecto a esta cuestión; una facción en la que se incluía el primer ministro y el ministro de Hacienda, Snowden, estaba dispuesta a aceptar esta petición, pero no así el grupo restante. El gobierno laborista no podía continuar. El resultado fue que Mac Donald accedió a desempeñar el cargo de primer ministro de un «gobierno nacional» que incluiría a aquellos miembros laboristas que le apoyasen, junto a conservadores y liberales; este gobierno trabajaría para resolver la crisis financiera y presentaría una segura mayoría parlamentaria para conseguir la reducción del gasto público supuestamente necesaria. La mayoría de los miembros laboristas del Parlamento se negaron a apoyar un gobierno que pretendía reducir las rentas del sector más necesitado de la comunidad y sólo cuatro antiguos ministros laboristas permanecieron junto a Mac Donald. El resto y el grueso de la representación parlamentaria del Partido Laborista pasaron a la oposición al nuevo gobierno [25].

Esta cadena de acontecimientos puede ser interpretada de dos maneras: como un gesto de sacrificio por parte de Mac Donald y sus íntimos colaboradores, que se escindieron de su propio partido a fin de crear el más amplio apoyo posible a una línea económica que consideraban esencial para los intereses de la nación, o como una traición al Partido Laborista, que quedó dividido y

debilitado por la deserción de aquellos hombres que abandonaron a la clase trabajadora. Prescindiendo de que se adopte una u otra interpretación, el significado de las consecuencias sigue siendo el mismo a los efectos de verificar nuestra tesis. El gobierno nacional se formó en agosto de 1931, presentándose a las elecciones generales en octubre. Consiguió un clamoroso voto de confianza mediante el cual sus adeptos lograron 554 escaños, la mayor parte de los cuales fueron a parar a los conservadores, mientras el Partido Laborista oficial en la oposición consiguió únicamente 52 y los demás 9. Esto debe ser considerado como un síntoma de la aprobación de las masas del electorado hacia las actividades de los políticos forjados por el sistema parlamentario británico. Es asimismo evidente que muchos partidarios del laborismo habían votado por los candidatos del gobierno nacional: los candidatos laboristas de la oposición perdieron en más de treinta colegios electorales en los cuales, en 1929, el Partido Laborista había obtenido una mayoría de más de diez mil votos [26]. Fue una clara demostración de que muchos votantes pertenecientes a la clase trabajadora anteponían en caso de emergencia la unidad nacional a la política de partidos.

Tampoco los que pensaban que Mac Donald era un traidor al Partido Laborista desembocaron en el extremismo o la violencia. Los comunistas fracasaron una vez más al no conseguir ni un solo escaño entre los veintiséis candidatos que se presentaron a las elecciones de 1931. Y tampoco perdió su fe en el régimen el resto del Partido Laborista que constituía la oposición parlamentaria: el tributo que Baldwin le dedicó ante la Cámara de los Comunes estaba plenamente justificado: «han contribuido a mantener bien alta en el mundo la bandera del gobierno no parlamentario... Estoy seguro de que ellos, como yo, apoyan sin reservas nuestra Constitución y nuestro libre Parlamento» [27]. A esta actitud contribuyeron en gran medida dos factores. De un lado, el resurgir de las esperanzas cuando el Partido Laborista, en las elecciones de 1935, recuperó la fuerza que había tenido en el Parlamento desde 1924 a 1929 (con 154 escaños). También influyó el fracaso del gobierno nacional, que no consiguió cumplir su propósito inicial: salvar la libra. En septiembre, Inglaterra abandonó el patrón oro y su moneda descendió a aproximadamente un tercio de su valor anterior en el mercado de divisas. Ya no era necesario mantener por más tiempo las medidas deflacionarias que hubiera requerido la perpetuación de la defensa de una moneda sobrevalorada. Por ejemplo, en 1934 quedaron sin efecto las reducciones establecidas sobre los subsidios de paro en 1931. El resultado fue que Inglaterra se recuperó de la gran crisis más rápida y completamente que muchos países industriales similares,

y la producción se incrementó, mientras que los precios de los alimentos se mantenían bajos debido al descenso mundial de los precios. En contraste con Alemania y los Estados Unidos, el índice de desempleo ascendió sólo débilmente en 1932 con respecto a 1931 y a partir de entonces descendió más rápidamente que en los Estados Unidos. Se produjo un *boom* en la construcción, que incluía la de casas edificadas por las autoridades locales con subsidios del Estado. Alrededor de un millón de personas pertenecientes a las clases más necesidadas de la sociedad recibieron nuevas viviendas durante los años treinta [28]. Estas sensibles mejoras equilibraron, por lo menos en alguna medida, el siniestro espectáculo del paro a una escala sin precedentes incluso en los años veinte.

Otra amenaza contra la democracia parlamentaria liberal por parte de la extrema derecha surgió durante estos mismos años. Su jefe, Sir Oswald Mosley, era por lo menos tan capaz como la mayoría de sus equivalentes europeos y ciertamente menos desagradable. Esta amenaza, aunque molesta, estuvo lejos de tener éxito hasta que la guerra dio finalmente al traste con los sumamente endebles proyectos de inaugurar en Inglaterra una dictadura siguiendo el modelo alemán o italiano. Una parte al menos de su fracaso se explica por el hecho de que en Inglaterra era difícil sentirse seriamente alarmado por el peligro rojo en el interior; la fuerza del Partido Comunista inglés era insuficiente para provocar o justificar una violenta reacción de la derecha, y era realmente imposible considerar al Partido Laborista como una fuerza que amenazase con la ruina y la subversión. Nada en la política inglesa estaba en condiciones de atemorizar a la clase media. Ciertamente, muchos de sus miembros fueron víctimas directas del paro o del estancamiento comercial o profesional, y muchos de los que no los sufrieron en sí mismos estaban indudablemente afligidos ante la contemplación de la suerte corrida por los demás, aunque debemos hacer constar que la política deflacionaria y la estabilidad de los precios del período de entreguerras favorecieron a este extenso sector de la clase media que tenía rentas fijas. Pero la existencia de evidentes injusticias e infortunios no tenía por qué inducir a la convicción de que sólo se podían encontrar soluciones en un orden político completamente nuevo. La Constitución británica inspiraba un sentimiento de respeto derivado en parte de la antigüedad de sus orígenes y también del recuerdo de pasados éxitos que Inglaterra había disfrutado bajo un sistema en el que se reconocían los antecedentes de las estructuras democráticas del siglo xx; posiblemente este sentimiento se hallaba más arraigado en aquellas clases entre las que se supone que debía haber tenido éxito un movimiento fas-

cista. Por lo menos, inspirasen o no respeto estas consideraciones, el hecho es que consiguieron que el sistema político británico no fuera puesto en cuestión. El funcionamiento del aparato democrático británico producía algo cuya ausencia brindaba los argumentos más convincentes para criticar a algunas democracias continentales: gobiernos estables.

El sistema electoral británico se basaba en la circunscripción electoral, que normalmente proporcionaba un solo miembro a la Cámara de los Comunes. Se elegía al candidato que consiguiera más votos en una sola votación. Este sistema perjudicaba a los partidos minoritarios, ya que era posible para un partido conseguir los votos de un gran número de electores y, si éstos se hallaban dispersados en circunscripciones electorales en cada una de las cuales otro partido tenía más votos, no llegar a tener ningún representante en la Cámara de los Comunes. Así, por ejemplo, los 74.824 votos obtenidos por los comunistas, en un sistema de rígida representación proporcional, habrían obtenido en 1931 dos escaños para sus 26 candidatos (sobre un total de unos 21,5 millones de votantes que debían elegir 615 representantes) mientras que no lograron conseguir ninguno. De esta manera, la dispersión de los votos de un partido poco importante anulaba sus posibilidades de influir en el Parlamento, y le hacía difícil ganar prosélitos adoptando la apariencia de una fuerza política seria, ya que, en estas condiciones, votar por un partido de este tipo parecía algo carente de sentido. Una vez más, frente a un partido minoritario cuyos votos se hallaban sumamente dispersos, los partidos principales conseguían un número de escaños desproporcionado al número real de votos con que contaban. Así, mientras en un sistema de estricta representación proporcional un solo partido no habría conseguido la mayoría parlamentaria, en el sistema inglés esto era perfectamente posible. Las elecciones generales de 1924 son un buen ejemplo de ello [29].

Partidos	Votos	Escaños	Candidatos	Porcentajes
Conservador	7.854.523	412	534	46,8
Liberal	2.931.380	40	340	17,8
Laborista	5.489.087	151	514	33,3
Comunista	55.346	1	8	0,3
Otros	309.943	11	32	1,8
Electorado: 21.730.988	16.640.279	615	1.428	100,0

En este caso, una representación estrictamente proporcional no habría conseguido una mayoría conservadora en la Cámara de los Comunes; de hecho, los conservadores contaban con una mayoría que superaba en unos doscientos escaños al total de los conseguidos por los demás partidos. De esta manera se ponía freno a la inestabilidad gubernamental, pudiendo lograrse en algún sentido gobiernos fuertes. Así pues, no se consideró fundamental sustituir la democracia parlamentaria por un gobierno de tipo autoritario, porque la democracia se hallaba limitada y recortada por la estructura electoral.

En estas circunstancias, el partido de Mosley, la *British Union of Fascists* (BUF), nunca pasó de ser más que una sórdida molestia. Sir Oswald Mosley era un hombre rico, inteligente y sumamente ambicioso. Miembro del Parlamento como seguidor de Lloyd George en 1918, hacia 1924 se adhirió al Partido Laborista y en 1926 era un miembro cada vez más prominente y brillante de la dirección del partido. En 1929, cuando Mosley contaba 32 años, fue nombrado ministro, aunque sin ser miembro del gabinete, en el segundo gobierno laborista con la misión de trabajar con J. H. Thomas, miembro del gabinete, para elaborar una solución al problema del paro. Cada vez más impaciente ante la incompetencia de Thomas, se puso a trabajar, con alguna ayuda, en la elaboración de su propio programa. Este proyecto, que ciertamente representaba en muchos sentidos las ideas más avanzadas de su época, fue sometido al gabinete en enero de 1930, siendo rechazado a instancias del ministro de Hacienda. En mayo del mismo año, Mosley, disgustado, dimitió. Sus ideas, aunque favorablemente recibidas, no consiguieron el apoyo oficial del grupo parlamentario del Partido Laborista ni del Congreso del Partido Laborista de octubre de 1930. Después de esto, Mosley dio el paso decisivo. En vez de utilizar la fuerte posición de que gozaba en el Partido Laborista para transformarlo, usó de medios más directos.

En febrero de 1931, Mosley anunció la formación del *New Party,* que presentó veinticuatro candidatos a las elecciones generales de octubre, fracasando rotundamente. Después de este desastre, Mosley, que ya había mostrado tendencias autoritarias, abandonó los métodos ortodoxos de la democracia política, y después de visitar Munich y Roma, donde se reunió con Mussolini, emprendió la tarea de organizar un movimiento fascista británico. Durante los años veinte habían surgido en Inglaterra algunos grupos fascistas de fuerte tendencia a la escisión y eficacia bastante limitada. Mosley invitó a los miembros de estos grupos a unirse a la Unión Británica de Fascistas, fundada en octubre de 1932. Comenzó la exhibición de toda la panoplia fascista: camisas

negras, pantalones de montar, botas de caña alta, desfiles y marchas. Se distribuyó a gran escala propaganda antisemita, antisocialista y antiparlamentaria. Como de costumbre, es difícil afirmar con precisión de dónde venía el dinero que financiaba las actividades fascistas: con certeza del mismo Mosley y de algunos industriales y otros simpatizantes; posiblemente también de Mussolini. Hacia 1934, la BUF contaba con más de cien subgrupos. En enero de 1934 el *Daily Mail,* importante periódico nacional de circulación masiva, empezó a apoyar públicamente a Mosley. Algunos elementos del Partido Conservador empezaron a mostrarle sus simpatías. En junio de 1934, los fascistas llevaron a cabo una gran reunión en el Olympia londinense. Esta reunión se caracterizó por la extrema violencia utilizada contra aquellos que pretendían interrumpirla, lo que produjo temores y probablemente supuso el comienzo del fin de la popularidad de Mosley. Poco después, la purga de Röhm en Alemania desacreditó aún más al nazismo, alimentando la repulsa hacia un movimiento que lo imitaba tan abiertamente. En julio Rothermere, propietario del *Daily Mail,* cesó de apoyar a Mosley, debido en parte al tono cada vez más antisemita de la BUF (aunque el *Daily Mail* conservó sus simpatías hacia la Alemania nazi, ejemplo de cómo muchos ingleses aplicaban un doble criterio de moralidad mediante el cual la maldad, en el extranjero, era más tolerantemente tratada que sus manifestaciones similares en el país). Sin embargo, algunos dirigentes del Partido Laborista, especialmente de la Liga Socialista, tomaron a los fascistas lo suficientemente en serio como para estar dispuestos a patrocinar un frente unido con los comunistas y a presionar para que un futuro gobierno laborista asumiese poderes dictatoriales para hacer frente a una posible resistencia fascista. Pero la Liga Socialista no consiguió el apoyo de la mayoría del Partido Laborista, siendo expulsada del partido en 1937[30]. Ante los desórdenes ocurridos en el *east end* de Londres en octubre de 1936, el gobierno juzgó necesario proponer una legislación prohibiendo los uniformes y limitando la libertad de reuniones, marchas y desfiles. A raíz de esta medida, y de una manifiesta disminución del apoyo económico, el ocaso de la BUF se aceleró.

Es difícil evaluar numéricamente la fuerza de la Unión, ya que no tomó parte en las elecciones generales de 1935 en las que Mosley exhortó a sus seguidores a abstenerse, por cierto, sin conseguir resultados demasiado espectaculares. El único éxito electoral que la BUF pudo arrogarse tuvo lugar en las elecciones al County Council de Londres de 1937 en las que los fascistas, aun sin lograr un solo escaño, consiguieron en tres distritos electorales,

que contaban con una población judía considerable, del 14 al 23 por 100 del total de los votos. Más entrado el año, en las elecciones municipales, los fascistas mostraron de nuevo algún síntoma de fuerza en estas mismas zonas, pero en el resto de Londres, y aún más en las ciudades de provincias, los resultados que obtuvieron fueron insignificantes [31].

Por tanto, se puede decir que la política británica de entreguerras adoptó la forma de un enfrentamiento pacífico y sumamente racional entre un Partido Conservador dispuesto al compromiso y un Partido Laborista de tendencia moderada, con el Partido Liberal en el papel de tercera fuerza cada vez menos importante. Los conservadores, financiados en gran medida por la industria, representaban a la clase de los terratenientes e importantes hombres de negocios, así como a la mayoría de la clase media, preocupada por defender la estructura social, y la distribución de la renta y de la propiedad vigentes, y a una parte de la clase trabajadora, dispuesta a aceptar su puesto en la estructura jerárquica, económica y social. El Partido Laborista, financiado sobre todo por los sindicatos, representaba a un sector progresista de la pequeña burguesía, especialmente asalariados, como los maestros de escuela, y al grueso de la clase trabajadora. Los liberales, enfrentados a una penuria económica cada vez más acuciante, representaban a los que no deseaban decidirse entre aquellos dos poderosos grandes partidos que se basaban en última instancia en intereses de clase. Representaban asimismo a los que se habían hecho liberales en virtud de tradiciones y costumbres adquiridas al adoptar una postura ante cuestiones ya desfasadas, como defender la disidencia de la Iglesia anglicana, o que empezaban a estarlo, como la defensa del librecambismo frente al proteccionismo. A pesar de la amenaza de los extremistas, a pesar de la sensación experimentada por algunos conservadores de que su partido se hallaba excesivamente dispuesto a ceder y a negociar y a pesar de que algunos laboristas consideraban que su partido debería hacerse portavoz de un socialismo más militante, ambos grandes partidos seguían satisfechos de funcionar dentro del marco constitucional establecido y de no tratar a sus enemigos con excesiva dureza. El resultado fue que la Inglaterra de 1939, a pesar de las dificultades y penalidades de los veinte años anteriores, era una sociedad que ofrecía una perspectiva de mayor unidad y que políticamente era menos turbulenta que la Inglaterra de 1914. Entre 1919 y 1939, no se perdió en Inglaterra ni una sola vida humana en conflictos políticos o laborales. La historia inglesa de estos años presenta un marcado contraste con la de la mayoría de los países de la Europa continental.

Fecha de las elecciones	Partido	Escaños en los Comunes
Diciembre 1918	Coalición conservadora	332
	Coalición liberal	136
	Coalición laborista	13
	Conservador	27
	Liberal	27
	Laborista	59
	Representantes irlandeses	105
	Otros	8
Noviembre 1922	Conservador	344
	Nacional liberal	53
	Liberal	62
	Laborista	142
	Otros	14
Diciembre 1923	Conservador	258
	Liberal	159
	Laborista	191
	Otros	7
Octubre 1924	Conservador	412
	Liberal	40
	Laborista	151
	Otros	2

Gobierno
Coalición de Lloyd George hasta octubre de 1922.
Conservador con A. Bonar Law hasta mayo de 1923 y, a partir de entonces, con Stanley Baldwin hasta enero de 1924.
Laborista con Ramsey Mc Donald hasta noviembre de 1924.
Conservador con Stanley Baldwin hasta junio de 1929.

Fecha de las elecciones	Partido	Escaños en los Comunes	Gobierno
Mayo 1929	Conservador	260	Laborista con Ramsey Mc Donald hasta agosto de 1931.
	Liberal	59	
	Laborista	288	
	Otros	8	
Octubre 1931	Conservador	473	Gobierno «nacional» con Ramsey Mc Donald hasta junio de 1935.
	Nacional laborista	13	
	Liberal nacional	35	
	Liberal	33	
	Laborista	52	
	Otros	9	
Noviembre 1935	Conservador	421	Gobierno «nacional» (casi por completo conservador), con Stanley Baldwin hasta mayo de 1937 y, después, con Neville Chamberlain hasta mayo de 1940.
	Liberal	21	
	Laborista	154	
	Otros	19	

Fuentes: D. E. Butler y J. Freeman, *British Political Facts 1900-1960,* Londres, 1963, pp. 122-124. F. W. S. Craig, *British Parliamentary Election Statistics 1918-1968,* Glasgow, 1968, pp. 1-11. La mayoría de los miembros irlandeses elegidos en diciembre de 1918 no llegaron a ocupar sus escaños. Los irlandeses perdieron la condición de miembros de la Cámara de los Comunes cuando Irlanda (a excepción de los seis condados del Norte) se separó del Reino Unido. A partir de 1935, los liberales nacionales pueden ser considerados, prácticamente, como conservadores.

8. Italia de 1919 a 1940

El resultado de la lucha por la democracia liberal que domina la historia de la Europa occidental de entreguerras quedó decidido rápidamente en Italia. El nombre del movimiento que se hizo con el poder en Italia —fascismo— se aplicó a la mayor parte de las corrientes hostiles al liberalismo y a la democracia en Europa apoyadas por ciertos grupos de la sociedad distintos del proletariado industrial. Es importante definir lo que el fascismo significó en Italia para poder así, más fácilmente, determinar hasta qué punto el fascismo italiano representa el tipo de los movimientos violentos derechistas del período de entreguerras o es un fenómeno específicamente italiano.

¿Representaba el fascismo algunas ideas concretas? Los gobiernos, por acción o por omisión, influyen por fuerza sobre los acontecimientos y, estudiando dicha influencia, se les puede adscribir a una determinada ideología. El peligro de este tipo de razonamiento reside en que aquello que los gobiernos hacen puede ser simplemente el resultado de la presión que sobre ellos ejercen determinados acontecimientos y situaciones exteriores. Esto es lo que ocurrió con el gobierno fascista en Italia: en vez de controlar los acontecimientos, se vio arrollado por ellos. Sin embargo, adoptó dos líneas de acción principales: una de amenazas de violencia en el exterior y otra de defensa de las desigualdades económicas en el interior. ¿Hasta qué punto eran estas líneas políticas el resultado de una convicción teórica o de un análisis ponderado de los intereses italianos? Es más fácil responder a esta pregunta en términos de lo que pensaba Mussolini, ya que los fascistas aceptaban que el gobierno fascista significaba la dictadura verbal de Mussolini. Lo que resulta evidente es que Mussolini quizás tuviera algunas vagas convicciones sobre política exterior pero, desde luego, carecía por completo de ideas en lo relativo al gobierno interior de Italia, excepto que él tenía que desempeñar un papel importante en dicho gobierno.

Mussolini empezó a destacarse gracias a su defensa de la intervención de Italia en la guerra; existen pruebas que permiten pensar que esa defensa estaba apoyada por el dinero francés. Había dos tipos distintos de intervencionistas: los que pensaban que Italia debía tomar parte en la cruzada por la liberación de las

nacionalidades, el establecimieno de la justicia internacional y la creción de un nuevo orden de coexistencia pacífica, y los que veían en la guerra la oportunidad de ampliar el poder y la grandeza italianos. Después de algunas dudas, Mussolini adoptó vehementemente la segunda postura, en un momento en que su actitud posterior hacia los problemas internos aún no había llegado a definirse claramente. Sin embargo, Mussolini nunca se apartó de la defensa, al menos verbal, de la grandeza italiana, que se expresaba en una disposición a la violencia. Es cierto que suponía que estas actitudes debían ganarle el apoyo popular de aquellos italianos que estaban desilusionados por el resultado de la guerra y desanimados por sus dolorosas consecuencias, pero es difícil negar que, en alguna medida, Mussolini creía en esas ideas. En cualquier caso, representaban la suma del «pensamiento» mussoliniano, pues es evidente que no tenía en absoluto sólidas convicciones acerca de los problemas sociales económicos, o incluso políticos, y que las posturas adoptadas por el fascismo le fueron impuestas a Mussolini y a su movimiento por las necesidades del momento [1].

Mussolini comenzó su vida política como socialista y cuando, por defender la intervención en la guerra, rompió con el grueso de los socialistas italianos, siguió siendo un socialista de tipo especialmente violento. En marzo de 1919, cuando en una reunión en Milán el *Fasci di Combattimento* surgió como organización nacional, la mayoría de los presentes parecían izquierdistas y el programa publicado en junio era decididamente revolucionario. En las elecciones de noviembre de 1919 en Milán, Mussolini intentó sin éxito presentar con otros partidos de izquierda una lista común de candidatos [2]. Estas posturas socialistas fueron un fracaso lamentable y en las elecciones no resultó elegido ningún fascista, siendo derrotado el mismo Mussolini. Los fascistas no podían pretender obtener entre las clases trabajadoras el mismo eco que los partidos socialistas (y que el nuevo Partido Popular, de inspiración católica); las aspiraciones de la clase trabajadora tenían ya suficientes canales para manifestarse. Mussolini no encontró su verdadero papel hasta 1920: hacerse portavoz no de las esperanzas de la izquierda, sino de los temores antisocialistas. En una palabra, Mussolini no era nada por sí solo: era un demagogo ambicioso en busca de una fuerza política que le ayudara a subir, y si la clase trabajadora no estaba dispuesta a hacerlo, los enemigos de dicha clase podían ayudarle igualmente a conseguir sus objetivos. Mussolini dijo en septiembre de 1920: «Soy reaccionario y revolucionario según las circunstancias» [3]. Así pues, en la medida en que se pueda identificar el fascismo con las palabras de Mussolini —y esta posibilidad es difícil de

rechazar—, aquél no se fundó en ideas abstractas de ningún tipo, excepto quizás en la tendencia general a mostrar de cara al exterior un nacionalismo ostentoso.

Por supuesto, después de que Mussolini consiguiera hacerse con el poder en Italia, empezaron a aparecer muestras de un «pensamiento» fascista. Su contribución a la teoría política y social fue insignificante: sus declaraciones filosóficas derivaban claramente de ciertas formas de pensamiento del siglo XIX (sobre todo de Hegel y sus epígonos) y de una aplicación arbitraria de la biología darwiniana a la política, junto con algunas ideas tomadas de la doctrina católica sobre temas sociales y económicos [4]. Afortundamente, no tenemos que ocuparnos del fascismo como filosofía, ya que el éxito del fascismo en Italia no fue el resultado de la existencia de un cuerpo de «pensamiento» fascista, sino que más bien, ese «pensamiento» fascista fue la consecuencia de la victoria fascista; por otra parte, si se puede suponer que antes de la llegada de Mussolini al poder existía algún tipo de pensamiento fascista, no hay prueba alguna de que Mussolini lo conociera.

¿Cómo pudieron entonces el fascismo y Mussolini, sin ideas ni programas que ofrecer, hacerse con el poder en Italia? La única respuesta posible es que Mussolini y su movimiento fueron el cauce de expresión de fuerzas económicas y sociales poderosas. Dichas fuerzas provenían de aquellos sectores de la sociedad italiana que tenían miedo de la revolución social y, paradójicamente, de la violencia y la guerra civil. (Paradójicamente, porque la violencia de la cual el fascismo salvó a Italia estaba generada por el propio movimiento fascista y la guerra civil que impidió era un conflicto que solamente él podía haber causado.) La fuerza del fascismo nació del miedo al cambio social. Tal miedo podía haber fortalecido un conservadurismo de tipo tradicional, fundado en el dominio de los terratenientes aliados a industriales y banqueros. Sin embargo, esta salida tropezaba con ciertas dificultades. En un régimen democrático, tal conservadurismo debía apoyarse en los votantes y en los años 1919-1922 no parecía posible contar con una mayoría opuesta a un cambio social radical. La democracia era nueva en Italia; hasta 1913, el derecho al sufragio estaba limitado a un sector reducido de la población y aquellos que tenían una posición privilegiada que defender no habían tenido tiempo de adquirir la habilidad y la confianza necesarias para defender sus privilegios en un sistema electoral de masas, antes de que la crisis económica de la posguerra afectara a Italia. (En las elecciones de 1909 tenía derecho al voto el 8,3 por 100 de la población total; en 1913, el 23,2 por 100 [5].) Tanto si la democracia sobrevivía como si se hundía, las clases privilegiadas nece-

sitarían una fuerza masiva para rechazar la amenaza del dominio rojo. En cualquiera de los dos casos, la reacción necesitaba el apoyo de las masas; los fascistas ofrecieron, o más bien canalizaron dicho apoyo. Sería pecar de simplistas el pensar en ricos reaccionarios que compraban a fascistas para conseguir un apoyo numérico importante. Es más acertado decir que los fascistas descubrieron la existencia potencial de un apoyo de las masas a la reacción y fueron capaces de explotarlo mientras que la mayoría de los reaccionarios tradicionales no supieron hacerlo; ésta es la gran contribución del fascismo italiano a la historia política: el descubrimiento, casi por azar, de que el antisocialismo podía encontrar eco en las masas, y de que, en ausencia de un partido conservador flexible e inteligente como el inglés y en presencia de un partido socialista activo y alarmante, era posible sacar partido de un sector de la sociedad hasta entonces olvidado por aquellos que manipulaban la política.

Durante el siglo XIX e incluso antes, las clases poseedoras inglesas habían llegado a formar parte de la clase dirigente y, a medida que se iba extendiendo la democracia, fueron adquiriendo las técnicas adecuadas de la conciliación, la concesión y la persuasión que les permitieron defender su posición sin necesidad de tolerar los métodos directos y brutales del fascismo. Las clases dirigentes de la Italia del siglo XIX no tenían esa experiencia, por lo tanto, aceptaron el apoyo que les brindaron los jefes políticos de un nuevo estilo. Normalmente, esos nuevos jefes políticos no provenían de las clases altas tradicionales y menos aún firmaban entre las personas intelectual o profesionalmente destacadas. El mismo Mussolini era un ejemplo típico de esto: un hombre de origen humilde y de educación superficial. Su facilidad de palabra, su confianza en sí mismo y las vacías abstracciones que caracterizaban su estilo reflejaban los prejuicios y servían para incrementar el sentimiento de importancia y el individualismo de muchos italianos que, a la vez que se creían superiores a los obreros y a los campesinos, eran conscientes del bajo lugar que ocupaban en la jerarquía social tradicional. En ausencia de una dirección política eficaz por parte de los que se beneficiaban en mayor medida de la situación, los nuevos métodos del fascismo consiguieron que estos sectores de la sociedad, aunque desconfiaran de los grandes señores y de la aristocracia de la tierra y el capital, llegaron a apoyar el *status quo* social. Es muy cierto que, dentro de éstos, los más ambiciosos y autoritarios podían encontrar en el fascismo nuevas satisfacciones: una camisa negra daba prestigio y poder y la posibilidad de escapar de las aburridas limitaciones de la vida cotidiana.

Por otra parte, tampoco conviene exagerar la importancia del apoyo masivo conseguido por el fascismo antes de la llamada marcha sobre Roma. El fascismo no debió su éxito a un apoyo electoral desmesuradamente grande (fue mucho mayor el que consiguieron los nazis alemanes en 1932), ni a la fuerza física de su ejército revolucionario de choque (las escuadras fascistas eran sin duda menos importantes militarmente que las SA alemanas en 1932), sino al hecho de conseguir un número de votos y una fuerza física suficientes para resultar temibles ante los ojos de unos gobiernos y unos políticos que tenían tanto medio de la izquierda que no sólo no deseaban tener que enfrentarse, por la derecha, con un nuevo enemigo, sino que incluso pretendían que ese nuevo enemigo se convirtiera en su aliado.

El fascismo llegó al poder en Italia porque la inflación de la posguerra estimuló una agitación activa y eficaz de las clases trabajadoras en pro de salarios más elevados en las ciudades y en el campo y porque el exceso de población en este último provocó una lucha de clases en el medio rural. El apoyo al fascismo provenía de los que temían la revolución roja, el bolchevismo, el socialismo y la sociedad sin clases. Este apoyo fue lo suficientemente decidido como para vencer la tibia resistencia de un Estado liberal cuyos representantes temían mucho más la revolución socialista que la subversión fascista.

Durante la guerra el coste de vida en Italia había subido más deprisa que los salarios y el nivel de vida de la clase trabajadora había bajado. En 1918 los salarios reales eran inferiores en un tercio aproximadamente a los de 1913. En 1919 y 1920 los trabajadores intentaron con éxito resarcirse de estas pérdidas. En 1914, se dieron 781 huelgas que afectaron a 170.000 trabajadores, decreciendo estas cifras durante la guerra; en 1919 se produjeron más de 1.800 huelgas que afectaron a un millón y medio aproximado de trabajadores y en 1920 más de 2.000 en las que tomaron parte cerca de dos millones de personas (estas cifras no incluyen las huelgas a nivel nacional). La violencia presidió estos acontecimientos: entre abril de 1919 y septiembre de 1920 resultaron muertos más de 320 trabajadores frente a un número de bajas muy reducido por parte de las fuerzas del orden. En septiembre de 1920 la presión de la clase obrera organizada alcanzó su punto culminante con la «ocupación de las fábricas». Este proceso dio comienzo con un plan de la FIOM la federación de obreros metalúrgicos, para llevar a cabo una huelga activa. Cuando los empresarios respondieron intentando realizar el *lock-out,* los sindicatos ordenaron tomar las fábricas. En Milán primero y posteriormente en otros lugares, las fábricas cayeron en manos de comités de trabajadores que intentaron mantenerlas en funciona-

miento y siguieron controlándolas durante la primera quincena del mes de septiembre de 1920[6].

En el campo, el hambre de tierra empujó a los campesinos que no la tenían a apropiarse de las tierras pertenecientes a los grandes propietarios. El movimiento comenzó en julio de 1919 en el Lacio, alrededor de Roma, con la ocupación de tierras sin cultivar, pero a partir de agosto se generalizó, llegando a ocuparse tierras de cultivo intensivo. En 1920, el gobierno reconoció la reforma agraria resultante, a la vez que insistía en que se indemnizase a los antiguos propietarios y en que se llevasen a cabo mejoras en el cultivo. La lucha de clases rural que provocó el exceso de población revistió caracteres de mayor gravedad. Este fenómeno se hizo patente en algunas de las regiones más ricas del agro italiano: Emilia y el valle del Po. Aquí se daba un cultivo intensivo, necesitándose una abundante mano de obra. Pero había muchos más brazos de los que se requerían, excepto en la época de las cosechas, más sobrecargada de trabajo. La mayor parte de los trabajadores sólo encontraban trabajo durante la mitad del año. De aquí podían inferirse dos consecuencias: mantener los salarios a un nivel casi de hambre de modo que una parte de los campesinos tuvieran que elegir entre morir de hambre o emigrar, o distribuir equitativamente el trabajo entre todos los trabajadores manteniendo un nivel salarial tolerable durante todo el año por medio de la negociación colectiva. La segunda posibilidad exigía que los trabajadores se organizasen, que se organizasen de una manera rígida, incluso dictatorial. Los intereses de los trabajadores sólo podían ser eficazmente defendidos si se obligaba por una parte a todos los trabajadores a que obedeciesen a las organizaciones laborales y, por otra, a todos los propietarios a que contratasen a sus trabajadores a través de estas organizaciones. Una vez lograda esta unidad, dichas organizaciones pudieron dominar completamente la vida económica de sus distritos; algunas cámaras de trabajo *(Camere del Lavoro)* fijaban tanto los precios como los salarios y las condiciones de trabajo y distribuían los productos agrícolas a través de las cooperativas que controlaban. Este control económico venía complementado por el dominio político: casi todas las comunas de Emilia estaban en manos socialistas. Los grandes terratenientes, y más aún los pequeños propietarios y los arrendatarios, veían cómo el avance de los campesinos organizados amenazaba sus propiedades, recortaba sus beneficios y rebajaba su posición social[7].

Estos logros del proletariado urbano y rural estaban lejos de formar parte de un vasto plan elaborado por los socialistas, proyectando la destrucción de la propiedad privada, la extinción del capitalismo y la bolchevización de Italia. Por el contrario, eran

generalmente obra de hombres preocupados por reformas a corto plazo dentro de la estructura social existente más que por su inmediata subversión, de dirigentes prácticos que se ocupaban de situaciones locales específicas. Sin embargo, la alarmante actitud y los discursos de los políticos del Partido Socialista italiano oficial hicieron pensar que la revolución roja era inminente. Estos hombres imitaban el lenguaje de Lenin, aunque eran incapaces de imitar sus obras y no tenían ni idea de cómo podía darse una revolución en Italia. Esta actitud revolucionaria resultaba sorprendente dado el éxito considerable de la actividad reformista inmediatamente después de la guerra. Una explicación es posiblemente la división que se produjo en el Partido Socialista a raíz de la intervención de Italia en la guerra. En Inglaterra, Francia y Alemania, la guerra hizo surgir un sentimiento de unidad nacional que tendía a moderar a la izquierda (aunque cada vez menos, conforme avanzaba la guerra). En Italia la mayor parte de la clase trabajadora consideraba la guerra como algo que no era de su incumbencia, que le había sido impuesto por las maquinaciones de grupos internos de presión y no por un agresivo ataque exterior. Cualquiera que fuera la razón, los socialistas italianos, excepto una minoría dirigida por Treves, Turati y Modigliani, mantuvieron una actitud de intransigencia revolucionaria y anunciaron la inminencia de la dictadura del proletariado.

El éxito conseguido por la clase trabajadora al lograr elevar los salarios frente al creciente coste de vida provocó un resentimiento aún mayor entre la clase media. Los años 1919 y 1920 presenciaron cómo las huelgas forzaron una redistribución de la renta que favoreció a los asalariados en detrimento de los que dependían de rentas relativamente fijas. Hacia 1921 el coste de vida era más de cuatro veces superior al de 1913, mientras los salarios de los altos funcionarios estatales, por ejemplo, se habían visto incrementados solamente en dos veces y media con respecto a su nivel de 1913 [8]. Muchos miembros de la clase media que resultaron perjudicados esperaban del Estado que restableciese el equilibrio. Mayor irritación provocó la oposición socialista a la guerra, sobre todo entre las clases medias, de las que había surgido el grueso de los oficiales de la época bélica. Se decía que la propaganda socialista había provocado la gran derrota de Caporetto de 1917, y, después de la guerra, la abierta hostilidad hacia el militarismo y el desprecio hacia las fuerzas armadas de la Corona mostrados por los socialistas causaron aversión y resentimiento tanto entre los oficiales en activo como entre los que lo habían sido durante la guerra. Este sentimiento contribuyó a que el ejército y las fuerzas de policía no opusieran gran resistencia a la violencia fascista.

Los gobiernos que asistieron a la descomposición del Estado italiano después de la guerra estuvieron encabezados por los presidentes del Consejo siguientes:

V. E. Orlando, hasta junio de 1919.
F. S. Nitti, de junio de 1919 a junio de 1920.
G. Giolitti, de junio de 1920 a junio de 1921.
I. Bonomi, de julio de 1921 a febrero de 1922.
L. Facta, de febrero de 1922 a octubre de 1922.

Por otra parte, la inestabilidad ministerial fue también una de las causas del creciente descrédito del gobierno parlamentario y de la falta de confianza en su futuro que muchos de los representantes de dicha forma de gobierno sentían. Orlando y Nitti se sentían acorralados entre el presidente Wilson y el nacionalismo interior. Ninguno de los dos consiguió convencer a Wilson ni de que aceptara las peticiones italianas para que se cumpliera plenamente el tratado de Londres de 1915 (en virtud del cual Italia había entrado en guerra y que prometía a dicho país Istria y una parte sustancial de Dalmacia), ni de que Fiume fuera concedido a Italia. Inglaterra y Francia dejaron de apoyar las reclamaciones italianas y los nacionalistas italianos (incluyendo a los fascistas), a raíz de este hecho, denunciaron la «mutilación de la victoria». El poder del Estado quedó aún más puesto en cuestión en septiembre de 1919, cuando un grupo de nacionalistas, encabezado por el poeta D'Annunzio, se apoderó de Fiume con el consentimiento de las fuerzas italianas de ocupación que se encontraban allí. El gobierno de Nitti, al no poder confiar en las fuerzas armadas, fue incapaz de desalojar a D'Annunzio. En noviembre de 1919, en un intento de fortalecer la posición del gobierno, se convocaron elecciones generales para la Cámara de Diputados. De hecho, el resultado fue una Cámara cuya composición aseguraba la inestabilidad gubernamental.

Las elecciones pusieron fin a los largos años de dominio «liberal» en Italia. Los liberales no formaban un solo partido, sino una serie de grupos que aceptaban todos el gobierno representativo y la monarquía constitucional como marco político dentro del cual podía gobernar una oligarquía dirigente. Entre estos grupos había la homogeneidad suficiente para poder llegar a compromisos mutuos sobre los cuales establecer mayorías. Ahora las elecciones hicieron que la Cámara estuviera dominada por dos partidos nacionales de masas, con programas claramente definidos: fueron elegidos 156 socialistas y unos cien diputados de un nuevo partido, el *Partito Popolare Italiano* (PPI). Se podía pensar que el PPI reforzaría al Estado italiano, ya que tenía una base cris-

tiana, lo que en la situación italiana quería decir católica. Suponía el reconocimiento por parte de los votantes católicos del Estado italiano, el comienzo de un movimiento tendente a poner fin al largo conflicto entre la Iglesia y el Estado. Pero los liberales a la antigua usanza, como Giolitti, pensaban que era un fenómeno peligroso. Se asentaba sobre una base nacional más que sobre intereses regionales y declaraba ser un partido en el sentido moderno de la palabra: monolítico y sometido a una dirección centralizada. Implicaba una amenaza para el antiguo sistema, magistralmente practicado por Giolitti, que consideraba a la política como el arte del compromiso entre individuos o grupos, y el fin de la flexibilidad parlamentaria. Era evidente que tales temores no eran en absoluto fundados, ya que el PPI distaba mucho de ser homogéneo y de estar unido. Incluía a hombres que deseaban realmente el cambio social, que se interesaban seriamente por los derechos de los trabajadores y por el desarrollo de las cooperativas agrícolas, pero también a hombres que creían en una mística superación de los conflictos de clases y cuyas ideas, en la práctica, eran reaccionarias. Es cierto que, a corto plazo, su existencia imposibilitó casi por completo la formación de una mayoría parlamentaria duradera, ya que a los liberales, sobre todo a aquellos que compartían la desconfianza de Giolitti hacia cualquier tipo de intervención clerical en política, les resultaba difícil colaborar con él, dada su insistencia en cumplir rigurosamente su programa. En efecto, para Giolitti, el secretario político del PPI, Don Sturzo, un sacerdote, era un enemigo del Estado liberal más importante que los socialistas y, por supuesto, mucho más que Mussolini.

El gabinete de Giolitti, formado en junio de 1920, marcó un hito importante en la ascensión del fascismo, ya que fue durante su gobierno cuando éste dejó de ser un banda de locuaces agitadores sin importancia para convertirse en una seria amenaza para el Estado italiano. Giolitti pretendía pacificar el país, armonizar las discordias, solventar las disensiones más agudas de la vida pública italiana. Buscaba el triunfo de un conservadurismo ilustrado y socialmente progresivo que reuniera dentro de los límites de la constitución a las fuerzas sociales más importantes de Italia. La conciliación en el exterior y en el interior devolvería la paz a Italia y reforzaría al Estado liberal. En un célebre discurso pronunciado en Dronero, en octubre de 1919, Giolitti pidió el restablecimiento de la autoridad parlamentaria, puesta en peligro por la entrada de Italia en la guerra y por la manera en que ésta se había llevado, y una mayor presión fiscal sobre los ricos —especialmente con referencia a los beneficios de la guerra— a través del impuesto progresivo sobre la renta y de los derechos

sucesorios, junto con una inmediata exacción de capital. Al mismo tiempo proclamó que en lo sucesivo las clases privilegiadas dejarían de ser los únicos dirigentes de la humanidad [9]. En ciertos aspectos, el gabinete de Giolitti obtuvo un éxito considerable. En junio de 1920 las tropas que iban a ser enviadas a Albania se amotinaron en Ancona, negándose a partir. Se adoptó entonces la decisión de evacuar Albania y reconocer su independencia. En noviembre, las fronteras entre Italia y Yugoslavia quedaron finalmente establecidas por el tratado de Rapallo, directamente negociado entre los dos países, por el que se concedía a Italia la totalidad de Istria y a Yugoslavia Dalmacia con la excepción de Zara. Fiume se convirtió en ciudad libre. Después del tratado D'Annunzio fue expulsado de Fiume, éxito conseguido gracias a la creciente impopularidad del poeta en la ciudad. De esta manera, Giolitti resolvió los principales problemas exteriores italianos, restauró las buenas relaciones con sus aliados de la guerra y sentó las bases para el desarrollo de la influencia italiana en la Europa sudoriental [10].

El mayor éxito de Giolitti lo constituyó su manera de enfrentarse a la ocupación de las fábricas. En septiembre de 1920, los trabajadores ocuparon 160 fábricas en Milán, siguiéndose su ejemplo en Turín y posteriormente en otras partes de Italia. Giolitti se negó en redondo a emplear las fuerzas armadas contra los obreros, e intentó llegar a un acuerdo con ellos prometiéndoles una legislación que garantizase, a cambio de la evacuación de las fábricas, una vía de participación obrera en la dirección de las empresas. Cuando los trabajadores que ocupaban las fábricas descubrieron que no les resultaba posible dirigir eficazmente la producción, aceptaron esta negociación volviendo a la normalidad laboral en octubre. Giolitti no había hecho sino demostrar que la amenaza bolchevique era un mito y que la revolución proletaria en Italia era solamente una frase vacía en boca de socialistas que conocían confusamente a Marx y Lenin. Si se trataba a los obreros con consideración, éstos no tratarían de tomar el poder ni de bañar a Italia en ríos de sangre burguesa; Giolitti explicó en octubre que la ocupación de las fábricas era simplemente el resultado de los bajos salarios de los trabajadores italianos [11]. Desgraciadamente, el triunfo de Giolitti no fue reconocido en su justa medida: los atemorizados empresarios acusaron al gobierno de haberse negado a intervenir y de obligarles a hacer concesiones, y la descontenta clase media pensó que la debilidad del Estado liberal había permitido que los socialistas consiguieran otra victoria. De este modo, la prudencia y el buen sentido de Giolitti, en vez de persuadir a las clases propietarias italianas para que siguieran una vía civilizada y conciliatoria, debilitaron el conser-

vadurismo progresista y facilitaron la explosión de una reacción violenta.

En este momento Mussolini y los fascistas encontraron su auténtico papel: explotar los temores de los propietarios rurales y urbanos y la alarma de la clase media que veía descender su posición social en comparación con la de la mano de obra organizada. El fascismo sólo llegó a convertirse en una fuerza política de importancia cuando aquellos sectores fueron incorporados a sus filas y pasaron a reforzar el vago nacionalismo existente y aquella nebulosa búsqueda de algo nuevo, un deseo de renovación e incluso de purificación (!) de la vida italiana que proporcionó al movimiento un vago y ligero cariz idealista. El momento crucial tuvo lugar después de la ocupación de las fábricas —que Mussolini había aprobado— en un período cuyo acontecimiento más dramático fue el estallido de violencia que se produjo en Bolonia el 21 de noviembre de 1920.

A raíz de las agresiones perpetradas contra dos diputados socialistas, se creó una comisión parlamentaria para investigar los acontecimientos que se habían producido en Bolonia y sus alrededores hacia finales de 1920. Los informes de la comisión proporcionaron pruebas de la naturaleza y de los orígenes del fascismo y de la actitud de los no fascistas hacia la violencia generada por el fascismo. Dichos informes están publicados por G. Perticone en un apéndice a su obra *La politica italiana dal primo al secondo dopoguerra* y los párrafos siguientes están tomados de los mismos. El primer informe fue elaborado por los miembros no socialistas de la comisión de investigación.

El conflicto estalló en Bolonia el 21 de noviembre de 1920 al tomar posesión el consejo municipal recién elegido. Estaba formado por 48 socialistas y 12 miembros más que constituían la oposición a aquéllos. Los fascistas del lugar se ofendieron por el despliegue socialista de banderas rojas, y tanto los fascistas como los socialistas pensaron que debían hacer alarde de su fuerza para conservar su prestigio en la ciudad. Un cartel de propaganda fascista incitaba a las mujeres y a los niños a no salir a la calle el día 21. Cuando el nuevo alcalde se asomó al balcón del ayuntamiento, en la plaza en donde se encontraba dicho edificio, abarrotada de socialistas y de fascistas, se produjo un tiroteo y se registraron varias explosiones de bombas. En el mismo ayuntamiento tuvo lugar un tiroteo en el que resultó muerto uno de los concejales antisocialistas. De resultas de esto el odio hacia el socialismo, que ya se había manifestado anteriormente en luchas entre «patriotas» y socialistas y en ataques contra los puestos donde se vendía propaganda socialista, contra los municipios socialistas de la zona y contra los cuarteles generales de las cámaras

de trabajo y de los sindicatos, se exacerbó al máximo. El informe consideraba los acontecimientos del 21 de noviembre como un momento decisivo en el crecimiento del fascismo en Bolonia y sus alrededores. Hasta entonces, los *fasci* de Bolonia habían tenido poca influencia y contaban con menos de cien miembros; a partir de aquel momento, contaron con unos cuantos miles. Eran reclutados en gran medida entre los jóvenes y los excombatientes (se presentaban a sí mismos como un romántico movimiento juvenil). El fascismo no podía llegar a cobrar importancia sin contar con las simpatías de un gran número de ciudadanos de Bolonia.

El informe trataba de explicar las causas del apoyo al fascismo. Hacía referencia a las actividades de los socialistas que habían gobernado Bolonia y su provincia. Decía que éstos habían hecho muchas cosas buenas y habían luchado valientemente en favor de los consumidores. De este modo, habían dañado los intereses de los terratenientes repartiendo propaganda en contra de ellos y estableciendo un sistema de impuestos especiales. También habían perjudicado a los tenderos a través de la actividad creciente de las cooperativas de consumidores, y a los hacendados a través de las ligas socialistas. Sus acciones habían entrañado una violencia cada vez mayor y habían puesto en peligro la autoridad pública y la libertad individual. (En 1920, la provincia de Bolonia se vio envuelta en un grave conflicto acerca de la contratación de jornaleros. Estos se negaron a trabajar y realizaron boicots hasta que los patronos cedieron después de varios meses de lucha y de huelgas prolongadas y aceptaron los contratos colectivos laborales en octubre de 1920.) Las clases directamente perjudicadas proporcionaron los más fervientes defensores de la reacción. Pero a ellos se unieron muchos intelectuales, molestos por los métodos socialistas, personas ofendidas por la actitud antipatriótica de éstos, y algunos obreros en conflicto con los sindicatos rojos, así como algunos elementos menos recomendables. Sería inexacto considerar a los fascistas como asesinos a sueldo. Insistían en que no eran hostiles a la clase obrera y en que ellos no habían desatado la violencia. Sin embargo, el informe añadía que tenían todos los síntomas de ser violentos defensores de los intereses de la burguesía; continuaba diciendo que si el gobierno se había mostrado en el pasado débil con los socialistas, ahora no era lo suficientemente duro con los fascistas. La fuerza pública, hostigada durante demasiado tiempo por los insultos y la violencia de los extremistas, había llegado, por un sentimiento explicable, a considerar con benevolencia la lucha fascista contra el socialismo. Pero, los poderes públicos debían ser imparciales y debía restaurarse el respeto a la ley.

Un hecho que llama la atención en este informe es el grado de simpatía que muestran sus autores hacia el fascismo. Aunque su análisis del origen del movimiento es convincente y se reconoce su naturaleza peligrosamente violenta, el fascismo es tratado como el resultado natural de los excesos socialistas más que como un peligro para el Estado. Se recomienda la «imparcialidad» frente a fascistas y socialistas, como si fueran igualmente responsables de la violencia, cuando lo cierto es que, a principios de 1921, los fascistas estaban llevando a cabo claramente una campaña deliberada y agresiva de brutalidad organizada de la que sus víctimas —los socialistas y algunos que otros grupos de izquierda, incluidos los *popolari*— intentaban en vano defenderse. Un diputado socialista adoptó un punto de vista muy diferente en un informe minoritario: para él, el predominio socialista en Bolonia era el resultado de una actividad política perfectamente legal. La violencia fascista era algo muy distinto de los métodos del socialismo. Esta violencia podría haberse evitado con facilidad si las autoridades lo hubieran intentado seriamente. Pero no podía esperarse que el gobierno intentara doblegar al fascismo, ya que él mismo no era más que una manifestación de clase, un instrumento de lucha contra el proletariado. Afortunadamente, al reconocer que el fascismo era una manifestación de la lucha de clases, permitía al redactor del informe predecir que estaba condenado al fracaso, ya que la gran lucha de clases solamente podía concluir con la derrota de la burguesía. Estas declaraciones eran muy típicas del punto de vista de la mayoría de los políticos socialistas italianos, que pensaban que, al final, la lucha de clases, de un modo o de otro, lo arreglaría todo y que el curso predestinado de la historia seguiría inexorablemente adelante, sin necesitar aparentemente mucha ayuda de aquellos a quienes en último término beneficiaría [12].

Los años 1921 y 1922 presenciaron en todo el centro y el norte de Italia la difusión y la acentuación de las brutalidades fascistas: incendios, palizas, asesinatos y expulsión violenta de los socialistas de la administración local. A finales de 1920 había 88 *fasci* con 20.615 miembros; a finales de 1921 había 834 con 249.036 miembros. Sólo desde el 1 de enero hasta el 14 de mayo de 1921, se produjeron 207 muertos y 819 heridos a causa de ataques fascistas [13]. Las autoridades legales no sólo no consiguieron acabar con esta unilateral guerra civil, sino que parecían tolerarla e incluso fomentarla. En octubre de 1922, los fascistas amenazaron con dirigir su guerra civil contra el Estado si éste no se ponía a su disposición: el rey, dócilmente, nombró primer ministro a Mussolini. El hecho más destacable de estos años es la extraordinaria pasividad de los que gobernaban el Estado liberal frente a la

subversión organizada. La interrogante fundamental acerca de esta pasividad es la siguiente: ¿fue voluntaria o inevitable?; los liberales y los demócratas ¿no podían o no querían acabar con el fascismo? Lo previsible era que el gobierno tomara medidas severas para reprimir la violencia, parecidas a las tomadas el 21 de julio de 1921 en Sarzana. En aquella ocasión, 500 fascistas que bajaron a la ciudad para liberar a algunos camaradas que estaban en prisión fueron dispersados y puestos en fuga por once *carabinieri* [14]. Por lo general, tales incidentes fueron poco frecuentes. Por el contrario, las fuerzas del Estado actuaban con gran rigor contra cualquier contraataque socialista, a la vez que dejaban las manos libres a los fascistas. En varias ocasiones, las mismas fuerzas del «orden» tomaron parte en los ataques fascistas, éstos pudieron utilizar los camiones del ejército y de los *carabinieri,* y la policía y las unidades militares proporcionaron a los fascistas gran número de armas [15].

Hay pruebas que permiten pensar que los gobiernos liberales habrían encontrado dificultades para acabar con los fascistas, incluso aunque lo hubiesen deseado realmente. La actitud del ejército quedó definida en una circular que el estado mayor envió a varios comandantes. En ella se afirmaba que los *fasci* podían ser considerados como fuerzas capaces de oponerse a los «elementos antinacionales y subversivos» y que sería de utilidad para los militares mantener contactos con ellos. En la primavera de 1921, el ministro del Interior confió al inspector general de Seguridad Pública la realización de una investigación sobre el fascismo en Toscana y en Emilia. Este informó que las fuerzas del orden consideraban que los fascistas estaban comprometidos en una lucha común contra los mismos enemigos. Ningún prefecto se atrevió a negar que los intentos de represión imparcial de la violencia se veían obstaculizados por la actitud de los funcionarios que consideraban las actividades fascistas como una reacción frente a la subversión. En septiembre de 1921, el propio Bonomi, primer ministro, puso de manifiesto la impotencia del gobierno frente a las simpatías de que el fascismo gozaba entre la policía y los *carabinieri,* el ejército y la magistratura. En agosto de 1922, el prefecto de Milán dijo al ministro del Interior que, en caso de crisis, no se podía contar con que las autoridades militares actuasen contra los fascistas. Hay algunos indicios para suponer que los gobiernos intentaron realmente algunas veces poner coto a la violencia fascista. En octubre de 1920, la circular militar antes mencionada fue modificada por otra difundida por el general Badoglio a petición de Bonomi, a la sazón ministro de la Guerra, en la que se insistía en el deber del ejército de mantenerse al margen de la lucha de partidos. En abril de 1921, algu-

nos prefectos recibieron una circular del primer ministro Giolitti, en la que éste se quejaba de que la fuerza pública se había negado en algunas provincias a cumplir con su deber de reprimir la violencia, y exigía a los prefectos que le informasen de los nombres de los funcionarios a los que se debía trasladar. En diciembre de 1921 se envió otra circular a los prefectos condenando la actitud indulgente de las autoridades locales hacia la tenencia de armas y ordenando que se disolvieran las organizaciones armadas y se procesara a sus miembros [16]. Con todo, Bonomi fue el último primer ministro que, por lo menos, intentó frenar al fascismo. El conde Sforza cuenta que Bonomi proyectó promulgar un decreto para disolver las escuadras fascistas y, si fuera necesario, declarar ilegal al partido en su totalidad, pero tropezó con la falta de «cierto apoyo necesario», esto es, ciertos miembros de la coalición gubernamental pusieron objeciones a enfrentarse directamente con los fascistas. Con la formación del gobierno Facta, los fascistas acusados de delitos fueron soltados sin más por las autoridades locales o puestos en «libertad provisional» por orden de Roma [17].

El gabinete Giolitti, durante los años 1920-1921, supuso el período crucial en la evolución de la actitud de los liberales italianos hacia el fascismo. Si había que hacer frente al fascismo, éste era el mejor momento para ello, cuando el movimiento empezaba a ser poderoso; y si había un dirigente idóneo para capitanear esta resistencia, éste era sin duda Giolitti. Era con mucho el más eminente y experimentado estadista liberal —el de 1920 era su quinto gabinete—, constituía el mejor exponente del arte de forjar mayorías gubernamentales y de él, más que de ningún otro, podía esperarse que defendiera el constitucionalismo liberal. Sin embargo, su mandato no fue abiertamente antifascista y no intentó utilizar todos los medios de que disponía el gobierno para destruir el fascismo. En vez de ello, aplicó al fascismo su doctrina general de la absorción: en definitiva, todas las fuerzas políticas tendrían cabida en el marco de la constitución liberal, y el proceso de llevarlas a aceptar el Estado habría de ser realizado por medio de la conciliación y la flexibilidad, no por la fuerza. Se dice que afirmó que finalmente los fascistas, como los republicanos y los socialistas, llegarían a actuar bajo la «regla común del Estado liberal, que todo lo tolera y a todos sobrevive» [18].

Sin duda, la creencia de Giolitti de que los fascistas no debían ser tratados como simples enemigos venía fortalecida por su temor hacia los partidos de masas —los socialistas y los *popolari*— cuya fuerza parlamentaria dificultaba la formación de mayorías gubernamentales, ya que los socialistas negaban su colaboración y los *popolari* ponían severas condiciones. Esto, junto con su fe

en la normalización del fascismo, explica su sorprendente conducta en las elecciones generales que él mismo decidió convocar en la primavera de 1921. Aunque en aquel momento era evidente que el fascismo era un grupo reaccionario y sediento de sangre, había fascistas en el bloque nacional de Giolitti, que durante la campaña electoral luchó contra los socialistas y los *popolari,* lo que demuestra que no era probable que ni Giolitti ni los que pensaban como él (y mucho menos los «liberales» aún más a la derecha) se lanzasen a una campaña antifascista. Los resultados fueron desastrosos: los socialistas perdieron algunos escaños y los *popolari* los ganaron, mientras resultaron elegidos 35 diputados fascistas. La Cámara de Diputados contaba ahora con unos 100 miembros de la derecha (incluyendo a los fascistas), unos 200 «demócratas» pertenecientes a varios grupos, incluyendo a los socialistas reformistas, más de 100 *popolari* y unos 130 socialistas y comunistas.

Durante los meses siguientes, la mayoría de los liberales continuaron pensando, como Giolitti, que se podía tratar con el fascismo: una coalición y una adecuada distribución de los cargos públicos que satisficiera a sus dirigentes conseguiría poner fin a la violencia con más facilidad que arriesgándose a un choque sangriento con las escuadras fascistas. (Esta creencia se basaba en una clara subestimación del grado de poder y de influencia con el que quedarían satisfechos los fascistas locales.) Los liberales que estaban dispuestos a resistir al fascismo eran demasiado escasos para poder formar un gobierno a menos que se unieran a los socialistas y a los *popolari,* lo cual era imposible. Sin embargo, como los liberales que estaban dispuestos a llegar a un acuerdo con el fascismo no podían gobernar sin algún tipo de apoyo de los antifascistas, el resultado fue que los gobiernos ni podían negociar eficazmente con los fascistas, ni podían buscar alianzas para acabar con él. Los resultados de las elecciones llevaron a los fascistas a concluir que, como medio de acceder al poder, la violencia resultaba más efectiva que los votos del electorado; consecuentemente, redoblaron sus actividades, mientras simultáneamente se dedicaban a fomentar las ilusiones liberales hablando de coalición gubernamental y cooperación parlamentaria. Esta tirante situación llegó a su fin cuando los fascistas —con la «marcha sobre Roma»— enfrentaron al gobierno con la elección entre la lucha y la rendición. Este adoptó la última alternativa y el rey llamó a Mussolini para que asumiera el cargo de presidente del consejo de ministros.

En este proceso merecen destacarse tres acontecimientos: el pacto de pacificación y su fracaso; la cada vez mayor predisposición de algunos *popolari* y socialistas a unirse para formar un

gobierno antifascista, y la conducta del gabinete y el rey en el momento de la marcha sobre Roma. El pacto de pacificación fue un acuerdo entre fascistas parlamentarios y socialistas, de resultas del cual la violencia debería detenerse. Fue un intento de Mussolini de hacer el fascismo lo suficientemente respetable como para ser aceptado en una coalición gubernamental. Al ser rechazado por los fascistas de provincias, se demostró que la posición de mando de Mussolini no tenía más sentido que el de proporcionar una pantalla oratoria al fascismo, siendo incapaz de imponerse a los deseos de los grupos fascistas locales. El propio Mussolini no podía apaciguar a los fascistas sin satisfacer las ambiciones de sus violentos dirigentes. Así pues, el compromiso político con el fascismo no podía lograrse a menos que el gobierno renunciara a su poder y a su supremacía. Entre capitular ante el fascismo y oponerse a él con firmeza no había un camino intermedio.

El 13 de julio de 1922, los fascistas de Cremona, capitaneados por Farinacci, saquearon las casas de dos diputados. El 19 de julio, el gobierno de Facta fue derrocado al perder una votación por la que se pedía la adopción de enérgicas acciones para mantener la ley y el orden. Esa misma noche, la dirección del PPI declaró que debía formarse un gobierno que mantuviera la ley y la paz interior. El 2 de junio, una mayoría del partido socialista parlamentario se había mostrado dispuesta a apoyar un gobierno antifascista, y aunque el consejo nacional del partido (aún dominado por los maximalistas) condenó dicha postura e incluso a los socialistas que se abstuvieron de votar al adoptarse ésta, unos 60 diputados socialistas continuaron declarándose dispuestos a apoyar un gobierno burgués antifascista. (Esta decisión condujo a una escisión oficial del partido en octubre.) Aunque la plana mayor del PPI se opuso pronto a colaborar con los socialistas, Luigi Sturzo, el secretario político, estaba dispuesto a hacerlo. De esta manera, se presentó la posibilidad de constituir un gobierno que intentaría restaurar el orden, respaldado por un sector de los *popolari* y de los socialistas. Bonomi estaba dispuesto a realizar la tentativa. Si no llegó a formar un gobierno en estas circunstancias no fue por la intransigencia de los socialistas, sino por la negativa de los «constitucionalistas» liberales a aceptar un gobierno de clara militancia antifascista. El 20 de julio el propio Giolitti escribió desde el extranjero: «¿Qué puede haber de bueno para el país en una alianza Sturzo-Treves-Turati?» (los dos últimos eran los más eminentes de los socialistas colaboracionistas). Estaba claro que el grueso de los liberales prefería proseguir el vano intento de absorber al fascismo en una combinación dominada por los liberales. Por consiguiente, es inexacto afirmar que la fidelidad de los socialistas a la idea de la inexorabilidad de la lucha de

clases imposibilitó una resistencia combinada. El resultado de la crisis fue la reaparición del débil Facta a la cabeza de un gobierno, como medida provisional mientras proseguían las negociaciones con los fascistas para que éstos pasaran a formar parte del gabinete. En octubre, un emisario de Giolitti comunicó a Don Sturzo que era improbable que intentase formar un gobierno sin los fascistas e imposible que lo hiciera contra ellos. Entretanto, Giolitti llevaba a cabo negociaciones con Mussolini [19].

La marcha sobre Roma constituyó la manera de coronar las negociaciones para entrar en el gobierno que Mussolini estaba sosteniendo no solamente con Giolitti, sino con Salandra (por los liberales de la derecha), Orlando y el mismo Facta. En realidad, no se trataba de tomar el poder por las armas, sino de acelerar una entrada en el gobierno que, gracias a la actitud de los liberales, se había hecho ya inevitable. Sin embargo, en un aspecto importante, la marcha sobre Roma produjo un resultado distinto del que esperaban aquellos a quienes Mussolini estaba engañando: el propio Mussolini formó el nuevo gobierno, en vez de participar en un gobierno formado por políticos liberales o demócratas.

El 16 de octubre en Milán se encomendó a cuatro hombres —Balbo, De Vecchi, De Bono y Bianchi— la realización de una marcha armada sobre la capital. El día 24, Mussolini declaraba: «O se nos entrega el gobierno, o bien lo tomamos atacando Roma; es sólo cuestión de días, quizás de horas.» La noche del 27, desde su cuartel general de Perugia, los *quadrumviri* anunciaron el comienzo de las operaciones. Tres grupos de fascistas —unos 26.000 hombres en total— se reunieron cerca de Roma, en Monterotondo, Santa Marinella y Tivoli. ¿Resistiría el gobierno? Desde el punto de vista estrictamente militar la victoria de éste era segura: Roma estaba defendida por 28.000 hombres armados, al mando del general Pugliese, mucho mejor equipados y disciplinados que los fascistas. En un principio pareció que el gobierno entraría en acción; no había duda de que dentro de él había una mayoría reacia a pasar de negociar con Mussolini a claudicar totalmente ante sus amenazas. En la noche del 27, el rey volvió a Roma y Facta, presidente del consejo, decidió junto con él declarar el estado de emergencia. El gabinete se reunió a las cinco de la madrugada del día 28, el general Pugliese recibió órdenes de defender Roma, se despacharon telegramas proclamando el estado de emergencia y los ministros firmaron una proclama anunciando que mantendrían el orden a cualquier precio. A las ocho de la mañana, Facta presentó al rey Víctor Manuel III un decreto por el que se declaraba el estado de emergencia; el rey se negó a firmarlo [20].

Esto supuso un giro decisivo en los acontecimientos. La adhesión inquebrantable del rey a la resistencia a los fascistas podía haber conseguido que las fuerzas armadas permaneciesen leales al gobierno. Ciertamente, la gran ventaja de la monarquía constitucional debería ser precisamente que el monarca constituye un núcleo de lealtad a la constitución, al tiempo que un principio de oposición a su subversión. Desgraciadamente, la crisis puso de manifiesto el gran inconveniente de la monarquía constitucional: normalmente, el monarca se identifica con los políticos de la derecha, de manera que generalmente se puede contar con él para actuar vigorosamente contra la izquierda (no cabe ninguna duda de que si los comunistas hubieran amenazado con marchar sobre Roma, Víctor Manuel III se habría mostrado más propicio a ordenar una fuerte defensa), pero no para hacer frente a la subversión de la derecha. Efectivamente, la actitud del rey dejó a Italia indefensa frente al fascismo. ¿Por qué lo hizo? Una de las razones fue el miedo dinástico. Se sabía que su primo, el duque de Aosta, estaba dispuesto a encabezar un golpe de Estado fascista contra el propio monarca si Víctor Manuel se decidía a resistir. Una segunda razón la constituyeron los consejeros del rey; no sus consejeros del gobierno, sino aquellos a los que consultó en la noche crucial del 27 al 28 de octubre. Fueron probablemente el general Díaz, el almirante Thaon di Revel, el general Cittadini y el dirigente nacionalista Federzoni. Es probable que todos estos hombres aconsejasen al rey la conveniencia de pactar con los fascistas, bajo cualquier tipo de condiciones, antes que enfrentarse a ellos. También existen algunos datos para pensar que el propio Facta no mostró energía alguna al pedir al rey que firmara el decreto [21]. Aún quedaban algunas ilusiones de que se pudiera persuadir a Mussolini para que se integrase en un gabinete bajo la presidencia de un no-fascista: el día 28 el rey pidió al liberal de derecha Salandra que formara gobierno. Mussolini se negó a ir a Roma a otra cosa que no fuera a formar su propio gobierno, ya que la claudicación del rey había dejado bien claro que no se negaría a sus peticiones. El día 29 se pidió a Mussolini que formara gobierno. Esa noche tomó un tren para Roma, a donde llegó a la mañana siguiente. Entre tanto, la «marcha sobre Roma» no les costó nada a las bandas fascistas, transportadas a Roma en trenes especiales durante los días 30 y 31 de octubre [22].

Durante los años siguientes Mussolini se aseguró el grado suficiente de complicidad y colaboración por parte de liberales, demócratas y *popolari* que le permitió una constante evolución hacia un Estado dictatorial de partido único. Aquellos que hubieran podido unirse para oponerse a este proceso no lo hicieron porque muchos de ellos creían que el nombramiento de Mussolini como

presidente del consejo acarrearía la «normalización» definitiva, que el fascismo abandonaría la violencia, y que la constitución liberal funcionaría de nuevo. Otros se alegraban ante la perspectiva de la derrota final del «bolchevismo». El primer gobierno de Mussolini incluía a liberales y *popolari,* además de fascistas y nacionalistas. Recibió el apoyo de Giolitti: «Un gobierno bajo Mussolini es el único que puede restaurar la paz social.» La sociedad capitalista aireó su apoyo en un manifiesto emitido por la *Confindustria.* Cuando el parlamento se reunió en septiembre, Mussolini se enfrentó a la Cámara de Diputados con una mezcla de insultos, amenazas, promesas y halagos característica en él. El fascismo gobernaría sin tener en cuenta al parlamento, la revolución era todopoderosa, pero el gobierno respetaría las libertades y defendería la ley. El resultado fue un voto de confianza en el gobierno por 306 votos a favor y 116 en contra. Casi toda la oposición estaba constituida por socialistas y comunistas. Mientras tanto, se puso de manifiesto que la violencia ilegal no había cesado con la llegada de Mussolini al poder. Por ejemplo, en Turín, un mínimo de 11 personas resultaron muertas en diciembre por los fascistas como represalias al haber sido heridos de muerte dos de sus compañeros. Tal violencia fue ahora puesta bajo el patrocinio del Estado, merced a la incorporación de los camisas negras fascistas a una «milicia voluntaria», colocada bajo las órdenes directas de Mussolini, que dejó bien sentado que consideraba el dominio fascista como permanente, prescindiendo del consentimiento del parlamento.

Al llegar a este punto, había síntomas de que quizás los *popolari* se opusieran a Mussolini, oposición a la que la fuerza de este grupo en la Cámara podía aún habar dotado de una importancia considerable. La actitud de la Iglesia hacia el fascismo significó la desaparición de esta perspectiva. En el congreso de Turín de abril de 1923, el partido había seguido a Don Sturzo, que condenó la colaboración con el gobierno de Mussolini, criticando severamente el comportamiento de los fascistas. La réplica de Mussolini consistió en obligar a los ministros *popolari* a abandonar el gobierno y en lanzar denodados ataques al PPI y otras instituciones católicas. La influencia del Vaticano, siempre decisiva si se ejerce con la suficiente energía, se hizo sentir el 10 de julio: Sturzo fue obligado a presentar la dimisión como secretario político del PPI. Así pues, la actitud de la autoridad eclesiástica constituyó una de las principales razones de los victoriosos avances de Mussolini hacia la dictadura. Por supuesto, los socialistas y los liberales doctrinarios debían ser considerados necesariamente como enemigos por la jerarquía católica, que sin duda prefería como credo rival la basura intelectual del fascismo a los argumentos peligro-

samente persuasivos del marxismo y del racionalismo liberal. Una vez más, en último término, la Iglesia se preocupa por los asuntos de este mundo sólo en la medida en la que éstos influyen en la situación en el otro; además la disposición a seguir la ortodoxia se asocia más fácilmente al espíritu de colaboración con el gobierno que al de oposición.

La discusión de una nueva ley electoral comenzó el mismo día de la dimisión de Sturzo. Su aprobación constituyó para Mussolini un hito fundamental en su camino hacia la dictadura. Su principio fundamental consistía en conceder dos tercios de los escaños de la Cámara a la lista electoral que consiguiese el mayor número de votos, la cual, según todos los indicios, sería la lista fascista. Se exhibió el cotidiano despliegue fascista de amenazas mezcladas con gestos conciliatorios: la prensa fascista declaró que si la ley era rechazada, se produciría un violento golpe de Estado, mientras Mussolini hablaba a la Cámara como un virtuoso parlamentario. El gobierno obtuvo un voto de confianza por 303 votos a favor y 140 en contra, contando con el apoyo de los *popolari,* mientras el principio de la ley electoral, la ley Acerbo, era aprobado por 235 votos a favor y 139 en contra, absteniéndose el grueso de los *popolari.* (La abstención de Amendola, fundada en la esperanza de que Mussolini tendiera cada vez más hacia la tan deseada «normalización», demostró que los demócratas, incluso los más sinceros y decididos, se equivocaban.) Mussolini aceptó la exigencia de que bajo la nueva ley, la lista mayoritaria hubiera de conseguir un mínimo de votos, pero insistió en que éste quedara fijado en el 25 por 100 del total, medida aprobada por 178 votos a favor y 157 en contra, con la abstención, una vez más, del grueso de los *popolari*[23]. La importancia de la connivencia de los no fascistas se pone aún más de manifiesto cuando se recuerda que la Cámara contaba tan sólo con unos cincuenta miembros abiertamente fascistas. La prolongación de la violencia fascista, expresada sobre todo en dos incidentes, demostró claramente que la esperanza en el retorno al libre funcionamiento de la constitución legal carecía totalmente de fundamento. El 29 de noviembre de 1923, la casa de Nitti, antiguo primer ministro, fue destruida y arrasada, y el 26 de diciembre, Amendola, que se había destacado como el más poderoso enemigo no socialista del fascismo, resultó herido de gravedad por una banda fascista[24].

Las elecciones tuvieron lugar el 6 de abril de 1924. Pese a que era evidente que la violencia fascista no había acabado con la toma del poder por su partido, la lista electoral fascista, el *listone,* con 356 nombres, incluía a 135 liberales y demócratas, entre los cuales se encontraban dos ex primer ministros, Salandra y Orlando, mientras Giolitti presentó una pequeña lista aparte, insistiendo

en que ésta no debía ser considerada como un intento de oposición[25]. Por otra parte, los partidos lucharon cada uno por su cuenta en las elecciones, sin coaliciones, como lo prueba el hecho de que el apoyo de los votantes no fascistas fuera reclamado por alrededor de doce listas. La lista gubernamental consiguió el 65 por 100 de los votos, lo cual le suponía, según la ley Acerbo, 374 de los 535 escaños de que constaba la Cámara. Cuando ésta se reunió, Amendola y Matteotti denunciaron la violencia empleada por los fascistas en las elecciones, negando la validez de éstas. Matteotti era uno de los miembros más eminentes del PSU, el grupo socialista reformista que se había escindido del maximalista PSI en 1922. Era completamente consciente de los riesgos que corría al lanzar una denuncia abierta de la ilegalidad y violencia fascistas. Habló el 30 de mayo; el 10 de junio fue asesinado.

Nadie ignoraba que el ataque a Matteotti había sido aprobado por altos dirigentes fascistas, incluso tal vez por el propio Mussolini. El gobierno quedó desacreditado, y durante algún tiempo pareció que no sobreviviría. Muchos fascistas intentaron negar sus contactos con el partido. Aumentó la esperanza de que el rey reconociera su deber de defender la ley y destituyera a Mussolini. Esta era la principal esperanza de la llamada secesión del Aventino. El 18 de junio, unos 150 socialistas, *popolari,* demócratas y comunistas se retiraron de la Cámara de Diputados hasta que el imperio de la ley fuera restablecido. Giolitti desdeñó ostentosamente tal secesión, mientras que Orlando y Salandra se negaron a participar en ella. Pese a las repetidas peticiones del Aventino y a la presentación de ciertas pruebas de la responsabilidad del gobierno, el rey se negó a adoptar iniciativa alguna, proporcionando así su segundo gran servicio al fascismo y recuperando Mussolini su confianza. Cuando en enero de 1925 Orlando y Giolitti habían iniciado una oposición prudente y tardía, Mussolini anunció: «Asumo, yo solo, la responsabilidad política, moral e histórica por todo lo que ha sucedido... Si el fascismo es una asociación de delincuentes, yo soy el jefe de esa asociación de delicuentes»[26]. (Un segundo atentado contra Amendola en julio de 1925 constituyó el síntoma de que la fuerza fascista se había recuperado plenamente; Amendola murió ocho meses más tarde, probablemente como resultado de este atentado.)

En 1925 y 1926, el régimen fascista continuó su evolución hacia una dictadura completa y sin tapujos. La libertad de prensa desapareció, lo que quedaba de la oposición parlamentaria acabó cuando se privó a los diputados del Aventino de sus escaños, y los partidos «antinacionalsitas» fueron suprimidos. Un tribunal especial para la «defensa del Estado» comenzó a funcionar a

principios de 1927 y se ampliaron los poderes concedidos a la policía. El tribunal especial juzgaba casos que el jefe de la policía se encargaba de exponer, sus decisiones eran inapelables y sus miembros eran nombrados por el propio Mussolini. Cualquier persona denunciada ante él era arrestada y encarcelada inmediatamente. De 1927 a 1943 comparecieron ante el tribunal más de 5.000 personas, de las cuales casi todas fueron declaradas culpables. Gran parte de ellas fueron encarceladas, con condenas superiores por término medio a cinco años. Se dictaron siete condenas a cadena perpetua y veintinueve sentencias de muerte. La policía podía imponer a cualquier sospechoso de ser antifascista restricciones en cuanto a desplazamientos, residencia y empleo, y podía imponer *confino* hasta cinco años, lo que equivalía a ser deportado a islas o pueblos remotos. Cerca de 10.000 personas fueron deportadas de esta manera en un momento u otro. En 1927 se fundó una policía secreta, la OVRA[27]. El régimen de Mussolini era ciertamente un brutal Estado policía, pero estuvo lejos de llegar a los excesos de violencia del gobierno nazi en Alemania. Hasta que Mussolini sucumbiera a la influencia alemana, el fascismo evitó el racismo; se limitó a atacar a sus enemigos, no a seres humanos inocentes y pasivos, al menos, deliberadamente.

En 1928, toda fachada de gobierno representativo fue abandonada, al adoptarse un nuevo sistema electoral bajo el cual el Gran Consejo Fascista presentaba una lista única a base de nombres propuestos por los sindicatos y otras organizaciones fascistas. El Gran Consejo Fascista, un órgano de partido, tenía como misión nombrar ministros y futuros jefes de gobierno y expresar su opinión sobre problemas de carácter constitucional y, si se le consultaba, sobre otro tipo de cuestiones. El Gran Consejo fue un órgano sin poder efectivo que no tuvo significación alguna hasta que, en 1943, decidió la caída de Mussolini[28]. En 1929, el régimen se consolidó con su mayor éxito: el acuerdo con la Iglesia encarnado en los pactos de Letrán. Por fin, se resolvió el problema de la soberanía territorial del Papa, problema candente desde 1870, estableciéndose las relaciones entre Iglesia y Estado. Los tratados hicieron a la Iglesia importantes concesiones, especialmente en cuanto a la educación religiosa en las escuelas, pero el hecho de que el papado estuviera dispuesto a llegar a un acuerdo con el gobierno de Mussolini proporcionó un beneficio inestimable al régimen fascista. Contribuyó a enraizar más aún la actitud de pasiva aquiescencia que caracterizó a la mayoría de los italianos durante la década de los treinta.

Una vez que hubo llegado así a un compromiso con una organización, a la que no podía destruir, el régimen trató de modelar

a los italianos según su ideal de hombre activo, disciplinado y militarizado. Sus organizaciones juveniles constituyeron un instrumento característico. En este sentido, se concedió un monopolio absoluto aparte de ciertas asociaciones puramente religiosas, a la *Opera Nazionale Balilla.* Comprendía varios grupos infantiles semimilitares: los *balilla,* de los ocho a los catorce años; los *avanguardisti,* de los catorce a los dieciocho. Los niños tenían sus uniformes, marchaban en columna de a tres y debían aprender disciplina y cultura (es decir, doctrina fascista); además recibían un entrenamiento premilitar. Desde 1937, la organización se amplió, comprendiendo entonces a muchachas y muchachos desde los seis hasta los veinte años. Los niños de seis años recibían el nombre de *figli della lupa,* a los once tenían rifles de madera, y a partir de los quince, rifles de verdad. Su lema era una consigna familiar en la Italia fascista: «Creer, obedecer, luchar» [29]. El fascismo penetró así en las escuelas: el ministro de Educación anunció que:

«el gobierno... exige que todas las escuelas, a todos sus niveles y en todas sus enseñanzas, eduquen a la juventud italiana para entender el fascismo, ennoblecerse a través del fascismo y vivir en el clima histórico creado por la revolución fascista».

Bajo el fascismo, los uniformes fueron un símbolo de igualdad. El propio Mussolini, después de un período de vacilación en cuanto al modo de vestir, durante el cual se mostró sumamente aficionado a los chaqués y las polainas, decidió que la prenda adecuada para un dictador era el uniforme. La invitación al conformismo se expresaba por medio de consignas ridículas: «El Duce siempre tiene razón» era sólo la más ostensiblemente absurda. A un más alto grado de sofisticación, el «pensamiento» fascista se propuso justificar el régimen. Este pensamiento consistía en la ilimitada exaltación del Estado y en la afirmación de que los hechos son siempre preferibles a las palabras, de que sólo interesa la acción, de que la violencia es superior a la tranquilidad. En 1932 apareció un texto doctrinal firmado por el propio Mussolini:

«La concepción fascista de la vida resalta la importancia del Estado y acepta al individuo sólo en la medida en que sus intereses coinciden con los del Estado [...] el fascismo reafirma los derechos del Estado como expresión de la esencia real del individuo [...]; el fascismo, a grandes rasgos, no cree en la posibilidad ni la utilidad de la paz perpetua... Sólo la guerra potencia al máximo todas las energías humanas e imprime un sello de nobleza en los pueblos que tienen el valor de afrontarla» [30].

Todo esto se basaba en gran medida en aquella línea de pensamiento político europeo que, del innegable principio de que las

personas son capaces, si actúan en equipo, de hacer cosas que no podrían hacer individualmente, extraía conclusiones absolutamente injustificables. Por supuesto, el efecto del fascismo sobre la vida intelectual italiana fue lamentable, pero fue más superficial y demostró ser más fácilmente erradicable de lo que generalmente se temía. Las escuelas y universidades italianas continuaron manteniendo un nivel aceptable, especialmente en los campos no relacionados con la política, y el adoctrinamiento de la juventud resultó epidérmico y transitorio.

El régimen fascista proclamó a grandes voces haber descubierto un nuevo orden social y un nuevo modo de vida económica organizada con el Estado corporativo. El proceso productivo no tenía por qué provocar la antieconómica lucha de clases; el pensamiento fascista indicaba la manera de armonizar las demandas rivales del capital y el trabajo en la persecución de los fines nacionales. Mussolini afirmaba que las aspiraciones obreras debían conducir a la abolición de la propiedad privada o a algún tipo de Estado fascista corporativo[31]. Se acepta generalmente que una sociedad capitalista debe contar con algún medio para resolver las controversias entre patronos y obreros. El método más generalizado es la negociación mantenida por los representantes de los obreros y de los empresarios, contando los primeros con el arma de la acción huelguística para dar fuerza a sus peticiones. Los fascistas aducían que este método era antieconómico e innecesario y que su régimen intentaba un método diferente de negociación y conciliación. Proclamaban que el Estado corporativo significaba la abolición de los conflictos entre las clases y el fin de la lucha entre el capital y el trabajo. En éste, los representantes de los obreros y de los patronos, ayudados por funcionarios estatales, trabajarían conjuntamente en interés tanto de la producción como de la justicia social. Esencialmente, el Estado corporativo implicaba el establecimiento de un elaborado mecanismo para llegar al compromiso y a la colaboración entre los productores, ya fueran asalariados o propietarios. Sin embargo, a pesar de la palabrería fascista, los mecanismos destinados a conseguir estos fines constituyen un fenómeno familiar en las sociedades capitalistas, y lo que es significativo es el rasgo distintivo de la estructura corporativa, no su existencia. Detrás de una pomposa fachada, este rasgo especial se reducía a la eliminación de la auténtica representación de los obreros a través de poderosas organizaciones autónomas. Las huelgas fueron prohibidas legalmente, y al tomar parte en ellas se incurría en un delito. Sólo podían participar en las negociaciones en nombre de los obreros los sindicatos fascistas, y todos los pertenecientes a un sector representado por un sindicato fascista estaban obligados a pagar unas determinadas cuotas

a estos sindicatos. La elección de los funcionarios sindicales requería la aprobación gubernamental antes de entrar en vigor. A todos los efectos, la negociación sobre los salarios y las condiciones de trabajo se convirtió en un asunto a discutir entre el Estado y los patronos. Este era el sistema sindical de 1926, que desembocó en la estructura corporativa de 1934. Las corporaciones de 1934, con representantes de patronos y sindicatos fascistas para cada sector económico, además de los representantes del Estado, estaban destinadas teóricamente a dirigir la vida económica individual y colectiva. En la práctica no pasaron de ser organismos consultivos cuyas recomendaciones carecían de fuerza para obligar al gobierno.

En octubre de 1924 Mussolini declaró:

«El objetivo económico del régimen fascista es una mayor justicia social. Si la ciencia moderna ha conseguido multiplicar la riqueza, ahora, estimulada por el Estado, la ciencia debe resolver el otro gran problema, el de la distribución de la riqueza, para que no se repita el fenómeno ilógico, cruel y paradójico de la miseria en medio de la abundancia. Todas nuestras energías y todos nuestros esfuerzos son necesarios para este gran objetivo.»

Este tipo de declaraciones no deben ser tomadas demasiado en serio; la política social de la Italia fascista estuvo lejos de ser igualitaria. Así, uno de los primeros actos de Mussolini en 1922 consistió en impedir la implantación de los impuestos sucesorios. Más aún, la carga impositiva cada vez más pesada que el régimen requería supuso una mayor participación en los ingresos estatales de los impuestos indirectos, que implican mayores privaciones para los consumidores de más bajas rentas[32]. Por otra parte, no puede afirmarse que el régimen fuera reaccionario a ultranza; después de todo, Mussolini era perfectamente consciente de la necesidad de evitar la decidida oposición de la clase obrera; Italia compartió la tendencia generalizada en la Europa occidental hacia la instauración de servicios de carácter social: seguros contra el paro, la enfermedad y el retiro. Se implantaron con suma energía determinadas primas a la natalidad, ya que el régimen creía, por motivos de tipo militar francamente irracionales, que era necesario un aumento de la población italiana. Se concedió el derecho a la indemnización a los trabajadores despedidos injustamente. No resulta demasiado probable que los italianos pertenecientes a las más bajas clases sociales hubieran corrido mejor suerte bajo otro tipo de régimen durante los años veinte y los treinta, ya que su bienestar venía esencialmente determinado por fuerzas económicas frente a las cuales el gobierno reaccionó de una manera muy similar a la seguida por los gobiernos liberales en otros países. La dedicación del régimen a las obras públicas constituyó una excepción, económ-

micamente beneficiosa en período de debilidad del mercado, seguida en gran medida por motivos de prestigio, motivos que tuvieron escasa influencia en los gobiernos ingleses contemporáneos, por ejemplo.

Aunque, por cuestión de prestigio, Mussolini intentó el retorno de la lira al patrón oro, la política seguida a tal efecto —y sus resultados— no difería mucho de la que Inglaterra llevó a cabo de una manera similar en la década de los veinte. A finales de 1927, la lira se estabilizó en algo más de 90 liras la libra esterlina, frente a 145 en 1925. Hasta entonces, la industria italiana había sido bastante próspera, habiéndose incrementado la producción, los beneficios y probablemente los salarios reales. La deflación requerida para aumentar el valor de la lira produjo una reducción salarial y aumentó el paro; por otra parte, la revaluación de la lira obstaculizó la expansión de las exportaciones italianas. El sistema sindical fascista permitió que las reducciones salariales se llevaran a cabo provocando un mínimo de protestas y es probable que el descenso en los precios al pormenor fuera a la zaga de la baja de los salarios, provocando una reducción, al menos temporal, de los salarios reales. El paro aumentó de 111.000 en 1925 a 324.000 en 1928. La recuperación de 1929 finalizó con la llegada de la crisis mundial, de manera que, en 1932, la cifra de parados superaba el millón. Los efectos de la crisis se prolongaron por el mantenimiento de la cotización internacional de la lira al nivel de 1927 (hasta 1936). El resultado fue que las exportaciones italianas se encarecieran en términos de divisas extranjeras y que su nivel permaneciera incluso por debajo del de 1931 hasta 1937 [33]. Para mantener el valor de la lira a aquel nivel artificialmente alto, se redujeron aún más los salarios y, mientras los salarios reales no descendieron en la misma medida (es incluso posible que los salarios reales de aquellos que gozaban de pleno empleo aumentasen), los beneficios que hubiera podido reportar a los consumidores el descenso de los precios mundiales de los alimentos resultaron mermados en Italia por la política gubernamental de autarquía agrícola. Esta política, que consiguió realmente que, en los años buenos, Italia fuera prácticamente autosuficiente en lo que se refiere al trigo, entrañaba el cese de las importaciones de grano barato y, por lo tanto, tendía a impedir que, dentro de Italia, los precios de los alimentos bajasen tanto como lo habrían hecho de no darse dicha política. Esto benefició al sector agrario de la economía, pero los salarios reales de los obreros agrícolas descendieron aún más en la década de los treinta, principalmente debido al exceso de población rural provocado por el descenso de la emigración que se manifestó después de la guerra y que fue en aumento durante los años treinta. Así pues, durante la época

fascista de paz, la situación de las clases trabajadoras empeoró en la industria y, sobre todo, en la agricultura. Por tanto, no puede decirse que el fascismo aislara al pueblo italiano poniéndolo al abrigo de las dificultades de la economía mundial [34].

La política económica característica del fascismo estaba ligada al poder y al prestigio militar: la pretensión de ser autosuficientes en lo que se refería al trigo estaba ligada al deseo de conseguir un alto crecimiento demográfico, y el drenaje de nuevas tierras a la realización de obras públicas a gran escala. El intento de aumentar la producción de trigo, iniciado en los años veinte, fue un éxito: durante los períodos 1909-1913 y 1930-1934, el rendimiento de trigo por hectárea aumentó en Italia en una proporción superior a la del resto de los países de Europa occidental [35]. Sin embrago, esta política hizo que en Italia los precios subieran. La ampliamente difundida campaña en favor de un crecimiento demográfico más rápido fue un fracaso. Los gastos dedicados a obras públicas, al reducir el paro, resultaron económicamente útiles. El éxito más llamativo lo constituyó la recuperación de tierras, sobre todo gracias a la realización de drenajes y a la construcción de acueductos. También progresaron la construcción de carreteras y edificios públicos y la reconstrucción del centro de Roma (artísticamente discutible).

Aparte de esto, la política económica del gobierno fascista no difirió mucho de aquellas que los gobiernos liberales democráticos podrían haber llevado a cabo. La política italiana (la revaluación de la lira) resultó casi tan perjudicial para la economía italiana durante los años veinte como lo fue la política gubernamental inglesa para Inglaterra, y el mantenimiento de la lira por encima de su valor durante los años treinta, afectó desfavorablemente a Italia de la misma manera que Francia sufrió las consecuencias de una política similar. Ciertamente, mientras la economía italiana progresó hasta 1925, los últimos años, sobre todo después de 1930, constituyeron una época de estancamiento. Mientras la producción británica, una vez abandonado el patrón oro, progresó con rapidez durante los años treinta, la producción italiana no siguió este proceso, ya que la economía se hallaba estancada debido a la deflación necesaria para mantener alta la cotización de la lira. Así, la producción italiana de bienes manufacturados sólo superó el nivel medio de 1925-1929 en 1936, mientras la producción británica fue durante este año superior en un 37 por 100 aproximadamente [36]. El intervencionismo estatal en la economía, sobre todo a través de la política proteccionista y la ayuda a la reestructuración industrial, durante los años treinta no fue algo limitado a Italia, sino algo general. Sin embargo, el gobierno fascista no dudó en embarcar al Estado en la operación de finan-

ciar a los sectores económicos más deprimidos en una medida mucho mayor que aquella que era habitual en los países liberales. El *Istituto Mobiliare Italiano*, el *Sofondit* y el *Istituto di Ricostruzione Industriale* disponían de créditos gubernamentales para ayudar a los bancos y a la industria. Por otra parte, la ayuda estatal a la formación de *consorzi* o «cárteles» para fijar los precios y la distribución de contingentes en el mercado, era también normal en otros países. En una palabra, se puede afirmar que, si bien es cierto que un gobierno democrático posiblemente habría dirigido la economía italiana igual de mal que el gobierno fascista, en todo caso, las actividades económicas del fascismo no compensaron de la supresión de la libertad política y la degeneración de la vida intelectual que el régimen trajo consigo. No obstante, las grandes penurias y los indudables desastres que el fascismo infligió a Italia no se debieron a su política económica, sino a su política exterior. Las consecuencias de la claudicación de la democracia liberal en 1922 no se mostraron en todo su alcance hasta la innecesaria y desastrosa participación de Italia en la segunda guerra mundial.

9. Francia de 1919 a 1940

La historia de Francia durante estos años está rodeada de una sombría aureola. Fue un período con un final brusco y doloroso: la victoriosa invasión alemana y la ocupación de Francia en el verano de 1940. Las crónicas de la historia de Francia de esta época vienen generalmente presididas por la derrota de 1940. Esta es a menudo explicada como el resultado del funcionamiento del sistema democrático de la Tercera República, acusado de haber producido una desunión políticamente debilitante y gobiernos fatalmente débiles e indecisos. Según las críticas de la derecha, la Tercera República permitió que los pacifistas, socialistas y comunistas socavaran los cimientos del poder de Francia, sobre todo impidiendo un rearme a tiempo. Los reaccionarios nostálgicos alegan que el éxodo rural condujo a un relajamiento en este país al disminuir la masa de los recios campesinos. Así pues, Francia estaba sentenciada a la derrota antes de que la guerra empezase. Naturalmente estas opiniones eran emitidas por los militares y por aquellos que estaban deseosos de preservar el prestigio del ejército y de usar este prestigio con propósitos políticos. El mariscal Pétain, que presidió la destrucción de la República en junio de 1940, declaró en octubre que «en realidad el desastre es sólo el reflejo en el plano militar de la endeblez y los vicios del régimen político anterior». De hecho, la guerra estaba «virtualmente perdida de antemano» [1]. En este capítulo intentaremos examinar esta opinión y considerar en qué medida puede ser aceptada la contraria, a saber, que la derrota de 1940 es explicable por el desarrollo de las acciones militares de este año y la dirección de la campaña por los jefes militares franceses y alemanes desde el punto de vista estratégico y táctico.

En este capítulo examinaremos también el problema del alcance, causas y consecuencias de la desunión francesa, junto con el argumento de que el ejército francés había sido apuñalado por la espalda antes de que empezara la batalla. La campaña en sí misma será analizada más adelante. Se podría aducir que hay mucho que decir acerca de la declaración del general De Gaulle en 1942: «Antes de la guerra el pueblo francés no rehusó sacrificios para estar preparado para la lucha. Pero tanto su buena voluntad como su dinero fueron inútilmente gastados en un sistema militar anti-

cuado.»[2] La derrota de 1940 ha hecho que la historia francesa de entreguerras haya sido interpretada de una manera excesivamente sombría. No resulta demasiado razonable juzgar una forma de organización política y social por su capacidad de prepararse para la guerra, pero lo cierto es que, incluso siguiendo este criterio, no hay mucho que reprochar a la Tercera República.

La historia política es inseparable de la historia económica y social. Por lo menos en el mundo moderno, los cambios políticos son a la vez causa y consecuencia de los cambios económicos y sociales. La política francesa de este período sólo puede ser entendida si se examinan las condiciones de vida del pueblo francés; las fluctuaciones económicas y sus concomitancias sociales no pueden ser explicadas a menos que tengamos presentes los esquemas mentales de los gobernantes. El mecanismo exacto y el ritmo de estas diversas interacciones no están siempre claros; pero su existencia no requiere otra demostración que la simple enumeración de los hechos.

En los años veinte, puede decirse que Francia marchó bien desde el punto de vista económico. En la medida en que esta prosperidad se debió en gran parte a un proceso que todos deseaban evitar, la caída del valor del franco, casi nadie se apercibió de su completo alcance. La historia económica de Francia entre el fin de la guerra y los comienzos de la crisis mundial presenta en este sentido un llamativo contraste con la de Inglaterra, donde los políticos consiguieron imponer su voluntad. En Inglaterra los que tenían rentas fijas prosperaron, mientras trabajadores y empresarios se resentían económicamente de los efectos de la política de restablecer el valor de la libra a la paridad de la preguerra, valor al que se la estabilizó a duras penas. En Francia el *rentier* y los que percibían rentas fijas resultaron arruinados o gravemente perjudicados ante la inflación que hizo descender el valor del franco hasta que éste terminó por estabilizarse a un quinto de su paridad de antes de la guerra, mientras obreros y empresarios se beneficiaban de un sustancial aumento en sus ingresos. Durante la guerra el franco se mantuvo artificialmente al nivel de antes de ésta, de 25 francos la libra. Hacia julio de 1926 se cotizaba a unos 200. A partir de entonces se recobró hasta alcanzar los 124, nivel en donde se consiguió mantenerlo. Este descenso vino provocado por la inflación interior, acelerándolo de cuando en cuando la especulación en los mercados exteriores, y frenándolo algunas veces la intervención en el mercado del banco central. Más importante en sus efectos fue el aumento de los precios en el interior de Francia, reflejado en las operaciones de compraventa: hacia 1928 los precios al por menor habían alcanzado un nivel cinco veces y media superior al de antes de la guerra. Los que

habían prestado dinero al Estado antes de la guerra o durante ésta se vieron privados de los beneficios con los que habían contado; el número fijo de francos que habían estipulado recibir se veía cada vez más disminuido. El inversor medio que había prestado al Estado 100 francos en 1914 poseía el equivalente del valor de unos 15 francos de 1914 en 1928 y su renta anual había descendido a menos de un quinto de su poder adquisitivo. Otro modo por el que los poseedores de obligaciones a interés fijo se vieron perjudicados fue la insolvencia económica de ciertas potencias extranjeras. Antes de 1914 se había invertido en el exterior aproximadamente tanto como en la deuda nacional francesa; hacia 1928 las inversiones en el exterior únicamente conservaban la cuarta parte de su valor original. Los inversores en bonos extranjeros no eran audaces especuladores; se les había imbuido un falso sentimiento de seguridad proporcionado por los grandes bancos, algunas veces alimentado por los gobiernos franceses deseosos de influir en las potencias extranjeras. Los más perjudicados fueron las personas ahorrativas, prudentes y respetables; no los muy ricos, sino en general hombres y mujeres de escasos medios entre los cuales el alza de precios después de décadas de estabilidad provocó el descontento y la miseria. La inflación produce un efecto de hecho similar a una injusta exacción de capital. Los propietarios de pisos y casas de alquiler se encontraron en una situación semejante a la de los poseedores de obligaciones a interés fijo; en 1929 los alquileres en París habían subido sólo al triple de su valor de antes de la guerra [3].

Los sectores de la comunidad que dependían de otras fuentes de ingresos no tenían por el contrario motivo alguno de queja. En 1929, la renta real per cápita era más o menos superior en un tercio a la de 1913. A finales de 1929 la producción industrial sobrepasaba en más de un 48 por 100 la de 1913. Los beneficios fueron a parar a los económicamente fuertes: esto es, a los que estaban relacionados con la producción industrial, ya fueran directivos o empresarios y, en una medida mucho más limitada, a los accionistas que participaban pasivamente en el desarrollo del sector. A pesar de la reducción general de la jornada laboral a ocho horas dispuesta en 1919, la renta real de los miembros de las clases trabajadoras aumentó aproximadamente en un cuarto entre 1913 y 1930 mientras una prosperidad cada vez mayor permitía a muchos trabajadores y campesinos acceder a la pequeña burguesía. Las rentas de los directivos y los empresarios son difíciles de medir, pero existen motivos para suponer que prosperaron mientras el poseedor de acciones industriales no perdió dinero en los años transcurridos entre 1913 y 1929, a diferencia de los poseedores de obligaciones a interés fijo. Un grupo improductivo,

el de los funcionarios estatales de menor categoría obtuvo más ganancias que nadie, tal vez debido a su importancia política. El paro fue insignificante [4].

Estos triunfos económicos se obtuvieron mediante la aceptación de la inflación y la negativa, aunque de mala gana, a poner en práctica las rigurosas medidas que habrían sido necesarias para «salvar el franco» en el sentido en el que en Inglaterra se «salvó» la libra. El franco fue estabilizado a un nivel en el que —en contraste con el de la libra en Inglaterra— los precios franceses resultaban abiertamente competitivos en el mercado mundial. La devastación causada por la guerra quedó compensada. Incluso el alarmante descenso de la población francesa no contuvo el crecimiento económico, ya que los muertos y heridos de guerra y el avanzado promedio de edad de la población francesa debido a una tasa de nacimiento reducida que imperaba desde mucho tiempo atrás, quedaron compensados por la inmigración en Francia y por un firme descenso en el número de personas empleadas en la agricultura [5]. Este gran avance en la riqueza y el poder de Francia y en el nivel de vida de la mayor parte de los franceses fue conseguido por casualidad; los gobiernos franceses lo habrían detenido, si hubieran podido, imitando lo que la mayor parte de los contemporáneos consideraban que era el triunfo británico del restablecimiento del valor de la moneda al nivel de antes de la guerra, frenando la demanda para hacer bajar los precios. Afortunadamente para Francia, el volumen de la deuda pública francesa era tal que una vuelta completa al valor del franco de antes de la guerra habría creado la insoportable y pesada carga de unos intereses que el contribuyente de la posguerra habría tenido que sufragar. Incluso así, costó trabajo persuadir a Poincaré, el «salvador del franco», de que se limitase a «salvar» un quinto de su valor, en vez de intentar ir más lejos en su política estabilizadora, debido a las presiones ejercidas por los industriales y los sindicatos que temían que se frenase la producción y sobreviniese el paro [6].

Después de 1930, la situación económica empeoró. En primer lugar, Francia se vió afectada por la depresión mundial que comenzó en 1929. En 1930 las exportaciones francesas descendieron aproximadamente en una cuarta parte. En 1931 la devaluación inglesa suprimió bruscamente la ventaja con que contaba la industria francesa en el mercado mundial gracias a la relativa baratura de sus productos sustentada por el bajo nivel al que se cotizaba el franco entre 1926 y 1928. La devaluación del dólar en 1933 empeoró las cosas. Entre 1929 y 1933 las exportaciones francesas de productos manufacturados descendieron en un 42 por 100. El colapso de los precios mundiales de los alimentos per-

judicó a los productores de este sector en Francia y produjo asimismo una reducción en la demanda interna de productos manufacturados. La política gubernamental alimentó el estancamiento económico: el franco fue mantenido hasta 1936 en el nivel de la estabilización de Poincaré. Para conseguir esto se llevaron a cabo los intentos usuales de mantener equilibrados los presupuestos, intentos realizados con mayor energía por los gobiernos de derecha de 1934-1936 que por sus predecesores de 1932-1934. La devaluación fue excluida debido a un sentimiento casi místico a favor de un franco estable y la alternativa de la deflación se impuso cada vez más. La campaña de Paul Reynaud en favor de la devaluación fue considerada como una excentricidad irresponsable, o incluso como un ejemplo de traición [7]. La tentativa de Flandin de estimular la economía en 1935 mediante inyecciones de créditos combinadas con una restricción programada de la producción produjo una especulación en gran escala contra el franco, que condujo a un drástico intento de deflación con Laval en la segunda mitad de 1935. La principal medida fue una reducción general de todo el gasto público, que comprendía incluso los intereses de los préstamos, pero excluía los gastos de defensa y las prestaciones sociales. El resultado fue que aunque la depresión afectó a Francia más tarde que a Inglaterra, a Estados Unidos y a Alemania, sus efectos, cuando llegaron, provocaron un prolongado período de estancamiento. La producción industrial descendió.

Indice de la producción industrial (1929=100)

1929	100	1933	81
1930	99	1934	75
1931	86	1935	73
1932	73	1936	78

El desempleo no llegó a alcanzar las altas y dramáticas cotas de Inglaterra y Alemania, gracias a la marcha de muchos emigrantes que habían llegado a Francia en los años veinte y a una generalizada tendencia hacia la reducción del número de horas de trabajo. Las cifras del paro en Francia no son de confianza, pero en 1936 había probablemente de un 4 a un 5 por 100 de hombres sin trabajo. Los salarios disminuyeron, debido tanto a las reducciones políticas como a la disminución del número de horas de trabajo. Sin embargo, el descenso de los precios implicaba un incremento del poder adquisitivo de los salarios de aproximadamente un 10 por 100 entre 1930 y 1935 [8]. Esto era un flaco con-

suelo para los que no tenían trabajo. Lo que es más, los trabajadores, como señaló A. Sauvy, eran mucho más sensibles al menor número de francos de su salario, que al hecho de que con estos francos podían comprar más. Su mayor poder adquisitivo no llegó a evitar que se considerasen perjudicados. Este hecho, junto con muchas otras pruebas que estos años nos suministran, pone de manifiesto que la deflación, debido a sus efectos psicológicos, produce más descontento que una inflación moderada. Las huelgas de 1936 demuestran que los obreros con trabajo no se sentían en absoluto una clase privilegiada.

Los trabajadores industriales no fueron la única clase social afectada. Las rentas de los que vivían de la agricultura se vieron drásticamente reducidas. En términos monetarios, en 1935 habían descendido a menos de la mitad de su nivel de 1929. En el mismo período, las rentas del comercio y la industria descendieron a cerca de la mitad, resultando afectadas con especial intensidad aquellas que no gozaban en el mercado de una posición monopolista. El descenso en el coste de vida compensó parcialmente a los funcionarios estatales de la reducción que los gobiernos deflacionarios impusieron a sus rentas, reducción que fue desde un 13,6 hasta un 17,6 por 100 entre 1933 y 1935; el valor real de las pensiones estatales se vio de hecho incrementado y los propietarios de bienes urbanos tampoco vieron mermados sus ingresos [9].

El gobierno del Frente Popular de izquierdas de Léon Blum, que llegó al poder en el verano de 1936, abandonó la deflación en favor de una política que aumentase el poder adquisitivo, especialmente el de los trabajadores industriales. Bajo la presión de una serie de huelgas, el gobierno estipuló inmediatamente un incremento salarial de casi un 20 por 100. Las huelgas y la implantación de las vacaciones pagadas en este verano, junto con la fuga de capitales de Francia provocada por el temor hacia la política gubernamental, obligaron a una devaluación en septiembre de 1936. El gobierno no se valió del control de los cambios para evitar la evasión de capitales ante el temor de perder el apoyo de sus más precavidos seguidores. Los efectos estimulantes de la devaluación en la producción francesa resultaron mermados por la introducción de la semana de 40 horas y su rígida aplicación, que imposibilitó que se hiciesen horas extraordinarias, y porque los capitalistas se mostraron reacios a lanzarse a inversiones productivas. Lo cierto es que la implantación de las estrictas 40 horas semanales merece ser considerada como una de las más graves equivocaciones económicas que jamás ha cometido gobierno alguno. Fue una medida destinada a reducir el paro; de hecho lo incrementó. Esto provocó una escasez de ciertos tipos de mano

de obra cualificada que nunca se habían visto afectados por el paro, lo que condujo a estrangulamientos en sectores cruciales de la producción industrial que imposibilitaron la expansión. El efecto inmediato de la devaluación fue un sorprendente aumento en la producción industrial en los últimos meses de 1936 seguido por una vuelta al nivel de 1936 cuando la semana de 40 horas entró en vigor en 1937 [10]. Los precios en Francia aumentaron rápidamente y absorbieron la mayor parte de las ganancias obtenidas por la clase trabajadora durante el verano de 1936, mientras la producción industrial volvió a estancarse después de un corto intervalo.

En junio de 1937 Blum fue reemplazado por Chautemps y comenzó la revocación de la política del primer gobierno del Frente Popular. Se frenó el aumento del poder adquisitivo. Al principio el nuevo rumbo fue seguido con vacilaciones, ya que el gobierno continuaba basándose en la mayoría del Frente Popular. La presión sobre el franco continuaba y en julio de 1937 éste cesó de estar ligado al oro; desde este momento hasta abril de 1938 su cotización pasó de 110 a 179 francos la libra. El nuevo rumbo fue seguido de manera más firme con el gobierno Daladier de 1938, que incluía a elementos de la derecha moderada. En la primavera de 1938, el franco fue estabilizado. En noviembre de este mismo año Paul Reynaud fue nombrado ministro de Hacienda y tomó medidas contra la semana de 40 horas aboliendo la semana de cinco días de trabajo y reduciendo la paga de las horas extraordinarias. Al mismo tiempo intentó restablecer la confianza del mundo de los negocios incrementando los impuestos indirectos y reduciendo el tipo de interés. Un intento de declarar una huelga general fracasó casi completamente. De hecho, la confianza del mundo de los negocios renació, los capitales se repatriaron y la producción industrial empezó a acrecentarse en 1939 [11].

Indice de la producción industrial (1929=100)

1935	73	1938	76
1936	78	1939	
1937	82	(7 meses)	86

El primer gobierno de Blum intentó enfrentarse a la crisis de la agricultura francesa creando organizaciones de mercado bajo la égida del Estado. El principal instrumento era el *Office du Blé,* que fijaba los precios de todos los cereales. El efecto buscado era proteger a los productores más débiles y menos importantes,

que eran los que se encontraban más afectados por los cambios del mercado a corto plazo. De esta manera, el «éxodo rural», ya frenado por el paro industrial, se redujo más aún. Grandes masas de campesinos con pequeñas propiedades improductivas recibieron una ayuda a fin de que continuaran siendo una carga para la economía francesa.

Los logros económicos conseguidos por la clase trabajadora con el primer gobierno Blum fueron efímeros. Hacia mayo de 1938 la renta real de los trabajadores había aumentado sólo en un 5 por 100 aproximadamente y durante el mandato de Reynaud el promedio de ingresos de éstos fue menor que en 1935. El logro real lo constituía el tiempo libre que, aparte de las vacaciones pagadas introducidas por la administración de Blum, equivalía a menos paga por menos trabajo. En cierto sentido la semana de 40 horas constituyó una medida niveladora entre los miembros de la clase trabajadora. Redujo los ingresos de los que podían haber trabajado más horas en las industrias más prósperas. Las medidas adoptadas por Reynaud volvieron a introducir un claro contraste entre las ganancias de los trabajadores de las industrias en expansión o de las industrias bélicas y los de las industrias en las que la demanda era débil. Aun así, las diferencias entre los diversos sectores de la clase trabajadora no llegaron a ser tan fuertes en Francia como en Inglaterra, donde éstas revistieron especial intensidad entre los parados permanentes y los que trabajaban en sectores de la economía en expansión.

Después de 1936 los que percibían rentas fijas, especialmente procedentes de inversiones, se vieron afectados por la inflación, igual que en el período anterior a la estabilización de Poincaré en 1926-1928. En mayo de 1938 el franco equivalía a menos de la mitad en oro que en 1928, y al final de la década de los treinta su valor adquisitivo era inferior a dos tercios con respecto al de 1935. Una vez más la inflación actuó como una confiscación parcial de los capitales menos fuertes [12].

Francia era mucho más fuerte económicamente en 1929 que en 1913. La recuperación de los efectos de la guerra fue rápida y, en lo tocante al aspecto material, completa. El país había conseguido recuperarse hacia 1930 e incluso progresar hasta alcanzar una posición de creciente poderío industrial y un aumento de la prosperidad ampliamente generalizado, aunque no universal. Entre 1922 y 1929 el crecimiento económico francés mantuvo un índice anual del 5,8 por 100, frente al 5,7 por 100 de Alemania y el 2,7 por 100 del Reino Unido. Pero, en los años treinta, Francia decayó tanto absoluta como relativamente. El crecimiento cesó, e incluso tomó un signo negativo, adoptando una tasa anual de −2,1 por 100 entre 1929 y 1937 comparado con un incremento

positivo del 2,8 por 100 en Alemania y del 2,3 por 100 en Inglaterra. En el sector automovilístico, una de las más pujantes industrias de entreguerras, Francia produjo en 1937 menos que en 1929 mientras que Inglaterra casi duplicó su producción y Alemania la duplicó con creces. Lo mismo ocurrió con la producción de acero [13].

PRODUCCION DE ACERO EN LINGOTES Y ARRABIO
(miles de toneladas)

Año	Francia	Reino Unido	Alemania (excepto el Sarre)
1929	9.711	9.790	16.210
1938	6.221	10.564	20.099

A medida que la situación económica empeoraba, la vida política francesa se hacía más inquieta y desordenada: los conflictos políticos de los años treinta fueron más urgentes y violentos que los de la década anterior. En la década de los treinta el desarrollo económico francés provocó una explosiva combinación de empobrecimiento material y deterioro de la sensibilidad moral. La desazón moral, al menos entre la clase media, estaba provocada entonces, aún más que hoy, por la caída del valor de la moneda. La inflación era mala, la deflación virtuosa. Consiguientemente, mantener el valor del franco en el mercado de divisas se convirtió en una medida moral, una terapéutica para la salud espiritual de Francia. (Por esto la campaña de Reynaud a favor de la devaluación suscitó entre muchos no ya el desacuerdo sino la repulsa: aquel hombre estaba predicando abiertamente la inmoralidad.) Si el valor de la moneda descendía en el mercado exterior, la explicación más simple era achacarlo al egoísmo, la pereza, la incompetencia o la corrupción (siempre del vecino). Una libra británica valía siete veces más francos en 1939 que en 1918. Cuando esta fuente de desasosiego espiritual vino a complementarse con el impacto directo de la dureza de las condiciones de vida, los que las sufrían empezaron a buscar una vía para desahogar políticamente su profundo descontento.

La década que transcurrió después de la guerra fue, políticamente hablando, una de las más estables en la historia francesa reciente. En Francia la guerra había sido aceptada por todas las clases y todos los partidos, y el régimen democrático republicano había resultado consolidado por la victoria. La democracia republicana se hallaba ahora firmemente arraigada y durante los años

veinte la República no tuvo que hacer frente a un serio desafío de la derecha ni de la izquierda.

En la derecha, los viejos partidos monárquicos y bonapartistas habían desaparecido virtualmente. Los conservadores funcionaban dentro del régimen, no en contra de él desde fuera. La auténtica fuerza social que sustentaba el conservadurismo, el deseo de los ricos de defender su riqueza, encontró su plena expresión en los partidos cuyos dirigentes habían dejado de temer a la democracia y la libertad política, aunque no hubieran llegado a amar estos valores. Hombres como Tardieu, Germain Martin, Flandin, totalmente aceptables para la clase poseedora, podían afirmarse dentro del sistema. Entre los radicales, importante baluarte de la democracia republicana, abundaban las relaciones con el mundo de los negocios. La *Union des Intérêts Économiques* contribuyó con sus fondos a la campaña electoral de algunos radicales, mientras algunos grupos financieros, como compañías aseguradoras, subvencionaban al Partido Radical. Es cierto que, especialmente durante los años 1924-1926, cuando una serie de gobiernos bajo la dirección de los radicales luchaban en vano por impedir la caída del franco, alcanzaron cierto predicamento algunas organizaciones de un cariz más o menos marcadamente fascista, dispuestas a usar la violencia contra la izquierda. Los *Camelots du Roi,* la violenta organización *Action Française,* el movimiento monárquico, adoptaron un tono vociferante. En 1924, Pierre Taittinger fundó las *Jeunesses Patriotes* que, a principios de 1925, provocaron algaradas enfrentándose a los comunistas con un triste balance de bajas en el mejor estilo italiano de antes de la marcha sobre Roma. No sería razonable negar el elemento fascista latente en este tipo de actividades, aunque las *Jeunesses* no adoptasen, como Mussolini, la ficticia pantalla del anticapitalismo. En 1925 apareció un grupo abiertamente fascista con doctrinas importadas de Italia: el *Faisceau.* Aún se formó otro grupo en 1927, dirigido a captar a los excombatientes, la *Croix de Feu,* financiada por el perfumista François Coty. Todos estos movimientos perdieron importancia durante el período de gobiernos de matiz más derechista inaugurado por Poincaré en 1926. Si la derecha podía imponer sus puntos de vista por los cauces parlamentarios no había necesidad de recurrir a la violencia. La estabilización del franco de Poincaré, aunque no hizo sino confirmar una devaluación ya existente, pareció señalar el retorno al gobierno «sano» [14].

Sin embargo, el gobierno de Poincaré no fue un gobierno de militancia antiizquierdista; representó un compromiso. Estabilizó el franco, pero no a un nivel que —como en Inglaterra en 1925— generase el paro y obligase a una reducción salarial. No tuvo consecuencias comparables a la gran crisis británica de la

huelga general. Lo cierto es que los socialistas se mostraron moderados y circunspectos en su oposición a Poincaré. En cuanto a la política exterior, la actividad de Briand consiguió un apoyo virtualmente unánime, aunque sólo fuera debido a su ambigüedad. De esta manera los socialistas reformistas de la SFIO, el partido de Blum, no sintieron la tentación de desviarse de los mecanismos democráticos. Cuando Tardieu, a la cabeza de un gobierno claramente conservador en 1929, adoptó una política de prosperidad y propuso un voluminoso gasto público que incluía un programa social, Blum no pudo hacer otra cosa que quejarse de que eran propuestas socialistas que habían sido consideradas como una absurda extravagancia al ser presentadas por los socialistas [15].

La izquierda revolucionaria no puso en peligro a la democracia en 1929. En el período de la inmediata posguerra, Francia, como otros países industriales europeos, se había enfrentado a huelgas y manifestaciones causadas por la necesidad de hacer subir los salarios para equipararlos a la subida de los precios y por el ejemplo de la revolución bolchevique en Rusia. El gobierno reaccionó dosificando concesión y coacción. En marzo de 1919 se promulgó una estructura legal para los convenios colectivos entre patronos y sindicatos, y en abril de este mismo año se legalizó la jornada laboral de ocho horas. Sin embargo, cuando se propuso una gran manifestación para el 1 de mayo de 1919, el gobierno de Clemenceau lo prohibió, y cuando ésta, a pesar de la prohibición, tuvo lugar, estallarón en París graves tumultos en los que resultó muerto un hombre. A esto siguieron numerosas huelgas, precipitadas por el problema del coste de vida, pero dirigidas con propósitos abiertamente políticos: la tradición francesa de la huelga como medio de transformar la sociedad había sido ratificada por los acontecimientos de Rusia. En la primavera de 1920 se desató otra ola de huelgas, con objetivos aún más claramente políticos. Estos objetivos fracasaron, y su fracaso reforzó la influencia de los reformistas en la Confederación General del Trabajo (CGT). En 1921, la facción comunista se escindió de la CGT formando la CGTU. El resultado fue que la CGT se convirtió en una institución respetable, prudente y casi burguesa, especialmente desde que los sindicatos de funcionarios del Estado pasaron a constituir un porcentaje sustancial de sus miembros. Por su parte, la CGTU adoptó una rígida intransigencia, prolongando las huelgas cuando podía y prefiriendo una derrota que favoreciese la toma de conciencia de la clase trabajadora a una victoria que la debilitase. Significativamente, la CGTU perdió rápidamente predicamento en favor de la CGT [16].

A finales de 1920, en el Congreso de Tours, el Partido Socialista se escindió en dos. Una gran mayoría muy cercana a las

tres cuartas partes votó por unirse a la Tercera Internacional con sede en Moscú y aceptó las condiciones que ésta prescribía. Esta mayoría formó la Sección Francesa de la Internacional Comunista (SFIC) mientras la minoría escindida se convirtió en la Sección Francesa de la Internacional de los Trabajadores, también llamada la Segunda Internacional (SFIO). La votación fue el resultado del entusiasmo que despertó una revolución que aún parecía capaz de extenderse por todo el mundo. Cuando se hizo evidente que la revolución soviética no era más que una revolución rusa, lo que ocurrió muy pronto, la situación cambió. El nuevo Partido Comunista francés perdió rápidamente miembros, muchos de los cuales volvieron con los socialistas, proceso que la dogmática rigidez de Moscú aceleró. Hacia 1925, los socialistas contaban con más miembros que el Partido Comunista. La fuerza electoral de los socialistas continuaba siendo considerablemente mayor que la de los comunistas: en 1932 los socialistas consiguieron más del doble de votos que los comunistas. Sin embargo, el apoyo electoral a estos últimos seguía siendo sustancial: el 7,9 por 100 del total de los votos en 1924, el 9,3 en 1928, el 6,8 en 1932 y el 12,6 en 1936, año en el que el partido aceptó provisionalmente la república burguesa. Sin embargo, llama poderosamente la atención el hecho de que la época en la que el partido fue más intransigente desde el punto de vista doctrinal, más decidido en su hostilidad al régimen y a los partidos anticomunistas, especialmente los socialistas, y más insistente en su pureza revolucionaria, coincidió con su más bajo grado de atracción entre las masas votantes, en 1932. Además, es evidente que muchos, especialmente entre los campesinos, votaban a los comunistas por el simple hecho de que éste era el partido más a la izquierda; de esta manera sus votos eran de hecho una afirmación de celo republicano más que la expresión del deseo de instaurar una dictadura proletaria. Así, en 1932, cuando se indicó a los votantes comunistas que no dieran su voto a los candidatos de izquierda no comunistas (generalmente socialistas o radicales) que contaran con mayores probabilidades de éxito en la segunda vuelta, la mayor parte de ellos, por el contrario, votaron por los socialistas o por los radicales [17].

Así pues, hacia 1930 la escena política estaba tranquila; por el contrario, durante los años treinta, Francia pareció a veces estar al borde de una guerra civil. Dos acontecimientos sobresalen especialmente en este período: los desórdenes ocurridos en París el 6 de febrero de 1934 en que, en opinión de algunos, se realizó un intento para aplastar la república democrática por la fuerza, y la victoria del Frente Popular en las elecciones de 1936 que provocó el temor de una revolución roja.

El más desacreditado período de inestabilidad gubernamental en Francia transcurrió entre las elecciones de 1932 y los comienzos de 1934. Las elecciones de 1932 supusieron una victoria para la izquierda. Los partidos de izquierda consiguieron 334 escaños frente a 259 de la derecha, y los comunistas lograron doce. Los principales elementos de la nueva mayoría eran los radicales con 157 escaños y los socialistas (SFIO) con 129. Herriot, jefe del Partido Radical, formó gobierno en junio; los socialistas lo apoyaron sin formar parte del gabinete. Inmediatamente se puso de manifiesto la debilidad del nuevo gobierno. La crisis económica provocó un descenso en la recaudación fiscal que amenazó con producir un déficit presupuestario. Herriot intentó hacerlo desaparecer para impedir que el valor del franco se debilitase. Así pues, el gobierno trató de subir los impuestos y rebajar sus gastos. Los socialistas no quisieron aceptar las medidas propuestas y el gobierno se vio obligado a ceder en parte. De hecho, la izquierda se hallaba políticamente unida, pero escindida en lo relativo a la política económica. Herriot se negó a suscribir la caída del franco, como ya había hecho en 1925, y aceptó la derrota en el problema del pago de las deudas de guerra a los Estados Unidos. Fue sustituido por Paul Boncour, cuyo gobierno se negó a aceptar modificaciones en sus planes financieros, siendo derrotado por la Cámara de Diputados. En la primavera de 1933 el siguiente gobierno (de Daladier) consiguió que se votaran las medidas económicas propuestas a costa de rebajar las peticiones originales. Fue derrotado cuando, durante el otoño, realizó una nueva intentona. Pocas semanas más tarde, un nuevo gobierno, bajo la presidencia de Sarraut, cayó ante el empeño de éste de reducir el salario de los funcionarios del Estado. Chautemps formó otro gabinete que consiguió únicamente la aceptación de parte de las medidas económicas que solicitaba. Así pues, entre las elecciones de 1932 y los comienzos de 1934, cinco gobiernos habían intentado sin conseguirlo poner en práctica un programa de acción que equilibrase el presupuesto. Esto provocó la alarma entre aquellos a quienes preocupaba la estabilidad de la moneda, reviviendo la creencia de que la democracia parlamentaria francesa no conducía más que a un parloteo estéril, fútiles intrigas e inactiva debilidad [18].

Como consecuencia de esto, en 1933 revivieron las agrupaciones antiparlamentarias. Aparte de *Action Française,* poco se había oído de ellas desde la estabilización del franco de Poincaré. El *Faisceau* había desaparecido, pero las demás agrupaciones renacían ahora con renovado ímpetu, mientras nuevos grupos aparecían en el panorama político. La *Solidarité Française,* financiado por el dinero de Coty, surgió en 1932, dotando a sus miembros de cami-

sas azules; su número era reducido. En 1933 apareció el *Parti franciste,* cuyos miembros, también vestidos de azul, pedían una revolución fascista; el número de sus seguidores era limitado. El cambio más señalado fue el rápido crecimiento de la *Croix de Feu.* En 1933 comenzó a reclutar miembros fuera de las filas de los excombatientes. Contaba con tropas de asalto agrupadas en divisiones con una organización paramilitar, apta para el movimiento rápido y la concentración; parecía prepararse para un golpe de Estado. Lo dirigía el coronel de La Rocque, hombre de poderosa personalidad y dotado de una manera de actuar sumamente eficaz cara al público. Sus discursos y la doctrina de su movimiento eran bastante vagos. Los elementos básicos de éstos eran la hostilidad hacia el pacifismo y el comunismo, el deseo de «orden» y «autoridad», y el deseo de unión de todos los «buenos franceses». Sigue siendo incierto lo que La Rocque pensaba hacer. Se hablaba de una hora H en la que se pasaría a la acción, presumiblemente por la fuerza, dirigida a un objetivo que nunca llegó a conocerse. Después de 1936, la *Croix de Feu* se convirtió en un partido manifiestamente de derechas que se aprestó a la lucha electoral. Sin embargo, hasta entonces, La Rocque introdujo una sombría amenaza en la escena política [19].

A finales de 1933 se descubrieron algunas de las dudosas actividades de un financiero llamado Stavisky. Stavisky había conseguido el control del préstamo que se estaba recogiendo para la ciudad de Bayona, y se había apropiado de una gran parte de los réditos. Era evidente que sin la ayuda de personas de influencia no habría podido alcanzar la posición que le permitió realizar este fraude. Garat, alcalde de Bayona, era un diputado radical. Uno de los abogados de Stavisky era hermano del primer ministro Chautemps, también radical, y otros dos diputados, pertenecientes a este mismo partido, habían trabajado por cuenta de Stavisky. Así pues, los diputados, sobre todo de la izquierda, quedaron aún más desacreditados. Chautemps intentó minimizar el escándalo. Su intento fracasó al encontrarse muerto a Stavisky, pretendidamente por suicidio [20]. Los «suicidios» son normales en Francia en este tipo de situaciones, siendo general la creencia —ciertamente difícil de contradecir— de que son amañados por alguien que está en el poder para impedir que salgan a la luz embarazosas revelaciones. En aquel momento, las agrupaciones de derechas, sobre todo los *Camelots du Roi,* tropas de asalto de *Action Française,* llevaron a cabo repetidas manifestaciones de protesta en París. Cuando se descubrió que Raynaldy, miembro del gobierno de Chautemps, había estado mezclado en las dudosas operaciones de un banco, el gobierno, ya desacreditado, dimitió.

Daladier formó un nuevo gobierno el 29 de enero de 1934. El 6 de febrero anunció que intentaría conseguir la aceptación de la Cámara de Diputados. La violencia y los desórdenes de la derecha antiparlamentaria alcanzaron entonces su punto culminante. A las agrupaciones se unieron ahora organizaciones de excombatientes de un carácter menos específicamente político, incluyendo también el grupo comunista y un cierto número de contribuyentes descontentos, que realizaron manifestaciones separadas pero convergentes. Es probable que tuvieran lugar algunos contactos entre los dirigentes de las agrupaciones y los de los otros grupos antes del 6 de febrero. Dicho día por la mañana, todos éstos, excepto los *francistes,* convocaron a sus seguidores para tomar parte en una manifestación de repulsa contra las iniquidades de la Cámara de Diputados. Al finalizar el día, se produjeron grandes desórdenes, sobre todo en la Plaza de la Concordia, al intentar la policía impedir que los manifestantes llegaran hasta la Cámara de Diputados. Las repetidas cargas a pie y a caballo tuvieron que ser apoyadas por descargas de fusilería. Mientras tanto, los diputados dieron su voto de confianza al gobierno de Daladier por una fuerte mayoría y regresaron a sus hogares procurando llamar la atención lo menos posible. La policía se hizo cargo del edificio, impidiendo el acceso a la Cámara de Diputados. El número conocido de bajas fue elevado: 16 muertos y 665 heridos entre los manifestantes (y espectadores) y un muerto y 1.664 heridos entre las fuerzas del orden.

No hay prueba alguna de que los desórdenes fueran el resultado de un intento organizado de tomar el poder y derrocar el régimen. *Action Française,* que proporcionó los elementos más combativos de los alborotadores, había dado a sus hombres la consigna: «¡Abajo los ladrones!», exhortándoles a «hacer patente ante el gabinete y sus seguidores parlamentarios que ya estaban hartos de aquel abyecto régimen». Las *Jeunesses Patriotes* fueron a explicar a gritos su «punto de vista» ante el Parlamento; los excombatientes a «manifestar su indignación». El coronel de La Rocque se abstuvo de exponer los propósitos que guiaban a la *Croix de Feu* a lanzarse a la calle y mantuvo sus manifestaciones al margen de las de los demás. La verdad es que la *Croix de Feu* pudo haber invadido la Cámara de Diputados. La Rocque explicó en mayo de 1934 que si bien los cambios revolucionarios eran indispensables, él deseaba llevarlos a cabo sin violencia y sin excesiva precipitación. Los dirigentes del pequeño grupo fascista, los *francistes,* se quejaron precisamente de que los alborotos de febrero, en los que este grupo no tomó parte, fueran más una expresión de disgusto que un ataque al Estado [21].

El gobierno de Daladier dimitió la mañana siguiente a los desórdenes, pese a la mayoría que había conseguido la noche anterior, probablemente para impedir mayores desórdenes, quizás con manifestantes armados. El presidente pidió a Doumergue, ex presidente de la República, que formase gobierno. Doumergue, un anciano con un respetable pasado republicano de izquierda, formó un gabinete de amplia base. Los socialistas no quisieron participar en él, pero estaban representados todos los partidos a la derecha de éstos. De esta manera, un gobierno basado en el apoyo de los socialistas y los radicales, fue reemplazado por otro al que apoyaban la derecha parlamentaria y, una vez más, los radicales. Estos, elegidos en su mayor parte con la colaboración de los socialistas, formaron parte de nuevo, como después de 1926, de un gabinete que gobernaba en contra de los socialistas. Léon Blum y el Partido Socialista denunciaron lo que consideraban una rendición del gobierno legal de Daladier ante la presión ilegal de las bandas fascistas. La misma noche de los desórdenes, Blum criticó duramente la «ultrajante ofensiva de la reacción fascista», que intentaba «la brutal confiscación de las libertades republicanas conquistadas por los trabajadores... y que siguen constituyendo la garantía de su emancipación final»[22]. Después del 6 de febrero, el notable aumento de los secuaces del coronel de La Rocque contribuyó a mantener vivo el miedo al fascismo. Su *Croix de Feu* continuó comportándose de una manera vagamente amenazadora: el propio La Rocque se desplazaba en un poderoso automóvil rodeado de guardias motorizados y se llevaron a cabo movilizaciones y concentraciones de fuerzas que no iban más allá de una vana palabrería, pero que daban la impresión de que se aproximaba una marcha como la de Mussolini sobre Roma.

Estos acontecimientos y estas amenazas provocaron una reacción defensiva por parte de la izquierda, que culminó en el llamado Frente Popular, alianza de radicales, socialistas y comunistas que actuaron conjuntamente en las elecciones de 1936. No es sorprendente que los socialistas adoptasen esta postura antifascista: lo que necesita alguna explicación es la conducta de los comunistas, que habían participado en los desórdenes del 6 de febrero de 1934 y la de los radicales, que habían participado en el gobierno Doumergue, resultado inmediato de dichos desórdenes. El primer síntoma de una posible cooperación entre socialistas y comunistas se produjo el 12 de febrero. La CGT socialista decidió una huelga general de veinticuatro horas para el 12 de febrero, acompañada de manifestaciones. La comunista CGTU imitó su ejemplo, entremezclándose ambas manifestaciones. Aun así, los líderes del Partido Comunista no abandonaron su hostilidad hacia el Par-

tido Socialista. Lo que sí pretendían era una unidad de acción «en la base», es decir, ganarse al sector del proletariado decepcionado por los ardides de los socialdemócratas. Como Thorez, el dirigente comunista, señaló en 1932, «no queremos un acuerdo con los dirigentes socialistas, no deseamos un entendimiento con las organizaciones socialistas. Deseamos guiar en la lucha a los trabajadores socialistas». El 10 de marzo de 1934, Thorez declaró que el Partido Comunista «nunca toleraría una política de entendimiento en la cumbre, una política de retirada y abdicación frente al social-fascismo», refiriéndose con esta última frase a los dirigentes socialistas. Parece que Moscú intervino al llegar a este punto. Apareció en *Pravda* un artículo que fue reproducido en *L'Humanité,* periódico del Partido Comunista francés, el 31 de mayo. En él se abogaba por un frente común con los socialistas sin insistir en la necesidad de destituir a sus dirigentes. El 5 de junio de 1934, el comité central del Partido Comunista inició negociaciones con la dirección del Partido Socialista y el 27 de julio se firmó un pacto estipulando la lucha común contra el fascismo, contra el gobierno, por las libertades democráticas y contra la guerra. Este sorprendente cambio en la táctica comunista vino determinado por el éxito de Hitler y el Partido Nazi en Alemania, donde la negativa de los comunistas a colaborar con los socialistas «burgueses» había ayudado a Hitler a subir al poder. Pronto se hizo evidente que Hitler no era un fenómeno efímero, el postrer estertor de la reacción capitalista, sino una formidable amenaza para la misma Unión Soviética, patria del socialismo. Había que luchar contra los potenciales aliados de Hitler y apoyar a quienes pudiesen combatir al fascismo, tanto en el interior como en el exterior.

Thorez reconoció que para luchar victoriosamente contra el fascismo se necesitaba recurrir al apoyo de la pequeña burguesía. Inicialmente, los comunistas intentaron en vano conseguir este apoyo sustrayendo a las masas de la influencia de los partidos burgueses, sobre todo los radicales. En vista de lo cual, realizaron acercamientos directos a los dirigentes radicales, especialmente a los diputados. En junio de 1935, Thorez expresaba públicamente su admiración por el Partido Radical. (En 1936 Thorez llegó al extremo de hacer un llamamiento a los católicos e incluso a los miembros de la *Croix de Feu.*) Este mes algunos radicales (especialmente Daladier) se unieron a los socialistas y los comunistas en la convocatoria de una gran manifestación para el 14 de julio de 1935, aprobándose el 3 de julio esta medida por el comité ejecutivo del partido. Estas maniobras, una vez más, venían apoyadas por Moscú. Una dificultad en el camino de la colaboración entre radicales y comunistas eran las objeciones que los

segundos ponían a la manera en que se llevaba la defensa nacional. El 15 de mayo de 1935, después de que Laval firmara el pacto francosoviético, se anunció que «Stalin comprende y aprueba plenamente la política de defensa nacional que Francia lleva a cabo para mantener a sus fuerzas armadas al nivel que requiere su seguridad». El 14 de julio, una enorme multitud juró «defender la democracia, desarmar y disolver las agrupaciones fascistas y poner nuestras libertades al abrigo de los ataques fascistas». Prosiguieron las negociaciones para la colaboración electoral, estableciéndose un programa común el 18 de enero de 1936. Este se limitaba a objetivos a corto plazo, autorizándose a los miembros de la coalición a que presentaran su propia doctrina. Convocaba a la defensa de las libertades democráticas y de la paz y a la lucha contra la crisis económica y las organizaciones fascistas. Sin embargo, por un lado los radicales seguían apoyando al gobierno de Laval y por otro formaban parte de la oposición a él. Los radicales se mostraban cada vez más hostiles a la política de Laval de contemporización con Mussolini; asimismo se hallaban descontentos por la hostilidad que habían provocado las medidas económicas gubernamentales. Los ministros radicales abandonaron sus carteras en el gabinete el 22 de enero de 1936. El propio Laval se vio obligado a dar paso a un gobierno de centro bajo la presidencia de un radical, Sarraut, que ocupó ésta durante las elecciones de 1936[23].

El Partido Radical, en lo que tocaba a sus dirigentes, era una organización concebida para ganar las elecciones. El sistema electoral francés, con sus múltiples partidos, hacía imposible el éxito de un partido que actuase por su cuenta. Era esencial llegar a acuerdos con otros grupos de modo que los votantes de otros partidos transfirieran sus votos en la segunda vuelta a aquel de los partidos aliados que estuviese en mejor situación de obtener la victoria. El fracaso del gobierno de Flandin en 1935 había demostrado que una alianza con grupos de centro-derecha contaba con una base demasiado restringida para poder triunfar en las urnas. Los radicales no podían evitar una elección entre la izquierda y la derecha. Podían mantener la colaboración con la derecha que implicaba su apoyo a los gobiernos de Doumergue y Laval, o colaborar con la izquierda, con los socialistas, lo que, en aquel momento, equivalía a hacerlo también con los comunistas.

La aceptación del Frente Popular significó la opción por la izquierda. El Partido Radical era históricamente el gran partido republicano; había adquirido su fuerza manteniendo firmemente los principios de la gran revolución, la democracia, la libertad, la igualdad social (si no económica), la razón, la oportunidad. Era hostil al catolicismo, a los grandes financieros y a los grandes

terratenientes, pero se mostraba receloso ante el socialismo. Representaba al campesinado independiente y a la pequeña burguesía. Según Pierre Cot, el Partido Radical era «el partido de los pequeños propietarios independientes, agricultores, tenderos, artesanos, funcionarios estatales, profesionales liberales: es decir, todos aquellos que vivían de su trabajo, pero de un tipo de trabajo que era particularmente suyo». Era políticamente progresista y económicamente conservador o incluso reaccionario. Es significativo que las clases que los radicales representaban en Francia eran precisamente aquellas que en Alemania daban su apoyo en masa a los nazis. En Francia las mismas clases eligieron la libertad política en vez de pasarse a la extrema derecha para defenderse del comunismo. Esta es la principal razón por la que Francia escogió a Blum mientras que Alemania escogió a Hitler. Los votantes radicales, pese a lo que pueda decirse de algunos de sus dirigentes, tomaban sus nebulosos principios completamente en serio. En 1935 parecía que los principios de libertad estaban amenazados por la violencia de la derecha; los radicales respondieron a esto con su esfuerzo para defender la república democrática. Se hallaban históricamente condicionados: durante décadas habían predicado el republicanismo y la República, hasta tiempos muy recientes habían proporcionado la estabilidad. (En Alemania, la democracia republicana estaba asociada a desastres y desórdenes). En 1935 se enfrentaban a las amenazas de violencias y desórdenes que representaba la *Action Française* y, sobre todo, la *Croix de Feu,* cuyas actividades, aunque carentes de significación, eran sumamente alarmantes. En contraste con la Alemania de 1932, se hallaban enfrentados a un Partido Comunista moderado, casi burgués [24].

Las elecciones de abril y mayo de 1936 dieron la victoria al Frente Popular; que obtuvo 378 diputados frente a 220 de la oposición. Los radicales sufrieron una pérdida sustancial —unos 50 escaños—, pero los comunistas ganaron 50 y los socialistas —SFIO— 16. Era una cámara más a la izquierda que la de 1932, aunque en esta última se podía haber reunido una mayoría de Frente Popular. Sin embargo, la posición de los radicales siguió siendo decisiva. Una maniobra masiva de éstos hacia la derecha podía dar al traste con los gobiernos de izquierda. Los socialistas se convirtieron en el partido más representado en la Cámara y Léon Blum formó un gobierno con participación radical y apoyo comunista.

Antes de que el gobierno tomara posesión, estallaron huelgas a gran escala, que tomaron la forma de «ocupación de las fábricas» o huelga activa. Evidentemente, los obreros querían asegurarse de que sus peticiones no iban a ser eludidas de alguna ma-

nera por astutos políticos; se les había prometido una nueva era y contaban con que esta promesa se cumpliera. Lo consiguieron. Por primera vez en la historia francesa estaba en el poder un gobierno cuya principal preocupación era mejorar la vida de los obreros. Inmediatamente, se indujo a los representantes de los patronos franceses, mediante la intervención gubernamental, a que aceptasen un considerable incremento salarial. Jouhaux, dirigente sindicalista, dijo al día siguiente:

«Por primera vez en la historia del mundo, toda una clase obtiene de golpe una mejora en sus condiciones de vida... Esto tiene una elevada significación moral. Demuestra claramente que no es necesario tener un Estado totalitario y autoritario para elevar a la clase obrera a su papel de colaborador en la economía nacional, sino que el regular funcionamiento de la democracia y el llevar ésta a sus últimas consecuencias permite esta ascensión.»

El incremento salarial fue rápidamente devorado por el de los precios; otros logros del gobierno de Blum, como la semana de 40 horas, fueron realmente perjudiciales. Jouhaux tenía razón: el espíritu era lo que contaba; los obreros franceses ya no podrían volver a considerar el Estado democrático como algo irrevocablemente hostil. Ciertamente el mayor éxito del gobierno del Frente Popular, la institución legal de las vacaciones pagadas, ejemplifica con claridad el enfoque social de su obra, su preocupación porque unas condiciones de vida decentes fueran accesibles a las clases trabajadoras. Blum era plenamente consciente de lo que estaba haciendo: «Tenía la impresión de haber llevado... algo de belleza, un rayo de luz a esas vidas difíciles y oscuras... Se les había permitido entrever un futuro más venturoso; para ellos se había creado una esperanza.»[25]

El gobierno de Blum provocó la apasionada hostilidad de la derecha francesa. La alarma causada por las huelgas de 1936 y la subsiguiente devaluación del franco hicieron revivir en la pequeña burguesía el temor a que sus ingresos fuesen mermados de nuevo. Al mismo tiempo, el estallido de la guerra civil española provocó una profunda división en la opinión pública francesa. Muchos seguidores de Blum, aunque no todos, solicitaban que se ayudase a los republicanos españoles contra los ejércitos rebeldes; los comunistas y algunos socialistas estaban a favor de la intervención, la mayor parte de los radicales se hallaban en contra de ella. Un extenso sector de la derecha simpatizaba con los nacionalistas españoles debido a sus tendencias católicas y reaccionarias, mientras argüían que la ayuda al gobierno español implicaría un conflicto innecesario con Italia, cuya alianza consideraban esencial para Francia. Por tanto, se lanzaron ataques periodísticos de una violencia sin parangón contra el gobierno

del Frente Popular en Francia. Blum temía que la intervención francesa en España pudiera conducir a una guerra civil en Francia. Los orígenes judíos de Blum provocaron numerosos excesos de antisemitismo en la prensa. El más señalado triunfo de los periodistas fue su campaña contra Salengro, ministro del Interior: se suicidó el 17 de noviembre de 1936[26].

En la primavera de 1937 la obra del Frente Popular llegó a su fin. Las tentativas del gobierno de Blum de incrementar la producción nacional a través de un aumento del poder adquisitivo y una redistribución de la renta en beneficio de los trabajadores acabaron frustrándose en su casi totalidad. Los radicales, alarmados por la inflación y asustados ante los comunistas, se echaron atrás. El 16 de marzo de 1937, los seguidores del Frente Popular convocaron una manifestación en Clichy para protestar contra una reunión del *Parti Social Français* (una especie de reedición de la *Croix de Feu*). Los manifestantes se enfrentaron a la policía, produciéndose cinco muertos y muchos heridos. Los radicales culparon a los comunistas acusándoles de fomentar el desorden. La mayoría del Frente Popular sobrevivió a la dimisión de Blum en junio de 1937: pero esta supervivencia fue meramente ficticia: si los socialistas se negaban a apoyar un gobierno dirigido por los radicales lo que harían sería empujar a los radicales a colaborar sin reservas con la derecha. Hacia finales de 1938 se produjo la ruptura abierta en el Frente Popular: el gobierno, presidido por un radical, Daladier, intentó con éxito, bajo la inspiración de Paul Reynaud, dejar sin efecto algunas de las medidas legislativas adoptadas bajo el mandato del Frente Popular, especialmente la semana de 40 horas. Entonces, los socialistas y los comunistas pasaron a la oposición.

Así pues, la Cámara de Diputados elegida en 1936 había apoyado dos sistemas de gobierno opuestos: el de 1936, socialmente progresista y reformador, y el de 1938, socialmente conservador y seguidor de la ortodoxia financiera. Como en 1926 y 1934, los radicales, elegidos en su mayor parte como hombres de izquierda, acabaron colaborando con la derecha. En 1938, el gobierno de Daladier adoptó un método mucho más firme en la represión de las huelgas: con el fracaso de la huelga general de noviembre de 1938, los conflictos laborales disminuyeron, a lo que contribuyó la recuperación económica y el fin de la agitación comunista en torno a la guerra civil española. En 1939 habían desaparecido muchas de las discordias internas que alcanzaron su punto culminante en los años 1934-1936. La clase obrera había vivido un período en el que el gobierno estuvo de su parte; la derecha había visto la vuelta al conservadurismo: la amenaza del fascismo parecía haber pasado. En junio de 1936 el gobierno decretó la

disolución de la *Croix de Feu,* las *Jeunesses Patriotes,* la *Solidarité Française* y los *Francistes.* La *Croix de Feu* reapareció inmediatamente como el *Parti Social Français.* Esta había sido la más importante de todas estas agrupaciones, y ahora afirmaba ser un partido político normal, aunque «por encima» de los demás partidos. En la práctica comenzó a comportarse como un partido parlamentario normal, preparándose a fondo para las próximas elecciones. Significativamente, el movimiento del coronel de La Rocque amplió considerablemente el número de sus seguidores después de esta abierta transformación, y a partir de 1936 llegó a contar con cerca de dos millones de miembros. El apoyo conseguido por el coronel de La Rocque a un conservadurismo nebuloso de nuevo estilo hizo disminuir el predicamento de las agrupaciones que empleaban la violencia. Hacia 1938 éstas habían perdido toda su importancia. *Action Française* continuó su actividad periodística pero su influencia se mantuvo muy por debajo del límite alcanzado en 1934.

Sin embargo, es cierto que se crearon nuevas organizaciones violentas. En 1936, un antiguo comunista, Doriot, fundó el *Parti Populaire Français,* un partido adornado de todos los atributos fascistas, que adquirió un considerable predicamento en 1937, ayudado por subsidios italianos, para extinguirse prácticamente en 1938 [27]. También había un extraño grupo, el MSAR o *Mouvement Secret d'Action Révolutionnaire,* conocido como *Cagoule,* con su comité directivo (CSAR). Su misión era hacer frente a un inexistente plan comunista de tomar el poder en Francia. Intentó provocar la violencia de los comunistas para intervenir entonces contra ellos, y establecer al mismo tiempo una especie de régimen autoritario. El nuevo factor ahora en escena consistía en los contactos que *Cagoule* mantenía con algunos sectores del ejército. La mayor parte de los oficiales sentían desde antiguo una cierta animadversión hacia los políticos, y despreciaban la república democrática. Los acontecimientos de la posguerra, sobre todo los intentos de desarme y la inflación que afectó duramente a las clases a las que los oficiales generalmente pertenecían, acentuaron su disgusto. El Frente Popular, con su aceptación del Partido Comunista como partido en el gobierno, llevó a algunos a pensar que debían tomar medidas para impedir la subversión en el ejército y mantenerlo como un último reducto frente a los rojos. Hacia 1936 se formaron grupos clandestinos en el ejército para vigilar a los comunistas, estableciendo una distribución geográfica dentro del ejército de los oficiales cuyo anticomunismo no ofreciera duda. Esta actividad fue fomentada por algunos militares de alta graduación, como el mariscal Pétain, el mariscal Franchet d'Esperey y el general Georges. Estos grupos militares estable-

cieron contactos con Deloncle, jefe del CSAR. No se obtuvieron de ello grandes resultados: en septiembre de 1937, *Cagoule* se las arregló para que hicieran explosión algunas bombas en las sedes de dos organizaciones patronales parisinas, sin duda para demostrar la existencia de la amenaza comunista. El asunto se difundió y en los meses siguientes la policía descubrió depósitos de armas y arrestó a numerosos *cagoulards* en 1938, aunque las células secretas anticomunistas continuaron existiendo en el ejército [28].

A finales de los años treinta la división de opiniones acerca de la dirección de los asuntos internos franceses se vio complicada por profundas diferencias en cuanto a la política exterior. Hasta 1936 la derecha francesa abogó por una línea dura con respecto a Alemania y por el mantenimiento a este fin de alianzas militares y del poder militar de Francia. Hasta 1935 la izquierda se manifestó a favor de la conciliación y el desarme y de confiar la seguridad francesa a la Sociedad de Naciones, aunque por lo menos los radicales nunca llevaran estas propuestas hasta el punto de aceptar un desarme unilateral. La crisis etíope marcó una evolución en la óptica de la izquierda: si la Sociedad de Naciones era realmente viable, se debía poner coto a la agresión italiana. (La crisis de Manchuria no había causado un serio impacto en la opinión pública francesa.) La izquierda se opuso a los intentos de Laval de evitar complicaciones con una Italia agresiva. La derecha empezó a sospechar que la izquierda, por motivos ideológicos, se hallaba irresponsablemente dispuesta a hacer perder a Francia un posible aliado.

La guerra civil española suscitó complicaciones mucho más graves. Virtualmente toda la derecha francesa simpatizaba con la rebelión del ejército español contra el Frente Popular, mientras los comunistas franceses utilizaron todo tipo de medios, especialmente huelgas y manifestaciones, para obligar a Francia a intervenir al lado del gobierno republicano. Parecía probable que una intervención en España provocara un conflicto con los que apoyaban a los rebeldes españoles, Alemania e Italia. La derecha francesa extrajo la conclusión de que los comunistas franceses bajo las órdenes de Moscú estaban deseosos de correr el riesgo de una guerra europea con tal de hacer vencer la causa de la revolución roja en España. El paso siguiente en la lógica del razonamiento fue crucial aunque fuera adoptado por sólo una parte de la derecha francesa: consecuentemente, los comunistas deseaban la guerra europea para ayudar a la Internacional Comunista a extender su poder. Si esto era así, los que proponían hacer frente al fascismo europeo, y en particular contener la Alemania de Hitler, por la fuerza si fuera necesario, eran comu-

nistas o estaban engañados por éstos; consciente o inconscientemente, actuaban a favor de los intereses de Moscú. El Frente Popular francés ponía de manifiesto los peligros del comunismo y la manera en la que Moscú podía intervenir de algún modo en la política francesa. Hitler era un anticomunista, decidido a aplastar al bolchevismo. Por consiguiente, Francia, en vez de hacer frente a la expansión alemana, debía aceptarla, intentando llegar a un compromiso con Alemania, y dejando que ésta destruyera Rusia. Francia podía defenderse de cualquier amenaza directa alemana, de producirse ésta, sobre todo si se evitaba el conflicto con Italia. Debía ser abandonada la alianza francosoviética, obra de los gobiernos franceses de derechas de 1934 y 1935; Francia debía desinteresarse de la Europa oriental y evitar que la preocupación por los asuntos checos o polacos la empujase a favorecer los siniestros designios de Moscú.

No toda la derecha francesa adoptó este punto de vista. Algunos se aferraron al antiguo planteamiento de que una Alemania agresiva necesariamente habría de intentar causar la ruina de Francia y que, por tanto, debía ponerse coto a la agresión hitleriana: cualquiera que ayudase a resistirla debía ser considerado como un amigo de Francia, incluso la Rusia soviética. Similares divergencias surgieron entre el centro-derecha y entre los radicales. Todos habían confiado en que los acuerdos de posguerra mantendrían la paz por medio de las condiciones del tratado de Versalles y de las alianzas de Francia con Europa oriental o de la colaboración con la Sociedad de Naciones. Hacia 1936, una vez que Alemania hubo comenzado abiertamente su rearme y remilitarizado Renania, se hizo evidente que los acuerdos de posguerra habían dejado de tener vigencia. Algunos extrajeron la conclusión de que debía reconocerse este fracaso y de que Francia debería llegar a un acuerdo con la Alemania de Hitler en las mejores condiciones posibles. Otros pensaban que aunque ya se habían perdido algunas oportunidades de detener a Alemania, en el futuro había que frenarla, si se pretendía que la propia Francia se viera libre del dominio nazi. Había que volver a las alianzas orientales, incluyendo en ellas a Rusia, y había que estimular a Inglaterra para que se uniera a la resistencia a los futuros avances alemanes. Estas divergencias de opinión venían oscurecidas por el hecho de que los que abogaban por una rendición francesa estaban dispuestos a no dejar translucir sus opiniones: hablaban de que Francia hiciera honor a sus compromisos, mantuviera la alianza de 1935 con Rusia y solicitara la ayuda británica con la esperanza de que Hitler, asustado, se mantuviera inactivo. Aparentemente, por tanto, los partidarios de ambas tendencias pudieron actuar de una manera similar hasta que se vinieron abajo

aquellas bravatas y hubo que escoger entre la aceptación de las peticiones alemanas o la guerra.

Los socialistas también se hallaban divididos. La guerra civil española y la intervención alemana e italiana en ella convencieron a la mayoría de los socialistas de que se debía resistir al fascismo por la fuerza. Una minoría adoptó un punto de vista distinto. Algunos eran simplemente pacifistas que creían que todas las guerras eran malas. Otros aducían que la guerra significaría el final de las esperanzas del socialismo y que podía ser evitada por medio de la negociación de una pacífica revisión de la configuración de Europa oriental establecida en los tratados de posguerra y de renovados intentos de desarme. La primera opinión era sustentada por Léon Blum, la segunda por Paul Faure. En diciembre de 1938 un congreso del partido dio su apoyo a la postura de Blum contra la de Faure por 4.332 votos contra 2.837 y 1.014 abstenciones, votando 60 delegados por el pacifismo total [29].

Las divisiones del Partido Comunista se produjeron sólo una vez que la guerra hubo estallado. Desde 1934 los comunistas habían abogado por la resistencia al fascismo en todas partes y por la ayuda de Francia a todos los que combatieran contra él: en España, en Europa oriental e incluso en China. Cuando empezó la guerra el partido aprobó un crédito militar, y el propio Thorez se incorporó a su regimiento. Entonces Moscú se pronunció e impuso la nueva línea encarnada en el pacto nazisoviético de agosto de 1939: la guerra contra Hitler era una guerra imperialista a la que los comunistas debían oponerse. Esto era demasiado para la mayoría de los votantes y los simpatizantes de los comunistas y la oposición a la guerra, tardíamente adoptada por la dirección del Partido, un tanto reacia tuvo unos efectos más bien escasos [30].

Sería inexacto afirmar que estas divisiones acerca del problema alemán desaparecieron cuando la guerra hubo comenzado. Aquellos que se habían opuesto a toda costa a la guerra tendieron a mantener una postura en favor de una paz de compromiso. No sería correcto decir que estos hombres deseaban la derrota francesa. Un acontecimiento fortaleció esta tardía unidad: la colaboración de la Rusia soviética con Alemania para destruir a Polonia. Para la derecha francesa, Hitler, el aliado de Rusia, era alguien a quien merecía mucho más la pena enfrentarse que Hitler el antibolchevique. El 2 de septiembre de 1939 Daladier consiguió la aprobación unánime para la concesión de créditos de guerra. (Sólo Bergery en la Cámara y Laval en el Senado se aventuraron a alzar una voz disidente.) La movilización francesa se llevó a cabo con tranquilidad. Como en Inglaterra, e incluso como en Alemania, no se dio en Francia aquel entusiasmo bélico

que la guerra suscitó en 1914, aunque sí por lo menos una tibia aceptación de las cosas. En política interior las divisiones entre los franceses se habían hecho menores hacia 1939, y la economía estaba haciendo rápidos progresos; la democracia republicana había sobrevivido y Francia seguía siendo el país de la libertad; la desunión en política exterior quedó temporalmente silenciada por el estallido de la guerra. No obstante, aunque la derrota de 1940 fuera una derrota militar, una derrota del ejército francés, el resultado de esa derrota fue que volvieron a producirse las divisiones de los años anteriores. Muchos franceses aceptaron la derrota más prontamente de lo que lo hubieran hecho en una sociedad más unida, mientras que otros apoyaban un régimen que estaba dispuesto a intentar una «regeneración» de Francia bajo la égida de una Alemania victoriosa. Pétain afirmó en enero de 1941, hablando de la posibilidad de que Francia hubiera podido continuar resistiendo en 1940 en el norte de Africa después de la derrota de la Francia metropolitana, que el precio habría sido «posponer finalmente toda la obra de reconstrucción material y espiritual» [31]. El espíritu de aquiescencia y rendición que queda expresado en el armisticio y en el gobierno de Vichy puede ser explicado por los pasados conflictos de Francia, aunque éstos no lleguen a explicar la derrota en sí misma.

Se ha alegado que los gobiernos de la Tercera República eran excesivamente débiles. La principal base de esta alegación era que estos gobiernos eran frecuentemente derrocados por votaciones adversas en la Cámara de Diputados y que, por tanto, gabinetes y ministros no eran sino efímeras e inquietas sombras sin tiempo de tomar decisiones coherentes y mucho menos de llevarlas a la práctica. Entre las dos guerras se dieron en Francia cuarenta y dos gobiernos, o treinta y tres si excluimos a los formados de nuevo bajo el mismo primer ministro. Los resultados de esto fueron menos perjudiciales de lo que podía haberse esperado. Existió una considerable continuidad de las personas pese al cambio de los gobiernos. He aquí algunos ejemplos: Briand se encargó del ministerio de Asuntos Exteriores sin interrupción desde abril de 1925 hasta enero de 1932, como miembro de catorce gobiernos; Chautemps conservó el ministerio del Interior de junio de 1932 a enero de 1934 durante cinco gobiernos; Daladier ocupó la cartera de Guerra o Defensa entre diciembre de 1932 y enero de 1934, sobreviviendo a cuatro gobiernos, y a seis entre junio de 1936 y mayo de 1940. En un sentido amplio había dos tipos de situaciones en las que se producía un cambio gubernamental: cuando cambiaba la mayoría, o sea, cuando se requería un cambio en la política y la actitud del gabinete, y, más frecuentemente, cuando las actividades del gobierno en un sector concreto se

enfrentaban con una resistencia que obligaba a que se retirase la totalidad del gobierno para reaparecer sin cambios fundamentales personales ni políticos, pero, quizás, cambiando algún ministro crucial. La primera situación en absoluto constituía una fuente de debilidad. Este tipo de cambios en la mayoría, y por tanto en la política gubernamental, apareció en 1926, 1934 y 1938. En cada ocasión fueron los radicales quienes pasaron de apoyar a la izquierda a apoyar a la derecha. En cada ocasión (incluso en 1934) su maniobra reflejaba un auténtico cambio en la opinión de los representados. Así, sin necesidad de frecuentes elecciones, los gobiernos permanecían en armonía con la opinión mayoritaria del país en líneas generales, mientras se aseguraba una cierta continuidad de la permanencia en los cargos a través de las varias legislaturas de ministros procedentes del grupo radical o aceptados por éstos. Así, no parece desencaminada la afirmación de Sarraut de que el Partido Radical constituía una «garantía contra la guerra civil» precisamente porque hacía posible la fácil transición de un tipo de gobierno a otro[32].

Un tipo de inestabilidad gubernamental más peligrosa fue la que se produjo en los años 1924-1926 y 1932-1934, cuando numerosos gobiernos de composición política similar, basados en la misma mayoría, se siguieron en rápida sucesión ya que uno tras otro eran derrocados en cuanto proponían medidas financieras impopulares. Las razones de esta situación eran complejas, residiendo en último término en la situación electoral de las circunscripciones. Muchos diputados, especialmente entre los radicales, se hallaban en el parlamento no porque sus seguidores locales estuvieran preocupados por el éxito o el fracaso de un gobierno concreto, sino debido a su propia influencia local, cuidadosamente cultivada. Cuando tales diputados se veían obligados a elegir entre el mantenimiento de un gobierno y la defensa de su propia posición elegían la última alternativa. Así, pues, las medidas impopulares para el electorado eran difíciles de adoptar aunque los propios diputados las aprobasen en privado. La solución era liberar al ejecutivo del minucioso escrutinio, permitir que el gobierno no tuviera que someter a votación determinadas propuestas sobre ciertas cuestiones, o sea, concederle plenos poderes, delegando así el poder legislativo en el gobierno. Esta era una solución sensata: el parlamento podía aún controlar la política general de los gobiernos en los puntos comprometidos sin necesidad de que los diputados tuviesen que aprobar individualmente cada detalle. Sería erróneo afirmar que esta concesión de plenos poderes supusiera el fin de la democracia.

La teoría de que la despoblación del campo había despojado a Francia de las virtudes que únicamente pueden encontrarse entre

la población rural no resiste el más mínimo análisis. Es cierto que durante el siglo xx se produjo una reducción de la población empleada en la agricultura. Considerando únicamente la población masculina había 5,5 millones de campesinos en 1906; 4,4 en 1931 y 4,1 en 1936[33]. Esto era inevitable si se pretendía que la industria francesa creciera. Ciertamente es mucho más acertado afirmar que la protección arancelaria de la agricultura francesa y las medidas del Frente Popular debilitaron a Francia económicamente (y militarmente), reteniendo a una proporción excesiva de la población en el campo, donde su productividad era insuficiente. En cuanto a la teoría de que los campesinos son mejores soldados que los trabajadores industriales, esto no es sino un prejuicio en absoluto corroborado por la experiencia proporcionada por los ejércitos modernos.

Debemos volver ahora a la cuestión de la preparación de la guerra. Después de 1940 se afirmó que los gobiernos franceses posteriores a 1936, y sobre todo el gobierno de Blum, habían propiciado la derrota propagando la decadencia moral e impidiendo el rearme. Se dijo que la semana de 40 horas, las vacaciones pagadas y la debilidad frente a las huelgas había generado hábitos de egoísmo y ociosidad, que dieron al traste con el espíritu de sacrificio que se requiere para un ejército eficaz. Esta acusación se adujo sobre todo en el proceso de Riom, cuando el gobierno de Vichy, formado después del armisticio, intentó demostrar que aquellas medidas habían hecho inevitable la derrota. Blum replicó que era

«imposible defender las libertades republicanas en Francia excluyendo de este esfuerzo a las masas trabajadoras y a la fracción de la élite trabajadora inspirada en las ideas comunistas. Y pienso que por encima de todo constituyó un inmenso resultado y un inmenso servicio haber conseguido que estas masas y esta élite amasen de nuevo a su país y experimentasen hacia él un sentimiento de deber».

La clase trabajadora había aprendido de nuevo a cantar La Marsellesa. «Este tipo de consenso unánime que se produjo en Francia en el momento de la movilización fue en parte la consecuencia de todo esto; era en cierta medida el resultado de nuestro trabajo.»[34] Una vez más, los soldados franceses se portaron bien en aquella campaña. En términos generales, la desmoralización y la indisciplina empezaron después de la derrota y de la invasión del enemigo; fueron una consecuencia de la derrota, no su causa. Se dieron excepciones, especialmente en divisiones de inferior calidad, sobre todo en el sector crucial de Sedán, pero éstas fueron poco frecuentes[35].

Es razonable afirmar que un serio esfuerzo francés de rearme comenzó sólo cuando el Frente Popular llegó al poder, ya que estaba muy lejos de la intención de dicho gobierno retrasar el rearme. En los primeros años de la década de los treinta una importante proporción de los recursos franceses fue dedicada a las fortificación: en 1930-1934, se gastaron unos cinco mil millones de francos en la línea Maginot a lo largo de la frontera franco-alemana. A finales de 1934 se puso en vigor un programa elaborado bajo la supervisión del mariscal Pétain. Este programa no estaba a la altura de los planes alemanes y a mediados de 1935 Laval retiró los créditos necesarios, aunque estos fueron restablecidos a finales de año. En 1936, Daladier, ministro de la Guerra del gabinete de Blum, pidió al estado mayor que presentara un plan para reequipar al ejército. El estado mayor propuso que se gastaran 9.000 millones de francos durante el período 1937-1940: Daladier consideró que esta cifra era insuficiente y, con el completo acuerdo de Blum, insistió ante el estado mayor para que elevase sus propuestas a 14.000 millones. El parlamento no planteó dificultades y los créditos fueron posteriormente incrementados para hacer frente al alza de los precios. Lo cierto es que en los años treinta el parlamento jamás rechazó ni modificó propuesta alguna de gastos de defensa nacional propuestos por ningún gobierno. Este plan de 1936 se había realizado por completo cuando las operaciones militares comenzaron en 1940. Así pues, las peticiones del estado mayor planteadas en 1936 fueron totalmente satisfechas. La proporción de los diversos tipos de armas de que disponía el ejército en 1940 era aquella que el estado mayor había solicitado, incluyendo sobre todo la proporción entre tanques pesados y ligeros y el número de armas antitanque. Este programa no pudo ser acelerado; tampoco pudieron cumplimentarse las órdenes adicionales de 1938, especialmente las que preveían la fabricación de armas antiaéreas. En este caso quedaron de manifiesto las deficiencias de la capacidad industrial francesa. En la medida en que la acción gubernamental afectó a la capacidad productiva se podía acusar tanto a la derecha como a la izquierda. Los gobiernos de derecha debilitaron a la industria por su política deflacionaria, especialmente en 1934 y 1935; en 1937 la rígida aplicación de la semana laboral de 40 horas redujo ciertamente la capacidad productiva (sobre todo porque hizo disminuir el trabajo de los especialistas); únicamente en 1938 dicha aplicación se hizo más flexible en aquellos sectores relacionados con la defensa nacional[36].

La armada se hallaba en excelentes condiciones y (contando con la alianza británica) era completamente capaz de enfrentarse a las exigencias de una guerra europea. La fuerza aérea constituía

un problema muy diferente. Los preparativos para la guerra comenzaron con el plan elaborado por el general Denain en 1934 que preveía la creación de una flota de 1.000 aviones más 200 de reserva; este plan comenzó a cumplirse en 1935. El gobierno del Frente Popular amplió el plan a 1.500 aviones más 900 de reserva. Por desgracia, el ministro del Aire del gobierno Blum, Pierre Cot, cometió dos errores, como luego se demostró. Se enfrentaba a dos alternativas: por una parte, continuar la producción existente o esperar a que se produjeran nuevos prototipos de un diseño más moderno; por otra parte, explotar al máximo los métodos productivos entonces utilizados en la industria francesa o esperar a que pudiesen introducirse los métodos de producción en serie. Optó por continuar con los modelos existentes sobre la base de la industria de tipo artesanal aún vigente. Esto hizo que dispusiera en 1937 de una cantidad de aparatos que de otra suerte no habría podido tener. Por desgracia, hacia 1938 todos ellos estaban anticuados y su valor era casi nulo. En enero de 1938, cuando Guy La Chambre fue nombrado ministro del Aire, este proceso de lenta fabricación de aviones, que pese a ser absolutamente nuevos resultaban completamente anticuados, llegó a su final. La Chambre inició un intento de organizar la producción en serie de nuevos prototipos. Esto supuso un descenso de la producción durante parte de 1938, aún más por debajo del nivel ya alarmantemente reducido de 1937, de unos 35 aviones por mes (Alemania: 350 por mes en 1937; Inglaterra: 120). Sin embargo, la producción en serie comenzó a mostrar sus resultados en 1939. En este año se produjeron unos 220 aviones por mes y en los primeros cinco meses de 1940 se alcanzó la media mensual de 313. Para septiembre de 1939 se habían producido cerca de 1.200 aparatos modernos y para mayo de 1940, 3.300 (estas cifras incluyen unos 170 y 340 aviones, respectivamente, comprados a los Estados Unidos). Por supuesto, estas cifras no se refieren a aviones de «primera línea», inmediatamente disponibles para entrar en acción, con tripulaciones completas y entrenadas, distintos de los que forman la reserva. Por tanto, en 1938, la fuerza aérea francesa era prácticamente inexistente; el general Vuillemin, jefe del estado mayor aéreo, declaró en enero de 1938 que si la fuerza aérea francesa se veía implicada en algún conflicto durante este año, su aniquilación sería cosa de pocos días. Este hecho tuvo cierta influencia en la política exterior francesa de este año. Incluso en 1939 la aviación francesa sólo podía esperar enfrentarse a Alemania en condiciones de igualdad contando con la totalidad de la aviación británica; y era imposible que toda la *Royal Air Force* abandonase la defensa aérea de Gran Bretaña. Lo que es más, como resultado de los

planteamientos del estado mayor, la aviación francesa no estaba equipada con bombarderos adaptados para la cooperación táctica con el ejército [37]. Así pues, las fuerzas armadas francesas presentaban algunos puntos débiles, pero cuando llegó la guerra en 1939, era razonable suponer que Francia resistiría.

El hecho de que Francia no consiguiera defender a Europa y defenderse ella misma de la Alemania nazi no debe empañar los éxitos de la Tercera República. Hasta 1940, Francia fue un país que un hombre libre e inteligente podía, razonablemente, elegir para vivir.

10. España de 1919 a 1945

La temática esencial de la historia de España en estos años puede ser enunciada como el fracaso del intento hecho durante el período republicano de crear un sistema político razonable y libre y de combatir algunas de las causas del retraso y miseria de gran parte de la población.

En 1918, España se regía, teóricamente, por una monarquía democrática. En la práctica, ni los gobiernos ni el parlamento —las Cortes— representaban a las principales fuerzas sociales en España. Las elecciones eran aún manipuladas por una oligarquía dominante proveniente de las clases media y alta. Los trabajadores, los campesinos y, en menor medida, el ejército, no tenían cabida alguna en el régimen. Trabajadores y campesinos tenían sus propios cauces de expresión a través del socialismo y el anarquismo y, sobre todo, a través de los sindicatos socialista y anarcosindicalista. El ejército intervenía en la política por medio de fluidas organizaciones conspiratorias de oficiales.

Desde 1879 existía en España un partido socialista. Este asumió la idea de moverse dentro de los mecanismos constitucionales en su lucha por el poder político. Dado que hasta 1931 la constitución no fue sino papel mojado, el Partido Socialista no llegó a ir muy lejos. Mucho más importante era el movimiento socialista sindicalista, la UGT (Unión General de Trabajadores), fundada en 1888. Era éste un movimiento reformista que creía en el progreso de la clase trabajadora a través de huelgas pacíficas. Siguiendo estas moderadas coordenadas, lo necesario para el progreso era desarrollar la organización y extender la conciencia política a través de la educación (en 1901 cerca del 63 por 100 de la población era analfabeta)[1]. En los comienzos del siglo XX los socialistas crearon Casas del Pueblo, centros donde podían llevarse a cabo reuniones y discusiones, y contaban además con bibliotecas circulantes. Después de la guerra los socialistas se vieron enfrentados, como otros partidos socialistas europeos, a la decisión de adherirse o no a la Tercera Internacional de Moscú. El partido español rechazó por un estrecho margen las veintiuna condiciones propuestas por Moscú. Entonces un buen número de dirigentes socialistas se escindieron para formar el Partido Comunista Español. La base no los secundó y el Partido Comunista careció de

importancia hasta la guerra civil. La UGT se convirtió en una poderosa organización: en 1934 tenía más de 1.250.000 miembros, contando con especial apoyo entre los obreros de Asturias, de la zona de Bilbao, de Madrid y Valencia y de las zonas urbanas de la España occidental.

Las doctrinas anarquistas alcanzaron mayor aceptación en España que en ninguna otra parte de Europa. Los anarquistas buscaban la libertad y, por tanto, la destrucción de cualquier autoridad que la limitase, especialmente el Estado. Hombres libres cooperarían con otros hombres libres para constituirse en pequeñas sociedades que contraerían pactos voluntarios entre ellas. La organización industrial capitalista sería destruida, viniendo a ser reemplazada por asociaciones de productores que cooperarían libremente entre sí. En una sociedad libertaria tenderían a desaparecer los vicios humanos originados por la subordinación, la explotación y la destrucción de la dignidad humana. Desde la base brotaría espontáneamente una revolución que destruiría la autoridad constituida e inauguraría la edad de oro de la libertad y de la cooperación voluntaria. En octubre de 1910 una conferencia de grupos anarquistas dio origen a una organización sindical, la CNT o Confederación Nacional del Trabajo. Por supuesto, esta organización estaba concebida de manera descentralizada, sin contar con funcionarios remunerados. Perseguía la emancipación espiritual de los trabajadores. En los sindicatos de inspiración marxista es esencial la unidad en la lucha política y se tiende a una dirección fuerte y autoritaria. El objetivo es la conquista del poder estatal, no su destrucción. Los anarcosindicalistas de la CNT buscaban espontaneidad, no disciplina; su finalidad era la destrucción de la opresión estatal, la atomización del poder, no su posesión. A la violencia de los opresores de la humanidad se respondería con la violencia anarquista hasta que la huelga general permitiese el advenimiento del milenio. En 1927 fue creada la Federación Anarquista Ibérica (FAI). Este grupo estaba formado por anarquistas puros y actuaba como un grupo interno para impedir que la CNT evolucionase hacia una organización de tipo moscovita decidida a implantar una férrea dictadura del proletariado. Cataluña, y especialmente Barcelona, era la zona de mayor influencia de la CNT.

Estas organizaciones, encaminadas a conseguir cambios sociales, consiguieron el apoyo de muchos campesinos y trabajadores agrícolas. Existían grandes diferencias en sus respectivas áreas de influencia a causa de las peculiaridades geográficas y económicas que se daban en las diversas regiones españolas. El anarquismo era particularmente fuerte en el sur de España, especialmente en Andalucía. Esta era una región de latifundios, cultivados por un

proletariado agrícola formado por trabajadores que no poseían tierras. Existía una excesiva oferta de trabajo —el desarrollo industrial en España no era suficiente para absorber el exceso de población de las regiones con predominio agrícola— y los salarios extremadamente bajos constituían la regla general. Además, estos salarios sólo podían obtenerse durante una parte del año, menos de la mitad, generalmente. La tierra era pobre y seca y no podía ser cultivada intensivamente; grandes extensiones eran a menudo dejadas en barbecho. Los trabajadores agrícolas vivían permanentemente en condiciones próximas a la inanición. En regiones similares, como la Mancha y Extremadura, la UGT adquirió un mayor predicamento. En Castilla, donde los arrendamientos a corto plazo en pequeñas fincas estaban garantizados por propietarios que no cumplían función económica alguna, la UGT tenía cierta influencia, pero en muchas zonas la Iglesia conservó su poder: se trataba de una región donde las asociaciones católicas de tipo agrario tenían gran influencia sobre el campesinado. En Galicia, que contaba con un sistema minifundista de propiedad, con unos terratenientes abstencionistas que percibían rentas libres, existía una rivalidad similar entre la Iglesia y la UGT. En las zonas rurales de Asturias, las Vascongadas y Navarra se hallaba asentado un campesinado relativamente próspero de pequeños propietarios y arrendatarios (sobre todo aparceros). En estas zonas, especialmente en el País Vasco y en Navarra, la Iglesia conservó su plena influencia. No en vano en Navarra una próspera sociedad de campesinos propietarios constituía la base del movimiento más conservador de España: el carlismo. En Aragón, la situación en la zona montañosa era similar a la que se daba en Navarra, mientras una zona de latifundios se veía seriamente influenciada por la CNT. En la Cataluña rural los campesinos que trabajaban en la vid, bajo arrendamientos cuya duración se hacía coincidir con la de los viñedos, plantearon protestas motivadas por la corta duración de las vides. Aquí concretamente, la adscripción a la CNT o a la UGT estaba frenada por el separatismo catalán [2].

El ejército era una institución poco común. Tenía escasa relación con lo que se considera una fuerza armada moderna. Se mostró incapaz de mantener su dominio sobre el Marruecos español sin la colaboración de los franceses. El número de oficiales era excesivo y no estaban éstos bien pagados, pero los hijos de la clase media que nutrían el cuerpo de oficiales encontraban en el ejército seguridad, prestigio social y el sentimiento de pertenecer a un grupo elitista. Las fuerzas armadas, aunque poco apropiadas para campañas exteriores, podían intervenir decisivamente en la política interna. Los oficiales, que fuera de la campaña de

Marruecos tenían pocas ocupaciones, disponían de tiempo para meditar sobre las injusticias cometidas por los políticos civiles, y se mostraban irritados por su propia pobreza o por los temores y resentimientos de la clase pequeñoburguesa de la que provenían. En el siglo XIX el ejército gozaba de una tradición intervencionista en la vida política, para restaurar el «orden» o para eliminar la corrupción, con el fin de configurar la «voluntad nacional». En el período que aquí consideramos resurgió [3].

Los grupos superiores de la burguesía española estaban estrechamente integrados, social y económicamente, con la aristocracia terrateniente. El desarrollo industrial en los alrededores de Bilbao y de Barcelona, y en Asturias, había dado origen a una clase de ricos industriales (aunque la riqueza así generada venía siendo disfrutada en gran medida por inversionistas extranjeros). Estos industriales colaboraban con la oligarquía rural en el control de las instituciones financieras españolas, mientras los grandes terratenientes invertían su dinero en la industria. Era, pues, improbable que se registrasen choques entre una clase industrial liberal y otra agraria y conservadora, ya que, en el más alto nivel, terratenientes e industriales formaban un único grupo de propietarios. No había razón alguna para que este grupo se enfrentara a un gobierno eficiente e incluso democrático, con tal de que este gobierno no llevara a cabo ataques radicales contra los derechos de la propiedad. Los más ardientes paladines del gobierno parlamentario, basado en la discusión y el compromiso se hallaban entre los ingenieros, juristas, médicos, periodistas, profesores universitarios y maestros de escuela. Este grupo, confiado en su propia capacidad, temía el cambio menos que la mayoría, pero muchos de ellos podían ser inducidos a apoyar la reacción por temor a los desórdenes de una revolución. Estos temores arraigaron más profundamente entre los pequeños propietarios, los pequeños comerciantes, los tenderos y los propietarios de pequeñas fincas, que constituían una clase social propicia a alarmarse ante las amenazas dirigidas a su riqueza, especialmente por parte de los anarquistas, y no vacilaban en buscarse protectores aun cuando éstos les repugnaran intelectualmente. El curso de la Segunda República vino en gran medida determinado por la oscilación de la pequeña burguesía entre las esperanzas de reforma y de renovación, y el miedo a la subversión.

La Iglesia española era una institución grande, rica y poderosa. Contaba con 80.000 sacerdotes, frailes y monjas. Nadie sabe a ciencia cierta cuántas propiedades rústicas, urbanas e industriales poseía. Se creía que la orden de los jesuitas contaba con numerosas inversiones. La Iglesia conservaba el control sobre la educación. En algunas zonas rurales, la Iglesia seguía siendo respe-

tada por todas las clases. En general las mujeres de la pequeña y gran burguesía eran profundamente devotas; entre los hombres de las clases media y alta se conservaba cierto sentimento religioso, y la mayoría de éstos apoyaban a la Iglesia como bastión del orden. Y efectivamente lo era, pues la jerarquía eclesiástica se distinguía por su profundo conservadurismo, quizás relacionado con su riqueza, no compartida por el clero parroquial, o quizás por la amenaza del ateísmo anarquista [4].

En los años 1919-1923 estalló una guerra social en Cataluña. La guerra mundial había traído la prosperidad a las regiones industriales españolas, e incluso a las zonas agrícolas. Después de la guerra decayó la demanda europea y los precios de los alimentos bajaron. Las reducciones salariales y el desempleo produjeron huelgas revolucionarias, especialmente en Barcelona. Los patronos (organizados en una federación) contraatacaron al ver disminuir sus beneficios. Intentaron contrarrestar la influencia de la CNT fundando los llamados Sindicatos Libres. Estos recurrieron al terrorismo para destruir los sindicatos anarquistas utilizando bandas de pistoleros. Los anarquistas, que trataban de derrocar la sociedad burguesa mediante la acción directa, replicaron con sus propias bombas y pistoleros. A partir de noviembre de 1920, el gobernador civil, un general, utilizó a la policía para disparar contra los sindicalistas. En 1918-1919 estallaron huelgas de trabajadores agrícolas en Andalucía, que fueron aplastadas por las tropas. El movimiento huelguístico desembocó, en Barcelona, en una guerra incontrolable entre pistoleros, y a mediados de 1923 el sindicalismo revolucionario había fracasado claramente. Estos acontecimientos provocaron el pánico entre los miembros de la clase propietaria, especialmente en las zonas afectadas por las huelgas. Como en 1936, estos temores dieron lugar a la ansiosa demanda de un gobierno fuerte que extendiera a toda España los métodos represivos de Barcelona. La dictadura militar del general Primo de Rivera fue establecida en 1923 con la aquiescencia de los hacendados [5].

Mientras tanto, en 1921, el ejército español sufría una estrepitosa derrota a manos de los rebeldes marroquíes, muy inferiores en número. Las investigaciones que comenzaron en las Cortes indicaban la parcial responsabilidad del rey Alfonso XIII. A este hecho se añadió la hostilidad que el rey comenzaba a mostrar hacia el gobierno constitucional. Las elecciones mostraban síntomas de hacerse más auténticas, de escapar del seguro control gubernamental; si se permitía que este proceso continuase, la independencia del monarca desaparecería. Como consecuencia, el rey, como muchos propietarios, estaba decidido a aceptar un nuevo tipo de gobierno. Cuando, en 1923, el general Primo de Rivera

proclamó que asumía el poder con el apoyo del ejército, el rey le nombró, sin dudar, primer ministro.

Era un ensayo parcial de lo que ocurriría en 1936, cuando el ejército diera un paso al frente para defenderse a sí mismo de las críticas y para salvar a España de la subversión. La conducta del rey hizo imposible toda resistencia gubernamental. La CNT estaba debilitada por la lucha en Barcelona, mientras la UGT, en lugar de defender la Constitución, estaba dispuesta a cooperar con la Dictadura para ampliar su propia influencia a expensas de la CNT y conseguir ventajas para aquellos a quienes representaba.

La Dictadura de Primo de Rivera no fue un período de pura reacción. El mismo dictador era un hombre afable, en ocasiones amigo de la bebida, y excéntrico. Renunció a rodearse de los atributos místicos del poder dictatorial o a tratar de mantener una aureola de distante dignidad. Mostró cierta preocupación por el bienestar material de las clases trabajadoras y, en compensación, su mandato fue aceptado por la UGT, cuyo secretario general, Largo Caballero, fue nombrado consejero de Estado. En 1926 fueron establecidos, para dirimir las disputas salariales, comités paritarios, con igual representación de trabajadores y empresarios y un presidente nombrado por el gobierno. Se emprendieron numerosas obras públicas, especialmente carreteras y pantanos. Estas actividades y la expansión internacional de los últimos años de la década de los veinte trajeron a España una prosperidad relativa.

La oposición procedía de diversos cauces. Las aspiraciones autonomistas catalanas, basadas fundamentalmente en la conciencia de que esta rica provincia era explotada por Madrid en interés de las regiones españolas más pobres, fueron aplastadas duramente; incluso se hizo un intento de suprimir la lengua catalana. Los políticos de la época parlamentaria se mostraban resentidos a causa de su exclusión del poder y del desprecio del dictador hacia ellos. A su vez, su política social suscitó la hostilidad de los pudientes. Se intentó instaurar un impuesto eficaz sobre la renta, y se formularon vagas propuestas de reforma agraria. En 1929 la cotización de la peseta comenzó a descender, lo que fue considerado como un síntoma de mala salud económica. Y, sobre todo, el ejército también se indispuso con el dictador. En 1926, Primo de Rivera atacó la independencia del cuerpo de oficiales de artillería, los cuales conservaban un sistema de ascensos independiente. Cuando éstos se le resistieron, el dictador suspendió de sus funciones a todo el cuerpo de oficiales. A pesar de la hostilidad de otros sectores del ejército hacia la artillería, este arbitrario trato para con los oficiales provocó un amplio resentimiento. El rey se oponía ya a que Primo de Rivera le desplazara

y estaba ansioso de desligarse de la creciente impopularidad de la dictadura. En enero de 1930, Primo de Rivera, conocedor de la actitud del rey, inició consultas para saber si contaba aún con el apoyo del ejército. Las tibias respuestas que recibió le indujeron a presentar su dimisión, y murió en París pocos meses después [6].

Los meses que siguieron a la caída de Primo de Rivera presenciaron los esfuerzos del rey Alfonso XIII para conservar su trono. El dictador había desplazado al rey del poder, pero éste era considerado responsable por habérselo cedido. Los intentos reales de continuar con un nuevo y menos patente dictador, el general Berenguer, no consiguieron restaurar su popularidad entre los políticos, en Cataluña o en el ejército. En la primavera de 1931, el último gobierno de Alfonso XIII permitió que se celebraran elecciones municipales, contando con que se produciría una demostración de residuales sentimientos monárquicos. Las elecciones de abril demostraron la inexistencia de tales sentimientos. Aunque las ciudades más pequeñas votaron a los monárquicos, nadie prestó atención a este esperado resultado, pues lo que realmente importaba era que prácticamente todas las grandes ciudades votaron a los republicanos. Amenazaban graves desórdenes si Alfonso XIII continuaba en el poder. El ejército no dio señal alguna de estar dispuesto a apoyar a la monarquía; sobre todo, el general Sanjurjo, influyente soldado que estaba al mando de la Guardia Civil —el más fuerte pilar del orden—, rehusó oponerse a la República. En abril, el rey abdicó y abandonó España [7].

De esta manera, la República, que fue proclamada tras la abdicación, contaba inicialmente con el apoyo, o al menos la aceptación, de los más importantes elementos de la sociedad española. La historia de los años que transcurrieron entre 1931 y 1936 es la del fracaso de este consenso; este fracaso es el acontecimiento decisivo de la reciente historia de España.

Tras la partida del rey, el poder pasó a manos de un gobierno provisional integrado por republicanos moderados y socialistas, bajo la presidencia de Alcalá Zamora, un republicano católico. Azaña, un hábil intelectual radical de la burguesía, fue nombrado ministro de la Guerra, y Largo Caballero, secretario general de la UGT socialista, ministro de Trabajo. El gobierno afrontó inmediatamente los grandes problemas: el campo, la Iglesia, el ejército. Largo Caballero dirigió sus esfuerzos a proteger a los pequeños propietarios contra la extinción del derecho a redimir las hipotecas, autorizó a los municipios a obligar a los terratenientes a cultivar sus fincas y extendió la ley de accidentes de trabajo en la industria a los trabajadores del campo. Se prohibió el empleo de trabajadores eventuales para sustituir a los huelguistas. El

gobierno anunció la libertad religiosa completa, prometió instaurar el divorcio y elaboró un programa para desarrollar un sistema escolar estatal y laico, mientras anunciaba su intención de reducir el número de órdenes religiosas. Azaña elaboró el proyecto orientado a conseguir un ejército más pequeño y más efectivo; a este fin, el número de oficiales habría de reducirse a más de la mitad. Consciente de los peligros que acechaban a quien contrariase al ejército, trató de compensar el descontento ofreciendo retiros sorprendentemente generosos a los oficiales dispuestos a abandonar el ejército: la paga completa, que se vería incrementada cuando a estos oficiales les hubiera correspondido ascender si estuvieran en el servicio activo; estas condiciones demuestran el miedo completamente justificado que sentía el gobierno hacia la hostilidad de las fuerzas armadas [8].

A fines de junio de 1931 tuvieron lugar las elecciones a Cortes —libres esta vez— que se encargarían de redactar una nueva Constitución. El resultado fue la victoria de republicanos de izquierda y socialistas. Fueron elegidos —en cifras aproximadas— 120 socialistas, 80 miembros de los grupos republicanos burgueses de la izquierda moderada, 30 nacionalistas catalanes y 20 nacionalistas gallegos. El centro estaba representado por unos 100 radicales, el grupo capitaneado por Lerroux, un partido antisocialista en materia económica pero que aún mostraba un anticlericalismo relacionado con la desconfiada hostilidad que sentían sus miembros pequeñoburgueses hacia la rica oligarquía católica. El ala derecha estaba compuesta por unos 80 diputados, incluidos cerca de 30 republicanos conservadores, 25 agrarios (provenientes principalmente de las zonas católicas de Castilla), 10 del partido conservador catalán y 14 nacionalistas vascos (católicos). La izquierda obtuvo buenos resultados, en parte debido a que el sistema electoral había adoptado un mecanismo particularmente favorable para una coalición de partidos. Pero, dentro de ella, los moderados seguidores de Azaña y otros de tendencias similares, que eran los auténticos pilares de la república democrática, resultaban representados en exceso en relación a su fuerza efectiva, ya que al parecer los miembros de la CNT votaron por ellos en vez de abstenerse o de votar por sus rivales socialistas de la UGT (por supuesto no había candidatos anarquistas).

Las Cortes votaron una constitución democrática de corte moderno y progresivo. Su parte más polémica fue el artículo 26, según el cual el Estado cesaría de contribuir a los sueldos de los sacerdotes, las órdenes religiosas podrían sólo poseer los bienes necesarios para cumplir sus funciones, todas las órdenes religiosas que pusieran en peligro al Estado serían disueltas (en la práctica se refería a los jesuitas) y las órdenes religiosas ten-

drían que cesar de ocuparse de la enseñanza. Todo ello acarreó al nuevo régimen la decidida hostilidad de la Iglesia, no solamente del Vaticano y de la jerarquía española, sino también de los párrocos en general. El primer ministro, el católico Alcalá Zamora, presentó su dimisión (pronto iba a ser elegido presidente de la República) y Azaña ocupó su lugar. El gobierno hizo un decidido esfuerzo para reemplazar las escuelas dirigidas por las órdenes religiosas y para crear nuevas escuelas. A principios de 1933 la República había construido unas 10.000 nuevas escuelas primarias. La política seguida por la Dictadura hacia las provincias periféricas experimentó un giro total: Cataluña obtuvo un gobierno autónomo y a las provincias vascas se les prometió un tratamiento similar. La reforma agraria fue legislada en septiembre de 1932. Esta autorizaba en principio la expropiación de miles de áreas pertenecientes a los latifundistas y su redistribución en explotaciones individuales o colectivas. En la práctica, la carencia de efectivos para pagar indemnizaciones y las dificultades legales de procedimiento limitaron el alcance de la reforma: alrededor de 10.000 familias pobres recibieron parcelas. Largo Caballero, como ministro de Trabajo, promulgó decretos referentes a subsidios de enfermedad, vacaciones pagadas, jornada laboral de ocho horas y salario mínimo. Las leyes de la Dictadura que establecían el arbitraje de los conflictos laborales fueron ampliadas. La representación de los trabajadores fue aumentada en los jurados mixtos, los cuales trabajaban bajo la supervisión de delegados nombrados por el ministerio (generalmente socialistas). Azaña intentó crear un ejército en el que el pueblo pudiera confiar, sin provocar la hostilidad de los oficiales en activo: ésta era una empresa casi imposible y la búsqueda por Azaña de oficiales republicanos y su pretendida manipulación de los ascensos engendraron desconfianza.

Azaña presidió el mejor gobierno que España había tenido en los tiempos modernos. Pero tal gobierno se resintió de una grave debilidad, que acarrearía la ruina de la República: su incapacidad para impedir los desórdenes. Ya en mayo de 1931, los anarquistas habían expresado sus sentimientos quemando iglesias y conventos, especialmente en Madrid y Andalucía. En julio y agosto de 1931, la CNT organizó una serie de violentas huelgas, especialmente importantes en Barcelona y Sevilla, donde el gobierno usó la artillería contra una huelga general, resultando muertas treinta personas. Estas huelgas tenían motivaciones tanto políticas como económicas, destinadas a mantener la conciencia revolucionaria de los campesinos y trabajadores de inspiración anarquista. A finales de 1931 fueron mutilados y muertos los guardias civiles de la pequeña población agrícola de Castilblanco (Badajoz). En enero

de 1932 los anarquistas se apoderaron del valle del Llobregat, cerca de Barcelona. En agosto de 1933, una parte del ejército hizo un primer intento de intervenir, no para restaurar la monarquía, sino para derrocar «la dictadura anticlerical de Azaña». El general Sanjurjo, que había sido destituido del mando de la Guardia Civil, encabezó la revuelta militar en Sevilla. La conjura había sido mal organizada, el gobierno estaba avisado de antemano, y la mayor parte de los oficiales del ejército comprendieron que su hora aún no había llegado. El alzamiento fue aplastado sin mucha dificultad y Sanjurjo fue sentenciado primero a muerte y luego a cadena perpetua. Haciendo caso omiso de este aviso de que la reacción armada seguía bien viva, los anarquistas no disminuyeron su hostilidad hacia el gobierno. En enero de 1933 algunos militantes anarquistas intentaron un alzamiento en Barcelona. Al mismo tiempo, un grupo de anarquistas se apoderó del pueblo de Casas Viejas (Cádiz). La Guardia Civil local fue sitiada hasta que llegó en su auxilio un destacamento de guardias de asalto. Los anarquistas fueron sitiados a su vez y tropas del ejército se pusieron en marcha hacia el lugar mientras aparatos de aviación sobrevolaban la zona. Los anarquistas fueron vencidos y unos 25 resultaron muertos, incluyendo a 14 abatidos a sangre fría por los guardias de asalto. Estos sucesos contribuyeron al descrédito de la República entre los católicos y los conservadores, a la par que crecía el resentimiento entre los trabajadores y campesinos. Los republicanos se debatían en un difícil equilibrio entre la violencia de la derecha y la de la izquierda [9].

En el verano de 1933, Azaña, enfrentado a la creciente obstrucción de los radicales de Lerroux, dimitió. Las elecciones se celebraron en noviembre y mostraron un claro giro a la derecha. Una nueva agrupación derechista, la CEDA (Confederación Española de Derechas Autónomas), dirigida por Gil Robles, consiguió 110 escaños, y 40 los carlistas tradicionalistas y los monárquicos, mientras los radicales de centro de Lerroux ganaban unos 100 escaños. Los partidos republicanos de izquierda sufrieron un severo descalabro, con 37 diputados en vez de 130, mientras los socialistas quedaban en 59, perdiendo casi la mitad de sus escaños. La CEDA era un partido integrado principalmente por católicos, quienes, estimulados por una amplia campaña, se decidieron a votar en gran número. El éxito fue favorecido por su coalición electoral con los monárquicos y los carlistas. Los radicales vencieron gracias a los temores de la burguesía no católica, inspirados por la historia del gobierno de Azaña. En la izquierda los partidos que apoyaban a Azaña se resintieron de la negativa de los socialistas a llegar a un acuerdo electoral; éstos estaban preocupados por la impopularidad —entre los trabajadores y los cam-

pesinos— resultante de la colaboración con la burguesía republicana. Por lo tanto, ellos también perdieron escaños. Los anarquistas se abstuvieron de votar, lo que, en comparación con 1931, debilitó a los partidos que apoyaban a Azaña.

La CEDA ofrecía un aspecto ambiguo. Muchos de sus miembros y la mayor parte de los hombres adinerados que la subvencionaban recelaban de la república democrática y todos ellos se mostraban hostiles al anticlericalismo y al desorden de los primeros años de la República. Sin embargo, es posible suponer que Gil Robles ansiaba conseguir que la derecha apoyase a la República y, consiguientemente, que la CEDA representase una fuerza estabilizadora que, en el mejor estilo liberal, apuntalaría a la República buscando victorias parlamentarias y aceptando simultáneamente de una manera pacífica las derrotas electorales sin recurrir a las armas. Es cierto que Gil Robles aceptó el parlamentarismo por lo menos hasta el punto de intentar hacerse con el poder dentro del sistema. Se ha señalado que sus convicciones democráticas no llegaban más lèjos: Gil Robles y la CEDA ganarían a España para el conservadurismo por medio del voto si ello bastara, pero animarían a la derecha a pronunciarse en caso de fracasar. De todos modos, cuando llegó la hora, no fueron Gil Robles ni los miembros de la CEDA quienes decidieron el alzamiento. En conjunto parece probable que Gil Robles, hombre cuyos éxitos provenían de la política pacífica, prefiriera continuar haciendo este juego en el que era maestro, a tratar de mezclarse en el más violento de la revuelta armada, en el cual su específico talento ya no sería necesario [10].

El gobierno progresista finalizó con las elecciones de 1933. Los radicales eran aún menos radicales que sus colegas franceses y no deseaban colaborar con los socialistas. El gobierno sólo podía apoyarse en los votos radicales y en los de la CEDA. Bajo esta coalición tuvo lugar una rápida destrucción de las innovaciones progresistas introducidas entre 1931 y 1933. Las leyes y decretos de aquellos años fueron revocados, suspendidos o ignorados. Las órdenes religiosas fueron autorizadas a continuar como antes de 1931, volviendo a sus manos todas las propiedades que les habían sido incautadas. Se suspendió la construcción de nuevas escuelas y las que estaban en manos de la Iglesia funcionaron sin ser molestadas. El Estado asumió de nuevo dos tercios de la retribución del clero. Los jurados mixtos que fijaban los salarios fueron convertidos, mediante cambios en su presidencia, en organismos para reducir los salarios; la paga de los trabajadores agrícolas descendió cerca de la mitad. Terratenientes e industriales se aprovecharon al máximo del nuevo curso de los acontecimientos. Gil Robles pensaba que las cosas habían ido demasiado lejos. Poste-

riormente afirmaría que muchos mostraron un egoísmo suicida cuando la derecha se hizo con el poder, haciendo bajar los salarios, elevando las rentas, tratando de llevar a cabo expropiaciones injustas y olvidando la triste experiencia de los años 1931-1933 [11].

Los anarquistas continuaron obrando como antes; ciertamente el gobierno de Lerroux y Gil Robles no era menos digno de ser derrocado que el de Azaña. En diciembre de 1933 estalló una revuelta en Aragón; las tropas la aplastaron rápidamente matando a 67 miembros de la CNT. En marzo de 1934, Zaragoza conoció una huelga general de cuatro semanas de duración. Simultáneamente la UGT y los socialistas evolucionaron notablemente. Bajo la dirección de Largo Caballero, asumieron un matiz claramente revolucionario. La UGT intentó organizar un frente común de trabajadores, pero la CNT rehusó el pacto, pese a lo cual en las huelgas del campo de junio de 1934, en el sur de España participaron tanto la UGT como la CNT. Los socialistas resolvieron que la entrada en el gobierno de la CEDA (que según ellos significaría el fin de los avances conseguidos en el período 1931-1933) constituiría la señal para la revuelta. El gobierno de Cataluña mantenía su propia lucha con el de Madrid, ya que este último había destruido un intento de reforma agraria para Cataluña. El 4 de octubre Lerroux formó un nuevo gobierno que incluía a tres miembros de la CEDA. En Barcelona, Madrid y Asturias surgieron revueltas. Companys, dirigente de la Esquerra, un movimiento catalán de izquierda republicana, proclamó la independencia de Cataluña en el seno de una federación española. Actuó sin el apoyo de la CNT y por tanto se vio privado del respaldo de las masas; la revuelta fue aplastada por la guarnición local, siendo arrestados sus dirigentes (juntamente con Azaña, que había tratado de impedir la revuelta). En Madrid la revuelta resultó un completo fracaso. Por el contrario, en Asturias constituyó una guerra social a gran escala. Asturias era zona de mineros y metalúrgicos. Sus sindicatos estaban muy bien organizados desde hacía mucho tiempo, y tanto la UGT como la CNT contaban con gran número de afiliados. También había algunos sindicatos comunistas que funcionaban desde 1931. Los miembros de la CNT estaban menos influidos por el rígido purismo de la FAI que los de Barcelona, mientras que los comunistas, entonces bajo las órdenes de Moscú, propugnaban la constitución de un frente común. De esta manera se hizo posible en Asturias una acción combinada entre las diversas fuerzas de la izquierda. La zona minera de Asturias estuvo dominada durante dos semanas por comités de trabajadores y se constituyó un ejército rojo.

Los generales Franco y Goded, a quienes se encargó de aplastar la rebelión, trajeron tropas de Marruecos —la Legión Extran-

jera (Tercio) y algunos regulares (moros)— para luchar contra los rebeldes. Se montó una campaña en gran escala; apenas se hicieron prisioneros en la lucha. Tras ésta, los guardias civiles y los legionarios fusilaban a los sospechosos de haber participado en la revuelta. Un equipo de torturadores indagaba sobre el paradero de armamento escondido. Nunca se sabrá con certeza el número de muertos en la intentona asturiana: las cifras oscilan entre 1.000 y 5.000. Fueron encarceladas unas 40.000 personas. El prestigio de los generales y del ejército creció sensiblemente entre los miembros de la clase adinerada: eran los salvadores de la sociedad, de un horrible destino morbosamente ilustrado con las espeluznantes anécdotas (casi todas imaginarias) de las atrocidades rojas. El movimiento hacia la unidad entre los que se oponían a la represión brutal e indiscriminada ganó fuerza en el momento en que se puso de manifiesto la verdad sobre los métodos usados por las «fuerzas del orden». La insurrección de Asturias supuso un ensayo de la guerra civil [12].

En 1935, la violenta vida política española se vio conmocionada ante un sorprendente escándalo del tipo de los que eran frecuentes en Francia, por obra y gracia de los llamados radicales. Se descubrió que un empresario de salas de juego había sobornado a varios de los más cercanos colaboradores del primer ministro radical, Lerroux. Esto hizo imposible la continuación de los radicales en la jefatura del gobierno. Parecía que entonces Gil Robles tomaría el poder sin restricciones (ya había conseguido llegar al ministerio de la Guerra, dedicándose a anular lo hecho por Azaña para republicanizar el ejército). El obstáculo era la obstinada convicción del presidente, Alcalá Zamora, de que un gobierno presidido por Gil Robles era incompatible con la supervivencia de la República. Antes de aceptar a Gil Robles, el presidente prefirió disolver las Cortes y convocar elecciones para febrero de 1936, con la esperanza de que surgiese un nuevo partido de centro para reemplazar a los desacreditados radicales.

Las elecciones tuvieron como principales protagonistas a dos grandes coaliciones. A la derecha, Gil Robles y la CEDA llegaron a un acuerdo electoral con los monárquicos, los carlistas y los agrarios (el partido de los terratenientes); la izquierda se unificó, a efectos electorales, en el Frente Popular. Este incluía a los socialistas, los demócratas burgueses de la izquierda republicana de Azaña, un grupo (capitaneado por Martínez Barrio) que se había escindido de los radicales de Lerroux cuando éste abandonó toda apariencia de genuino radicalismo, la izquierda separatista catalana y los comunistas, ahora fervientes defensores de la democracia burguesa. De este modo, como resultado del sistema electoral, la izquierda consiguió hacerse con un número de escaños parla-

mentarios sensiblemente mayor al de 1933. Aunque la FAI y la CNT, los anarquistas y los anarcosindicalistas no estaban en el Frente Popular, parece ser que la mayoría de los miembros de la CNT votaron por éste después de la lección de la revolución de Asturias y de la promesa de amnistía del Frente Popular para los numerosos militantes de la CNT que aún estaban encarcelados. El resultado fue una clara victoria de votos y una decisiva mayoría de escaños para el Frente Popular, con 278 diputados contra 134 de la derecha. Los partidos de centro vieron reducidos sus escaños a 55, quedando los radicales de Lerroux virtualmente excluidos. El grupo de Azaña consiguió 87 puestos, sus aliados de la izquierda moderada 75, los socialistas 99 y los comunistas 17 [13].

Azaña ocupó el puesto de primer ministro, siendo sustituido por su amigo Casares Quiroga cuando ocupó la presidencia, en mayo. Sus gobiernos fueron puramente burgueses, liberales y democráticos en su composición. Los socialistas rehusaron participar en ellos, pero el gobierno contaba con su apoyo en las Cortes. Esta situación era un síntoma de la división que amenazaba a los socialistas. Tras la revolución de Asturias, Indalecio Prieto había vuelto a la línea del reformismo moderado, mientras Largo Caballero, el dirigente de la UGT, abogaba sin ambages por una revolución de la clase obrera unida. Largo Caballero pregonaba que el régimen de Azaña era sólo un anticipo de la dictadura del proletariado que sería proclamada por la revolución. No existe prueba alguna de que tuviera una idea clara de cómo iba a producirse esta revolución, ni mucho menos de que hubiera forjado plan alguno para llevarla a cabo. En realidad, como había quedado claramente demostrado en 1934, la revolución era harto improbable en tanto que el gobierno pudiera utilizar el ejército y la Guardia Civil. Empero, las declaraciones y amenazas de Largo Caballero alarmaron aún más a los conservadores, ya sensibilizados por los resultados electorales, y presentaron al régimen de Azaña, ya de por sí bastante amenazador para la clase propietaria, como un precursor de tiempos aún peores. Existían otros serios temores. En el sudoeste de España el campesinado se apoderó de los terrenos baldíos pertenecientes a los latifundistas, mientras el gobierno reemprendía un proceso más ordenado para establecer a familias campesinas en los territorios expropiados. La convicción de que el gobierno era incapaz de defender el orden y la propiedad cundió entre la clase alta [14]. En junio de 1936, Gil Robles denunció los desórdenes que habían estallado desde las elecciones de febrero y sostuvo que, en cuatro meses, habían sido incendiadas 160 iglesias, se habían cometido 269 asesinatos políticos, y 1.287 personas habían sido heridas en algaradas políticas, habían

sido destruidas 69 sedes de organizaciones políticas, habían tenido lugar 113 huelgas generales y 228 huelgas parciales y habían sido atacadas 10 redacciones de periódicos. Estas afirmaciones deben ser acogidas con reservas. No era posible semejante precisión estadística, aunque las cifras puedan ser aproximadamente correctas; las huelgas «generales» eran normalmente de corta duración y siempre limitadas en su alcance geográfico. La violencia venía tanto de la derecha como de la izquierda. A menudo «las iglesias quemadas» no pasaban de ser insignificantes actos de incendiarios que no producían demasiados estragos. La verdad es que era perfectamente posible viajar a lo largo y ancho de toda España sin percibir la existencia de la «anarquía» denunciada por la derecha [15]. Más importante era el auténtico terror experimentado por la clase propietaria: el temor a que España se hundiera en un incontrolable desorden socialista era bastante ajustado a la realidad.

Los temores de la derecha generaron un movimiento hacia la violencia. La ambigua y contemporizadora política de Gil Robles dejó de ser atractiva y ganó fuerza la orientación claramente antirrepublicana encarnada por Calvo Sotelo, un hábil monárquico. Lo mismo ocurrió con la Falange, la organización fascista acaudillada por el hijo del dictador, José Antonio Primo de Rivera. Sus doctrinas eran vagas, como suele ocurrir con los movimientos de este tipo. Amalgamaban el corporativismo, la teoría de la cooperación entre las clases, en vez de la lucha de clases, y una clara afirmación de la unidad de España. Por supuesto, la Falange era profundamente antiliberal, antiparlamentaria y autoritaria. La política social al estilo mussoliniano fue probablemente tomada muy en serio por el propio José Antonio, hombre de gran atractivo y muchas virtudes, incluida la honradez, y que mostró de cuando en cuando, con gran inquietud por parte de muchos de sus partidarios, una cierta simpatía hacia el socialismo moderado ejemplificado por Prieto. No se recató en mostrar su desaprobación hacia la derecha conservadora, incluso tras las elecciones: inmediatamente después de éstas, dio instrucciones a los jefes locales para que «por nadie se adopte actitud alguna de hostilidad hacia el nuevo gobierno, ni de solidaridad con las fuerzas derechistas derrotadas... Nuestros militantes desoirán terminantemente todo requerimiento para tomar parte en conspiraciones, proyectos de golpe de Estado, alianzas de fuerzas "de orden" y demás cosas de análoga naturaleza». Esta postura no era compartida por quienes financiaban a la Falange, y cuyo apoyo aumentó tras las elecciones, ni por los decepcionados miembros del movimiento juvenil de la CEDA que se habían pasado en masa a la Falange bajo la dirección de Ramón Serrano Súñer. Estos creían en la violencia

y el contraterrorismo, no pudiendo evitar José Antonio la evolución de la milicia falangista hacia una especie de tropa de choque de la burguesía reaccionaria. En marzo la Falange fue declarada ilegal y sus dirigentes arrestados; desde entonces José Antonio admitió que el alzamiento era necesario y esperó dirigirlo, sustrayéndolo a la estrechez de miras de los militares o a la ciega reacción, pero tras su arresto en marzo nunca llegó a abandonar la prisión y los gubernamentales le ejecutaron en noviembre de 1936. Los carlistas y los monárquicos constituían otros grupos civiles proclives a intentar un alzamiento contra la República. Pero, por encima de todo, lo realmente importante era el ejército [16].

A su vuelta al poder, Azaña se había dado cuenta del peligro que existía en las fuerzas armadas y había dispersado a los sospechosos de ponerse eventualmente al frente de la rebelión: Franco y Goded, los vencedores de Asturias, fueron trasladados a Canarias y Baleares, respectivamente, mientras el general Mola, que era considerado leal, era destinado desde Marruecos a Pamplona. Sanjurjo, puesto en libertad gracias a la amnistía del gobierno de Lerroux para los implicados en el alzamiento de 1932, se hallaba en Portugal. Aunque era indudablemente el principal conspirador, Sanjurjo dejó a los otros, especialmente a Mola, el detalle minucioso de los planes para el alzamiento. Los conspiradores encontraron serias dificultades debido a los frecuentes traslados de oficiales que el gobierno efectuaba; consiguientemente, las funciones asignadas en la revuelta a aquellos que eran trasladados habían de ser cambiadas, siendo a veces necesario ganarse a los sustitutos. La necesidad de persuadir a los carlistas a que renunciaran a querer comprometer a la monarquía en la revuelta hizo que surgieran algunos retrasos. El alzamiento tuvo que ser pospuesto varias veces, pero los acuerdos definitivos fueron adoptados hacia finales de junio y fueron nombrados los jefes de la revuelta para cada distrito militar y cada guarnición local. El 11 de julio un avión privado despegaba de Inglaterra, fletado para un propósito desconocido: éste no era sino trasladar a Franco a Marruecos. Los monárquicos y los falangistas fueron informados en términos generales y su cooperación quedó asegurada. El 13 de julio un notable acontecimiento vino casualmente a aumentar el clima de desorden que constituía por entonces la principal excusa para los militares rebeldes: Calvo Sotelo (a la sazón jefe efectivo de la oposición en las Cortes) fue muerto a tiros por oficiales de la Guardia de Asalto, como reacción contra el asesinato de un oficial suyo a manos de los falangistas. En aquel momento, Mola despachó las últimas órdenes para la rebelión: ésta empezaría en Marruecos a las cinco de la tarde del 17 de

julio, habiendo de estallar en el territorio peninsular dentro de las veinticuatro horas siguientes [17].

El alzamiento comenzó en la tarde del 17 de julio en Marruecos, quedando los puntos clave en poder de los rebeldes doce horas después. Durante los días 18 y 19 de julio, España quedó dividida en dos partes, ya que los pronunciamientos militares estallaron en numerosas ciudades. En general, los conspiradores militares pudieron conseguir el apoyo de los oficiales, con vacilaciones que condujeron al fracaso del alzamiento en algunas zonas. En Madrid muchos oficiales permanecieron leales al gobierno, bien por convicción o bien por miedo a que el alzamiento fracasara, ya que los intentos republicanos de colocar oficiales fieles en los puestos de responsabilidad habían conseguido allí cierto éxito. En general la Guardia Civil apoyó el pronunciamiento y la Guardia de Asalto le hizo frente. En todas partes encontró la decidida oposición de los trabajadores organizados. Sobre todo, los rebeldes fracasaron en Madrid y Barcelona.

El gobierno realizó desesperados intentos para evitar la guerra civil. En la noche del 17, el primer ministro, Casares Quiroga, se negó a distribuir armas entre las organizaciones de trabajadores y el 18 la mayor parte de los gobernadores civiles de las grandes ciudades se negaron igualmente, lo cual contribuyó en muchos casos al éxito de los rebeldes. Tras los acontecimientos del 18 de julio, Casares Quiroga dimitió y Martínez Barrio fue nombrado su sustituto para llevar a cabo un último intento de evitar la incipiente guerra. Sus conversaciones telefónicas con los rebeldes —la más importante la sostuvo con el general Mola— no consiguieron detenerla. El 19 de julio Martínez Barrio dimitió a su vez para ser reemplazado por un gobierno de resistencia bajo las órdenes de José Giral. El mismo día fueron distribuidas armas al pueblo y la guerra civil comenzó. El 21 de julio el balance inmediato de la rebelión estaba claro. Los rebeldes controlaban alrededor de un tercio de España, aproximadamente los territorios situados al norte de una línea imaginaria que, desde la frontera con Portugal al sur del Tajo, cruzaba las montañas situadas al norte de Madrid, y se alargaba, hacia el sudeste, a Teruel para alcanzar el nordeste hasta un punto situado a mitad de camino de la frontera francesa. Al sur de esta zona los rebeldes controlaban Sevilla y Córdoba y la zona de Cádiz. En el norte los leales controlaban las Vascongadas, Santander y Asturias, pero estaban desconectados del resto de la España controlada por el gobierno.

Casi tres años llevó a los rebeldes la conquista de España, ya que la guerra no terminó hasta finales de marzo de 1939. Distinguimos cuatro fases principales en esta victoria: 1.° hasta octu-

bre de 1936, en que las tropas rebeldes de Marruecos (la Legión Extranjera y los moros) conquistaron la zona sudoccidental de España, a lo largo de la frontera con Portugal, y avanzaron por Toledo hacia Madrid, sin poder tomar la capital; 2.º de abril a octubre de 1937, cuando fueron conquistados los territorios republicanos del norte, las Provincias Vascongadas, Santander y Asturias; 3.º de marzo a abril de 1938, en que los rebeldes se dirigieron hacia la costa mediterránea al sur del Ebro, aislando a Cataluña de las provincias centrales y septentrionales, controladas por el gobierno; 4.º de diciembre de 1938 a marzo de 1939, con la conquista de Cataluña y el hundimiento de la resistencia en la España central. Sin embargo, la guerra estuvo lejos de ser una victoria ininterrumpida para los rebeldes. El éxito de la resistencia republicana en Madrid desde noviembre de 1936 hasta marzo de 1937 culminó en la derrota de los italianos en Guadalajara durante el mes de marzo. Los leales ganaron las batallas de Brunete y Teruel en julio y diciembre de 1937 y la del Ebro en julio de 1938, pero sus victorias ocurrían en batallas defensivas o constituían éxitos tácticos en el ataque que carecían de importancia estratégica a causa de la incapacidad de sus fuerzas para explotar la brecha abierta.

Los ejércitos rebeldes eran inferiores en número a aquellos que puso en pie el gobierno, pero estaban mejor equipados y contaban con muchos más oficiales profesionales para adiestrarles y dirigirles. La ayuda extranjera fue decisiva para el triunfo de Franco. En el período crucial de la guerra civil había en España de 60.000 a 70.000 soldados italianos. Alemania puso a disposición de Franco la «Legión Cóndor»: tropas especializadas, equipadas con material moderno, incluyendo aviones de todos los tipos, tanques y artillería antitanque. La misma Alemania vendió también (a crédito) grandes cantidades de material a España. Tanto los alemanes como los italianos participaron en la instrucción de las fuerzas españolas. Su ayuda comenzó tan pronto como estalló el alzamiento, pero no hay prueba alguna de que alemanes o italianos estuvieran implicados en la preparación de éste, ni de que hubieran dado promesa alguna de ayuda por adelantado. Sin embargo, es cierto que los rebeldes podían esperar confiadamente en recibir algún tipo de ayuda italiana. Mussolini la había prometido a los monárquicos en caso de producirse la rebelión en 1934, siendo posible que la noticia del alzamiento de 1936 fuera enviada a Roma por adelantado [18].

En el campo gubernamental, los ejércitos fueron creados poco menos que de la nada. En los primeros momentos de la guerra, las tropas leales se componían de los guardias de asalto, un puñado de guardias civiles y, sobre todo, las milicias voluntarias

de la clase trabajadora. Estas últimas constituían «columnas», estrechamente relacionadas con un grupo político o sindical. Estos hombres no estaban sujetos a disciplina alguna, ni a las órdenes del gobierno central. Tales unidades carecían virtualmente de utilidad en el campo de batalla, excepto en la defensa contra ataques frontales o defendiendo ciudades sitiadas, donde el entusiasmo por la causa no quedaba invalidado por la falta de conocimientos tácticos. Constituían la base para un ejército, no un ejército dispuesto para ser empleado. Incluso así, a ellos, con ayuda de algunos oficiales profesionales, se debió en gran medida la defensa de Madrid frente a las veteranas tropas de Franco en noviembre de 1936. Sólo a partir de finales de 1936 se creó un ejército capaz de llevar a cabo una acción coordinada en el campo de batalla, cuando las milicias de cada partido fueron persuadidas u obligadas a renunciar a su independencia. El más efectivo de los cuerpos milicianos dependientes de algún partido fue el «Quinto Regimiento», formado por comunistas; desde el primer momento los comunistas insistieron en la necesidad de la disciplina en la guerra. El gobierno recibió ayuda exterior en menor volumen que sus enemigos. A España no vinieron unidades completas para luchar al lado del gobierno, pero en su lugar llegaron auténticos voluntarios de Europa y América, deseosos de luchar contra el «fascismo». En su mayor parte, integraron las brigadas internacionales, organizadas bajo la dirección de comunistas extranjeros. Estas unidades constaban probablemente de unos 15.000 hombres, aunque en determinados períodos esta cifra se vio incrementada [19]. Por otra parte, la única ayuda exterior efectiva para el gobierno vino de Rusia (Francia, tras deshacerse de algunos aviones anticuados al estallar la contienda, proclamó inmediatamente su «no intervención» en el conflicto, y lo siguió a rajatabla). Aquí se trataba de un problema de material, no de hombres. Ciertamente había rusos en España y sus actividades eran muy importantes, pero éstos eran oficiales, consejeros e instructores, además de algunos pocos pilotos y tanquistas. Probablemente el número de rusos que lucharon en España no sobrepasó nunca la cifra de 500. Sus ventas de material constituyeron para las fuerzas gubernamentales la más importante fuente exterior de aprovisionamiento; las cifras concretas son aún motivo de discusión ya que los rusos se mostraron siempre extremadamente discretos sobre estos envíos y el propio gobierno español no tenía tampoco una idea exacta de su cuantía. Pero parece que por lo menos fueron enviados a España desde Rusia unos 240 aviones y 730 tanques [20]. Con estos materiales se constituyó un ejército republicano de unos 600.000 hombres.

¿Cuáles eran los motivos de la lucha? No resulta difícil enunciar los propósitos de los rebeldes: defender los privilegios del ejército, de los terratenientes y de la Iglesia. Los rebeldes no se preocuparon por dar a este simple objetivo un embellecimiento ideológico, lo cual se debió a la aparición del general Franco como jefe indiscutible de la España nacionalista. La ascensión de Franco fue accidental: el general Sanjurjo resultó muerto cuando se dirigía a tomar posesión de la jefatura del Estado rebelde; Mola era impopular y los derechistas civiles más capacitados, Calvo Sotelo y José Antonio Primo de Rivera, habían muerto. El 29 de septiembre, la junta militar eligió a Franco «jefe de gobierno», comenzando a denominarse «Jefe del Estado» el 1 de octubre. Franco fue un político extremadamente astuto y cauto, dotado de una ambición totalmente exenta de ideales o pasiones. Reconoció la necesidad de mantener un partido con camisas azules, desfiles y confusas doctrinas sociales (aunque sólo fuera para demostrar que España formaba parte de la moderna Europa de Hitler y Mussolini); muchas de estas cosas desaparecerían cuando se hizo necesario demostrar que Franco podía integrarse en la Europa de la OTAN y el Mercado Común. Fue lo suficientemente hábil como para permitir a los falangistas armar ruido sin permitir que fueran tomados en serio. José Antonio hubiera exigido que se prestara cierta atención a la Falange. Franco la obligó a unirse con los carlistas que teóricamente eran diametralmente opuestos, colocando esta amalgama bajo su jefatura y encarcelando al entonces jefe de la Falange[21]. Así, un conservadurismo de ideas estrechas, desprovisto de todo ropaje idealista, se convirtió en el espíritu de la victoriosa rebelión mucho más claramente cuando Franco asumió su jefatura que en los comienzos de aquélla. Para defender a las clases privilegiadas era necesario instaurar un régimen de «orden», es decir, un régimen que sofocase las libertades de todos aquellos que no pertenecieran a dichas clases. Apenas se hizo algún pequeño intento para conseguir adhesión popular para la causa rebelde, sustituyendo ésta por el terror para conseguir la aceptación de las masas. El «Fuero del Trabajo» de marzo de 1938 constituyó la sola excepción. Anunciaba un mecanismo para fijar los salarios en la industria y protegía los derechos de los arrendatarios; pero los trabajadores de los latifundios quedaban al margen de su protección. Las disposiciones de abril sobre reforma agraria daban prioridad a la restitución a sus iniciales poseedores de las tierras ocupadas por los campesinos, durante la guerra o con anterioridad a ésta[22].

En la zona del gobierno republicano la situación era más compleja. Los seguidores de Franco hablaban persistentemente de su empresa como una «cruzada contra los rojos». Resulta claramente

imposible tachar de «rojo» al gobierno de Azaña y Casares Quiroga, contra el que se alzaron: no era sino un régimen liberal blandamente progresista, al que los anarquistas y los socialistas de izquierda de Largo Caballero amenazaban con la revolución social. La rebelión del ejército puso en marcha la inminente revolución social. Cuando el gobierno se vio privado del ejército y de gran parte de la policía, la revolución no pudo ser contenida por más tiempo. En consecuencia sería más correcto decir que el alzamiento provocó una revolución social, que describir a éste como una reacción de la sociedad frente a la revolución social. En los primeros meses de la guerra, la autoridad del gobierno central desapareció virtualmente en la España leal. Excepto en las Provincias Vascongadas, las funciones de gobierno fueron asumidas por comités en los cuales los sindicatos constituían la fuerza dominante. Los tribunales ordinarios de justicia dejaron de funcionar, siendo reemplazados por todo tipo de improvisados tribunales, los registros judiciales fueron frecuentemente destruidos y los presos puestos en libertad. Algunos funcionarios fueron encarcelados, otros ejecutados. Centenares de iglesias y conventos fueron incendiados o dedicados a fines profanos. Resultaron muertos varios millares de sacerdotes, frailes, monjas y miembros de las clases más ricas. Los comités revolucionarios controlaron los aprovisionamientos y servicios públicos y crearon unidades de milicianos para luchar contra el enemigo. En las ciudades, especialmente en Barcelona, expropiaron las industrias y comercios, incluidos los de reducida escala. En el campo, se apoderaron de las tierras, que fueron cultivadas colectivamente o distribuidas entre los campesinos. En los tres meses que siguieron al inicio de la rebelión, se verificó en España el más amplio, logrado y espontáneo intento de revolución «desde abajo» que se recuerda. Tuvo rasgos admirables: en muchos sitios se consiguió una difícil combinación del culto de la dignidad y libertad humanas con los intentos de lograr la igualdad económica. También tuvo rasgos terribles: sobre todo la sangre derramada y la violencia (ya que, por supuesto, había muchos seguidores de la rebelión en la España gubernamental), violencia que unas veces expresaba la inquietud anarquista de purgar a la sociedad de la escoria, y otras no era sino la obra de vagos y criminales [23].

Esta revolución dentro de la zona dominada por el gobierno sólo pudo ser detenida cuando Largo Caballero fue nombrado primer ministro en septiembre de 1936. Este debía su posición a la confianza de las masas trabajadoras, confianza que había logrado gracias en parte a su defensa de la revolución, sirviéndose de esta popularidad para frenarla. Pronto descubrió que resultaba imposible hacer la guerra a un ejército cada vez mejor

equipado y entrenado sin una disciplina en el ejército republicano y en la retaguardia, lo cual suponía un gobierno que fuera capaz de gobernar. A tal conclusión llegaron también otros: en noviembre, cuatro anarquistas de la CNT se unieron al gabinete, en un sorprendente abandono de sus bases ideológicas iniciales. El Partido Comunista luchó más que nadie para frenar el desorden e incluso para anular los resultados del proceso revolucionario iniciado en el verano de 1936.

Los comunistas, que contaban con una tradición de rígida disciplina, comprendieron la necesidad de adoptar las restricciones propias del tiempo de guerra. La doctrina del Komintern recomendaba entonces la formación de amplios frentes antifascistas, recomendación que se acomodaba al caso español y requería un compromiso con la democracia burguesa. La política exterior de la Unión Soviética consistía en buscar la cooperación de las democracias occidentales contra el fascismo, posponiendo la revolución proletaria en estos países. La España republicana necesitaba urgentemente la ayuda de Inglaterra y Francia; y si continuaban los desórdenes de 1936 resultaba improbable conseguir la ayuda de estas naciones. Dentro de España los comunistas crecieron en fuerza e influencia, no sólo porque eran eficientes, sino porque trabajaban en asociación con los que suministraban la ayuda exterior. En los últimos meses de 1936 fue reclutada una fuerza policial y las escuadras de las organizaciones obreras comenzaron a integrarse en las fuerzas armadas gubernamentales. El gobierno, continuamente espoleado por una vigorosa presión comunista, se convirtió en el defensor de los pequeños y medianos campesinos y de los pequeños capitalistas. Así se produjo una curiosa situación en la que los comunistas propugnaban el retorno a un gobierno liberal eficaz, que resultó ser más fuerte que los gobiernos de antes de la guerra (ya que contaba con una fuerte base de adhesión popular). Se ha aducido que este gobierno liberal no era sino una farsa, una pantalla tras la cual los comunistas movían todos los hilos, argumento que tiene aún mayor consistencia durante el período del gobierno de Juan Negrín, que sustituyó a Largo Caballero en la primavera de 1937 hasta el definitivo hundimiento de la España republicana.

Es cierto que el gobierno no controlaba completamente las actividades de los propios comunistas. Estos crearon su propia maquinaria del terror y la utilizaron vigorosamente contra sus enemigos específicos (por ejemplo, contra los disidentes comunistas). La campaña contra los milicianos del POUM en Barcelona en 1937 estuvo a cargo de los comunistas más que del gobierno. Los consejeros rusos interferían en la puesta en práctica de los planes gubernamentales si éstos no habían sido aprobados por los comu-

nistas. Sin embargo, sería una exageración afirmar que Negrín era sólo un títere del partido. En cualquier caso, la influencia comunista no se basaba en la aceptación de los objetivos de los comunistas a largo plazo, sino en el hecho de que la Rusia soviética era la única que prestaba una ayuda efectiva. La mayoría de los seguidores de los comunistas lo fueron únicamente durante el transcurso de la guerra; el predominio de los comunistas era provisional. Nadie puede predecir lo que hubiera ocurrido si la República hubiera ganado la guerra; incluso en este último caso, parece lícito pensar que la causa de los republicanos no habría sido la de los «rojos» sedientos de sangre, sino la de la democracia, la libertad y el progreso ordenado.

La guerra supuso una considerable sangría de vidas humanas, las más se debieron no a bajas en el combate, sino al terror practicado en ambas zonas. Todas las cifras que se refieren a la guerra de España no pasan de ser meras tentativas de aproximación. El profesor Jackson ha sugerido un total de 580.000 muertos. Esta cifra incluye únicamnte 160.000 muertos directamente atribuibles a acciones de guerra. Los restantes 420.000 se atribuyen a acciones políticas (fusilamientos y enfermedades contraídas en prisión). Jackson asigna únicamente 20.000 de estos fallecimientos o ejecuciones a la responsabilidad de los republicanos, correspondiendo no menos de 400.000 a las acciones llevadas a cabo por los nacionalistas, tanto durante la guerra como después de ésta. Thomas establece un total de casi 600.000 muertos con una proporción más alta de muertos en el campo de batalla y una sensible reducción del total de las ejecuciones en el lado rebelde (40.000 como máximo durante la guerra)[24]. Lo único que está claro es que en ambos bandos se llevaron a cabo numerosas ejecuciones. En la zona republicana, la mayoría de ellas fueron el resultado del estallido revolucionario del verano de 1936; en el sector rebelde, una alta proporción fue debida a las matanzas efectuadas en el sudoeste del país durante y después de su conquista en 1936. Franco contaba con efectivos escasos y con una extensa población a la que controlar, en la que no confiaba; el método que parecía más sencillo consistía en matar a todo dirigente potencial de la oposición. A partir de entonces, fue utilizado el mismo método en la zona nacionalista durante la guerra, y en el resto de España tras el fin de ésta. De esta manera las ejecuciones y matanzas de la zona franquista tenían un significado distinto al de la mayoría de aquellas que se desarrollaban en la zona gubernamental. En la primera se trataba de asesinatos en masa organizados, o al menos aprobados, por las autoridades constituidas; en la segunda, las matanzas eran el resultado de disturbios revolucionarios, combatidos e incluso sofo-

cados por el gobierno, aunque nunca eliminados. En ambas zonas, estas muertes eran esencialmente el resultado de una guerra en la que la población no estaba dividida geográficamente, sino por clases y creencias, de manera que todas las zonas contenían muchos posibles «traidores» a los ojos del grupo dominante[25].

La guerra civil española es descrita frecuentemente como la primera fase de la segunda guerra mundial. Esto quiere decir una de estas dos cosas: que la segunda guerra mundial fue una guerra de ideologías y que estas ideologías tuvieron ocasión de enfrentarse violentamente por primera vez en España, o que la hostilidad de Franco hacia los aliados afectó seriamente el curso de la lucha de éstos contra Alemania y sus satélites. La idea de la guerra como parte de una gran lucha global entre el Bien y el Mal fue extremadamente sugestiva para los intelectuales y para muchos demócratas idealistas; ello explica en gran parte la tendencia hacia el comunismo en Inglaterra y los Estados Unidos en estos círculos, a los ojos de los cuales los comunistas parecían ser los únicos que oponían una seria resistencia al fascismo que Franco encarnaba provisionalmente. El punto débil de este argumento es que los «fascistas» alemanes eran muy distintos de los «fascistas» españoles y que el tipo de sociedad que Inglaterra y los Estados Unidos trataban de defender tenía también bien poco que ver con la sociedad de la España republicana durante la guerra civil. En lo que respecta al segundo razonamiento, es cierto que la España de Franco creó muchos inconvenientes a los aliados, pero Franco no llegó a suponer una amenaza decisiva, dado que permaneció neutral durante la conflagración. Consecuentemente, a nivel militar, no valía la pena para los aliados cambiar su posición en España. Franco fue lo suficientemente astuto como para no dejarse envolver en un conflicto abierto con Inglaterra y los Estados Unidos, lo que le permitió sobrevivir a la segunda guerra mundial.

11. Alemania de 1919 a 1939

El gran interrogante de estos años es: ¿cómo consiguió Hitler asegurarse el control de Alemania? Alemania fue el único país avanzado, tanto en su nivel de vida como en su nivel cultural, que cayó en manos de una irracional dictadura. La explicación más plausible está en las fluctuaciones económicas del período transcurrido entre 1918 y 1933 y sus consecuencias políticas y sociales. Está claro que la oposición a la democracia sube y baja de acuerdo con la mayor o menor prosperidad.

Durante estos años dos graves desastres económicos se cernieron sobre Alemania: la desbocada inflación de 1923 y la depresión de 1930-1933. Las causas de la gran inflación se analizan en otro lugar. Hasta 1923 la inflación estuvo asociada a una cierta prosperidad. La masa de dinero en circulación creó un alto nivel de demanda y, en cuanto se hizo evidente que estaba en marcha una drástica inflación, los que tenían dinero se mostraron cada vez más deseosos de convertirlo rápidamente en bienes con un valor real. De esta manera se estimuló aún más la inversión y el consumo. La producción industrial aumentó rápidamente mientras el paro desaparecía. En 1922, el promedio de parados registrados era sólo de 77.000. En 1923, la ocupación francobelga del Ruhr, consecuencia ella misma en parte de la inflación, y la resistencia pasiva que la siguió, condujeron al aislamiento económico de la región del Ruhr. La financiación de la resistencia pasiva trajo como consecuencia el definitivo colapso del marco. Los estímulos económicos de la inflación cesaron cuando el marco cayó hasta perder todo su valor. Cuando se hizo evidente que el intercambio de mercancías por dinero implicaba casi con toda seguridad una pérdida para el vendedor, ya que el valor del dinero se esfumaba, las transacciones normales se hicieron difíciles o imposibles. Así, pues, la producción descendió en 1923 y el paro creció rápidamente. Por tanto, los años transcurridos hasta finales de 1922 supusieron un cierto beneficio para Alemania en general; 1923 fue un año muy distinto.

La inflación provoca una redistribución de la riqueza. Una violenta inflación provoca una violenta redistribución, con el correspondiente y violento sentimiento de injusticia que se experimenta conforme se ven defraudadas las expectativas. La inflación su-

puso un beneficio para los productores y, sobre todo, para los propietarios directos de los medios de producción y una pérdida para los que poseían bienes con un valor monetario fijo y para los que dependían de salarios fijos. Los asalariados mantuvieron su posición relativamente, con fuertes fluctuaciones en sus ingresos reales en la medida en que la inflación se aceleraba. Sin embargo, las frecuentes huelgas dirigían sus esfuerzos para mantener el nivel de sus salarios reales: en los años transcurridos entre 1919 y 1922 se perdió un promedio anual de 23 millones de jornadas laborales a causa de las huelgas. Aun así, hubo ocasiones en que los salarios quedaron muy a la zaga de los precios —períodos de beneficios extraordinarios para los patronos— y, excepto durante un corto período de tiempo en 1921, los salarios reales permanecieron por debajo del nivel de 1913. Los trabajadores asalariados resultaron mucho más afectados. Por ejemplo, en 1922, los sueldos de los más altos funcionarios gubernamentales apenas rebasaron un tercio de su nivel real de 1913. Durante el período de inflación los pensionistas se vieron reducidos a condiciones de extrema miseria. Sobre todo aquellos que habían prestado dinero a interés fijo quedaron arruinados. Podían recuperar sus créditos en papel sin valor. En vez de hallarse en posesión de una renta segura, se encontraron con que no tenían sino papel inútil. La legislación de la «revaluación» de 1924 y 1925 no restituyó más que, como mucho, una cuarta parte de su valor original a dichos préstamos. Los prestamistas se arruinaron, los prestatarios se enriquecieron. Todo aquel que antes de la inflación o durante ésta fue capaz de conseguir en préstamo una suma fija de dinero y de convertirla en bienes sólidos no hizo de hecho sino apoderarse de los recursos de aquellos que le concedieron los créditos. Hasta cerca del final los bancos continuaron prestando dinero a los hombres de negocios en unas condiciones que no tenían en cuenta los efectos de la inflación en todo su alcance. De esta manera, la inflación condujo a un auge de la inversión, algunas veces sin coste alguno para los propietarios. Los fabricantes dedicados a la exportación hicieron grandes beneficios ya que el descenso en la cotización internacional del marco fue un proceso más rápido que el aumento de los precios interiores alemanes. Junto con los exportadores, también hicieron grandes fortunas los simples especuladores, especialmente en el mercado internacional de divisas. Es cierto que algunas de esas fortunas demostraron su fragilidad cuando la inflación llegó a su fin; muchas de las inversiones productivas del período de inflación perdieron toda competitividad cuando retornó la normalidad, produciéndose entonces numerosísimas quiebras. Una vez más, el efecto general de la inflación fue transferir la riqueza de un sector de

la pequeña burguesía cauto, prudente y ahorrativo, a los industriales, hombres de negocios, especuladores y aventureros [1].

A finales de 1923 se puso fin a la inflación con la creación del nuevo marco. Hasta 1926 siguió un difícil período de transición. El efecto inmediato de la estabilización fue poner fin a la ilimitada demanda de bienes del período de la inflación. Inmediatamente la actividad económica decayó sensiblemente y el paro aumentó, afectando a más de la cuarta parte de los trabajadores a finales de 1923. Sin embargo, una vez que se puso en vigor el plan Dawes, a mediados de 1924, renació la confianza internacional en el marco y los préstamos internacionales empezaron a afluir a Alemania, atraídos por los altos tipos de interés. Con el fin de la protección contra la competencia exterior que la inflación trajo consigo y con el nuevo rumbo de los intercambios exteriores, la industria alemana tuvo que enfrentarse a dos problemas. Uno, consistía en modificar el equilibrio de la producción industrial para hacer frente al modelo de posguerra de demanda interior y mundial, problema menos agudo en Alemania que en Inglaterra, pero importante en industrias como la de los astilleros y la del carbón. El otro era el resultado de la naturaleza de algunas de las inversiones del período de inflación, muchas de las cuales resultaron antieconómicas en condiciones competitivas normales. De aquí que los últimos años de la década de los veinte fuera un período de «racionalización», con un alto nivel de paro que alcanzó su punto culminante en 1926. Sin embargo, la producción industrial se incrementó después de 1926, en 1927 superó el nivel de la preguerra y continuó ascendiendo hasta principios de 1929. Las ganancias de los obreros aumentaron en cerca de un tercio entre 1925 y 1929.

En 1929 comenzó la depresión. El crecimiento económico de los últimos años de la década de los veinte estaba basado en los préstamos exteriores, sobre todo de los Estados Unidos. El *boom* de la bolsa en Nueva York hizo que disminuyera la afluencia de capitales en 1929 y que se produjera el fenómeno inverso a medida que el hundimiento se aproximaba. Así, los capitales se fueron de Alemania durante los años 1930-1931. El resultado fue que se redujo la inversión en Alemania y se crearon las condiciones para una crisis de gran envergadura en la balanza exterior de pagos. El marco se vio sometido a presiones. El gobierno respondió adoptando violentas medidas deflacionarias para mantener bajos los precios en el interior de Alemania y conservar la cotización de la divisa. Se excluyó la devaluación, imponiéndose un superávit presupuestario ante el temor de que la devaluación hiciera renacer la inflación. Bajo el gobierno Brüning, en 1930-1932, los sueldos de los funcionarios fueron reducidos en una

quinta parte y se impuso una reducción salarial del 10 al 15 por 100, mientras se aumentaron los impuestos y se redujeron los subsidios de paro. La demanda de productos industriales se vio por tanto reducida por la fuga de capitales, el descenso de la demanda de exportaciones resultante de la crisis económica a nivel mundial y la deliberada política gubernamental. La producción industrial descendió a cerca de un 58 por 100 de su nivel de 1928-1929. El paro afectó a seis millones o más de trabajadores: en julio de 1932 cerca de la mitad de todos los miembros de los sindicatos carecían de trabajo. Entretanto, la agricultura alemana se hallaba cercana al colapso. A pesar de los aranceles proteccionistas, los precios de los alimentos producidos en el interior de Alemania eran considerablemente reducidos. En 1930, los productos agrícolas alemanes se vendían a precios superiores en un 13 por 100 aproximadamente a los de 1913, mientras los precios de los bienes de consumo en general habían aumentado en un 60 por 100. Los agricultores se hallaban de nuevo cargados de deudas pese a la aprobación de las antiguas deudas contraídas durante la inflación, y se veían en dificultades ante la exigencia de devolver los préstamos. Hacia 1932, la producción agrícola alemana fue vendida sólo al 65 por 100 del nivel alcanzado en 1928.

Estas violentas fluctuaciones y las penalidades que trajeron consigo habrían puesto a prueba la capacidad de supervivencia de cualquier gobierno, aunque se basara en una larga tradición y en el respeto de los ciudadanos. La república democrática de Weimar era nueva y no era respetada. Estaba asociada a un período de depresión cuyas desventuras le hacían acreedor de una desfavorable comparación con el confiado progreso de los años de antes de la guerra. Pero su endeblez era debida a algo más que esto. La derrota de Alemania en 1918 es el punto crucial. La república democrática fue la consecuencia de una revolución que había impuesto la desmembración de la Alemania guillermina y la abdicación del emperador. Esta revolución había sido provocada por la derrota, derrota que fue una sorpresa. Hasta los últimos meses de la guerra, sus organizadores profesaron una completa confianza en la victoria. En 1918 se impuso a Rusia una paz victoriosa, y se lanzó una ofensiva en Francia con éxito aparente. Cuando la derrota llegó, pareció que algo debía haber ido mal. Este «algo» presentaba un aspecto diferente para la izquierda y para la derecha alemanas. Para la izquierda, era evidente que el pueblo alemán había sido descarriado y engañado por militares irresponsables y sus aliados de las altas clases sociales; para la derecha, la impresión era que el ejército alemán no había sido derrotado en absoluto: la revolución era la que había provocado la derrota, y no al revés. Para la izquierda, el pueblo alemán se

había visto envuelto en sufrimientos y pérdidas de vidas humanas en una guerra conducida por unos embusteros sin escrúpulos.

Por tanto, si algo había de malo en la revolución de 1918-1919 era el no haber sido lo suficientemente revolucionaria. La influencia de las antiguas clases gobernantes, terratenientes, capitalistas y oficiales de carrera, no había sido desarraigada. En vez de destruir esta clase, los fundadores de la república habían pactado con ella. Este planteamiento explica la fuerza del Partido Comunista alemán durante el período de Weimar. Dicha fuerza se veía aumentada por la creencia de que aquélla era una república de hombres de negocios y para hombres de negocios y que ésta era la explicación del desastre económico. La derecha elaboró un esquema explicativo completamente diferente. Las penalidades de Alemania se debían a los extranjeros, a las iniquidades del tratado de Versalles, y, sobre todo, a las reparaciones de guerra. Esta opinión tenía cierta plausibilidad, especialmente en 1923. Así pues, los que habían firmado este tratado y los que estaban dispuestos a respetarlo o a buscar la amistad de las potencias occidentales victoriosas eran unos traidores, cuya influyente posición no era sino el resultado de la revolución democrática. Todos los buenos alemanes debían ser nacionalistas y apoyar el resurgir del poderío alemán; no debían ser débiles, transigentes ni internacionalistas. La derrota había traído la miseria a Alemania; las consecuencias de la derrota no debían ser aceptadas pasivamente. Más aún, la derrota en sí era puesta en duda. ¿Es que el ejército alemán había sido acaso derrotado realmente? La respuesta era que no lo había sido, que había sido apuñalado por la espalda por demócratas, socialistas y pacifistas, todos ellos defensores de la democracia republicana. El colapso de 1918 fue un colapso a espaldas de los ejércitos, que lucharon victoriosamente hasta que la subversión civil minó sus fuerzas. Aquí seguía una prólija explicación. Los «criminales de noviembre» eran los culpables de la derrota de Alemania y de las consecuencias de ésta: la imposición a Alemania de penalidades sin fin por sus adversarios extranjeros. Esta hipótesis no fue en manera alguna una invención de Hitler, aunque él fue quien más claramente la expuso; era familiar entre los miembros de la derecha alemana desde los comienzos de la república de Weimar.

Los únicos partidarios sinceros de la república democrática eran los socialdemócratas junto con un puñado de intelectuales burgueses que formaban el Partido Democrático Alemán (DDP). El Partido Socialdemócrata (SPD) creció antes de la guerra hasta convertirse en el más importante: en 1912, había conseguido el 35 por 100 de los votos del *Reichstag*. En este proceso de crecimiento, el SPD había pasado de ser un grupo revolucionario a

convertirse en una institución reformista que proyectaba conseguir el cambio social ganando votos pacíficamente en vez de utilizar la agitación y la violencia. En 1914 el SPD votó en favor de la guerra y aceptó la tregua política mientras ésta durase. Sus dirigentes empezaron a ser tratados como asociados del gobierno imperial cuando menos. Sin embargo, la oposición a la guerra creció en importancia dentro del partido, lo que condujo en 1917 a la expulsión de sus elementos de izquierda y a la formación de un Partido Socialdemócrata independiente (USPD). El SPD participó en el gobierno del príncipe Max de Baden de octubre de 1918, establecido a petición del alto mando del ejército para conseguir un armisticio. En noviembre, la revolución, propagándose a partir del amotinamiento de la Marina, estalló en las ciudades. El 9 de noviembre, las masas de obreros marcharon hacia el centro de Berlín. En respuesta, el SPD se apoderó del gobierno y proclamó la república. Los dirigentes del partido, Ebert y Scheidemann, no habían sido los autores de esta revolución. Por el contrario, trataron de que ésta no fuera demasiado lejos. Al día siguiente Ebert consiguió el apoyo del alto mando del ejército para resistir al «bolchevismo». Esta limitación de la revolución no fue bien recibida por la izquierda del USPD, especialmente por el sector que se escindió en diciembre para formar el Partido Comunista alemán (KPD). Durante los dos meses siguientes, el gobierno se dedicó a restaurar el orden con ayuda del ejército. Este último contaba a cambio con que se le permitiera sobrevivir, es decir, perpetuar el antiguo ejército, con los mismos prejuicios sociales y políticos. Sería difícil saber quién sacó mayor partido de la negociación; prácticamente, el ejército regular no era susceptible de ser utilizado en los disturbios populares, dada la actitud de las tropas, y Ebert renunció a toda posibilidad de crear una fuerza militar en la que la república pudiera confiar. Pero, en cambio, los oficiales del ejército organizaron los *Freikorps* de voluntarios, especialmente excombatientes, la mayor parte de los cuales se mostraban decididamente hostiles al socialismo, que aplastaron la revolución radical en la primavera de 1919. El alto mando sabía lo que estaba haciendo; necesitaba la pantalla socialdemócrata para protegerse de la hostilidad de la clase obrera mientras se reconstruía un ejército.

El tratado de Versalles estableció que el ejército habría de componerse de soldados que servirían durante un largo período de tiempo, limitándose a 100.000 el número de sus miembros. El resultado fue el nuevo *Reichswehr,* que se convirtió en un cuerpo elitista. Sus organizadores se consagraron a la tarea de conseguir oficiales y hombres capaces, pero hombres, y más aún oficiales, cuidadosamente escogidos entre aquellos elementos de

la sociedad que proporcionaran un material «idóneo». Así pues, los oficiales fueron reclutados entre las clases altas y la clase de tropa entre hombres apolíticos. En consecuencia, el ejército reflejaba sus prejuicios sociales y políticos. El principal creador del *Reichswehr,* el general von Seeckt, calificaba al Parlamento como «el cáncer de nuestra época». Luchó para crear un ejército que se mantuviera al margen de los partidos, incluso «por encima» de ellos. Lo que esto parecía implicar era que el ejército habría de actuar en apoyo de los intereses «nacionales», interpretados por el propio ejército, en vez de ponerse a las órdenes de políticos «no nacionales». Seeckt tuvo la impertinencia de decir a Stresemann en 1923, «señor Canciller, el *Reichswehr* marchará a su lado si usted sigue la vía alemana» [2].

Esta actitud se puso claramente de manifiesto en marzo de 1920 durante el *putsch* de Kapp. Se trataba de una revuelta contra el nuevo «sistema» que era apoyada por muchos de los hombres del *Freikorps,* disconformes con su licenciamiento, por oficiales excluidos del *Reichswehr,* por los que habían retornado de la aventura báltica de 1919 y por monárquicos descontentos. Se puso de manifiesto que sólo un puñado de oficiales estaba dispuesto a defender a la república y al gobierno por la fuerza de las armas. Seeckt anunció con firmeza, mientras los golpistas marchaban sobre Berlín, que «nunca permitiría que Berlín presentara el espectáculo de sus soldados luchando unos contra otros con municiones reales». Está claro que la alianza entre el gobierno y el ejército, encarnada en las actividades de Noske como ministro de Defensa, marchaban en una única dirección. El gobierno apoyaba al ejército; el ejército no apoyaría al gobierno. O, más bien, el ejército no lucharía por la república contra la derecha, aunque sí se podía contar con él contra los desórdenes de la izquierda. El *putsch* de Kapp fue derrotado por una huelga general, virtualmente una victoria individual de los socialdemócratas y sus aliados en los sindicatos, que entonces se hallaban en la cumbre de su fuerza. El *Reichswehr* permaneció al margen. Sin embargo, cuando la huelga se prolongó en algunas regiones, especialmente en el Ruhr y en Sajonia, y provocó la petición de que ejército y gobierno se radicalizasen, el ejército aplastó los consiguientes disturbios con toda energía. Ciertamente jamás hubo peligro alguno de subversión de la república por parte de la izquierda durante la totalidad del período de Weimar; la socialdemocracia y el ejército se encargaron de que fuera así. Cuando en marzo de 1921 tuvo lugar un intento de alzamiento comunista, la policía reprimió los desórdenes que se produjeron en Prusia, Sajonia y Hamburgo, únicamente con la ayuda de una sola unidad de artillería, aunque otras fuerzas del *Reichswehr* se

mantenían alerta. Los llamamientos comunistas no tuvieron impacto sobre la mayoría de los trabajadores alemanes [3].

En 1923, año de la gran inflación y de la ocupación del Ruhr, se llegó al momento culminante de los primeros años de lucha republicana. Parecían inminentes la guerra civil y la disolución del *Reich* alemán. Varios grupos amenazaban con la revuelta: los separatistas de Renania, una amalgama de fuerzas por la derecha y los comunistas por la izquierda. El *Reichswehr* y la socialdemocracia se enfrentaron con los comunistas; los separatistas fracasaron al no encontrar apoyo en sus propias zonas; la derecha fracasó igualmente debido a sus disensiones internas. En Moscú, el Komintern, ante la miseria y desesperación de la Alemania de 1923, llegó a la conclusión de que debía iniciarse la revolución proletaria. Sería posible unir a la clase trabajadora bajo la dirección de los comunistas. (Existía una base en la Alemania central, en Sajonia y en Turingia, donde los gobiernos socialdemócratas estaban colaborando con los comunistas locales para crear bandas armadas que establecieran un centro de resistencia frente a cualquier violencia reaccionaria. En octubre, los comunistas consiguieron participar en el gobierno de estos Estados.) La intención fue proclamada abiertamente. El periódico del KPD publicó el 10 de octubre una carta firmada por J. Stalin que comenzaba así: «La revolución que se aproxima en Alemania es el acontecimiento mundial más importante de nuestro tiempo.» El 14 de octubre, la *Zentrale* del KPD pidió a los trabajadores que se prepararan para «una batalla que establecería un gobierno de todo el pueblo trabajador en el *Reich* y en el exterior». El gobierno, comprensiblemente, actuó en primer lugar. Podía contar con el completo apoyo del ejército contra tales manifestaciones izquierdistas. El comandante del *Reichswehr* en Sajonia recibió instrucciones para pedir la total cooperación del gobierno sajón. El 21 de octubre, refuerzos del *Reichswehr* se dirigieron hacia Sajonia. Los socialdemócratas se negaron a unirse al KPD en la resistencia, y a finales de mes, el presidente, el socialdemócrata Ebert, invocando la situación de emergencia prevista en el artículo 48 de la Constitución, suspendió en sus funciones al gobierno del Estado sajón, sustituyéndole por un *Reichskommissar*. En Turingia se siguió un proceso similar. Todo esto se desarrolló de forma completamente pacífica. La revolución comunista se redujo a un abortado alzamiento en Hamburgo durante los días 23 a 25 de octubre. Una vez más las masas trabajadoras no dieron su apoyo y el alzamiento fue reprimido por la policía, unidades navales e incluso algunas formaciones del SPD, con algún derramamiento de sangre [4].

El primer movimiento por parte de la derecha fue un intento de un nuevo *putsch* similar al de Kapp. Vino precedido por el llamamiento a la resistencia pasiva en el Ruhr contra los franceses, acción que fue considerada por los extremistas como una traición. El *Reichswehr* había respondido a la invasión del Ruhr con intentos de fortalecer el potencial defensivo de Alemania por medio de la creación de fuerzas semiclandestinas vagamente relacionadas con el *Reichswehr,* constituidas en gran medida por elementos de los antiguos *Freikorps,* y por medio de una mayor colaboración con las numerosas organizaciones paramilitares de tipo «nacional». Uno de los oficiales del «*Reichswehr* negro» y antiguo seguidor de Kapp, el ex mayor Buchrucker, se propuso derrocar la República. Doscientos hombres intentaron hacerse con la sede del gobierno en Berlín el 29 de septiembre, pero el *Reichswehr* los rechazó con facilidad. Sin embargo, las fuerzas de Buchrucker tomaron Küstrin y la ciudadela de Spandau el 1 de octubre. El *putsch* de Buchrucker fue aplastado por unidades locales del *Reichswehr.* Seeckt quedó muy ofendido por estos irresponsables disturbios. Por mucho que simpatizase con los propósitos de los conjurados, no podía menos que deplorar los métodos que éstos utilizaban. Reconoció que se necesitaban prudencia y cautela para conseguir los «fines nacionales». Ninguna causa nacional debía ser defendida por una guerra civil [5].

Baviera suponía una amenaza de desórdenes mucho más seria. Aquí el gobierno del Estado era de derechas. El partido católico, el Partido Bávaro del Pueblo (BVP), tenía un carácter claramente más reaccionario que el que distinguía al Partido del Centro en el *Reich* en general. En consecuencia la Ley para la Protección de la República del verano de 1922, destinada a reprimir los actos de violencia contra la república, no tuvo una aplicación efectiva en Baviera. Esto era en parte una manifestación del separatismo bávaro, y en parte también la consecuencia del descontento que la derecha bávara sentía hacia los jefes del gobierno del *Reich,* así como de las sospechas que en 1923 abrigaba este sector respecto al desarrollo de los acontecimientos en Sajonia y Turingia. La consecuencia fue que Baviera se convirtió en un santuario de la oposición extremista y violenta a la democracia republicana. En Baviera se hallaban concentrados muchos hombres de los *Freikorps* y varios grupos «patrióticos» militares, el más notable de los cuales era el Partido Obrero Nacionalsocialista Alemán de Hitler (NSDAP o nazis). Este combinaba un violento nacionalismo con doctrinas racistas, amalgamando ambos elementos con un nebuloso anticapitalismo. En Baviera las fuerzas locales del *Reichswehr,* sobre todo la séptima división, se encontraban en una situación particularmente precaria al tener que enfrentarse a sus pro-

pios aliados nacionalistas, debido especialmente además al hecho de que los nazis contaban en el ejército bávaro, entre los oficiales más jóvenes, con muchas simpatías. En septiembre de 1923, el gobierno bávaro, preocupado por su pérdida del control de la situación y por las actividades comunistas en Sajonia y Turingia, declaró el estado de emergencia y concedió plenos poderes a Gustav von Kahr. Inmediatamente el gobierno del *Reich* proclamó el estado de emergencia en todo el país y concedió a su vez plenos poderes al ministro de la Guerra, Gessler, lo que en la práctica equivalía a concedérselos a Seeckt como jefe supremo del *Reichswehr*. En octubre, después de que un periódico nazi, el *Völkische Beobachter* de Munich, atacase violentamente a Seeckt acusándole de ser un instrumento de los judíos, von Lossow, comandante en jefe de las fuerzas del *Reichswehr* en Baviera recibió órdenes de Berlín para que clausurara dicha publicación. Una vez que hubo consultado con Kahr, Lossow se negó a hacerlo. Lossow presentó la dimisión, que Kahr se negó a aceptar. A finales de octubre Lossow puso de manifiesto en una conferencia en Munich que lo que él proponía era marchar sobre Berlín en colaboración con los grupos patrióticos y proclamar una dictadura nacional. A principios de noviembre, un emisario de Kahr, el coronel von Seisser informó a Seeckt en Berlín de que la opinión reinante en Baviera y el objetivo de Kahr era la creación de una dictadura nacional sin parlamento, capaz de adoptar drásticas medidas contra las turbas socialistas. Seeckt replicó: «Este es también mi propósito, pero para mí las cosas son mucho más difíciles.» La actitud de Seeckt es significativa. Consideraba a Kahr, Lossow y los nacionalistas bávaros, no como enemigos comparables a los comunistas, sino como amigos equivocados. Seeckt escribió a Kahr el 5 de noviembre, asegurándole que los comunistas de Turingia, en la frontera de Baviera, estaban siendo castigados por las fuerzas del *Reichswehr*. En cuanto a la situación bávara, se pedía a Kahr que no hiciese nada que pudiera desencadenar una guerra civil en Alemania. Seeckt precisó que,

«no se debe poner al *Reichswehr* en una posición en la que tenga que luchar por un gobierno que es ajeno a él, contra personas que profesan las mismas convicciones que el ejército. Por otra parte, el *Reichswehr* no puede permitir que grupos irresponsables y sin autorización alguna intenten instaurar un cambio por la fuerza.»

Kahr y Lossow vacilaron; tal vez el *Reichswehr* se opusiera a una marcha bávara sobre Berlín [6].

Esto no era suficiente para Hitler, que no tenía intención alguna de continuar siendo un agitador de segunda categoría en

Baviera. El 8 de noviembre, fue interrumpido un discurso que Kahr dirigía a un grupo de notables en el Bürgerbräukeller en Munich. Empuñando una pistola, Hitler anunció que la revolución nacional había comenzado. Formó un gobierno nacional, en el que Ludendorff fue nombrado ministro de Defensa, Lossow comandante del *Reichswehr* y Kahr regente de Baviera. Hitler se reservó para sí mismo la «dirección política». Una vez a salvo de Hitler y su pistola, las dudas de Kahr y Lossow renacieron. Esa misma noche denunciaron el *putsch*. Al día siguiente, los rebeldes marcharon sobre el centro de Munich, contando con que no encontrarían resistencia. No fue así: la policía bávara abrió fuego sobre la columna. Los rebeldes se dispersaron. Este fracaso tuvo un efecto permanente en la táctica de Hitler. Nunca volvería ya a arriesgarse a ir contra las autoridades; intrigaría y amenazaría pero no se arriesgaría a luchar. Se concedieron oficialmente poderes a Seeckt para actuar bajo el estado de emergencia en el *Reich,* convirtiéndose provisionalmente en dictador. Durante los meses siguientes, hasta que Seeckt abandonó sus prerrogativas a finales de febrero, existen pruebas de que determinados elementos de la derecha conservadora le presionaron para que tomase abiertamente el poder e inaugurase una dictadura militar. Seeckt rehusó; no parece que ni entonces ni más tarde los oficiales como Seeckt deseasen gobernar Alemania directamente. Se limitarían a intrigar entre bastidores, quejándose de la manera en que se gobernaba a Alemania; no se podía contar con ellos para que defendieran a la república contra las amenazas de la derecha, pero en sí mismos no constituían una amenaza directa para la democracia republicana [7].

El problema bávaro se resolvió gracias al fracaso de Hitler. Kahr y Lossow desaparecieron al pasar a la reserva. El *Reichswehr* de Baviera se integró en el *Reichswehr* de Alemania. El movimiento separatista en Renania era simplemente un aspecto del problema de la política francesa hacia Alemania. En octubre tuvo lugar una serie de declaraciones separatistas en varias ciudades renanas, instaurándose varios gobiernos que consiguieron un apoyo mínimo de la población local. Se veía claramente que no constituían sino un solapado experimento francés que se vino al traste junto con el resto de la política de Poincaré de mano dura hacia Alemania.

De esta manera la república conservó su unidad en 1924, tras años de sufrimientos y muertes, algunas de las cuales constituyeron asesinatos deliberados llevados a cabo por organizaciones o individuos nacionalistas. Erzberger fue asesinado en 1921 y Ratheneau en 1922, acusados ambos de la «traición» que suponía cualquier tipo de negociación con los países occidentales. Entre

1918 y 1922 tuvieron lugar no menos de 354 asesinatos de individuos menos importantes [8]. Después de 1924, la república evolucionó hacia un período de consolidación y de creciente estabilidad, que comenzó a desmoronarse después de 1929, evolución estrechamente ligada al rumbo que tomaba la economía. El proceso se ilustra en parte por el resultado de las elecciones al *Reichstag*.

El rasgo que más llama la atención durante los años 1924-1928 es la fuerza cada vez mayor de los socialdemócratas, los más firmes defensores de la democracia republicana, y la creciente pérdida de importancia de los nazis. En la derecha conservadora, el Partido Nacionalista Popular Alemán (DNVP) languideció entre finales de 1924 y 1928. Este era el partido de la más pura reacción, el partido de los terratenientes y los campesinos que dependían de ellos y de algunos elementos del mundo de las altas finanzas; el partido que por encima de todo anhelaba un retorno a las condiciones de antes de 1914 y la dominación política de una élite social. Estaba apoyado por unos votantes que miraban hacia las alturas con respeto en vez de intentar conseguir la igualdad y mejores oportunidades. Aún más significativa, como síntoma de la aceptación de la república, fue la tendencia de por lo menos un sector de este partido a aceptar el régimen republicano. Esto fue en gran medida la obra del más grande estadista alemán de estos años, Stresemann, que demostró cómo la fuerza, la prosperidad y el prestigio alemanes podían ser reconstruidos dentro del marco republicano. Muchos nacionalistas no eran capaces de entender las sutilezas de su política; algunos sí lo eran, actuando con realismo al comprender que la industria alemana sustentaba la política de prosperidad de Stresemann. El plan Dawes de 1924 requería que una enmienda constitucional autorizase la adopción de las medidas previstas en dicho plan en orden a la utilización de los ferrocarriles alemanes para que pudieran ser ofrecidos como garantía. Cincuenta y dos diputados del DNVP votaron en contra de esta medida en el *Reichstag,* pero 48 lo hicieron a favor. En enero de 1925 cuatro nacionalistas entraron en el gobierno formado por Luther, después de prometer su adhesión a la república y a la política exterior de Stresemann. Siguieron en sus puestos hasta octubre de 1925, fecha en que su partido, al no compartir la identificación de éstos con los logros de Stresemann en Locarno, les obligó a que se retirasen. Sin embargo, en enero de 1927 los nacionalistas volvieron una vez más a formar parte del gobierno, durante el cuarto gabinete de Marx, esta vez después de una aceptación explícita de los acuerdos de Locarno, permaneciendo en el gobierno hasta que la coalición se deshizo en la primavera de 1928. La república quedó

RESULTADO DE LAS ELECCIONES AL «REICHSTAG» DE 1924 A 1932
(en miles de votos)[9]

Fecha de la elección	4-5-24	7-12-24	20-5-28	14-9-30	31-7-32	6-11-32
Individuos con derecho al voto	38.375	38.987	41.224	42.958	44.211	44.374
Abstenciones y votos nulos	9.093	8.697	10.470	7.987	7.329	8.903
Partidos						
NSDAP	1.918	907	810	6.383	13.769	11.737
DNVP	5.697	6.206	4.382	2.458	2.177	2.959
Agrarios y otros partidos de derechas de menor importancia	666	545	1.025	2.373	552	510
DVP	2.728	3.049	2.680	1.578	436	661
Partido económico	530	639	1.388	1.362	147	110
Partido estatal del centro	1.665	1.920	1.479	1.322	372	336
DDPI y BVP	4.861	5.226	4.658	5.187	5.782	5.325
SPD	6.009	7.881	9.153	8.578	7.960	7.248
USPD	235	99	—	—	—	—
KPD	3.693	2.709	3.265	4.592	5.283	5.980
Partidos regionales y grupos minoritarios	608	708	956	683	219	353
Grupos escindidos	662	401	958	455	185	252

aún más reforzada con la elección del mariscal de campo von Hindenburg como presidente de la república en 1925. Esta estaba muy lejos de ser la intención de quienes le seguían, pero la presencia a la cabeza de la república de esta prestigiosa reliquia de las glorias monárquicas, el salvador de la Prusia oriental de 1914, provocaría una concentración de las fuerzas de la derecha al lado de la república, especialmente entre lo elementos del *Reichswehr*. Hindenburg tenía un acendrado sentido del deber, y mientras éste le dictó que debía apoyar la Constitución, así lo hizo. El gobierno sólo fue capaz de desembarazarse de Seeckt en 1926 gracias a la presencia de Hindenburg. Desgraciadamente, cuando Hindenburg empezó a preguntarse en qué consistía su deber, lo que ocurrió después de 1930, su debilidad temperamental y su indecisión, junto con sus prejuicios de hombre de derechas le convirtieron en presa propicia para los conspiradores antirrepublicanos [10].

El hombre de más talla entre todos los que apoyaban la república democrática era Stresemann. Era el miembro más destacado del Partido Alemán del Pueblo (DVP), sucesor del antiguo Partido Liberal Nacional. Este había sido siempre más «nacional» que «liberal», y Stresemann no constituía una excepción entre sus miembros. En 1920 aceptó el *putsch* de Kapp. Sin embargo, a su muerte, en 1929, él era el pilar fundamental de la Constitución. Sin duda ello era en parte debido al poder que la república puso en sus manos, en parte a que muchos antirrepublicanos no consiguieron entender su política exterior, y también en parte porque era más probable que una Alemania republicana y democrática lograse sus objetivos por los métodos a que aspiraba su política exterior. Stresemann, con sus solos medios, se las arregló para que su partido, que era de derechas y fundamentalmente no republicano, pudiera ser considerado hasta su muerte un partido republicano. Esto tenía su importancia, ya que éste era el partido del comercio y la industria. Su influencia superaba a su fuerza electoral, debida en gran medida a un sector de la clase media que identificaba sus propios intereses con los del éxito capitalista. Sin embargo, tras la muerte de Stresemann el partido volvió cada vez más hacia un antirrepublicanismo de matiz derechista [11].

Es difícil hacer generalizaciones acerca del Partido del Centro y su aliado a nivel del *Reich,* el Partido Bávaro del Pueblo. Este partido se basaba simplemente en el catolicismo romano. Su composición social variaba en las diferentes regiones. Contaba con su propia izquierda y su propia derecha. Su propósito fundamental era luchar por la Iglesia. Esto, desde la época de Bismarck, equivalía a cooperar con los gobiernos a cambio de determinadas concesiones. El centro continuó siguiendo esta táctica durante la

época de Weimar, siendo un partido que trataba de estar al lado del gobierno en vez de enfrentarse a él. De hecho, el centro estuvo representado en todos los gobiernos del *Reich* desde 1919 a mayo de 1932. En Prusia el centro gobernaba en coalición con los socialdemócratas. De esta manera el Partido del Centro se encontró con que su postura en el régimen republicano era mucho más fuerte de lo que lo había sido en la Alemania imperial, sintiéndose satisfecho de colaborar con aquél. La coalición prusiana suponía la anulación de los temores a la socialdemocracia y provocó el deseo del Partido del *Reichstag* de impedir allí ningún conflicto violento con el SPD. Sin embargo, no se podía contar con el centro para luchar hasta el fin en defensa de la democracia: en último caso intentaría negociar con la fuerza que fuera dominante.

El Partido Económico, el otro partido no socialista de cierta importancia, constituía un grupo de presión de los pequeños comerciantes. En cuanto a sus dirigentes, defenderían la Constitución mientras ésta durase, y en cuanto sus electores, la abandonarían cuando hubiera probabilidades de que fracasara.

Así pues, la democracia republicana pareció desarrollarse en un clima de mayor seguridad durante los últimos años de la década de los veinte. El DNVP dio el primer paso atrás. Después de las pérdidas que sufrió en las elecciones de 1928, algunos de sus dirigentes llegaron a la conclusión de que lo que se necesitaba era una violenta oposición al sistema, en vez de una colaboración con él. Hugenberg era el principal portavoz de este punto de vista. Fue elegido presidente del partido en octubre de 1928. Era un hombre ambicioso y sumamente rico que había sacado buen provecho de la inflación. Controlaba una cadena de periódicos y una empresa cinematográfica. La dificultad a la que Hugenberg se enfrentaba era que tanto él como su partido eran demasiado abiertamente elitistas y plutocráticos para obtener un fuerte apoyo de las masas: necesitaban un demagogo. Ahora bien, había un hábil demagogo disponible quien, a su vez, necesitaba apoyo financiero. Hitler y Hugenberg entraron en contacto y, en septiembre de 1929, lanzaron un ataque conjunto contra el plan Young para el pago de las reparaciones. Ambos elaboraron una «ley contra la esclavización del pueblo alemán», para ser sometida a un plebiscito. En ella se negaba la culpabilidad de Alemania en la guerra, y se pedía el fin de las reparaciones y el castigo de los traidores de la administración del *Reich* si ésta aceptaba el plan Young. Esta maniobra no obtuvo un gran éxito, y la «ley para la libertad» fracasó; como protesta por las maniobras de Hugenberg, doce diputados del DNVP dimitieron y el conde Westarp renunció a la dirección del partido en el *Reichstag*. Hugen-

berg ganó poco; Hitler, en cambio, ganó mucho. Los recursos financieros y publicitarios con que Hugenberg contaba permitieron a Hitler aparecer como una figura nacional en compañía «respetable». Desde octubre de 1929 en adelante, los nazis comenzaron a ganar votos en las elecciones estatales [12].

Esto fue el preludio de los grandes triunfos electorales de los nazis en 1930-1932, lo cual convertiría al nacionalsocialismo en el principal problema de la política alemana. En septiembre de 1930, éste pasó a ser el segundo partido del *Reichstag* y en julio de 1932 el más importante. ¿Por qué? Simple cuestión de cifras; de 37 millones de votantes, los nazis obtuvieron 13 millones de votos en julio de 1932. De las cifras expresadas se deduce claramente que los votos nazis provenían esencialmente de dos fuentes, los partidos no socialistas y los nuevos votantes. En comparación con las elecciones de 1928 los partidos que no eran de izquierdas y los partidos católicos (Centro y BVP) perdieron cerca de ocho millones de votos en julio de 1932; además, en estas elecciones votaban por primera vez seis millones de personas, la mitad de las cuales eran personas que no se habían molestado en votar en 1928, y la otra mitad nuevos electores, es decir, jóvenes. En términos generales, los partidos de izquierdas conservaron su número de votos, aunque una parte considerable de los del SPB pasaron a los comunistas. (En las numerosas elecciones de 1932, se produjo también un cierto trasvase de votos del partido comunista al nazi, y viceversa, ya que era a estos dos partidos a los que recurrían fundamentalmente los descontentos.) Los partidos católicos eran inamovibles. Los partidos que perdieron los votos que fueron a parar a los nazis fueron aquellos cuyos electores (no necesariamente sus dirigentes) provenían de la pequeña burguesía en las ciudades y de la clase media, granjeros y campesinos en el campo. El apoyo rural al nazismo fue importante: en julio de 1932 los seis distritos electorales (de un total de 35) que dieron un porcentaje más elevado de votos nazis contaban con un elevado promedio de habitantes que dependían de la agricultura [13].

Ciertamente el único distrito electoral que presentó una abrumadora mayoría electoral nazi (antes de que Hitler se convirtiera en canciller) fue Schleswig-Holstein, una región esencialmente rural. Se han extraído interesantes conclusiones del análisis del recuento electoral y de la estructura social de este distrito. En este caso el principal apoyo a los nazis provenía de las zonas en las que predominaban los pequeños propietarios y granjeros y en las que, en gran medida, no llegaba a existir una tajante división de clase entre ricos propietarios y granjeros de una parte, y trabajadores asalariados de otra. Donde se daba esta división,

los ricos tendían a permanecer fieles a los antiguos partidos conservadores, mientras los trabajadores votaban por los partidos «marxistas». Los nazis parece que tuvieron más éxito entre los partidarios de la defensa de la propiedad privada dentro de una comunidad sin clases, socialmente unificada. Sobre todo los pequeños granjeros y propietarios agrícolas tuvieron que enfrentarse a la ruina cuando los precios agrícolas se hundieron a finales de los veinte, época en la que se produjo una contracción en los créditos. Las ventas de ganado o de pequeñas propiedades bajo la presión de los acreedores o los recaudadores de impuestos eran usuales después de 1928. Los nazis expresaban su hostilidad hacia los grandes bancos y el «capitalismo financiero judeo-internacional», nebulosa pero conveniente víctima propiciatoria para explicar todos los males. Prometían facilidades de crédito, tipos de interés más bajos, aranceles más altos, y menos impuestos, e insistían en que los agricultores constituirían en el III *Reich* una clase privilegiada [14].

Está claro que la crisis económica tuvo una importancia crucial. En las zonas urbanas su impacto fue mayor sobre las masas de los parados pertenecientes a la clase trabajadora. La clase media alemana también sufrió. El paro no se limitó a los trabajadores industriales, sino que se extendió a los empleados que se negaban a identificarse con el proletariado y el SPD. La caída de la demanda afectó a tenderos, artesanos y pequeños comerciantes. Su posición era extraordinariamente delicada, ya que las grandes inflaciones habían destruido los ahorros. La política deflacionaria gubernamental condujo a una contracción del crédito que hizo aún más vulnerables los pequeños negocios. Consiguientemente los miembros de la mencionada clase quedaron enfrentados no solamente al peligro de perder las comodidades de que disfrutaban, sino al temor de que su *status* quedara reducido; lo temible era quedar reducido al rango de la clase obrera. Al mismo tiempo, este tipo de individuos se hallaba resentido con los socialistas y atemorizado frente a los comunistas. Existía la vaga creencia de que los socialistas eran responsables del incremento de los impuestos y de la contribución a la seguridad social, que los pequeños patronos habían de pagar sin perspectiva alguna de beneficio para ellos. Los intentos sindicales de mantener los niveles salariales obtenían una repulsa superior a la normal, en un momento en que la presión sobre los beneficios alcanzaba su punto álgido. El incremento de los votos del KPD era observado con alarma; se pensaba que los comunistas proletarizarían a la pequeña burguesía con mayor eficacia aún que la depresión. El vago anticapitalismo que profesaban los nazis ofrecía perspectivas más risueñas. Se acabaría con «la esclavitud de los intereses» y de alguna ma-

nera el crédito se convertiría en algo más fácil de obtener. Se lucharía con los grandes almacenes, terror de los pequeños tenderos. Los aspectos más dañinos de la competencia serían suprimidos sin necesidad de un control estatal de tipo socialista: los nazis hablaban del desarrollo de un corporativismo gremial e insistían en la belleza e importancia del artesanado, lo que era atractivo para los pequeños empresarios.

En cuanto a la amenaza constituida por los «marxistas», los nazis dejaban bien sentado que la eliminarían. Sin embargo, los burgueses de tierno corazón no tenían por qué temer que un ataque a los socialistas y comunistas fuera un ataque a los obreros. Por el contrario, los nazis proclamaban su decisión de poner fin al paro y conseguir el bienestar de los obreros en una sociedad libre de los engaños «marxistas». No se debe pasar por alto el elemento idealista existente en el apoyo concedido a los nazis. Proponían una sociedad de cooperación y armonía en oposición a otra en la que predominaban los conflictos de clases y el egoísmo individual. La oferta de ventajas materiales iba acompañada de exhortaciones al sacrificio y al sentido del deber. Alemania alcanzaría así la salud física y espiritual. En el llamamiento nazi había un fuerte elemento de tipo «boy scout». Las mezquinas disputas de los políticos de partido serían superadas en un todo más grande.

Los nazis ofrecían por encima de todo vigor y acción. Pelearían, lucharían, traerían algo nuevo y diferente. Sus enérgicas y continuas campañas políticas estaban dirigidas a dar esta impresión. El gobierno de Brüning no podía contrarrestarla. (Brüning fue canciller entre 1930 y 1932.) El propio Heinrich Brüning era frío y carente de atractivos, sin carisma para las masas. La situación política le hacía depender en la práctica del visto bueno del SPD, pero, al mismo tiempo, no le permitía proclamar esta dependencia o colaborar con el SPD para presentar un programa de acción conjunta. Entre los enemigos de los nazis, los partidos no nazis luchaban de manera dispersa. Ninguno de ellos podía esperar formar un gobierno parlamentario por sí solo y este hecho hizo que sus propósitos parecieran inconsistentes. El SPD se vio obligado a mantener una postura defensiva y sumamente conservadora, aunque a diferencia del Partido Laborista británico, con quien tenía grandes similitudes, insistía en un marxismo teóricamente revolucionario en su doctrina.

Había además un nacionalismo nazi, eficazmente ligado a una serie de denuncias del «sistema». El referéndum para la aprobación del plan Young de 1929 permitió a Hitler difundir el argumento de que el plan impuesto por los extranjeros acarrearía a Alemania múltiples sufrimientos; lo cierto es que estos sufri-

mientos se habían materializado. Hitler proclamó que la aceptación del plan por el gobierno constituía una dócil aceptación del dictado extranjero. Esta idea estaba muy difundida durante la depresión; por ejemplo, en 1931 se mantuvo la asombrosa teoría de que la devaluación británica era un deliberado artificio para arruinar a Alemania, y en 1932 el gobierno tuvo que desmentir públicamente que la supresión de las SA nazis fuera una imposición francesa. La dedicación de Brüning a la política exterior fortaleció la creencia de que las miserias de Alemania venían impuestas desde el extranjero, y la oposición francesa al proyecto de unión aduanera austroalemana, la moratoria de Hoover y la conferencia de Lausana lo confirmaron. Alemania debía despertar de su letargo, desprenderse de sus grilletes y luchar por la libertad.

Por consiguiente, los votos nazis pueden ser explicados, si bien las explicaciones no son completamente convincentes. Muchos de los votantes nazis, tal vez la mayoría de ellos, eran gentes razonables y respetables. El Partido Nazi no era ni razonable ni respetable y este hecho era evidente en 1932. Se proclamaba abiertamente el antisemitismo, que iba mucho más lejos de la vehemencia que el anticapitalismo pudiera inspirar, aunque no llegó a sugerirse la exterminación de los judíos. Se predicaba y se practicaba abiertamente la brutalidad y la violencia. Hitler exclamó en el juicio de tres oficiales nazis del *Reichswehr* en septiembre de 1930: «Puedo asegurarles que cuando la lucha del movimiento nazi conozca la victoria existirá también un tribunal de justicia nazi, la revolución de noviembre de 1918 será vengada, y rodarán las cabezas.» Un asesino, Edmund Heines, aparecía en la plataforma del partido [15]. Las SA incluían entre sus miembros a elementos visiblemente desacreditados, y provocaban luchas callejeras. Solamente en Prusia se produjeron, en junio y julio de 1932, 461 desórdenes políticos, en los cuales resultaron muertas 82 personas y 400 aproximadamente gravemente heridas [16]. El apoyo masivo a la causa nazi sólo puede ser interpretado como un lamentable síntoma de la funesta manera en la que pueden comportarse unos seres humanos atemorizados. Una importante contribución a este desvarío la constituyó la conducta que la derecha alemana, respetable y conservadora, observó hacia la república, especialmente el sector del DNVP que cayó bajo la influencia de Hugenberg y, sobre todo, la violencia de las diatribas que aparecían repetidamente en la prensa de éste. De esta manera, la idea de la violencia como un arma legítima contra la democracia fue defendida durante años y años por muchos de los dirigentes naturales de la opinión pública alemana.

Durante los años 1930-1933 los gobiernos no sólo tuvieron que enfrentarse a los millones de votos nazis y a una falange de

diputados del mismo partido en el *Reichstag*. Los nazis declararon que eran revolucionarios. Aunque Hitler y la dirección del partido insistían en que llegarían al poder por medios legales, era razonable suponer que los nazis podían intentar hacerse con el poder por la fuerza si no podían hacerlo de otra manera. En este sentido, las SA constituían un arma para los nazis. Su fuerza durante estos años parece haber alcanzado los 400.000 hombres. Eran una fuerza organizada al estilo militar, provista de un uniforme con camisas pardas pero principalmente destinada a la lucha callejera y a los alborotos políticos. No contaban con una preparación militar seria y su armamento no era de gran importancia, excepto en algunas zonas cercanas a la frontera oriental. Sin embargo, constituían una fuerza que los gobiernos habían de tener en cuenta.

Existían dos métodos para tratar con los nazis; intentar ganárselos haciéndoles tomar parte, de alguna manera, en las responsabilidades gubernamentales o tratar de mantenerlos fuera del gobierno resistiendo cualquier intento por su parte de desafiar esta exclusión. El último gobierno que intentó la última alternativa con alguna consistencia fue el presidido por Brüning, canciller entre 1930 y 1932. Su nombramiento fue una de las más tempranas consecuencias de la gran depresión. Desde 1928 hasta la primavera de 1930 Alemania estuvo gobernada por un gabinete presidido por Müller, un socialdemócrata, que se basaba en una mayoría compuesta por los miembros de la llamada «gran coalición» que incluía a los socialdemócratas (SPD), demócratas (DDP), Partido del Centro, el Partido Bávaro Popular (BVP) y el Partido Alemán del Pueblo (DVP). Este gobierno cayó debido a los desacuerdos surgidos entre el DVP y el SPD acerca del método correcto de tratar el problema del creciente paro. En términos generales, el DVP deseaba reducir los subsidios de paro y recaudar las sumas crecientes que, en todo caso, hubiera que invertir en concepto de tales subsidios por medio de impuestos o contribuciones que no perjudicasen a los contribuyentes adinerados ni a los empresarios. El SPD, y sobre todo sus elementos sindicales, querían evitar que se impusiera a los parados una miseria aún mayor o que el sistema fiscal afectase duramente, de modo desproporcionado, a las clases más humildes. No se consiguió llegar a un arreglo satisfactorio para ambas partes y el gobierno de Müller dimitió en marzo de 1930.

Brüning era el candidato del general von Schleicher, un militar inteligente, flexible y más bien inestable, dotado de un instinto para la política sumamente desarrollado. Su influencia era debida a su posición en el ministerio de la Guerra como jefe del *Ministeramt*, un departamento creado para él por su viejo amigo y

superior, el general Groener. Este, como resultado de sus contactos con Hindenburg durante la guerra, en la que actuó a sus órdenes como intendente del ejército, fue nombrado ministro de Defensa en 1928. Confiaba en Schleicher en cuanto a asesoramiento y contactos políticos. Schleicher tenía algunas ideas propias acerca de la naturaleza y los propósitos del gobierno de Brüning. Este no habría de depender de los partidos, lo que en la práctica equivalía a que habría de basarse menos en el *Reichstag* y más en el presidente, en mayor medida que los anteriores gobiernos. Su composición no vendría determinada por negociaciones entre los partidos. Los socialdemócratas quedarían excluidos. Esto haría posible el mantenimiento de una política más firme cara al gobierno prusiano, que había mostrado algunas objeciones ante las medidas (ilegales) para fortalecer la frontera defensiva propugnadas por el *Reichswehr*. Se conseguiría que los nacionalistas recuperasen su confianza en el presidente y que cesase el apoyo a la oposición que Hugenberg mostraba abiertamente hacia el sistema actual. El *Stahlhelm,* fuerza nacionalista paramilitar que el *Reichswehr* consideraba esencial para la defensa fronteriza, sería de nuevo llamado a cooperar. Si fuera necesario, el presidente autorizaría al nuevo canciller a usar sus poderes, previstos por el artículo 48 de la Constitución, para gobernar por decreto en caso de emergencia, autorizándole a disolver el *Reichstag.*

El gobierno Brüning se vio pronto sometido a las mismas dificultades que habían provocado la caída de la administración de Müller. En julio de 1930, propuso una serie de medidas deflacionarias destinadas a incrementar los ingresos y reducir los gastos del gobierno nacional y de los gobiernos locales, incluyendo ciertas restricciones en los subsidios de paro. Cuando el *Reichstag* votó contra algunas de estas medidas, el gabinete puso en vigor la totalidad de las propuestas mediante un decreto presidencial de emergencia. Sin embargo, el *Reichstag* tenía derecho legalmente a invalidar tales decretos de emergencia, lo que hizo inmediatamente por el estrecho margen de catorce votos. Esta mayoría opuesta a Brüning incluía a los socialdemócratas, que votaron en defensa de los intereses de sus seguidores, a los comunistas, que votaron en contra de la democracia capitalista y a 32 nacionalistas que se pusieron al lado de Hugenberg frente a 25 que dieron su apoyo al gobierno. El último factor era significativo. Pese al apoyo de Hindenburg y a la exclusión de los socialdemócratas, Brüning no había conseguido ganarse el apoyo del DNVP en su totalidad. Pese a las dimisiones, Hugenberg conservó el control del partido y, en parte por convicción, en parte ante el temor de perder el apoyo de los nazis, continuó oponiéndose

al «sistema». El *Reichstag* fue inmediatamente disuelto y las elecciones quedaron fijadas para la fecha más lejana posible, el 14 de septiembre de 1930.

Se esperaba que los nazis incrementasen su fuerza en las elecciones. Lo que no se preveía era el alcance de su triunfo; seis millones de votos les convirtieron en el segundo partido del *Reichstag*. A pesar de este signo premonitorio, Brüning consiguió poner en marcha un mecanismo gubernamental dotado de algunas perspectivas de estabilidad; las elecciones de 1930 lograron al menos que se retrasara hasta 1934 la formación de un nuevo *Reichstag;* en esa fecha, la recuperación económica podría hacer disminuir la influencia de los nazis, aunque era de esperar que entretanto creciese esta influencia. La clave de la nueva situación política fue la nueva actitud adoptada por los socialdemócratas. La dirección del SPD comprendió entonces que únicamente existían dos soluciones: Brüning o el fin de la democracia, encarnado, probablemente, en un gobierno Hitler-Hugenberg. Incluso el gobierno de Brüning, con su injusta política deflacionaria, era preferible a esta última alternativa. Así pues, el SPD decidió tolerar a Brüning. El partido podía eludir la responsabilidad directa de las medidas económicas de Brüning con tal de que éstas se adoptasen mediante decretos presidenciales, al mismo tiempo que intentaba evitar la caída de Brüning rechazando los intentos posteriores de anular los decretos de emergencia. De esta manera, Brüning consiguió cierta libertad de acción para aplicar su política deflacionaria, al tiempo que intentaba conseguir éxitos en el exterior logrando que se pusiera fin a las reparaciones (para contentar a la opinión pública) y que avanzase el rearme alemán (para contentar al *Reichswehr*). Había un punto débil en este esquema: dependía del apoyo del presidente. Mientras la alianza entre Brüning, Groener, Schleicher y Hindenburg funcionase, todo iría bien, pero si ésta se rompía, el sistema de Brüning se derrumbaría. En 1932, cuando la situación económica se hallaba más deprimida y la fuerza de los nazis más en alza, sobrevino la ruptura.

Durante la primavera, Brüning consiguió una última victoria que pronto resultó ser puramente ilusoria. En 1932 finalizaría el mandato presidencial de Hindenburg y su permanencia en el puesto era lo único que podía evitar la elección de un candidato nazi, probablemente el propio Hitler. Inicialmente, Brüning intentó persuadir a los partidos de que aceptasen la renovación de Hindenburg en la presidencia sin proceder a su reelección, medida para la que se necesitaba una mayoría de dos tercios en el *Reichstag*. Los nazis y los nacionalistas se negaron y sólo con dificultad pudo convencerse a Hindenburg de que se enfrentase a una campaña electoral. Se produjo una situación paradójica.

El anciano monárquico reaccionario se convirtió en el candidato de los defensores de la democracia, sobre todo del SPD, el *Staatspartei* (antiguamente DDP) y el Centro. El BVP también le apoyaba, pese a haberse pasado a la oposición a Brüning. Tras un prolongado período de indecisión, el propio Hitler presentó su candidatura, mientras el DNVP, deseoso de mantener a sus seguidores al margen de los de Hitler, presentó la de Duesterberg, segundo en el mando del *Stahlhelm*. Thälmann se presentó como candidato comunista. Hindenburg no consiguió en la primera vuelta la mayoría suficiente, siendo necesaria una segunda vuelta para lograr su elección. En la primera, Hindenburg consiguió unos 18,5 millones de votos e Hitler cerca de 11,5 millones; en la segunda, Hindenburg logró cerca de 19,5 e Hitler 13,5.

Hindenburg se mostró disgustado ante todo este proceso. Había llegado a considerarse como el símbolo de la unidad alemana y, para alguien en esta situación, resulta irritante encontrarse con que la mitad del electorado vota en su contra (en la primera vuelta). Lo que es más, a Hindenburg le afectó mucho ver que casi todas las fuerzas nacionales se alineaban contra él, sobre todo la mayoría del *Stahlhelm*, del que era miembro honorífico. En absoluto se sentía obligado a hacer aquello para lo que había sido elegido: mantener a Brüning en el poder. No tardó en abrirse una brecha. Los gobiernos provinciales, sobre todo el de Prusia, habían estado presionando durante algún tiempo para que se actuase contra las SA. El descubrimiento de un plan de las SA para tomar el poder por las armas precipitó los acontecimientos. Los gobiernos de Prusia, Baviera y Württemberg insistieron en que si el *Reich* no actuaba contra las SA, ellos mismos se encargarían de hacerlo. Por consiguiente, el general Groener, ministro de Defensa y del Interior del *Reich*, convenció a Schleicher, Hindenburg y Brüning de que las SA debían ser disueltas. El 13 de abril de 1932 se promulgó un decreto que suponía un giro en la política de Groener hacia los nazis. Hasta entonces, éste había seguido el criterio del ministerio de Defensa de que las SA, como «movimiento patriótico de voluntarios», debía ser tratado como una fuerza auxiliar del *Reichswehr* en caso de un ataque polaco y como una cantera de reclutamiento para el propio *Reichswehr*: «los mejores hombres ingresarían naturalmente en las organizaciones nazis» [17]. El apoyo que Hindenburg y Schleicher prestaron a esta nueva política resultó ser efímero. Hindenburg tuvo que enfrentarse a las protestas de sus amigos nacionalistas y Schleicher a las dudas e incertidumbres de los oficiales del *Reichswehr* en todo el país. El resultado fue la dimisión de Groener como ministro de Defensa el 13 de mayo; a ésta siguió la dimisión del gobierno Brüning el 30 del mismo mes. Schlei-

cher estaba deseoso de volver a la política de cooperación con los nazis y, cuando surgieron las dificultades, prefirió aumentar las concesiones a arriesgarse a una guerra civil. Llegó a considerar al gobierno Brüning-Groener como el principal obstáculo para llegar a un compromiso con los nazis. Había otro factor en juego. El ministro de Trabajo de Brüning había elaborado un plan para asentar a los parados en las tierras que habían de ser expropiadas a los terratenientes arruinados del este del Elba. Estos terratenientes opinaban por el contrario que el Estado debía acentuar sus esfuerzos para salvarles de la ruina. Hindenburg veía con simpatía sus protestas contra aquel «bolchevismo agrario». Además, los industriales abogaban por una línea a seguir frente a socialistas y sindicalistas más firme que la mantenida por el gobierno de Brüning. De esta manera, Brüning perdió el apoyo del presidente, esencial para su supervivencia política.

La caída de Brüning constituyó el momento decisivo de la historia de estos años. El gobierno se fundaba en el hecho de que el *Reichswehr* estuviera dispuesto a aplastar un hipotético alzamiento nazi; como esta postura estaba en contradicción con la política del ministerio de Defensa y con las simpatías que algunos oficiales mostraban hacia los nazis, al sistema de Brüning no le quedaba más alternativa que llegar a un acuerdo con éstos. En abril-mayo de 1932, Schleicher mantuvo contactos con Hitler. El nuevo canciller, von Papen, diputado centrista del *Landtag* prusiano, conocido por su deseo de poner fin a la participación del SPD en el gobierno prusiano, que había adoptado una postura conciliatoria frente a los nazis, era el candidato de Schleicher. A primeros de junio, Schleicher llegó a un acuerdo con Hitler; se revocaría la disolución de las SA, lo que se llevó a cabo el 16 de junio, y se disolvería el *Reichstag*. La cuestión de la participación nazi en el gobierno se solventaría después de las elecciones. En éstas, que tuvieron lugar a finales de julio, los nazis consiguieron el 37 por 100 de los votos. Dada la importancia numérica de los comunistas en el *Reichstag* y la indiferencia que éstos mostraban hacia la república, se hizo imposible gobernar con el *Reichstag* sin el apoyo nazi. Mientras tanto, el 20 de julio, Papen suspendió en sus funciones al gobierno prusiano, nombrándose a sí mismo *Reichskommissar* para Prusia. De esta manera, sin desórdenes ni resistencia alguna, fue derrocado el principal bastión de la democracia en Alemania.

Tras las elecciones, Schleicher y Papen sufrieron un serio revés; Hitler insistía en que se le otorgara la cancillería como precio de la colaboración nazi en el gobierno: de no ser así, los nazis se opondrían a Papen. Papen no concedió a esto demasiada importancia; estaba perfectamente dispuesto a hacer caso omiso de las

mayorías hostiles. Sin embargo, Schleicher conservaba aún alguna esperanza de atraerse a su bando a los nazis. La rápida disolución del nuevo *Reichstag* el 12 de septiembre retrasó la crisis política hasta las elecciones del 6 de noviembre. Estas permitieron a Papen albergar un cierto optimismo —el DNVP, ahora su único apoyo, mejoró su posición y los nazis, que consiguieron el 33 por 100 de los votos, perdieron terreno—, pero, fundamentalmente, la situación siguió siendo la misma. Papen sólo podía gobernar basándose en la fuerza: el centro no colaboraría con él, los socialistas le consideraban la mismísima encarnación de la reacción burguesa y los nazis no aceptarían sus condiciones. Papen estaba dispuesto a gobernar mediante la fuerza, pero Schleicher no lo estaba. Después de haber meditado acerca del peligro que entrañaba un *Reichswehr* obligado a mantener por la fuerza de las armas a un gobierno que se fundaba en un apoyo popular mínimo, decidió no correr este riesgo. En noviembre, el ministerio de Defensa elaboró un minucioso estudio sobre la situación en la que el *Reichswehr* se encontraría de tener que enfrentarse a una revuelta simultánea de nazis y comunistas y, por añadidura, a una huelga general y a una invasión polaca. En el caso de producirse tan improbables supuestos, era evidente que el *Reichswehr* sucumbiría [18]. Esgrimiendo estos argumentos, Schleicher llevó a cabo una intentona de ganar para el gobierno el apoyo de los nazis y, si fuera posible, de cualquier otro sector. En vez de hacer frente al pretendido riesgo de una guerra civil, Hindenburg prescindió de Papen de mala gana. El 2 de diciembre de 1932, el propio Schleicher ocupó el puesto de Papen.

Schleicher intentó usar de su mayor flexibilidad para ampliar las bases del apoyo al gobierno del *Reich*. Abandonó la política interior claramente derechista de Papen como parte de un intento de atraerse a la izquierda, especialmente a los sindicalistas. Creía que podía conseguir que Hitler aceptara sus condiciones y le diera su apoyo, o bien provocar una escisión en el partido nazi. A este fin, contaba con sus contactos con Gregor Strasser, un dirigente de los nazis radicales y anticapitalistas, con la desmoralización de los nazis tras sus reveses en las elecciones de noviembre y con las dificultades financieras que éstos atravesaban debido a las reiteradas elecciones de 1932. Strasser podía conseguir que Hitler aceptase el gobierno de Schleicher, podía disputar con éxito a Hitler la dirección del partido —al menos así lo esperaba Schleicher— o podía crear por su cuenta un movimiento rival. Strasser no logró ninguno de estos propósitos. Más aún, aunque Schleicher intentó arrogarse el papel de «general social», atractivo para la clase obrera, fracasó en su intento de atraerse al SPD. Aunque los dirigentes de los sindicatos socialistas

estaban dispuestos a colaborar con él, la dirección política del partido rechazó la idea de apoyar a un general «reaccionario»; esto fue un grave error. Aun así, Schleicher podría sobrevivir y forzar a los nazis a aceptar una posición de segunda fila en el poder con tal de contar con el apoyo del presidente. Podía disolver el *Reichstag,* posponer las nuevas elecciones y confiar en la fuerza para mantenerse en el poder. Para ello, se encontraba en una posición más fuerte que la de Papen. Schleicher había conseguido el apoyo del centro y de los sindicatos católicos; los sindicatos libres mostraban simpatías hacia él; el comandante en jefe del ejército, von Hammerstein, era un aliado seguro. Faltaba la condición fundamental: Schleicher no podía contar con Hindenburg.

Aquellos que tenían más influencia sobre el presidente se volvían por momentos contra Schleicher. Este había hecho renacer el temor al «bolchevismo agrario» al volver a hablar de asentamiento, y el peligro de una investigación en torno a la utilización de los fondos de ayuda a los terratenientes del este había llevado a éstos a la convicción de que necesitaban contar con un gobierno que se les mostrara propicio, se había enfrentado a los industriales debido a sus intentos de acercamiento a los sindicatos, había incurrido en la hostilidad de Hugenberg y sus seguidores manteniendo a éste fuera de su gobierno y, sobre todo, Papen, que contaba con la confianza del presidente, constituía una alternativa frente a Schleicher. A principios de 1933, los contactos entre Papen y Hitler se restablecieron. El 22 de enero, Papen había aceptado la petición de la cancillería por parte de Hitler y se había ganado el apoyo del hijo del presidente, Oskar. Hitler pidió únicamente otros dos ministerios para los nazis: uno para Göring, que sería también ministro prusiano del Interior, y otro para Frick, que ocuparía el ministerio del Interior del *Reich.* Sólo quedaba convencer al presidente, que se seguía mostrando reacio. El apoyo nacionalista a los planes de Papen ofreció un medio; Hugenberg, aunque recelaba de Hitler, aceptó la idea de un «frente nacional», en el que se incluyó a Seldte, jefe del *Stahlhelm;* el otro medio fue la aparición de un general que gozaba de la confianza de Hindenburg y estaba dispuesto a relevar a Schleicher en el ministerio de Defensa, colocándolo así, aparentemente, en manos seguras: el general von Blomberg. El 23 de enero Hindenburg rechazó la petición de Schleicher de que se disolviera el *Reichstag* y se le concedieran poderes de emergencia. El día 28, Schleicher dimitió; el 30, Hitler juró su cargo de canciller.

Papen, Seldte y Hugenberg supusieron que habían conseguido, a través de Hitler, el apoyo masivo a un gobierno conservador que

ellos controlarían; en realidad, Hitler había conseguido una apariencia de respetabilidad para inducir al anciano presidente y al ejército a aceptar sus maniobras tendentes a conseguir una dictadura nazi. El gabinete aceptó rápidamente un decreto «para la protección del pueblo alemán», que permitía controlar las reuniones políticas y la prensa. Contra su aplicación sólo se podía apelar ante los tribunales si lo permitía la policía (en Prusia, Göring se dedicaba a nazificar rápidamente a la policía) o el ministerio del Interior (controlado por Frick). El 28 de febrero, aprovechando la excusa del incendio del *Reichstag,* se promulgó un decreto suspendiendo todas las libertades constitucionales y autorizando al gobierno central a hacerse cargo del gobierno de cada uno de los Estados. Las nuevas elecciones al *Reichstag* del mes de marzo, pese a estar presididas por el terror, no proporcionaron a los nazis una mayoría absoluta, al lograr éstos solamente el 44 por 100 de los votos. Daba lo mismo. Con los diputados comunistas proscritos y algunos de los socialdemócratas arrestados, Hitler podía contar con una mayoría de dos tercios (contando con sus aliados nacionalistas) para conseguir la aprobación de una ley que transfiriera el poder legislativo al gobierno. El centro también la votó, aferrándose a su posición de partido gubernamental, y el resultado fue de 441 votos a favor y 94 en contra, siendo los diputados socialdemócratas que quedaban los únicos que votaron en su contra. El paso siguiente fue someter a los Estados a un control directo a través del nombramiento del *Reichsstatthalter.* Entonces, Hitler puso en su sitio a sus aliados de derechas. El *Stahlhelm* quedó subordinado a Hitler y los mítines nacionalistas fueron atacados y disueltos por las SA. A finales de junio, la policía y las SA ocuparon muchos centros nacionalistas y el partido se disolvió. El SPD fue suprimido, mientras en junio y julio los partidos que quedaban aceptaron lo inevitable y se desbandaron. El 14 de julio una ley convirtió a los nazis en el único partido político. Las únicas fuerzas que aún podían preocupar a Hitler eran Hindenburg, el ejército y sus propios seguidores.

La toma del poder que siguió al nombramiento de Hitler como canciller se apoyaba en el terror sembrado por las SA. Su violencia no estaba totalmente controlada desde arriba: en parte correspondía a la expresión espontánea de unos objetivos independientes. En el partido nazi, y sobretodo en las SA, había una aspiración a una «segunda revolución» con cambios sociales reales. De acuerdo con estos objetivos, la independencia del ejército sería suprimida, fusionándose con las SA; la administración civil sería purgada y nazificada; los hombres clave de las finanzas y la industria serían apartados del poder que hasta entonces les había

conferido su posición económica. Si se conseguía llevar a cabo todo esto, la incansable ambición de los hombres frustrados e insatisfechos que dominaban las SA se vería colmada. Estos proyectos no convenían a Hitler. Hubieran suscitado la hostilidad de fuerzas poderosas en Alemania, sobre todo en el ejército. Las personas que las SA pretendían desafiar eran precisamente aquellas en cuyos conocimientos y habilidad debía basarse la reconstrucción del poder alemán y, para Hitler, esto era mucho más importante que el cambio social. Más aún, el poder del ejército seguía siendo formidable. Si se conseguía sacar a Hindenburg de la condescendiente apatía en que le tenían sumido su avanzada edad, los halagos de Hitler y la tranquilidad que le proporcionaba no tener que ejercer sus poderes —y el resentimiento de los militares podía conseguirlo— Hitler aún podía ser desplazado del poder. En 1933, las SA se expandieron hasta alcanzar enormes dimensiones; ahora contaban con millones de hombres. Hitler se enfrentó a esta situación con indecisión: durante algunos meses intentó frenar a la dirección de las SA, y especialmente a su jefe Röhm, mediante la conciliación y la persuasión. En el verano de 1934 se vio obligado a actuar. El 17 de julio, Papen, en un discurso pronunciado en Marburgo, denunció a los que propugnaban la segunda revolución con palabras que, en parte, también se dirigían contra el mismo régimen nazi. A esto siguió la amenaza de Papen de que los conservadores se retirarían del gobierno a menos que se frenase a los radicales. Las cosas empeoraron y el 21 de junio Blomberg comunicó a Hitler que el presidente insistía en que había que acabar inmediatamente con la tensión; de no ser así, declararía la ley marcial y entregaría el poder al ejército. El 30 de junio de 1934, Hitler actuó. Utilizando a las SS, un cuerpo selecto de hombres escogidos que técnicamente era aún una rama de las SA, Hitler organizó el asesinato de los dirigentes de las SA. Al mismo tiempo, se deshizo también de otros como Schleicher, von Kahr y Gregor Strasser.

El resultado fue la estabilización del régimen de Hitler. A partir de entonces, el ejército y la derecha conservadora aceptaron el dominio de Hitler y, por criminales que fueran las medidas llevadas a cabo por los nazis, hicieron como que no las veían; Hitler proscribió la revolución social y permitió al ejército cierto grado de independencia dentro de su ámbito de acción. Pese a ciertas dudas por parte del ejército y de los conservadores, y pese también a algunas intromisiones del partido, esta alianza se mantuvo hasta julio de 1944 y, para algunos de los que participaron en ella, hasta el final. Así pues, el ejército combatió, conquistó y dejó las manos libres a las SS, mientras se mantenía al margen; al mismo tiempo, hombres como Papen, Neurath y

Schwerin-Krosigk sirvieron a Hitler hasta los últimos días de la Alemania nazi.

El apoyo masivo a la dominación hitleriana se mantuvo y se amplió por diversos medios. Los años posteriores a 1933 fueron años de resurgimiento y expansión económicos. Sobre todo desapareció el paro. El promedio de parados registrados era en 1932 de unos 5,5 millones, mientras que en 1938 era de menos de medio millón. En primer lugar, eso se consiguió ampliando la política, inicialmente aplicada por los gobiernos de Papen y Schleicher, de concesión de créditos a los hombres de negocios mediante certificados de exenciones fiscales, sobre todo a los industriales dispuestos a admitir mano de obra adicional. Los nazis aumentaron el gasto público para realizar importantes obras públicas, especialmente carreteras. El gobierno invirtió grandes sumas de dinero en el rearme, sobre todo después de 1936 y, aún más, a partir de finales de 1937. El resultado fue un desarrollo económico sostenido, que primero alcanzó el nivel de los años anteriores a la depresión y después lo superó. Se contuvo el consumo privado mediante el mantenimiento del alto nivel impositivo de la época de la depresión. Se controlaron los precios, mientras los salarios, fijados por comisarios nombrados por el gobierno en vez de por la negociación entre sindicatos y patronos, fueron congelados. El pleno empleo y el nivel relativamente alto de los precios en el interior de Alemania (no se devaluó el marco para evitar que se desencadenase el pánico ante la posibilidad de una nueva inflación) hicieron descender las exportaciones y estimularon las importaciones. Este proceso se vio frenado por cuidadosas medidas para controlar las divisas y restringir las importaciones. Junto con el control de divisas se tomó una serie de medidas dirigidas a desarrollar el comercio bilateral. Estas tuvieron un éxito notable en Europa sudoriental y en algunos países de América Latina. Alemania compraba alimentos y materias primas a unos precios superiores a los del mercado mundial y pagaba en marcos bloqueados que sólo podían ser usados para comprar en Alemania; gracias a esto, la hegemonía económica alemana quedó pacíficamente implantada en el sudeste europeo. A principios de 1939, más de la mitad de las exportaciones de Bulgaria, Yugoslavia y Hungría y más de un tercio de las de Grecia, Turquía y Rumanía, afluyeron a la poderosa Alemania. Dentro de estas coordenadas, el nivel de vida en Alemania llegó a alcanzar el del año 1928, que tan próspero había sido, a la vez que el gobierno pudo aumentar el gasto dedicado a armamento de 4.000 millones de marcos en 1933-1935 a 8.000 millones de marcos en abril de 1937-abril de 1938. De este modo, el rearme pudo combinarse con un alto nivel de vida y de seguridad en el empleo

para el pueblo alemán; sin duda, el nivel de vida podía haber sido más elevado si el Estado hubiera utilizado una proporción más reducida de los recursos nacionales, pero, en cualquier caso, la mayoría de los alemanes estaban razonablemente satisfechos.

La situación económica se hizo tirante en 1938. Los gastos ocasionados por el rearme alcanzaron la cifra de 18.000 millones de marcos. Se produjo una situación inflacionaria que los controles de precios y salarios reprimieron en parte, pero que la escasez de mano de obra, tanto en la agricultura como en la industria, ponía claramente al descubierto. Aunque el cuantioso gasto público y los controles interiores impidieron que la depresión mundial que comenzó en 1937 tuviera un impacto directo sobre Alemania, ésta supuso un descenso de las exportaciones alemanas que se vio agravado por la tendencia alcista de precios y salarios que el gobierno no pudo frenar completamente; así, la balanza de pagos alemana fue deficitaria en 1938. Esto era peligroso. Alemania no era totalmente autárquica en productos alimenticios y los años de mala cosecha podían suponer dificultades adicionales. El rearme requería la importación de minerales básicos. La escasez de mano de obra se alivió en parte con la inmigración; pero los trabajadores extranjeros enviaban remesas de dinero a sus países de origen, para lo que se necesitaban divisas. En 1938 y 1939, el gobierno alemán se enfrentó a una alternativa acuciante. Podía reducir el ritmo del rearme, pero esto resultaba completamente inaceptable para Hitler hasta que se hubieran cumplido sus objetivos políticos. Podía limitar el consumo privado introduciendo una verdadera economía de guerra, con severo racionamiento e incluso un nivel impositivo más elevado. Para esta última alternativa, también había objeciones de tipo político: los *gauleiter* nazis y la policía eran plenamente conscientes de que la popularidad del régimen dependía del mantenimiento de un alto nivel de vida. Quedaba la opción de la guerra. Un rápido triunfo militar podía asegurar el dominio alemán sobre Europa antes que el proceso económico hiciera imposible financiar la máquina de la guerra. Las conquistas militares podían fortalecer los cimientos del poder militar: se dispondría de materias primas, alimentos y mano de obra sin necesidad de conseguirlos con divisas. Además, la guerra podía proporcionar una justificación para introducir una economía de guerra si fuera necesario. Parece que Hitler era consciente de que estas presiones le empujaban hacia la guerra: el 22 de agosto de 1939 dijo a sus comandantes en jefe: «Debido a nuestras restricciones, nuestra situación económica es tal que sólo podremos resistir unos pocos años más. Göring [encargado del plan cuatrienal] puede confirmar esto. Debemos actuar, no tenemos otra alternativa.»[19]

El régimen nazi saturó a Alemania de una propaganda intelectualmente deleznable. Su principal propósito era la preparación psicológica para la guerra. No hay ninguna prueba convincente de que lo lograra. Aparte del número sustancial de entusiastas nazis, no parece que entre los alemanes estuviera demasiado arraigado el deseo de una guerra agresiva. Tampoco hay ninguna prueba concluyente de que las medidas antijudías puestas en práctica antes de la guerra (que aún no habían llegado al crimen) obtuvieran algo más que una conformidad pasiva: la recuperación económica consiguió erradicar gran parte del apoyo masivo que el antisemitismo obtuvo inicialmente. Hitler recibió el apoyo popular a pesar de la política de la que era fanático y no debido a ella: la guerra agresiva y la aniquilación de los judíos. Aun así, no puede negarse que hacia 1939 el régimen de Hitler había adquirido el apoyo general, debido sobre todo a que se le asociaba con una prosperidad aparentemente estable.

12. El final de la paz (1929-1933)

En el otoño de 1929, la paz mundial parecía a salvo; en la primavera de 1933, todo había cambiado. Una gran esperanza había desaparecido, una enorme ilusión había sido destruida. La perspectiva de una Alemania pacífica, razonable y moderada, se había desvanecido; Japón había deshecho la idea de que la Sociedad de Naciones podría imponer la paz con la sola ayuda de su autoridad moral. Las fuerzas que, en Alemania y en Japón, pusieron la paz en entredicho, no eran nuevas: el nacionalismo militarista era sobradamente conocido en casi todos los países. Lo que sí era nuevo en aquellos años era la crisis de la economía mundial que, tanto en Alemania como en Japón, llevó a los nacionalistas al poder.

En 1929, la política de entendimiento y comprensión de la era Briand-Stresemann obtuvo la victoria en Alemania. La oposición nacionalista organizó un referéndum en contra de la aceptación del plan Young: a pesar de los grandes esfuerzos realizados, el Partido Nacionalista Alemán del Pueblo y los nazis, solamente consiguieron el apoyo (mediante instancias firmadas) de un poco más del 10 por 100 del electorado alemán. Aunque esto dejaba entrever que aún estaba viva en Alemania la oposición a una política de compromiso con el extranjero, el referéndum hizo patente que el país apoyaba masivamente una línea política prudente. En 1930, la situación cambió radicalmente; en las elecciones de septiembre para el *Reichstag,* los nazis consiguieron 107 escaños y el 18 por 100 de los votos emitidos, mientras que en 1928 solamente habían conseguido 12 escaños y el 2,5 por 100 de los votos. El punto de vista nazi en lo referente a política exterior era muy claro sobre un punto: la tiranía extranjera era la culpable de las penalidades de Alemania y cuanto antes se recuperase el poderío alemán y se destruyese el de los extranjeros, antes acabarían dichas penalidades. Las elecciones de 1930 pusieron de manifiesto que, para defenderse de las acusaciones nazis de debilidad y de traición a la patria, los gobiernos alemanes no nazis tendrían que conseguir victorias diplomáticas para demostrar su habilidad a la hora de habérselas con los extranjeros. Por supuesto, tanto para los gobiernos alemanes como para todos, habría sido mejor que se aliviara la penuria real que sufría gran parte

del pueblo alemán; pero la ortodoxia económica no se lo permitía. Por lo tanto, las exigencias alemanas se fueron haciendo cada vez más clamorosas. Los gobernantes franceses, sobre todo, se vieron enfrentados a un grave dilema. ¿Debían abandonar las esperanzas de la época Briand-Stresemann y oponerse a todo avance del poderío alemán, o debían aferrarse a la posibilidad cada vez más lejana de una reconciliación francoalemana? Brüning se mostró partidario de la última opción; sabía que, hicieran él y su gobierno lo que hicieran, si los nazis conseguían el control del *Reichstag,* exigirían que se fuera aún más adelante. Por esta razón, los franceses tenían que ser generosos y ayudar a Brüning a mantener a los nazis fuera del poder. No le convenció la réplica de Briand de que si él gozaba de alguna influencia en Francia era precisamente debido a su moderación y que las cosas irían aún peor para Alemania si una vocinglera agitación en dicho país provocaba en Francia su descrédito y el de su política. Brüning y aún más Papen, cuyo gobierno fue el más impopular de la Alemania unificada, tenían que intentar conseguir triunfos en el exterior para poder defenderse en el interior.

Los franceses no podían evitar aquella alternativa: compromiso o firmeza. Lo que estaba en juego era muy importante, cada vez más importante. Si se elegía la solución equivocada, Francia podía peligrar. El resultado fue el habitual en esos casos: adoptar una solución intermedia entre los dos extremos. Retrospectivamente, está muy claro que aquella línea política debía provocar, sin lugar a dudas, la ruina de Francia. En los años anteriores a que Hitler ocupara el puesto de canciller, Francia fracasó de hecho en sus intentos de oponerse a las reclamaciones alemanas. Tampoco consiguió dar a los defensores de la moderación en Alemania la oportunidad de demostrar que la moderación podía ser rentable.

Durante aquellos años, los grandes problemas de la diplomacia europea eran la crisis económica y el desarme. Existía una tendencia cada vez más generalizada a aceptar las reclamaciones alemanas sobre dichos problemas, es decir, poner fin a las reparaciones y permitir el rearme de Alemania. En 1930, se seguía intentando mantener y perpetuar la estabilidad y paz aparente del período de la década de los veinte; en 1932, Alemania pidió abiertamente el derecho al rearme y dejó de pagar las reparaciones, a la vez que los nazis se convertían en el mayor partido alemán. Los planes tendentes a que el *status quo* de la posguerra siguiera en vigor, aunque sometido a ligeras modificaciones, se veían cada vez más obstaculizados por las exigencias germanas de que dicho *status quo* fuese totalmente abolido.

En septiembre de 1929, Briand pidió que se regulase y generalizase el «espíritu de Locarno» mediante «algún tipo de vínculo

federal» entre las naciones europeas, y en mayo de 1930 hizo propuestas definidas en orden a que se firmara «un pacto general, por elemental que sea, para afirmar el principio de la unidad moral de Europa y consagrar solemnemente el hecho de la solidaridad establecida entre los Estados europeos». Propugnaba la creación de un organismo europeo, representativo de los gobiernos, con un comité permanente que se ocuparía de estudiar los problemas de la cooperación europea. Podría iniciarse el camino de la cooperación económica —y aquí aparecen claramente expresadas las preocupaciones francesas— cuando cada país se sintiera políticamente seguro por haberse extendido a toda Europa una serie de garantías del tipo de las establecidas en el tratado de Locarno. De este modo, poco a poco, se iría avanzando hacia la consecución de la idea final:

«Nunca ha sido tan alentador ni tan acuciante como ahora elaborar un proyecto constructivo de una nueva Europa. La solución de los principales problemas, de tipo moral y material, derivados de la última guerra, liberará pronto a esta nueva Europa de sus más pesadas cargas, tanto mentales como económicas.»

Como contestación, los alemanes mostraron un atisbo de sus planes para los años treinta; los ingleses, de sus temores ante los años cincuenta. Brüning, el nuevo canciller alemán, respondió airado:

«Teniendo en cuenta que la idea política básica del memorándum implica que las naciones europeas, como condición previa a una federación económica de Europa, deben aceptar el mantenimiento del *status quo* actual en lo que se refiere a las fronteras, es evidente que ningún gobierno alemán, ni siquiera uno compuesto por socialistas, puede suscribir tales condiciones.»

El ministerio de Asuntos Exteriores inglés se oponía a cualquier solución que pudiera deteriorar las relaciones de Inglaterra con América o con la Commonwealth [1]. Todo el plan se vino abajo: en septiembre de 1930, la Sociedad de Naciones nombró una comisión para estudiar los problemas de la unidad europea. Esta, animada por la idea de crear en 1931 una unión aduanera austroalemana, se dedicó a discutir sobre problemas arancelarios y sobre el modo de utilizar los excedentes agrícolas de los países de Europa oriental.

En 1931, Brüning continuaba tratando de resolver los problemas surgidos en Alemania a raíz de la crisis mundial: 4 millones de parados, creciente apoyo a los políticos extremistas, desaparición en el *Reichstag* de una mayoría gubernamental en la que se pudiera confiar. Siguió adelante con una drástica política deflacionaria, lo que no hizo sino aumentar sus problemas. Trató de conseguir éxitos en el exterior para aumentar su prestigio en el

interior. Los ingleses elaboraron un plan, sugerido por su embajador en Berlín:

«Pienso que una visita a Inglaterra le daría [a Brüning] un prestigio internacional que quizás le fuese útil dentro de la misma Alemania. No puedo imaginar nada que impresionase ni agradase más a los alemanes que el que pasase una semana en Chequers, por ejemplo» [2].

Pero Brüning estaba preparando algo de más efecto, una idea que le había sugerido su ministro de Asuntos Exteriores, Curtius. En marzo se anunció un proyecto de unión aduanera austroalemana. Este proyecto se había elaborado sin consultar previamente con Francia. Los recelos franceses surgieron inmediatamente; el plan tenía todo el aspecto de ser un paso previo para el *Anschluss* y el comienzo de posteriores ataques al tratado de Versalles. No había existido preparación diplomática de ningún tipo y la única que había sido informada por adelantado había sido la Unión Soviética, lo que se añadía al malestar provocado por el proyecto. Francia insistió en que el plan era incompatible con la independencia que Austria se había comprometido a mantener; Inglaterra lamentó que se planteara una cuestión que podía poner en peligro el éxito de las conversaciones sobre el desarme. Por su parte, Brüning anunció su decisión irrevocable de sacar adelante la unión aduanera en contra de cualquier tipo de objeciones. La postura de la diplomacia francesa de oponerse al proyecto se vio considerablemente reforzada por la debilidad financiera de Austria y porque, en 1931, la situación financiera francesa era cada vez más fuerte. En mayo, el banco austríaco más importante, el *Creditanstalt,* tuvo que ser apoyado económicamente por el gobierno. El mismo gobierno austríaco se vio obligado a buscar ayuda financiera en el exterior. En junio, cuando Francia exigía que Austria abandonara la idea de la unión aduanera, el Banco de Inglaterra intervino concediendo un préstamo a Austria. A pesar de ello, el ministro austríaco de Asuntos Exteriores, doctor Schober, admitía en privado el mismo día de recibir el préstamo inglés, que el proyecto ya había muerto. Se trataba de un préstamo a corto plazo, que era lo único que el Banco de Inglaterra podía hacer. Solamente Francia podía proporcionar una ayuda a largo plazo. Esto significaba abandonar la idea de la unión aduanera. A principios de septiembre se anunció oficialmente que se desistía de llevar a cabo el proyecto [3]. Curtius tuvo que dimitir; por otra parte, en Alemania se reforzó la idea de que los aliados, y sobre todo los franceses, impedían que se realizasen las razonables esperanzas alemanas, y los alemanes se fueron convenciendo cada vez más de que Brüning y el «sistema» no eran lo suficientemente

fuertes como para llevar adelante con éxito las reclamaciones de Alemania.

La actitud francesa con respecto a la moratoria de Hoover reforzó aún más esta opinión. En junio de 1931, las pérdidas del *Reichsbank* en oro y en divisas aumentaron rápidamente. La cuantía de las deudas alemanas a corto plazo era conocida de todo el mundo y la debilidad del *Creditanstalt* austríaco hizo pensar a los poseedores de obligaciones en Alemania que quizás fuese más prudente retirar su dinero. Como siempre ocurre en esos casos, los temores se autoconfirmaron y, a mediados de mes, parecía probable que el *Reichsbank* se viera obligado a suspender pagos. Al surgir la posibilidad de una crisis económica en Europa central, el presidente de los Estados Unidos, Herbert Hoover, intervino proponiendo que se suspendiera el pago de todas las deudas intergubernamentales, incluyendo las reparaciones. En Alemania, la agitación en contra de que se siguieran pagando las reparaciones crecía cada vez más; existía una tendencia general a considerar que todas las dificultades alemanas se debían a las reparaciones y los socialdemócratas estaban dispuestos a dominar el disgusto que les provocaban las medidas deflacionarias adoptadas por Brüning si éste actuaba de manera eficaz contra las reparaciones. Se daba por supuesto, y con razón, que Brüning aprovecharía su visita a Inglaterra en el mes de junio para suscitar de nuevo el tema de las reparaciones. La sugerencia del presidente malogró el golpe de efecto del gobierno alemán. En Francia se pensaba que el presidente estaba haciendo demasiadas concesiones. Se aducía que si los alemanes dejaban en algún momento de pagar las reparaciones, nunca más volverían a pagarlas y la insistencia alemana en seguir gastando dinero en armas provocaba cierto resentimiento. «*Nosotros* estamos pagando el *Deutschland* [el acorazado de bolsillo] alemán», declaró M. Herriot [4]. Los franceses insistieron en que se debía obligar a los alemanes a pagar aquellas anualidades que, según estipulaba el plan Young, debían ser pagadas en cualquier circunstancia y no tenían nada que ver con aquellas otras cuyo pago podía suspenderse si el curso normal de la vida económica alemana se veía interrumpido. Después de retrasar dos semanas la entrada en vigor de la moratoria de Hoover, los negociadores franceses consiguieron una victoria puramente formal; con este tipo de victorias tuvo que contentarse la diplomacia francesa cada vez más. El pago de las reparaciones continuaría, pero el dinero pagado se prestaría inmediatamente a los ferrocarriles estatales alemanes, de modo que no saldría nunca de Alemania.

En una conferencia celebrada en Londres en julio de 1931, se decidió pedir a los acreedores de Alemania que no retirasen sus fondos y llevar a cabo una investigación sobre las necesidades

crediticias alemanas. En agosto, un comité informó que sería imposible conceder préstamos a largo plazo a Alemania «a menos que ésta no tuviera que enfrentarse con un sistema de pagos internacionales tal que pusiera en peligro la estabilidad de sus recursos financieros». Así pues, las reparaciones volvían a ponerse en cuestión. El gobierno alemán pidió que se convocara el comité asesor especial previsto en el plan Young para decidir si la vida económica alemana podía o no peligrar por el pago de las anualidades estipuladas en dicho plan. Este comité dio a conocer en diciembre de 1931 su informe, en el que daba a entender que el plan Young no volvería a aplicarse. La crisis era más importante que «la depresión económica relativamente corta» que el plan Young había considerado; el comité pedía que los gobiernos actuasen y concluía que «el único modo duradero de restablecer la confianza... es liquidar todas las deudas intergubernamentales (reparaciones y demás deudas de guerra)».

El gobierno francés contemplaba con terror el fracaso de su intento de mantener en vigor el plan Young, aunque sólo fuera de modo teórico, y recurrió a una serie de medidas encaminadas solamente a paliar el golpe que aquel fracaso supondría ante la Cámara de Diputados y para el electorado. Era evidente que las reparaciones habían muerto. Una compensación podría haber sido que los Estados Unidos cancelaran también sus deudas de guerra, pero éstos se negaron a ello. Alemania, Inglaterra e Italia se pusieron de acuerdo en que, antes que nada, había que suprimir las reparaciones y, después, presionar a los americanos para que cambiasen de opinión. Laval, primer ministro francés, sólo pudo conseguir que la cancelación definitiva de las reparaciones se retrasara hasta después de las elecciones francesas que debían celebrarse en primavera. Como Laval declaró en enero, la intención de los franceses con respecto a la conferencia de Lausana era que ésta «calmara la agitación producida por la actitud de Alemania, que había confirmado en gran medida la idea de que dicho país pensaba romper todo tipo de tratados y de compromisos». No podía esperarse que Alemania pagara más reparaciones; Berthelot, jefe permanente del ministerio francés de Asuntos Exteriores, dijo en febrero de 1932 al embajador británico que «nunca había dudado de que las reparaciones estuvieran muertas desde el momento en que se suspendieron los pagos en el mes de julio pasado». Sin embargo, el gobierno francés pretendía disimular este hecho, al menos mientras Laval, Tardieu o Herriot estuvieran en el poder. En junio, Germain-Martin, ministro francés de Hacienda, dijo al primer ministro inglés que «dudaba de que cualquier gobierno francés que en Lausana aceptase la cancelación total y definitiva, pudiera sobrevivir»[5]. En la conferencia

de Lausana, los franceses pretendían disimular el hecho de que las reparaciones ya se habían terminado, mientras Papen, nuevo canciller alemán, deseaba a toda costa conseguir un éxito diplomático, dejando absolutamente claro este hecho. Por tanto, las negociaciones fueron difíciles y acabaron siendo una pura farsa. Alemania debería hacer un último pago de 3.000 millones de marcos oro. El pago se haría en forma de obligaciones cuyos intereses y amortizaciones no tendrían que pagarse hasta transcurridos por lo menos tres años. Este y todos los demás pagos que, en aplicación de otros acuerdos, Alemania debía realizar, quedaban suspendidos hasta que los acuerdos de Lausana entraran en vigor. El 8 de julio, el llamado «pacto entre caballeros» establecido por Inglaterra, Francia, Italia y Bélgica decidió que dichos países no ratificarían el tratado de Lausana «hasta que llegaran a un acuerdo satisfactorio con sus propios acreedores», lo que, en la práctica, significaba hasta que los Estados Unidos consintieran en cancelar las deudas de guerra que con ellos habían contraído los antiguos aliados [6]. Esto no ocurrió. En diciembre de 1932, el gobierno francés se dispuso, en el plazo estipulado, a saldar una parte de su deuda con los Estados Unidos. Intervino la Cámara de Diputados. Los socialistas se unieron a la derecha y a parte del centro para oponerse a este pago y el gobierno resultó derrotado.

Esta decisión supuso el fin de los pagos de Francia y el reconocimiento de la desaparición definitiva de toda esperanza de que Alemania reanudase sus pagos a Francia. Por una parte, los acuerdos de Lausana no podían entrar en vigor hasta que las negociaciones con los Estados Unidos cumplieran su objetivo, pero, por otra parte, tampoco podían ser denunciados hasta que dichas negociaciones fracasaran definitivamente. De hecho, estas negociaciones permanecieron en suspenso, con lo cual todo el montaje en torno a las reparaciones y a las deudas de guerra se vino abajo. En diciembre de 1932, Inglaterra pagó uno de los plazos de su deuda con los Estados Unidos; en junio de 1933 sólo se realizó un pago simbólico, «como reconocimiento de la deuda y en espera de un arreglo definitivo». Inglaterra cesó sus pagos en junio de 1934 y, a partir de entonces, solamente Finlandia siguió saldando su deuda. Así pues, se había llegado finalmente a la solución que Inglaterra siempre había defendido: cancelar las deudas de guerra y las reparaciones. En 1921, el total de las obligaciones alemanas se había fijado en 130.000 millones de marcos oro. En realidad, Alemania pagó algo menos de 23.000 millones, de los cuales Francia recibió unos 9.500. Se trataba de una suma que no cubría ni siquiera los gastos de dicho país en las zonas devastadas durante la guerra. Las concesiones y sacrificios lleva-

dos a cabo por Francia no obtuvieron gratitud alguna, ni por parte de Alemania, de quien tal actitud era de esperar, ni tampoco por parte de sus antiguos aliados, ni de los Estados Unidos. Weill-Raynal da una explicación plausible de este hecho al final de su magnífica obra *Les réparations allemandes et la France*: los gobiernos franceses ocultaron a sus conciudadanos las concesiones que hicieron tras una pantalla de enérgica palabrería, fingieron oponer resistencia y negaron haber hecho concesiones de ningún tipo. De este modo, Francia no adquirió autoridad moral y perdió las reparaciones sin conseguir apoyo alguno contra la Alemania que resurgía [7].

La mayor parte de los planes y proyectos en favor del desarme elaborados en este breve período que separa las dos guerras más importantes de la historia carece casi por completo de interés. El intento de conseguir un desarme naval, o al menos una limitación del armamento naval, tuvo más éxito que el de conseguir un desarme terrestre o aéreo. Esto fue debido a que los países interesados eran poco numerosos (Inglaterra, Estados Unidos, Francia, Italia y Japón), a que las armas en cuestión eran más o menos similares y a que a las potencias citadas les interesaba impedir una costosa carrera de armamentos navales. A los Estados Unidos les interesaba limitar el armamento naval en general. Inglaterra deseaba contener la expansión del poder naval de los Estados Unidos a fin de privar así a Japón de una excusa para hacerse demasiado poderoso. Los japoneses querían evitar una rivalidad naval con los Estados Unidos, ya que estaban seguros de llevar la peor parte. Franceses e italianos pretendían controlar mutuamente su poder naval en el Mediterráneo. En 1922, el tratado de Washington limitó el número de acorazados y portaviones de estos países, además del tonelaje y el calibre de las armas con que podían contar dichos navíos. Los índices eran de 5:5: 3:1,67:1,67 para Inglaterra, Estados Unidos, Japón, Francia e Italia. (Por supuesto, la marina alemana ya se había visto limitada por el tratado de Versalles.) Por primera vez, Inglaterra aceptaba la idea de que la Royal Navy no tenía por qué ser la más poderosa del mundo. Era un símbolo de la aceptación del poder real de los Estados Unidos. Aunque Inglaterra no temía ese poder, su aceptación implicaba algo más. Los «dominios» del Imperio británico, que gozaban de gobierno propio, sobre todo Canadá, querían que Inglaterra y los Estados Unidos actuaran de acuerdo; estos territorios, sobre todo Australia y Nueva Zelanda, compartían las prevenciones de los Estados Unidos hacia Japón y deseaban impacientemente que se limitara de manera concreta el poder de este país. Japón no aceptaría las limitaciones a menos que los Estados Unidos también lo hicieran; los

almirantes americanos no aceptarían limitar su fuerza naval de modo que resultase inferior a la del Imperio británico. El gobierno de Lloyd George parecía dispuesto a actuar de manera diferente: ignorar el deseo estadounidense de igualdad y confiar en la amistad japonesa para conseguir la estabilidad en el Extremo Oriente. Sin embargo, los dominios británicos le forzaron a aceptar las propuestas americanas, incluyendo la abrogación de la alianza anglojaponesa. El tratado naval de Washington supuso un paso importante en el proceso, consumado a mediados del siglo XX, de subordinación de Inglaterra a los Estados Unidos [8].

En 1930, el tratado de Londres amplió los acuerdos entre Inglaterra, Estados Unidos y Japón a los barcos de menor tamaño que los acorazados. Francia e Italia no firmaron dichos acuerdos. Italia insistió en que se estableciera una igualdad teórica con Francia, aunque, de hecho, no intentara ponerla realmente en práctica, y los franceses se negaron a concederla. Esto fue otra muestra de la frívola política exterior de Mussolini. En efecto, en el curso de las negociaciones, su irresponsabilidad quedó clarísimamente demostrada. Mientras se estaba intentando llegar a un acuerdo entre ambos países mediante el cual se establecería una igualdad teórica y se permitiría a Francia conservar, de momento, mayor número de barcos, el 17 de mayo de 1930, Mussolini se expresó en estos términos: «Las palabras son muy hermosas, pero los rifles, las armas, los barcos y los aviones son aún más hermosos.» El ministro italiano de Asuntos Exteriores, Grandi, se vio obligado a decir al embajador inglés en Roma que a Mussolini no había que tomarle en serio. Antes de que Mussolini hablara, Grandi había pronunciado ante la cámara italiana un discurso en el que mantenía una postura conciliatoria. Grandi dijo al embajador inglés que había preguntado a Mussolini cómo era posible compaginar el espíritu de conciliación con sus agresivas palabras. Según Grandi, Mussolini le contestó: «¿Qué demonios tiene que ver una cosa con la otra? ¿Qué importa lo que yo diga a mis masas? ¿Para qué cree usted que le he hecho ministro de Asuntos Exteriores sino para poder hablar yo en Italia como me dé la gana?» [9] Sin embargo, esto no consiguió tranquilizar a los franceses y no se llegó a un acuerdo. Los tratados de Washington y Londres fueron las dos únicas ocasiones en que, en el período de entreguerras, se llegó a algún acuerdo sobre limitación de armamentos.

También se discutieron largamente otros puntos de desacuerdo entre las grandes potencias, incluyendo la reducción de los ejércitos, pero al final no se llegó a ninguna conclusión. En estas discusiones se planteó también el problema clave de la época: el problema de Alemania. Después de Locarno, en la era de

Stresemann, parecía que había posibilidades reales de desarme, que se desvanecieron en tiempos de Hitler. Una vez más, los años 1929-1933 fueron años de transición entre la conclusión de una guerra y la preparación de la siguiente. En 1925, año de Locarno, la Sociedad de Naciones creó una «comisión preparatoria de la conferencia sobre desarme», en cuyos trabajos se invitó a participar a Alemania, los Estados Unidos y la Unión Soviética. La comisión trabajó lentamente, luchando con dificultades técnicas interminables y la Conferencia sobre Desarme no se reunió hasta febrero de 1932. Poco después de la apertura de la conferencia, Brüning, canciller alemán, planteó el problema básico. Declaró que Alemania tenía derecho a la igualdad con los demás miembros de la Sociedad de Naciones y que esa igualdad debía aplicarse a los armamentos. En el verano de 1932 Alemania precipitó una crisis: cuando en julio la conferencia levantó sus sesiones, la representación alemana declaró que Alemania no participaría en las sesiones futuras a no ser que, previamente, se diera razón a la reclamación alemana de igualdad de derechos.

Esto dejó la cuestión perfectamente clara. No se llegaría con Alemania a ningún acuerdo sobre armamentos hasta que se declarara, por adelantado, la igualdad. Sólo había dos posibilidades: apoyarse en el tratado de Versalles e intentar obligar a Alemania a cumplirlo, o buscar una nueva solución, aceptable para Alemania. En julio, el general von Schleicher, en aquel momento el hombre más poderoso de Alemania, insistió en que su país no podía aceptar que las limitaciones de Versalles continuasen. Alemania, declaró, solamente podía estar a salvo si las fuerzas armadas de las demás potencias se reducían al nivel de las alemanas y, añadió, nadie podía creer que tal milagro se produjese. La otra alternativa consistía en aumentar el poder militar de Alemania. Schleicher anunció firmemente que, si se le continuaba negando la igualdad reclamada, su país adoptaría el segundo camino [10]. Se trataba de una desafío directo al equilibrio de fuerzas existente en Europa. Más que la política exterior, a Schleicher le interesaba una maniobra de política interior: quería reformar el sistema militar alemán para poder incluir en él, bajo la égida del *Reichswehr,* a las unidades paramilitares, sobre todo las SA nazis. De este modo y sin necesidad de enfrentarse abiertamente con ellos, los nazis serían amansados. Sin embargo, los franceses sólo vieron en esta maniobra una petición alemana de rearme. ¿Qué haría Francia?

Como siempre, la posición inglesa era que había que pactar con Alemania. En octubre de 1932, Mac Donald escribió a Herriot en estos términos:

«Es indudable que, recientemente, Europa se ha inclinado hacia el militarismo y esta tendencia se debe, en gran medida, a la reacción psicológica provocada en Alemania por la situación política y económica. Pienso que esto debía haberse previsto hace algunos años para haber evitado que el resentimiento se fuera acumulando... No creo que ninguno de nosotros pueda oponerse inflexiblemente a la pretensión alemana de que se revisen algunos aspectos del tratado de Versalles.»

Debía protegerse el respeto a los tratados desechando algunos que Alemania no estaba dispuesta a respetar y elaborando en cambio otros que le resultasen aceptables. Cuanto más amenazadora fuera la actitud alemana, más necesario sería mantener un espíritu conciliador. El secretario de Estado, Stimson, expresó desde Washington su oposición a las pretensiones alemanas, presionando para que no se aceptasen. Sin embargo, el presidente Hoover, como siempre, adoptó una actitud mucho menos combativa. En septiembre, declaró: «Deseamos fervientemente que Alemania continúe participando en la conferencia de desarme que tan prometedora parece para el progreso de la humanidad y que preste su ayuda a este gran proyecto» [11].

Herriot se encontraba ante una situación difícil. Una vez más, el mundo se negaba a comprender la naturaleza de la amenaza alemana. Para los franceses, una discusión sobre «desarme» que, en definitiva, solamente conduciría a un aumento del poder relativo de Alemania, era una empresa de locos en un momento en que Europa se enfrentaba con una Alemania inestable en la que la influencia de un nacionalismo extremista iba en aumento. Francia podía negarse a modificar el tratado de Versalles, pero, de todos modos, el rearme alemán seguiría adelante; podía intentar que se cumpliera lo estipulado en Versalles, pero esta línea de acción ya había sido rechazada en Locarno. Aun sin confiar en absoluto en el éxito de tal política, Francia podía también adoptar una política conciliatoria para conseguir una amistad y una ayuda de Inglaterra y de los Estados Unidos que podían resultar de utilidad cuando, en un futuro incierno, las ilusiones de estos dos países acerca de Alemania se desvanecieran. Herriot eligió esta última alternativa.

En enero de 1932 se habían elaborado una serie de planes en París sobre desarme, que tomaron la forma de propuestas tendentes a aumentar la seguridad poniendo a disposición de la Sociedad de Naciones una parte o la totalidad de las fuerzas armadas de cada país y estableciendo pactos de asistencia mutua contra posibles agresores entre países de una misma zona geográfica. En febrero de 1932, Tardieu, entonces primer ministro francés, había presentado ante la conferencia para el desarme un «plan míni-

mo», que consistía en poner a disposición de la Sociedad una determinada cantidad de piezas de artillería pesada, aviones y barcos de guerra. Ahora, Herriot presentaba un «plan máximo», consistente en poner prácticamente todas las fuerzas nacionales permanentes a las órdenes de la Sociedad, dejando a la libre disposición de cada Estado tan sólo una especie de guardia nacional. En realidad, Herriot no tomaba este plan muy en serio, ni se sentía muy apegado a él: se trataba de un ardid para que Francia fuera mirada con buenos ojos. En octubre, Herriot explicó su punto de vista al alto mando militar francés:

«No me hago ilusiones. Estoy convencido de que Alemania desea el rearme... Nos encontramos en un momento crucial de la historia. Hasta ahora, Alemania ha seguido una política de sumisión, aunque no de resignación, pero, en cualquier caso, se trataba de una política negativa; ahora está iniciando una política positiva. Mañana será una política de reivindicaciones territoriales, apoyada por un temible medio de intimidación: su ejército... La reacción instintiva es decir que no suprimiremos ni un solo hombre, ni una sola arma.»

Continuaba diciendo con pesimismo que si Francia reaccionaba de ese modo «nuestro país corre el riesgo de verse privado del apoyo que le cabe esperar, por precario que éste sea.» El mariscal Pétain hizo una pregunta muy razonable: ¿qué garantías darían a cambio Inglaterra y los Estados Unidos? Herriot contestó de forma evasiva. El general Weygand se lamentó ante la perspectiva de la destrucción del ejército francés y de su fuerza defensiva. Herriot replicó: «la defensa de un país no reside únicamente en sus soldados y en sus armas, sino en la superioridad de su situación jurídica.» Ante la imposibilidad de confiar en sus propias fuerzas, lo único que podían hacer los franceses era anticiparse al deterioro de las garantías establecidas en el tratado de Versalles e intentar conseguir que, de alguna manera, alguien les ayudase a afrontar las consecuencias, cuando éstas se produjeran. Este era el razonamiento de Herriot [12].

En noviembre, el plan francés fue hecho público. Si alguien lo hubiera tomado en serio, habría supuesto un gran paso hacia la consecución de un gobierno mundial ejercido por una Sociedad de Naciones que contaría con todos los medios militares necesarios para hacer respetar sus decisiones. Implicaba la igualdad de Alemania, pero el gobierno alemán seguía insistiendo en que dicha igualdad tenía que ser oficialmente aceptada antes de que Alemania participara en la conferencia para el desarme. A Herriot le desagradaba ceder por adelantado a las pretensiones de su principal oponente en nas negociaciones, pero como se había propuesto demostrar que Francia no pretendía poner obstáculos, se vio obli-

gado a firmar un documento en el que se prometía a Alemania la igualdad de derechos. También se prometía seguridad, pero era ésta una noción mucho más vaga; en realidad, muchos, sobre todo en Inglaterra y en los Estados Unidos, estaban dispuestos a sostener que garantizar a Alemania la igualdad traería consigo la seguridad. A cambio, Alemania prometía volver a ocupar su puesto en la conferencia para el desarme. En diciembre, la conferencia levantó las sesiones hasta el 31 de enero de 1933. Su presidente, Henderson, declaró que terminaría entonces el período de espera para dar paso al período de las decisiones concretas. Para la fecha en que la conferencia se volvió a reunir, Hitler ya era canciller de Alemania.

Mientras el panorama político internacional se tornaba amenazador en Europa, en Extremo Oriente nació también el peligro de que se produjeran cambios y conflictos, debido al surgimiento de un Japón agresivo y militarista, dispuesto a usar la fuerza para conseguir sus pretensiones en China. La crisis económica de los Estados Unidos tuvo un efecto inmediato sobre la situación de Japón. La población japonesa estaba creciendo muy rápidamente: cerca de un millón anual a finales de la década de los veinte. Para poder seguir ofreciendo a esta creciente población un nivel de vida cada vez más alto (aunque aún muy bajo), era necesario un crecimiento industrial continuo. Dicho crecimiento se vio amenazado por la crisis mundial. Hacia 1929, el 43 por 100 de las exportaciones japonesas se dirigían a los Estados Unidos. La exportación a los Estados Unidos más importante, la de seda en rama, se redujo entre 1929 y 1931 a cerca de la mitad. La disminución subsiguiente en la renta de los productores japoneses provocó una reducción de la demanda de bienes manufacturados. En 1931, la producción industrial era un 9 por 100 inferior a la de 1929 y, entre 1929 y 1931, las exportaciones japonesas descendieron en un 40 por 100. Mientras tanto, los gobernantes intentaban mantener bajos los precios adoptando medidas deflacionarias entre las cuales se contaba una limitación del gasto público que afectaba también a los gastos de armamento. La deflación se hizo impopular entre los productores y también entre los militares.

A partir de 1931, los militares japoneses influyeron, controlaron o ignoraron las actividades de los gobernantes civiles. Los oficiales adoptaron el punto de vista, más acentuado entre los jóvenes que entre muchos de los más antiguos, de que los problemas económicos de Japón podían solucionarse políticamente y la prosperidad conseguirse por la fuerza. Especialmente, había que suprimir radicalmente la amenaza que los nacionalistas chinos suponían para el bienestar económico de Japón. Esta amenaza se puso

inmediatamente de manifiesto en Manchuria. En un principio, había sido Rusia quien se había hecho cargo del desarrollo económico de Manchuria. En 1904, al estallar la guerra ruso-japonesa, los rusos habían construido una red de ferrocarriles que atravesaba Manchuria de este a oeste (el Ferrocarril Chino del Este) y que, hacia el norte, se extendía desde Port Arthur hasta Harbin (el Ferrocarril del Sur de Manchuria) y, en 1898, habían conseguido que China les cediera la zona sur de la península de Liao-tung, incluyendo Port Arthur (el territorio de Kuantung). En 1905, Japón adquirió los derechos que Rusia tenía sobre Kuantung y se hizo cargo del Ferrocarril del Sur de Manchuria. El resultado fue que Japón gobernaba el territorio cedido y, a través del ferrocarril manchuriano, administraba la zona atravesada por dicha vía férrea, incluyendo varias populosas ciudades. En Kuantung mantenía un ejército y en el resto de la zona contaba con los guardias del ferrocarril. Al mismo tiempo, China conservaba legalmente la soberanía. Como resultado de la presencia japonesa en Manchuria, que garantizaba una situación relativamente estable en comparación con la de la mayor parte del Imperio chino, el desarrollo económico de la zona creció rápidamente. Hacia 1930, las inversiones japonesas en la zona ascendían a 1.500 millones de yens (unos 150 millones de libras esterlinas, 600 millones de dólares o 3.000 millones de marcos al cambio de 1930). Las exportaciones de Japón a Manchuria suponían más o menos el 23 por 100 de sus exportaciones a toda China y las importaciones de Manchuria suponían más o menos el 46 por 100. (Las relaciones comerciales de Japón con China suponían más o menos la quinta parte del comercio exterior japonés.) Japón dependía de Manchuria en lo relativo a la soja y pretendía conseguir en dicha región suministros de carbón, hierro, madera y aceite [13].

La administración china en Manchuria se ejercía a través de militares que, en la práctica, eran independientes de cualquier gobierno que existiera en China. Manchuria fue gobernada por Chang Tso-lin, el «viejo mariscal», desde 1918 hasta 1928, año en que resultó muerto en una voladura del ferrocarril que, se sospechó entonces, podría haber sido provocada por los japoneses. A partir de 1928, su hijo Chang Hsue-liang, el «joven mariscal», gobernó Manchuria, en la medida en que pueda decirse que existiera un gobierno chino. Después de 1924, el viejo mariscal realizó intentos de crear en el sur de Manchuria ferrocarriles independientes, de propiedad china, para hacer la competencia al monopolio del Ferrocarril del Sur de Manchuria. En 1928, el joven mariscal proclamó su adhesión al gobierno central chino. A partir de entonces, el Kuomintang, partido nacionalista chino, organizó en Manchuria una campaña de propaganda contra los intereses

extranjeros. En abril de 1931 se celebró en Mukden una conferencia en la que se discutió la posibilidad de expulsar a los japoneses de Manchuria y se pidió que el Ferrocarril del Sur de Manchuria pasase a manos chinas. Japón se opuso a estos planteamientos, alegando que, en 1905, el gobierno chino había prometido no construir ningún ferrocarril que pudiera perjudicar al Ferrocarril del Sur de Manchuria. En 1931 estaban llevándose a cabo negociaciones sobre los ferrocarriles cuando los oficiales del ejército japonés en Manchuria tomaron el asunto en sus manos y decidieron imponer su política por la fuerza a los chinos (y al gobierno de Tokio). Dicha política consistía en establecer un dominio total de Japón sobre Manchuria, evitando oponerse demasiado directamente a los intereses rusos en la zona. Las operaciones comenzaron en septiembre de 1931 cuando las tropas japonesas tomaron Mukden después de provocar una explosión en el ferrocarril al norte de la ciudad. El grueso de las tropas chinas se retiró de Manchuria a finales de 1931 y, aunque los japoneses aún tuvieron que hacer frente esporádicamente a la resistencia de algunos bandidos y de algunas tropas chinas diseminadas, en 1932 consiguieron en gran medida el control sobre las tres provincias de Manchuria. En ese año, los japoneses crearon un nuevo Estado, independiente de China, que llamaron Manchukuo [14].

Estos acontecimientos fortalecieron el sentimiento antijaponés, ya muy extendido en China. A raíz de algunos incidentes ocurridos en Manchuria entre agricultores chinos y coreanos, en Corea (gobernada por Japón) se habían producido desórdenes antichinos que provocaron, a su vez, el boicot de las mercancías japonesas en Shanghai, el centro comercial más importante de China, y en otros lugares, tanto dentro como fuera de China, donde los comerciantes chinos eran numerosos. Las operaciones militares japonesas en Manchuria hicieron que el boicot se intensificara. En la segunda mitad de 1931, las exportaciones japonesas a la China central descendieron en más de un 60 por 100 en comparación con las de la segunda mitad de 1930 [15]. Así pues, uno de los más importantes mercados de Japón se veía amenazado y la política de apoderarse por la fuerza de los mercados seguros para las exportaciones japonesas condujo a que, en los primeros meses de 1932, las tropas japonesas atacaran Shanghai. Estas tropas ocupaban una parte de aquella colonia internacional, mientras que las fuerzas de Estados Unidos, Inglaterra e Italia ocupaban otras zonas de la misma, manteniendo Francia a sus tropas en una concesión separada. La lucha estalló a finales de enero y los japoneses, con nuevos refuerzos, intentaron expulsar a los chinos de Shanghai y poner fin a las actividades antijaponesas. Sus operaciones hallaron una firme resistencia, cesando las hostilidades a

finales de marzo. El poder de los japoneses en Shanghai se vio reducido al nivel normal, restaurándose el *status quo*. Evidentemente, los oficiales japoneses habían infravalorado la capacidad de resistencia china: el intento de establecer por la fuerza un monopolio sobre el mercado chino fue abandonado de momento. A comienzos de 1933, los japoneses invadieron Jehol, una de las provincias de Mongolia, y la anexionaron al Estado de Manchukuo que, en realidad, no era más que un satélite de Japón. A este hecho siguió una tregua entre China y Japón y en el Extremo Oriente se estableció una paz precaria. Las operaciones japonesas en Manchuria habían obtenido gran éxito y se había asegurado la actividad económica de Japón en la zona; sin embargo, en el resto de China Japón no tuvo tanto éxito y, aunque el movimiento de boicot se paró en la última mitad de 1933, no consiguió garantías de que no se producirían nuevos boicots, ni el monopolio del comercio con China. En 1937 se iniciaron una serie de operaciones para conseguir este último propósito. Mientras tanto y a raíz de una caída, hacia 1933, del valor del yen al tercio de su valor anterior, los japoneses intentaron, con bastante éxito, ampliar su participación en los mercados competitivos sobre la base de precios de exportación bajos.

Es evidente que, a partir de septiembre de 1931, las acciones japonesas implicaron el uso de la fuerza para dirimir cualquier cuestión o cualquier disputa en favor de Japón. No era así como se suponía que las cosas debían desarrollarse en la era de la Sociedad de Naciones. No existía lugar a dudas de que Japón estaba violando el pacto de la Sociedad de Naciones de 1922 entre las nueve potencias, en el que se estipulaba que la independencia y la integridad de China debían ser respetadas, y el pacto Kellogg de 1928. Por razonables que fueran algunas de las reclamaciones japonesas, era absolutamente cierto que, antes de recurrir a la fuerza, Japón no había agotado todos los medios posibles para solucionar pacíficamente el problema. ¿Qué hacer con respecto a esto? Había un problema absolutamente ineludible: el gobierno chino, aunque no era capaz de gobernar su país con mucho éxito, era considerablemente eficaz a la hora de conseguir que sus reivindicaciones contra Japón se plantearan en Ginebra y donde fuera necesario. La respuesta fue igualmente clara: excepto variadas y repetidas expresiones verbales de desaprobación, no se tomó ninguna medida para que Japón abandonase el uso de la fuerza. El fin de la intervención japonesa en Shanghai fue debido a la resistencia china, no a la intervención internacional; en Manchuria, Japón pudo actuar a sus anchas, sin que nadie le pusiera ningún obstáculo.

La política adoptada por Inglaterra fue decisiva. Este país tenía en China intereses considerables y su poder e influencia en Extremo Oriente eran evidentemente superiores a los de cualquier otro miembro de la Sociedad de Naciones (excepto Japón). Además, Inglaterra se sentía capaz de controlar y dirigir las actividades de la Sociedad de Naciones (no existía ningún grupo afroasiático del tipo de los que han surgido en las Naciones Unidas). Sir John Simon, ministro inglés de Asuntos Exteriores, dijo a Stimson en febrero de 1932: «Todo el mundo aquí está dispuesto a seguir nuestras iniciativas [en Ginebra, es decir, en la Sociedad de Naciones]» [16]. Parece ser que la política a seguir por Inglaterra en esta crisis fue decidida por el ministerio de Asuntos Exteriores y su secretaría; el primer ministro, Ramsay Mac Donald, mostró por los asuntos de Extremo Oriente un interés mucho menor del que mostraba normalmente por los asuntos europeos. El ministerio de Asuntos Exteriores inglés temía y desaprobaba el avance de Japón. «Si permanecemos al margen y permitimos que Japón actúe en China sin control alguno, los intereses comerciales ingleses pueden resultar gravemente afectados por la arrogancia japonesa y la xenofobia china. Un Extremo Oriente dominado por un Japón agresivo, no puede constituir una esfera de acción favorable al desarrollo del comercio y la industria británicos», escribía Sir John Pratt en enero de 1932. Las protestas y las denuncias verbales no harían sino empeorar las cosas: en febrero de 1932, Vansittart, primer funcionario del ministerio de Asuntos Exteriores, telegrafió a Simon en estos términos: «Considero que, en esta coyuntura, debemos abstenernos de solidarizarnos con la "gravísima acusación" realizada contra Japón por el gobierno de los Estados Unidos. Japón no va a desviarse un ápice de sus propósitos sobre China simplemente a base de notas, por apremiantes que éstas sean y, en su estado de ánimo actual, según muestran nuestros informes de Tokio, una nota como la propuesta por Mr. Stimson, en vez de refrenarle, puede empujarle a llegar aún más lejos.»

Se estaba de acuerdo en que las sanciones económicas no serían prácticamente de ninguna utilidad de no ser adoptadas también por los Estados Unidos [17]. En noviembre de 1931, Sir R. Lindsey, embajador inglés en Washington, dijo refiriéndose a las sanciones contra Japón: «Estoy seguro de que el gobierno de los Estados Unidos las rechazará de plano» y confirmó su opinión después de una conversación con Stimson en la cual este último se mostró «absolutamente decidido a no comprometerse» en aquel asunto. Cuando Lindsey preguntó a Stimson si, como réplica a la acción de Japón en Shanghai, se planteaba la posibilidad de tomar alguna medida más severa que el envío de una simple nota, éste

contestó que «cualesquiera que fueran sus sentimientos, era necesario tener moderación». En cualquier caso, «la aplicación y quizás incluso simplemente una amenaza seria de sanciones por parte de la Sociedad de Naciones o de los Estados Unidos o de los dos juntos, provocaría inmediatamente un ataque que no sería anunciado por ninguna declaración oficial de guerra», según declaró Sir John Pratt. Aunque otro funcionario del ministerio sustituyó el «con toda seguridad» por un «quizás», finalmente se aceptó la conclusión de que sólo podían emprenderse sanciones económicas si Inglaterra estaba dispuesta a correr el riesgo de una guerra con Japón [18].

Los jefes de estado mayor ingleses consideraban la idea de una guerra con Japón con profundo pesimismo. Declararon que «en el caso de que se produjera una súbita ruptura de hostilidades con Japón, no podría mantenerse, dada su situación actual», Singapur, Hong Kong, ni Trincomalee (la base naval inglesa en Ceilán), que era posible que los japoneses capturaran o destruyeran las bases y los suministros de carburante necesarios para la flota inglesa y que esto, durante un período considerable, «expondría al saqueo a las posesiones y dependencias inglesas, al comercio y a las comunicaciones, incluyendo los de la India, Australia y Nueva Zelanda». Sir Robert Vansittart llegaba a estas sombrías conclusiones:

«Si se continúa sin poner freno a las actividades de Japón... nunca recuperaremos nuestra posición y nuestros grandes intereses en el Extremo Oriente... Somos incapaces de controlar a Japón de ningún modo... así es que podemos dar por perdida nuestra posición en el Extremo Oriente a menos que, finalmente, los Estados Unidos se decidan a utilizar la fuerza... Si sólo contamos con nuestras propias fuerzas, tendremos que tragarnos todas y cada una de las humillaciones de las que seamos objeto en el Extremo Oriente» [19].

Así pues, se reconocía que la posición de Inglaterra en Asia dependía del poder de los Estados Unidos. Hasta que este poder se decidiera a actuar, la mayoría de los miembros del ministerio de Asuntos Exteriores consideraban que había que tratar a Japón con tacto y cuidado. No se debía provocar a los militaristas japoneses. Sir Victor Wellesley, subsecretario suplente del ministerio, se expresó en estos términos en febrero de 1932:

«Es posible, sobre todo si la presión exterior provoca su irritación, que asistamos en Japón al surgimiento de algo parecido a un movimiento fascista o de un gobierno que, empujado por la agitación popular y por los militaristas reaccionarios, se embarque en una política mucho más aventurera que las conocidas hasta ahora... El éxito de nuestra política en el Extremo Oriente

y la prosperidad de nuestros intereses económicos dependen en gran medida de la buena voluntad de los japoneses.»

Dos serios obstáculos se oponían al intento del gobierno inglés de conservar la buena voluntad de Japón: la Sociedad de Naciones y Stimson, secretario de Estado de los Estados Unidos. No podía hacerse caso omiso de ninguno de los dos. En Inglaterra, gran parte de la opinión pública era vagamente favorable a la Sociedad; esto significaba que se esperaba que Inglaterra ayudara al funcionamiento de la Sociedad y, concretamente, colaborara en las medidas que ésta adoptara hacia Japón. Simon era plenamente consciente de todo esto. En diciembre de 1931, señalaba: «Es necesario salvaguardar nuestras buenas relaciones con Japón, pero, a la vez, tenemos que desempeñar nuestro papel de país miembro de la Sociedad de Naciones» [20]. No era fácil conciliar las dos cosas. El deseo de Stimson de someter a Japón a una presión moral, lo hacía aún más difícil; debido a las declaraciones públicas de Stimson, Inglaterra, para moderar las declaraciones de la Sociedad de Naciones, no podía recurrir a la excusa de que Estados Unidos se mostraba reticente ante el problema.

En un principio, Stimson adoptó en gran medida la misma línea que Inglaterra. Reconoció que el gobierno civil de Japón no era capaz de controlar al ejército en Manchuria y pretendió ayudarle a recuperar su influencia evitando todo enfrentamiento directo. Pero, con el cambio japonés de gobierno a principios de diciembre y el posterior avance militar en Manchuria a finales de 1931, su actitud cambió. En ese mes, consideró cuidadosamente la posibilidad de aplicar sanciones económicas contra Japón. Stimson dudaba, pero estaba muy claro que el presidente Hoover no permitiría que tales medidas se llevaran a cabo, por mucho que creciera la hostilidad de Stimson hacia Japón. Stimson volvió a la idea de defender el orden internacional mediante el sistema de no reconocer ni aceptar cualquier ganancia que no hubiera sido obtenida rectamente. En febrero de 1932, el embajador inglés en Washington informó que Stimson le había dicho que «desde agosto de 1914, a la causa de la moral internacional no se le había asestado un golpe comparable a los acontecimientos de Shanghai». Y acabó formulando «un nuevo principio fundamental», según el cual, «se negaría a todo agresor la titularidad sobre cualquier ganancia que hubiera conseguido gracias a su agresión». Stimson predicaba esta doctrina con pasión e intentó por todos los medios convencer a los ingleses de que también la hicieran suya. No se le podía mantener tranquilo; dejó bien sentado que proclamaría esta «doctrina» hicieran lo que hicieran los ingleses. Lógicamente, los gobernantes ingleses deseaban conservar la amistad de los Estados Unidos. Sobre todo porque, como

hemos visto, en última instancia dependían de América para poder librarse de la amenaza japonesa, por lo que en aquel momento estaban deseosos de cooperar con los americanos en el problema de las reparaciones y de las deudas de guerra. Inglaterra acabaría apoyando a Stimson, pero lo haría con una cierta desgana derivada del convencimiento de que el amenazar a Japón sólo empeoraría las cosas. Para esto, los ingleses utilizaron a la Sociedad de Naciones, lo que al menos les permitía dejar claro ante los ojos de los japoneses que no era Inglaterra quien encabezaba la hostilidad hacia ellos y ante los ojos de Stimson que estaban deseosos de seguir su doctrina[21].

Así pues, es posible arrojar alguna luz sobre el panorama aparentemente confuso de las reacciones occidentales ante las actividades japonesas. El desafío japonés se planteó claramente al hacer caso omiso Japón de una resolución del consejo de la Sociedad de Naciones de octubre de 1931 en la que se exhortaba a dicho país a retirarse, en el plazo de un mes, de los territorios que había ocupado en Manchuria. En diciembre, el consejo eludió la dificultad nombrando una comisión de investigación. En enero de 1932, Stimson declaró públicamente que los Estados Unidos no reconocerían ninguna situación surgida en contra del pacto de París de renuncia a la guerra (pacto Kellogg). Presionó a las demás potencias, especialmente a Inglaterra, para que apoyaran su postura. Simon se negó, limitándose a intentar conseguir la garantía (que le fue dada) de que Japón respetaría la política de «puerta abierta» en Manchuria. En febrero, Stimson intentó convencer a Simon de suscribir con él una «acusación contra Japón» y de establecer el principio de no-reconocimiento. Simon se negó y presentó como alternativa la resolución del consejo de la Sociedad de Naciones del 16 de febrero en la que se hacía un llamamiento a Japón para que respetase la integridad territorial de China y se señalaba que ningún atentado contra la integridad territorial de un miembro de la Sociedad de Naciones podría ser reconocido por los demás miembros de la misma. Inmediatamente, Simon dio órdenes al embajador inglés en Tokio, Lindley, para que dejase bien sentado que se trataba de un *llamamiento,* no de una amenaza, y que Inglaterra no estaba implicada en el asunto de manera especial. Mientras tanto, Lindley había asegurado a los japoneses que «no existía intención alguna de aplicar sanciones económicas». (Esto iba en contra de las tentativas de Stimson de hacer creer a los japoneses que dichas sanciones podían llegar a aplicarse)[22]. Stimson consideró que Simon le había abandonado y publicó su «acusación» en forma de una carta al senador Borah, a la que se dio publicidad. En ella acusaba a los japoneses de infringir los tratados y volvía a establecer

la doctrina de no-reconocimiento. El 11 de marzo, a sugerencia de Simon (sugerencia surgida, sin duda, del deseo de evitar cualquier tipo de resolución que colocase a Inglaterra en situación de enfrentarse al llamamiento de la Sociedad en favor de sanciones), la asamblea de la Sociedad de Naciones declaró que ningún miembro podía reconocer los cambios producidos por medios contrarios al tratado. Finalmente, se dio satisfacción a la petición de Stimson de que se emitiese una declaración general de carácter ético. La Sociedad de Naciones levantó entonces sus sesiones en espera del informe de la comisión de investigación que había nombrado. El informe Lytton se hizo público en octubre. En él quedaba claro que ni el régimen japonés en Manchuria, ni el sistema por el que se había asentado, podían conciliarse con los tratados a los que Japón estaba ligado, incluyendo el convenio de la Sociedad de Naciones. En febrero de 1933, la asamblea de la Sociedad de Naciones decidió que debía aplicarse el informe y devolverse a China la soberanía sobre Manchuria. En marzo, Japón se retiró de la Sociedad de Naciones y ahí acabó la cosa. Japón conservó el control de Manchuria hasta 1945.

El hecho de que no se intentara parar los pies a Japón ha sido objeto de numerosas críticas, muchas de ellas dirigidas especialmente contra Sir John Simon. La afirmación de que Simon rechazó un ofrecimiento de los Estados Unidos para colaborar en la aplicación de medidas firmes contra Japón, puede desmentirse fácilmente. En realidad, Stimson y Simon sólo diferían sobre la prontitud y la intensidad de las expresiones de condena moral; no cabía esperar que Estados Unidos hicieran otra cosa. Se ha aducido que si Inglaterra hubiera condenado más enérgicamente a Japón, los demás países habrían seguido su ejemplo, lo que quizás habría detenido los avances japoneses. Lord Cecil escribía en diciembre de 1931: «No estoy en absoluto convencido de que todos esos rumores que nos llegan desde Tokio acerca de la indiferencia de la opinión pública japonesa sean ciertos. Tarde o temprano, si la opinión pública hubiera sido lo suficientemente enérgica, Japón habría tenido que ceder.» Pero, de hecho, las condenas morales llegaron ya al final y carecieron por completo de relevancia. Es cierto que la Sociedad se mostró voluble y ambigua, pero lo que no está claro es que admitir honradamente su propia debilidad, que en definitiva es lo que proponía Lord Cecil, hubiera contribuido a solucionar el problema[23].

Alemania e Italia desempeñaron un papel poco importante en los asuntos del Extremo Oriente. A Rusia le interesaba evitar cualquier choque directo con Japón y estaba dispuesta a garantizarle la posibilidad de utilizar el Ferrocarril Chino del Este para facilitar sus maniobras; al mismo tiempo, Japón evitaba

amenazar directamente los intereses rusos en Manchuria. Los japoneses consideraban a Francia como la gran potencia más amistosa, pero, como Massigli señaló en julio de 1932, «Francia también tiene que tratar con tacto a las demás potencias. En este momento, en que se está planteando el problema de las deudas de guerra, las relaciones con los Estados Unidos son para nosotros de vital importancia». Expuso también que Francia no podía actuar en contra de las decisiones de la Sociedad de Naciones. «Con estas reservas... el gobierno francés continuará poniendo buen cuidado en mantener relaciones amistosas con Japón y no perderá oportunidad alguna de demostrar su amistad hacia dicho país» [24].

Se ha aducido que el hecho de no frenar a Japón hizo que la segunda guerra mundial fuera inevitable, al inducir a Hitler a pensar que cualquier agresión quedaría sin respuesta. Sin embargo, el hecho de no haber opuesto resistencia a Japón no significaba en absoluto que Inglaterra, Francia o los Estados Unidos no pudieran o no quisieran resistir a una agresión en Europa, del mismo modo que tampoco hacía imposible utilizar a la Sociedad de Naciones en favor de tal resistencia. No existe prueba alguna de que Hitler se sintiera respaldado por el resultado de la crisis del Extremo Oriente de 1931-1933. Por supuesto, es cierto que la amenaza japonesa era susceptible de reducir las fuerzas de que Inglaterra y los Estados Unidos podían disponer en Europa, pero, en realidad, más que la rendición, habría sido la resistencia angloamericana la que habría provocado esta debilitación. Lo que es indudablemente cierto, es que la crisis del Extremo Oriente puso fin a las esperanzas en un mundo de paz, seguridad y orden.

13. El preludio de la guerra

I. LA SUBIDA DE HITLER Y LAS POTENCIAS EUROPEAS. LOS ESFUERZOS POR EL REARME. NUEVAS ALIANZAS

El 30 de enero de 1933, Hitler se convirtió en el canciller de Alemania. ¿Cuáles eran sus propósitos? En 1942 ya había sojuzgado a la mayor parte de Europa. ¿Eran estas sus intenciones desde el principio, o, por el contrario, llegó a esto a través de una serie de reacciones frente a acontecimientos y circunstancias exteriores? ¿Acaso intentó solamente seguir una política similar a la de Seeckt y Stresemann, encaminada a acabar con el tratado de Versalles y recuperar la preponderancia que Alemania perdió en Europa en 1918, pero finalmente se vio empujado hacia proyectos más vastos? [1]

La prueba principal continúa siendo el propio libro de Hitler, *Mein Kampf*. De sus farragosas páginas emerge el vago esbozo de una política exterior: conquistar territorios en Europa oriental, donde se asentarían los alemanes, «la más alta especie humana sobre la tierra». Alemania debía ser una potencia mundial, y para ser una potencia mundial, un Estado requiere un gran territorio. Las fronteras alemanas de 1914 eran totalmente inadecuadas; en ellas ni siquiera quedaban incluidos todos los miembros de la nación alemana. Debían conquistarse tierras que los alemanes ocuparían:

«El territorio sobre el que un día nuestros campesinos alemanes podrán traer al mundo y alimentar a sus recios hijos, justificará la sangre de los hijos de los campesinos que ha de ser derramada hoy, y los estadistas que han decretado su sacrificio pueden ser criticados ahora por sus contemporáneos, pero la posteridad les eximirá de toda culpa por haber pedido a su pueblo esta ofrenda.»

Las adquisiciones coloniales de ultramar carecían de valor alguno, ya que los colonos deben seguir formando parte de una unidad política y geográfica.

«Ponemos punto final a la política comercial y colonial de antes de la guerra y pasamos a la política territorial del futuro. Cuando hablamos hoy de nuevos territorios en Europa debemos

pensar sobre todo en Rusia y en los Estados fronterizos sometidos a ella.»

Mein Kampf no fue desmentida ni escondida una vez que Hitler llegó al poder. Todo lo contrario; al final de la guerra se habían publicado en Alemania unos diez millones de ejemplares.

Inmediatamente después de que Hitler llegara al poder, estas ideas encontraron nueva expresión. El 3 de febrero de 1933, Hitler se dirigió a los oficiales de mayor graduación del *Reichswehr*. De acuerdo con las notas del general Liebmann (confirmadas por otras fuentes) se expresó aproximadamente en estos términos:

«La reconstrucción de las fuerzas armadas es el requisito más importante para lograr el objetivo de la reconquista del poder político... ¿Cómo va a usarse el poder político una vez que haya sido ganado? Aún no se puede decir. Tal vez para la conquista de nuevas posibilidades de exportación, tal vez —y ciertamente con preferencia— para la conquista de un espacio vital en el este donde se llevará a cabo una germanización a ultranza. Es cierto que las condiciones económicas actuales sólo pueden ser cambiadas por medio del poder y la lucha política. Todo lo que ahora se hiciera —asentamiento de colonos— no sería más que un expediente provisional... El período más peligroso es el de la reconstrucción de las fuerzas armadas. Entonces comprobaremos si Francia cuenta realmente con auténticos *estadistas*; si es así, no nos dejará tiempo, y caerá sobre nosotros (probablemente con sus satélites orientales).»

En otra ocasión, un año más tarde, el 28 de febrero de 1934, Hitler volvió al mismo tema en una reunión de altos oficiales del ejército, de las SA y de las SS (parece que estuvieron presentes unos treinta oficiales de alta graduación). Según el general von Weichs, dijo que el paro volvería a recrudecerse dentro de unos ocho años. El único remedio consistía en crear un espacio vital para el excedente de población (los conocimientos económicos hitlerianos parece que nunca fueron muy lejos). Pero las potencias occidentales podían intentar impedir esto, de manera que eran necesarias maniobras decisivas hacia el este y hacia el oeste. El nuevo ejército habría de estar dispuesto para la defensa en cinco años y para el ataque en ocho. En 1935 reaparecieron las mismas ideas. En el verano Hitler escribió un largo memorándum en el que, como él mismo dijo, sólo trató de las «cuestiones realmente esenciales». El memorándum se refería a la economía alemana. Según Hitler, no tenía sentido continuar diciendo que Alemania carecía de alimentos y materias primas; había que pasar a la acción.

«Es esencial adoptar aquellas medidas que deparen una solución permanente para el futuro... la solución final no es sino una expansión del espacio vital, la base de las materias primas y la alimentación de nuestro pueblo. A los dirigentes políticos corresponde resolver en el futuro estos problemas.»

El memorándum concluye: «El ejército alemán debe estar listo para actuar en un plazo de cuatro años, la economía alemana debe estar preparada para la guerra en un plazo de cuatro años» [2].

Todo esto es ciertamente muy vago. No hay prueba alguna que demuestre que Hitler hubiera hecho una programación cronológica, en el sentido de que contara con un minucioso proyecto de sus futuras conquistas, ni siquiera que tuviera ninguna idea clara acerca de cómo poder realizar dichas conquistas. Requerirían la amenaza de las fuerzas armadas y probablemente su utilización efectiva. El proceso debería comenzar hacia 1940. Después, las circunstancias dictarían la pauta de los acontecimientos. Se puede coincidir con las conclusiones de A. J. P. Taylor: «La expansión oriental constituía el objetivo principal de su política, si no el único»; «Hitler intentó usar su fuerza o, en cualquier caso, amenazó con usarla». Las pruebas, sin embargo, no confirman otras aseveraciones establecidas por Taylor. «En principio y en teoría, Hitler no era más malvado ni más falto de escrúpulos que muchos otros estadistas contemporáneos. En malas acciones les sobrepasó a todos... Si la moralidad occidental parecía superior, esto era en gran medida porque se trataba de la moralidad del *status quo*.» Pero las «malas acciones» de Hitler (incluyendo su actitud frente a los judíos y sus actos en Polonia y Rusia) *surgieron* de sus «principios y teorías». El *status quo* era superior a las condiciones que presumiblemente Hitler hubiera impuesto si hubiera podido, y la defensa del *status quo,* incluso de la Rusia de Stalin, *era* una causa moralmente superior. Taylor extrajo también algunas conclusiones sobre las intenciones de Hitler, o sobre la ausencia de estas, de la historia del rearme alemán. «El estado del rearme alemán en 1939 proporciona la prueba decisiva de que Hitler no preveía una guerra general y que probablemente no estaba intentando emprender guerra alguna.» «Aunque a menudo hablaba de tal guerra [una gran guerra contra Rusia] no la planeó. Los armamentos alemanes no estaban destinados a tal guerra.» Por supuesto, es verdad que Hitler no deseaba, ni menos aún pretendía, involucrarse en un tipo de guerra como la que sobrevino, especialmente después de 1941. Pero es importante señalar que la prueba del rearme alemán sugiere con claridad que Hitler se estaba preparando deliberadamente para emprender algún tipo de guerra o por lo menos para ser capaz de arriesgarse a emprenderla. Durante los años 1933-1938 Alemania tuvo unos gastos

militares casi tres veces superiores a los de Inglaterra o Francia; probablemente casi dos veces superiores a los de la Unión Soviética; más que Inglaterra, Francia y los Estados Unidos juntos. (Los Estados Unidos, contando con que nunca se verían implicados en un conflicto fuera de América, mantuvieron sus fuerzas defensivas a niveles mínimos, excepto en lo relativo a su marina.) En 1938, Alemania utilizaba con fines militares una proporción de sus recursos totales superior a la de cualquier otra gran potencia, excepto Japón [3]

Estas observaciones están relacionadas con los propósitos de Hitler. Estos eran los que realmente importaban, ya que, por lo menos a partir del verano de 1934, Hitler controlaba Alemania. Sin embargo, no debe entenderse que constituyeran ideas personales de Hitler o que Hitler cayese de improviso sobre una sorprendida Alemania, dotado de unos objetivos nuevos y revolucionarios, tan novedosos que nadie fuera capaz de tomarlos en serio hasta que comenzasen a ser puestos en práctica. Por supuesto, la idea de que Alemania debía ser una «potencia mundial» y de que esta posición debía ser conseguida a través de la expansión territorial, estaba muy difundida. Esta idea se concretaba en innumerables planes y proyectos elaborados desde la primera guerra mundial (que, durante su casi totalidad, pareció probable que ganara Alemania), incluyendo los de los gobiernos imperiales. Algunos proyectaban incluso, en contraste con la mayor moderación de Hitler, el engrandecimiento simultáneo hacia el este, el oeste y Africa. Durante estos años se elaboraron algunos proyectos más específicos para la colonización de tierras orientales. Entre los documentos del general von Seeckt se encuentra uno escrito de su propia mano en 1915, en el que establece los siguientes propósitos: «Todas las fuerzas de tierra deberán dirigirse contra Rusia después de hacer la paz por separado con Francia y con Bélgica. Deberán ser conquistadas extensas zonas, y su población expulsada. Las tierras serán distribuidas entre un millón o más de excombatientes, variando la cuantía de los lotes individuales de acuerdo con su rango. La guerra costará probablemente a Alemania un millón de hombres. Frente a esto, ¿qué puede importar expulsar a veinte millones de hombres, incluyendo toda esa chusma de judíos, polacos, masurios, estones, letones, lituanos, etc.?» También de 1915 es otro memorándum, elaborado por Friedrich von Schwerin (*Regierungspräsident* de Francfort del Oder) para el canciller imperial Bethmann Hollweg:

«El pueblo alemán, el mayor pueblo colonizador del mundo, está de nuevo llamado a una gran obra colonizadora; se le deben dar amplias fronteras en las cuales pueda llevar una vida completamente desarrollada. Las regiones ultramarinas idóneas para el

establecimiento de los alemanes están ya repartidas y no son susceptibles de ser obtenidas como precio de una victoria en esta guerra; así pues, hay que intentar conquistar nuevas tierras de colonización ligadas a la actual zona alemana.»

Tras la victoria sobre Rusia encontraron amplia expresión las tendencias encaminadas a obtener una utilización permanente de los recursos económicos de Ucrania en beneficio de la economía alemana; en este sentido el tratado de Brest-Litovsk concedió algunas oportunidades ciertamente efímeras. La idea de colonizar Crimea encontró algún predicamento, especialmente por parte del general Ludendorff [4].

Estos argumentos contenían, al menos implícitamente, toda una teoría racial: los alemanes tenían derecho a más ventajas y privilegios que los pueblos del este. Hitler enunciaba explícitamente teorías racistas en *Mein Kampf*. Una vez más, aquí tampoco había nada nuevo. La idea de que había características raciales divergentes, de que las razas «puras» estaban llamadas a mayores empresas que las mezcladas, de que la raza «aria» o «nórdica» tenía un mérito especial, de que los alemanes eran el mejor ejemplo de la raza «aria» o «nórdica» en su forma más pura, pero que esta pureza se hallaba amenazada por otras razas inferiores, especialmente por los desarraigados judíos, era una idea con unos precedentes intelectuales considerables, a los que Hitler no añadió nada. Tanto en Austria como en Alemania, tales ideas contaban con una amplia divulgación antes de que se oyera hablar de Hitler. Bajo la forma de un antisemitismo más o menos enérgico o de una difusa creencia en la superior virtud de una semimística *Kultur* germánica, tales ideas habían alcanzado amplia aceptación. La originalidad de Hitler reside en el vigor y en el éxito con los que las puso en práctica: nunca habría podido hacerlo si las ideas básicas no hubieran estado muy difundidas entre la población antes de que él emprendiese su aplicación [5].

El primer paso consistía en militarizar material y psicológicamente a Alemania. Por supuesto, esta tarea no fue ejecutada por Hitler en solitario. Ciertamente, la exhortación a fortalecerse para la lucha venidera y el alto grado de conciencia germánica fueron en mayor medida obra de sus asociados y subordinados nacionalsocialistas, ya que la situación internacional de los años treinta exigía que el propio Hitler adoptase actitudes pacifistas para impedir que nadie se interfiriera en el rearme alemán. Así, el doctor Goebbels dijo en junio de 1933 en un mitin masivo en Berlín que su auditorio debería mostrarse paciente durante ocho años. En este tiempo prometió que Alemania sería convertida en «una fragua de sentimientos nacionales patrióticos como el mundo jamás había visto» y que entonces empezaría la «actividad política

exterior» del régimen de Hitler[6]. De esta manera, en algunos momentos, Hitler fue considerado, curiosamente, en el exterior como un «moderado», que había de enfrentarse a la influencia de los «halcones» de su partido; ésta era una carta diplomática del más alto valor. Sin embargo para los observadores extranjeros estaba bastante claro que la subida al poder de Hitler en Alemania implicaba algo nuevo: como poco, una afirmación más decidida de las ya familiares reivindicaciones alemanas; como mucho, la clara perspectiva de una tentativa alemana para conseguir el dominio de Europa. La historia internacional de Europa desde 1933 hasta 1945 es la historia de las reacciones de las otras potencias ante este fenómeno.

Había muchas reacciones posibles: en primer lugar, emprender una guerra preventiva, invadir Alemania, ocupando su territorio como garantía del futuro buen comportamiento alemán y esperar que la consecuencia fuese la caída de Hitler; en segundo lugar, los países amenazados podían unirse en una alianza defensiva para contener a Alemania por la fuerza; en tercer lugar, llevar a cabo una conciliación con Hitler persuadiéndole de que no convirtiera a Alemania en una fuente de inquietud para Europa. Para otros países la alternativa podía consistir en no hacer nada esperando que se les dejara en paz, o bien unirse a Alemania en la esperanza de sacar ellos mismos algún provecho de los futuros cambios en Europa.

Efectivamente, en 1933 llegó a hablarse de una guerra preventiva. Se produjeron determinados rumores de que el mariscal Pilsudski había invitado a Francia a que se uniese a Polonia en una guerra de este tipo, propuesta que obtuvo la negativa francesa. Resulta imposible asegurar lo que hubiera de cierto en tales informes. No hay prueba alguna de que Polonia hiciese tal oferta a Francia. Parece más probable que Pilsudski estuviera perfectamente al tanto de que Francia no aceptaría semejante proposición y que los rumores fueran parte de un plan destinado a atemorizar a Hitler para hacerle aceptar una negociación con Polonia. Sin embargo, bien pudiera ser que Pilsudski autorizase sondeos oficiosos en París para persuadir a sus aliados polacos de que su política era correcta. En cualquier caso no había necesidad alguna de consultar con París, ya que la respuesta negativa era algo que el modo de actuar de la diplomacia francesa había puesto claramente de manifiesto en 1933. La prueba decisiva en contra de la existencia de algo parecido a una invitación clara por parte de Polonia reside en la unánime negativa de su existencia por parte de los responsables militares y políticos de la Francia de aquella época (Weygand, Gamelin, Daladier, Paul-Boncour) y del embajador francés en Polonia[7].

La mayor parte de las actividades diplomáticas desplegadas por Inglaterra y Francia en 1933 y principios de 1934 tuvo por objeto algo tan sorprendente como carente de plausibilidad: el acuerdo sobre el desarme. Esta tendencia fue inicialmente patrocinada por Inglaterra, donde se hallaba sumamente arraigada la opinión de que la mera existencia de armas y de ejércitos era ya una causa de guerra (punto de vista compartido incluso por muchos conservadores). Cuanto más reducidos fueran los ejércitos, y más limitados sus armamentos, el desencadenamiento de otra guerra sería más improbable. Para el gobierno inglés era políticamente inevitable intentar llegar a un acuerdo a fin de impedir «una nueva escalada de armamentos» y el renacer del nacionalismo alemán parecía que no hacía sino apremiar esta tarea. El ministerio de Asuntos Exteriores se hallaba a favor del acuerdo por otras razones. La esencia de las negociaciones para el desarme se traduciría en alguna limitación al rearme alemán. Si Hitler la respetaba, todo iría bien; si la transgredía, por lo menos quedaría claro quién era el culpable de la nueva carrera de armamentos. Sir Eric Phipps, embajador británico en Alemania, expresó así el primer punto:

«No podemos considerarle [a Hitler] únicamente como el autor de *Mein Kampf,* ya que en tal caso nos veríamos obligados lógicamente a adoptar la política de una guerra "preventiva"... Tampoco podemos permitirnos el lujo de ignorarlo. Por tanto, ¿no sería conveniente ligar cuanto antes mediante un compromiso a este hombre tan terriblemente dinámico, esto es, obligarle, mediante un acuerdo que lleve su firma otorgada libremente y con orgullo? Tal vez, obedeciendo a algún misterioso mecanismo de su mente, incluso se sienta obligado a cumplirlo. Más aún, su firma comprometería a Alemania como jamás lo hizo la de ningún alemán. Pueden pasar los años e incluso Hitler puede envejecer; la razón imperará en esta zona y los temores desaparecerán de ella.»

Sir Robert Vansittart, el principal funcionario permanente del ministerio de Asuntos Exteriores, destacó el segundo punto mientras presionaba a los franceses para que no encabezasen el movimiento de repulsa de las últimas propuestas británicas:

«Es importante que los alemanes puedan mostrarse como realmente son sin lugar a error, para que nuestra opinión pública, que se halla actualmente engañada y confundida, pueda ver con claridad dónde reside el auténtico problema: son los alemanes quienes constituyen el peligro que amenaza el futuro, no los franceses. Sería un desastre que la opinión pública se equivocase al juzgar quién turba y pone en peligro la paz.» [8]

Para los franceses, las negociaciones para el «desarme» contaban con inconvenientes innegables. Tanto antes como después de la llegada de Hitler al poder, estaba claro que el nivel de armamentos establecido por el tratado de Versalles no podría ser impuesto a Alemania durante más tiempo sino por la fuerza, fuerza que Francia sólo podría usar con el apoyo italiano y británico, con el que no podía contar. Alemania iba a rearmarse y un acuerdo de desarme equivaldría de hecho a institucionalizar el rearme alemán. Esto podía no ser relevante en sí mismo. La dificultad consistía en que se esperaba que Francia estuviera dispuesta a pagar un precio para hacer posible el acuerdo. Las peticiones alemanas se basaban en la «igualdad»; esto equivalía al desarme de las potencias dotadas de fuerzas armadas muy desarrolladas, lo que en la práctica se estaba refiriendo a Francia, así como también al rearme alemán, pero este último se basaría en unas limitaciones formales de las que Alemania podría prescindir cuando llegara la ocasión. La insistencia británica en llegar a un acuerdo firmado con Alemania implicaba que Francia quedara obligada a ofrecer determinadas garantías de proceder en el futuro a su propio desarme o incluso de realizarlo de inmediato. Esto parecía inoportuno. Una vez más, la participación francesa en las conversaciones de desarme era susceptible de provocar entre sus aliados europeos, sobre todo Polonia, el temor de que Francia se mostrase débil y propicia a ceder ante las exigencias de Alemania; consecuentemente, estas naciones podían intentar garantizar su propia seguridad por otros medios distintos a la cooperación con Francia. Por otra parte, negarse a participar en las conversaciones de desarme equivalía a arriesgarse a perder la amistad británica, mientras que, de no ser así, Francia podía conseguir que Inglaterra garantizase el *status quo* europeo a cambio de participar en los planes del desarme (de hecho los ingleses se negaron en redondo a ir más lejos de las garantías establecidas en Locarno en 1925). De esta manera, las negociaciones se hicieron interminables incluso una vez que Alemania abandonó la conferencia de desarme (y la Sociedad de Naciones) en octubre de 1933. Lo cierto es que los ingleses mostraron aún más insistencia en la necesidad de que Francia ampliara sus concesiones. Todo este proceso llegó a su fin cuando el gobierno francés, presidido por Doumergue, rechazó con firmeza las ideas británicas sobre el particular en abril de 1934, una vez que el gobierno alemán anunciase con un mes de antelación el sustancial aumento de sus gastos militares. La conferencia mundial de desarme desapareció finalmente de la escena en junio de 1934 [9].

Hitler manejó la situación con gran habilidad y perspicacia. Deseaba un acuerdo sobre «desarme», que contribuyera a ofrecer

una imagen pacífica de Alemania. Por supuesto, este acuerdo debería permitir a Alemania contar con las fuerzas armadas que ésta fuera capaz de crear durante los años siguientes; debería tratarse de un pacto que no necesitara ser roto hasta que Alemania fuese lo suficientemente fuerte como para enfrentarse a las posibles consecuencias de un desafío abierto. Sin embargo, en el caso de que pareciera probable que las negociaciones llevasen a un acuerdo entre las otras potencias inaceptable para Alemania, produciéndose así el inicio de una coalición antialemana, las negociaciones generales deberían ser saboteadas mediante la retirada alemana. Entonces el problema se reduciría a que las demás potencias discutiesen entre ellas sobre la oferta a hacer a Alemania para que ésta reanudase las discusiones. Alemania podría sentarse a contemplar tranquilamente el desarrollo de estos conflictos. Hitler afirmaba que no había peligro alguno de que se produjeran maniobras amenazadoras contra Alemania (aun así, el ministro alemán de la Guerra tomó la precaución de ordenar los preparativos para resistir a un eventual intento de ocupar el territorio alemán). Tras la retirada de los alemanes de la conferencia de desarme, Hitler alimentó la disputa anglo-francesa sobre la manera de hacerle volver a la mesa de las negociaciones mediante vagos estímulos al embajador británico en Berlín y a Anthony Eden, quien, al visitar Berlín, quedó perfectamente convencido de que Hitler se mostraba «sincero» al intentar llegar a un acuerdo sobre desarme [10].

Mussolini acogía con agrado las diferencias que surgían entre Inglaterra, Francia y Alemania. No podía resignarse a ser un estadista conservador; en realidad, era un aventurero precavido. Estaba interesado en que él e Italia adquirieran «grandeza», en que Italia y él llegaran a ser importantes, cortejados, consultados y, si fuese posible, temidos. Los medios para lograr esta grandeza no estaban bien definidos; a diferencia de Hitler, no se consideraba obligado por ningún tipo de principios. Parece que pensó en establecer una influencia preponderante en Europa sudoriental gracias a una alianza con Austria y Hungría, en conseguir la hegemonía sobre el Mediterráneo y en realizar la expansión del imperio italiano en Africa. Desgraciadamente, Italia no contaba con la fuerza básica para mantener una política de grandeza. En 1929 el porcentaje de la participación italiana en la producción industrial mundial era del orden del 3,3 por 100, frente a un 6,6 por 100 de Francia, un 9,4 por 100 de Inglaterra y un 11,1 por 100 de Alemania. Ese mismo año, la producción italiana de acero era aproximadamente la misma que la de Checoslovaquia, inferior a la de la región del Sarre, la mitad de la de Bélgica, menos de la cuarta parte de la de Francia o Inglaterra

y aproximadamente una octava parte de la alemana [11]. Mussolini no podía arriesgarse, y de hecho nunca lo hizo deliberadamente: su participación en la segunda guerra mundial fue simplemente un desastroso error. Grandeza sin fuerza, prestigio sin grandes guerras: éstos eran los objetivos de Mussolini. Por supuesto, tales propósitos eran más fáciles de cumplir mientras Europa se hallara dividida, mientras las otras potencias se enzarzasen en disputas y se mostrasen dispuestas a acudir en busca del apoyo italiano. De esta manera, el renacer del nacionalismo alemán, al abandonar por completo la política conciliatoria de Stresemann, hizo aumentar la importancia de Mussolini sin necesidad de mayores esfuerzos. Comprensiblemente, Mussolini presenció con júbilo la petición alemana de «igualdad de derechos» en lo relativo a armamentos y vio complacido los esfuerzos de Inglaterra y Francia para convencerle de que apoyase sus respectivos puntos de vista sobre esta petición. En 1933, Mussolini intentó institucionalizar y hacer pública esta situación. En marzo, Ramsay Mac Donald y Sir John Simon, primer ministro y titular de la cartera de Asuntos Exteriores respectivamente, viajaron a Roma para conseguir el apoyo de Mussolini a su plan de desarme. Inmediatamente, les fue presentado el proyecto de un Pacto de las Cuatro Potencias.

El Pacto de las Cuatro Potencias, siguiendo las directrices de Mussolini, estaba destinado a establecer una «colaboración efectiva» entre Francia, Alemania, Inglaterra e Italia, quienes actuarían conjuntamente para inducir a otros países a adoptar una «política de paz». El «desarme» debería ser llevado a cabo entre las cuatro potencias. El pacto reafirmaba el principio de la revisión de los tratados de paz en circunstancias susceptibles de provocar un conflicto entre las naciones. Esto suponía el establecimiento de un directorio europeo de las cuatro potencias que presidiría la solución de las disputas internacionales y sancionaría, mediante acuerdos, los cambios en el *status quo*. La ventaja para Mussolini era que Italia sería aceptada como una gran potencia; consiguientemente, las oportunidades que tal mecanismo le proporcionaría permitirían a Italia actuar provechosamente como intermediario entre Alemania y los otros países. Italia estaría presente en todo. También es posible que Mussolini tuviera auténticos deseos de reducir las probabilidades de una gran guerra europea. En una gran guerra, Italia podía permanecer neutral, lo que sería humillante para Mussolini, o bien podía convertirse en un aliado subordinado de uno de los dos bandos; lo que agradaba a Mussolini era la amenaza de una gran guerra, no la realidad de ésta. También puede haber ocurrido que Mussolini hubiera estado deseoso de distraer la atención de Hitler de Aus-

tria enfocándola hacia la frontera germano-polaca y ofreciendo a Alemania la perspectiva de una pacífica revisión de ésta en el futuro. Para los ingleses, la aceptación del pacto proporcionaba la oportunidad de conseguir la ayuda italiana para moderar las peticiones de Hitler en torno al desarme y de animar a Italia a que colaborase en el mantenimiento de la independencia de Austria; para Alemania ofrecía exactamente la perspectiva inversa: un instrumento para conseguir el apoyo italiano al renacer del poder alemán [12].

Así pues, Inglaterra presionó a Francia para que aceptara el Pacto de las Cuatro Potencias, insistiendo en la necesidad de conseguir la colaboración italiana. Para los franceses la cuestión era problemática. El pacto provocaba demasiados temores entre los aliados de Francia, Polonia y la Pequeña Entente. He aquí que su protector se preparaba para aceptar un documento que hablaba de la revisión de unos tratados que constituían la base de su integridad territorial. La Pequeña Entente (Checoslovaquia, Yugoslavia y Rumanía) emitió públicamente una protesta; los polacos estaban furiosos. El gobierno francés adoptó una solución intermedia al dar su aceptación al pacto introduciendo en él determinadas cláusulas por las que dejaba bien claro que las revisiones territoriales requerirían la sanción de la Sociedad de Naciones y asegurando a sus aliados que Francia no permitiría que esta sanción fuera otorgada sin su consentimiento. El pacto se firmó en julio de 1933; jamás fue ratificado. Polonia no fue apaciguada ni tranquilizada [13].

El efecto principal del Pacto de las Cuatro Potencias fue resquebrajar la alianza de Francia y sus aliados orientales, sobre todo Polonia. El mariscal Sosnkowski dijo (probablemente en alguna ocasión durante 1933):

«Nosotros solamente pedimos a Francia que sea la verdadera Francia, tal como nosotros la concebimos, y que defienda enérgicamente y sin concesiones sus intereses frente a Alemania y frente a los demás países. Desgraciadamente, lo que está ocurriendo en Francia —sobre todo esta constante fluctuación y esta falta de decisión— no puede inspirarnos ninguna confianza.»

Dado que su aliado se mostraba vacilante, Polonia buscó su seguridad por otros medios. En una etapa inicial pareció que a Polonia no le desagradaba por completo la llegada al poder de Hitler en Alemania. Hitler difícilmente podría mostrarse más antipolaco que Papen o Schleicher y prometía ser mucho más antirruso. A primeros de marzo, von Moltke, embajador alemán en Varsovia, informó que los polacos contaban con que las relaciones germanosoviéticas se deteriorasen. Pese a lo cual, el gobierno de Hitler tuvo que enfrentarse en estos primeros meses

a determinados actos agresivos por parte de Polonia y a los rumores de que se avecinaba algo peor. El 6 de marzo la guarnición polaca del Westerplatte, en el puerto de Danzig, fue incrementada a más del doble de sus efectivos (ilegalmente). Como hemos visto, había rumores de que Polonia estaba llevando a cabo preparativos para atacar a Alemania, rumores que llegaron a Berlín por muchas fuentes. En febrero, el embajador polaco en Berlín dijo que Alemania y Polonia estaban al borde de la guerra. Sin embargo, von Moltke informó desde Varsovia que no creía que se estuvieran llevando a cabo auténticos preparativos, lo cual es significativo. Ya el 19 de abril, von Moltke detectó ciertos síntomas de que el coronel Beck, ministro polaco de Asuntos Exteriores, intentaba mejorar las relaciones con Alemania. El 2 de mayo se llegó al momento culminante de esta evolución, al recibir Hitler en persona al embajador polaco en Berlín. Hitler habló en términos conciliadores y negó que tuviera el proyecto de intervenir por la fuerza en territorio polaco. A partir de entonces, Polonia y Alemania evolucionaron hacia un acuerdo, evolución jalonada por gestos de conciliación por parte de ambos países. En septiembre, Beck comunicó a von Neurath, ministro alemán de Asuntos Exteriores, que «el gobierno polaco estaba cansado de permitir que siempre se le utilizara contra Alemania». Parece ser que las manifestaciones polacas de principios de año estuvieron dirigidas a intimidar a Hitler para hacerle llegar a un acuerdo con Polonia. Probablemente no había necesidad de ello; Hitler estaba dispuesto sin duda a hacer tratados con los países vecinos de Alemania por separado para deshacer las posibles coaliciones contra él. En enero de 1934 las negociaciones culminaron en un pacto de no agresión, de una duración mínima de diez años. Los polacos insistieron firmemente en que se insertara un párrafo en el que se dijera explícitamente que las obligaciones internacionales ya existentes no se verían afectadas por el pacto. Desde luego, los polacos no querían descartar por completo la alianza francopolaca [14].

Es imposible saber con certeza lo que Pilsudski y el gobierno polaco pensaban hacer. Puede ser, como los polacos dijeron posteriormente, que se estuvieran limitando a extraer el máximo provecho de la difícil situación en que Francia les había colocado con su indecisión y que sólo estuvieran intentando ponerse a cubierto de Alemania hasta que Francia se recuperara. Sin embargo, existen algunos indicios de que los polacos tomaron el pacto en serio, llegando a creer que habían conseguido la seguridad para su país. En septiembre de 1933, Beck escribía: «Hitler es más bien un austríaco, en cualquier caso no es un prusiano», esto es, que Hitler no tenía por qué compartir el típico senti-

miento antipolaco de las altas clases prusianas. En noviembre, Pilsudski declaraba: «Me gustaría verle [a Hitler] en el poder durante el mayor tiempo posible» [15]. Resulta muy fácil ver lo que Hitler esperaba ganar a corto plazo: debilitar el sistema francés de alianzas y presentarse ostentosamente a sí mismo como el hombre de paz a quien se debería dejar tranquilo para que persiguiera sus inofensivos propósitos. Lo que ya resulta más difícil saber es el enfoque a largo plazo de Hitler. Con toda probabilidad, únicamente tuvo en cuenta los beneficios inmediatos; posiblemente pensaba en Polonia como en un futuro aliado subordinado frente a Rusia; ciertamente, los acercamientos alemanes de 1938-1939 a Polonia insinuaban la última probabilidad. Era evidente que el tratado, cualquiera que fuese su significado oficial, ponía en cuestión la alianza francopolaca. En Francia tomó cada vez más auge la idea de llevar a cabo otras alianzas, o un nuevo sistema de seguridad, y, en ocasiones, la idea de que era necesario intensificar los esfuerzos para llegar a una colaboración francoalemana.

La aparición de Hitler produjo un cambio aún más importante en Europa oriental: la colaboración germanosoviética de los años posteriores a 1922 desapareció. Los detalles de la ruptura son oscuros; no existen prácticamente documentos que permitan conocer la política rusa, mientras la mayor parte de los documentos alemanes proceden de diplomáticos y del ministerio de Asuntos Exteriores alemán, quienes ciertamente no compartían las ideas de Hitler sobre Rusia. Lo cierto es que, a pesar de la locuacidad de Hitler, apenas contamos con pruebas solventes que nos muestren hacia dónde apuntaban sus intenciones. No se puede decir que se mostrase comunicativo con el ministro de Asuntos Exteriores ni con sus funcionarios, ni era frecuente que se rebajara a seguir los asuntos diplomáticos cotidianos. De todas maneras, resulta bastante claro que la responsabilidad del fin de la amistad germanosoviética correspondió a Hitler. El gobierno soviético mostró repetidas veces su deseo de continuar aquella vieja relación de cooperación con Alemania. Esta constituía la mejor garantía contra una amenaza de Europa a la Unión Soviética, amenaza que dominaba la política soviética.

La naturaleza estrictamente defensiva de la política soviética se puso claramente de manifiesto en 1933, en una época en que ya se había definido la amenaza que para los intereses soviéticos suponían los avances japoneses en el Extremo Oriente. Los rusos mostraron un gran cuidado en evitar problemas en Europa; de esta manera, la amistad francorrusa que pronto empezó a desarrollarse fue una consecuencia de la amenaza alemana. Como puso de manifiesto Molotov, uno de los más cercanos colaboradores de

Stalin, «si la política alemana hacia la Unión Soviética sigue siendo la misma, esta última no cambiará su política hacia Alemania». El desarrollo de los acontecimientos que condujeron a la ruptura del entendimiento rusoalemán resultó un tanto confuso debido al extremado interés del ministerio alemán de Asuntos Exteriores y de sus representantes en Moscú en mantenerlo, ya que suponían que la política alemana debía ser necesariamente antipolaca y por tanto prorrusa, y no al revés. Así, el tratado de Berlín de 1926, que había sido el símbolo de la política prorrusa de Stresemann, fue renovado en mayo de 1933, y parece que Nadolny sólo llegó a comprender finalmente que sus superiores de Berlín ya no estaban interesados en llevar a cabo ningún tipo de esfuerzo para mejorar las relaciones con Rusia al acabar su mandato como embajador alemán en Moscú (que duró desde septiembre de 1933 hasta junio de 1934): en mayo de 1934 aún hablaba de la futura restauración de la cooperación militar. Sin embargo, detrás de los contactos diplomáticos estaba la creencia expresada por Hitler en septiembre de 1933 de que «en las relaciones con Rusia las pérdidas siempre han superado los beneficios». Los rusos mostraron el deseo de obtener algún tipo de prueba de que la nueva Alemania no sería hostil a la Unión Soviética como base para la continuidad del entendimiento. Los rusos se refirieron repetidamente a *Mein Kampf* y a los escritos y discursos de Rosenberg, el propagandista nazi, como prueba de que la Alemania nazi proyectaba un ataque a Rusia, y se quejaron de que las manifestaciones nazis preconizaban la guerra contra Rusia. Todavía en marzo de 1934, Litvinov, ministro soviético de Asuntos Exteriores, propuso una declaración conjunta germanorrusa que garantizase la independencia de los Estados bálticos (Letonia, Estonia, Lituania y Finlandia). Esta proposición estaba destinada a poner a prueba la actitud alemana frente a Rusia; Berlín la rechazó, pese a la insistencia de Nadolny. Por esta época, la alianza germanosoviética estaba ya muerta: la cooperación militar había llegado a su fin en septiembre de 1933 [16].

La ruptura germanosoviética era inevitable. Después de todo, Hitler alardeaba de ser el salvador de la sociedad frente al peligro bolchevique, así es que se vio obligado a ser más antibolchevique que los anteriores gobiernos alemanes. Desde el momento en que Hitler se propuso ignorar las cláusulas del tratado de Versalles relativas a los armamentos, la cooperación rusa dejó de tener valor. La política rusa fue una reacción a la conducta de Hitler y a la amenaza representada por Japón. Las declaraciones de Radek, «agente de confianza del comité central en política exterior», del 1 de enero de 1934, parecen sinceras:

«Sin embargo, si la Unión Soviética se viera envuelta en una dura guerra con Japón, hay muchas probabilidades de que Alemania aprovechase la oportunidad para atacar súbitamente a Polonia, y cuando hubiese conquistado Polonia, calmaría el orgullo nacional de los polacos ofreciéndoles compensaciones en Ucrania a cambio del corredor.» (Por supuesto, una alianza germano-polaca tendría idénticos resultados.) «La Unión Soviética tuvo que tomar sus precauciones frente a esta posibilidad.» De aquí el intento ruso de conseguir el contrapeso francés. Sería un mal menor; desde luego, la mejor garantía de la seguridad soviética era una Alemania amistosa. El final de la cooperación militar fue recibido con estudiadas muestras de pesar por parte de los rusos, sobre todo por parte de los oficiales del Ejército Rojo, entre los cuales se encontraba Voroshílov, cuyas relaciones con Stalin eran muy estrechas. «Voroshílov y otros militares clave... dieron a entender que esperaban que en breve la política permitiera el restablecimiento de relaciones militares más estrechas» [17]. Incluso durante el mejor período de las relaciones francorrusas, las autoridades soviéticas no dejaron de pronunciar de cuando en cuando discursos amistosos hacia Alemania [18]. En la medida de lo posible, los rusos estaban tratando de mantener las manos libres. Si las condiciones cambiaban, si Stalin se sentía seguro de su control sobre la Unión Soviética y si Alemania se mostraba dispuesta a negociar, el gobierno soviético podría volver la espalda a Occidente y confiar en su propia fuerza.

Los lazos francorrusos habían nacido antes de que Hitler llegara al poder. El resurgir del nacionalismo alemán en los primeros años de la década de los treinta y en especial la aparición de Papen en 1932 alarmó a ambos países. En Francia Herriot contemplaba con consternación las peticiones alemanas de armas, mientras el gobierno ruso se hallaba atemorizado por los rumores llegados hasta él de una oferta de Papen para un entendimiento francoalemán, que suponía dirigido contra la Unión Soviética. De esta manera, en 1931 se inició el proyecto de un pacto franco-ruso de no agresión, que fue reanudado en el otoño de 1932, produciéndose su firma a finales de noviembre de este año. En 1933 los acontecimientos tomaron cada vez más este mismo sesgo. Se procedió a un intercambio de agregados militares franceses y soviéticos, Herriot y el ministro francés del Aire visitaron Rusia, siendo recibidos calurosamente y, en el segundo semestre de 1933, Litvinov empezó a sugerir una alianza francorrusa. De momento, este proyecto no fue demasiado lejos. En 1933 la política francesa no había tomado aún un curso definido, sino que perseguía simultáneamente diversos objetivos: mejora de las relaciones con Italia, solidaridad con Inglaterra, e incluso determi-

nados intentos, a modo de tanteo, para un entendimiento directo francoalemán. Una alianza francorrusa iría contra todos ellos. En realidad, aunque Daladier, primer ministro francés en este período crucial, estaba deseoso de fortalecer la posición francesa, parece que no aceptó en manera alguna la inevitabilidad de una guerra franco-alemana, aun cuando Hitler estuviera en el poder [19]. La cuestión comenzó a ser considerada seriamente cuando en octubre cayó el gobierno Daladier; poco después, el ministro de Asuntos Exteriores, Paul-Boncour, volvió sobre la cuestión de la alianza. Habrían de cumplirse dos condiciones: cualquier tipo de pacto sería limitado a Europa y vendría a enmarcarse dentro del ámbito de la Sociedad de Naciones, en la que Rusia debería ingresar; sin la última condición, cualquier alianza sería incompatible con los tratados de seguridad franceses existentes. Las negociaciones fueron llevadas en secreto; aun ahora no se sabe demasiado sobre los detalles. En cualquier caso, fueron absorbidos, tras la crisis de febrero en Francia, en la discusión de los proyectos más amplios que propugnaba Louis Barthou, ministro de Asuntos Exteriores del gobierno Doumergue.

El gabinete Doumergue inauguró una política exterior francesa más lúcida y consistente. Llegó a la conclusión de que Hitler era peligroso y rechazó la idea de que se le pudiera persuadir de que dejara de serlo, de manera que sus intentos se centraron en conseguir una Francia segura frente a la futura fuerza alemana. El instrumento para conseguir tal fin sería una gran alianza de los países amenazados que deberían unirse para defender a cualquier miembro de ésta que fuera atacado. Esto equivalía a adoptar la alternativa de una política defensiva: era imposible llevar a cabo una guerra preventiva, ya que la opinión pública francesa no accedería nunca a que el gobierno iniciase una guerra por su propia voluntad. Aun en el caso de que pudiera iniciarse, una guerra preventiva sería inútil. Por grande que fuera la victoria, Alemania habría de ser mantenida a raya y los años veinte habían mostrado las dificultades de tal empresa. La única salida posible era contener a Alemania creando una combinación defensiva que hiciese los riesgos de una agresión demasiado grandes para que Alemania pudiera aceptarlos razonablemente. Sin embargo, era más fácil ver la necesidad de tal combinación que materializarla.

El 17 de abril de 1934 se definió el nuevo rumbo de la política exterior francesa al negarse su gobierno a participar en las discusiones sobre el desarme hasta que prevalecieran los criterios relativos a la seguridad de Francia. El gabinete francés impuso una negativa tajante a Barthou, que hubiera preferido manejar a Inglaterra con más tacto. No obstante, esto allanaba el camino

a los propósitos de Barthou de conseguir la seguridad para Francia. Había dos posturas: la primera tendía a resucitar el sistema francés de alianzas existente, perturbado por el Pacto de las Cuatro Potencias y el tratado de no agresión germanopolaco; la segunda, a crear un sistema más amplio de defensa mutua. En marzo Barthou visitó Bélgica, en abril, Polonia y Checoslovaquia, y en junio, Rumanía y Yugoslavia. Contaba entonces setenta y dos años, era un veterano de la política francesa, culto, ingenioso, honrado y franco: la encarnación de lo mejor de la Tercera República. Cierto que sus visitas tranquilizaron a sus anfitriones, pero no puede decirse que resultaran enteramente satisfactorias para él. En Bélgica tropezó con el deseo belga de mantenerse al margen del conflicto que se avecinaba; en Varsovia, con la decisión polaca de conservar la independencia de la tutela francesa; en Rumanía, con la velada hostilidad de la derecha fascistizante, apenas disimulada tras rimbombantes afirmaciones de unos sentimientos filofranceses; en Yugoslavia, con cálidas demostraciones amistosas que no llegaron a ocultar por completo la dependencia económica cada vez mayor a la que este país se veía sujeto frente a Alemania. Barthou sólo encontró un apoyo completo e incondicional en Checoslovaquia. Por lo menos, estas visitas supusieron un auténtico, aunque parcial, renacer del sistema francés de alianzas, y la Pequeña Entente se decidió a apoyar los ambiciosos proyectos de Barthou.

Estos planes fueron desarrollados en discusiones entre Barthou y el ministro ruso de Asuntos Exteriores, Litvinov, durante los meses de abril y mayo. En ellos se preveía una serie de pactos de garantías mutuas: para Europa oriental, para el Mediterráneo e incluso para el Pacífico. (El tercero, que sin duda respondía a las sugerencias de Litvinov, no fue nunca tomado en serio.) El plan principal consistía en un pacto que incluiría a Rusia, Alemania, Polonia, Checoslovaquia, Estonia, Letonia, Lituania y Finlandia; el pacto de seguridad para el Mediterráneo había de incluir a Rusia, Rumanía, Bulgaria, Turquía, Grecia, Yugoslavia, Italia, Francia y probablemente también a Inglaterra. Según los términos del pacto de Europa oriental, cada país se comprometería a prestar su ayuda si cualquiera de los otros fuera atacado por uno de los países firmantes. Francia se comprometía a defender a Rusia si ésta era atacada, y Rusia a defender a Francia, según los términos del tratado de Locarno de 1925. Todo el pacto estaba cuidadosamente estudiado para que armonizara con el de Locarno y con el convenio de la Sociedad de Naciones. Barthou concibió el pacto del Mediterráneo como un segundo paso que esperaba ayudase a un entendimiento entre Francia e Italia y entre esta última y Yugoslavia [20].

Naturalmente este proyecto francorruso tropezó con la hostilidad de Berlín, y Neurath, ministro alemán de Asuntos Exteriores, comenzó inmediatamente a repetir los ya habituales argumentos contra cualquier «bloque de potencias». La actitud hostil de los polacos hacia estas propuestas ahorró a los alemanes el verse implicados en una difícil situación. En un esfuerzo poco prometedor por conseguir que los polacos se decidieran a prestar su adhesión, Barthou viajó a Londres para conseguir el respaldo británico. Se sucedieron unas conversaciones curiosamente artificiales. Sir John Simon insistió en que los pactos propuestos no contuvieran elemento antialemán alguno y en que, de alguna manera, se relacionasen con el desarme. Incluso llegó a pedir que Rusia garantizase a Alemania contra un ataque francés y que Francia garantizase a Alemania contra un ataque ruso. Hasta qué punto Simon se tomó todo esto en serio es algo que no está claro. Aunque sus modales le hicieron impopular —era un jurista que nunca perdió la costumbre de hablar como si lo estuviera haciendo ante los tribunales y que ofendía a los extranjeros tratándoles como testigos hostiles a los que estuviera sometiendo a un severo interrogatorio— era un hombre sumamente inteligente. Probablemente se limitaba a hacerse eco de la idea que dominaba en Inglaterra de que las alianzas y las armas provocaban las guerras. Barthou aceptó las peticiones británicas y se elaboró una fórmula que demostrase la completa reciprocidad de los pactos por él propuestos y que incluyese una referencia a la posibilidad de la reanudación de las conversaciones sobre el desarme. Es seguro que Barthou consideraba esta fórmula como una pomposa fachada para ocultar sus intenciones reales; no sería de extrañar que todo el plan para el este fuera simplemente una estratagema destinada a convencer a Inglaterra de que aceptara las propuestas francesas de un sistema de alianzas más sólido y de más alcance. Barthou consiguió realizar su propósito inicial, concediéndole de inmediato el ministerio de Asuntos Exteriores inglés su firme apoyo a sus proyectos para Roma, Berlín y Varsovia [21].

Al llegar a este punto la violencia estalló; los nazis intentaron hacerse con el poder en Austria. La táctica de Hitler durante su primera época consistió en dar la impresión de una pacífica inactividad en el exterior, necesaria para que se le dejara rearmarse. Austria constituyó una excepción. No hay duda alguna acerca de cuáles eran sus proyectos a largo plazo para este país: la inclusión en el *Reich* alemán. Para él, ésta era una «obra vital a conseguir por todos los medios». En el caso de Austria, no consideró que se la pudiera dejar en paz hasta que Alemania recuperase fuerzas porque existía el peligro de que demasiados

austríacos alemanes llegaran a sentirse más austríacos que alemanes. «Existe el gran peligro de que Alemania pueda perder definitivamente a seis millones de personas, actualmente sometidas a un proceso mediante el que se están convirtiendo en una especie de suizos.» Hitler llegó a la conclusión de que debía poner a los nazis austríacos en condiciones de hacerse con una posición dominante en Austria; en ese caso no habría en absoluto necesidad de un inmediato *Anschluss*: se produciría en su lugar un proceso de *Gleichschaltung* que convertiría a Austria en un Estado nazi paralelo al de Alemania, en el cual predominarían las ideas «nacionales», es decir, las ideas nacionales alemanas. Esto exigía que el gobierno entonces existente en Austria perdiera su fuerza. Este gobierno tenía a su cabeza a Dollfuss, que era un fervoroso defensor de la independencia austríaca; en mayo de 1933, Hitler supuso que el hundimiento del gobierno Dollfuss desembocaría en unas elecciones en las que saldría triunfante el *Gleichschaltung*. Para derrocar a Dollfuss los alemanes intentaron acabar con el dinero que proporcionaba el turismo a Austria mediante la exigencia de elevadas sumas por la concesión de visados para Austria, y lanzaron una propaganda organizada nazi en Austria. Hitler tenía razón al suponer que la posición política de Dollfuss era difícil, pero se equivocó al imaginar que podía deshacerse de él sin esfuerzo[22].

Engelbert Dollfuss era un político social-cristiano de extracción campesina. Era lo suficientemente conservador como para mirar a los nazis con profundo disgusto (en Austria los nazis mostraban un cariz aún más radical en su oposición). Era un católico devoto, circunstancia ésta a la que probablemente se debía gran parte de su creencia en la «idea austríaca». Su posición era insegura entre los políticos austríacos de derecha; por supuesto los nazis sólo le apoyarían si les daba el poder efectivo; su propio partido le miraba con recelo; el *Heimwehr*, el poderoso grupo armado fascista austríaco contaba con sus propios líderes, sumamente ambiciosos: el príncipe Starhemberg y, aún más, el mayor Fey. El apoyo natural a su política de independencia respecto a Alemania venía de los socialdemócratas, cuya defensa del *Anschluss* acabó al subir los nazis al poder en Alemania; también ellos contaban con fuerzas armadas, que podían servir de contrapeso a las del *Heimwehr*. Sin embargo, Dollfuss debió a Mussolini el que su carrera política se enderezase. Dollfuss veía en las objeciones italianas al *Anschluss* la mejor garantía de la independencia austríaca y lo fueron hasta que, como vaticinó Hitler, Italia dio su consentimiento a la unión austroalemana «a cambio de concesiones en otras zonas». Mussolini adoptó el punto de vista (típico de su calidad de seudoestadista) de que la fuerza de los

nazis austríacos residía en su antimarxismo y de que Dollfuss, para imponerse a los nazis, debía mostrarse aún más antimarxista. Para ello Dollfuss tenía que cooperar con el *Heimwehr* y con sus rivales, Fey y Starhemberg, para hacer frente a los socialistas. Esto equivalía a la supresión del parlamento y la democracia y a la destrucción por las fuerzas armadas de las bases del poder con que los socialistas contaban en Viena. Dollfuss fundó un nuevo partido único, el Frente Patriótico, para fomentar y aglutinar el sentimiento nacional austríaco.

Pese al terrorismo y a la numerosa propaganda lanzada desde Munich y desde el interior de Austria, después de que el partido nazi fuera prohibido en Austria en junio de 1933, el gobierno consiguió mantener a raya a este movimiento. No todo estaba perdido desde el punto de vista nazi: Dollfuss, Fey y Starhemberg parecían todos ellos dispuestos a buscar el apoyo nazi frente a los otros. Hitler y los nazis austríacos comenzaron a mostrar sus divergencias a medida que las negociaciones se sucedían sin llegar a ninguna conclusión: parece ser que Hitler estaba esperando que ocurriera algo, mientras los nazis austríacos deseaban pasar a la acción. Los intentos de Hitler de convencer a Mussolini de que aceptase la nazificación de Austria —Hitler se entrevistó con Mussolini en Venecia en junio de 1934— fracasaron. Entonces, Habicht, uno de los dirigentes del nazismo austríaco, planeó un *putsch* en colaboración con otros nazis. Este proyectaba hacer prisioneros al presidente y a todo el gabinete austríaco, tomar las emisoras de radio y la central telefónica de Viena y formar un gobierno nazi bajo la presidencia de Rintelen, a la sazón embajador austríaco en Roma. No está claro hasta qué punto conocía Hitler los detalles de las actividades nazis en Austria, pero parece que dio su aprobación al golpe proyectado, aunque sólo fuera porque los conspiradores le habían engañado acerca del grado de apoyo que cabía esperar del ejército austríaco. El plan se llevó a cabo el 25 de julio de 1934. Los nazis ocuparon la cancillería y la emisora de radio en Viena. Sin embargo, los rebeldes no consiguieron arrestar a todos los miembros del gabinete: el presidente no se hallaba en Viena y Dollfuss, a quien Fey había dado a entender la existencia del complot, había ordenado a los miembros del gabinete que se dispersasen. Los rebeldes sólo pudieron apresar a Dollfuss y a Fey. El presidente ordenó a los ministros restantes que aplastaran la intentona, lo que éstos hicieron usando para ello el ejército y la policía. Dollfuss fue asesinado en la cancillería mientras parece que Fey se mostraba indeciso, a la espera de saber quiénes iban a ser los vencedores. En Alemania se retiró de la circulación apresuradamente un comunicado en el que se afirmaba que el pueblo austríaco se había

alzado contra sus «opresores, carceleros y torturadores». Hitler desaprobó inmediatamente el golpe de Estado e incluso comunicó su pésame por la muerte de Dollfuss[23].

La reacción más sorprendente fue la de Mussolini. Al día siguiente del *putsch* publicó una declaración: «Nada más anunciarse el asesinato del canciller Dollfuss se ha ordenado a las fuerzas terrestres y aéreas que se dirijan hacia las zonas fronterizas de Brenner y Carintia.» De hecho, se trataba de tropas italianas que estaban efectuando maniobras cerca de la frontera austríaca, algunas de las cuales llegaron hasta la misma frontera. Esta operación militar provocó un gran revuelo, aun cuando estuviera bastante claro que, fundamentalmente, todo se reducía a una exhibición de carácter verbal. (Esa misma noche se comunicó a la embajada inglesa en Roma «que por motivos políticos el comunicado ha preferido exagerar un tanto las pequeñas variaciones que han efectuado las tropas; tales movimientos son atribuibles a los ejercicios que realizan normalmente».) Parecía que el propio Mussolini se estaba poniendo a la cabeza del movimiento de resistencia a Hitler[24].

El *putsch* austríaco favoreció los planes de Barthou de ampliación de las alianzas francesas. Sin embargo, el sistema oriental de alianzas dio un frenazo. Evidentemente, era de esperar la repulsa de Alemania. Esta se produjo el 8 de septiembre de 1934 bajo la forma de un memorándum que contenía una cantidad considerable de mentiras piadosas. Los alemanes usaron el viejo truco de considerar inaceptable un pacto de seguridad que no suponía ningún avance en cuanto a la cuestión del desarme y que no daba igualdad de derechos a Alemania; se pronunciaron en favor de tratados bilaterales de no agresión, o por lo menos de un tratado general de no agresión: «La mejor garantía de paz no podrá nunca consistir en preparar una guerra contra la guerra, sino en ampliar y fortalecer los medios idóneos para impedir cualquier posibilidad de que estalle la guerra.» Los alemanes ya se habían asegurado de que Polonia rechazaría el pacto en cualquier caso. El asunto se mostraba más problemático; la cooperación entre Polonia, Checoslovaquia y Rusia podía suponer una auténtica barrera frente a Alemania, mientras que los tratados de Francia con cada uno de estos países no serían susceptibles de provocar este resultado. Polonia se opuso a la idea de comprometerse a defender a Checoslovaquia, frente a la cual aún se mantenía vivo el agravio de Cieszyn y, sobre todo, Pilsudski y Beck rechazaron la perspectiva de que las fuerzas rusas pudieran entrar por ningún motivo en territorio polaco, ni siquiera para defender a Polonia frente a Alemania. La ayuda rusa les parecía tan peligrosa como la hostilidad rusa: Si las tropas rusas entra-

ban en Polonia, ¿se marcharían alguna vez? Parece que los polacos consideraban que la alianza francopolaca, juntamente con el tratado germanopolaco de no agresión, bastarían para hacer frente al peligro alemán. Daban por sentado que la Unión Soviética no tenía ninguna intención agresiva. Consiguientemente, Polonia podía arreglárselas por su cuenta y jugar a ser una gran potencia [25].

A Barthou aún le quedaba la salida de intentar una alianza directa francosoviética. El primer paso se dio el 18 de septiembre de 1934, al convertirse la Unión Soviética en miembro de la Sociedad de Naciones. Litvinov puso de manifiesto el significado de esta maniobra: «Los portavoces de la idea de la guerra, los partidarios de rehacer con la espada el mapa de Europa y de Asia, no van a dejarse intimidar por obstáculos formales. Nos hallamos ahora enfrentados a la tarea de evitar la guerra por medios más eficaces.» Al mismo tiempo, Barthou prosiguió sus esfuerzos por crear un lazo con Italia. Las perspectivas parecían buenas. La preocupación de Mussolini por mantener la independencia de Austria ya había conducido a manifestaciones de solidaridad con Inglaterra y Francia. Por ejemplo, en febrero de 1934, los tres gobiernos declararon que «compartían el punto de vista de que era necesario mantener la independencia y la integridad austríacas de acuerdo con los tratados pertinentes». El golpe de julio en Viena fortaleció estos lazos. Yugoslavia suponía una dificultad para Barthou. Este país veía con sumo desagrado el apoyo prestado por Mussolini a aquellos yugoslavos (croatas en su mayoría) que se oponían a la dominación serbia en Yugoslavia. El gobierno yugoslavo sospechaba que Mussolini estaba tramando con Hungría la desintegración de Yugoslavia. Las manifestaciones de Mussolini en el momento del *putsch* empeoraron la situación. El gobierno yugoslavo dejó bien sentado que si Italia enviaba tropas a Austria, él también lo haría, para evitar una maniobra conjunta de Italia y Hungría. La invitación que Barthou cursó al rey Alejandro de Yugoslavia para que visitara Francia se debió probablemente al intento de persuadir a Yugoslavia de que llegase a un acuerdo con Italia [26].

El rey desembarcó en Marsella el 9 de octubre de 1934. Poco después fue muerto de un disparo por agentes terroristas croatas, los *ustači*. Barthou, que iba en el mismo coche, también resultó muerto. Esto hizo variar el curso de los acontecimientos; Barthou siguió una política bien definida que mantuvo con vigor y tenacidad; su puesto al frente del ministerio de Asuntos Exteriores fue ocupado por alguien bien diferente: Pierre Laval. De extracción campesina, sagaz, astuto, capaz y ambicioso, Laval era hombre consciente de sus limitaciones y conocedor de las del prójimo.

Empezó siendo socialista de izquierda y durante el período de entreguerras evolucionó hacia la derecha, sin dejar por ello de mantener contactos con la izquierda, establecidos en su época de alcalde de Aubervilliers. Sabía cómo agradar y cómo amenazar. Era un negociador expeditivo y responsable; en muchos sentidos, se parecía a Lloyd George y, como Lloyd George, fue víctima de la desconfianza que algunas veces suscitaba. El nombramiento de Laval como ministro francés de Asuntos Exteriores fue bien recibido por los alemanes. Hoesch, que había estado destacado en París, consideró su nombramiento «como una mejora respecto a la época anterior de Barthou», mientras que un alemán que había conversado con Laval antes de la muerte de Barthou señaló que «no estaba de acuerdo con la política exterior de Barthou y consideraba necesario un entendimiento directo francoalemán» [27]. No tiene nada de extraño que esto ocurriera realmente, aunque Laval era un político demasiado calculador para expresar públicamente esta opinión sin reservas. Ciertamente, la interpretación de la política exterior francesa de los años anteriores a 1939 se ve dificultada por la existencia de una política oficial, pública y respetable que los políticos deseosos de poder no podían atacar abiertamente: respetar las alianzas de Francia, apoyar la seguridad colectiva y la Sociedad de Naciones y estar dispuesta a defender la legalidad internacional y a oponerse a todo aquello que pudiera ser considerado sin lugar a duda como una agresión. Incluso Laval se vio obligado a inclinarse verbalmente ante esta ortodoxia y algunas veces a actuar de acuerdo con ella, mientras, en privado, mostraba sus propias tendencias.

La proyectada alianza francorrusa que Laval heredó de Barthou se convirtió en sus manos en una estratagema política, en un medio de burlar a un sector de la derecha francesa que aún propugnaba una política de enfrentamiento con Alemania. También fue útil cara a la izquierda. Como el embajador alemán en París informó a Berlín, el escaño de Laval en el Senado por el departamento del Sena sólo estaría seguro si se ponía freno —desde Moscú— a la decidida oposición de los comunistas. Una vez firmada la alianza francorrusa, el embajador francés en Berlín, François-Poncet, explicó, según Neurath, que Laval la había firmado «para parar los pies al poderoso grupo parlamentario francés constituido por comunistas, marxistas, masones y judíos». Ciertamente, parece que Laval intentó al mismo tiempo eludir la alianza rusa. A estos efectos, resucitó la idea de un pacto oriental. Las propuestas de Barthou se habían estrellado contra las objeciones alemanas y polacas; Laval intentó negociar un pacto que Alemania pudiera aceptar, suprimiendo la cláusula de ayuda mutua contra la agresión. François-Poncet puso de manifiesto en

Berlín que Laval esperaba «atenuar» el acercamiento francorruso en un pacto de carácter general e, incluso, tras la firma de la alianza francorrusa, mantuvo todavía que un pacto oriental la invalidaría. La alianza francorrusa debió su existencia a las nuevas provocaciones de Hitler, que hicieron imposible a Laval resistirse a los partidarios de la alianza. A finales de 1934, Hitler se hallaba sumamente satisfecho del entendimiento al que había llegado con Laval en torno al plebiscito a celebrarse en el Sarre (que en 1935 decidió volver a formar parte de Alemania). Hitler afirmó que la actitud conciliatoria de Laval era una consecuencia del resurgir de Alemania como gran potencia, llegando finalmente a la conclusión de que «los franceses han perdido definitivamente la oportunidad de una guerra preventiva». Ahora podría continuar tranquilamente el rearme a mayor escala. El 10 de marzo de 1935 Göring anunció la existencia de unas fuerzas aéreas alemanas y el 16 de marzo Hitler ordenó la implantación del servicio militar obligatorio. Por supuesto, ambas medidas constituían flagrantes violaciones del tratado de Versalles. Laval se vio fuertemente presionado por el gabinete y por la opinión pública francesa, acelerándose las negociaciones entre Francia y Rusia. El 2 de mayo de 1935 la alianza francosoviética quedó concluida. Proporcionaba una ayuda mutua contra la agresión, y estaba sujeta a las disposiciones del convenio de la Sociedad de Naciones. Pocos días después el gobierno checoslovaco firmó un tratado similar con la Unión Soviética que sólo entraría en vigor si previamente adquiría vigencia la alianza francocheca. Laval viajó a Moscú y el 15 de mayo Stalin permitió que se difundiera que él aprobaba el incremento del poderío militar francés, declaración que convirtió al partido comunista francés en defensor de la resistencia francesa frente a Alemania, haciendo posible el Frente Popular francés: este triunfo de la izquierda pronto provocaría en la derecha francesa algunas dudas sobre la rectitud de la cooperación con Rusia [28].

A Laval no le entusiasmaba esta alianza. Evitó las discusiones de los estados mayores de ambos países sobre las implicaciones militares del pacto. En julio, recordó al embajador alemán en París que la alianza estaba programada sólo para cinco años y declaró que si Alemania prometía no atacar a Rusia, Francia «devolvería a Rusia todos los papeles». En noviembre comunicó a un periodista alemán que compartía los puntos de vista de Hitler sobre Rusia. Se jactaba de que «tanto la Unión Soviética como los que en Francia eran partidarios de la colaboración francosoviética no se fiaban de él» e insinuó que esperaba que Alemania atacara a Rusia en el futuro, «después de todo, ustedes están decididos a hacerles una jugarreta a los bolcheviques un día de éstos». En

diciembre dijo al embajador alemán en París «que la opinión pública francesa se mostraba cada vez más propicia a considerar que el ejército francés sólo debería ser usado en defensa del suelo francés, y en ningún caso fuera de sus fronteras»[29]. De hecho Laval era de la opinión de que podía permitirse a Alemania que se hiciera cada vez más fuerte, mediante la expansión hacia el este, y que Francia podía llegar a un acuerdo satisfactorio incluso con una Alemania poderosa. Para Laval, la alianza francosoviética representaría en el mejor de los casos una baza a utilizar en las negociaciones para un entendimiento francoalemán; en el peor de los casos arrastraría a Francia a una guerra contra Alemania que él deseaba evitar.

Una baza mejor y más segura la constituía la alianza con Italia. Laval consideraba que ésta podía facilitar la negociación con Alemania; conduciría a resucitar el Pacto de las Cuatro Potencias como marco para la colaboración francoalemana. Por supuesto, incluso Laval deseaba mantener a raya a Alemania en la medida de lo posible sin arriesgarse a una guerra franco-alemana. Reconocía que la amistad francoitaliana no tenía por qué representar una barrera para llegar a un entendimiento con Alemania, como la representaría un acuerdo real francosoviético. De esta manera, Laval intentó llevar a cabo el segundo objetivo de la política de Barthou —conseguir una alianza con Italia— con entusiasmo y vigor. En enero de 1935, Laval viajó a Roma, siendo objeto de un recibimiento sumamente caluroso por parte de Mussolini. Pronto se llegó a un acuerdo para solventar las diferencias francoitalianas. Mussolini renunció a todo propósito de arrebatar a los franceses el control de Túnez; a cambio se cedieron a Italia unos pocos territorios sin importancia en Africa, dándosele también algunas acciones en el ferrocarril francés que iba de Djibuti a Addis Abeba, capital de Etiopía. Todo esto representaba en verdad muy poco frente al abandono por Mussolini de las peticiones italianas de compensaciones (de acuerdo con el tratado de Londres de 1915) y de las reclamaciones sobre Túnez. Esto se explicará más adelante. En lo referente a Europa, se llegó al acuerdo de que Italia y Francia debían consultarse mutuamente sobre las acciones a emprender en caso de que la independencia austríaca se viera amenazada de alguna manera. Yendo aún más lejos, Mussolini comenzó inmediatamente a sostener conversaciones con el estado mayor francés. El resultado fue un acuerdo mediante el cual Francia enviaría una o dos divisiones para reforzar al ejército italiano si éste tenía que enfrentarse con una amenaza alemana en Austria e Italia enviaría varias escuadrillas aéreas si los alemanes amenazaban con volver a militarizar Renania y dos divisiones a Belfort en caso de una acción común

en defensa de Austria. En julio de 1935, el jefe del estado mayor francés, Gamelin, efectuó una visita a su colega italiano Badoglio, visita que le fue devuelta en septiembre [30].

El acuerdo francoitaliano se amplió en abril de 1935 con la inclusión de Inglaterra en la conferencia que se celebró en Stresa tras anunciar Alemania la implantación del servicio militar obligatorio y la creación de una fuerza aérea. Esta reunión estaba destinada a compensar de alguna manera la extraña actitud del gobierno inglés al permitir que su ministro de Asuntos Exteriores visitase Berlín después de la declaración alemana. Las tres potencias declararon en Stresa que el mantenimiento de la independencia de Austria «continuaría inspirando su política común» y se quejaron de «la negativa unilateral» adoptada por Alemania en torno al problema de los armamentos, mientras Italia e Inglaterra reafirmaron que cumplirían las obligaciones contraídas en Locarno. Una declaración final afirmaba que «las tres potencias... se hallan de completo acuerdo en oponerse, por todos los medios a su alcance, a cualquier abandono unilateral de los tratados que pueda poner en peligro la paz de Europa». En cierto sentido este cortejo a Italia constituía una pérdida de tiempo. Italia no entraría nunca en una guerra que pudiera perder, y no era probable que su poder fuera suficiente para convertir una coalición destinada de antemano a ser derrotada frente a Alemania en una coalición victoriosa. Mussolini no perdería la oportunidad de unirse a una Alemania victoriosa, por muchos pactos y tratados que firmase. Sin embargo, no hay duda de que la mayor parte de los franceses y de los ingleses pensaban que valía la pena hacer tratados con Mussolini, de la misma manera que Hitler los hizo más tarde.

Parecía que el «frente de Stresa», junto con el pacto francoruso, había completado el aislamiento de Alemania, consiguiendo levantar una resistencia eficaz ante Hitler. Ahora una red de tratados antialemanes cubría a Europa: Francia, Rusia y Checoslovaquia; Francia, Italia e Inglaterra; además estaban las alianzas anteriores entre Francia y Polonia y entre Checoslovaquia, Rumanía y Yugoslavia. Si este esquema funcionaba alguna vez, implicaría fundamentalmente una alianza entre Inglaterra, Italia y Rusia. Ya hemos indicado algunas reservas sobre la solidez de los lazos que unían a Rusia y a Francia. También Mussolini iba pronto a poner en difícil situación las alianzas que mantenía con los demás países. Inglaterra estaba lejos de haberse convertido repentinamente en defensora resuelta y fidedigna de la seguridad colectiva y de la necesidad de frenar las ambiciones alemanas mediante la fuerza o mediante la amenaza de la fuerza.

La política británica hacia Alemania en 1935 fue dubitativa y variable. El gobierno comenzó a difundir en el país la idea de que el rearme alemán suponía una amenaza, a la que debía hacerse frente aumentando el nivel británico de armamentos, mientras continuaba exhortando a la firma de un acuerdo de desarme con Alemania. En febrero de 1935, los ministros ingleses y franceses propusieron conjuntamente un acuerdo de tipo general que incluiría un pacto para el este, un pacto para Europa en general, un pacto sobre armamentos y un pacto aéreo. Todo esto mantuvo muy ocupados a los diplomáticos durante el resto del año, sin que se obtuviera de sus actividades ningún resultado. Hitler estaba relativamente satisfecho de participar en una búsqueda de pactos que pudiera firmar. El pacto aéreo tenía un atractivo especial; habría de ser realizado únicamente por las potencias de Locarno y requería que los firmantes se comprometieran a utilizar sus fuerzas aéreas para ayudar a cualquiera de ellos que fuese atacado desde el aire por uno de los otros. Desde el punto de vista alemán, esto implicaba algo sumamente grato: que la Europa oriental pasaba a ser algo menos importante que la occidental para Inglaterra, Francia e Italia. Sin embargo, Laval no podía aceptar fácilmente que se hiciera público un tratado con estas implicaciones, e insistió en que se le adjuntase, siquiera fuera de una manera nebulosa, algún tipo de pacto oriental, lo que, como hemos visto, contribuiría a debilitar la alianza francorrusa. Sin embargo, Alemania había empezado a darse cuenta de que la alianza francorrusa suponía un motivo de queja sumamente útil, y que lo mejor sería no renunciar a él uniéndose a la Unión Soviética en un pacto general de no agresión. Las discusiones sobre el pacto aéreo giraron en torno a estos puntos durante el resto de 1935. Sólo el 6 de marzo de 1936 Eden comunicó al embajador alemán en Londres que Inglaterra deseaba que las negociaciones para el pacto aéreo se acelerasen. Lo más sorprendente de las discusiones de 1935 fue la visita del ministro inglés de Asuntos Exteriores —acompañado por Eden, entonces ministro sin cartera— a Berlín para mantener conversaciones con Hitler. La visita vino precedida por una curiosa investigación realizada por el gobierno británico para saber si sería bien recibida por los alemanes después que éstos anunciaran la vuelta al sistema de servicio militar obligatorio y pese a las protestas británicas subsiguientes, protestas que esta investigación demostró carecían de verosimilitud. La visita puso de manifiesto que ya no había esperanzas de un desarme de las fuerzas de tierra, ya que Hitler insistió con firmeza en mantener en tiempo de paz un ejército de treinta y seis divisiones o más de medio millón de hombres.

Sin embargo, Hitler indicó que podía aceptar una limitación del poderío naval alemán al 35 por 100 de la armada británica [31].

Aquí se trataba de una parte «del desarme» en la que los ingleses estaban sumamente interesados. Poco después de que los ministros británicos regresaran de Stresa, se invitó a los alemanes a comenzar las conversaciones sobre la cuestión naval. Los alemanes proyectaban encasillarse firmemente en el 35 por 100, que era en todo caso, como mucho, lo que proyectaban construir. Las negociaciones comenzaron el 4 de junio de 1935, encabezando la delegación alemana von Ribbentrop, experto nazi en asuntos exteriores. Ribbentrop aseguró a los ingleses que las negociaciones —que en la práctica no fueron sino una aceptación de las peticiones alemanas— eran de un «significado histórico mundial», frase a la que Hitler y él eran sumamente aficionados. El acuerdo se firmó el 18 de junio: en él se fijaba el tonelaje de la flota alemana en el 35 por 100 de la flota de la Commonwealth británica, mientras se autorizaba a los alemanes a que igualasen a Inglaterra en cuanto a submarinos, aunque éstos explicaron que sólo construirían un 45 por 100 en un futuro próximo. Esta manera de proceder llamó poderosamente la atención. La acción británica provocó un gran resentimiento en Francia y en Italia, pero las objeciones de estos países a que Inglaterra se arrogase el derecho de prescindir de lo establecido en el tratado de Versalles (al que todos consideraban moribundo) no fueron tomadas en consideración. Los alemanes no efectuaron ninguna otra concesión. En Berlín se señaló que sería sumamente difícil alcanzar durante la siguiente década unos objetivos más amplios que los que figuraban en el tratado.

«Como resultado del acuerdo, el más poderoso de nuestros antiguos enemigos y firmantes del tratado de Versalles ha anulado oficialmente una parte importante de este tratado y ha reconocido oficialmente la igualdad de derechos de Alemania. Ha sido eliminado el peligro de que Alemania se viera aislada, peligro por el que nos vimos amenazados en los meses de marzo y abril de este año. El acuerdo naval ha supuesto la iniciación de un entendimiento político con Gran Bretaña. El frente que las potencias de Stresa formaron hace poco contra nosotros ha quedado considerablemente debilitado» [32].

II. LA PRUEBA DE FUERZA DEL FASCISMO. LA GUERRA DE ETIOPIA. LA REMILITARIZACION DE LA RENANIA. LA GUERRA CIVIL ESPAÑOLA

El frente de Stresa iba a quedar pronto debilitado de manera mucho más seria. El 5 de diciembre de 1934 se produjo un en-

cuentro armado en Ual-Ual. En este lugar, las fuerzas etíopes e italianas se disputaban la posesión de un oasis reclamado por Etiopía y por la Somalia italiana. El incidente en sí mismo carecía de importancia. Lo problemático era que parecía haber decidido a Mussolini a embarcarse en una aventura colonial en Etiopía, que ya tenía meditada de antemano. La auténtica razón de esta maniobra reside en la naturaleza del régimen fascista. Mussolini afirmaba ser un gran dictador; decía ser el creador y el exponente de una renacida «virilidad» italiana. A las masas italianas se les ofrecía con una renovación de las energías nacionales a cambio de su pérdida de libertad. Durante los años veinte, la expresión de la grandeza nacional podía quedarse aún en palabras. Con la aparición de un dictador rival, otro hombre de fuerza y de acción, se requería algo más sólido. Había que hacer renacer el Imperio romano. El principal obstáculo para esta tarea era que la mayor parte de lo que fue el Imperio romano estaba ahora en manos de potencias peligrosamente fuertes. Había que encontrar un imperio de recambio. Etiopía era la única parte de Africa que no había caído bajo control europeo (con la excepción de Liberia, que gozaba de la protección de Estados Unidos). Era una zona en la que las ambiciones coloniales italianas habían sufrido un serio revés en la última década del siglo XIX cuando tales ambiciones estaban más a la orden del día. Seguramente no sería razonable que las potencias que aún controlaban la mayor parte de Africa pusieran objeciones a una maniobra italiana dirigida a un sector aislado y al margen del ámbito de sus intereses.

Mussolini adoptó prudentemente las medidas pertinentes para asegurarse de que las potencias que podían mostrar alguna objeción, Inglaterra y Francia, le dejarían llevar a cabo sus propósitos. Ambas deseaban que Italia constituyese un contrapeso a Alemania en Europa: ¿estarían dispuestas a ignorar, a cambio de esto, sus conquistas en Africa? Parecía que sí. En primer lugar, el consentimiento francés era seguro. El desarrollo de las conversaciones que tuvieron lugar durante la visita de Laval a Roma no está nada claro y puede que nunca llegue a estarlo. Laval negó posteriormente que hubiera dado carta blanca a Mussolini e insistió en que sólo le había reconocido el derecho a asegurarse concesiones económicas en Etiopía y a explotarlas pacíficamente. Posiblemente fuera esto lo que Laval quiso decir a Mussolini en enero de 1935 que le cedería. Pero, aunque fuera así, lo cierto es que dio a Mussolini la impresión de que estaba haciendo concesiones mucho mayores. Mussolini aseguró a un diplomático italiano, Guariglia, que estaba seguro del apoyo de Laval a sus aventuras en Africa oriental. Según el informe redactado por el propio Eden en aquella época, cuando se reunió con Eden en

Roma en junio de 1935, parte de las conversaciones fue como sigue:

«Entonces, Mussolini continuó explicando largamente que cuando Laval había estado en Roma, según él, había quedado totalmente claro que Italia tendría manos libres en Abisinia. "Económicamente", intercalé. Mussolini replicó que esto podía ser así según el documento escrito, pero como él había dejado en manos de Francia el futuro de 100.000 italianos en Túnez, recibiendo a cambio media docena de palmeras en un sitio y una franja de desierto en la que no había ni una cabra en otro, debía haber quedado claro que él había entendido que Francia se desinteresaba de Abisinia... Repliqué a esto diciendo a Mussolini que Laval me había asegurado que él había insistido en que Francia sólo había dejado las manos libres a Italia en cuestiones económicas... Al oír esto, Mussolini se echó hacia atrás en su asiento con gesto de incredulidad.»

En diciembre de 1935, Laval escribió privadamente a Mussolini, haciendo constar de nuevo que él sólo había dado su consentimiento a una penetración económica pacífica de Italia. Mussolini replicó insistiendo en que verbalmente, si no por escrito, había habido repetidas referencias a que se le dejaban las «manos libres». En enero, Laval escribió de nuevo a Mussolini haciendo constar que por lo menos él nunca había estado de acuerdo con que Italia hiciera la guerra a Etiopía; Mussolini hizo notar que tampoco él mismo había decidido hacer la guerra en el momento de las conversaciones con Laval y aseguró una vez más que Francia se había desentendido de Etiopía [33].

La situación con Inglaterra estaba menos clara. En febrero de 1935, Vansittart previno al embajador italiano en Londres, Grandi, de que cualquier intento italiano de conquista tendría en contra a la opinión pública británica y que, por tanto, supondría una amenaza para la cooperación angloitaliana. Por otra parte, y esto debe haber sido importante para Mussolini, cuando el primer ministro y el ministro de Asuntos Exteriores británico se reunieron con Mussolini en Stresa, no dijeron nada acerca de Etiopía (aunque se estaban llevando a cabo abiertamente los preparativos militares italianos) y dieron su conformidad, sin objeciones, a la declaración final que hablaba de un acuerdo de oponerse a «cualquier abandono unilateral de los tratados que pueda poner en peligro la paz *de Europa*» [34].

De esta manera, Mussolini se sintió capaz de adelantar los preparativos militares para su campaña en el Africa oriental. Las milicias fascistas y las tropas del ejército comenzaron a desplazarse de Italia a Somalia y a Eritrea en febrero de 1935. Cuando la guerra empezó en octubre, había ocho divisiones italianas dis-

ponibles para la invasión: unos doscientos cincuenta mil hombres de los cuales unos cincuenta mil se habían reclutado entre los indígenas. Esto puso en una situación sumamente embarazosa a los gobiernos inglés y francés. Si por ellos fuera, ninguno de ambos habría puesto la mínima objeción a que Mussolini hiciese lo que se le antojase en Etiopía; en junio de 1935 un comité interministerial británico llegó a la conclusión de que «ni en Abisinia ni en los países limítrofes hay intereses británicos vitales que muestren la necesidad de que Inglaterra se oponga a la conquista italiana de Abisinia». La dificultad estaba en que si Mussolini cometía una agresión contra Etiopía, infringiría el convenio de la Sociedad de Naciones. Una invasión italiana sería un desafío mucho más descarado de lo que lo había sido la acción japonesa en Manchuria (la situación en Manchuria se había mostrado un tanto confusa debido a la existencia de derechos japoneses legítimos en este país). La opinión pública británica mostraba un gran interés por la Sociedad de Naciones. Desde que acabó la guerra se le había considerado como la gran esperanza de un futuro pacífico y ordenado. Los ministros británicos habían encontrado más sencillo afirmar que ellos también participaban de esta opinión. Decirlo no hacía daño a nadie, aunque hubiera provocado alguna dificultad en el caso de Manchuria. En 1935, una especie de plebiscito organizado privadamente a propuesta de la League of Nations Union —grupo de presión británico de defensores de la Sociedad de Naciones— tuvo como resultado un extraordinario despliegue de la opinión pública británica. Más de once millones de personas contestaron a seis preguntas. Casi todos deseaban que Inglaterra permaneciera en la Sociedad de Naciones, que persiguiera el desarme internacional y que prohibiera la fabricación privada de armas. Casi todos se pronunciaron en favor de la supresión de la fuerza aérea militar. Diez millones frente a seiscientos mil se manifestaron en favor de que Inglaterra aplicase, junto con otras naciones, medidas económicas y no militares para detener el ataque de una nación contra otra; seis millones ochocientos mil contra dos millones cuatrocientos mil estaban dispuestos a unirse con otras naciones para utilizar en este caso la fuerza. Esta expresión de la opinión pública no podía ser ignorada por el gobierno. Aquellos a quienes en Inglaterra preocupaba la amenaza alemana debían estar interesados en el fortalecimiento de la Sociedad de Naciones. En abril de 1935, Vansittart explicó a Grandi que la Sociedad de Naciones constituía el mejor instrumento para convencer a la opinión pública británica de aceptar compromisos en Europa[35]. Desgraciadamente, el miedo a Alemania podía empujar en un sitio diferente: hacía que fuera importante no ofender a Mussolini. Así pues, el gobierno británico

sólo podía intentar desesperadamente evitar un conflicto entre Italia y la Sociedad de Naciones y, si se producía éste, tratar de figurar públicamente entre los defensores de la Sociedad, mientras en privado intentaba llegar a un compromiso con Mussolini. Entre los ingleses había diferencias de grado. Vansittart y los ministros de Asuntos Exteriores, primero Simon y luego Sir Samuel Hoare, propugnaban conservar la amistad de Mussolini; Eden, que estaba encargado de las relaciones con la Sociedad de Naciones, estaba más deseoso de que la Sociedad cumpliese su cometido, y parece que consideraba que Mussolini debía ser tratado con relativa firmeza para obligarle a aceptar un compromiso.

La conducta de Mussolini puso en aprietos a Laval en Francia en un sentido completamente distinto. Su gran triunfo era la alianza con Italia firmada a principios de 1935. Laval se proponía conservarla. Según él, el convenio de la Sociedad podía ser útil como una baza frente a Alemania; en cambio, si se interponía en el camino de la amistad con Mussolini debía ser ignorado. La dificultad consistía en preservar la alianza británica. Laval se vio obligado a aparentar que apoyaba a Inglaterra y por tanto a la Sociedad, mientras mantenía buenas relaciones con Italia. También a él le preocupaba la opinión pública francesa. La izquierda francesa, incluyendo a algunos de los radicales, consideraba que el convenio debía ser defendido como una barrera frente a futuras actividades alemanas, si bien se mostraba menos decidida a favor de la Sociedad de Naciones que en Inglaterra. Tanto Inglaterra como Francia deseaban, pues, arreglar de alguna manera la cuestión sin abandonar totalmente los principios de la Sociedad de Naciones. Contaban a estos efectos con una ventaja fundamental: podían arreglárselas entre las dos para controlar las actividades de la Sociedad. Había una gran dificultad: Mussolini deseaba un triunfo; para él no era suficiente dominar Etiopía furtivamente y bajo cuerda. Las negociaciones quedaron enfocadas así: propuestas de Inglaterra y Francia de un dominio efectivo italiano en Etiopía rechazadas por Mussolini porque no casaban con sus altisonantes discursos. En mayo el embajador británico en Roma, Sir Eric Drummond (más tarde conde de Perth) sugirió la posibilidad de estudiar para Italia algo parecido a la posición británica en Egipto (que era nominalmente independiente). En junio, Eden visitó a Mussolini en Roma y sugirió ofrecer un acceso al mar a Etiopía cediendo para ello un territorio británico. Esto estaba concebido para inducir al emperador etíope, Haile Selasie, a dar la provincia de Ogaden a Italia. Mussolini rechazó la propuesta insistiendo en que deseaba más territorios y el control absoluto de toda Etiopía. De regreso, a su paso por París, Eden escuchó una proposición de Laval sugi-

riendo que se crease un protectorado italiano sobre Etiopía. En agosto, esta sugerencia fue recogida bajo una forma más disimulada. Eden, Laval y Aloisi (por Italia) coincidieron en la idea de que la Sociedad de Naciones debería encargarse de la «ayuda» a Etiopía tomando bajo su responsabilidad la administración del país, que sería confiada a consejeros de las tres potencias, entre las cuales Italia estaría sin duda autorizada a llevar la voz cantante. Ese plan habría concedido a Italia la posibilidad de llevar a cabo todos sus propósitos en Etiopía, pero esto hubiera sido una «solución de la Sociedad de Naciones» y habría dejado al emperador como poseedor titular de sus territorios. Por esta época, Mussolini había comprometido demasiado su prestigio para aceptar este ingenioso plan. Un comité del Consejo de la Sociedad de Naciones elaboró un plan similar en septiembre, siendo igualmente rechazado por Mussolini, tal vez debido en parte a que el aumento de efectivos de la flota británica en el Mediterráneo, que acababa de tener lugar, hubiera hecho aparecer su aceptación como una rendición [36].

El ataque italiano comenzó a principios de octubre de 1935. Como este despliegue de vigor marcial cumplía uno de los objetivos de Mussolini, sus condiciones empezaron a moderarse. En noviembre sugirió la cesión de una provincia a Italia y un mandato sobre los territorios no amháricos de Etiopía, abogando asimismo por la implantación de un mandato colectivo para la parte central de Etiopía. Estas insinuaciones animaron a Laval y a Hoare a elaborar, primero a través de sus expertos y luego en discusiones directas, un plan similar para disuadir a Italia. El 11 de diciembre se presentó el plan a Mussolini. En él se sugería la cesión a Italia de territorios periféricos y la formación de una «zona de expansión económica y de asentamiento», reservada a Italia, en la Etiopía meridional. Es posible que se hubiera podido convencer a Mussolini de que negociase sobre estas bases. Al llegar a este punto la desmoralización en Roma era considerable. No se consideraba probable que Etiopía pudiera ser conquistada durante los meses siguientes (antes de la estación de las lluvias) y se creía posible una guerra con Inglaterra (ambas opiniones estaban completamente equivocadas). Pero Mussolini no tuvo que decidir. Hoare y su plan fueron rechazados en Inglaterra. El gabinete inglés aprobó primeramente el plan Hoare-Laval, pero inmediatamente después de su adopción fue publicado por la prensa parisina. El resultado fue que en Inglaterra se alzó un clamor de protestas: he aquí que al agresor se le ofrecía una recompensa por sus inicuas fechorías. El gabinete cambió de opinión y cuando Hoare renunció a descartar su propio plan se vio obligado a dimitir [37]. Esto marcó el final de los intentos británicos de solu-

cionar la cuestión mediante negociaciones privadas. La política británica, con Eden en el puesto de Hoare en el ministerio de Asuntos Exteriores, cambió de dirección, proponiéndose detener a Mussolini.

Este proceso había comenzado cuando Hoare pronunció un imprudente discurso en la Sociedad de Naciones en el mes de septiembre. Por supuesto, tenía que anunciar que Inglaterra apoyaría a la Sociedad de Naciones; en realidad, intentó explicar que este apoyo era muy limitado. «Si hay que correr riesgos para la paz, todos deben de correr estos riesgos. La seguridad de muchos no puede quedar asegurada sólo mediante los esfuerzos de unos pocos, por poderosos que éstos sean»; en otras palabras, la acción inglesa quedaría subordinada al veto francés. Sin embargo, este punto no quedó lo suficientemente subrayado, al estar arropado en una sarta de lo que él consideraba eran inofensivos lugares comunes. El gobierno británico «no irá a la zaga de nadie en su intención de cumplir las obligaciones que le imponga el estatuto, en la medida de su capacidad... La Sociedad de Naciones sostiene, y mi país con ella, el respeto colectivo del estatuto en su totalidad, y sobre todo una firme resistencia colectiva a todo acto de agresión no provocada».

Con gran sorpresa de Hoare, esto se interpretó como una clamorosa exhortación a hacer frente a Italia. «Yo mismo quedé asustado ante el aplauso general... Todas estas cosas ya las había dicho una y otra vez, y nadie les había dado una importancia especial.» Por consiguiente, el gobierno británico tendría que ser consecuente con lo afirmado en este discurso. En privado, Hoare aseguró a Mussolini que Inglaterra ni siquiera tomaría en consideración la aplicación de sanciones militares, ni cerraría el canal de Suez, y que sólo de mala gana se decidiría a adoptar sanciones económicas [38].

Sin embargo, el 7 de octubre de 1935, el Consejo de la Sociedad de Naciones declaró que Italia había comenzado una guerra que desafiaba lo establecido en el estatuto. El 10 de octubre se creó un comité para estudiar las medidas a tomar. Este recomendó la prohibición de exportar armas a Italia, la negativa de todo préstamo a Italia, la prohibición de que los Estados miembros importasen nada de Italia y la adopción de un embargo sobre las exportaciones a Italia de caucho y de algunos metales. Estas propuestas entrarían en vigor el 18 de noviembre. En torno a estas sanciones se dio un hecho muy curioso: no se prohibió la exportación de hierro, acero y carbón y, sobre todo, no se dijo nada sobre el petróleo, el producto decisivo. De este modo, las sanciones podían incordiar a Italia, pero no evitarían la victoria en Etiopía, con tal de que los ejércitos italianos pudiesen obtener

un rápido triunfo. La ausencia de los Estados Unidos de la Sociedad de Naciones no habría impedido que la sanción del petróleo tuviera un efecto decisivo: habitualmente, los Estados Unidos proporcionaban sólo cerca de un 6 por 100 de las importaciones italianas de petróleo y el gobierno estaba realizando serios intentos de mantener las exportaciones al nivel normal, intento que se basaba en la presión moral, y que difícilmente podría tener éxito a menos que las propias potencias de la Sociedad de Naciones impusieran un embargo.

El delegado canadiense en la Sociedad propuso, el 2 de noviembre, la inclusión del petróleo dentro de las sanciones. El día 6 de este mismo mes, el comité encargado de las sanciones (Comité de los Dieciocho) adoptó en principio esta propuesta y comenzó a realizar una encuesta entre los gobiernos. Esta propuesta preocupó seriamente a Mussolini, que dijo a Laval que un embargo sobre el petróleo supondría un desastre para las fuerzas italianas, y que sería equivalente a un acto de guerra. Según Eden, Hoare pensaba que

«Mussolini se mostraría más intransigente si fijábamos una fecha para la sanción del petróleo. Por lo tanto, aunque aprobaba el principio del embargo sobre el petróleo, estaba dispuesto a retrasar su aplicación, esperando que su amenaza indujera a Mussolini a negociar seriamente» [39].

El 22 de noviembre, el presidente del Comité de los Dieciocho convocó para el día 29 del mismo mes una reunión en cuya orden del día se incluía la sanción sobre el petróleo. Laval se apresuró a presionar para que se retrasase aduciendo que deseaba asistir en persona y que le era imposible hacerlo. Sugirió que la reunión se celebrase a mediados de diciembre. El presidente no puso objeciones al contar esta propuesta con el consentimiento británico, convocando al Comité para el 12 de diciembre. El día 11 se presentó el plan Hoare-Laval. De esta manera, el día 12 la consideración de las sanciones sobre el petróleo quedó aplazada hasta que fueran examinados los planes para un arreglo pacífico de las cuestiones. El Comité de los Dieciocho no volvería a reunirse hasta el 22 de enero. (Pocos días antes, Aloisi, el delegado italiano en la Sociedad de Naciones, recibió una información muy concreta en el sentido de que no existía el peligro de que ni Inglaterra ni Francia aceptasen una sanción sobre el petróleo.) Entonces se desencadenó la clásica maniobra dilatoria, mediante el nombramiento de un subcomité de expertos que estudiaría las sanciones sobre el petróleo. Este finalizó sus deliberaciones el 12 de febrero. El Comité de los Dieciocho volvió a reunirse el 2 de marzo. Siguiendo la política de Laval, Flandin, entonces ministro francés de Asuntos Exteriores, presionó para

lograr un nuevo aplazamiento a fin de dar tiempo a un nuevo intento de mediación; Eden (tras telefonear a Londres) se mostró de acuerdo. Los intentos de mediación, prolongados por los italianos, duraron hasta el 17 de abril. Pero en esta fecha el ejército italiano había ganado la guerra, dejando perplejos a los vacilantes: el 2 de mayo, el emperador huyó y el 9 el rey de Italia fue proclamado emperador de Etiopía[40].

Las sanciones que se aplicaron fueron insuficientes para impedir que Italia ganara una corta guerra, pero provocaron grandes dificultades económicas. Ciertamente, si la guerra no hubiera finalizado con una rapidez tan sorprendente, es probable que Mussolini se hubiera visto obligado a aceptar un compromiso; es evidente que Mussolini sólo se decidió a anexionar a Italia la totalidad de Etiopía cuando la victoria militar era casi completa. En enero de 1936, las exportaciones italianas descendieron en un 50 por 100 aproximadamente y las importaciones en más de un tercio en relación con las de enero de 1935. A continuación indicamos las cifras del comercio con Inglaterra y Francia en miles de dólares oro[41]:

	Reino Unido		Francia	
	Exportaciones a Italia	Importaciones de Italia	Exportaciones a Italia	Importaciones de Italia
Diciembre 1934	2.796	1.903	2.330	1.942
Diciembre 1935	313	930	1.038	501
Enero 1935	2.935	2.004	1.331	1.395
Enero 1936	158	79	735	159
Febrero 1935	2.742	1.842	1.968	1.660
Febrero 1936	226	82	603	83
Marzo 1935	2.645	2.142	1.702	1.343
Marzo 1936	267	9	386	158
Abril 1935	2.060	2.083	1.473	1.431
Abril 1936	82	23	422	150

Después de que la conquista italiana fuera completa, las sanciones continuaron durante algún tiempo. La Sociedad de Naciones tardó unas pocas semanas en darse cuenta de su absoluto fracaso: las sanciones sólo acabaron oficialmente en julio.

Mientras tanto, Alemania permaneció al margen. Parece ser que Hitler no estaba seguro de la actitud a tomar. Era deseable empujar a Mussolini a abandonar el frente de Stresa, pero, por otra parte, las buenas relaciones con Inglaterra, encarnadas en

el acuerdo naval, eran aún más importantes. La solución más sencilla era permanecer estrictamente neutral. Tan pronto como dio comienzo el conflicto se prohibió la exportación de armas a ambos contendientes. En noviembre se anunció que el gobierno impediría todo aumento en la exportación de materias primas o alimentos que pudiera amenazar la economía alemana. En realidad, el comercio alemán con Italia no aumentó demasiado durante los meses en los que estuvieron en vigor las sanciones de la Sociedad de Naciones. La actitud alemana tuvo un éxito considerable. Sin por ello intranquilizar en modo alguno a la opinión pública británica, Alemania consiguió sacar provecho del resentimiento de Mussolini ante el ambiguo comportamiento de sus compañeros de Stresa. Evidentemente, éstos no estaban dispuestos a pagar el precio necesario para que Italia colaborase con ellos frente a Alemania. El año 1935 había presenciado la creación de una alianza francoitaliana establecida sobre todo con vistas a la defensa de la independencia austríaca. En 1936 nació el eje Roma-Berlín. El 7 de enero de 1936, el embajador alemán en Roma informó que Mussolini le había dicho que ahora sería posible hacer desaparecer la única causa de disensiones entre Italia y Alemania: Austria. «El método más simple sería que Berlín y Viena estableciesen sus relaciones sobre la base de la independencia austríaca... Si Austria, como Estado formalmente independiente, se convirtiera en la práctica en un satélite alemán, él [Mussolini] no haría ninguna objeción.» El 28 de enero Mussolini repitió estas observaciones. Entretanto, aseguró a los franceses que su intención era permanecer fiel a la política de Stresa. Parece que esto sólo fue un cebo para animar a los franceses a que continuasen saboteando las sanciones[42].

En febrero de 1936, los embajadores franceses en Roma y Berlín percibieron con asombro una desacostumbrada actividad por parte de Hassell, embajador alemán en Roma. No eran capaces de descubrir a qué se debía. En realidad, Hassell estaba intentando obtener de Mussolini su permiso para que Alemania infringiera el tratado de Locarno. El 14 de febrero, Hassell se reunió con Hitler en Munich. El *Führer* expuso abiertamente sus ideas: finalmente, los franceses estaban a punto de ratificar la alianza francorrusa. «La cuestión estaba en si Alemania podía tomar la ratificación de París... como un motivo para denunciar el tratado de Locarno y para asentar tropas en la zona desmilitarizada.» (Aún estaban en vigor las cláusulas del tratado de Versalles que prohibían a Alemania el mantenimiento de tropas o material militar al oeste de una línea fijada a cincuenta kilómetros al este del Rin, disposiciones que habían quedado garantizadas adicionalmente por el tratado de Locarno.) Hitler sugirió que Hassell

debía encargarse primero de convencer a Mussolini de que denunciara el tratado de Locarno. Hassell regresó a Roma; el 18 de febrero marchó de nuevo a Berlín; el 19 de febrero visitó a Hitler en dos ocasiones. Ahora estaba claro que Hitler había decidido instalar tropas en la zona desmilitarizada. Hassell afirmó que pensaba que Italia no colaboraría con Inglaterra y Francia en ninguna acción de represalia frente a la remilitarización alemana de Renania. Hitler ordenó a Hassell que sondease a Mussolini con grandes precauciones. El día 22, Hassell visitó a Mussolini en Roma. Con gran paciencia y habilidad consiguió llevar la conversación a este punto. Finalmente, expuso esta hipótesis:

«En el caso de que Alemania reaccionase de alguna manera ante la ratificación, [Italia] no colaboraría con Inglaterra si ésta declarase que, como potencia firmante del tratado de Locarno, estaba obligada a emprender algún tipo de acción. Mussolini confirmó en dos ocasiones que esta interpretación mía era correcta.»

Evidentemente, Mussolini no sabía lo que se le venía encima. Hassell tuvo que cambiar el memorándum de su conversación con Mussolini, que había redactado Suvich, el subsecretario italiano, siguiendo las instrucciones de Mussolini, consiguiendo que se suprimiera una frase en la que se decía que la acción alemana no traspasaría los límites de la legalidad. Esto se hizo sin dificultad. De esta manera Mussolini entregó un cheque en blanco [43].

El 7 de marzo las tropas alemanas se instalaron en la zona desmilitarizada. Los preliminares de esta decisión constituyen un ejemplo sumamente útil del proceso que Hitler seguía antes de adoptar sus decisiones. El ministerio de Asuntos Exteriores ale-
Locarno: en 1935 los diplomáticos alemanes difundieron la tesis
mán había suministrado un pretexto para ignorar el tratado de
de que el pacto francorruso era incompatible con el de Locarno; evidentemente consideraban que esto podía serles útil en alguna ocasión. Parece que cuando Hitler estuvo en Baviera a primeros de febrero de 1936, decidió adoptar la táctica de usar el pretexto de la ratificación (el pacto francosoviético fue presentado a la Cámara de Diputados el 12 de febrero) como justificación para remilitarizar Renania. El 12 de febrero realizó una rápida visita a Berlín y trató de la cuestión de Renania con el comandante del ejército, Fritsch. Fritsch insistió en que no se debía correr el riesgo de una guerra. Al día siguiente se informó al general Blomberg, ministro de la Guerra. Al otro, Hitler explicó sus razones a Hassell, a quien comunicó que hasta entonces sólo había discutido la cuestión con Neurath, Blomberg, Fritsch, Ribbentrop y Göring. Durante la siguiente reunión mantenida con Hitler, Hassell y el ministro de Asuntos Exteriores, Neurath, aconsejaron aplazar la decisión. (Neurath temía que la maniobra

provocase la formación de una coalición hostil, aunque no contaba con una respuesta militar inmediata.) Hitler opinó que existía el peligro de que la zona desmilitarizada fuera considerada como una institución inviolable y manifestó que «a largo plazo, la pasividad no era una política... También en este caso el ataque era la mejor estrategia (vivas muestras de asentimiento por parte de Ribbentrop)». Ya se encargaría él de lanzar una cortina de humo sobre el asunto ofreciendo firmar los pactos que fuera para dar la impresión de que no actuaba agresivamente. El 28 y el 29 de febrero los altos jefes militares se reunieron en Berlín para conferenciar. El 2 de marzo, Blomberg emitió las órdenes pertinentes para la operación, ordenando el día 5 que su ejecución comenzase el día 7. Al llegar a este punto Hitler preguntó si aún podía volverse atrás, pero no lo hizo. He aquí el ejemplo de una manera de actuar, cuya programación y ejecución venían dictadas por circunstancias externas. Aquí también encontramos los temores y las dudas de última hora que frecuentemente se apoderaban de Hitler. Sin embargo, una vez que la decisión era irrevocable, se llevaba a cabo. Unos días después, Blomberg, atemorizado ante una posible acción francesa, pidió la retirada de las reducidas fuerzas que ahora se hallaban al oeste del Rin. Hitler ignoró su petición y se arrogó consiguientemente el éxito de la operación, impuesta a sus subordinados más débiles y vacilantes [44].

Se esperaba una amenaza del tratado de Locarno y la zona desmilitarizada, pero no el momento en que esto ocurriría. A París habían llegado repetidos avisos de que la remilitarización se aproximaba [45]. Aunque no se esperaba que ocurriera cuando ocurrió, el gobierno francés tuvo tiempo de sobra para considerar lo que haría en este caso. El ministerio de Asuntos Exteriores consultó con los ministros relacionados con la defensa nacional. Resultó que éstos deseaban que Renania continuase desmilitarizada, pero no tenían ni idea de cómo conseguirlo. El general Maurin, ministro de la Guerra, sugirió que se tomasen precauciones en el caso de que la remilitarización fuera seguida de un ataque inmediato a Francia, pero no propuso que las fuerzas francesas, por sí solas, emprendiesen acción alguna de represalia en la zona. Los jefes de los estados mayores de las tres armas se reunieron el 19 de febrero de 1936. El jefe del estado mayor del ejército dio el tono. «El general Gamelin piensa que es inoportuno plantear que Francia pueda ocupar por su cuenta la zona desmilitarizada.» No tenía por qué preocuparse. Flandin se reunió con Eden en Londres el 27 de enero. Preguntó qué debía hacer Francia si Alemania emprendía la acción en Renania. Eden replicó que en primer lugar ésta era una cuestión a decidir por los pro-

pios franceses. Eden afirma que preguntó lo siguiente: «¿Qué importancia conceden [los franceses] a la zona desmilitarizada? ¿Desean mantenerla a toda costa?» ¿O preferirían negociar? «Flandin replicó que éstos eran precisamente los temas que nuestros gobiernos deberían estudiar cuidadosamente y sobre los cuales deberían entonces consultarse.» «Esto», continúa diciendo Eden, «no era la actitud ni el lenguaje de un hombre decidido a luchar por Renania»[46]. El 27 de febrero el consejo de ministros francés llegó a una conclusión, expuesta así por Flandin: «el gobierno francés no procederá aisladamente a ningún tipo de acción. Sólo actuará de acuerdo con los otros firmantes de Locarno... Mientras espera que le sean comunicadas las opiniones de las otras potencias que garantizan el pacto, el gobierno francés se reserva el derecho de tomar todo tipo de medidas preparatorias, incluyendo las militares, con vistas a la acción colectiva que pueda ser decidida por el Consejo de la Sociedad de Naciones y por las potencias signatarias de Locarno»[47]. Esto estaba bastante claro. Equivalía a decir que Francia no haría nada excepto esperar que Inglaterra negociase de alguna manera la retirada de los alemanes de Renania. Era evidente que no se podía esperar nada de Italia, ya que la guerra con Etiopía proseguía e Italia continuaba siendo objeto de sanciones: en estas condiciones era inconcebible que Mussolini se pusiera en contra de Alemania. En cuanto a Inglaterra, existían numerosas pruebas de que no se esperaba que adoptase medida activa alguna[48].

Lo que resulta sorprendente es, según cabe deducir, que el gobierno francés consideró la posibilidad de emprender una represalia militar inmediata a la remilitarización alemana cuando ocurrió ésta. Parece que incluso el propio Flandin pronunció algunas palabras en defensa del uso de la fuerza cuando el gabinete francés se reunió el 8 de marzo. Presumiblemente, Flandin era consciente de que el ministro de la Guerra se opondría inmediatamente, echando por tierra estas propuestas. Ciertamente, Flandin nunca llegó a plantear a los ingleses la pregunta: ¿qué harían ellos si Francia actuaba sola? El gobierno francés no estaba dispuesto ni a luchar por Renania, ni a renunciar a la zona desmilitarizada. El resultado fue someter el asunto en toda su extensión a las potencias de Locarno y al Consejo de la Sociedad de Naciones. La importancia de las ofertas de Hitler de nuevos pactos se hizo patente en las diversas conferencias que siguieron. Los ingleses ansiaban reanudar la caza de la firma de Hitler. Flandin abogó en la mesa de negociaciones por que se obligase a Alemania a retractarse de su denuncia unilateral del tratado de Locarno, mientras, en privado, se mostraba mucho más dispuesto a seguir la política británica. Era típico de Francia este dualismo entre

una política pública y oficial que propugnaba el mantenimiento de la zona desmilitarizada como medio de facilitar un ataque a Alemania en ayuda de cualquier aliado de Francia que se viera amenazado —y el impulso, no abiertamente confesado, de acceder a los propósitos alemanes. El resultado estaba seguro, ya que Francia había aceptado por adelantado el veto de Inglaterra contra la acción. Ahora se trataba de negociar con Alemania para, de alguna manera, llenar el hueco de lo que antes representaba para la seguridad de Francia el mantenimiento de la zona desmilitarizada. Nada pudo obtenerse de las propuestas hechas por Francia e Inglaterra, ya que no venían respaldadas por la amenaza de la fuerza. Las discusiones prosiguieron durante el resto de 1936 sin que Alemania dejase de llevar a cabo sus designios en Renania [49].

El hecho de que no se adoptase medida alguna era un síntoma de que Francia no podía ni quería desempeñar en Europa el papel de policía. Sin embargo, las alianzas francesas con Polonia, Checoslovaquia, Rumanía, Yugoslavia y, por supuesto, Italia (en la medida en que aún se podía contar con ella), implicaban que Francia estaba dispuesta a defender por la fuerza el *status quo* europeo. La zona desmilitarizada era importante porque facilitaría un ataque francés a Alemania para hacer frente a esas obligaciones. Su abandono equivalía a un mayor debilitamiento de la posición de Francia como aliado. La pasividad francesa hacía pensar que no tomaba muy en serio su política oficial de hacer honor a sus alianzas orientales. Para muchos franceses esto era cierto; todo el sistema estaba dirigido a impedir una nueva guerra con Alemania, no a ocasionarla. Los aliados del este tenían como función atemorizar a Alemania para que dejara a Francia en paz o, si esto no se conseguía, mitigar los efectos de un ataque alemán a Francia. El ejército francés reflejaba este sentimiento mucho más claramente que la política oficial francesa. Desde la época de Millerand y Poincaré, ésta había hablado como si Francia fuera el guardián omnipresente de lo acordado en Versalles, el oponente activo al rearme alemán. Briand había repetido esto, incluso en Locarno. Barthou lo había reafirmado vigorosamente. Laval y Flandin, al poner en duda esta ortodoxia, adoptaban casi una actitud furtiva, de conspiradores. El ejército hacía caso omiso de esta ortodoxia. Sus proyectos se dirigían exclusivamente a defender a Francia de una invasión alemana. «¿Seremos tan locos como para avanzar más allá de nuestra barrera fortificada hacia qué sé yo qué aventura?», preguntaba el general Maurin en 1935. Gamelin no mostraba un interés desmesurado en hacer frente a la remilitarización de Renania. Cuando se le preguntó qué podía hacer el ejército francés en este caso, replicó que no cabía la posibilidad de invadir Renania sin previamente llevar a cabo una movi-

lización general y que, incluso entonces, la invasión no podría llevarse a cabo sin la cooperación de Italia e Inglaterra (es decir, no podría llevarse a cabo en absoluto). Cuando se le presionó para que sugiriera las posibles operaciones para la ocupación de parte de la zona, repitió que no podía hacerse nada sin la Sociedad de Naciones o, por lo menos, sin las potencias de Locarno, y que, incluso en este caso, todo lo que podría hacerse sin una movilización general se reduciría a la ocupación de la orilla izquierda del Sarre, o, increíblemente, la ocupación de Luxemburgo. Para justificar estas propuestas, mostró las cifras de los efectivos alemanes en Renania, que con la inclusión de los 235.000 hombres de las SA, las SS, los NSKK (voluntarios nazis motorizados) y el Servicio de Trabajo, ascendían a 295.000 hombres. Gamelin continuaba expresando la esperanza de que el ministerio de Asuntos Exteriores «comprenda que la organización actual de nuestro ejército es tal que sin movilización podemos ocupar nuestras líneas defensivas y detener un ataque, pero que toda acción ofensiva en territorio enemigo es imposible» [50]. La inactividad de Gamelin en 1939 proporcionó la prueba definitiva de que el ejército francés sólo pensaba en hacer frente a un ataque, no en emprenderlo.

El hecho de que estas vacilaciones no saliesen a la superficie era algo de importancia fundamental. Francia siguió insistiendo en público en su posición de gran potencia, negándose a abandonar a su suerte al resto de Europa. Así pues, cuando desapareció el pretexto para su dimisión que le proporcionaba la vacilación británica, se hizo imposible para el gobierno francés no ser consecuente con sus propias declaraciones.

La crisis de Renania demostró que las alianzas francesas aún seguían en juego. El 7 de marzo, el ministro checo de Asuntos Exteriores declaró que Checoslovaquia haría exactamente lo mismo que hiciera Francia. Más sorprendentes fueron las palabras del coronel Beck, que comunicó al embajador francés en Varsovia, Nöel, que Polonia haría honor a la alianza francopolaca. Nöel dio una explicación bastante aceptable. El general Rydz Śmigy, inspector general del ejército y uno de los personajes claves del régimen polaco, estaba convencido de que Francia emprendería una acción militar contra Alemania, y había impuesto a Beck una declaración de apoyo a Francia. Beck estaba seguro de que Francia no haría nada. De esta manera Beck pudo argumentar que estaba justificada su política de lograr la seguridad de su país mediante la amistad con Alemania. La falta de reacción por parte de Francia provocó temores en todas partes. Yugoslavia y Rumanía, que estaban ya bajo la influencia de las relaciones económicas con Alemania, se mostraron sumamente alarmadas. El embajador francés en Belgrado expresó así sus quejas: «En

una palabra, están ustedes dejando que se desarrolle libremente la táctica alemana, que pretende ponerse a cubierto en Occidente para tener las manos libres en Oriente.» Hasta los checos, los aliados más leales de Francia, empezaron a preguntarse si no deberían mejorar sus relaciones con Alemania [51].

Eden extrajo algunas «conclusiones» de la remilitarización:

«Debemos estar preparados a que [Hitler] denuncie cualquier tratado, incluso los negociados libremente a) cuando no le convengan, y b) cuando Alemania sea suficientemente fuerte y las circunstancias se muestren favorables. Por otra parte, como cada día aumenta el poder material de Alemania y su capacidad de incordiar en Europa, nos conviene concluir un acuerdo lo más amplio y duradero posible mientras Herr Hitler esté en disposición de hacerlo.»

La falta de lógica de esta declaración se debe a que combina la ortodoxia política británica —conciliación y concesión— con dudas acerca de la bondad de esta política. Sin embargo, la ortodoxia continuó estando vigente: en realidad se hizo más firme a medida que crecía el poderío alemán. A finales de 1936 Eden pronunció públicamente estas palabras: «Estamos tan lejos de querer cercar a Alemania que tratamos de obtener su cooperación con otras naciones tanto en la esfera económica y financiera como en la política. No queremos bloques ni barreras en Europa.» [52]

En otro sentido, Hitler se aprovechó del resentimiento de Mussolini por los acontecimientos de 1936. Mussolini demostró que ya no le interesaba la defensa de Austria dejando de apoyar a Starhemberg y de ayudar económicamente al *Heimwehr* fascista. El resultado fue que a Schuschnigg, sucesor de Dollfuss, le fue posible intentar negociar con Alemania para llegar a un mayor entendimiento. No es que Schuschnigg se viera obligado a seguir esta política. Pensaba que, a fin de cuentas, la independencia de Austria sólo podría conseguirse con el consentimiento alemán: de aquí el llamado «acuerdo entre caballeros» del mes de julio de 1936, que permitió a los nazis ampliar su propaganda en Austria, a la vez que Schuschnigg prometía admitir a algunos miembros de la «oposición nacional» en puestos de responsabilidad en el gobierno y permitir la participación de la oposición nacional en las actividades políticas. Esto constituía un paso hacia el *Gleichschaltung* [53].

Todo esto pasó a segundo término cuando estalló la guerra civil española. Este conflicto suscitó violentas emociones. Para muchos en Inglaterra, en Francia e incluso en los Estados Unidos, la cuestión parecía reducirse a una tajante diferenciación entre buenos y malos. Para los intelectuales de izquierda ingleses y

franceses, para la mayoría de los liberales y para algunos trabajadores, se trataba de un ataque reaccionario, fascista y clerical a una democracia progresista. Para la mayoría de los católicos, la mayor parte de la derecha francesa y algunos conservadores británicos, se trataba de una virtuosa cruzada contra el terror ateo y bolchevizante. Estos temas fueron desarrollados por dos poderosas maquinarias propagandísticas: la Iglesia católica (con algunas excepciones) y el Partido Comunista (sin ninguna). Fue la intervención extranjera la que dio a estos sucesos importancia internacional. Por consiguiente, es del mayor interés considerar los temores y las esperanzas de los gobiernos europeos.

Del lado de Franco, la intervención italiana fue la más importante. No existen pruebas decisivas que demuestren que Mussolini planease o precipitase la revuelta de 1936. Sin embargo, adoptó inmediatamente la decisión de intervenir. Para ello había algunos motivos racionales. Si se convertía España en un Estado satélite, la posición estratégica francesa en el Mediterráneo se vería seriamente debilitada, sobre todo si podían establecerse bases italianas en las islas Baleares. Las comunicaciones francesas con el norte de Africa se verían amenazadas y la base británica de Gibraltar perdería valor. En noviembre de 1937, Mussolini dijo a Ribbentrop que

«los italianos han establecido en Palma una base naval y aérea... Es necesario que Franco comprenda que incluso después de nuestra definitiva evacuación, Mallorca deberá seguir siendo considerada como una base italiana en el caso de una guerra con Francia... Ningún negro podrá cruzar de Africa a Francia por la ruta del Mediterráneo.»

En abril de 1939, Ciano dijo a Göring «que había un tratado secreto con Franco según el cual, en el caso de un conflicto general, Italia tendría garantizadas bases aéreas, no sólo en las Baleares, sino también en otros lugares de España». Sin embargo, los italianos contaban sobre todo con que Franco se convirtiera en un sumiso satélite. En julio de 1939, Ciano, después de una conversación con Franco, señaló complacido que

«Franco está completamente dominado por la personalidad de Mussolini... Espera que el Duce le envíe instrucciones y directivas, y así lo ha dicho repetidas veces en las conversaciones que ha mantenido conmigo. El mismo me ha hablado de un acontecimiento aún más importante, que yo también considero indispensable para completar la obra realizada por nuestras victoriosas legiones en España: el viaje del Duce a Madrid, a partir del cual España quedará definitivamente unida al destino del Imperio romano.»

Franco estaba engañando a Ciano y a Mussolini [54].

La intervención alemana fue decidida personalmente por el propio Hitler, contra la voluntad de su ministro de Asuntos Exteriores. En aquel momento nadie se imaginaba que la guerra se prolongaría durante cerca de tres años. Probablemente, Hitler calculó que el éxito de los rebeldes debilitaría a Francia, ya que era muy probable que se mostraran menos amistosos hacia ella que el gobierno al que trataban de derrocar. También se pusieron de manifiesto otras ventajas que justificaban la prolongada y costosa intervención en una larga guerra. Unas eran políticas, otras económicas. Hassell, en Roma, expresó así el aspecto político de la cuestión:

«El papel desempeñado por el conflicto español en lo que se refiere a las relaciones de Italia con Francia e Inglaterra puede ser similar al del conflicto abisinio, al poner de manifiesto claramente los intereses contrapuestos de las potencias... Italia verá con claridad lo aconsejable que le resulta oponerse a las potencias occidentales hombro con hombro con Alemania.»

En noviembre de 1937, Hitler afirmó que la guerra de España podría desembocar en una guerra entre Francia e Italia. Para lograr este fin había que animar a Italia a que encabezase la ayuda a Franco. Sin embargo, los alemanes no concedieron prioridad alguna a Italia en política económica. Por el contrario, intentaron, con un éxito considerable, aunque mermado por las evasivas de Franco, conseguir el control de la producción minera española, factor esencial en la producción alemana de armamento. La guerra proporcionó a las fuerzas alemanas un beneficio adicional, al dotarlas de excelentes oportunidades para el entrenamiento táctico con munición; el personal militar era frecuentemente relevado para que los beneficios de esta experiencia se difundiesen lo más posible [55].

La política británica se proponía simplemente evitar que la guerra se ampliase a las principales potencias. Estaba bastante claro que una victoria de Franco sería estratégicamente perjudicial para Inglaterra, pero esta amenaza quedaba desplazada por la principal preocupación de la política británica: impedir una guerra generalizada. En cualquier caso, la opinión pública de Inglaterra estaba lo suficientemente dividida en torno a la guerra como para hacer difícil una intervención inglesa, aunque el gobierno hubiera deseado hacerlo. Lo que no está tan seguro es si la opinión pública británica hubiera necesariamente impedido un intento más serio de evitar la intervención de las demás potencias, pero para el gobierno esto implicaba el peligro de una guerra con Italia y Alemania. El gobierno intentó dar gusto a todos: a Franco no se le garantizó el reconocimiento hasta que ganase la guerra y se mantuvo cuidadosamente la apariencia de

que Inglaterra colaboraba activamente para impedir la intervención, mientras se establecían contactos diplomáticos con los rebeldes (que en alguna medida obstacularizaron las ambiciones económicas alemanas).

Podía esperarse que el gobierno francés ayudase al español. En la época en que estalló la guerra civil, se hallaba en el poder el gobierno del Frente Popular, bajo la presidencia de Léon Blum. Naturalmente, sus simpatías estaban de parte del gobierno que en España seguía una línea similar a la suya. El Partido Comunista, que formaba parte de la mayoría de Blum, era el que con más ardor propugnaba la ayuda a España. Francia se vería directamente afectada por las consecuencias estratégicas de una España hostil. Efectivamente, el gobierno respondió al llamamiento de enviar armas que España lanzó desde el primer momento. El 8 de agosto, el gobierno dio marcha atrás, poniéndose fin a los envíos directos de armas. ¿A qué se debió esto? La actitud de Inglaterra no fue el factor decisivo. Cuando Blum y su ministro de Asuntos Exteriores, Delbos, realizaron una breve visita a Londres pocos días después del inicio del conflicto español, el asunto, según Eden, no se trató en absoluto, aunque parece más probable que los ingleses mostraran ciertas reservas sobre la ayuda de Francia a España. Pero aun así, el elemento decisivo fue la agitación a la que Blum tuvo que enfrentarse cuando regresó a París. El secreto de la ayuda francesa al gobierno español se había filtrado (debido a la traición de los diplomáticos españoles) y el *Echo de Paris* la divulgó el 23 de julio. Cuando Blum regresó al día siguiente, fue informado de la creciente agitación existente contra toda interferencia en los asuntos de España; en especial Chautemps puso en su conocimiento que la mayor parte de los radicales (que eran un componente esencial de la mayoría) no apoyarían esta ayuda. En este caso, los radicales no hacían sino reflejar el disgusto que sus seguidores sentían hacia el riesgo y la aventura. Blum pensó en dimitir, pero las representaciones enviadas por el gobierno español le presionaron para que continuara en el poder: por poco que Blum pudiera hacer por ellos, es seguro que un gobierno puramente radical haría aún menos.

Temores aún más graves frenaban la acción de Blum. La formación del Frente Popular en Francia, su victoria electoral y los disturbios que acompañaron a la llegada de Blum al poder, habían provocado un paroxismo de miedo y de ira en la derecha francesa. Los acontecimientos en España parecían confirmar los temores más extremados de católicos y terratenientes sobre los resultados de los frentes populares. Lo último que podían desear era fortalecer al gobierno español de Frente Popular; por el con-

trario, su derrota podía contribuir a debilitar la versión francesa personificada por Blum. Este expresó posteriormente su temor:

«Hubiéramos tenido en Francia el equivalente del golpe de Franco. Francia habría tenido que enfrentarse, antes que a cualquier guerra exterior, a una guerra civil en la cual la repúlbica hubiera tenido escasas probabilidades de triunfo. O sea, que no sólo no hubiéramos podido liberar a España, sino que Francia se hubiera hecho fascista.»

El 25 de julio, el presidente Lebrun manifestó ante el Consejo de Ministros sus temores ante la posibilidad de una guerra, tanto civil como exterior. Se decidió que sólo se permitirían envíos y entregas a España en forma de envíos a México, excepto en el caso de las transacciones privadas. El 2 de agosto se estudió una propuesta para un acuerdo internacional de no intervención. El día 6, Blum envió a Londres al almirante Darlan, con el encargo de convencer a los ingleses para que intervinieran (con lo que la posición de Francia hubiera cambiado). Estos se negaron. Así pues, el 8 de agosto los envíos cesaron. Cuando se hizo evidente que Italia y Alemania continuaban ayudando a Franco, Blum aceptó lo que él llamó la «*non-intervention relachée*», la organización de «un contrabando virtualmente oficial» [56].

Las actividades de la Unión Soviética, que proporcionó la mayor parte de la ayuda recibida en España por el gobierno español, están envueltas en el misterio. Como ocurre muchas veces al estudiar la década de los treinta, poco o nada sabemos acerca de los métodos y los propósitos de Stalin. Existen innumerables afirmaciones e hipótesis, ninguna de las cuales se apoya en pruebas sólidas. Hay fundamentalmente dos interpretaciones. Una, es que Stalin intentaba conseguir que la política de los frantes populares funcionara realmente, empujando a Francia y a Inglaterra para que se opusieran al avance del fascismo alemán e italiano; la otra, es que Stalin estaba intentando demostrar a Hitler la necesidad de contar con la Unión Soviética para preparar el terreno antes de llegar a algún tipo de negociación con él. Lo que sí está claro, es que Stalin estaba preocupado por los asuntos internos de Rusia; durante estos años estaba organizando el asesinato de gran número de sus colaboradores y subordinados. Es posible que la Internacional Comunista se limitara a llevar a cabo su propia política de fortalecer a los partidos comunistas en el exterior, política que había tenido dentro y fuera de España un éxito considerable, ya que los comunistas eran considerados como los enemigos del fascismo más activos y dignos de confianza. Tal vez, mientras tanto, el ministerio de Asuntos Exteriores se dedicara a proseguir su propia política: intentar conseguir la adhesión de Francia e Inglaterra para la formación de un

bloque efectivo antialemán. Esto explicaría las contradicciones que aparecieron en las decisiones tomadas por la Unión Soviética. En todo caso, no podemos estar seguros de nada [57].

La diplomacia de la guerra civil se movió en torno a la «no intervención». A iniciativa francesa, todos los países europeos declararon que no ayudarían a ninguno de los bandos contendientes en la guerra civil española y en Londres se estableció un comité de no intervención para supervisar la aplicación de este principio. Este funcionó durante toda la guerra. La medida de su éxito nos la da el memorándum que en diciembre de 1938 escribió el ministro de Asuntos Exteriores alemán.

«La victoria de Franco requiere que las unidades de voluntarios que luchan a su lado en la España nacionalista sean mantenidas, que su capacidad de lucha se conserve por medio de constantes refuerzos y que se ayude a Franco con material de guerra... No debemos permitir que sea disuelto el Comité de no-intervención... Por el contrario, debemos intentar conservar el Comité como un instrumento que proporcione a Franco ayuda diplomática y que obstaculice la política francesa e inglesa con respecto a España.»

Todos deseaban que el Comité de no-intervención continuara funcionando, aunque no impidiera la intervención. La clave era Francia. Los gobiernos franceses necesitaban al comité como excusa para eludir las peticiones que clamaban en Francia por una intervención a gran escala. Los ingleses deseaban su mantenimiento porque ahorraba problemas a los franceses y consiguientemente a ellos mismos. Los italianos llegaron a apreciarlo porque posibilitaba la no intervención francesa al tiempo que dejaba a Italia libre, en la práctica si no en teoría, para intervenir sin entablar una guerra más generalizada. Los alemanes lo apoyaban porque deseaban que Franco venciese y porque el Comité hacía posible la intervención italiana (ni Hitler ni Mussolini estaban dispuestos a arriesgarse a una guerra en gran escala por la causa de Franco). Incluso los rusos lo aceptaban, tal vez porque temían que si abandonaban el Comité precipitarían el resurgir de la cooperación de las cuatro potencias occidentales contra ellos [58]. El Comité se mostró bastante activo. Algunas veces, incluso, llegó a adoptar acuerdos para poner fin a los envíos de «voluntarios», o incluso para su retirada (especialmente en las ocasiones en las que parecía que Franco vencería en cualquier caso), acuerdos cuya ejecución era posteriormente saboteada. Los contemporáneos llamaron a todo este proceso la «farsa de la no intervención».

Una consecuencia de la guerra y de la existencia del Comité de no-intervención fue que Italia y Alemania iban a colaborar estrechamente de manera cotidiana. Ciano visitó Berlín en octubre

de 1936 y al mes siguiente Mussolini anunció la existencia de un «eje» Roma-Berlín. En el mismo mes, Ribbentrop, aún embajador alemán en Londres, pero dotado de mayores ambiciones, consiguió un triunfo personal: el Pacto Anti-Komintern. Este era un tratado con Japón, en el que cada firmante prometía (secretamente) que no haría nada para facilitar a la Unión Soviética un ataque contra el otro. Es evidente que ambos esperaban que el otro debilitaría a Rusia. El tratado se negoció por medio de la organización privada nazi de Ribbentrop. El ministro de Asuntos Exteriores alemán no veía razón alguna para que Alemania se interesara por el Extremo Oriente, si no era para mantener la privilegiada posición que Alemania había conseguido en China desde la guerra, posición que, por otra parte, no tenía un cariz antirruso.

Un año más tarde, Italia se unió al Pacto Anti-Komintern. Ciano puso de manifiesto que

«Estas naciones han emprendido conjuntamente un camino que tal vez pueda conducirlas a la guerra. Una guerra necesaria para romper la corteza que está ahogando la energía y las aspiraciones de las naciones jóvenes. Tras la firma, fuimos a ver al Duce. Raras veces le he visto tan satisfecho. La situación de 1935 ha cambiado. Italia ha roto su aislamiento; ahora está en el centro de la combinación política y militar más formidable de la historia.»

Entretanto, los militares japoneses habían emprendido un nuevo intento de dominar China. Los ingleses ya habían llegado a la conclusión de que no podrían defender sus intereses en China a menos que los Estados Unidos se decidieran a usar su poder; pero estaba claro que la búsqueda japonesa de un control político y económico del Asia oriental podía llegar hasta Malaya o más allá. Si la firma por Italia del pacto tripartito tenía alguna intención, ésta era principalmente antibritánica. «Anticomunista en teoría, pero en la práctica inequívocamente antibritánico», escribió Ciano. Italia mantendría ocupada en el Mediterráneo a Inglaterra, aliviando así a Japón de la presencia de ésta en Oriente. Sin duda, esto no era más que una postura carente de significado por parte de Ciano y Mussolini —carecían por completo de objetivos coherentes— pero el interés británico en llegar a un acuerdo con Hitler y Mussolini se agudizó. Sin los Estados Unidos, los intereses británicos no podrían ser mantenidos por más tiempo con la fuerza de las armas[59].

A finales de 1937, el ministro francés de Asuntos Exteriores, Delbos, revivió el recuerdo de Barthou al intentar poner en funcionamiento el sistema de alianzas orientales de Francia. Parece que su propósito consistía en conseguir un pacto de asis-

tencia mutua que uniría a Francia con Checoslovaquia, Yugoslavia, Rumanía y, posiblemente, Polonia. Esto, sobre todo, serviría para apuntalar la posición de Checoslovaquia frente a Alemania; Polonia no tenía compromiso alguno con Checoslovaquia y la pequeña entente estaba concebida fundamentalmente pensando en Hungría. Nada salió de estos proyectos. Los polacos se aferraron a su independencia política, aunque insistieron en que la alianza con Francia se mantenía en vigor; los rumanos y los yugoslavos dependían económicamente cada vez más de Alemania. Sus gobiernos, en absoluto representativos, tal vez empezaban a pensar que las potencias del «eje» podían suponer en Europa una especie de barrera frente al cambio social. Como de costumbre, sólo los checos mostraron una simpatía total hacia Francia[60].

III. LOS ORIGENES DE LA SEGUNDA GUERRA MUNDIAL. EL «ANSCHLUSS» DE AUSTRIA; LA INVASION DE CHECOSLOVAQUIA; EL ATAQUE A POLONIA

Los orígenes inmediatos de la segunda guerra mundial pueden datar de esta época: finales de 1937. En el verano, Japón había iniciado un nuevo ataque contra China que pronto traería consigo un conflicto de mayor importancia. Había síntomas de que el presidente Roosevelt estaba dispuesto a intentar crear en Estados Unidos un estado de opinión pública que aceptase la intervención americana en el exterior. El 5 de octubre habló del «reino del terror y de la ilegalidad internacional actualmente imperante» y continuó diciendo que «si estas cosas ocurren en otras partes del mundo, no imaginemos que América se verá libre de ellas». Se insinuaba la necesidad de actuar: «Cuando una epidemia empieza a extenderse, la comunidad aprueba y acata que los enfermos sean puestos en cuarentena para proteger la salud de la comunidad del contagio.» En los Estados Unidos, estas declaraciones sólo recibieron la aprobación de una minoría, por lo que el presidente se echó atrás muy pronto, pero ahora su actitud personal estaba clara[61].

En Alemania, Hitler empezó a hablar de pasar de los preparativos a la acción en un futuro próximo. El 5 de noviembre tuvo una larga conversación con Blomberg, ministro de la Guerra, Fritsch, comandante en jefe del ejército, Raeder, que estaba al frente de la marina, Göring, que entre otras cosas, tenía el mando de las fuerzas aéreas, y Neurath, ministro de Asuntos Exteriores; el ayudante de Hitler, coronel Hossbach, ha dejado referencia escrita de su discurso. Hitler comenzó solemnemente. Sus observaciones eran «fruto de profundas meditaciones». Venía a

explicar «sus ideas básicas respecto a las oportunidades y requisitos de nuestra situación en los asuntos internacionales». Si moría, ésta sería «su última voluntad y su testamento». La comunidad racial alemana tenía «derecho a un espacio vital mayor que los otros pueblos» y el futuro de Alemania estaba «totalmente condicionado por la resolución de esta necesidad de espacio». Para esto se necesitaría la fuerza: «El problema de Alemania sólo podía resolverse mediante la fuerza y esto siempre entraña un riesgo». Después de 1943-1945, la fuerza relativa de Alemania comenzaría a declinar. «Si el *Führer* vivía aún entonces, su decisión irrevocable era resolver el problema del espacio alemán lo más tarde para 1943-1945.» No se produjo ninguna sugerencia sobre la naturaleza de esta «solución». Sin embargo, Hitler continuó hablando durante largo rato sobre la posibilidad de pasar a la acción antes de 1943. Si Francia se hundía en una crisis interna, de manera que el ejército francés no pudiera ser utilizado contra Alemania, «entonces sería el momento de actuar contra los checos». Si Francia se veía envuelta en una guerra con Italia, Alemania debía entonces «resolver las cuestiones checa y austríaca», quizá ya en 1938.

«La anexión de Checoslovaquia y Austria... supondría... una ventaja sustancial porque equivaldría a la existencia de unas fronteras más reducidas y mejores, a que las fuerzas armadas quedasen disponibles para otros propósitos y a contar con la posibilidad de crear nuevas unidades hasta alcanzar unas doce divisiones.»[62]

¿Por qué hizo Hitler estas observaciones? Blomberg sugirió inicialmente esta conferencia para tratar de un conflicto surgido entre él y Göring en torno a la prioridad de los armamentos. Hitler la convirtió en un medio de empujar a Blomberg y a Fritsch a aceptar un rearme más rápido. Esto puede explicar el hecho de que subrayase los riesgos de la guerra y la necesidad de estar dispuestos para una posible acción en 1938. Ello no quiere decir que sus declaraciones carecieran de sentido. No constituían un plan de acción, pero indicaban el tipo de razonamiento de Hitler. No hay ninguna razón para pensar que la utilización de este argumento concreto —que había que arriesgarse a una guerra agresiva, primero contra Checoslovaquia— en vez de cualquier otro fuera algo puramente casual. Neurath, de acuerdo con sus propias declaraciones intentó hacer ver a Hitler que su política podía desembocar en una guerra mundial y que muchas de las cosas que Hitler ambicionaba podían conseguirse por medios pacíficos, aunque más lentamente. Hitler contestó que no podía esperar. Blomberg, Fritsch y Neurath se mostraron dubitativos y temerosos. Todos ellos fueron reemplazados a prin-

cipios de 1938. Hitler se convirtió en su propio ministro de la Guerra, Brauchitsch en comandante en jefe del ejército y Ribbentrop en ministro de Asuntos Exteriores. Era inminente una acción agresiva, que comenzaría con Checoslovaquia[63].

Hacia finales de 1937 la política exterior británica adquirió un tono más firme, definiéndose más claramente. Desde el fin de la guerra, Inglaterra había mantenido coherentemente una política de acuerdo y entendimiento con Alemania, política que se había visto obstaculizada por el desagrado que probocaban los métodos de Hitler y por la preocupación de armonizarla con los deseos franceses de mantener, por lo menos superficialmente, algún resto de la vieja política de hacer frente a la expansión del poder alemán. En mayo de 1937, Neville Chamberlain fue nombrado primer ministro británico. Este presentaba muchos contrastes con Baldwin, su predecesor. Era un hombre activo, enérgico, claro y decidido. Le disgustaban los retrasos y las evasivas y se enorgullecía de ser realista. Como primer ministro, era autoritario y seguro de sí mismo. Ciertamente no era un hombre débil ni propugnaba una política exterior débil. Se había mostrado propicio a hacer frente a Mussolini en la cuestión de Etiopía, aunque pidió el rápido cese de las sanciones cuando se hizo evidente su fracaso. Deseaba hacer un llamamiento para el rearme como parte de su campaña electoral de 1935, ya que consideraba que la fuerza era un complemento esencial para la influencia británica, aunque deseaba evitar tensiones en la economía o interferirse en el comercio normal. Le disgustaban el fascismo y el nazismo; describía a Hitler como «un dictador loco». Chamberlain empezó muy pronto a prestar suma atención a la situación exterior. Poco después de ser nombrado primer ministro, explicó al gobierno de los Estados Unidos que Inglaterra quería evitar problemas en Europa y en Extremo Oriente simultáneamente, sugiriendo que se hiciera un intento para llegar a un acuerdo con Japón. La réplica de los Estados Unidos era un ejemplo de su política habitual: ni acuerdos ni resistencias, línea política curiosamente similar a la seguida por los gobiernos franceses en Europa. Chamberlain no podía hacer nada frente a Japón sin la colaboración americana. En Europa podía actuar con más libertad. También en este caso se trataba de una opción entre la negociación o la guerra. Intentó negociar un acuerdo. En julio de 1937 se entrevistó en dos ocasiones con el embajador italiano y escribió una amistosa carta a Mussolini: «No he enseñado mi carta al ministro de Asuntos Exteriores porque tengo la impresión de que la desaprobaría.» En otoño, Lord Halifax, un ministro que mantenía buenas relaciones con Chamberlain, visitó a Göring y a Hitler. Chamberlain escribió poco después:

«Desde mi punto de vista la visita a Alemania fue un gran éxito porque logró su objetivo: crear una atmósfera en la que sea posible discutir con Alemania los problemas de tipo práctico que plantea un acuerdo europeo... No veo por qué no podemos decir a Alemania: "dennos seguridades satisfactorias de que no usarán la fuerza contra los austríacos y los checoslovacos y nosotros les daremos unas garantías similares de que no usaremos la fuerza para impedir los cambios que ustedes quieren, si pueden lograrlos por medios pacíficos".»

Chamberlain fue aún más lejos cuando se reunió con Eden, Halifax y los ministros franceses en noviembre. Inglaterra y Francia, dijo, debían colaborar activamente para lograr un arreglo pacífico y presionar a los checos para que hicieran concesiones. Al mezclarse en los asuntos de Europa central Chamberlain estaba llevando la política exterior británica por unos derroteros críticos[64]. A partir de entonces llegó a dominar también la política francesa; esto no se debía a la debilidad relativa de Francia, sino a que él tenía una sola política, mientras los franceses tenían varias.

A principios de 1938, Chamberlain empezó a presionar para que se intentara llegar a un acuerdo con Italia. Eden, ministro de Asuntos Exteriores, se opuso. Estaba impaciente ante las evasivas italianas en torno a la cuestión de España y había llegado a la conclusión de que Mussolini debía ser tratado con firmeza. Así pues, no debería haber acuerdo a menos que Italia retirase sus tropas de España. El primer ministro insistió en su propio punto de vista, obligando a continuar las negociaciones, y Eden dimitió, siendo sustituido por Lord Halifax. Aparte de las implicaciones políticas, lo cierto es que Eden se resintió de la arbitraria intrusión de Chamberlain y del caso omiso que se hacía de sus consejos en materia de política exterior. (Estos factores son más importantes que la negativa de Chamberlain a una sugerencia de Roosevelt de reunir una conferencia general; Roosevelt no deseaba en modo alguno obstaculizar los esfuerzos de Chamberlain y no se mostró en absoluto ofendido, pese a lo que pensaron algunos miembros del ministerio de Asuntos Exteriores norteamericano). Chamberlain empezaba entonces a trabajar estrechamente en materia de política exterior con un funcionario civil ajeno al ministerio de Asuntos Exteriores, Sir Horace Wilson.

Sin embargo, el principal acontecimiento de 1938 no sirvió para valorar la capacidad conciliatoria de Chamberlain. La unión de Austria con Alemania se produjo en un momento y de una manera que nadie esperaba y apenas hubo oportunidad de intervenir por otro medio que no fuera la guerra. El canciller austría-

co, Schuschnigg, reconoció que sólo podía mantenerse la independencia austríaca con el permiso de Alemania, sobre todo debido a que no era probable que Mussolini repitiera la demostración que hizo en 1934. A finales de 1937, Papen, que era embajador alemán en Viena desde 1934, sugirió a Hitler y a Schuschnigg que se reuniesen para entrevistarse. Ambos se mostraron de acuerdo. Como medida preliminar, Schuschnigg entró en negociaciones con Seyss-Inquart, uno de los nazis «respetables», distintos de los agitadores radicales de la organización local del partido. La reunión con Hitler quedó prevista para el 12 de febrero de 1938. Sus resultados se fijaron prácticamente de antemano en las conclusiones de las negociaciones de Schuschnigg con Seyss-Inquart, cuyos detalles se comunicaron a los alemanes. Así pues, en la entrevista de Berchtesgaden, Hitler pudo imponer unas condiciones que ya sabía de antemano que Schuschnigg aceptaría. Además, aprovechó la reunión para insultar e intimidar al canciller austríaco. Tal vez deseara asegurarse de que Schuschnigg aceptaría dócilmente los deseos alemanes en el futuro, o tal vez montara en cólera al encontrarse con un portavoz de la «idea austríaca», concepto que consideraba como una simple traición a la «idea alemana». El resultado fue un acuerdo por el que se estableció que la política exterior austríaca apoyaría a la alemana, Seyss-Inquart sería nombrado ministro austríaco del Interior, los nazis austríacos contarían con toda clase de oportunidades para llevar a cabo actividades legales, sin ningún tipo de discriminación contra ellos, y se concedería una amnistía a los nazis condenados por los tribunales austríacos. Además se establecerían estrechas relaciones entre los ejércitos alemán y austríaco, incluyendo intercambios de oficiales.

Hitler estaba sumamente satisfecho con esto. El *Gleichschaltung* de Austria podría ahora ser impulsado. El 21 de febrero, Hitler ordenó que el grupo radical de los dirigentes nazis austríacos abandonase Austria y el 26 dijo a éstos que «la cuestión austríaca no podrá ser nunca resuelta por medio de una revolución». Había sólo dos posibilidades, la fuerza o la evolución.

«Deseaba adoptar la vía de la evolución, prescindiendo de que entonces contara con alguna posibilidad de éxito. El protocolo firmado por Schuschnigg tenía un alcance tan amplio que, si se cumplía por completo, el problema austríaco quedaría automáticamente resuelto. Ahora no deseaba una solución por medio de la violencia, si podía evitarse, ya que para nosotros el peligro en materia de política exterior se hacía menor cada año y nuestro poder militar se hacía cada año mayor.»[65]

Esto era importante. Evidentemente Hitler aún tomaba en serio la posibilidad de una intervención exterior en Austria y no pen-

saba que el potencial militar alemán hubiera alcanzado aún una posición tan fuerte frente a las otras potencias como la que llegaría a tener. Esto nos lleva a considerar que sus declaraciones del 5 de noviembre representaban sus auténticas opiniones sobre el ritmo a seguir: la acción militar en 1938 sólo sería posible en circunstancias especiales. Pronto cambiaría de opinión.

Schuschnigg no quedó satisfecho con los resultados de Berchtesgaden. Se difundió la intimidación de la que había sido objeto, los nazis se manifestaron en las calles y su autoridad se puso en entredicho. Con el fin de frenar el avance del proceso evolucionista de Hitler y las actividades de Seyss-Inquart y de impedir que Hitler contara con una excusa para utilizar la fuerza, decidió actuar para reforzar su posición. Se invitaría al pueblo austríaco a que declarase su apoyo a la causa de la independencia de Austria. El 9 de marzo Schuschnigg anunció que el día 13 del mismo mes tendría lugar un plebiscito en el cual se preguntaría a los votantes si querían o no «una Austria libre y germana, una Austria independiente y social, una Austria cristiana y unida». Se esperaba que Schuschnigg consiguiera una gran mayoría de votos a su favor. La mañana del 10 de marzo, Hitler decidió que había que detener el plebiscito. Beck, jefe del estado mayor del ejército, fue convocado ordenándosele que preparara la invasión de Austria. A últimas horas de la tarde, se enviaron a las unidades las órdenes preliminares. Durante la noche, los generales insistieron en que no se llevase a cabo la invasión, pero el nuevo jefe del alto mando de las fuerzas armadas (OKW), Keitel, se abstuvo de comunicar a Hitler sus protestas. A la mañana siguiente, día 11, Seyss-Inquart recibió instrucciones de que solicitase a Schuschnigg que se retrasase el plebiscito, amenazándole con la invasión si no daba su conformidad a mediodía, plazo que Seyss-Inquart logró ampliar hasta las dos de la tarde. A las 14,45 Göring empezó la primera de una serie de llamadas telefónicas a Viena. Seyss-Inquart puso en su conocimiento que Schuschnigg había renunciado al plebiscito. Tras veinte minutos de conversación con Hitler, Göring presentó una nueva petición: Seyss-Inquart debía reemplazar a Schuschnigg. El presidente austríaco, Miklas, se negó. A las 20,45 llegó la orden de Hitler de invadir Austria al amanecer del día siguiente. Es significativo que Hitler hubiera descartado la invasión algo antes a las seis de la tarde, cuando llegó la falsa noticia de que Seyss-Inquart había sido nombrado para el cargo que Hitler solicitaba (éste trataba aún de aferrarse a la vía «evolucionista» y no había decidido seguir adelante con el *Anschluss*). Cuando Seyss-Inquart recibió efectivamente su nombramiento era demasiado tarde para detener la invasión. El 12 de marzo, las fuerzas alemanas entraron en

Austria, siendo recibidas entusiásticamente por gran parte de la población. No hubo intento de resistencia [66].

Entretanto, las repercusiones diplomáticas empezaron a producirse. El día 11, Lord Halifax informó a Viena que no podía aconcejar a Schuschnigg que emprendiese ninguna acción que pudiera exponerle a un peligro frente al cual Inglaterra era «incapaz de garantizar protección». Los franceses presionaron a Schuschnigg para que ganara tiempo e intentaron convencer a Mussolini de que hiciera algo. Ciano replicó que si los franceses querían hablar de Austria, éste era un tema sobre el que el gobierno italiano no tenía ninguna razón para obrar conjuntamente con Francia ni con Inglaterra. El mismo día, Hitler envió a Mussolini al príncipe Felipe de Hesse para explicarle detenidamente por qué había utilizado la fuerza en Austria. Por la noche informó por teléfono que Mussolini lo había tomado bien. Hitler rompió en un sorprendente estallido de alivio y gratitud. Parece que no estaba completamente seguro de que realmente Mussolini no fuera a hacer nada, pese a las pruebas acumuladas durante un año o más. El día 11, los embajadores británico y francés presentaron una protesta en Berlín. El embajador británico, Sir Nevile Henderson, presentó también sus protestas en plena noche a Göring, aunque mitigó sus palabras culpando a Schuschnigg de «precipitada insensatez». Göring prometió que las tropas alemanas se retirarían de Austria tan pronto como la situación se estabilizase; otra prueba de que aún no se fraguaba un *Anschluss* inmediato. En realidad, la invasión se llevó a cabo sin ningún propósito fijo. Hitler sólo decidió la unión inmediata una vez que hubo cruzado la frontera austríaca. Esta unión fue anunciada el día 13, mientras Hitler comentaba privadamente:

«Inglaterra me ha enviado una protesta. Hubiera entendido una declaración de guerra, pero ni siquiera responderé a una protesta. Francia... no puede actuar sola... Italia es nuestra amiga y Mussolini un estadista de gran talla que sabe y comprende que las cosas no pueden ser de otra manera.» [67]

Parece que este gran éxito reafirmó la confianza de Hitler. La precaución y las dudas que había mostrado antes del *Anschluss* se hicieron menos patentes. El calendario establecido en la reunión del 5 de febrero, en el que se preveía una acción contra Checoslovaquia para 1943-1945, fue alterado.

Inmediatamente se dio por sentado que al *Anschluss* seguiría una crisis en Checoslovaquia, y que Hitler no tardaría en buscar alguna «solución» por lo menos al problema planteado por los tres millones de alemanes que vivían en territorio checo. El 12 de marzo, Lord Halifax y el embajador francés en Londres se mostraron de acuerdo en que los ministros francés y británico

deberían reunirse para discutir el problema checoslovaco. El gobierno británico descargó enseguida una posible reacción a las futuras pretensiones alemanas sobre Checoslovaquia: la organización de un frente colectivo de resistencia. El 17 de marzo, el ministro soviético de Asuntos Exteriores se declaró dispuesto «a participar en acciones colectivas... destinadas a impedir el progresivo desarrollo de la agresión» y se mostró propicio a considerar «medidas de orden práctico» junto con las otras potencias. Halifax dejó patente el punto de vista británico en su réplica, una semana más tarde. Inglaterra vería con agrado una conferencia de todos los Estados europeos (es decir, incluida Alemania) destinada a tratar y resolver problemas más importantes, ya que

«una conferencia constituida sólo por algunas potencias europeas y dirigida menos a conseguir la solución de los problemas más importantes que a organizar una acción concertada contra la agresión, no tendría por qué tener necesariamente un efecto tan favorable sobre las perspectivas de paz europea.»[68].

En otras palabras, la política británica seguía siendo conciliatoria y no coactiva.

Una vez desaparecido de la escena Eden, el tándem Chamberlain-Halifax era libre de perseguir enérgicamente una política conciliatoria. Newton, embajador británico en Praga, puso de manifiesto la nueva tendencia en abril de 1938. El año anterior, Eden había aconsejado a Checoslovaquia que arreglase sus diferencias con los alemanes de los Sudetes, pero insistiendo en que Inglaterra «no estaba dispuesta a ofrecer ningún consejo y, menos aún, a intentar ningún tipo de mediación». Por otra parte, Chamberlain afirmó en 1938 que «éste es el momento en el que todos los recursos de la diplomacia deben utilizarse en favor de la causa de la paz». Esto significaba que el gobierno británico «estará dispuesto en todo momento a prestar cualquier ayuda a su alcance... para solucionar los problemas susceptibles de provocar dificultades entre los gobiernos alemán y checoslovaco». Esta política fue expuesta a los nuevos ministros franceses, Daladier, primer ministro, y Bonnet, ministro de Asuntos Exteriores, cuando éstos fueron a Londres en abril de 1938. Halifax se expresó en estos términos: «Habría que explicar muy claramente al gobierno checo y al doctor Beneš [presidente de Checoslovaquia] que deben aprovechar esta oportunidad... para hacer un supremo esfuerzo para llegar a un acuerdo.» Por otra parte, «el gobierno alemán no debe hacerse ilusiones pensando que puede imponer en Checoslovaquia cualquier tipo de acuerdo mediante el uso de la fuerza o su simple amenaza». Esto explica la nota de Chamberlain del 24 de marzo, cuidadosamente redactada. El primer ministro se negaba a ampliar los compromisos oficiales de Inglaterra

más allá de lo establecido por Locarno y la Sociedad de Naciones. No prometía que Inglaterra ayudase a Francia si Francia atacaba a Alemania en el caso de un ataque de esta última a Checoslovaquia.

«Pero, al mismo tiempo que expongo claramente esta decisión, añadiría esto: cuando se trata de la guerra y de la paz, las obligaciones legales no son los únicos factores implicados y, si la guerra estallase, sería improbable que se limitase a aquellos que asumieron tales obligaciones. Sería completamente imposible decir dónde podría acabar y qué gobiernos podrían verse implicados... Esto es especialmente cierto en el caso de países como Gran Bretaña y Francia, con una larga colaboración amistosa a sus espaldas, con intereses estrechamente entrelazados, dedicados a los mismos ideales de libertad democrática y decididos a defenderlos.»

Con esto se pretendía persuadir a Hitler de que Inglaterra podría intervenir, convenciendo al mismo tiempo a Beneš de que Inglaterra podría no hacerlo. Había que animar a ambos a que se mostraran conciliatorios, evitando así un conflicto [69].

¿Por qué deseaba el gobierno británico evitar el conflicto con Alemania? La respuesta evidente es la correcta: tal guerra sería una gran calamidad a menos que se demostrase su inevitabilidad. Si había una oportunidad de inducir a la Alemania de Hitler a adoptar una vía pacífica dando satisfacción a sus legítimas reivindicaciones, había que aprovecharla. No se trataba de rendirse ante Alemania: Chamberlain no se mostró jamás dispuesto a aceptar un dominio alemán sobre Europa o a aceptar un estado de cosas en el que la independencia y la libertad de Inglaterra dependieran de la buena voluntad de Alemania. Sin embargo, entonces y a partir de entonces, se emplearon en apoyo de la política británica unos argumentos completamente diferentes. Todos ellos fueron presentados a los ministros franceses en abril. En primer lugar, estaban los argumentos de carácter militar. Una acción francesa e inglesa no podía evitar, en ningún caso, que Checoslovaquia fuera invadida, y ni Inglaterra ni Francia eran lo bastante fuertes como para estar seguras de que la victoria definitiva sería suya. En segundo lugar, los dominios británicos —Canadá, Australia, Nueva Zelanda y Sudáfrica— no se unirían a Inglaterra para defender a Checoslovaquia. En tercer lugar, la opinión pública británica no permitiría al gobierno que corriese el riesgo de una guerra. Estos eran argumentos complementarios, utilizados en apoyo de una política que hubiera seguido siendo puesta en práctica aun en el caso de que éstos no hubieran existido. En primer lugar, Inglaterra estuvo muy cerca de la guerra en septiembre de 1938 y, en septiembre de 1939, sin que

la situación estratégica hubiera cambiado gran cosa, entró efectivamente en guerra: después de todo, en 1939 las posibilidades que había de defender eficazmente a Polonia no eran mayores que las que había en 1938 de defender a Checoslovaquia. En segundo lugar, la amenaza de guerra de Inglaterra en septiembre de 1938 hace pensar también que se podía haber prescindido de los dominios si hubiera sido necesario. En tercer lugar, si bien es cierto que la abrumadora mayoría de la opinión pública británica, en 1938, apoyaba los esfuerzos de Chamberlain en favor de la paz, el gobierno británico no intentó en absoluto cambiar esta opinión. La política de Chamberlain se basaba en la creencia de que los propósitos de Hitler podían ser satisfechos sin entregar Europa a la dominación nazi. En cuanto a la crisis de 1938, «dudaba realmente de que Herr Hitler deseara en efecto destruir el Estado checoslovaco o más bien *un* Estado checoslovaco», esto es, una Checoslovaquia modificada teniendo en cuenta las reivindicaciones de los alemanes de los Sudetes [70].

La política francesa seguía la línea británica. Esto no quedaba muy claro debido a la negativa del gobierno francés a reconocerlo abiertamente. Francia estaba comprometida, mediante un tratado, a defender a Checoslovaquia. No defender a Checoslovaquia frente a las exigencias alemanas equivalía a aceptar que Francia ya no era una gran potencia. Por consiguiente, la política de Daladier y Bonnet consistió en asegurar que estaban dispuestos a hacer honor a las obligaciones de Francia, mientras procuraban que no hubiera necesidad de poner a prueba la veracidad de tales afirmaciones. Era necesario convencer a Checoslovaquia de que se sometiese a las peticiones alemanas para evitar una situación en la que Francia tuviera que enfrentarse a la alternativa de traicionar abiertamente a Checoslovaquia o entrar en guerra. Los ingleses estaban dispuestos a ser los primeros en convencer a los checos. Daladier y Bonnet podían entregarse a manifestaciones verbales sobre el «honor» francés en la esperanza de que Chamberlain les mantuviera al margen del problema. La ventaja de esta situación era que permitía a Daladier contar en Francia con el apoyo político necesario, mientras que una opción definida entre la resistencia o la rendición hubiera traído consigo probablemente la caída del gobierno, bien por desacuerdos en su seno, o bien por falta de apoyo en la Cámara de Diputados. Probablemente esta política estaba en armonía con los deseos de la mayoría de los franceses. La política francesa había propugnado hacer frente a la expansión del poder alemán durante tanto tiempo que ahora volverse atrás sería demasiado humillante, mientras que abogar por la resistencia equivaldría a una guerra en la que el peso principal recaería sobre Francia. Dala-

dier propugnó la línea seguida públicamente por la política francesa ante los ministros británicos con los que conferenció a finales de abril. Les comunicó que pensaba que los alemanes estaban proyectando la destrucción de Checoslovaquia y que, al tiempo que Beneš debía ser presionado para que hiciese concesiones razonables a los alemanes de los Sudetes, debía apoyársele en sus intentos de impedir la desmenbración de su país. Insistió en que no solamente estaban en juego las fronteras de Checoslovaquia.

«Según su punto de vista, las ambiciones de Napoleón eran mucho más limitadas que los objetivos actuales del Reich alemán... Hoy nos enfrentamos a la cuestión de Checoslovaquia. Mañana podemos vernos enfrentados a la de Rumanía... Y si, cuando Alemania haya conseguido el petróleo y el trigo de Rumanía, se revuelve contra las potencias occidentales, habrá sido nuestra propia ceguera la que haya proporcionado a Alemania aquellos recursos que necesitaba para la larga guerra que antes admitía no estar en condiciones de emprender.»

Resulta chocante comparar este llamamiento a la necesidad de hacer frente a Alemania con algunas observaciones hechas en privado por Daladier, observaciones de las que se informó a la embajada alemana en Londres. A un periodista británico le dijo lo siguiente:

«Bien, ¿van ustedes [los ingleses] a presionar a Praga? ¿Van ustedes a presionar a los checos aconsejándoles que se muestren prudentes?... Estamos comprometidos, comprometidos con Checoslovaquia por un tratado en el que está implicado nuestro honor... Pero ustedes son libres... Los propios alemanes quieren que el problema checoslovaco se resuelva ahora, en el verano, y debemos convencernos de que están decididos a que esto sea así... Alemania está de un humor peligroso. Es terriblemente poderosa... En este momento, la paz de Europa depende probablemente del problema checoslovaco y de lo que haga su gobierno y especialmente Chamberlain.»

El mismo día, el 30 de abril, este periodista habló con el conde de Brinon. Este era uno de los principales defensores del filogermanismo en Francia (tras la guerra fue fusilado por haber colaborado con los nazis). Daladier le conocía desde hacía muchos años, y él y otros primeros ministros franceses le habían utilizado para contactos oficiosos con los dirigentes de la Alemania nazi. Brinon informó de que Daladier esperaba que «Chamberlain y Halifax sugirieran por sí mismos que se presionase a Praga» para que Daladier «pudiera acceder sin dar la apariencia de que había sido él quien había tomado la iniciativa... Bonnet se mostraba aún más partidario que Daladier de eludir los compromisos

que obligaban a Francia a luchar por Checoslovaquia». En mayo, Bonnet dijo al embajador alemán en París que si los checos se negaban a satisfacer las «justificadas demandas» de los alemanes de los Sudetes, los franceses comunicarían a los checos que «se verían obligados a someter a revisión las obligaciones derivadas de su alianza»[71].

Solamente un pequeño sector de la opinión francesa, perteneciente a la derecha, abogaba abiertamente por la política que el gobierno seguía en la práctica, si no en teoría. Este hecho tuvo importantes consecuencias. Implicaba que Daladier y Bonnet sólo podían llevar a cabo su propia política si parecía que se veían obligados a hacerlo bajo la presión de las circunstancias, y que no podían hacer una propaganda abiertamente en favor de un cambio en la política exterior oficial de Francia. De esta manera, cuando cambiaran las circunstancias, es decir, cuando los ingleses dejaran de imponer la moderación, no podrían renunciar a su política oficial de hacer frente a Alemania sin tener que dar marcha atrás públicamente, lo que era imposible. Su negativa a hacer un llamamiento sincero a la opinión pública francesa se debía a que pensaban que no encontrarían apoyo suficiente para tal viraje político en el momento en que éste constituyese la única alternativa frente a la guerra. Podría añadirse que Bonnet se aferraba a estos argumentos más que Daladier. Bonnet tenía puntos de vista que defendía coherentemente, aunque el apego que mostraba hacia su cargo le impidiera manifestarlos abiertamente; Daladier era más indeciso. Compartía las opiniones de Bonnet hasta el extremo de nombrarle ministro de Asuntos Exteriores, pero cuando estas opiniones chocaban con los compromisos de Francia, le era más difícil que a Bonnet ponerlas en práctica.

Parecía probable que las políticas francesa e inglesa conducirían al aislamiento de Checoslovaquia, sobre todo si se conseguía dar la apariencia de que el gobierno checo se mostraba reacio a satisfacer los deseos de sus súbditos alemanes. Hitler se dedicó personalmente a este objetivo. Henlein, dirigente del partido de los Sudetes alemanes, recibió sus instrucciones en Berlín el día 28 de marzo. Hitler le comunicó que proyectaba resolver el problema de los Sudetes en un futuro no demasiado remoto, y le dio instrucciones para que hiciera unas peticiones que el gobierno checo considerara inaceptables. Henlein expresó esto así: «Debemos pedir siempre tanto que nunca podamos ser satisfechos. El *Führer* aprueba esta opinión»[72]. Así pues, era vano cualquier intento de reconciliación entre checos y alemanes. Sin embargo, Beneš tenía que hacer tales intentos. Su única esperanza de conseguir apoyo de Occidente consistía en parecer razonable y con-

ciliatorio. Aun así, su postura se veía un tanto frenada por el temor de que otros grupos minoritarios solicitasen unas peticiones igualmente inaceptables y por la prevención de que se debilitase la moral de los propios checos, al ponerse en entredicho los mismos fundamentos del país.

El gobierno británico se lanzó con energía a la desesperada tarea de conseguir un acuerdo entre los checos y los alemanes de los Sudetes. Este proceso culminó en julio con el envío de Lord Runciman como «investigador y mediador», idea que fue presentada a Beneš antes que los franceses tuvieran noticia de ella, pero que tanto Daladier como Bonnet no tardaron en aceptar. La misión de Runciman no tuvo impacto alguno en el desarrollo de los acontecimientos, pero recogió alguna información útil sobre la situación de los alemanes en Checoslovaquia. Los alemanes que no pertenecían al partido de Henlein pusieron a Runciman en antecedentes de que en Checoslovaquia se permitía desarrollar libremente la cultura alemana. Los alemanes socialdemócratas demostraron que, hasta la crisis mundial, la mayoría de los alemanes habían aceptado el nuevo Estado. Sin embargo, la dependencia de los alemanes de los Sudetes respecto a la industria y la dependencia de esta industria respecto a las exportaciones dio lugar a un gran número de problemas para los alemanes de Checoslovaquia al producirse la depresión, caldo propicio para que germinase la agitación antichecа y antigubernamental. La misión Runciman finalizó en septiembre, con el desmoronamiento de los presupuestos en que se había basado, a saber, que era posible un acuerdo entre los checos y el partido de los Sudetes alemanes. Durante este mes, el «cuarto plan» del gobierno checo concedió virtualmente a los Sudetes alemanes todo aquello que habían pedido, dentro del marco del Estado checoslovaco. Inmediatamente se hizo evidente el engaño oculto tras las peticiones de Henlein: en realidad, no había ninguna solución aceptable para los alemanes que dejase intacto el Estado checoslovaco. Finalmente, estaba claro para todos que lo que importaba eran los deseos de Hitler, no los de Henlein y que sólo podían llevarse a cabo negociaciones útiles con Hitler. La única función de Runciman, cuando a mediados de septiembre regresó a Inglaterra, fue convencer al gabinete británico de que no era posible acuerdo alguno sobre la base de mantener las fronteras checoslovacas existentes [73].

El programa de Hitler quedó fijado en mayo de 1938. El ejército había estado elaborando proyectos para un ataque a Checoslovaquia (operación verde). El 20 de mayo, el jefe del alto mando de las fuerzas armadas alemanas (OKW), Keitel, presentó a Hitler un proyecto revisado, que tenía ya en cuenta la reciente

incorporación de Austria. El proyecto comenzaba así: «No es mi intención aplastar a Checoslovaquia con una acción militar en un futuro próximo», a menos que se diese una oportunidad especialmente favorable. El 30 de mayo, Keitel entregó a los tres comandantes en jefe del ejército el nuevo plan, aprobado ya por Hitler. Comenzaba así: «Mi decisión inalterable es aplastar a Checoslovaquia con una acción militar en un futuro inmediato.» Keitel insistió en que la ejecución de la operación «debía quedar fijada, lo más tarde, para el 1 de octubre de 1938»[74]. Es posible que esta decisión a favor de la violencia fuera el resultado de la llamada crisis de mayo de 1938. Por aquel entonces, había rumores de maniobras de las tropas alemanas como preparación para un ataque contra Checoslovaquia, los checos estaban llevando a cabo una movilización parcial y los embajadores francés y británico en Berlín transmitían a Hitler avisos de que cualquier ataque podía conducir a una guerra generalizada. Es evidente que, por esta época, Hitler no tenía pensado atacar, pero los comentarios periodísticos interpretaron que se había visto obligado a «echarse atrás» ante la firme postura aliada. Puede que Hitler pensara que necesitaba un victorioso despliegue de fuerza para restaurar su prestigio. Probablemente supuso que Inglaterra y Francia abandonarían a Checoslovaquia a su suerte tras una campaña propagandística basada en la supuesta opresión sufrida por los Sudetes alemanes. Así Checoslovaquia podría ser obligada a someterse mediante un ataque o mediante la amenaza de un ataque. El resultado fue diferente.

Como se había esperado, la crisis de septiembre de 1938 fue, por así decirlo, oficialmente iniciada por Hitler el 12 de septiembre en un discurso ante el congreso del partido en Nuremberg. Entre una serie de frases amenazadoras, pidió la autodeterminación (es decir, la unión con Alemania) para los alemanes de Checoslovaquia. Bonnet y Daladier no tardaron en doblegarse. Bonnet dijo al embajador británico en París que «había que mantener la paz a cualquier precio» y expresó su gratitud por la copia de un aviso, entregado por primera vez en mayo, en el que Inglaterra afirmaba que no estaba obligada automáticamente a tomar las armas si Francia ayudaba a Checoslovaquia. «Afirmó... que le había sido de gran utilidad frente a ciertos ministros franceses sumamente belicosos». Daladier explicó «con evidente falta de entusiasmo, que si los alemanes recurriesen a la fuerza, Francia se vería obligada a hacerlo también» y propuso más conversaciones sobre Checoslovaquia o una conferencia entre Inglaterra, Francia y Alemania. Chamberlain había escrito el 3 de septiembre: «Estoy devanándome los sesos intentando encontrar algún medio de evitar la catástrofe, si es que está en nuestra

mano. Se me ha ocurrido uno tan poco convencional y tan osado que ha estado a punto de dejar sin respiración a Halifax.» Entonces se dedicó a poner en práctica su plan. Sin molestarse en consultar antes con los franceses, comunicó a Hitler que se proponía volar inmediatamente a Alemania para tratar de encontrar una solución pacífica[75]. Chamberlain e Hitler se reunieron el 15 de septiembre en Berchtesgaden.

Chamberlain quedó favorablemente impresionado. En una ocasión había descrito a Hitler como «medio loco». Ahora, «no vio en él señal alguna de locura». Dijo a su hermana que «pese a la dureza y a la acritud que creí leer en su rostro, saqué la impresión de que se trataba de un hombre en el que se podía confiar cuando daba su palabra». Hitler habló largamente («en ocasiones se puso muy excitado»), utilizando sus habituales reflexiones históricas y denunciando las inexistentes atrocidades cometidas por los checos «inferiores» y explicó que éste era «el último gran problema a resolver». Vino a decir que Alemania debía conseguir que los Sudetes alemanes se integrasen en el *Reich* y que él se arriesgaría a emprender una guerra para conseguirlo. Chamberlain regresó a Londres después de prometer volver a Alemania a los pocos días. Göring comunicó su punto de vista al embajador británico en Berlín: sólo había dos alternativas, «a) si los gobiernos francés e inglés aceptaban la autodeterminación, a ellos les tocaba obligar al gobierno checo a que la aceptase, b) y si ellos no lo conseguían, debían permitir que Alemania se encargara del asunto»[76].

El 18 de septiembre, Bonnet y Daladier marcharon a Londres para oír la versión de Chamberlain de su encuentro con Hitler y su opinión sobre lo que se debía hacer inmediatamente después. Aceptaron la propuesta de Chamberlain de que se debía adoptar la primera alternativa sugerida por Göring. Una vez más, Daladier comenzó poniendo en duda que Hitler quedara satisfecho y que se lograra la paz si se aceptaban sus demandas, y acabó mostrándose de acuerdo en que éstas debían aceptarse. Los detalles de lo acordado fueron comunicados a Praga esa misma noche. Aquellas zonas en las cuales más de la mitad de la población fuera alemana, habrían de ser transferidas de Checoslovaquia a Alemania. Había una oferta adicional: Inglaterra «participaría en un acuerdo internacional que garantizase las nuevas fronteras del Estado checoslovaco contra cualquier acto de agresión no provocada». Esto se añadió a petición de Daladier y Bonnet, para que les resultara más fácil convencer a los checos de que aceptasen ceder parte de su territorio y porque ello supondría una compensación al debilitamiento del sistema francés de seguridad que la neutralización de Checoslovaquia implicaba.

(Probablemente los ministros franceses pensaron también que esto era necesario para persuadir al gabinete francés de que aceptara el nuevo plan.) Chamberlain se mostró de acuerdo después de haber discutido esta petición con Halifax, Simon y Hoare, pero sin consultar con el gabinete, al que no se le dijo nada hasta el día siguiente [77]. Finalmente, la garantía no supuso gran cosa, pero su aceptación constituyó un paso adelante considerable hacia el compromiso de Inglaterra en la Europa oriental, compromiso que no fue sino el resultado del gran interés de Chamberlain en que los checos y los franceses aceptasen su plan de la paz, para que él pudiera llevarlo a Alemania antes de que Hitler perdiera la paciencia y atacase. De esta manera, el interés de Chamberlain en lograr la paz le empujó a intervenir en Europa, y esto último, como luego se comprobó, a la guerra.

El día 19, el consejo de ministros francés se mostró de acuerdo en que las propuestas fuesen presentadas a Praga. No se decidió nada acerca de lo que se haría si los checos las rechazaban: Bonnet y Chautemps propusieron que se les advirtiese que su rechazo equivaldría a una negativa francesa a cumplir con las obligaciones derivadas de la alianza. No hubo acuerdo sobre esto. A las dos de la tarde del mismo día, los embajadores francés e inglés entregaron las propuestas a Beneš. A las 7,35 de la tarde del día siguiente, día 20, recibieron la contestación del gobierno checoslovaco en la que se rechazaban las propuestas. Sin embargo, a las 6,30 de la mañana del día siguiente, Newton, embajador británico en Praga, recibió una llamada telefónica en la que el secretario del primer ministro checo le informaba que el gobierno había aceptado [78]. Lo que ocurrió se halla sujeto a controversia. Unos afirman que Checoslovaquia estaba decidida a mantenerse al margen de la guerra, incluso aunque Francia la llevase a cabo; otros, que Checoslovaquia estaba dispuesta a luchar, pero sólo si podía contar con Francia.

Según Bonnet, el gobierno checo sabía perfectamente que cualquier guerra, con o sin Francia, sería desastrosa para Checoslovaquia, pero necesitaba conseguir el pretexto de una declaración de Francia de que ésta no cumpliría con su alianza, para no desacreditarse ante su propia opinión pública. «Era una astuta maniobra. Decidimos colaborar en ella.» El gobierno checo afirmó que las propuestas anglofrancesas fueron aceptadas debido sólo a que Checoslovaquia no habría recibido ayuda alguna de Occidente si Alemania hubiera atacado después de haber rechazado los checos las propuestas. El mensaje enviado la noche del día 20 por Lacroix, embajador francés en Praga, apoya los puntos de vista de Bonnet. En él se declaraba que los checos cederían si París confirmaba que Francia no ayudaría a Checoslovaquia en

caso de un ataque alemán y que el gobierno checo exigía esta declaración para «cubrirse» frente a su propia opinión pública [79]. Esa misma noche, Newton informaba que el gobierno cedería si Inglaterra y Francia presionaban lo suficiente: «Hay que imponer... una solución al gobierno, ya que sin tal presión, muchos de sus miembros están demasiado comprometidos como para ser capaces de aceptar aquello que se dan cuenta que es necesario.» A las dos de la madrugada del día 21, los dos embajadores visitaron a Beneš para comunicarle oficialmente que Inglaterra y Francia permanecerían al margen si se rechazaban sus propuestas [80]. Entonces se produjo la aceptación checa. Pero los intercambios ocurridos durante los días 20 y 21 de septiembre no hacen suponer que el gobierno checo se estuviera limitando a buscar una excusa para rendirse: sabía que el acuerdo al que llegaron Inglaterra y Francia en Londres suponía que Checoslovaquia no podía esperar ayuda alguna. Tan pronto como el acuerdo se conoció en Praga, quedó reconocido que la elección se planteaba entre aceptar o arriesgarse a una guerra contra Alemania sin aliados. Desde el principio se eligió la aceptación, ya que la deserción de Francia era segura; los acontecimientos de los días 20 y 21 representaban una protesta y una petición checa de que Francia asumiera públicamente la responsabilidad de la rendición ante las exigencias de Hitler. Estos intercambios no significaban que Checoslovaquia hubiera descartado la posibilidad de combatir en cualquier circunstancia, sino solamente que el gobierno no se arriesgaría a luchar solo. Sin embargo, Bonnet se sirvió hábilmente del mensaje que había recibido de Praga para dar la impresión de que los checos deseaban evitar el conflicto, con o sin aliados. El gobierno francés se mantuvo unido en torno a esta opinión cuando se reunió el 21 de septiembre. Tres ministros habían mostrado su intención de dimitir como protesta contra el abandono de su aliada por parte de Francia: Bonnet pudo argumentar tranquilamente que los propios checos no deseaban otra cosa [81]. La aceptación checa de las propuestas anglofrancesas suponía que el gobierno checoslovaco había renunciado a cualquier intento de provocar una guerra generalizada haciendo frente a Alemania en solitario. Así pues, la política checoslovaca pasó a depender de la francesa, mientras ésta última seguía dependiendo de la inglesa.

Sin embargo, es posible que el gobierno checo estuviera dividido en torno a la cuestión y que fuese Hodža, el primer ministro, quien apoyase el llamamiento a la rendición y se lo impusiese a Beneš, convenciendo al estado mayor checo e intentando que los gobiernos inglés y francés emitiesen sendas declaraciones en las que manifestaran claramente que no tenían inten-

ción alguna de defender a Checoslovaquia. Ciertamente, el telegrama del embajador soviético en Praga, que parece ser fue cursado durante la noche del 19 al 20 de septiembre, hace pensar que Beneš estaba considerando entonces la posibilidad de que los checos, con sus solos medios, hiciesen frente a Alemania, si Francia e Inglaterra se negaban a ayudarles, negativa que consideraba probable. Lo que es más, Lacroix informa que envió su telegrama a París porque Hodža se lo pidió [82].

El 22 de septiembre, un Chamberlain radiante de triunfo emprendió el viaje a Godesberg para visitar de nuevo a Hitler. «Lo que pretendo es conseguir la paz en Europa y espero que este viaje abra el camino para conseguirla.» La respuesta de Hitler al plan anglofrancés no fue en absoluto la que él esperaba. Hitler insistió en que debía fijarse con rapidez una línea fronteriza, por la que se delimitarían las zonas que Alemania podría ocupar inmediatamente, el 28 de septiembre, fecha que Hitler trasladó al 1 de octubre. Al mismo tiempo, exigió que se cumplieran sus peticiones frente a Polonia y a Hungría. Si los checos rehusaban, Alemania atacaría e impondría «una solución militar, lo que quiere decir una frontera militar o estratégica». Esto implicaba la absorción de la totalidad de Bohemia y Moravia. Probablemente era esto lo que Hitler trataba de conseguir. Presentaría unas exigencias de tal calibre que los checos se verían obligados a rechazarlas; entonces, atacaría y destruiría a Checoslovaquia, esperando que Inglaterra y Francia se mantendrían al margen. Hitler había dicho el 20 de septiembre al primer ministro y al ministro de Asuntos Exteriores húngaros que

«estaba decidido a resolver el problema checo aun a costa de una guerra mundial... Estaba convencido de que ni Inglaterra ni Francia intervendrían... En su opinión, la acción del ejército proporcionaría la única solución satisfactoria. Sin embargo, existía el peligro de que los checos cediesen a todas las exigencias.»

Por consiguiente, las peticiones hechas por Hitler en Godesberg estaban destinadas a ser rechazadas por los checos [83]. Fueron rechazadas. Sin embargo, esta vez Inglaterra y Francia no se limitaron a abandonar a Checoslovaquia a su suerte.

En Francia, Daladier continuaba sufriendo por su deseo de hacer algo concreto sin saber exactamente el qué. Parece que había llegado a dudar de lo atinado de la actitud de conceder a Hitler cuanto pidiera. El ejército francés comenzó a aplicar la etapa preliminar a la movilización general, incluyendo el llamamiento a filas de los reservistas para suministrar hombres a la *couverture renforcée*. Presionado por el ministerio francés de Asuntos Exteriores, aunque no por Bonnet, Lord Halifax se mostró de acuerdo el día 22 en que no se presionase más a los

checos para que no emprendieran la movilización. El día 23, Halifax sugirió a Chamberlain que el gabinete británico considerase la posibilidad de poner en práctica medidas preventivas de movilización. El día 25, Daladier y Bonnet viajaron de nuevo a Londres. Una vez más, Daladier abogó por la resistencia; esta vez, los ingleses se mostraron de acuerdo. Después de que Sir John Simon hiciera objeto a Daladier de un interrogatorio nada cortés, aparentemente destinado a demostrar que Francia no estaba en condiciones de luchar, Chamberlain comunicó a Daladier el día 26 su intención de avisar a Hitler de que si Francia apoyaba a Checoslovaquia en su negativa a aceptar las peticiones de Godesberg, Inglaterra apoyaría a Francia. Se envió a Sir Horace Wilson con esta amenaza para reforzar los intentos de disuadir a Hitler de sus proyectos de invadir Checoslovaquia inmediatamente. El día 26, Lord Halifax autorizó a la prensa a publicar una declaración: «Si... se produce un ataque alemán contra Checoslovaquia, la consecuencia inmediata será que Francia estará obligada a ir en su ayuda y, desde luego, Inglaterra y Rusia apoyarán a Francia» [84]. El día 27 se decidió movilizar la flota británica y fueron llamados a filas los reservistas de las unidades de la defensa costera y los de las baterías antiaéreas. Aquí se dio algo completamente nuevo: Inglaterra amenazaba con la guerra para conseguir que se solucionase de un modo pacífico, en vez de por la fuerza de las armas, «un conflicto surgido en países lejanos entre gentes de quienes nada sabemos».

Hitler se volvió atrás, renunció a su invasión y aceptó una conferencia internacional, tal vez persuadido por Mussolini, que deseaba evitar una guerra generalizada, tal vez debido a la oposición del mando del ejército alemán a arriesgarse a una guerra con las potencias occidentales, tal vez porque este riesgo había llegado a parecer real. El 28 de septiembre, Hitler propuso una conferencia entre Italia, Francia, Gran Bretaña y Alemania. Al día siguiente, Chamberlain, Daladier, Mussolini y Hitler se reunieron en Munich. El pacto de Munich estableció que las zonas «predominantemente alemanas» de Checoslovaquia fueran cedidas a Alemania, habiendo de determinarse su extensión por una comisión internacional. Ciertas zonas específicas serían ocupadas por las fuerzas alemanas entre los días 1 y 7 de octubre —Hitler consiguió que se le dejase entrar en Checoslovaquia el 1 de octubre, como había pedido— y la totalidad del territorio adjudicado a Alemania se ocuparía el 10 de octubre. «El problema de las minorías polacas y húngaras» sería resuelto por un acuerdo o por una nueva conferencia. Inglaterra y Francia repitieron la oferta de una garantía internacional para el nuevo Estado checo. Alemania e Italia prometieron mantener Checoslovaquia una

vez quedaran resueltos los problemas polaco y húngaro. Los checos no podían hacer nada a menos que estuvieran dispuestos a emprender la guerra ellos solos, cosa que ya habían decidido no hacer. Tras los actos oficiales, Chamberlain habló a Hitler sobre el desarme, la guerra civil española y la economía mundial, invitando a Hitler a firmar un documento por el que se comprometieran a utilizar «el método de consulta... para tratar de cualquier cuestión que pueda afectar a nuestros dos países». Chamberlain volvió triunfalmente a Londres el 30 de septiembre con la firma de Hitler en el bolsillo. Esa misma noche afirmó: «Creo que a nuestra época le ha llegado la hora de la paz» [85].

El acuerdo de Munich suscitó grandes controversias. Aquellos que en Inglaterra y en Francia pensaban que en algún momento habría que hacer frente a la expansión de Alemania, le hicieron objeto de duras críticas. La mayor parte de ellos argumentaron que Munich dificultaría una futura resistencia. Neutralizaba a Checoslovaquia, provocaba el alejamiento de Rusia y daba a los pequeños países de Europa oriental la impresión de que su única salida era intentar llegar con Alemania a un acuerdo en los mejores términos posibles. Siguiendo esta línea de argumentos, Munich se convertía incluso en causa de una futura guerra, ya que el debilitamiento de las fuerzas de oposición a Hitler tenía como consecuencia que en el futuro fuera necesaria para frenarle, no ya la amenaza de una guerra, sino la guerra misma. Según este argumento, si Hitler se hubiera enfrentado a un reto decidido por parte de Inglaterra y Francia, no habría tenido más remedio que renunciar incluso a sus peticiones sobre los territorios de los Sudetes alemanes. No hay pruebas concluyentes para afirmar o negar este punto de vista. Sin embargo en esta época había pruebas, que luego se vieron reforzadas, de que Hitler podía haberse visto obligado a abandonar sus peticiones por un golpe de Estado en el interior.

Los jefes del ejército alemán no habían mostrado gran entusiasmo hacia los planes de Hitler para atacar a Checoslovaquia Quien expresó más vigorosamente esta oposición fue Ludwig Beck, jefe del estado mayor. Entre los meses de mayo y julio de 1938, Beck intentó convencer a los generales, y en particular a von Brauchitsch, comandante en jefe del ejército, de emprender alguna acción para impedir a Hitler correr el riesgo de entrar en guerra con Francia, Rusia e Inglaterra. A comienzos de agosto, Beck consiguió reunir a todo el alto mando del ejército. Proyectaba que se presentase a Hitler un ultimátum conjunto: petición de que se detuviesen los preparativos de guerra, se pusiese fin al predominio de los jefes del partido y a los ataques a la Iglesia, y se volviese al imperio de la ley y a la «pureza y sim-

plicidad prusianas». Ya fuera por motivos tácticos o como resultado de un grave malentendido, planteó todo el asunto como si se tratase de salvar a Hitler de sus malos consejeros. Si Hitler no accedía, los generales dimitirían en bloque. Brauchitsch se abstuvo de comunicar a la junta de generales el llamamiento de Beck y, consiguientemente, el plan se quedó en nada, excepto la propia dimisión de Beck, que ni siquiera fue dada públicamente a conocer hasta después de la conferencia de Munich. No obstante, la disensión de Beck fomentó la formulación de un plan más enérgico. Se elaboró un proyecto de golpe de Estado con la colaboración fundamental de los oficiales que tenían tropas bajo su mando. Los más importantes eran el general von Witzleben, comandante del distrito militar de Berlín, el conde von Brockdorff-Ahlefeldt, al mando de la guarnición de Potsdam, el conde Helldorf, jefe de la policía de Berlín y el general Hoepner, al mando de una división acorazada. Hitler sería arrestado en Berlín, después procesado o declarado loco, y el ejército tomaría el poder. Tan pronto como se emitiese la orden final de atacar a Checoslovaquia, Halder, que había reemplazado a Beck, informaría a los conspiradores y el plan empezaría a cumplirse. Se trataría de una cuestión de último momento: la opinión pública alemana debía darse cuenta de que Hitler estaba emprendiendo deliberadamente una guerra contra Checoslovaquia, corriendo el riesgo de enfrentarse a una guerra con las grandes potencias. Los conspiradores estaban convencidos de que esto sucedería y adoptaron medidas para lograr que las potencias occidentales dejaran bien sentado que se enfrentarían a Hitler. Entonces, éste tendría que renunciar a la guerra o sería derrocado. Aun en el caso de que renunciase a la agresión, su prestigio quedaría tan debilitado que su régimen podría desaparecer. En agosto de 1938, Ewald von Kleist, un destacado conservador antinazi, arriesgó su vida actuando como emisario de los conspiradores ante las autoridades británicas. Insistió en que sus colaboradores alemanes necesitaban el apoyo que para ellos suponía una firme postura de Occidente frente a Hitler. Las informaciones acerca de la oposición a la política de Hitler en el interior de Alemania se conseguían a través de otras fuentes, en parte gracias a las insinuaciones que apuntaba de cuando en cuando Weizsäcker, secretario de Estado del ministerio de Asuntos Exteriores. Parece que el proyectado golpe de Estado estuvo a punto de producirse después de Godesberg; los acontecimientos de Munich, que ofrecieron la imagen de un compromiso entre Hitler y las potencias occidentales en el que Hitler conseguía que sus peticiones, públicamente expuestas, fuesen aceptadas en su totalidad, hizo desaparecer las bases de este golpe de Estado. No se puede saber lo que los

conspiradores habrían podido hacer si Chamberlain no hubiera ido a Munich, o si hubiera tenido éxito algún tipo de maniobra. Sin embargo, es cierto que algunos de los conspiradores eran hombres valientes y sinceros [86].

Era seguro que el pacto de Munich y los medios por los que se llegó a éste, confirmarían todas las dudas que el gobierno soviético pudiera tener acerca de la posibilidad de colaboración con las potencias occidentales. Constituía un retorno al pacto de las Cuatro Potencias, a la idea de remodelar Europa sin consultar a Rusia, bajo la égida de una Alemania y una Italia agresivas y de una Inglaterra y una Francia evidentemente preocupadas por aplacar a los dictadores, distrayendo su atención hacia el este. Sería interesante saber en qué medida, en 1938, los dirigentes de la política rusa estaban o no dispuestos a colaborar en la resistencia contra Alemania, o en qué medida habían desechado toda posibilidad de este tipo, si es que alguna vez la habían aceptado. ¿Estaba dispuesta la Unión Soviética a ayudar a Checoslovaquia? Como el tratado estipulaba que Rusia no quedaría obligada hasta que Francia cumpliese primero con sus obligaciones, el gobierno soviético contaría con un cierto margen para maniobrar. Podía proclamar su disposición a cumplir por completo con sus compromisos sin que sus afirmaciones pasaran por el trance de tener que ser comprobadas. Así pues, no se puede saber lo que Stalin había decidido hacer, ni si había decidido algo. El ministro soviético de Asuntos Exteriores se mostró sumamente vago sobre cómo llegarían las fuerzas soviéticas hasta Checoslovaquia, dado que ni Polonia ni Rumanía consentían en dejarlas atravesar sus respectivos territorios. En octubre, la embajada alemana en Moscú informó que la prensa soviética había quitado importancia a la crisis y que en Rusia no se habían tomado medidas previas de movilización. De acuerdo con este informe, «consiguientemente los soviéticos mantenían que, en vista de la política de concesiones que Inglaterra y Francia habían adoptado hacia el agresor, nunca habían tomado en serio la posibilidad de que la guerra estallase». Probablemente, esto era cierto. Como la suerte de Checoslovaquia no afectaba a Rusia de una manera inmediata, su gobierno podía adoptar virtuosas actitudes antinazis sin demasiado contenido práctico. La única acción concreta realizada durante la crisis consistió en amenazar a Polonia con una reacción rusa si atacaba a Checoslovaquia, amenaza que no tuvo influencia alguna en la política polaca [87].

El período transcurrido entre septiembre de 1938 y marzo de 1939 fue el clásico período de apaciguamiento. En Francia, Bonnet intentó conseguir un documento similar al acuerdo firmado en Munich por Chamberlain e Hitler. A este fin, Ribbentrop se

trasladó a París en diciembre de 1938. Una declaración franco-alemana anunció que la frontera germano-francesa se reconocía como definitiva y que ambos gobiernos estaban decididos, «sin perjuicio de sus relaciones especiales con terceras potencias», a consultarse mutuamene sobre todas las cuestiones que les afectasen en el futuro. No hay duda de que lo que quería Ribbentrop era tener las manos libres en Europa oriental. Creyó que lo había conseguido. Durante una conversación oficial con Bonnet, Ribbentrop denunció las alianzas orientales de Francia como

«un atávico residuo del tratado de Versalles y de la mentalidad de Versalles... Este tipo de política de bloqueo, que representa un estado de cosas intolerable, debe saltar en pedazos más tarde o más temprano, ya sea por medio de la negociación, ya sea por algún otro medio. Si Francia se comprometía a respetar de una vez por todas esta esfera de influencia alemana, entonces él, el ministro de Asuntos Exteriores del *Reich,* creería en la posibilidad de un fundamental y definitivo acuerdo entre Alemania y Francia.»

Bonnet replicó vagamente que «desde Munich las relaciones se habían visto fundamentalmente alteradas en este sentido» e, inmediatamente pasó al tema de las peticiones italianas sobre Túnez. En febrero de 1939, cuando el embajador alemán en París protestó porque Bonnet había hablado en público de estrechar los lazos amistosos con los países de Europa oriental, Bonnet explicó que

«a menudo, en los debates de la Cámara sobre política exterior se dicen cosas que, evidentemente, van dirigidas a la opinión nacional y que, aparte de esto, carecen de significación. Si un ministro francés de Asuntos Exteriores... extraía privadamente sus propias conclusiones sobre la nueva situación en Europa central, no se podía esperar razonablemente que se retractase en toda regla al enfrentarse con la Cámara. Si lo hiciera, esto sólo serviría para que los belicosos se llevasen el gato al agua».

En julio de 1939, Ribbentrop escribió a Bonnet para decirle que, en diciembre de 1938,

«señalé expresamente que Europa oriental forma parte de la esfera de influencia alemana y... por su parte, usted subrayó que, desde la conferencia de Munich, había tenido lugar un cambio radical en la actitud francesa hacia los problemas de Europa oriental» [88].

Ribbentrop estaba bregando con la habitual discordancia entre la política oficial francesa y la política real de Bonnet; una discordancia que seguía siendo significativa de que Bonnet y sus seguidores se veían obligados a llevar a cabo una política de resistencia que les desagradaba, ya que se negaban a correr el

riesgo de crear una opinión pública más generalizada que apoyase sus convicciones.

En Inglaterra, el acuerdo de Munich despertó más confianza que en Francia. Si no era suficiente para asegurar la paz, por lo menos mostraba cómo se podía conseguir ésta. Es cierto que la oposición a la política conciliatoria frente a Hitler era cada vez más fuerte. Unos treinta conservadores, entre ellos Churchill, Eden y Duff-Cooper, el último de los cuales había dimitido de su puesto en el gobierno después de Munich como protesta, mostraron su escepticismo, con diversos matices, mientras las críticas de liberales y laboristas contra las concesiones del gobierno a los dictadores fascistas se hacían más violentas. Las actividades alemanas no contribuían precisamente a mantener un ambiente de distensión. El gobierno alemán se comportaba con ofensiva arrogancia en los intercambios diplomáticos, con salvaje brutalidad en Alemania, donde, en noviembre, tuvieron lugar ataques organizados contra los judíos (que hicieron esfumarse en Inglaterra y probablemente en Alemania las ilusiones que pudieran quedar sobre la naturaleza del régimen nazi) y con pública descortesía en discursos y publicaciones. Incluso Chamberlain tenía sus dudas: en octubre, escribió: «No se puede decir que nos hayamos acercado mucho al momento de poder descartar de nuestras mentes la idea de la guerra.» El rearme continuaba, cuestión de la que los alemanes se quejaban amargamente. Pero la política de Chamberlain no cambió: «En política, la conciliación es tan importante como el rearme» [89].

Tampoco la alteró en marzo de 1939, pero entonces la destrucción de Checoslovaquia por Alemania hizo que se modificase el equilibrio entre conciliación y coacción. El acuerdo de septiembre de 1938 había sido una concesión por parte de Hitler; la invasión y la destrucción de Checoslovaquia sólo habían sido retrasadas, no olvidadas. El 21 de octubre de 1938, Hitler comunicó a las fuerzas armadas que en todo momento debía ser posible liquidar los restos del Estado checo y, el 17 de diciembre, un segundo mensaje puso de manifiesto que esto debía llevarse a cabo sin recurrir a la movilización, por medio de la *Wehrmacht* de tiempo de paz, ya que «debe quedar absolutamente claro que se trata sólo de una acción pacífica y no de una maniobra bélica». No había demasiada prisa. El gobierno checoslovaco, tras la crisis de Munich, mostraba gran sumisión a los dictados de Alemania. Como el año anterior había ocurrido con el *Anschluss* austríaco, se trataba de una operación que más que formar parte de un rígido plan de conquista, Hitler proyectaba llevar a cabo en algún momento aún no determinado. A pesar de que a Hitler le desagradaba una Checoslovaquia que contase con un mínimo resto de

independencia, como puso de manifiesto en enero en su entrevista con el ministro checo de Asuntos Exteriores y en su interés por el movimiento independentista eslovaco en febrero, parece que la decisión de pasar a la acción sólo se produjo después de que surgiera en Checoslovaquia una crisis interna. El 10 de marzo de 1939, el gobierno central de Praga destituyó al primer ministro eslovaco, Tiso, debido a que colaboraba con los independentistas eslovacos. Esto proporcionaba una excusa para aducir que Checoslovaquia se estaba desintegrando. El 12 de marzo, la *Wehrmacht* elaboró las condiciones militares de un ultimátum al gobierno de Praga, exigiendo que no mostrase resistencia ante la invasión alemana; también se dieron instrucciones para provocar manifestaciones antialemanas entre los checos. El día 13 se presionó a los húngaros para que invadieran Rutenia inmediatamente, mientras Hitler ordenaba a Tiso que proclamara la independencia eslovaca, bajo la amenaza de que si no lo hacía en cuestión de horas, permitiría a los húngaros que ocuparan Eslovaquia [90].

A juzgar por lo dicho por Hitler en su reunión con Tiso, su proyecto era utilizar las «intolerables condiciones» creadas por los checos que habían caído bajo la influencia del «espíritu de Beneš» como excusa para una invasión que restaurase el «orden», pero inesperadamente se le ofreció una estratagema mejor. Conforme observaba los síntomas de la impaciencia alemana, el gobierno checo sentía una inquietud cada vez mayor. Así pues, el presidente y el ministro de Asuntos Exteriores intentaron entrevistarse con Hitler esperando conseguir por lo menos algún mínimo resto de independencia para Bohemia y Moravia. Cuando llegaron a Berlín, las tropas alemanas ya habían penetrado en territorio checo. El presidente checoslovaco, Hacha, se entrevistó con Hitler a la una quince de la madrugada del día 15 de marzo. A las cuatro de la mañana, se vio obligado a firmar un documento por el que «colocaba confiadamente la suerte del pueblo y el país checo en manos del *Führer* del *Reich* alemán» [91]. Las tropas alemanas entraron en Praga ya avanzada la mañana. Al día siguiente, Hitler anunció un protectorado de Bohemia y Moravia, dejando a un gobierno checo una autonomía restringida, supervisada y controlada por un *Reichsprotektor.* El 23 de marzo, Eslovaquia se colocó bajo la protección de Alemania; a las tropas alemanas se les permitió establecerse en determinadas zonas del país.

Ya se estaban sentando las bases de una nueva crisis. La amistad entre Polonia y Alemania había funcionado bien en septiembre de 1938. Sin embargo, más tarde o más temprano, era forzoso que algún gobierno alemán intentase alguna modificación de los acuerdos de Versalles sobre Danzig y sobre el corredor pola-

co al mar. El 24 de octubre de 1938, Ribbentrop se entrevistó con el embajador polaco, Lipski. Fue una conversación «en un tono sumamente amistoso». Ribbentrop anunció que había llegado el momento de eliminar todas las posibles desavenencias entre Alemania y Polonia. Esto podía hacerse sin dificultad. Danzig volvería a formar parte de Alemania y Alemania contaría con una carretera y un ferrocarril de carácter extraterritorial que la unirían con la Prusia oriental a través del corredor. A Polonia se le daría una salida garantizada en Danzig además de determinados derechos extraterritoriales en dicho lugar. Se reconocería la frontera germano-polaca como definitiva. Polonia formaría parte del pacto Anti-Komintern. El 19 de noviembre, Ribbentrop se entrevistó de nuevo con Lipski. Lipski informó que Polonia no podía aceptar la anexión de Danzig a Alemania, pero dijo que podía considerarse la cuestión de las comunicaciones alemanas a través del corredor polaco. Ribbentrop insistió en que el coronel Beck pensara más detenidamente en sus sugerencias. El 5 de enero de 1939, Beck se reunió en Berchtesgaden con el propio Hitler. Hitler se mostró conciliatorio. Explicó detenidamente que Alemania no tenía interés en perseguir una política ucraniana hostil a Polonia (el territorio polaco comprendía zonas habitadas por ucranianos y a Beck le preocupaba el apoyo que Alemania prestaba al separatismo ucraniano). El y Beck se dieron seguridades de su mutua amistad. Beck prometió pensar en las propuestas hechas por Alemania. Al día siguiente, Ribbentrop sugirió a Beck que Polonia y Alemania debían trabajar conjuntamente en las cuestiones ucranianas, incluyendo la Ucrania soviética, pero «por supuesto, esto presuponía una actitud más antirrusa por parte de Polonia». Tres semanas más tarde, Ribbentrop se desplazó a Varsovia. Una vez más, habló «de la política a seguir por Polonia y Alemania hacia la Unión Soviética y, en relación con esto, habló también de la cuestión de la gran Ucrania y propuso de nuevo una colaboración germanopolaca en este campo». Beck prometió considerar esta propuesta cuidadosamente. A los polacos no les agradaba la acción que Alemania había emprendido en marzo contra Checoslovaquia, sobre la que no habían sido consultados y, aunque satisfechos por la incorporación de Rutenia [Ucrania carpática] a Hungría, les preocupaba que Alemania hubiera asumido la protección de Eslovaquia. El 21 de marzo, Ribbentrop se reunió con Lipski. El tono había cambiado. A las ya habituales propuestas se añadieron algunas amenazas. «El *Führer* se mostraba cada vez más sorprendido de la actitud de Polonia... Era importante», concluyó Ribbentrop, «que no le diese la impresión de que lo que ocurría era que Polonia demostraba simplemente mala voluntad»[92].

Efectivamente, los polacos no estaban de acuerdo. Lipski volvió a Varsovia para informar a Beck sumamente deprimido y habló de la posibilidad de un ultimátum alemán a Polonia. Beck expuso su política. Si los intereses polacos se veían amenazados, «lucharemos». Estos intereses incluían la defensa del territorio polaco y la de la independencia de Danzig. Danzig tenía una importancia simbólica. Polonia no debía convertirse en uno de esos Estados orientales que se dejan someter al dictado extranjero. Alemania había perdido todo sentido de la moderación y sólo había un modo de que la recuperara: hacerle frente enérgicamente, cosa con la que Hitler aún no había topado El 26 de marzo, Lipski entregó la respuesta polaca a Ribbentrop. Se rechazaba la petición alemana de extraterritorialidad para las comunicaciones a través del corredor y la única oferta consistía en nuevas condiciones para Danzig, basadas en una garantía conjunta germanopolaca. Ribbentrop declaró que una violación de Danzig por las tropas polacas supondría la guerra, y al día siguiente dijo a Lipski que Polonia había dado «una respuesta evasiva a las generosas propuestas que Alemania le había hecho... Por tanto, las relaciones entre los dos países estaban en camino de deteriorarse seriamente». El 29 de marzo, Beck comunicó al embajador alemán en Varsovia que cualquier atentado contra la soberanía de Danzig equivaldría a la guerra con Polonia. Se concentraron tropas polacas cerca de Danzig, en parte como reacción a la anexión alemana de Memel, el puerto lituano, a la Prusia oriental, ocurrida el 23 de marzo. El 5 de abril, el ministro alemán de Asuntos Exteriores comunicó a su embajador en Polonia que la oferta alemana a Polonia «no se repetiría» y que no tendrían lugar más discusiones [93].

Las ofertas de Hitler a Polonia eran realmente auténticas. Desde el punto de vista alemán, eran verdaderamente generosas; representaban unas condiciones para un acuerdo final con Polonia mucho más moderadas de lo que Stresemann habría imaginado nunca. Por supuesto, y los polacos lo entendieron así, lo que implicaban era que Polonia quedaría reducida a la situación de satélite. Los polacos no aceptarían estas condiciones; Beck no podía hacerlo, ya que la opinión pública polaca no lo toleraría. Polonia sería independiente o nada. Antes de que Lipski volviera a Berlín, Hitler ya había empezado a pensar en emplear la fuerza contra Polonia en vez de las ofertas de amistad. El 25 de marzo, ordenó que se «elaborase un plan de acción». A pesar de esto, todo era aún bastante provisional: «Sin embargo, el *Führer* no desea resolver el problema de Danzig por la fuerza. No desea que, a causa de esto, Polonia se arroje en brazos de Inglaterra... Por el momento, el *Führer* no tiene intención de

resolver la cuestión polaca.» Hitler se marchó a Berchtesgaden a reflexionar acerca del problema polaco. A principios de abril, después de que se conociera la respuesta de Beck y se anunciara la garantía británica a Polonia, Hitler ordenó preparar un ataque a Polonia, que se realizaría en cualquier momento a partir del 1 de septiembre de 1939. Las fuerzas armadas polacas serían destruidas. La guerra se limitaría a Polonia «si fuera posible». Sin embargo, «las relaciones alemanas con Polonia deberían continuar basándose en el principio de evitar cualquier tipo de roces», a menos que Polonia «cambiara su política respecto a Alemania». El mes siguiente ocurrió algo mucho más concreto. El 23 de mayo, Hitler se dirigió a los altos jefes de las fuerzas armadas. Ahora se daba por sentado que Polonia era un enemigo. «Estamos abocados a la decisión de atacar a Polonia en la primera oportunidad favorable»[94].

Mientras tanto, en Londres y en París se habían producido grandes cambios. La destrucción de Checoslovaquia en marzo desacreditó la política de distensión. Evidentemente, Hitler no había quedado satisfecho con Munich. Se puso en entredicho la teoría de que se podía llegar a un acuerdo razonable en torno a unas reivindicaciones alemanas limitadas. Aquellos que, desde un principio, se habían opuesto a esta política, afirmaron que su postura estaba más que justificada; los autores de dicha política empezaron a dudar de la validez de su propia obra. El hecho más importante fue la evolución de Neville Chamberlain. El 15 de marzo habló como si su política no hubiera cambiado. El 17, después de haber tenido conocimiento de la reacción de la opinión pública británica y de la Cámara de los Comunes, el tono era diferente: «¿Es éste el fin de una vieja aventura o el comienzo de una nueva?... ¿Se trata en realidad de un paso adelante en el intento de dominar el mundo por la fuerza?» El 19 escribió: «En cuanto tuve tiempo de recapacitar, comprendí que era imposible tratar con Hitler una vez que había dado rienda suelta a su arrogancia... He elaborado un plan.» Su objetivo era aún conseguir la paz, no preparar una guerra segura: «Nunca aceptaré la teoría de que la guerra es inevitable.» Ahora había que emprender frente a Hitler una política más coactiva y menos conciliatoria pero la conciliación no sería olvidada. El 30 de julio, Chamberlain escribió que Alemania debía convencerse «de que las probabilidades de ganar una guerra sin acabar completamente agotada son demasiado remotas como para que valga la pena intentarlo. Pero el corolario a esto ha de ser que Alemania cuenta con una posibilidad de obtener de nosotros y de los demás un trato y una consideración razonables y justos, en el caso de que se decida a abandonar la idea de que puede

obligarnos por la fuerza y de que nos convenza de que la ha abandonado realmente». El punto de vista francés se vio afectado de modo similar. Flandin, que aún abogaba por un entendimiento francoalemán, informó en mayo que, «en provincias la opinión pública se mostraba visiblemente dispuesta a emprender la guerra». El propio Daladier («uno de los políticos franceses que percibían más agudamente el ambiente de la calle», según Flandin), a partir de marzo de 1939, parece que pasó definitivamente al bando de aquellos que defendían la política de hacer frente a Alemania. Bonnet seguía siendo el «pacifista más consciente y firme del gabinete», pero nunca se había arriesgado a propugnar abiertamente sus propios puntos de vista y ahora era aún más improbable que lo hiciera. Su aceptación pública de la política de resistencia hacía que le resultara aún más difícil sabotearla en privado (aunque, como demostrarían los acontecimientos, hizo lo que pudo). Sin embargo, el cambio producido en la política británica le privaría de su argumento más poderoso [95].

Como en 1938, la diplomacia británica tomó la iniciativa. El «plan» de Chamberlain se puso en práctica el 20 de marzo. En aquel momento y después de las declaraciones hechas en Londres por el embajador rumano, se suponía que Rumanía se veía amenazada por un ataque de Alemania en colaboración con Hungría. El gobierno británico propuso que «aquellos que se dan cuenta de la necesidad de proteger la sociedad internacional contra nuevas violaciones de las leyes fundamentales en las que se apoya, proceden sin demora a organizar un sistema de ayuda mutua». «Como primer paso» se proponía elaborar una declaración, que sería firmada junto con Inglaterra por Francia, Rusia y Polonia, según la cual dichos gobiernos se pondrían de acuerdo para oponerse conjuntamente a «cualquier acción que constituya una amenaza para la independencia política de cualquier Estado europeo». Francia y Rusia se mostraron de acuerdo, la última a condición de que Polonia también lo hiciera. El proyecto se vino abajo por culpa de Polonia. Beck adujo que una colaboración oficial entre Rusia y Polonia podía provocar un ataque de Hitler a su país. Pensaba que, si los polacos mantenían una actitud firme pero no provocadora, Hitler podría ser detenido. Parece que Beck creía poseer una habilidad especial para tratar con Alemania; sin embargo, no quería prescindir del refuerzo que el apoyo británico podía proporcionarle. Sugirió que se firmase un acuerdo secreto anglopolaco, que recogiese las mismas condiciones que la declaración propuesta. Obtuvo mucho más apoyo del que esperaba. El 27 de marzo, Inglaterra prometió ayudar a Polonia o a Rumanía a hacer frente a cualquier amenaza a su

independencia. Esto se hizo pensando fundamentalmente en Rumanía; la oferta a Polonia estaba condicionada a que ésta se comprometiera a ayudar a Rumanía [96]

Súbitamente, esta propuesta fue arrinconada. El 30 de marzo, Halifax comunicó al gabinete que contaba con una información según la cual Polonia iba a ser atacada, quizás inmediatamente. La fuente principal parece haber sido la información suministrada por el corresponsal en Berlín del *News Chronicle,* que el día anterior había hablado con Halifax y Chamberlain. Chamberlain envió a Beck un mensaje solicitando su conformidad con que Inglaterra garantizara la independencia polaca. Simultáneamente, se consiguió el asentimiento de los franceses. Beck aceptó de inmediato. El 31 de marzo, Chamberlain habló ante la Cámara de los Comunes. Insistió en que su gobierno había

«abogado constantemente por que todas las diferencias que pudiesen surgir se solucionasen mediante negociaciones libres entre las partes afectadas... No existía ningún problema imposible de solucionar por medios pacíficos y no veía justificación alguna para que las negociaciones fueran sustituidas por la fuerza o por la amenaza de emplear ésta».

Explicó que las consultas proseguían. Hasta que éstas concluyeran,

«en el caso de que se produzca cualquier acción que amenace claramente la independencia polaca y a la que el gobierno polaco considere vital resistir empleando sus tropas nacionales, el gobierno de Su Majestad se sentirá inmediatamente obligado a prestar al gobierno polaco todo el apoyo a su alcance».

Los ingleses seguían teniendo gran interés en que Polonia prometiera ayudar a Rumanía y, en este sentido, en un principio, Halifax subordinó la vigencia futura de la garantía británica a Polonia a que los polacos efectuasen dicha promesa, lo que nunca se consiguió. Sin embargo, es evidente que la garantía dada a Polonia no constituyó una manera indirecta de conseguir ayuda para Rumanía sino que fue resultado de los temores de que la propia Polonia fuera atacada. Esta conclusión no se vio en absoluto afectada por el hecho sorprendente de que Beck afirmara a los ingleses que Alemania no estaba amenazando a Polonia; ante el ejemplo de lo ocurrido en 1938, es probable que Beck deseara evitar cualquier intento inglés de mediar entre Alemania y Polonia. En abril, Francia e Inglaterra ampliaron sus garantías a Rumanía y a Grecia, la última, en base a un eventual ataque italiano [97].

Estas garantías representaban un sorprendente cambio en la política británica. Lo que en 1938 era simple intervención en los asuntos europeos, había desembocado en una serie de compro-

misos vinculantes. La política francesa no había cambiado exteriormente. Francia nunca había dejado de afirmar su interés hacia el resto de Europa, pero las actividades británicas hicieron más probable que se diera una correlación entre las palabras y los actos de los franceses. Las garantías británicas no eran meras bravatas: por mucho que el gobierno británico desease no verse obligado a llevarlas a cabo, no por ello se mostró en ningún momento reacio a hacerlo si las garantías no conseguían detener la agresión. Hitler había decidido destruir a una Polonia en la que ya no podía seguir confiando y, aparte de algunas vacilaciones de última hora, no se apartaría de esta decisión. Así pues, a principios del verano de 1939, todo en la situación internacional apuntaba a una guerra europea.

Retrospectivamente, parece que sólo una cosa podía haber cambiado la decisión de Hitler: un compromiso soviético firme y efectivo de defender a Polonia, lo que no se consiguió y tal vez no era posible. Es imposible estar seguros acerca de la política soviética, ya que no sabemos qué es lo que Stalin pensaba de ella. Desde 1934, el gobierno soviético había exhortado públicamente a hacer frente a los agresores fascistas. Esta política se había puesto en práctica en España, sin reacción alguna por parte de Occidente. En 1938, la Unión Soviética declaró que estaba dispuesta a participar en la defensa de Checoslovaquia, siendo ignorada por las potencias occidentales. Es posible, y el discurso de Stalin del 10 de marzo de 1939 apoya esta teoría, que, en la primavera de 1939, como muy tarde, Stalin hubiera llegado a la conclusión de que no se podía confiar en que las potencias occidentales hicieran realmente frente a Hitler y que, al buscar la colaboración soviética en 1939, no estuvieran tratando simplemente de implicar a Rusia en una guerra con Alemania, de la cual ellas se mantendrían al margen. Si esto era así, Stalin debía intentar frustrar sus intenciones, logrando que las propias potencias occidentales luchasen contra Alemania o, al menos, llegando a un acuerdo con Alemania que evitara un ataque alemán a Rusia. Si Stalin ya había adoptado esta postura en marzo, las negociaciones con Inglaterra y Francia, llevadas a cabo durante la primavera y el verano de 1939, nunca fueron tomadas muy en serio. Por otra parte, es posible que la conclusión de Stalin de que negociar con Alemania era la mejor salida fuera únicamente adoptada en el transcurso de las negociaciones; de ser esto verdad, Polonia y Occidente perdieron un aliado que podían haberse atraído. Suponiendo que sea digno de fe, el artículo de Ždanov, aparecido en *Pravda* el 29 de junio de 1939, apoya este último punto de vista.

«Me parece que los franceses y los ingleses no quieren realmente llegar a un acuerdo... Lo único que quieren es hablar acerca de un acuerdo y, esgrimiendo la obstinación soviética, preparar a su propia opinión pública para una eventual negociación con los agresores. Los próximos días mostrarán si esto es cierto o no»[98].

El desarrollo de las negociaciones podría confirmar ambas hipótesis. Los rusos negociaban simultáneamente con ambas partes: con Inglaterra y Francia y con Alemania. Las negociaciones con Occidente se llevaban a cabo con una publicidad considerable, prestándose estrecha atención a todos los detalles; las conversaciones con Alemania eran mucho más prudentes y se llevaron en secreto hasta el final (aunque, de cuando en cuando, surgieran rumores). No puede extraerse de estas discusiones cuál de las dos series de negociaciones tenía mayor prioridad para la Unión Soviética. Ambas fueron prolongadas; los rusos no mostraban interés alguno en concluirlas. Desconfiaban de ambas partes: si aceptaban las propuestas occidentales, Inglaterra y Francia podían utilizar este éxito para obligar a Hitler a firmar un acuerdo; si Rusia dejaba las manos libres a Hitler frente a Polonia demasiado pronto, Hitler podía atemorizar a Occidente consiguiendo que éste le dejara las manos libres en Europa oriental. La diplomacia soviética pretendía empujar a ambas partes a continuar sustentando sus planteamientos iniciales: las potencias occidentales debían continuar creyendo que, si hacían frente a Alemania, podían contar con la ayuda de Rusia y Hitler debía continuar creyendo que, si atacaba, podía contar con la neutralidad rusa. La parte soviética no tuvo dificultad alguna en prolongar las negociaciones hasta que llegara el momento de la decisión. Alemania temía que los rusos pudieran utilizar un interés excesivo por su parte para empujar a las potencias occidentales a aliarse con ellos. En cuanto a las potencias occidentales, encontraban obstáculos reales para llegar a una alianza con Rusia: los rusos, a través de Molotov, que había reemplazado a Litvinov, insistieron en que la Unión Soviética debería garantizar a todos sus vecinos contra la agresión, lo quisieran éstos o no. Lo que es más, habrían de ser ayudados contra los agresores, quisieran o no esta ayuda. Aunque se opusieran activamente, la ayuda se produciría exactamente igual. Los rusos utilizaron el concepto de «agresión indirecta», según el cual un país podía caer bajo la influencia alemana sin un ataque directo (citando el precedente checoslovaco de marzo de 1939), con objeto de tener un pretexto para intervenir en cualquier país vecino que ellos consideraran que se estaba volviendo proalemán. El gobierno británico, que

estaba auténticamente preocupado por la independencia de los pequeños países, dudaba en aceptar esto.

Una vez más, y éste fue el punto en el que las negociaciones cesaron, los rusos insistieron en que Inglaterra y Francia lograsen que el gobierno polaco permitiese que las tropas rusas atravesasen el territorio polaco si Rusia había de «ayudar» a Polonia contra Alemania. Los polacos se negaron a ello. Inglaterra tampoco les obligaría a dar su consentimiento. Temía que, si intentaba hacer esto, Polonia se volviese hacia Alemania y, de este modo, la agresión alemana encontraría aún menos obstáculos que si no se realizaba la alianza con Rusia.

El desenlace se produjo en el mes de agosto. El 14 de agosto, cuando las misiones militares francesa e inglesa se hallaban aún en Moscú, los alemanes comenzaron a mostrar un gran interés en llegar a un acuerdo inmediato con la URSS. Molotov era prudente y hablaba de preparar el terreno cuidadosamente. El día 18, Ribbentrop dio instrucciones al embajador en Moscú para que presionara con el objeto de comenzar cuanto antes las discusiones y se mostró dispuesto a delimitar las zonas de influencia respectivas. El día 19, Stalin se mostró de acuerdo en que Ribbentrop fuera a Moscú, pero habría de esperar una semana. El día 21, el mismo Hitler urgió a Stalin para que recibiera a Ribbentrop el 22 o el 23. Stalin accedió en hacerlo el día 23. El repentino y desmedido interés de los alemanes convenció probablemente a Stalin de que era inminente un ataque alemán. En aquella época del año era ya demasiado tarde para atacar a Rusia. Stalin podía escuchar sin temor los ofrecimientos alemanes: Alemania atacaría a Polonia; Inglaterra y Francia podían entonces declarar la guerra, lo que sería bueno, o podían no hacerlo, en cuyo caso Stalin habría conseguido para el futuro la posición más favorable. El día 21, los alemanes anunciaron que firmarían un pacto de no agresión con la Unión Soviética. El 23 de agosto, se firmó el pacto. Un protocolo secreto establecía como zonas de influencia rusa Finlandia, Estonia, Lituania, gran parte de Polonia y Besarabia, que, después de 1918, se había reintegrado a Rumanía. Este fue el precio de la neutralidad rusa [99].

Alentado por las buenas noticias que llegaban de Rusia, Hitler expresó sus intenciones en varias ocasiones durante el mes de agosto: el 12 de agosto, a Ciano, ministro italiano de Asuntos Exteriores, el 14 al jefe del estado mayor del ejército y a otros mandos del mismo, y el 22 a los comandantes del ejército y de otras organizaciones militares. En todas estas ocasiones, Hitler expuso argumentos a grandes rasgos similares. Había que enfrentarse a Polonia, ya que no podía confiarse en que ésta, en el futuro, no se pusiera contra Alemania en una guerra de ésta en

Occidente. Con Rusia, se podía llegar a un arreglo. Era casi seguro que Inglaterra y Francia no harían nada; si intentaban ayudar a Polonia, probablemente todo se limitaría a un embargo comercial; si entraban en guerra, su intervención no podría salvar Polonia, que podía ser destruida rápidamente, sin dar tiempo a las potencias occidentales a emprender un ataque importante. Si Inglaterra y Francia declaraban la guerra seriamente, esto sólo confirmaría que la guerra con ellas era inevitable; en pocas semanas, las principales fuerzas alemanas podrían concentrarse contra ellas. Parece que Hitler estaba dispuesto a arriesgarse a entrar en guerra con Francia e Inglaterra, aunque no lo considerase probable. Después de todo, en una guerra así Inglaterra y Francia aparecerían como agresores ante la opinión pública alemana, que estaba firmemente convencida de la justeza de las reivindicaciones alemanas contra Polonia. El día 23 se fijó la fecha del ataque a Polonia para el 26 de agosto [100].

Sin embargo, el día 25, Hitler sucumbió a la indecisión. La orden de ataque fue cancelada. La principal razón parece haber sido la actitud de Mussolini, a quien Hitler tomó siempre en serio y cuya participación en la guerra sería sumamente deseable si Inglaterra y Francia tomaban parte en ella. Ese mismo día, Mussolini informó a Hitler que no podría entrar en una guerra generalizada si Alemania no le proporcionaba determinados suministros. También ese mismo día llegó la noticia de que Inglaterra y Polonia acababan de firmar un tratado oficial de ayuda mutua; esto hizo que pareciera más probable la ayuda inglesa y, por tanto, la francesa. Hitler se dedicó entonces a intentar conseguir que Inglaterra se mantuviera neutral y que Italia se decidiera a intervenir. Ambos intentos fracasaron. Al día siguiente, Mussolini comunicó su petición de suministros, en unas condiciones que él sabía eran imposibles de aceptar. Por otra parte, revivieron las esperanzas de que quizás Inglaterra se mantuviera al margen de la guerra, aunque Hitler escribió a Mussolini el día 26 en estos términos: «Dado que ni Inglaterra ni Francia pueden lograr ningún éxito decisivo en Occidente... no renuncio a solucionar la cuestión en Oriente, aun a riesgo de que surjan complicaciones en Occidente»; Hitler no tenía mucho tiempo para esta tarea. Como había dicho a Ciano, el estado mayor alemán consideraba necesarias para eliminar a Polonia de cuatro a seis semanas. Después de mediados de octubre, la niebla y el fango podían imposibilitar las maniobras militares. Aún el día 30 la indecisión continuaba. Ese día, Hitler dijo a los jefes del ejército que la invasión tendría lugar el 1 o el 2 de septiembre o nunca. A la mañana siguiente, las cosas habían cambiado. Según las notas de Halder, Hitler había dormido bien. Por la mañana temprano, le

dijo a Halder que la invasión comenzaría el 1 de septiembre. Más tarde se enteró de la hora: «El ataque está fijado para las 4,45; la intervención occidental parece inevitable: a pesar de esto, el *Führer* ha decidido atacar.» En realidad, se seguían conservando las esperanzas de que Occidente permaneciera neutral, «que la influencia de Mussolini contribuirá a evitar el gran conflicto», mientras la impresión de Göring era que «Inglaterra quiere mantenerse al margen». Sin embargo, todo eran suposiciones. En lugar de retrasar la acción contra Polonia, Hitler prefirió arriesgarse a entrar en guerra con Inglaterra y Francia. El ataque alemán comenzó a primera hora del día 1 de septiembre [101].

La decisión de Hitler hizo la guerra con Inglaterra inevitable. Esta es una afirmación discutida: se ha dicho a menudo que el gobierno británico, y sobre todo Chamberlain, después de haber respaldado precipitadamente a Polonia a finales de marzo, se mostraban deseosos de eludir las consecuencias. Si Hitler no se volvía atrás, lo harían ellos. Por supuesto, es cierto que el gobierno británico concibió la garantía polaca como un medio de conseguir la paz, no como un preparativo para la guerra. Como todos los gobiernos civiles, fue a la guerra de mala gana. Pero abunda mucho más la opinión de que, en el verano de 1939, los ministros británicos estaban volviendo a la política de 1938 de aceptar la idea de hacer concesiones a Hitler, aun cuando estas concesiones implicaran el debilitamiento o la destrucción de la independencia de otro país: Polonia. Ciertamente, ésta no era la política que Inglaterra proclamaba públicamente ya que afirmaba que defendería la independencia polaca si ésta se veía amenazada. La prueba de la existencia de una política diferente, medio oculta, se pone de manifiesto en la actitud británica frente a Alemania en los diversos intercambios entre portavoces ingleses y alemanes durante los tres meses que precedieron a la guerra, en la actitud británica frente a Polonia una vez que se concedió la garantía, sobre todo en los días inmediatamente anteriores a la invasión alemana, y en el retraso con que se produjo la declaración de guerra inglesa después de la invasión. Examinemos estas pruebas una por una.

En junio, julio y agosto de 1939, se dieron varios contactos entre el gobierno británico y los emisarios de Göring, que parecía haberse arrogado el papel de hombre de paz frente a Inglaterra. Las principales personas implicadas eran dos hombres de negocios suecos, Wenner-Gren y Dahlerus, y un subordinado de Göring, Wohlthat. Las conversaciones más importantes fueron mantenidas por Wohlthat y Sir Horace Wilson, el más cercano colaborador de Chamberlain. Todas estas discusiones giraban sobre los mismos temas. Del lado alemán se sugería que no

había ninguna razón para que Inglaterra se preocupase por Europa oriental, ya que Alemania no representaría nunca una amenaza para los intereses fundamentales de Inglaterra. Del lado británico, se reiteró constantemente que la conducta alemana había suscitado desconfianza, sobre todo después de la destrucción de Checoslovaquia y que, en lo sucesivo, se respondería a la fuerza con la fuerza. Sin embargo, simplemente con que Alemania demostrara de alguna manera que, después de todo, se podía confiar en ella y simplemente con que Hitler renunciara a la fuerza y a la amenaza de emplearla, todo sería posible. Se podría elaborar un «acuerdo general», se podrían estudiar tranquilamente todas las peticiones alemanas sobre Danzig y Polonia, y los proyectos de desarme renacerían fácilmente. El único fundamento racional que los ingleses podían encontrar en la política exterior de Hitler era de tipo económico; por tanto, prometieron cooperar económicamente en el futuro, y aceptar la preponderancia económica alemana en Europa oriental y suboriental.

La prueba más palpable en apoyo de la teoría de que Chamberlain estaba deseando apartarse de la política seguida por Inglaterra después de marzo de 1939 es el informe de Wohlthat sobre sus conversaciones con Wilson durante el mes de julio. Según este informe, parece que Wilson se mostraba insistente en que no se produjera ninguna agresión, pero estaba dispuesto a aceptar que esto quedase garantizado mediante una mera «declaración».

«Sir Horace adopta en este caso la postura de que tal declaración haría superfluas las garantías de Inglaterra a Polonia y a Rumanía, ya que, como consecuencia de tal declaración, Alemania no atacaría a estos Estados y, por tanto, éstos no podrían considerar que su existencia se veía amenazada por Alemania.»

Según su propio informe, Wilson dijo que todos los compromisos británicos

«eran exclusivamente defensivos y que una vez que el gobierno alemán dejara bien claro que, a partir de aquel momento, ya no habría más agresiones por su parte, la política de garantías a las víctimas potenciales se convertiría *ipso facto* en inoperante.»

Probablemente, Wilson suponía que no estaba diciendo más que cosas obvias: si Alemania no atacaba a nadie y se sometía a un cambio de actitud, las garantías británicas serían irrelevantes. Incluso según el informe de Wohlthat de julio, Wilson habló con alguna firmeza:

«Ciertamente, al gobierno británico no le agradaría producir la impresión de que desea negociar en todo tipo de circunstancias.

Si no hay otra solución, Inglaterra y el Imperio están hoy dispuestos y decididos a intervenir en un conflicto armado.»

Pero es comprensible que Ribbentrop y Hitler cometieran la equivocación de sacar la conclusión de que el gobierno británico no estaba hablando en serio, aunque todas estas afirmaciones eran compatibles con la política expuesta en el discurso de junio de Lord Halifax:

«Si en algún momento tuviéramos la seguridad... de que todos buscamos realmente soluciones pacíficas... podríamos discutir los problemas que hoy están provocando la ansiedad del mundo... pero ésta no es la situación a la que nos enfrentamos. La amenaza de la fuerza militar está poniendo al mundo entre la espada y la pared y nuestra tarea inmediata consiste en hacer frente a la agresión.»

La impresión que da este discurso es exactamente la misma que dan las declaraciones de los principales «apaciguadores» en Cliveden, y del mismo Chamberlain, a Adam von Trott zu Solz, cuando éste visitó Inglaterra a principios de junio [102].

Un elemento que en aquella época llamó la atención de Hitler fue la cuestión ciertamente curiosa del fracaso de las negociaciones para la concesión de un préstamo británico a Polonia. Sin embargo, parece que éste no se debió a ningún cambio de política exterior, sino simplemente a la insistencia mostrada por el Tesoro británico en lo que él consideraba unas condiciones económicamente aceptables.

Cuando la crisis se aproximaba, Chamberlain, el 23 de agosto, envió una carta a Hitler por medio de Henderson, el embajador británico en Berlín. Así comenzó la diplomacia de los últimos días de la paz. La carta negaba que el pacto nazisoviético fuera a cambiar la política británica: «No puede alterar las obligaciones de Gran Bretaña hacia Polonia, que el gobierno de Su Majestad ha reconocido en público repetida y claramente y que está decidido a respetar... En caso de necesidad, está dispuesto y preparado a emplear sin demora toda la fuerza a su disposición.» Quedó excluida toda posibilidad de paz una vez que Hitler hubiera conquistado Polonia. «Sería una peligrosa ilusión pensar que, una vez empezada, la guerra pueda acabar rápidamente, aun en el caso de que se consiga un triunfo en cualquiera... de los diversos frentes.» A este párrafo seguían unas frases más conciliatorias:

«No veo que haya ningún problema entre Polonia y Alemania que no pueda y no deba resolverse sin necesidad de recurrir a la fuerza, con tal de que se restablezca un clima de confianza.» Así pues, deberían entablarse negociaciones directas entre Alemania y Polonia. La respuesta de Hitler fue intransigente y amenazadora.

Dos días más tarde, el 25 de agosto, Hitler cambió de opinión. Convocó al embajador británico, explicándole que él era «un hombre de grandes decisiones» y presionó a Henderson para que volase a Londres con su «última oferta». Manifestó su decisión de «resolver» el problema polaco. No obstante, si se evitaba la guerra, es decir, si Inglaterra abandonaba a Polonia, daría garantías al Imperio británico y colocaría el poder de Alemania a su disposición, con tal de que en el futuro se diera satisfacción a sus peticiones de colonias. Mientras tanto, «el *Führer* volvió a asegurar que no estaba interesado en los problemas occidentales». La réplica británica rechazaba este tosco intento de obtener manos libres. Los ingleses «no podían acceder, por muchas ventajas que se ofreciesen a Gran Bretaña, a un arreglo que pusiera en peligro la independencia de un Estado al cual han dado su garantía». Proseguía sugiriendo conversaciones directas germano-polacas, en lo que los polacos se habían mostrado de acuerdo. Hitler recibió esta respuesta a última hora del día 28 de agosto. A las 7,15 de la tarde del día 29, Henderson recibió la respuesta alemana. En ella se exigía que se presentase en Berlín al día siguiente un plenipotenciario polaco. Las notas de Halder muestran lo que se pensaba en Berlín; el 28 escribió: «Exigimos Danzig, un corredor a través del corredor y un plebiscito... Inglaterra tal vez acepte. Polonia probablemente no. *¡Desunámoslas!*» Y el 28 escribía: «30.8. Polacos en Berlín. 31.8 Ruptura. 1.9 Uso de la fuerza»[103].

Este intento de separar a Inglaterra de Polonia fracasó. Beck se negó a enviar un plenipotenciario y Halifax se mostró de acuerdo en que no lo hiciera. Sin embargo, Halifax presionó a los polacos para que iniciasen discusiones directas con el gobierno alemán «con tal de que se llegara a un acuerdo satisfactorio en cuanto al método y al planteamiento general de las discusiones». Se dijo al embajador británico en Varsovia que entregara este mensaje después de la medianoche del 30 al 31 de agosto. A esta hora, Henderson se entrevistó con Ribbentrop, quien volvió a enumerarle las peticiones alemanas sobre Polonia, peticiones que ahora afirmaba eran irrelevantes, ya que no se había presentado ningún plenipotenciario polaco. El día 31, los polacos accedieron a tomar las medidas necesarias para ponerse en contacto con el gobierno alemán, pero ordenaron a su embajador que no recibiera ninguna petición hasta que no se hubiera decidido el procedimiento a seguir. A las 12,50 de la noche del 31 de agosto al 1 de septiembre, Halifax envió un telegrama a Varsovia pidiendo a los polacos que diesen instrucciones a su embajador en Berlín para que aceptase un documento en el que se expresaban las peticiones alemanas. Esto se planteaba únicamente como una

seria esperanza y Halifax se mostró de acuerdo en que los polacos insistieran en que tuvieran lugar discusiones acerca de la manera en que iban a llevarse a cabo las negociaciones antes de que éstas comenzasen.

Pocas horas después sobrevino el ataque alemán. Desde luego, sería exagerado afirmar que «con 24 horas más se habría abierto la brecha [entre Alemania y Polonia]». Tampoco se puede decir que Hitler «se vio envuelto en una guerra por haber iniciado el 29 de agosto una maniobra diplomática [la petición de un plenipotenciario polaco] que debería haber iniciado al día 28» [104]. Hitler se vio envuelto en una guerra con Polonia por que decidió atacar; a esto seguiría necesariamente la guerra con Inglaterra y Francia. No hay prueba alguna que permita pensar que los ingleses estuviesen tramando abandonar a Polonia si los polacos se negaban a discutir las peticiones de Hitler, ni que pensasen imponer estas peticiones a los polacos amenazando con retirarles su apoyo. Puede que los alemanes, que aún confiaban en la neutralidad de Francia y de Inglaterra, fueran inducidos a error debido a que estaban al tanto de lo que pensaba Henderson sobre los polacos; pero lo cierto es que éste ya no representaba el punto de vista de su gobierno. Ni siquiera las observaciones que hizo Chamberlain el 23 y el 30 de agosto a Joseph P. Kennedy, embajador americano en Londres, fueron tan lejos como algunas de las de Henderson. A Chamberlain no le entusiasmaba en absoluto la perspectiva de una guerra y reconocía que Occidente no podría salvar a Polonia. Esperaba que los polacos se mostraran dispuestos a negociar y temía que no lo estuvieran. Confiaba en que se pudiera convencer a Hitler para que aceptase un arreglo pacífico. Sin embargo, no insinuó que se hiciera presión alguna sobre los polacos [105].

Pasemos ahora a lo que ocurrió entre la invasión alemana y las declaraciones de guerra francesa e inglesa. El 31 de agosto, Ciano comunicó telefónicamente una propuesta de Mussolini de que se reunise una conferencia el 5 de septiembre para tratar de determinados cambios en el tratado de Versalles (es decir, para negociar concesiones a Hitler). La propuesta provocó una disensión entre Inglaterra y Francia. La reacción de Chamberlain fue que «era imposible aceptar una conferencia bajo la amenaza de los ejércitos movilizados» y la de Daladier que «preferiría dimitir a aceptar». Pero ésta no era la opinión de Bonnet. El 23 de agosto ya había planteado la cuestión de si Francia debería hacer honor o no a su alianza con Polonia. En esta ocasión, se las arregló para convencer al gabinete francés de que aceptara la sugerencia de Mussolini, aunque sólo a condición de que Polonia estuviera representada. El 1 de septiembre, Halifax dio

instrucciones al embajador británico en Roma para que contestase que «parece que… la acción del gobierno alemán ha hecho ahora imposible seguir ese camino». Los franceses contestaron de una manera muy diferente: «una respuesta favorable». Animados por esto y porque el embajador inglés en Roma dulcificó en cierta medida la respuesta negativa de Halifax, los italianos presentaron su plan a Hitler sobre la base de un armisticio mediante el cual los ejércitos se detendrían, se hallasen donde se hallasen. (Bonnet, sin consultar con los ingleses, presionó a los polacos para que aceptasen, recibiendo como respuesta una negativa desdeñosa.) [106] Los alemanes aprovecharon la oportunidad para ganar más tiempo. «El *Führer* … presentará una respuesta dentro de un día o dos.» A primera hora de la tarde del día 2, Ciano telefoneó a Bonnet y Halifax para decir que Hitler aceptaría una conferencia. Bonnet replicó que los franceses también lo harían; por su parte, Halifax pensaba que el gobierno inglés no podía «considerar la propuesta de una conferencia mientras las tropas alemanas ocupasen el suelo polaco», y lo confirmó después de una reunión del gabinete que tuvo lugar a última hora de la tarde. Aquí se acabaron todos estos proyectos [107]. Hitler no tenía intención alguna de retirarse de Polonia ni interés alguno en un arreglo tipo Munich. Aun así, Bonnet hizo un último intento, después de que el gabinete francés hubiera adoptado la postura británica durante la noche del día 2. Sugirió a Ciano que persuadiera a los alemanes de que llevaran a cabo una retirada «simbólica» para conseguir que los ingleses retiraran su veto. Ciano no se molestó ni en intentarlo. De este modo, el gobierno británico hizo vanos los intentos de Bonnet por eludir la decisión final [108].

Por último, está la cuestión del retraso en la declaración de guerra. Según Bonnet, Halifax deseaba entregar un ultimátum a Alemania el 1 de septiembre, en vez de la nota de aviso que se entregó ese día en Berlín. Bonnet insistió en que la constitución francesa requería la autorización del parlamento para enviar un ultimátum y añadió que el parlamento francés sólo podría reunirse el día 2. Esto retrasó la acción británica. El día 1 por la tarde, Kennedy informó que

«Aquí están deseando que la acción francesa guarde un estrecho paralelismo con la suya, tanto en el tiempo como en la forma, y no quieren dar la impresión de que Gran Bretaña está arrastrando a Francia a la guerra. Prefieren dar al público francés la impresión … de que Gran Bretaña está apoyando a su aliado francés.»

El embajador británico en París había subrayado este punto. El día 2, Bonnet pidió que se lanzase un ultimátum de 48 horas,

que hubiera retrasado el estallido de la guerra hasta el 4 o el 5. Alegaba que el estado mayor francés deseaba proceder sin estorbos a la movilización y a la evacuación de las grandes ciudades. Esto era demasiado para el gabinete inglés. La tarde del día 2, decidió que la guerra comenzaría a medianoche [109]. Bonnet permaneció impasible. Halifax ejerció una presión mayor para que Chamberlain pudiera presentar una declaración ante la Cámara de los Comunes, pero se le comunicó que el gobierno francés estaría reunido hasta las 8 o las 9 de la noche. Consiguientemente, a las 8, Chamberlain sólo pudo decir a la Cámara que los ingleses estaban en contacto con los franceses para fijar el plazo límite a conceder a Alemania para retirar sus tropas de Polonia. Esto provocó en la Cámara y en el gabinete un estallido de protesta contra Chamberlain. Se sospechaba que era un traidor. Estaba claro que había que declarar la guerra antes de que la Cámara de los Comunes se reuniese al día siguiente a las 12. Chamberlain telefoneó a Daladier y tropezó con su insistencia en que Francia no actuaría antes de aquel momento. De este modo, el ultimátum británico se entregó a las 9 de la mañana y el francés a las 12 del mediodía. Inglaterra entró en guerra con Alemania a las 11 de la mañana del 3 de septiembre y Francia a las 5 de la tarde. Evidentemente, el retraso debe ser achacado a Francia. Sin embargo, aunque Chamberlain hubiera deseado eludir la garantía dada por Inglaterra a Polonia, no podría haberlo hecho: la opinión pública británica, expresada por la Cámara de los Comunes, le habría obligado a declarar la guerra [110].

La causa próxima de la guerra europea fue la decisión de Hitler de atacar a Polonia. La causa remota fue la creciente convicción por parte de Francia y de Inglaterra de que no se podía permitir que Alemania dominase a Europa. De aquí que no se le permitiese a Alemania tener manos libres en el este. Se creía que si Alemania controlaba Europa oriental, Occidente no estaría a salvo. La naturaleza del régimen de Hitler reforzó esta convicción. Para Inglaterra y para Francia, la guerra era defensiva. Pero las guerras modernas requieren un fundamento moral, ya que necesitaban del apoyo de las masas. De esta manera, la guerra se convirtió inmediatamente en una guerra para destruir al nazismo. Este era un objetivo de guerra tan bueno como cualquier otro.

14. La segunda guerra mundial (1939-1945)

La guerra comenzó en septiembre de 1939 con el ataque de Hitler a Polonia y las declaraciones de guerra inglesa y francesa. Polonia fue conquistada en pocas semanas, y el último foco de resistencia organizada destruido el 6 de octubre. La primera fase de la guerra concluyó en junio de 1940 con la capitulación de Francia. Desde entonces hasta 1941, Inglaterra, prácticamente sola, hizo fracasar los intentos alemanes de convencerla u obligarla a firmar la paz. En el verano de 1941, Alemania atacó a Rusia. En diciembre de 1941, la guerra se convirtió en una guerra mundial, al atacar Japón a los Estados Unidos, ataque al que siguió inmediatamente una declaración de guerra de Alemania a los Estados Unidos.

Entre septiembre de 1939 y diciembre de 1941, la guerra europea estuvo dominada por la estrategia alemana de la guerra relámpago *(Blitzkrieg)*. La intención de Hitler era limitar los encuentros entre las fuerzas de tierra a una serie de campañas cortas pero decisivas. No se trataba entonces de emprender una guerra total, sino una guerra que no resultara excesivamente antieconómica. (Aún en 1942, en Alemania, el consumo de la población civil era casi tan elevado como el de 1937.)[1] Los recursos militares se componían fundamentalmente de unidades acorazadas móviles y de infantería motorizada, que actuaban como punta de lanza de la infantería normal, de movimientos más lentos, que se utilizaba para consolidar los rápidos avances de las unidades móviles; las fuerzas aéreas, sobre todo los bombarderos en picado, cumplían el papel de una artillería sumamente flexible. Las tropas aerotransportadas aumentaban aún más la flexibilidad táctica. Durante este período y gracias a estos métodos, Hitler consiguió conquistar Polonia, Dinamarca, Noruega, Holanda, Bélgica, Francia, Yugoslavia, Grecia y gran parte de la Rusia europea, y controlar Hungría, Rumanía y Bulgaria. De todas estas conquistas, las de Polonia, Holanda, Bélgica, Francia y Rusia fueron el resultado de campañas en las que Alemania había tomado la iniciativa; las restantes fueron resultado de la reacción alemana ante los movimientos reales o previsibles de sus enemigos.

Los ingleses y los franceses adoptaron una estrategia puramente defensiva. Era necesario rechazar los ataques alemanes contra Inglaterra y Francia hasta que los aliados tuvieran la fuerza necesaria para poder iniciar una ofensiva. Mientras tanto, se esperaba que la presión económica —bloqueo y, en último término, bombardeos— bastaría para reducir la capacidad de resistencia del enemigo [2]. Los ingleses consideraban que su mayor contribución a la guerra consistiría en la aplicación de presiones económicas: hasta marzo de 1939, solamente estaba previsto enviar a Francia dos divisiones inglesas y otras dos cerca de un año más tarde. Sin embargo, en dicho mes, estas previsiones se duplicaron y el gobierno inglés decidió ampliar su ejército hasta un total de 32 divisiones. (En realidad, el 10 de mayo de 1940, había en Francia solamente trece divisiones británicas, tres de las cuales no estaban convenientemente adiestradas ni equipadas) [3]. La decisión de Francia de esperar a ser atacada en vez de ser ella quien iniciara el ataque, quedó claramente demostrada en septiembre de 1939, cuando aún había pocas tropas alemanas en Occidente.

La campaña de Noruega, en cambio, se produjo como resultado de un avance aliado. Las minas del norte de Suecia constituían para Alemania una fuente esencial de mineral de hierro: durante el invierno, la mayor parte de la producción tenía que exportarse a través del puerto noruego de Narvik, que no resultaba bloqueado por el hielo. Desde Narvik, navegando por aguas territoriales noruegas, los barcos que transportaban el mineral podían llegar hasta Alemania. Limitar el comercio realizado a través de Narvik podía ser de gran utilidad, y ocupar las mismas minas podía ser decisivo. Así pues, cuando en diciembre de 1939-marzo de 1940, los rusos intentaron, mediante la invasión de Finlandia, conseguir cierto número de bases en dicho país, los aliados elaboraron una serie de planes de ayuda a Finlandia. Se podía convencer a Suecia y a Noruega de que permitieran el paso de tropas aliadas, por ferrocarril, desde Narvik y Trondheim hasta Finlandia. De camino, podían pasar por las minas. De este modo, el ferrocarril estaría custodiado por fuertes contingentes militares. Si los alemanes respondían atacando Noruega y Suecia, los aliados se encontrarían ya allí, colocados en buena situación para resistir el ataque. Este ingenioso plan se vino abajo cuando Finlandia dejó de resistir. A principios de abril, se decidió poner en práctica otro plan. Se minarían las aguas noruegas y, si los alemanes atacaban, los aliados desembarcarían en el norte, contando con el consentimiento de Noruega. Los alemanes sospecharon que los aliados planeaban algo de este tipo y, ya en el mes de diciembre de 1939, Hitler empezó a elaborar una serie de

planes para ocupar Noruega. El 9 de abril de 1940, los aliados se encontraron con que les habían tomado la delantera: los alemanes habían ocupado Copenhague, Oslo, Stavanger, Bergen, Trondheim y Narvik. Los preparativos de Inglaterra y Francia estaban pensados para llevar a cabo una serie de desembarcos que no encontraran oposición alguna: ahora se enfrentaban con un problema muy diferente. Su reacción adoleció de la misma falta de organización. Narvik no fue tomada hasta finales de mayo y hubo de ser evacuada de nuevo una semana más tarde. Por una parte, esta campaña provocó graves pérdidas a la marina alemana; por otra parte, sirvió para demostrar uno de los hechos más importantes de toda la guerra: que, en zonas controladas por la aviación enemiga, era peligroso que los barcos operasen sin contar con una cobertura aérea [4].

La campaña occidental de 1940 fue la clásica operación de *Blitzkrieg*. Con todo, si se hubiera dejado actuar libremente a los generales de mayor graduación, tanto franceses como alemanes, nada habría ocurrido. Ni unos ni otros deseaban atacar. Los oficiales del alto mando del ejército alemán (OKH), incluyendo a Brauchitsch, comandante en jefe, y a Halder, jefe del estado mayor, deseaban la paz, no una guerra europea, y ponían en duda la posibilidad de aplastar a Francia y a Inglaterra. Hitler hizo caso omiso de su opinión. En octubre de 1939, ordenó que el ataque comenzase el 12 de noviembre. Esta fecha se retrasó veintinueve veces debido al mal tiempo y a las objeciones de los altos mandos del ejército. La ofensiva comenzó el 10 de mayo de 1940, momento mucho más favorable para las operaciones móviles que cualquier fecha anterior [5]. Hitler no tenía la intención de permitir que la guerra se prolongase excesivamente, de modo que el poder económico llegase a ser tan importante como el militar; pensaba, con razón, que Alemania tenía que asegurar su posición en Europa antes de que los Estados Unidos y la Unión Soviética se decidieran a intervenir. Pensaba que la derrota de Francia haría que Inglaterra se retirase inmediatamente de la guerra (después de todo, él no pretendía debilitar el Imperio británico) y creía que, una vez que los ingleses comprobaran que en el continente no podían contar con aliados contra Alemania, entrarían en razón y dejarían de oponerse al dominio alemán sobre Europa. Era evidente desde el principio que la ofensiva incluía la invasión de Holanda, Bélgica y Luxemburgo, en parte para evitar un ataque frontal a las fortificaciones fronterizas francesas y en parte para conseguir una serie de bases desde las cuales amenazar a Inglaterra.

El plan alemán primitivo tenía algún parecido con el plan Schlieffen anterior a 1914: las fuerzas alemanas se concentrarían

principalmente en el ala derecha, al norte de Lieja. La ofensiva que realmente se llevó a cabo estaba fundada en un plan muy diferente, elaborado por el OKH, después de que Hitler aceptara las reiteradas sugerencias de Manstein, a quien el general von Rundstedt había confiado el mando de su estado mayor. El nuevo plan otorgaba el mayor peso de las operaciones a un sector del ejército alemán confiado al mando de Rundstedt y que comprendía el grueso de las unidades acorazadas alemanas. Tenía que conseguir atravesar el Mosa, entre Namur y Sedán, y abrirse camino hacia el oeste hasta el mar para aislar a las tropas aliadas que, como ya era conocido, avanzarían en territorio belga para hacer frente al ataque alemán a Holanda y a Bélgica, que ahora había pasado a ser un ataque secundario. Este plan provocó la derrota de Francia.

Se trató de una derrota militar, en el sentido de que no existía entre las fuerzas con que contaban los jefes militares contendientes una disparidad tal que hiciera presuponer una derrota segura. Esta afirmación va en contra de aquella argumentación que pretende que el resultado de las operaciones militares viene predeterminado por causas esenciales de carácter no militar. Como ya se ha dicho en otro lugar, esta argumentación ha resultado especialmente atractiva para aquellos que han sostenido que la derrota francesa fue debida a la mala administración civil, más que a errores militares. Afirmar lo contrario no equivale a decir que haya que buscar todas las causas de la derrota francesa después del 10 de mayo, sino que las causas preexistentes —errores tácticos, de adiestramiento, organización y despliegue— dependían de las autoridades militares y que no existía nada ni en la naturaleza, ni en la educación de la sociedad francesa que hiciera que sus soldados estuvieran necesariamente predispuestos a cometer dichos errores.

Alemania era intrínsecamente más fuerte que Francia, y la movilización del poder inglés aún no había llegado a ser suficiente como para compensar esta diferencia. Sin embargo, esta desigualdad intrínseca no se vio reflejada en el equilibrio de fuerzas existente en mayo de 1940: dicho equilibrio le permitía a Francia defenderse. En el frente occidental, los alemanes contaban con 114 divisiones que el 23 de junio llegaron a ser 142. Comprendían 10 divisiones acorazadas *(lanzer)*, 6 divisiones de infantería motorizadas, 1 división de caballería, 3 divisiones de montaña y 46 divisiones de infantería de línea, es decir, 66 divisiones altamente cualificadas. En el frente del nordeste, los franceses contaban con 91 divisiones, de las cuales 3 eran acorazadas, 3 eran divisiones motorizadas ligeras (DLM) y 5 eran de caballería. De las 80 divisiones de infantería, 31 estaban forma-

das principalmente por tropas regulares. Los inglees contaban con 10 divisiones también altamente cualificadas. A éstas, si los aliados entraban en Bélgica, se podían añadir 20 divisiones belgas y 8 holandesas. Incluyendo las inglesas, pero no las holandesas ni las belgas, los aliados disponían de 52 divisiones altamente cualificadas. Los franceses estaban organizando una división acorazada y una DLM y, a fines de mayo, entró en acción una división acorazada inglesa. Como las DLM francesas equivalían, de hecho, a las divisiones acorazadas, la desigualdad de los ejércitos francés y alemán en cuanto a unidades acorazadas era menor de lo que podía parecer en un principio. El número total de tanques era prácticamente igual: los franceses contaban con unos 2.250 tanques modernos, a los que había que añadir unos 200 tanques ingleses, mientras los alemanes contaban con unos 2.500. Los tanques franceses, en conjunto, eran superiores a los alemanes en lo que se refiere a las armas y al blindaje, pero no en lo que se refiere a la velocidad y al radio de acción. Las fuerzas aéreas de los aliados eran decididamente inferiores. Los alemanes utilizaron unos 3.500 aviones y los franceses solamente unos 800. Al comenzar la batalla había en Francia más de 400 aviones ingleses, que se vieron reforzados a medida que aquélla se iba desarrollando, además de contar con la ayuda de las fuerzas aéreas que mantenían su base en Inglaterra. Parece ser que la falta de tripulaciones bien adiestradas redujo el número de aviones de que los franceses pudieron disponer para sus operaciones bélicas a una cifra muy inferior a la del total de los producidos por Francia [6].

Los planes de campaña de los aliados habrían sido efectivos de haber seguido los alemanes su plan de ataque inicial. Un ala izquierda poderosa, incluyendo las tropas inglesas, debía entrar en Bélgica, para unirse a las fuerzas belgas y holandesas y formar un frente de cara al este. Entre Namur y Amberes se colocaron 17 divisiones de infantería francesas e inglesas, formando un frente de 63 kilómetros, completado a la izquierda por el ejército belga. Otro ejército francés, de 7 divisiones, avanzó hasta la desembocadura del Escalda. En la zona en que se esperaba que se produjese el ataque alemán más importante, 12 divisiones, más la caballería, ocuparon 135 kilómetros entre Longwy y Namur. Más al sur, 36 divisiones de infantería defendían el sector de la línea Maginot. Había en reserva 13 divisiones, incluyendo las divisiones acorazadas. En cambio, para enfrentarse con la ofensiva alemana tal y como fue llevada a cabo, el frente de Renania acaparaba un número innecesario de tropas, el ala izquierda contaba con una proporción desmesurada de unidades móviles (las cuatro quintas partes, más o menos) y el centro, el punto capital

en el que se produjo el ataque alemán más importante, era demasiado débil. Las reservas móviles fueron insuficientes para hacer frente a un enemigo que se movía con mayor celeridad. A pesar de todo, hubo dos ocasiones en que las divisiones acorazadas francesas pudieron haber dificultado seriamente la victoria alemana. Esta victoria se fundaba en el paso del Mosa por dos lugares —cerca de Dinant y cerca de Sedán— el 13 de mayo, y en el rápido avance de las divisiones *Panzer* hacia el mar, al que llegaron el 20 de mayo, para de este modo, aislar a los ejércitos del norte. Francia podía haber lanzado un contraataque contra las cabezas de puente del Mosa nada más crearse éstas; también podía haber intentado cortar la salida alemana al mar haciendo avanzar a sus fuerzas, tras el paso de las *Panzer* que constituían la vanguardia, antes de que quedasen consolidados los flancos alemanes. De esta manera, la 3.ª división acorazada podía haber atacado la cabeza de puente de Dinant, y la 1.ª la de Sedan con alguna probabilidad de éxito. Pero ambos ataques fueron mal organizados e iniciados demasiado tarde, imposibilitándose así el aglutinamiento por parte de Francia de una poderosa punta de lanza que llevase a cabo la operación de cortar la salida alemana al mar. (La fuerte preocupación que sentía Alemania por esta última posibilidad quedó claramente demostrada cuando un ataque inglés de escasa importancia desencadenado el 21 de mayo al sur de Arras provocó una reacción cercana al pánico [7].)

Al resultar cercados los ejércitos aliados en el norte y al fracasar, con la desorganización consiguiente, los intentos de contraatacar para cortar la salida alemana al mar, Francia estaba irremisiblemente perdida. Se organizó a toda prisa un nuevo frente francés en el Somme-Aisne, pero el 5 de junio los alemanes consiguieron lanzar un ataque con fuerzas muy superiores. El día 12 se abrió una brecha y la retirada francesa se convirtió en desbandada. Parece que Reynaud, el primer ministro, deseaba continuar la guerra desde las posesiones francesas del norte de Africa y muchos habrían seguido al gobierno si éste hubiera adoptado esa línea. Sin embargo, los nombramientos que el mismo Reynaud había realizado perjudicaban entonces la causa de la resistencia (sobre todo el de Pétain como viceprimer ministro y el de Weygand como comandante en jefe). Weygand apremió para que se firmase un armisticio. Aducía numerosas razones: la guerra estaba perdida, Inglaterra no podría resistir sola y el seguir resistiendo únicamente acarrearía sufrimientos inútiles; se temía que si la autoridad constituida se derrumbaba en Francia, se produjese una revolución social; existía el deseo confuso de mantener vivo en el país aunque sólo fuera un resto de la soberanía francesa y el deseo menos confuso de destruir la demo-

cracia republicana e inaugurar una «nueva» Francia, sometida a un régimen autoritario en el que Pétain haría de figura decorativa. El gabinete de Reynaud estaba dividido y Chautemps, por una costumbre parlamentaria, elaboró un compromiso: se pediría que se estableciesen los términos del armisticio, pero éstos serían tan duros que la necesidad de seguir resistiendo se impondría a todos. La mayoría de los miembros del gabinete de Reynaud se pronunció en favor de esta postura. Reynaud intentó conseguir el apoyo del presidente Lebrun para formar un gobierno de resistencia; el presidente prefirió dar razón a la mayoría del gabinete y autorizó a Pétain para formar un gobierno de capitulación [8]. El 22 de junio se firmó un armisticio con Alemania y el 25 otro con Italia, cuya tardía intervención había fracasado por completo. La mayoría de los franceses aceptaron esta rendición del gobierno legal; algunos siguieron al general De Gaulle, que el 18 de junio hizo un llamamiento en pro de la continuación de la guerra. Esto provocó en la vida política francesa una división que aún no ha desaparecido por completo. En un principio, De Gaulle no contaba con mucho apoyo, fuera del Africa Ecuatorial Francesa, pero a medida que fue pasando el tiempo su actitud de 1940 se vio cada vez más justificada y llegó a convertirse en el símbolo de la independencia francesa, independencia tanto de los aliados como de los alemanes, frente a la conservadora «revolución nacional» del gobierno Pétain de Vichy. No se trataba solamente de una división entre la derecha y la izquierda, pero en conjunto, Vichy estaba apoyado por el sector de Francia conservador, próspero y clerical, mientras De Gaulle, aunque él mismo y muchos de sus colaboradores más importantes eran también conservadores, encontraba eco sobre todo en el sector radical, progresista y democrático de la sociedad francesa.

Mussolini había presenciado la guerra con inquieto desasosiego. Se hallaba dividido entre el temor al poderío anglofrancés en el Mediterráneo y el disgusto por la situación desairada y poco viril de dictador neutral. La victoria alemana en Francia hizo desaparecer sus temores y, el 10 de junio, Italia declaró la guerra a Inglaterra y a Francia. Mussolini pretendía conseguir una participación en el reparto del imperio francés y, quizás también, del inglés; comprometió a Italia en una guerra no deseada, innecesaria y ruinosa.

En efecto, la guerra aún no había terminado. Hitler esperaba que los ingleses entrarían entonces en razón; solamente exigía que se le devolvieran las antiguas colonias alemanas. Los ingleses se negaron obstinadamente a conceder a Hitler carta blanca en Europa. Por el contrario, insistieron en que estaban decididos

a derrotar a Alemania. Esta convicción fue expresada y reafirmada por el primer ministro, Winston Churchill: «Defenderemos la isla que es nuestra patria y, junto con el Imperio británico, seguiremos luchando, invencibles, hasta que el azote hitleriano sea olvidado por el género humano. Estamos seguros de que, al final, todo saldrá bien.» Las posibilidades de defensa eran claras; si se conseguía arrebatar a los alemanes la supremacía aérea, a éstos les resultaría difícil evitar que la invasión de Inglaterra se viera detenida por la superioridad de las fuerzas navales y de los bombarderos ingleses. Las posibilidades de que Inglaterra ganara la guerra eran mucho menos claras; se contaba con que el bloqueo, los bombardeos y las sublevaciones en la Europa ocupada por los alemanes harían posible que unas fuerzas de tierra relativamente reducidas asestaran el golpe final. Esto era sumamente optimista. Sin embargo, la importancia que los ingleses concedían a la amenaza de una invasión coincidía con la que le otorgaban los propios alemanes. En julio de 1940, Hitler empezó a considerar seriamente la idea de la conquista de Rusia; en dicho mes decidió que esta tarea suprema se llevaría a cabo durante el verano de 1941, y antes sería conveniente acabar con la resistencia de Inglaterra. El 16 de julio, Hitler ordenó que comenzasen los preparativos para la invasión de Inglaterra. Los jefes navales insistieron en que antes era necesario conseguir la supremacía aérea y Hitler aceptó su punto de vista. El 15 de septiembre se puso de manifiesto que ésta no se había conseguido, y el 17 Hitler pospuso la invasión indefinidamente[9]. Esto supuso una derrota importante. Por encima de todo, suponía que, si los Estados Unidos intervenían en la guerra, las potencias aliadas dispondrían de una inmejorable base de operaciones desde la cual hacer frente a la Europa hitleriana.

En aquel momento, la estrategia de Hitler estaba fundamentalmente condicionada por la próxima contienda con Rusia. Contra Inglaterra, seguía llevando a cabo una guerra económica, principalmente mediante la acción de los bombardeos y la actividad de los submarinos; los primeros eran ineficaces; pero, en cambio, podía considerarse que los últimos cumplían sus objetivos. Antes de iniciar la guerra con Rusia, había tiempo para atacar más directamente al poder de Inglaterra; la destrucción final podía esperar hasta que Rusia hubiera sido dominada. De este modo, en 1940, los alemanes elaboraron un plan de ataque a Gibraltar e intentaron empujar a Mussolini a que invadiera Egipto utilizando incluso, si era necesario, fuerzas de tierra. Inglaterra se vería así expulsada del Mediterráneo y su poder en Oriente Medio, incluyendo las zonas productoras de petróleo,

amenazado. Estas operaciones fracasaron: Franco, haciendo gala de gran ingratitud, se negó a permitir que España entrara en guerra y Mussolini se vio en peligro de ser expulsado del norte de Africa, en vez de expulsar a Inglaterra de Egipto. Aún es más, Mussolini emprendió una guerra por su cuenta —probablemente, en gran medida, para demostrar su independencia frente a Alemania— atacando a Grecia desde Albania. El ataque italiano fracasó. Como resultado, se instalaron en Creta y en Grecia fuerzas aéreas inglesas que, aunque no muy numerosas, hacían pensar que los bombarderos ingleses podían llegar hasta los campos petrolíferos de Rumanía. Hitler intervino para conseguir que la desafortunada operación italiana tomara un giro favorable. Se ordenó la invasión de Grecia, que debía ser llevada a cabo con la cooperación de Bulgaria y Yugoslavia. Cuando Yugoslavia, después del golpe de Estado que tuvo lugar en Belgrado, se negó a colaborar con los países del Eje, se vio también añadida a la lista de los países que habrían de ser invadidos. El 6 de abril, las fuerzas alemanas atacaron Yugoslavia y Grecia. Ambos países fueron conquistados a fines de dicho mes y, en mayo, Creta fue igualmente invadida, en gran medida gracias a las fuerzas aerotransportadas. Estas operaciones prolongadas por la defección de Yugoslavia, retrasaron cuatro semanas la gran ofensiva contra Rusia. Para socorrer a Mussolini en Africa, la aviación alemana asentó su base en Sicilia y el *Afrika Korps* alemán fue enviado a Libia al mando del general Rommel.

El 22 de junio de 1941 comenzó la gran operación «Barbarroja», contra Rusia. Se pretendía aplastar rápidamente a Rusia y crear en la línea Volga-Arcángel una barrera frente a la Rusia asiática. Desde esta línea, la aviación alemana podría destruir las últimas zonas industriales que Rusia conservaba aún en los Urales. También se llevaría a cabo la explotación económica de los nuevos territorios conquistados en el este. (Uno de los aspectos de la estrategia de la guerra relámpago se puso claramente de manifiesto en la orden dada por Hitler, antes de que empezara la ofensiva, de reducir la producción de armas para el ejército de tierra, centrándose en cambio los mayores esfuerzos productivos en las industrias dedicadas a las fuerzas navales y aéreas, con vistas a las futuras operaciones contra Inglaterra.) Hacia octubre, el ejército ruso parecía a punto de derrumbarse. Concentraciones de divisiones *Panzer* atravesaron las líneas rusas por numerosos puntos, dando lugar a bolsas en las que la infantería se encargaba después de realizar operaciones de limpieza. El ejército alemán había llevado a cabo la ofensiva más lograda de la historia: probablemente unos tres millones de soldados rusos habían resultado muertos o habían sido hechos prisioneros.

Los alemanes habían destruido unas fuerzas armadas más o menos equivalentes a aquellas con las que ellos mismos contaban al iniciarse la campaña. Sin embargo, en el mismo mes, las cosas comenzaron a ir mal cuando la lluvia y el barro empezaron a debilitar las ya difíciles comunicaciones y la capacidad de combate de las unidades móviles. En diciembre, el invierno ruso cayó sobre las fuerzas alemanas que no estaban preparadas para afrontarlo. Las fuerzas armadas y los jefes militares rusos que habían sobrevivido habían aprendido mucho en esta campaña y; además, se habían visto reforzados por nuevos reclutamientos llevados a cabo en la retaguardia y por tropas de veteranos provenientes del Lejano Oriente. El 5 de diciembre, los rusos contraatacaron delante de Moscú. Esto supuso el final de la guerra relámpago de Hitler. Aunque en 1942 aún se lograran grandes éxitos en Rusia y en Africa y aunque no se consiguió detener el avance alemán hasta finales de dicho año, con las derrotas de Stalingrado y de El Alamein, en diciembre de 1941, la guerra ya se había convertido en el tipo de contienda bélica que Hitler había pretendido evitar: una lucha prolongada cuyo resultado se vería determinado por el potencial humano y los recursos materiales de los contendientes; la derrota de Alemania era segura, ya que los Estados Unidos se habían alineado en las filas enemigas.

El 7 de diciembre de 1941 la aviación japonesa, utilizando como base de operaciones a sus portaaviones, atacó con éxito al grueso de la flota de los Estados Unidos (excepto los portaaviones) en el Pacífico, que se encontraba anclada en Pearl Harbor. La guerra europea hizo pensar a Japón que podría conseguir con éxito su más importante objetivo a largo plazo: establecer en Asia oriental una zona económicamente autárquica, controlada por Japón: la próspera Gran Asia Oriental. Dicha zona comprendería como mínimo la Indochina francesa, la Malasia británica, las Indias orientales holandesas, Manchuria y las zonas más importantes de China. La derrota de Francia, la ocupación alemana de la metrópoli holandesa, las amenazas a Inglaterra tanto en Europa como en Africa, junto con la ofensiva alemana contra Rusia, habían debilitado a todos los países que, potencialmente, podían oponerse a los designios de Japón, excepto a uno: los Estados Unidos. También al gobierno estadounidense le inquietaba la amenaza alemana; ya en 1931, los Estados Unidos habían expresado su desaprobación hacia la expansión que Japón estaba llevando a cabo mediante el empleo de la fuerza. Después de 1940, trataron de hacer creer a Japón que América participaría en la resistencia a los intentos japoneses de realizar conquistas territoriales a expensas de sus amigos europeos, aunque

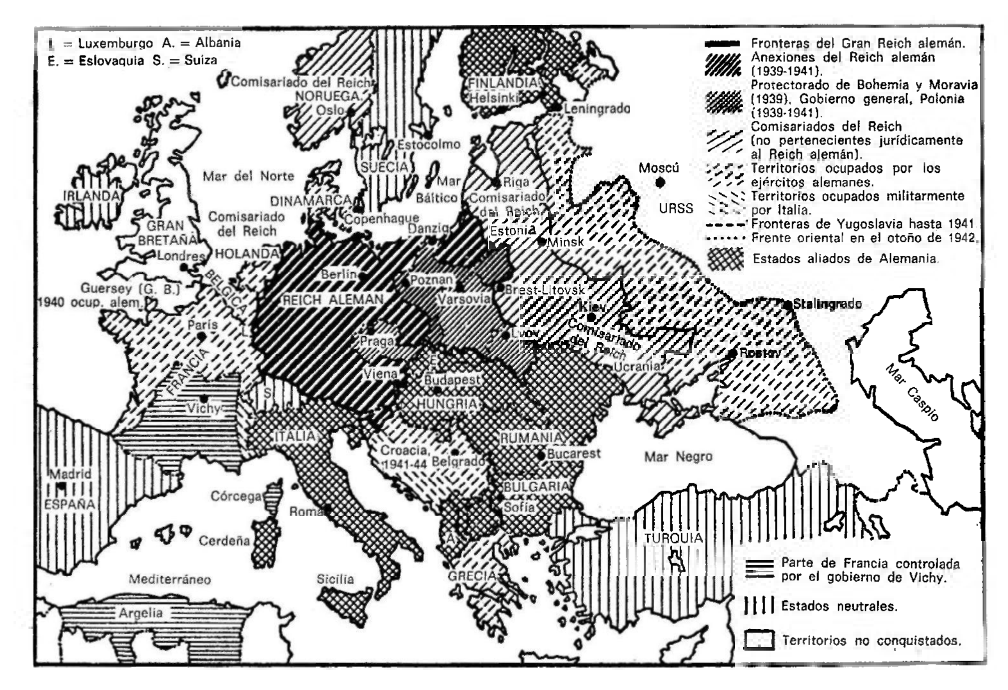


FIG. 2. *Europa en 1942.*

no llegaron a comprometerse oficialmente en este sentido. En 1940 se prohibieron las exportaciones a Japón de chatarra de hierro y acero y, a partir de agosto de 1941, las de petróleo. Como los holandeses aplicaron un embargo similar, los japoneses se vieron enfrentados a una crisis. Si estas restricciones continuaban, la economía y la maquinaria de guerra japonesas se verían lentamente asfixiadas y Japón se vería obligado a retirarse de China o a aceptar las condiciones impuestas por América para llegar a un acuerdo, lo que también equivalía a retirarse de China y a abandonar la conquista. La otra alternativa era la guerra, a fin de romper el amenazante bloqueo económico y tomar por la fuerza los materiales necesarios para mantener su poderío. La creciente presión ejercida por los Estados Unidos permitió al ejército japonés convencer al emperador, que se mostraba más prudente, y a los jefes de la marina japonesa, de que no se podía evitar la baza desesperada de la guerra [10].

Hitler deseaba ardientemente que los japoneses entraran en acción para distraer la atención de los Estados Unidos y debilitar así a Inglaterra. En abril de 1941, Hitler prometió que Alemania declararía la guerra a los Estados Unidos si Japón entraba en la contienda. El 29 de noviembre se repitió esta promesa a los japoneses. Hitler mantuvo su palabra. El 11 de diciembre, Alemania declaró la guerra a los Estados Unidos. Lo cierto es que el presidente Roosevelt y sus consejeros deseaban (y esperaban) que se produjera este aconteceminto; para ellos era extremadamente conveniente no tener que convencer al Congreso de que tomara la iniciativa. Es posible que Hitler, por su parte, quisiera simplemente hacer honor a sus compromisos; es más probable que pensara que el hecho de que los Estados Unidos entraran oficialmente en la guerra no aportaría grandes cambios. Era ya evidente que los Estados Unidos estaban decididos a impedir que Inglaterra resultara derrotada. En marzo de 1941, la Ley de Préstamos y Arriendos concedió al presidente el poder de proporcionar municiones a otros países sin necesidad de pago: el objeto de esta ley era permitir la concesión de una ayuda cada vez mayor tanto a Inglaterra como a Rusia. A partir de septiembre de 1941, los navíos y los aviones americanos empezaron a proteger los convoyes transatlánticos. Hitler esperaba todavía derrotar a Rusia en 1942; se crearía entonces una fortaleza continental europea que podría desafiar a América.

Era seguro que, con la entrada de los Estados Unidos en la guerra, ésta se plantearía en términos de poder económico; Hitler estaba condenado a resultar derrotado en tal contienda. Algunas cifras nos muestran claramente la correlación de fuerzas existente.

VALOR DE LOS BIENES DE GUERRA PRODUCIDOS EN 1943
(en miles de millones de dólares) [11]

Aliados		Países del Este	
Estados Unidos	37,5	Alemania	13,8
Inglaterra	11,1	Japón	4,5
URSS	13,9		

PRODUCCION DE TANQUES 1940-1944 [12]

Año	Alemania	Reino Unido	Estados Unidos
1940	1.459	1.399	331
1941	3.256	4.841	4.052
1942	4.098	8.611	24.997
1943	6.083	7.476	29.497
1944	8.466	2.476 (durante los primeros 6 meses)	17.565

PRODUCCION DE AVIONES 1939-1944 [13]

Año	Japón	Alemania	Reino Unido	Estados Unidos
1939	4.467	8.295	7.940	2.141
1940	4.768	10.826	15.049	6.086
1941	5.088	11.776	20.094	19.443
1942	8.861	15.556	23.672	47.836
1943	16.693	25.527	26.263	85.898
1944	21.180	39.807	26.461	96.318

(Stalin afirmó que en 1944 Rusia produjo 40.000 aviones)

Es sorprendente que la guerra durara hasta 1945. Una de las razones fue que las vías de comunicación aliadas eran largas, marítimas sobre todo, y vulnerables a todo tipo de ataques, mientras que, en cambio, Alemania tenía a su disposición las excelentes vías de comunicación terrestre de Europa, que eran más cortas, más rápidas y vulnerables solamente a los bombardeos. Hasta que estuvieron seguras las vías de comunicación de los aliados, los Estados Unidos no pudieron emplear toda su potencia contra Alemania. Hasta 1942, los ataques alemanes a barcos, especialmente mediante la acción de los submarinos, amenazaron seriamente el poder de los aliados y, en ocasiones, enfrentaron a Inglaterra con una derrota inminente. En los años 1939 a 1942

fueron hundidos barcos aliados cuyo tonelaje ascendía a dieciséis millones y medio de toneladas, mientras la producción de barcos superó escasamente los siete millones de toneladas. Sin embargo, desde 1943 hasta 1945 solamente se perdió un número de barcos cuyo tonelaje ascendía a cuatro millones y medio de toneladas, alcanzando en cambio la producción de nuevos barcos la cifra de treinta y un millones de toneladas [14]. Otra de las razones de la duración de la resistencia alemana fue que la producción alemana de armamento se vio duplicada entre 1942 y 1944.

Por fin, Alemania se había visto obligada a aceptar una guerra total. Primero Todt y después Speer pusieron en pie una economía de guerra completa. Su éxito fue en parte el resultado de una eficacia cada vez mayor y, en parte, el resultado de desviar una parte de los recursos de la producción destinada al consumo privado. A pesar de todo, la población civil alemana —debido a la resistencia de los *Gauleiter* nazis a cualquier intento de reducción de su nivel de vida y debido a la disponibilidad de mano de obra y de alimentos provenientes de los países ocupados— se vio menos afectada por la presión económica que la población civil inglesa, más eficazmente organizada de cara a la producción de guerra. (Aunque, por supuesto, la población civil alemana se resintió mucho más del impacto militar.)

GASTO CIVIL EN BIENES DE CONSUMO EN ALEMANIA
Y EN EL REINO UNIDO EN EL PERIODO 1938-1944 [15]
(1938=100; precios constantes)

Año	Alemania	Reino Unido
1938	100	100
1939	108	100
1940	100	87
1941	97	81
1942	88	79
1943	87	76
1944	79	77

Otro síntoma importante de la menor intensidad de la movilización económica alemana es la situación de la mujer: en Inglaterra, el número de mujeres empleadas en la industria se duplicó entre 1939 y 1944, mientras que en Alemania las cifras permanecieron constantes. Esto explica el hecho sorprendente de que en septiembre de 1944 hubiera en Alemania un millón y cuarto de mujeres dedicadas al servicio doméstico, frente a

MOVILIZACION DE LA MANO DE OBRA (%) MAYO-JUNIO DE 1944[16]

	Reino Unido	Alemania	Estados Unidos
Fuerzas armadas	22	24	18,5
Mano de obra civil empleada en la industria de guerra	33	28	21,5
Otros sectores	45	48	58
Parados	—	—	2

un millón y medio antes de la guerra, mientras que, en Inglaterra, la cifra equivalente se había reducido, probablemente a un tercio de la alcanzada antes de la guerra[17].

Sin embargo, la guerra se prolongó sobre todo por el decidido empeño alemán de resistir. Esta decisión no vino determinada por la relativa ausencia de penalidades materiales del pueblo alemán, ni por el hecho de que la guerra total hubiera comenzado tardíamente, sino por los padecimientos que le habían sido impuestos a Alemania durante la guerra y por el temor a los padecimientos que podían serle infligidos después de la derrota. Los alemanes no esperaban que los rusos se mostraran demasiado compasivos hacia ellos, sobre todo aquellos que estaban al tanto de la conducta de sus compatriotas que habían participado en la conquista de Rusia. Los aliados occidentales contribuyeron de tres modos distintos al deseo alemán de resistir. El primero fue la petición de una «rendición incondicional». Esta exigencia venía provocada por el vivo recuerdo de la utilización hecha por los nacionalistas alemanes del pretendido engaño de los aliados en 1918, según los cuales se habría obligado entonces a una Alemania que aún no había sido derrotada a ponerse a merced de los aliados, y por el deseo de calmar los temores soviéticos de que los aliados occidentales pudieran intentar negociar por separado con el régimen alemán, temores que podían empujar a Stalin a adelantarse a dichas negociaciones. El segundo fue el odio que los bombardeos aliados sobre Alemania provocaron hacia unos enemigos que parecían capaces de una crueldad indiscriminada. El tercero fue la noticia llegada en septiembre de 1944 acerca del absurdo plan Morgenthau «que proyectaba convertir a Alemania en un país de carácter predominantemente agrícola y pastoril».

Sin embargo, la resistencia alemana podía prolongar la guerra, pero no podía ganarla, a menos que Alemania consiguiese inducir a los aliados occidentales o a la Unión Soviética a firmar la paz

por separado. Pero nunca existió ninguna posibilidad real de llevar esto a cabo, pese a que los occidentales y los rusos desconfiaban mutuamente de la decisión de los otros de combatir hasta el fin. Consiguientemente, la estrategia aliada consistía simplemente en aplicar su superior potencial. La estrategia rusa venía dictada por la geografía (limitarse a conseguir la derrota de las fuerzas alemanas de tierra que luchaban contra el Ejército Rojo); desde el principio de la campaña de Rusia hasta el final de la guerra, la mayor parte de las fuerzas alemanas de tierra luchaban en el frente ruso. La estrategia angloamericana era más flexible. La decisión más importante se había tomado antes de que los Estados Unidos entraran en guerra: en primer lugar había que derrotar a Alemania, manteniendo a raya a Japón hasta que esto se hubiera conseguido. Se admitía que Alemania era el enemigo más poderoso y se creía que su poderío podía crecer aún más si se le daba tiempo para organizar sus conquistas europeas en apoyo del esfuerzo de guerra alemán. Excepto durante unas pocas semanas del verano de 1942, en que los jefes del estado mayor americano amenazaron con centrar su esfuerzo bélico en la lucha contra Japón (siendo desoídos por el presidente Roosevelt), esta estrategia recibió una adhesión casi unánime. Consiguientemente, las discusiones angloamericanas sobre estrategia giraron en torno al modo más eficaz de derrotar a Alemania. El principal desacuerdo surgido entre ingleses y americanos venía constituido en gran medida, pero no exclusivamente, por los requisitos necesarios para emprender la invasión de Francia. Los americanos deseaban concentrar todos los recursos de que se disponía para la invasión y llevarla a cabo lo antes posible; los ingleses aducían que era necesario retrasarla hasta que la capacidad alemana de resistencia hubiera quedado debilitada por operaciones terrestres en otros lugares o mediante bombardeos. En conjunto, prevaleció la estrategia británica: hasta la primavera de 1944, había en acción contra el enemigo (Alemania y Japón) más tropas de tierra del Imperio británico que de los Estados Unidos y los planteamientos británicos tenían un peso correlativo a dichas fuerzas. Por otra parte, Roosevelt estaba impaciente porque las tropas americanas de tierra entraran rápidamente en acción contra Alemania, y como los argumentos ingleses en contra de la invasión de Francia en 1942 eran de una sensatez evidente, este deseo solamente podía realizarse en otro lugar. El resultado fue la invasión del norte de Africa en noviembre de 1942. Esto condujo a la invasión de Sicilia en julio de 1943 y, después de la caída de Mussolini, a la invasión de la península italiana en el mes de septiembre. La campaña de Italia, que duró desde septiembre de 1943 hasta

mayo de 1945, fue el episodio más controvertido de la estrategia angloamericana. Muchos americanos la consideraban como una peligrosa distracción de fuerzas de lo que debía ser el principal esfuerzo aliado en Francia; algunos generales americanos y la mayoría de los generales ingleses sostenían que alejaba a parte de las fuerzas alemanas del principal teatro de operaciones. ¿Quién distraía a quién? El momento crucial se produjo a finales de mayo y principios de junio de 1944. En esa época, 27 divisiones aliadas mantuvieron inmovilizadas en Italia a 17 divisiones alemanas, entre las cuales se contaban 6 divisiones *Panzer* o *Panzer-Grenadier*. Esto supuso una victoria para los aliados, ya que lo que importaba era que el número de fuerzas alemanas disponibles en Francia en el momento de la invasión aliada, el 6 de junio, y en los días inmediatamente posteriores, se viera reducido al máximo; en cambio, la cuantía de los primeros envíos aliados de tropas venía determinada por la disponibilidad de lanchas de desembarco, no de tropas.

Otro elemento de la estrategia aliada que ha sido muy discutido fue el bombardeo estratégico de Alemania. No hay duda de que la aviación aliada, utilizada tácticamente como apoyo directo de las fuerzas de tierra o contra las vías de comunicación situadas tras los frentes de combate, constituyó, sobre todo en Francia, en 1944, un factor decisivo de la victoria militar de los aliados. Lo que es discutible es si los intentos angloamericanos de debilitar la capacidad bélica alemana bombardeando, sobre todo en Alemania, una serie de blancos que carecían de relevancia táctica inmediata, reportaron o no unos beneficios proporcionales al esfuerzo desarrollado. La controversia se ve agudizada por sus implicaciones morales: si el bombardeo estratégico no fue un arma de guerra eficaz, es imposible defender la destrucción de vidas y edificios que no tenían prácticamente relación alguna con el esfuerzo bélico enemigo; aunque, por supuesto, quienes ordenaron los bombardeos aliados consideraban que estaban acortando la guerra y no dando muerte a personas inocentes, al igual que lo había hecho el gobierno alemán.

Es cierto que se esperaba que el terror provocado por los bombardeos socavaría el firme deseo que Alemania mostraba de seguir combatiendo. En cualquier caso, esta esperanza, que parece haber sido totalmente ilusoria, no fue la causa de que se emprendieran los bombardeos de Alemania. Como en el caso de los indiscriminados bombardeos alemanes contra Inglaterra en 1940-1941, en un principio la presunción básica era que se podía reducir o destruir la capacidad alemana de combate (que no se debe confundir con el deseo alemán de combatir) realizando ataques armados contra la producción de guerra y los transportes.

En un primer momento se pensó que los bombarderos podrían identificar y destruir una determinada serie de blancos, como estaciones ferroviarias, fábricas y refinerías de petróleo. Estas suposiciones se fundaban en las prácticas realizadas en tiempo de paz contra blancos que no estaban defendidos. Muy pronto se hizo evidente que los bombarderos no podían actuar de día sin llevar una escolta de combate y, aunque más lentamente, se fue poniendo de manifiesto que, de noche, era muy frecuente que los bombarderos se desorientaran por completo y que, cuando esto no ocurría, normalmente no podían acertar ningún blanco que estuviera defendido y fuera más pequeño que una ciudad grande. En agosto de 1941, un informe inglés sobre los bombardeos nocturnos realizados en junio y julio de 1941 llegaba a la conclusión de que, de 6.103 salidas efectuadas, solamente en unas 1.200 las bombas habían caído en un radio de cinco millas (ocho kilómetros) en torno a los objetivos. En la zona del Ruhr, fuertemente defendida, tan sólo el 7 por 100 de los bombarderos habían conseguido llegar a este grado de precisión [18]. El resultado fue que los ingleses acabaron aceptando esta forma de bombardeo en extensión como el modo normal de realizar ataques aéreos: se señalaba como blanco algún punto de una gran ciudad (normalmente cerca del centro) y se confiaba en que la destrucción provocada por las bombas, además de producir gran cantidad de sufrimientos y de daños inútiles, dificultaría también de alguna manera el esfuerzo bélico alemán. Hoy en día, es evidente que, salvo en raras ocasiones, el daño causado a la economía alemana de guerra por los bombardeos en extensión no justificaba este sistema ni desde el punto de vista estratégico ni, mucho menos, desde el punto de vista moral. Por otra parte, incluso el sistema de bombardeos en extensión requería, para ser eficaz, un especial entrenamiento y buenos instrumentos para la navegación aérea. Finalmente, estas mejoras, junto con la derrota de los cazabombarderos alemanes gracias a la introducción de un nuevo cazabombardero americano de largo radio de acción, alcanzaron un grado de desarrollo que permitió volver, en parte, al bombardeo de precisión que se había intentado llevar a cabo en un principio.

Una vez conseguida la superioridad aérea, los bombarderos de los Estados Unidos, que nunca habían renunciado a seguir el sistema de los bombardeos de precisión, pudieron llevar a cabo durante el día ataques aéreos eficaces. A pesar de todo, los bombardeos americanos «de precisión» no eran realmente precisos más que cuando se daban una serie de condiciones que eran poco habituales: ausencia de nubes y carencia de una defensa eficaz. Sin embargo, los resultados en el suelo de los bombardeos ame-

ricanos eran a menudo difíciles de distinguir de los de los bombardeos ingleses. Con todo, durante los últimos meses de la guerra los bombardeos en extensión contra la debilitada capacidad defensiva alemana llegaron a ser tan devastadores que, en ocasiones, tuvieron consecuencias económicas reales. A pesar de todo, la liberación de Francia por los aliados y la conquista por los rusos de los campos petrolíferos de Rumanía no fueron consecuencia de esta mayor eficacia de los bombardeos, sino que coincidieron con ella. En realidad, la ocupación de Francia por los aliados contribuyó al éxito final de los bombardeos estratégicos en una medida mucho mayor que aquella en la que los bombardeos estratégicos de Alemania habían contribuido a la campaña de los aliados en Francia (acortando el radio de acción de las operaciones aliadas, posibilitando a los aliados emplazar su radar en lugares más avanzados y haciendo retroceder a las defensas aéreas alemanas). Así pues, se puede decir que los bombardeos ingleses y americanos no mostraron una efectividad decisiva hasta el momento en que ya era evidente que, en cualquier caso, la guerra estaba ganada y que, prácticamente hasta el final de la guerra, los bombardeos en extensión, utilizados sobre todo por los ingleses, en gran medida porque, hasta el verano de 1944, contaban con pocas tripulaciones capaces de realizar otro tipo de operaciones (incluso en los tres últimos meses de 1944, el alto mando de los bombardeos británicos dedicó algo más de la mitad de sus esfuerzos a realizar ataques aéreos sobre grandes ciudades), no obtuvieron resultados capaces de justificarlos. El esfuerzo realizado había sido considerable: cerca de la quinta parte de los soldados británicos que resultaron muertos pertenecían a las tripulaciones de los bombarderos. Solamente se consiguieron unos resultados estimables a finales de 1944 y en 1945, años en que la producción alemana de petróleo se vio seriamente afectada y los transportes por ferrocarril parcialmente inmovilizados. A lo largo de este proceso, las grandes ciudades alemanas se vieron expuestas a una destrucción total. De haber contado con más tiempo, los bombardeos angloamericanos habrían podido acabar por sí solos con la resistencia alemana, a costa de enormes padecimientos del pueblo alemán. La invasión de Alemania por el Ejército Rojo desde el este y por los ejércitos aliados desde el oeste evitó al país tener que soportar los horrores sufridos por Dresde en febrero de 1945. En mayo de 1945, tras la muerte de Hitler, las fuerzas alemanas se rindieron.

El auténtico punto álgido de los bombardeos estratégicos se alcanzó en la guerra contra Japón. En líneas generales, la estrategia desplegada en la guerra japonesa fue bastante sencilla.

Los japoneses, que habían conseguido temporalmente la supremacía en aguas del Pacífico al atacar por sorpresa Pearl Harbor, pudieron ocupar una serie de territorios y crear un imperio en Asia oriental económicamente autárquico. En el verano de 1942, los japoneses controlaban Birmania, Malasia, las Filipinas, Hong-Kong, la casi totalidad de las Indias orientales holandesas y las islas del Pacífico central hasta la línea internacional de cambio de fecha, además de las zonas que ya anteriormente ocupaban en Manchuria, China, la Indochina francesa y Tailandia. Los japoneses pensaron que los americanos preferirían negociar a enfrentarse a la enorme tarea de expulsar a Japón de sus territorios conquistados. Esta suposición subestimaba la fuerza de voluntad y el poderío de América. Estas dos cualidades eran lo suficientemente poderosas como para permitir a los Estados Unidos (aunque su principal esfuerzo bélico se dirigiera contra Alemania) reconquistar la supremacía marítima mucho antes de que la guerra con Alemania terminara, combinando la utilización de unidades de superficie con el empleo de la aviación, que podía contar con bases de despegue y aterrizaje tanto en tierra como en los portaaviones de la flota americana. La movilidad proporcionada por el dominio del mar permitió a los americanos evitar las fortalezas situadas en las islas dominadas por los japoneses y, en vez de reconquistarlas una por una, centrar su esfuerzo en ocupar una serie determinada de bases que les permitiera cortar las vías de comunicación japonesas, bloquear Japón y preparar un ataque directo contra el mismo archipiélago japonés. La toma de Iwo Jima (febrero-marzo de 1945) y la de Okinawa (abril-junio de 1945), para las que hubo que vencer una tenaz resistencia, hicieron inminente la derrota de Japón. Se elaboraron planes para invadir Kyushu en noviembre de 1945 y Honshu, la principal de las islas japonesas, en marzo de 1946. Se esperaba que, sin lugar a dudas, los japoneses harían frente a estas invasiones con una determinación literalmente suicida y se contaba con que se produciría, por lo menos, medio millón de bajas entre los americanos. Mientras tanto, las fuerzas aéreas del ejército americano habían llegado a la conclusión de que podían derrotar por sí solas a los japoneses. Tenía que resarcirse del hecho de no haber conseguido ganar la guerra contra Alemania y de los escasos resultados de los ataques de precisión llevados a cabo con bombas de gran potencia explosiva. Como los ingleses algunos años antes, la aviación americana que luchaba en la zona oriental llegó a la conclusión de que los bombardeos en extensión eran la única salida posible y sus jefes decidieron que las bombas incendiarias eran la mejor arma para conseguir que la destrucción fuera lo más completa posible. El 9 de marzo

de 1945, Tokio fue incendiado: 261.000 edificios fueron destruidos y 83.793 hombres, mujeres y niños resultaron muertos. El general Le May, al mando de los bombarderos pesados, calculó que, si tomaba como blanco las treinta y tres ciudades japonesas más importantes, acabaría con la guerra en octubre. El ejército, que ya había oído antes este tipo de previsiones, se mantuvo escéptico.

En aquel momento se estaba poniendo a punto la primera arma atómica. Llegó en el preciso momento en que se buscaba el modo de convencer al gobierno japonés de que Japón ya había perdido la guerra. Entre el reducido grupo de científicos y políticos que conocían la existencia de la bomba, surgieron discusiones para ver de qué manera se podía utilizar ésta para convencer al gobierno japonés. Algunos abogaron por amenazar con utilizarla, otros por una demostración pública en una isla desierta; ambas propuestas fueron rechazadas aduciendo que la bomba podía no estallar y, en ese caso, la moral de los japoneses aumentaría. La sugerencia más sensata, que se arrojase la bomba en una zona boscosa y deshabitada de Japón, ni siquiera fue tomada en cuenta. A pesar del argumento de que si empleaban la bomba los Estados Unidos carecerían de fuerza moral para pedir el control de la energía nuclear, se decidió arrojar la bomba sobre una ciudad japonesa aún intacta para, si funcionaba, demostrar su poder sin lugar a dudas y, si fallaba, evitar el desprestigio. El 6 de agosto se arrojó una bomba sobre Hiroshima y el 9 otra sobre Nagasaki. El gobierno japonés ya había estado considerando la posibilidad de llegar a una paz negociada, a la que los jefes militares se oponían aduciendo que era mejor entablar las negociaciones después de que los americanos hubieran comenzado la invasión; en este caso (al menos así lo esperaban) los americanos tendrían que matizar su petición de una rendición incondicional ante las pérdidas que los japoneses pensaban infligir a los invasores. La bomba nuclear vino a reforzar la postura de los políticos civiles; el emperador —en contra de los militares— y el gobierno japonés (por una estrecha mayoría), decidieron rendirse; incluso entonces, no se trató de una rendición «incondicional», sino de una rendición en la que se estipulaba que la monarquía japonesa sería respetada. Los ataques nucleares provocaron más de 70.000 muertos en Hiroshima y unos 35.000 en Nagasaki; el ataque contra Nagasaki probablemente no estaba justificado en absoluto. Según la terrible aritmética de la guerra, el empleo de la bomba estaba justificado: de no haberse producido, Japón probablemente no se habría rendido hasta que la aviación de los Estados Unidos hubiera matado a más japoneses aún y, posiblemente, hasta que la inva-

sión hubiera causado a las tropas americanas y japonesas un número de bajas aún mayor [19]. El empleo de la bomba atómica puso de manifiesto la posibilidad de que pronto la humanidad sería capaz de destruirse a sí misma: el mundo contemporáneo había comenzado.

Durante la segunda guerra mundial, probablemente resultaron muertas de 35 a 45 millones de personas. En muchos casos, las cifras siguientes son sólo muy aproximadas [20].

	Bajas militares	Bajas civiles
Francia	250.000	350.000
Alemania	3.500.000	700.000
Italia	330.000	80.000
Japón	1.200.000	260.000
Inglaterra	326.000	62.000
Estados Unidos	300.000	—
URSS	6.500.000	10.000.000 (?)

También sufrieron pérdidas considerables Polonia (fronteras de antes de la guerra) con más de 5.000.000 de muertos y Yugoslavia con más de 1.000.000: la mayor parte de estas bajas afectaron a la población civil.

La deportación deparó a la humanidad un tipo de padecimientos diferente. Afectó fundamentalmente a los alemanes. Probablemente unos 16.000.000 de personas, de las cuales unos 11.000.000 eran alemanes, se vieron obligados a abandonar sus hogares, desde 1939 hasta 1947. Algunos de ellos fueron trasladados durante la guerra como resultado de los planes alemanes de concentrar poblaciones alemanas en diversos puntos de una gran Alemania; la mayoría eran refugiados que huían ante el avance de los rusos de 1944-1945 o que, después de la guerra, fueron expulsados de Polonia y de Checoslovaquia como reacción a la política que Alemania había seguido durante la guerra [21].

Exceptuando a Japón, la guerra resultó mucho más devastadora para la población de Alemania y de los países al este de Alemania (para Inglaterra y Francia, la guerra fue mucho menos severa que la de 1914-1918). Este hecho vino provocado sobre todo por la prolongada lucha ruso-alemana. Se debió en parte al gran número de soldados y medios empleados, y en parte también a la crueldad con la que la guerra se llevaba a cabo. Esta crueldad se debía en cierta medida al hecho de que las fuerzas alemanas operaban normalmente en zonas que contaban con una población civil hostil, pero obedecía en mayor medida

a la naturaleza de las doctrinas que habían provocado la contienda: que los no alemanes, y especialmente los eslavos, no tenían derecho a existir, a menos que su existencia sirviese a los objetivos del pueblo alemán. De esta manera, unos dos millones y medio de prisioneros rusos fueron asesinados o dejados morir de hambre, resultado de la negligencia y la indiferencia, pero también de una política deliberada. Contrasta con el tratamiento perfectamente correcto de los prisioneros de guerra occidentales (con algunas excepciones atribuibles a las *Waffen* SS) observado por las autoridades alemanas. Incluso los prisioneros de guerra occidentales judíos estaban a salvo. En Rusia, el propio ejército tomó parte directamente en la matanza de ciertas categorías de prisioneros de guerra (comisarios políticos, etc.) por orden del OKW (el alto mando de las fuerzas armadas) aunque algunas unidades hicieron caso omiso de estas órdenes[22].

Un hecho sorprendente durante los años que duró la guerra en Europa es que se produjeron más muertos civiles que militares. Las razones principales son las siguientes: bombardeos aéreos, trabajos forzados, resistencia y lucha de guerrillas en los países ocupados por Alemania y matanzas, sobre todo de judíos. Los bombardeos constituyen una categoría aparte; éste era un acto de guerra, aunque equivocado e indiscriminado. La mayor parte de las bajas y de los sufrimientos debidos a los bombardeos fueron infligidos por los ataques angloamericanos a Alemania. Las restantes categorías no son completamente separables unas de otras: muchas muertes no se pueden adscribir en realidad a una u otra política alemana. La economía alemana de guerra acusaba constantemente falta de mano de obra; los territorios europeos ocupados contribuyeron a solucionar este problema (nunca completamente superado en cuanto a la mano de obra cualificada), proporcionando mano de obra en talleres y fábricas locales, obreros para los proyectos de construcciones alemanas en territorios ocupados y mano de obra para ser utilizada en la propia Alemania. en septiembre de 1944, había en Alemania más de siete millones de trabajadores extranjeros, lo que equivalía aproximadamente a un quinto del total de la mano de obra[23]. En el este, primero en Polonia y luego en los territorios conquistados en Rusia, el reclutamiento era tanto voluntario como obligatorio; en Occidente, el servicio fue voluntario hasta 1942, en que comenzaron los trabajos forzados. En el este sobre todo se emplearon métodos que, como un observador alemán señalaría, eran típicos de los peores tiempos de la trata de esclavos; por ejemplo, se confiscaba la propiedad de los que se negaban a trabajar, sus casas se incendiaban y sus familiares eran arrestados como rehenes. Frecuentemente eran

transportados a Alemania como si se tratase de ganado, a menudo sin que se les diera nada de comer durante varios días. Las condiciones de trabajo en Alemania fueron muy desiguales. Los trabajadores de los países occidentales eran tratados de un modo relativamente decente; algunos valiosos trabajadores especializados incluso con generosidad. Los trabajadores del este, y sobre todo los rusos, vivían bajo unas condiciones que en el mejor de los casos implicaban penalidades y, en el peor, la muerte por hambre. En cuanto a los que trabajaban en campos de concentración bajo el control de las SS, «su trabajo era, en el auténtico sentido de la palabra, exhaustivo», mientras a muchos, no sólo judíos, se les «mató a trabajar» deliberadamente [24].

La ocupación alemana tuvo que enfrentarse a la resistencia de las poblaciones civiles de muchos de los países conquistados. En Polonia, Rusia y Checoslovaquia, se emprendieron campañas a gran escala contra estos guerrilleros. En Francia y en Italia (después de que Italia se rindiera a los aliados y los alemanes se hicieran con el control) la resistencia armada fue más difícil, pero se practicó el sabotaje e, incluso, hubo grupos de resistencia organizada. Los métodos alemanes de represión eran brutales y sangrientos. Era política deliberada. El 16 de julio de 1941, Hitler explicaba: «Los rusos han ordenado ahora que se organicen guerrillas detrás de nuestras líneas. Estas guerrillas nos proporcionan ciertas ventajas; nos permiten liquidar a cualquiera que se nos oponga.» En septiembre, Keitel, jefe del OKW, despachó una orden:

«Debe recordarse que en las zonas en cuestión, la vida de un hombre no tiene mucho valor y que sólo la utilización de una severidad inusitada puede actuar como un medio disuasivo eficaz. La pena de muerte para cincuenta o cien comunistas debe ser considerada en estos casos como la expiación adecuada por la muerte de un soldado alemán» [25].

Las represalias colectivas —el fusilamiento de rehenes previamente arrestados o las matanzas indiscriminadas— se convirtieron en la reacción alemana típica frente a las actividades de la resistencia. Por ejemplo, el 10 de junio de 1944, un oficial de la segunda división *Panzer* de las SS fue muerto por los disparos de un francés cerca de Oradour-sur-Glane. Un batallón de la división incendió el pueblo y asesinó a todos sus habitantes: 642 hombres, mujeres y niños. El 7 de marzo de 1945, 400 holandeses fueron ejecutados tras un atentado contra la vida del jefe de la policía local alemana. En Occidente, éstos eran casos extremos, mientras que en el este tales acciones eran corrientes [26]. El resultado fue el de alienarse las simpatías de la mayor parte de las poblaciones locales en Rusia, que a menudo habrían estado a

disposición de las fuerzas invasoras, y que a veces fueron ganadas por jefes del ejército más ilustrados y por algunos pocos administradores civiles. Muchos de los rusos que ayudaron a los alemanes recibieron al final severos castigos por parte de las autoridades soviéticas, que podían competir en brutalidad con las alemanas.

Este libro se ha dedicado en gran medida a examinar el resurgir del poder alemán después de 1918 y la manera como Alemania consiguió dominar a Europa. El poderío de Alemania hizo posible el mayor crimen que se recuerda en la historia: un crimen puro y sin paliativos. La mayor parte de los horrores de la segunda guerra mundial fueron resultado de la lucha por la victoria militar; la matanza de los judíos no lo fue, fue un fin en sí misma.

No se conoce exactamente el número de los asesinados, pero parece correcto aceptar un mínimo de cuatro millones y un máximo de unos seis[27]. Algunos murieron de hambre, otros murieron a fuerza de trabajar, muchos murieron en la represión del alzamiento en el gueto de Varsovia, muchos más fueron fusilados por unidades móviles en Polonia y en Rusia o se les dio muerte en cámaras de gas ambulantes; la mayoría sucumbió en los campos de la muerte polacos, generalmente también en cámaras de gas. A los judíos polacos y rusos se les podía matar en sus propios países; los judíos del resto de la Europa controlada por los alemanes eran deportados. Las SS alemanas y las fuerzas de seguridad controlaban y organizaban las operaciones. Sin embargo, los asesinos no fueron exclusivamente alemanes. Las tropas rumanas emprendieron por su cuenta matanzas indiscriminadas, que algunas veces asombraron a los profesionales alemanes mejor organizados; letones y lituanos colaboraron junto con los alemanes en asesinatos a gran escala; estones y rusos colaboraron en las redadas de judíos, mientras los ucranianos proporcionaban aventajados auxiliares a los asesinos alemanes[28]. En los países bajo ocupación alemana que contaban con gobiernos colaboracionistas o en los territorios de los aliados de Alemania se necesitaba la colaboración de las autoridades locales para la deportación a los campos de exterminio. Este hecho conseguía obstaculizar a veces el mecanismo de destrucción. La derecha francesa había hecho gala durante mucho tiempo de antisemitismo y en 1940 el gobierno de Vichy promulgó por su propia cuenta una serie de medidas contra los judíos. Las autoridades francesas alimentaron la maquinaria alemana en Francia con judíos inmigrantes y extranjeros, perseguidos por la policía francesa, pero intentaron pro-

teger a los judíos nacidos o naturalizados en Francia, en gran parte mediante evasiones y retrasos, con un éxito considerable. Muchos judíos que vivían en Francia fueron protegidos por el ejército italiano en la amplia zona de ocupación que pasó a estar bajo su control en noviembre de 1942. Los italianos, aunque envueltos en la guerra por un frívolo dictador, conservaron su humanidad. El propio Mussolini, aunque defendiera verbalmente la política alemana, no parece haber intentado llevarla a cabo seriamente. Mientras el ejército italiano controló su zona de Francia, los judíos que conseguían alcanzarla estaban a salvo: el ejército italiano llegó a utilizar la fuerza para impedir que la policía francesa capturara a los judíos extranjeros [29]. Desgraciadamente, después de que Italia se rindiera a los aliados, los alemanes asumieron el control de las zonas italianas de ocupación y de gran parte de la misma Italia, donde Mussolini había introducido una legislación antisemita por mimetismo, pero sin que tuvieran lugar deportaciones. Entonces fueron capturados muchos judíos en el sudeste de Francia y en Italia.

La conducta de los dirigentes nazis al intentar acabar con los judíos es explicable. Tomaron en serio sus propias teorías y creyeron que Europa estaría mejor sin judíos. Es sorprendente, aunque explicable una vez más, que tales hombres se convirtieran en los dirigentes de un Estado sumamente civilizado, poderoso y moderno. Lo que sigue siendo difícil de entender, pero que es fundamental para todo aquel que desee comprender el comportamiento de la sociedad humana, es como pudieron organizar las matanzas y llevarlas a cabo en tal escala sin que nadie les detuviera. El problema crucial es explicar por qué los alemanes, cuyo gobierno era responsable de las matanzas, permitieron que éstas se llevaran a cabo. Una pregunta fundamental es ésta: ¿Cuántos alemanes sabían lo que estaba pasando? Desgraciadamente, es imposible contestarla. Por aquella época, había poderosas razones, como el miedo al castigo o a aceptar responsabilidades, para evitar averiguaciones sobre las actividades de las SS y la policía. A partir de 1945, el deseo de disculparse indujo a hacer profesión de ignorancia. Cualquier respuesta a esta pregunta solamente puede ser provisional e insegura. El gobierno alemán no proclamó lo que estaba haciendo; por el contrario, muchos de los responsables directos tomaron cuidadosas medidas para engañar a la opinión pública e incluso para engañarse a sí mismos: hablaban y escribían de la «emigración» judía, de la «repoblación oriental», de la «solución final de la cuestión judía» y así sucesivamente.

Es cierto que todo el mundo en Alemania sabía que los judíos estaban siendo deportados: una medida inhumana en sí misma.

Probablemente muchos alemanes normales creían que, efectivamente, eran trasladados a otros lugares. Esta creencia se veía confirmada por el hecho de que el plan inicial de los nazis, hasta 1941, consistía en eliminar a los judíos europeos obligándoles a emigrar a ultramar: se pensaba sobre todo en enviarles a Madagascar. Por consiguiente, el proyecto de trasladarlos «al este» podía satisfacer a muchos. Las SS se tomaron la molestia de elaborar detallados informes sobre la vida de los judíos «trasladados». Otra práctica era animar a los deportados a que escribiesen postales a sus amigos y conocidos; éstas eran almacenadas y enviadas a intervalos una vez que las víctimas habían muerto. Se publicaron instrucciones sobre la manera de enviar cartas a los judíos «trasladados» [30]. Los rumores de lo que estaba pasando realmente podían ser considerados como propaganda enemiga.

La situación de algunos de los que trabajaban directamente para el gobierno era diferente. La maquinaria administrativa implicada en los asesinatos era vasta y compleja; era difícil no sospechar que algo andaba mal. El miedo o la indiferencia provocaban una cruel complicidad o una penosa pasividad. He aquí dos ejemplos. Dos funcionarios de la I. G. Farben que inspeccionaban la fábrica de caucho sintético adscrita al campo de exterminio de Auschwitz, mantuvieron una conversación reveladora. Uno comentó sobre uno de los reclusos: «Este cerdo judío podía trabajar un poco más deprisa» y el otro replicó: «Si no pueden trabajar, que mueran en la cámara de gas.» Después de la guerra, Werner von Tippelskirch, del ministerio de Asuntos Exteriores, explicó que nunca había protestado contra las matanzas de los judíos en Rusia porque su protesta habría sido «impotente» y que sus superiores, Erdmannsdorff, Wörmann y Weizsäcker eran igualmente «impotentes». Se limitaban a esperar un «cambio de régimen». Cuando se le preguntó si le parecía correcto esperar y «mientras tanto, enviar a miles de personas a la muerte», Tippelskirch replicó: «Difícil pregunta» [31].

Dentro del ejército, existía ciertamente un amplio conocimiento de las operaciones móviles de exterminio, sobre todo entre los oficiales cuyas tropas se hallaban en la zona de la retaguardia y entre los estados mayores de las unidades que se hallaban en el frente. Las propias tropas sabían algo en ocasiones. (Las unidades de combate de las SS o *Waffen* SS, aunque compuestas en gran medida de simples soldados, contaban entre sus filas con algunos que habían participado directamente en las matanzas.) El 10 de octubre de 1941, el mariscal de campo von Reichenau (6.º Ejército) dictó una orden: «Los soldados deben comprender plenamente la necesidad de que se tomen contramedidas duras pero justas contra los infrahombres judíos.» El ejército del sur

(Rundstedt) envió copias de la orden a los demás mandos del ejército, el 11.º Ejército (Manstein), el 17.º Ejército (Stülpnagel) y el 1.er ejército *Panzer* (Kleist). Reichenau explicó que se trataba de enfrentarse a los guerrilleros, y la orden de Manstein, basada en el texto de Reichenau, añadía que los judíos actuaban como enlaces entre el Ejército Rojo y los guerrillos [32]. Así pues, para el ejército y sin duda para aquellos que en Alemania oían hablar de las matanzas en el este, estas actividades formaban parte de la lucha contra los temidos y odiados guerrilleros. De este modo, el ejército pudo dejar que las SS y la policía hicieran su trabajo y explicaran sus excesos, dándoles tranquilamente la espalda y siguiendo sus intentos de ganar la guerra.

Pocos alemanes sabían todo lo que pasaba. Todos conocían las «deportaciones», y muchos, las matanzas del este. Ambas cosas podían justificarse: una se hacía en base a la colonización y la otra era parte de la guerra, un aspecto de la lucha contra los guerrilleros. Todo el mundo era consciente de que las SS eran crueles y despiadadas y nadie las admiraba ni las quería. (Cuando comenzó en Alemania el reclutamiento para las *Waffen* SS en 1943, llovieron las protestas; aunque esta rama de las SS no se usara necesariamente para otra cosa que no fuera el combate normal en el frente, la reputación de las SS era tal que los padres respetables deseaban que sus hijos se mantuvieran al margen de ellas.) [33] Aun así, algunos se las arreglaron para creer que las fechorías de las SS podían no ser oficiales ni autorizadas, y que no constituían una inevitable faceta del régimen: el *Führer* hubiera acabado con ellas si no estuviera tan ocupado con la guerra. Un ejemplo sorprendente es la historia de la queja que planteó ante el propio Hitler la esposa de Baldur von Schirach, un destacado dirigente nazi, acerca de la inquietante naturaleza de una redada de judíos en Amsterdam; por supuesto, el *Führer* acogió sus observaciones con irritable impaciencia [34].

La resistencia directa por parte de los alemanes al trato infligido por los nazis a los judíos fue escasa. Sin embargo, la oposición al régimen existió. Se estima que entre 1933 y 1945 tuvieron lugar unas 32.000 ejecuciones de alemanes por razones políticas [35]. No hay duda de que muchos de éstos, más que por llevar a cabo una resistencia activa, murieron solamente por ser lo que eran, pero con todo, la cifra es muy considerable. Hubo grupos de oposición comunistas, socialistas, cristianos y conservadores, pero sus actividades se limitaron en gran medida a la discusión o a la difusión clandestina de literatura panfletaria. Con una excepción, faltó una oposición centralizada, organizada y poderosa, capaz de enfrentarse a las organizaciones armadas del partido. Esta excepción era el ejército. Muchos oficiales llegaron

a sentir un profundo disgusto por el régimen nazi. Los oficiales superiores mejor informados, se dieron cuenta, en número cada vez mayor a partir de 1942, de que Hitler estaba empujando a Alemania al desastre mediante su obstinada insistencia en prolongar una guerra que ya estaba perdida. Al mismo tiempo, muchos oficiales despreciaban a los fanáticos del partido. Así pues, los oficiales del ejército expresaban libremente en privado su desdén y sus críticas hacia Hitler y los nazis. Sin embargo, en la mayoría prevaleció una curiosa actitud esquizofrénica: el ejército luchó con destreza y decisión por Alemania, pese a que esto implicaba aumentar y prolongar el poder de un régimen que, en el mejor de los casos, consideraba equivocado y, en el peor, perverso. Sin embargo, algunos llegaron a la conclusión de que había que dar un golpe de Estado para apartar a Hitler del poder. En 1938, un grupo de altos jefes militares tuvieron en cuenta esta posibilidad para impedir que Hitler se lanzase a una guerra que sabían conduciría a la ruina. Los triunfos alemanes de 1940-1942 quitaron fuerza a este tipo de consideraciones. Sin embargo, a partir de entonces, este motivo de acción reviviría: salvar a Alemania de la ruina eliminando a Hitler y hacer una paz honorable, quizás en todos los frentes, quizás en Occidente, quizás con Rusia. Desde 1942, un grupo de oficiales, de los cuales los más activos eran Olbricht, von Stauffenberg y von Tresckow, comenzó a idear planes para eliminar a Hitler y hacerse después con el poder. La actitud ambivalente de la mayoría de los principales generales se puso de manifiesto en los prolongados contactos y acercamientos llevados a cabo con ellos para conseguir su participación en el complot; ninguno de ellos traicionó a los conjurados, pero pocos de ellos, como quedó demostrado posteriormente, estaban dispuestos a apoyar activamente el complot. Después de varias intentonas frustradas, Stauffenberg hizo estallar una bomba en el cuartel general de Hitler en julio de 1944, en un intento de tomar el poder. En su mayoría, los generales esperaron a ver qué ocurría y cuando resultó que Hitler no había muerto, el complot fue sofocado fácilmente. No cabe duda de que a los conjurados les movía la esperanza de salvar a Alemania del desastre, pero tampoco cabe duda de que a algunos les preocupaba también el poner fin a la criminal brutalidad del régimen. Después de la violenta represalia de Hitler de julio de 1944, el ejército continuó luchando con toda su fuerza hasta el final, permitiendo así que los hombres de Hitler pudieran continuar actuando brutalmente durante unos meses más.

Sería equivocado considerar a todos los alemanes responsables de las atrocidades de los nazis y, aunque esto fuera posible, sería

equivocado considerar a los alemanes como seres dotados de un talento innato para el mal. El significado histórico del régimen nazi es muy distinto: demuestra la bajeza en la que pueden caer unos seres humanos civilizados, integrados en una sociedad altamente organizada. El concepto que la humanidad tenía de sí misma, nunca volverá a ser el mismo.

Notas

CAP. 1: LA PAZ CON ALEMANIA

[1] P. Mantoux, *Les délibérations du conseil des quatre*, París, 1955, vol. II, p. 121.
[2] *Ibid.*, II, pp. 267, 338, 355.
[3] *Ibid.*, I, pp. 70, 73.
[4] British State Papers. Accounts and papers (14) S.P., 1924, XXVI. Cmd. 2169.
[5] D. Lloyd George, *The truth about the peace treaties*, Londres, 1938, vol. I, pp. 404-416.
[6] P. Mantoux, *op. cit.* II, pp. 267-268, 392-394, 408-412.
[7] A. Tardieu. *La Paix*, París 1921, pp. 188, 277.
[8] D. Lloyd George, *op. cit.*, I, p. 414.
[9] P. Mantoux, *op. cit.*, I, pp. 63-75, 89, 181-182, 209-210.
[10] *Ibid.*, p. 47.
[11] D. Lloyd George, *op. cit.*, II, p. 988.
[12] P. Mantoux, *op. cit.*, II, pp. 381-382.
[13] D. Perman, *The Shaping of the Czechoslovak State*, Leiden, 1962, p. 150, que cita a H. Nicolson, *Peacemaking 1919*.
[14] D. Lloyd George, *op. cit.*, I, p. 418.
[15] P. S. Wandycz, *France and her Eastern allies*, Minneapolis, 1962, p. 36.
[16] P. Mantoux, *op. cit.*, II, p. 275-283.
[17] H. W. V. Temperley (comp.), *History of the Peace Conference of Paris*, Londres, 1920-1924, vol. II, pp. 285-286.
[18] D. Perman, *op. cit.*, p. 172; P. Mantoux, *op. cit.*, I, p. 149.
[19] D. Perman, *op. cit.*, pp. 178-180.
[20] P. Mantoux, *op. cit.*, I, pp. 461-462; D. Lloyd George, *op. cit.*, II, p. 957.
[21] D. Lloyd George, *op. cit.*, I, p. 589.
[22] *Papers relating to the Foreign relations of the United States, 1919. The Paris Peace Conference*, Washington, 1942-1947, vol. III, p. 718.
[23] H. W. V. Temperley (comp.), *op. cit.*, II, pp. 295-301.
[24] *Ibid.*, III, pp. 74-76.
[25] *Ibid.*, III, pp. 69-73.

CAP. 2: LA PAZ CON AUSTRIA, HUNGRÍA Y BULGARIA

[1] V. S. Mamatey, *The United States and East Central Europe, 1914-1918*, Minneapolis, 1962, esp. pp. 235-236 y Temperley, *op. cit.*, I, p. 453.
[2] H. W. V. Temperley, *ibid.*, I, pp. 452-453.
[3] H. W. V. Temperley, *ibid.*, V, pp. 384-391.
[4] P. Mantoux, *op. cit.*, I, p. 482.
[5] R. Albrecht-Carrié, *Italy at the Paris Peace Conference*, Nueva York, 1938.

[6] H. W. V. Temperley, *op. cit.*, IV, p. 330 y V, pp. 428-432.
[7] *Documents on British foreign policy 1919-1939* (comp. E. L. Woodward y R. Butler), Londres, 1947— [En adelante citado como D.B.F.P.], primera serie, IV, p. 7, nota 4.
[8] Véase, por ejemplo, D.B.F.P., 1.ª serie, IV, pp. 83-86.
[9] P. S. Wandycz, *op. cit.*, p. 101. D.B.F.P., 1.ª serie, VI, pp. 159-160.
[10] D.B.F.P., 1.ª serie, VIII, pp. 502-506, 524-530.
[11] H. W. V. Temperley, *op. cit.*, IV, pp. 271-273, 228, 211.
[12] D.B.F.P., 1.ª serie, II, pp. 900-910 y A. Apponyi *et alia*, *Justice for Hungary*, Londres, 1928.
[13] H. W. V. Temperley, *op. cit.*, V, pp. 432-476.
[14] *Ibid.*, V, p. 61.
[15] D.B.F.P., 1.ª serie, I, pp. 547-549.
[16] H. W. V. Temperley, *op. cit.*, IV, pp. 453-459.

CAP. 3: LA PAZ CON TURQUÍA

[1] D.B.F.P. 1.ª serie, IV, pp. 444-449, pp. 241-251. Temperley, *op. cit.*, VI, p. 170. E. Kedourie, *England and the Middle East, the vital years 1914-1921*, Londres, 1956, esp. pp. 56-57.
[2] D.B.F.P., 1.ª serie, IV, p. 1100.
[3] S. H. Longrigg, *Oil in the Middle East*, 2.ª ed., Londres, 1961.
[4] P. Mantoux, *op. cit.*, II, pp. 137-143. D.B.F.P., 1.ª serie, IV, pp. 256-257.
[5] D.B.F.P., 1.ª serie, IV, pp. 384-385, I, pp. 700-701.
[6] D.B.F.P. 1.ª serie, XIII, pp. 221-223 y 311-313.
[7] D.B.F.P. 1.ª serie, XIII, p. 37. E. Kedourie, *op. cit.*, p. 189.
[8] P. Mantoux, *op. cit.*, I, p. 60, pp. 485-486.
[9] *Ibid.*, I, p. 510, II, p. 49.
[10] B. Lewis, *The emergence of modern Turkey*, Londres, 1961, pp. 236-241; P. Mantoux, *op. cit.*, II, p. 60.
[11] P. Mantoux, *op. cit.*, II, pp. 111, 133-135, 142, 517, 532.
[12] D.B.F.P. 1.ª serie, XIII, pp. 18, 20, 95, 100.
[13] D.B.F.P. 1.ª serie, XIII, pp. 21-22, 184-185, 189, 193-194.
[14] E. H. Carr, *The Bolshevik revolution* III, Londres, 1953, pp. 240, 294-297, 301-304.
[15] H. Nicolson, *Curzon, the last phase*, Londres, 1934, pp. 261-262, 266; E. H. Carr, *op. cit.*, III, p. 475, nota 1.

CAP. 4: LA CONSOLIDACIÓN DE LA PAZ: RUSIA

[1] W. H. Chamberlin, *The Russian revolution*, Londres, 1935, vol. II, pp. 165-167.
[2] P. Mantoux, *op. cit.*, I, pp. 20-23, 52-55.
[3] D.B.F.P., 1.ª serie, I, pp. 689-690, 696-698. Cláusula 12, armisticio del 11 de noviembre de 1918. D.B.F.P., 1.ª serie, III, pp. 98-105.
[4] P. Mantoux, *op. cit.*, II, p. 401. D.B.F.P., 1.ª serie, III, pp. 129, 134-135, 206, 221, 249-254.
[5] E. H. Carr, *op. cit.*, III, p. 277.
[6] *Ibid.*, p. 154. J. Korbel. *Poland betwen East and West*, Princeton, 1963, pp. 23-40.
[7] P. S. Wandycz, *op. cit.*, p. 140. D.B.F.P., 1.ª serie, VII, p. 216.
[8] P. S. Wandycz, *op. cit.*, pp. 177-178.
[9] J. Erickson, *The Soviet high command*, Londres, 1962, pp. 84-110.
[10] D.B.F.P., 1.ª serie, II, VII, VIII.

[11] *Ibid.*, II, pp. 867-875, 912. VII, p. 327. VIII, pp. 216, 323-328, 375-378.
[12] P. S. Wandycz, *op. cit.*, pp. 146, 177, 169. D.B.F.P., 1.ª serie, XII, p. 733.
[13] P S. Wandycz, *op. cit.*, p. 163. D.B.F.P., 1.ª serie, VIII, pp. 709, 713-714, 734-735.
[14] *Ibid.*, XI, pp. 425, 455-456, 487-488, 514, VIII, pp. 785-786. XI. pp. 421, 424, 429-434, 454, 466. P. S. Wandycz, *op. cit.*, pp. 165-174.
[15] D.B.F.P., 1.ª serie, XI, pp. 422, 438-439, 427-428, 484, 208-209.
[16] *Ibid.*, XI, pp. 405-407, 409-411, 428, 442-443, 501-502, 510-513 532. VIII, pp. 781-782.
[17] E. H. Carr, *op. cit.*, III, pp. 287-289, 344-346.
[18] J. Korbel, *op. cit.*, pp. 69-71.
[19] D.B.F.P., 1.ª serie, IX, pp 256-260.
[20] E. H. Carr, *op. cit.*, III, 310-311, 315, D.B.F.P., 1.ª serie, III, p. 511.
[21] E. H. Carr, *op. cit.*, III, p. 315.
[22] *Ibid.*, pp. 368-369.
[23] G. Freund, *Unholy alliance*, Londres, 1957, pp. 92-93, 97-98.
[24] E. H. Carr, *op. cit.*, III, 368-369.
[25] *Ibid.*, p. 359.
[26] G. Freund, *op. cit.*, pp. 124-125, 201-212.

CAP. 5: LA CONSOLIDACIÓN DE LA PAZ: GRAN BRETAÑA, FRANCIA Y EL PROBLEMA ALEMAN

[1] F. Goguel, *La politique des partis sous la Troisième République*, París, 1946, pp. 172-175.
[2] P. S. Wandycz, *op. cit.*, pp. 217-218, 300.
[3] D.B.F.P., 1.ª serie, IX, pp. 50-51, 170-171, 221-222, 317-318, 361-362, 379.
[4] *Ibid.*, XI, pp. 1-197, esp. pp. 48-50, 54-55, 58-65, 141-151.
[5] P. S. Wandycz, *op. cit.*, pp. 231-237. Lord d'Abernon, *An ambassador of peace*, Londres, 1929-1930, I, p. 185. H. W. V. Temperley, *op. cit.*, VI, pp. 261-265, 617-630.
[6] Ministère des Affaires Etrangères. *Documents relatifs aux négociations concernant les garanties de sécurité contre une aggression de l'Allemagne*, París, 1924. Núm. 18, 22. British State Papers, *Papers respecting negotiations for an Anglo-French pact*, Cmd. 2169, Londres, 1924, núms. 33, 40, 47.
[7] D'Abernon, *op. cit.*, I, pp. 27, 148, D.B.F.P., 1.ª serie, VIII, pp. 522-523, 531. E. Weill-Raynal. *Les réparations allemandes et la France*, París, 1938-1947, I, pp. 564-569, 584-594. J. M. Keynes. *A revision of the treaty*, Londres, 1922, pp. 17-21.
[8] J. M. Keynes, *op. cit.*, pp. 20-25. E. Weill-Raynal. *Op. cit.*, I, pp. 604-605.
[9] C. Bresciani-Turroni, *The economics of inflation*, Londres, 1937, pp. 45, 90-92, y capítulos 1 y 2.
[10] E. Weill-Raynal, *op. cit.*, II, pp. 78-84, 148-165, 191-192, 236-237, 260.
[11] *Ibid.*, pp. 200-205.
[12] Para una interpretación diferente, véase L. Kochan, *The struggle for Germany*, Edimburgo, 1963.
[13] *Papers respecting negotiations for an Anglo-French pact*, núm. 34. *Parliamentary debates (Hansard)*, *Cámara de los Comunes*, V Serie, vol. 152, columnas 1894-1895. R. N. W. Blake, *The unknown prime minister*, Londres, 1955, p. 485. J. M. Keynes, *Economic consequences of the peace*, Londres, 1919, p. 14. *Hansard*, V Serie, vol. 167, columna 1816, vol. 168, columna 481, vol. 160, columna 509, vol. 168, columna 505
[14] E. Weill-Raynal, *op. cit.*, II, pp. 328, 195-198.

[15] Ministère des Affaires Etrangères. *Documents diplomatiques. Demande de moratorium. Conférence de Londres. Conférence de Paris*, París, 1923, pp. 54, 85. E. Weill-Raynal, *op. cit.*, II, 327-360.

[16] E. Di Nolfo, *Mussolini e la politica estera italiana 1919-1933*, Padua, 1960, pp. 74-77.

[17] E. Weill-Raynal, *op. cit.*, II, pp. 385-399. III, pp. 220-221.

[18] *Ibid.*, II, pp. 418-448.

[19] *Ibid.*, II, pp. 509, 517-518, 522, 494-495, 493.

[20] *Ibid.*, II, p. 600.

[21] *Ibid.*, II, pp. 659-660.

[22] *Ibid.*, III, pp. 71-86, 119-120.

[23] A. Thimme, *Gustav Stresemann. Eine politische Biographie zur Geschichte der Weimarer Republik*, Hannóver y Francfort del Main, 1957, pp. 65-69. G. Stresemann, *Vermächtnis* (comp. por H. Bernhard), Berlín, 1932-1933, II, 553.

[24] H. W. Gatzke, *Stresemann and the rearmament of Germany*, Baltimore, 1954, pp. 28-29. A. Thimme, *op. cit.*, pp. 53-54.

[25] A Thimme, *op. cit.*, p. 85. G. Stresemann, *op. cit.*, II, pp. 553-555. Z. J. Gasiriowski, "Stresemann and Poland before Locarno", en *Journal of Central European Affairs*, 18, Boulder, 1958-1959, p. 42.

[26] G. Stresemann, *op. cit.*, II, pp. 281, 554. A. Thimme, *op. cit.*, p. 98.

[27] Z. J. Gasiriowski, *op. cit.*, p. 299. J. Korbel, *op. cit.*, p. 198.

[28] H. W. Gatzke, *op. cit.*, pp. 70-75.

[29] H. L. Bretton, *Stresemann and the revision of Versailles*, Stanford, 1953, pp. 96, 107.

[30] E. Weill-Raynal, *op. cit.*, III, pp. 403, 391-392, 399, 868-879.

[31] J. Korbel, *op. cit.*, pp. 241-242.

[32] Z. J. Gasiriowski, "The Russian overture to Germany of December 1924", en *Journal of Modern History*, 30, Chicago, 1958. E. H. Carr, *A history of Soviet Russia. Socialism in one country*, Londres, 1964, vol. III, pp. 275-279, 422-425, 432-433, 437-438, 1010-1017.

[33] G. Stresemann, *op. cit.*, III, pp. 15-23. G. Suárez, *Briand*, París, 1938-1952, VI, pp. 227, 241.

[34] *Ibid.*, pp. 218-226. Compárese con A. J. P. Taylor, *Origins of the Second World War*, Londres, 1961, p. 57.

[35] E. Di Nolfo, *op. cit.*, capítulo 1.

[36] *Ibid.*, pp. 79-98.

[37] A. Cassels, "Mussolini and German nationalism", en *Journal of Modern History*, 35, Chicago, 1963, pp. 143-144, 147-151.

[38] E. Di Nolfo, *op. cit.*, pp. 134-138.

[39] *Ibid.*, pp. 153-158.

CAP. 6: EUROPA ENTRE LAS DOS GUERRAS: TENDENCIAS ECONÓMICAS Y SOCIALES

[1] I. Svennilson, *Growth and stagnation in the European economy*, U.N.E.C.E., Ginebra, 1954, pp. 169-170.

[2] A. Maizels, *Industrial growth and world trade*, Cambridge, 1963, pp. 442, 424-425.

[3] *Ibid.*, p. 220 (En las cifras de 1913 está excluida Holanda).

[4] I. Svennilson, *op. cit.*, p. 190 (India incluye a Pakistán. Las cifras de Japón se refieren a 1914).

[5] *Ibid.*, p. 152. A. Maizels, *op. cit.*, p. 490.

[6] I. Svennilson, *op. cit.*, pp. 153-155.

[7] *Ibid.*, p. 199.

[8] A. Maizels, *op. cit.*, pp. 477, 481.

[9] I. Svennilson, *op. cit.*, p. 87.

[10] T. Wilson, *Fluctuations in income and employment*, Londres, 1.ª edición, 1942, 2.ª ed., 1948, pp. 117, 159. W. A. Lewis, *Economic Survey 1919-1939*, Londres, 1949, p. 61.

[11] H. W. Arndt, *Economic lessons of the nineteen-thirties*, Londres, 1944, pp. 14-19, 36. W. A. Lewis, *op. cit.*, pp. 51-57. T. Wilson, *op. cit.*, pp. 143-172.

[12] W. A. Lewis, *op. cit.*, pp. 56-57.

[13] E. W. Bennett, *Germany and the diplomacy of the financial crisis, 1931*, Cambridge, Mass, 1962, pp. 100-101.

[14] L. Robbins, *The great depression*, Londres, 1934, pp. 91-97.

[15] W. A. Lewis, *op. cit.*, pp. 58-68.

[16] H. C. Hillman, *Comparative strength of the powers*, en A. Toynbee y F. T. Ashton-Gwatkin (comp.), *The world in March 1939*, Londres, 1952, p. 439. (Las cifras son aproximadas, ya que las de la URSS son meras hipótesis.)

[17] D. Kirk, *Europe's population in the Interwar years*, Ginebra, 1946, pp. 180, 255.

[18] *Ibid.*, pp. 172, 263-277.

[19] W. E. Moore, *Economic demography of Eastern and Southern Europe*, Ginebra, 1945, p. 51.

[20] D. Kirk, *op. cit.*, pp. 54-60.

[21] W. E. Moore, *op. cit.*, p. 125.

[22] *Ibid.*, p. 82.

[23] International Labour Office, Studies and reports, G. 3, *Housing policy in Europe. Cheap home building*, pp. 21-22.

[24] *Ibid.*, p. 325. International Labour Office, Studies and reports, B. 30, *The worker's standard of living*, Ginebra, 1938, p. 81. J. Strzelecki, *La question de l'habitation urbaine en Pologne*, Ginebra, 1936, pp. 189, 206. H. Van der Kaa, *The housing policy in the Netherlands*, Ginebra, 1935, p. 44. Service Technique Central du Conseil supérieur du ministère des travaux publics d'Italie, *Rapport sur les habitations populaires et économiques en Italie*, Ginebra, 1936, pp. 55, 73.

[25] International Labour Office, Studies and reports, B. 23, *Workers' nutrition and social policy*, Ginebra, 1936, pp. 52, 46.

[26] League of Nations, *The problem of nutrition, vol. III, nutrition in various countries*, Ginebra, 1936, p. 63.

[27] United Nations, *Demographic yearbook 1955*, Nueva York, 1955, pp. 464-469.

[28] University of London, Institute of Education, *The year book of education 1936*, Londres, 1936, p. 115.

[29] United Nations, *Demographic yearbook 1963*, Nueva York, 1964, pp. 422-423. *Demographic yearbook 1964*, Nueva York, 1965, pp. 734-737.

[30] *Demographic yearbook 1955*, pp. 464-469.

[31] *Demographic yearbook 1963*, pp. 398-399, 416-423. *Demographic yearbook 1964*, pp. 730-737.

[32] D. Kirk, *op. cit.*, pp. 272-274.

[33] International Labour Office, *Workers' nutrition and social policy*, p. 208.

[34] *Ibid.*, p. 197.

[35] Service Technique Central etc., *op. cit.*, pp. 51-52.

[36] R. H. Tawney, *Equality*, Londres, 1931, ed. de 1964, p. 137.

[37] H. Van der Kaa, *op. cit.*, p. 55.

[38] A. M. Carr-Saunders *et alia*, *A survey of social conditions in England and Wales*, Oxford, 1958, p. 222.

[39] Political and Economic Planning, *Report on the British social services*, Londres, 1937, p. 59.

[40] International Labour Office, *Approaches to social security*, Ginebra, 1942, pp. iii, 97.

[41] F. Edding, *International Tendenzen in der Entwicklung der Ausgaben für Schulen und Hochschulen*, Kiel, 1958, p. 36.

[42] *Ibid.*, p. 30.

[43] United Nations, *Demographic yearbook 1955*, pp. 464-469.

[44] J. Floud, *Educational experience of the adult population of England and Wales as at July 1949*, en D. V. Glass (comp.) *Social mobility in Britain*, Londres, 1954, pp. 120-121.

[45] International Labour Office, Studies and Reports, M. 13, *International survey of social services 1933*, 2 vols., Ginebra, 1936.

[46] J. F. Dewhurst *et alia*. *Europe's needs and resources*. Nueva York, 1961, p. 400.

[47] International Labour Office, *Housing policy in Europe*, pp. 30-31, 45.

[48] United Nations, *Demographic Yearbook 1953*, pp. 595-597.

CAP. 7: INGLATERRA DE 1919 A 1939

[1] Lord Beveridge, *Full employment in a free society*, Londres, 2.ª ed., 1960, p. 47. Las cifras se refieren a los acogidos al seguro de desempleo y excluyen a ciertas categorías, especialmente obreros agrícolas, trabajadores del servicio doméstico y ciertos trabajadores del Estado y los ferrocarriles. Tampoco incluyen a Irlanda del Norte, donde el nivel de desempleo era más alto.

[2] S. Pollard, *The development of the British economy 1914-1950*, Londres, 1962, p. 4.

[3] *Ibid.*, pp. 110-114.

[4] I. Svennilson, *op. cit.*, pp. 121, 123, 128, 272-273. Beveridge, *op. cit.*, p. 318.

[5] I. Svennilson, *op. cit.*, p. 153. Beveridge, *op. cit.*, p. 318.

[6] *Ibid.*, p. 318.

[7] A. Maizels, *op. cit.*, pp. 275, 280-281, 432-433, 490-493.

[8] S. Pollard, *op. cit.*, pp. 210-211. E. V. Morgan, *Studies in British financial policy, 1914-1925*, Londres, 1952, pp. 98, 152, 211, 377.

[9] I. Svennilson, *op. cit.*, pp. 304-305. *Key statistics of the British economy 1900-1962*, Londres y Cambridge, 1964, p. 13.

[10] A. Maizels, *op. cit.*, p. 432.

[11] Beveridge, *op. cit.*, 1.ª ed., Londres, 1944, pp. 63-64, 73.

[12] W. Hannington, *Unemployed struggles, 1919-1936*, Londres, 1936. H. M. Pelling, *Modern Britain 1885-1955*, Edimburgo, 1960, p. 130.

[13] S. Pollard, *op. cit.*, p. 267.

[14] *Ibid.*, p. 290.

[15] *Ibid.*, p. 275. J. Symons, *The general strike*, Londres, 1957, pp. 24-27.

[16] W. H. Crook, *The general strike*, Chapel Hill, Carolina del Norte 1931, p. 384.

[17] Lord Citrine, *Men and work*, Londres, 1964, pp. 162-172

[18] *Ibid.*, p. 189.

[19] J. Symons, *op. cit.*, pp. 138-143.

[20] H. A. Clegg, A. Fox, A. F. Thompson, *History of British trade unions since 1889*, vol. I, Oxford, 1964, pp. 43-46, 314-315, 362-363, 393-395; H. M. Pelling, *History of British trade unionism*, Londres, 1963, p. 127.

[21] H. A. Clegg, A. Fox, A. F. Thompson, *op. cit.*, pp. 471-475.

[22] H. M. Pelling, *The British Communist Party*, Londres, 1958, pp. 27, 62-63.
[23] *Ibid.*, p. 192.
[24] G. M. Young, *Stanley Baldwin*, Londres, 1952.
[25] R. Bassett, *Nineteen thirty-one*, Londres, 1958.
[26] *Ibid.*, p. 333.
[27] G. M. Young, *op. cit.*, p. 202.
[28] C. L. Mowat, *Britain between the Wars 1918-1940*, Londres, 1955, pp. 506-512.
[29] F. W. S. Craig, *British parliamentary election statistics 1918-1968*, Glasgow, 1968, p. 6.
[30] C. L. Mowat, *op. cit.*, pp. 548-50, 581-582.
[31] C. Cross, *The fascists in Britain*, Londres, 1961.

CAP. 8: ITALIA DE 1919 A 1940

[1] E. Di Nolfo, *op. cit.*, capítulo 1.
[2] A. Rossi (Tasca), *The rise of Italian fascism*, Londres, 1938, pp. 33-34.
[3] R. De Felice, *Mussolini il rivoluzionario*, Turín, 1965, p. 625.
[4] K. R. Popper, *The open society and its enemies*, Londres, 4.ª ed., 1962, capítulo 12.
[5] Istituto Centrale di Statistica, *Sommario di statistiche storiche italiana 1861-1955*, Roma, 1958, p. 105.
[6] S. B. Clough, *Economic hisory of modern Italy*, Nueva York y Londres, 1964, pp. 382-383. R. De Felice, *op. cit.*, p. 435. P. Alatri, *Le origini del fascismo*, 3.ª ed., 1962, p. 46. A. Rossi (Tasca), *op. cit.*, pp. 75-81.
[7] L. Einaudi, *La condotta economica e gli effetti sociali della guerra italiana*, Bari, Laterza y Newhaven, 1933, pp. 291-295. A. Rossi (Tasca), *op. cit.*, 91-96. P. Alatri, *op. cit.*, pp. 49-51.
[8] Istituto Centrale di Statistica, *op. cit.*, pp. 172, 204-205.
[9] L. Salvatorelli y G. Mira, *Storia d'Italia nel periodo fascista*, Turín, 1964, pp. 110-112.
[10] *Ibid.*, pp. 148-149, 160-163.
[11] *Ibid.*, pp. 151-156.
[12] G. Perticone, *La politica italiana dal primo al secondo dopoguerra*, Milán, 1965, pp. 647-693.
[13] P. Alatri, *op. cit.*, pp. 72-80. R. De Felice, *op. cit.*, pp. 607-608.
[14] L. Salvatorelli y G. Mira, *op. cit.*, pp. 195-196. P. Alatri, *op. cit.*, p. 67.
[15] L Salvatorelli y G. Mira, *op. cit.*, p. 179.
[16] R. De Felice, *op. cit.*, pp. 603-604. L. Salvatorelli y G. Mira, *op. cit.*, pp. 201, 207, 230.
[17] C. Sforza, *L'Italia dal 1914 al 1944 quale io la vidi*, Roma, 2.ª ed., 1945, pp. 117-118.
[18] R. De Felice, *op. cit.*, p. 607.
[19] L. Salvatorelli y G. Mira, *op. cit.*, pp. 221-230. P. Alatri, *op. cit.*, pp. 129-131.
[20] L. Salvatorelli y G. Mira, *op. cit.*, p. 237.
[21] P. Alatri, *op. cit.*, pp. 85, 243.
[22] A. Rossi (Tasca), *op. cit.*, pp. 318-319.
[23] P. Alatri, *op. cit.*, pp. 88-89. L. Salvatorelli y G. Mira, *op. cit.*, pp. 289-292.
[24] C. F. Delzell, *Mussolini's enemies*, Princeton, 1961, p. 11.

[25] P. Alatri, *op. cit.*, pp. 90-91. L. Salvatorelli y G. Mira, *op. cit.*, pp. 307-310.

[26] *Ibid.*, p. 352. C. F. Delzell, *op. cit.*, p. 16.

[27] *Ibid.*, pp. 38-41.

[28] F. Chabod, *A history of italian fascism*, Londres, 1963, pp. 63-67. (traducido del italiano, Milán, 1961).

[29] L. Salvatorelli y G. Mira, *op. cit.*, pp. 465, 891-892.

[30] S. W. Halperin, *Mussolini and Italian fascism*, Princeton, 1964, pp. 146-148.

[31] W. G. Welk, *Fascist economic policy*, Cambridge, Mass., 1938, p. 76.

[32] L. Salvatorelli y G. Mira, *op. cit.*, pp. 541, 574.

[33] I. Svennilson, *op. cit.*, pp. 312-313.

[34] W. G. Welk, *op. cit.*, pp. 159-250.

[35] I. Svennilson, *op. cit.*, p. 251.

[36] *Ibid.*, pp. 304-305.

CAP. 9: FRANCIA DE 1919 A 1940

[1] P. Pétain, *Paroles aux Français*, Lyon, 1941, pp. 78, 80.

[2] P. Tissier, *Le Procès de Riom*, Londres, 1942, p. 5.

[3] A. Sauvy, *Histoire économique de la France entre les deux guerres*, vol. I, París, 1965, pp. 339, 403, 501, 534.

[4] *Ibid.*, pp. 282, 263, 350-353, 405-406, 355-356. J. Néré, *La Troisième République*, París, 1965, p. 135.

[5] C. P. Kindleberger, *Economic growth in France and Britain 1851-1950*, Cambridge, Mass., 1964, p. 74. C. Bettelheim, *Bilan de l'économie française 1919-1946*, París, 1947, p. 5. I. Svennilson, *op. cit.*, pp. 70-71.

[6] A Sauvy, *op. cit.*, pp. 94-95. D. Ligou, *Histoire du socialisme en France 1871-1961*, París, 1962, p. 366.

[7] A Sauvy, *op. cit.*, p. 118. G. Dupeux, *Le Front Populaire et les élections de 1936*, París, 1959, p. 26. P. Reynaud, *Mémoires, I Venu de ma montagne*, París, 1960, pp. 350-419.

[8] J. Néré, *op. cit.*, pp. 133. A. Sauvy, *La nature sociale*, París, 1957, pp. 96-97. I. Svennilson, *op. cit.*, p. 235.

[9] G. Dupeux, *op. cit.*, pp. 30-40.

[10] A. Sauvy, *Le pouvoir et l'opinion*, París, 1949, pp. 100-110.

[11] G. Lefranc, *Histoire du Front Populaire*, París, 1965, pp. 310-321, 380-383. J. Néré, *op. cit.*, p. 184.

[12] G. Lefranc, *op. cit.*, pp. 324-325, 386.

[13] J. Néré, *op. cit.*, p. 107. I Svennilson, *op. cit.*, pp. 149, 262.

[14] P. J. Larmour, *The French Radical Party in the 1930s*, Stanford, 1964, p. 48. F. Goguel, *La politique des partis sous la Troisième République*, París, 1946, p. 519. J. Plumyène y R. Lasierra, *Les fascismes français 1923-1963*, París, 1963, pp. 28-30, 50.

[15] D. Ligou, *op. cit.*, p. 367. A. Sauvy, *Histoire économique...*, p. 108.

[16] F. Goguel, *op. cit.*, pp. 206-214.

[17] A. Kriegel, *Le Congrès de Tours*, París, 1964, pp. xxix-xxx. J. Fauvet, *Histoire du Parti Communiste Français. I. 1917-1939*, París, 1964, pp. 280-281. G. Lefranc, *Le mouvement socialiste sous la Troisième République*, París, 1963, pp. 435-437. F. Goguel, *op. cit.*, p. 260.

[18] F. Goguel, *op. cit.*, pp. 260-266, 327-328.

[19] J. Plumyène y R. Lasierra, *op. cit.*, pp. 56-63.

[20] F. Goguel, *op. cit.*, pp. 482-483.

[21] J. Chastenet, *Déclin de la Troisième 1931-1938*, París, 1962, pp. 71-89. G. Lefranc, *Front Populaire*, p. 20. J. Plumyène y R. Lasierra, *op. cit.*, pp. 72-74, 82. M. Beloff, *The Sixth of February*, en J. Joll (comp.), *Decline of the Third Republic*, Londres, 1959.

[22] D. Ligou, *op. cit.*, p. 399.
[23] G. Lefranc, *op. cit.*, p. 113. G. Dupeux, *op. cit.*, pp. 65-95. J. Joll, *The Making of the Popular Front*, en J. Joll (comp.), *Decline of the Third Republic.*
[24] P. J. Larmour, *op. cit.*, pp. 172-176, 186-187.
[25] L. Bodin y J. Touchard, *Front Populaire 1936*, 2.ª ed., París, 1965, pp. 140-141. G. Lefranc, *op. cit.*, p. 339.
[26] G. Lefranc, *op. cit.*, p. 465. L. Bodin y J. Touchard, *op. cit.*, pp. 200-221.
[27] R. Rémond, *La droite en France*, París, 1963, pp. 222-226. E. Weber, *Action Française*, Stanford, 1962, pp. 415-417. J. Plumyène y R. Lasierra, *op. cit.*, pp. 122-141.
[28] P. M. de La Gorce, *La République et son armée*, París, 1963, pp. 309-321. E. Weber, *op. cit.*, pp. 396-402.
[29] D. Ligou, *op. cit.*, pp. 447-449.
[30] J. Fauvet, *op. cit.*, pp. 255-257.
[31] P. Pétain, *op. cit.*, p. 235.
[32] E. Bonnefous, *Histoire politique de la Troisième République*, volumen VI, París, 1965, p. 196.
[33] C. Bettelheim, *op. cit.*, p. 9.
[34] L. Blum, *Oeuvre. Mémoires. La Prison et le Procès. A l'Échelle Humaine*, París, 1955, pp. 323-324.
[35] Véase por ejemplo B. H. Liddell Hart, prefacio al coronel Goutard, *The Battle of France 1940*, Londres, 1958, p. 10.
[36] *Commission d'enquête parlementaire sur les événements survenus en France de 1933 à 1945. Dépositions etc.*, vol. I, París, 1951, pp. 191-209, declaración del Sr. Jacomet.
[37] *Ibid.*, vol. I, pp. 266-283, declaración del Sr. Cot, vol. II, pp. 259-359, declaración del Sr. La Chambre.

CAP. 10: ESPAÑA DE 1919 A 1945

[1] R. Carr, *Spain 1808-1939*, Oxford, 1966, p. 472. [Trad. castellana: *España, 1808-1939.*]
[2] G. Brenan, *The Spanish Labyrinth*. Cambridge, 1943, pp. 85-202. [Trad. castellana: *El laberinto español*, Ruedo Ibérico, París, 1962.]
[3] *Ibid.*, pp. 59-62.
[4] P. Broué y E. Témime, *La révolution et la guerre d'Espagne*, París 1961, pp. 25-30. [Trad. castellana: *La revolución y la guerra de España*, F.C.E., México, 1962.]
[5] R. Carr, *op. cit.*, pp. 509-519. G. Brenan, *op. cit.*, pp. 65-77.
[6] R. Carr, *op. cit.*, pp. 564-591.
[7] *Ibid.*, pp. 591-602.
[8] G. Jackson, *The Spanish Republic and the Civil War 1931-1939*, Princeton, 1965, pp. 25-38.
[9] *Ibid.*, pp. 43-102. R. Carr, *op. cit.*, pp. 603-625. G. Brenan, *op. cit.*, pp. 229-259. H. Thomas, *The Spanish Civil War*, Londres, 1961, pp. 38-65.
[10] Para la tesis de que Gil Robles era un pilar de la democracia véase S. De Madariaga, *Spain*, Londres, 1942, pp. 325-343; para la tesis opuesta G. Brenan, *op. cit.*, pp. 290-300. G. Jackson, *op. cit.*, pp. 122-128, 172-175, 202-215 aporta algunas pruebas en apoyo de Madariaga; S. G. Payne, *Falange*, Stanford, 1962, pp. 105-106, cita un fragmento que apoya a Brenan. [Trad. castellana: *Falange. Historia del fascismo español*, Ruedo Ibérico, París, 1970.]
[11] B. Bolloten, *The Grand Camouflage*, Londres, 1961, p. 19.
[12] G. Brenan, *op. cit.*, pp. 265-289. H. Thomas, *op. cit.*, pp. 74-85.
[13] H. Thomas, *op. cit.*, pp. 89-94.

[14] G. Brenan, *op. cit.*, pp. 302-312.
[15] C. G. Bowers, *My Mission to Spain*, Londres, 1954, pp. 226-238.
[16] G. Brenan, *op. cit.*, pp. 308-311. S. G. Payne, *op. cit.*, 96-115.
[17] P. Broué y E. Témime, *op. cit.*, pp. 71-74. H. Thomas, *op. cit.*, pp. 100-118.
[18] G. Jackson, *op. cit.*, p. 249.
[19] *Ibid.*, p. 336.
[20] H. Thomas, *op. cit.*, pp. 637, 643.
[21] G. Jackson, *op. cit.*, pp. 356-358.
[22] *Ibid.*, pp. 356-421.
[23] B. Bolloten, *op. cit.*, pp. 35-76.
[24] G. Jackson, *op. cit.*, pp. 526-540. H. Thomas, *op. cit.*, pp. 631-633.
[25] G. Jackson, *op. cit.*, pp. 276-309.

CAP. 11: ALEMANIA DE 1919 A 1939

[1] C. Bresciani-Turroni, *op. cit.*, pp. 286-333. G. Bry, *Wages in Germany 1871-1945*, Princeton, 1960, p. 268.
[2] F. L. Carsten, *Reichswehr und Politik*, Colonia y Berlín, p. 185.
[3] *Ibid.*, p. 90. W. T. Angress, *Stillborn revolution*, Princeton, 1963, pp. 105-166.
[4] *Ibid.*, pp. 426-459.
[5] H. J. Gordon, *The Reichswehr and the German Republic*, Princeton, 1957, pp. 233-234.
[6] F. L. Carsten, *op. cit.*, pp. 200-201.
[7] *Ibid.*, pp. 205-218. E. Eyck, *A history of the Weimar Republic*. (Trad. inglesa.) Cambridge, Mass., 1962-1964, vol. I, p. 294.
[8] W. T. Angress, *op. cit.*, pp. 240-241.
[9] A. Milatz, *Wähler und Wahlen in der Weimarer Republik*, Bonn, 1965, p. 151.
[10] E. Eyck, *op. cit.*, I, pp. 315--322, II, pp. 103-104. A. Dorpalen, *Hindenburg and the Weimar Republic*, Princeton, 1964.
[11] H. A. Turner, *Stresemann and the politics of the Weimar Republic*, Princeton, 1963.
[12] F. Hiller Von Gaertringen, *Die Deutschnationale Volkspartei* en E. Matthias y R. Morsey, *Das Ende der Parteien*, Düsseldorf, 1960, pp. 548-549. A. Bullock, *Hitler: A study in tyranny*, Nueva Edition, Londres, 1965, pp., 147-151.
[13] K. D. Bracher, *Die Auflösung der Weimarer Republik*, Villingen, 4.ª ed., 1964, pp. 645-656.
[14] R. Heberle, *From democracy to nazism*, Baton Rouge, 1945.
[15] W. S. Allen, *The nazi seizure of power*, Londres, 1966, p. 51.
[16] A. Bullock, *op. cit.*, p. 213.
[17] D.B.F.P., 2.ª serie, III, pp. 140-143.
[18] F. L. Carsten, *op. cit.*, pp. 431-437.
[19] D.G.F.P., serie D, VII, p. 201 [núm. 192].

CAP. 12: EL FINAL DE LA PAZ (1929-1933)

[1] D.B.F.P., 2.ª serie, vol. I, pp. 312-324, 331.
[2] *Ibid.*, p. 580.
[3] *Ibid.*, vol. II, p. 85. E. W. Bennett, *Germany and the diplomacy of the financial crisis 1931*, Cambridge, Mass., 1962, pp. 54, 150-152, 295-297, 300-301.
[4] D.B.F.P., 2.ª serie, vol. II, pp. 67-68, 96, 108.
[5] *Ibid.*, pp. 435-514, vol. III, pp. 52-54, 77, 178-179.

[6] *Ibid.*, pp. 595-602. Ministère des Affaires Étrangères, *Documents diplomatiques français.* [En adelante citado como D.D.F.] 1.ª serie (1932-1935). París, 1964, vol. I, pp. 1-2.

[7] E. Weill-Raynal, *op. cit.*, III, pp. 712-731, 890-891, 896-897.

[8] A. J. P. Taylor, *English history 1914-1945*, Oxford, 1965, pp. 150-151.

[9] D.B.F.P., 2.ª serie, I, p. 368.

[10] D.D.F., 1.ª serie, I, pp. 102-103.

[11] *Ibid.*, pp. 423-424. D.B.F.P., 2.ª serie, IV, pp. 137, 182, 193.

[12] D.D.F., 1.ª serie, I, pp. 440, 476-491.

[13] A. J. Toynbee *et alia, Survey of international affairs 1931*, p. 401. W. A. Lewis, *op. cit.*, pp. 115-118. League of Nations, *Appeal by the Chinese government. Report of the Commission of Enquiry.* [Informe Lytton.] Ginebra, 1932, pp. 37-38, 121-126. D.B.F.P., 2.ª serie, IX, pp. 374-383.

[14] *Lytton Report*, capítulos IV, VI.

[15] D.B.F.P., 2.ª serie, IX, p. 377.

[16] *Ibid.*, pp. 487, 710.

[17] *Ibid.*, pp. 266, 437-438, VIII, p. 798.

[18] *Ibid.*, VIII, pp. 884, 923, IX, pp. 423, 567.

[19] *Ibid.*, IX, pp. 677-678, 282-283.

[20] *Ibid.*, pp. 289-290, 33.

[21] Para la política americana, véase A. Rappaport, *Henry L. Stimson and Japan 1931-1933*, Chicago, 1963. D.B.F.P., 2.ª serie, IX, p. 423. Véanse también las conversaciones telefónicas entre Simon y Stimson en D.B.F.P., ii, IX y en *Foreign Relations of the United States 1932*, vol. III.

[22] D.B.F.P., ii, IX, p. 515. A. Rappaport, *op. cit.*, pp. 116-117.

[23] D.B.F.P., ii, IX, pp. 61, 368 y las citas en R. Bassett, *Democracy and Foreign Policy*, Londres, 1951.

[24] D.D.F., i, I, p. 9.

CAP. 13: EL PRELUDIO DE LA GUERRA

[1] A. J. P. Taylor, *Origins...*, sostiene la tesis de que las acciones de Hitler estaban determinadas por las circunstancias y por las acciones de los demás.

[2] *Documents on German Foreign Policy*, Londres y Washington, 1949. [En adelante citado como D.G.F.P.] Serie C, vol. I, p. 37. R. J. O'Neill, *The German army and the Nazi Party*, Londres, 1966, pp. 125-126, 39-41. W. Treue, *Hitlers Denkschrift zum Vierjahresplan*, en *Vierteljahrshefte für Zeitgeschichte*, 3, Stuttgart, 1955, pp. 204-210. T. Vogelsang en *ibid.*, 2, 1954, pp. 434-435.

[3] A. J. P. Taylor, *op. cit.*, pp. 70-71, 218-219. H. C. Hillman, *Comparative strength of the great powers* en A. Toynbee y F. T. Ashton-Gwatkin (comp.), *Survey of international affairs 1939-1946. The world in March 1939*, Londres, 1952, pp. 452-454. T. W. Mason, *Some origins of the Second World War* en *Past and Present*, núm. 29, Oxford, 1964.

[4] G. Hilger y A. G. Meyer, *The incompatible allies*, Nueva York, 1953, p. 191, nota 3. F. Fischer, *Griff nach der Weltmacht*, Düsseldorf, 1.ª ed., 1961; 3.ª ed., 1964, pp. 194, 714-738.

[5] G. L. Mosse, *The crisis of German ideology*, Londres, 1966. E. Nolte, *Three faces of fascism*, Londres, 1964, esp., pp. 267-303.

[6] D.B.F.P., 2.ª serie, V, p. 389.

[7] *Ibid.*, pp. 28, 202; VI, pp. 80, 90. D.G.F.P., serie C, I, pp. 328-333, 342-343, 364. Z. J. Gasiriowski, "Did Pilsudski attempt to initiate a preventive war in 1933?", en *Journal of Modern History*, Chicago, junio

de 1955, pp. 135-151. H. Roos, *Die Präventivkriegspläne Pilsudskis von 1933*, en *Vierteljahrshefte für Zeitgeschichte*, 3, 1955, pp. 344-363.

[8] D.B.F.P., 2.ª serie, VI, pp. 90-91, 228, 378.

[9] Franco-British negotiations, en *ibid.*, IV, V, VI. Véase, por ejemplo, V, pp. 618-624, VI, pp. 68, 303, 631-633, 764-765.

[10] D.G.F.P., serie C, I, pp. 882, 887, 923. II, pp. 12, 39, 42, 173, 513-518, 520-523. D.B.F.P., 2.ª serie, VI, pp. 488, 490.

[11] H. C. Hillman, *op. cit.*, p. 439. I, Svennilson, *op. cit.*, pp. 262-263.

[12] D.G.F.P., serie C, I, pp. 160-161, 181-182, 196-203. D.B.F.P., 2.ª serie, V, pp. 67, 87-88, 447-448, 492-493.

[13] *Ibid.*, pp. 109, 114-115, 281.

[14] Z. J. Gasiriowski, *op. cit.*, p. 141. D.G.F.P., serie C, I, pp. 127, 111, 325, 343, 364, 46, 332, 342, 307, 365-367, 840, II, pp. 365, 421-422.

[15] Z. J. Gasiriowski, *op. cit.*, pp. 149-150.

[16] D.G.F.P., serie C, I, p. 717. II, p. 863, I, pp. 851, 449-450, 819, II, pp. 297-298, 684-685, 731-734.

[17] *Ibid.*, p. 297. I, p. 875.

[18] Por ejemplo, *Ibid.*, II, p. 815 (mayo de 1934), III, p. 521 (octubre de 1934), IV, pp. 871, 898 (diciembre de 1935).

[19] W. E. Scott, *Alliance against Hitler*, Durham, N. C., 1962, pp. 3-69, 125-129.

[20] *Ibid.*, pp. 160-175. D.B.F.P., 2.ª serie, VI, pp. 752-753.

[21] *Ibid.*, pp. 761, 803-822, 828-829.

[22] D.G.F.P., serie C, I, pp. 488-489.

[23] D.B.F.P., 2.ª serie, VI, p. 879. J. Gehl, *Austria, Germany and the Anschluss 1931-1938*, Londres, 1963, pp. 46-100. G. Brook-Shepherd, *Dollfuss*, Londres, 1961, pp. 191-284.

[24] D.B.F.P., 2.ª serie, VI, pp. 871-872.

[25] D.G.F.P., serie C, III, pp. 396-402, 385-386. D.B.F.P., 2.ª serie, VI, pp. 858-861. W. E. Scott, *op. cit.*, pp. 187-188.

[26] *Ibid.*, pp. 201-202. D.B.F.P., 2.ª serie, VI, p. 426, 884-885.

[27] D.G.F.P., serie C, III, pp. 494, 472.

[28] *Ibid.*, p. 926. IV, p. 356. III, pp. 728, 956, 706. W. E. Scott, *op. cit,*. pp. 231-253.

[29] *Ibid.*, p. 266. D.G.F.P., serie C, IV, pp. 495, 860, 926.

[30] *Ibid.*, III, pp. 785-786. A. J. Toynbee, *Survey of international affairs 1935*, vol. I, Londres, 1936, pp. 104-108. H. Lagardelle, *Mission à Rome. Mussolini*, París, 1955, pp. 117-118. D.D.F., 2.ª serie. II, p. 184.

[31] *Survey of international affairs 1935*, I, pp. 122-123. Conde de Avon (Anthony Eden), *Facing the dictators*, Londres, 1962, pp. 139-141. *Correspondence showing the course of certain diplomatic discussions directed towards securing an European settlement* (British State Papers 1935-1936. Accounts and papers, 13, XXVII, misc. núm. 3. 1936).

[32] D.G.F.P., serie C, IV, pp. 87, 189, 588.

[33] *Survey of international affairs 1935*, I, pp. 109-110. L. Salvatorelli y G. Mira, *op. cit.*, pp. 822-825. Lord Avon, *op. cit.*, p. 244. H. Lagardelle, *op. cit.*, pp 112-116.

[34] L. Salvatorelli y G. Mira, *op. cit.*, pp. 824-825. *Survey of international Affairs 1935*. II, pp. 148-149.

[35] *Documents on international affairs 1935*, vol. II, Londres, p. 566. *Survey of international affairs 1935*, II, p. 48. L. Salvatorelli y G. Mira, *op. cit.*, p. 828.

[36] *Ibid.*, pp. 829-834, 841-843. Lord Avon, *op. cit.*, pp. 220-251.

[37] D.G.F.P., serie C, IV, pp. 903-904, 957-961. Vizconde de Templewood (Sir Samuel Hoare), *Nine troubled years*, Londres, 1954, pp. 184-185.

[38] *Ibid.*, pp. 169-170. D.G.F.P., serie C, IV, pp. 674, 694.

[39] Lord Avon, *op. cit.*, pp. 293-295.
[40] L. Salvatorelli y G. Mira, *op. cit.*, p. 873. *Survey of international affairs 1935*, II, pp. 271-359.
[41] *Documents on international affairs 1935*, II, pp. 244-248.
[42] D.G.F.P., serie C, IV, pp. 975, 1043. D.D.F., 2.ª serie, I, pp. 336-337.
[43] *Ibid.*, pp. 304, 309-310. D.G.F.P., serie C, IV, pp. 1142-1144, 1163-1166, 1172-1175, 1202-1203, 1219.
[44] R. J. O'Neill, *op. cit.*, pp. 128-129. D.G.F.P., serie C, IV, p. 1165.
[45] Por ejemplo D.D.F., 2.ª serie, I, pp. 40, 52-54, 78-79, 91, etc.
[46] *Ibid.*, pp. 260, 323-324, 158, 245-247, 301. Lord Avon, *op. cit.*, 332-333.
[47] D.D.F., 2.ª serie, I, pp. 339.
[48] Véase, por ejemplo, *ibid.*, pp. 162, 273-276, 303.
[49] Lord Avon, *op., cit.*, p. 359. R. A. C. Parker, *The first capitulation. France and the Rhineland crisis of 1936*, en *World politics*, Princeton, 1956, pp. 355-373. *Survey of international affairs 1936*, pp. 282-370.
[50] D.D.F., 2.ª serie, I, pp. 444-445, 504-506, II, p. 185.
[51] *Ibid.*, I, pp. 419, 415, I, 120-121, 273, 277-279.
[52] Lord Avon, *op. cit.*, p. 345. *Survey of international affairs 1936*, p. 370.
[53] D.G.F.P., serie D, I, pp. 278-281 (núm. 152). J. Gehl, *op. cit.*, 101-132.
[54] G. Ciano, *Ciano's diplomatic papers* (comp. M. Muggeridge, trad. inglesa de *L'Europa verso la catastrofe*), Londres, 1948, pp. 144-145, 295. D.G.F.P., serie D, III, pp. 147-148 (núm. 137). VI, p. 261 (núm. 211).
[55] *Ibid.*, pp. 1-2 (notas), 7 (núm. 5), 10-11 (núm. 10), p. 172 (núm. 157). I, p. 37 (núm. 19). K. W. Watkings, *Britain divided*, Londres, 1963, p 7.
[56] D.G.F.P., serie D, IV, p. 4 (núm. 3). Lord Avon, *op. cit.*, p. 406. G. Lefranc, *Front Populaire*, pp. 186, 461, 465.
[57] F. Borkenau, *European communism*, Londres, 1953. D. T. Cattell, *Soviet diplomacy and the Spanish Civil War*, Berkeley y Los Angeles, 1957. G. F. Kennan, *Russia and the West under Lenin and Stalin*, Londres, 1961.
[58] D.G.F.P., serie D, III, p. 803 (núm. 701). D. T. Cattell, *op. cit.*, p. 106.
[59] G. Ciano, *Ciano's diary 1937-1938* (trad. inglesa A. Mayor), Londres, 1952, pp. 27-29. E. Wiskemann, *Rome-Berlin Axis*, nueva ed., Londres, 1966, capítulo IV. E. L. Presseisen, *Germany and Japan. A study in totalitarian diplomacy 1933-1941*, La Haya, 1958, capítulos IV, VI.
[60] D.G.F.P., serie D, I, p. 88 (núm. 49), *Survey of international affairs 1937*, I, pp. 340-344.
[61] *Ibid.*, pp. 273-276.
[62] D.G.F.P., serie D, I, pp. 29-39 (núm. 19).
[63] G. Meinck, *Hitler und die deutsche Aufrüstung*, Weisbaden, 1959, pp. 174-187.
[64] K. Feiling, *Life of Neville Chamberlain*, Londres, 1946, capítulos XVIII-XXII. H. Feis, *The road to Pearl Harbor*, Princeton, 1950, pp. 8-9.
[65] J. Gehl, *op. cit.*, pp. 166-175. D.G.F.P., serie D, I, pp. 515-517 (núm. 295). 549 (núm. 328).
[66] *Ibid.*, p. 563 (núm. 340). J. Gehl, *op. cit.*, pp. 182-195. R. J. O'Neill, *op. cit.*, p. 151.
[67] D.B.F.P., 3.ª serie, I, pp. 13-14, 23-24. D.G.F.P., serie D, I, pp. 578-579 (núms. 335, 356). J. Gehl, *op. cit.*, p. 194 (citado por F. Langoth, *Kampf um Österreich*. Wels, 1951, pp. 239-241).
[68] D.B.F.P., 3.ª serie, I, pp. 35-36, 62-64, 101.
[69] *Ibid.*, pp. 151, 214, 97.
[70] *Ibid.*, pp. 212-226.

[71] D.G.F.P., serie D, II, p. 253 (núm. 143), p. 257 (núm. 147), p. 344 (núm. 210). *Les procès de collaboration: Fernand de Brinon, Joseph Darnand, Jean Luchaire*, París, 1948, especialmente pp. 12-13, 54, 179-206.

[72] D.G.F.P., serie D, II, p. 198 (núm. 107).

[73] D.B.F.P., 3.ª serie, I, pp. 563, 567, 600-602. *Survey of international affairs 1938*, II, pp. 208-209, 215-217, 238-256, 334-337.

[74] D.G.F.P., serie D, II, pp. 299-303 (núm. 175), 357-362 (núm. 221).

[75] D.B.F.P., 3.ª serie, II, pp 310-314, 318. K. Feiling, *op. cit.*, p. 357.

[76] *Ibid.*, pp. 357, 367. D.B.F.P., 3.ª serie, II, pp. 338-354, 363.

[77] *Ibid.*, pp. 373-399, 404-406. R. J. Minney, *Private papers of Hore-Belisha*, Londres, 1960, p. 142.

[78] *Survey of international affairs 1938*, II, p. 345. P. Reynaud, *Mémoires*. II, *Envers et contre tous*, París, 1963, p. 209. D.B.F.P., 3.ª serie, II, pp. 416, 438-439.

[79] G. Bonnet, *Le Quai d'Orsay sous trois républiques*, París, 1961, pp. 212-213. D.B.F.P., 3.ª serie, II, pp. 447-448. D. Vidal, "Czechoslovakia and the powers, september 1938", en *Journal of Contemporary History*, I, 4, Londres, 1966, p. 54.

[80] D.B.F.P., 3.ª serie, II, pp. 435, 438, 449-450.

[81] *Survey of international affairs 1938*, II, p. 363.

[82] V. F. Klochko *et alia* (comp.), *New documents on the history of Munich*, Praga, 1958, pp. 86-87. C. Serre, *Rapport fait au nom de la commission chargée d'enquêter sur les événements survenus en France de 1933 à 1945*, París, 1951, II, p. 268.

[83] *Survey of international affairs 1938*, II, p. 376. D.B.F.P., 3.ª serie, II, pp. 463-473, 499-508. D.G.F.P., serie D, II, pp. 863-864 (núm. 554).

[84] D.B.F.P., 3.ª serie, II, pp. 459-460, 483-484, 520-535, 536-537 (y nota), 565-566, 550.

[85] *Ibid.*, pp. 627-640. K. Feiling, *op. cit.*, p. 381.

[86] J. W. Wheeler-Bennett, *The nemesis of power*, Londres, 1953, pp. 395-424. D.B.F.P., 3.ª serie, II, pp. 683-692.

[87] *Ibid.*, p. 489. *Survey of international affairs 1938*, vol. III, p. 55. D.G.F.P., serie D, IV, p. 606 (núm. 477).

[88] *Ibid.*, p. 470 (núm. 369), pp. 473-474 (núm. 370), p. 497 (núm. 387), *Survey of international affairs 1938*, III, p. 189.

[89] K. Feiling, *op. cit.*, pp. 385-386.

[90] D.G.F.P., serie D, IV, p. 99 (núm. 81), pp. 185-186 (núm. 152), pp. 190-195 (núm. 158), pp. 209-213 (núm. 168), p 235 (núm. 188), pp. 240-241 (núms. 197-199), pp. 243-244 (núm. 202).

[91] *Ibid.*, pp. 261-262 (núm. 225), pp. 263-270 (núms. 228-229).

[92] *Ibid.*, V, pp. 104-107 (núm. 81), pp. 127-129 (núm. 101), pp. 152-56 (núms. 119-120), pp. 167-168 (núm. 126), VI, pp. 70-72 (núm. 61).

[93] J. Szembek, *Journal 1933-1939*, París, 1952, pp. 433-435. D.G.F.P., serie D, VI, pp. 121-124 (núm. 102), p. 127 (núm. 103), p. 136 (núm. 108), pp. 147-148 (núm. 118), p. 195 (núm. 159).

[94] *Ibid.*, p. 117 (núm. 99), pp. 186-187, 223-227 (núms. 149, 185), pp. 574-580 (núm. 443). D.B.F.P., 3.ª serie, V, p. 46.

[95] K. Feiling, *op. cit.*, pp. 399-401, 409. D.G.F.P., serie D, VI, pp. 569-571 (núm. 430)

[96] D.B.F.P., 3.ª serie, IV, pp. 400, 467, 500-503, 515-517. J. Szembek, *op. cit.*, pp. 433-434.

[97] I. Colvin, *Vansittart in Office*, Londres, 1965, pp. 298-311. D.B.F.P., 3.ª serie, IV, pp. 545-546, 552-553. Compárese con M. Gilbert y R. Gott, *The appeasers*, Londres, 1963, pp. 230-236.

[98] *Survey of international affairs 1939-1946. The eve of war 1939*, pp. 426-429. D.B.F.P., 3.ª serie, VI, pp. 217-219.

[99] Para las negociaciones con la URSS véase D.B.F.P., 3.ª serie, IV-VII, D.G.F.P., serie D, VI-VII.

[100] D.G.F.P., serie D, VII, pp. 39-49 (núm. 43), pp. 53-56 (núm. 47), pp. 557-559 (apéndice I), pp. 200-206 (núms. 192-193).

[101] *Ibid.*, pp. 285-286 (núm. 271), pp. 309-310 (núm. 301), p. 314 (número 307), p. 569 (Apéndice I), *Documenti diplomatici italiani*, 8.ª serie, XIII, Roma, 1953, p. 39.

[102] *Survey of international affairs. The eve of War 1939*, pp. 204-224. D.B.F.P., 3.ª serie, V, pp. 791-793, VI, pp. 389-391, 407-410, 579-582, 736-761. D.G.F.P., serie D, VI, pp. 674-678 (núm. 497), pp. 977-983 (número 716), pp. 1088-1093 (núm. 783). Ministerio de Asuntos Exteriores de la URSS, *Documents and materials relating to the eve of the Second World War*, Moscú, 1948, II, pp. 67-78 (núms. 13-15), pp. 116-125 (núm. 24).

[103] D.B.F.P., 3.ª serie, VII, pp. 127-128, 177-179, 227-229, 330-332. D.G.F.P., serie D, pp. 566-567 (apéndice I).

[104] D.B.F.P., 3.ª serie, VII, pp. 391, 410-411, 427, 432-433, 447, 469-470. A. J. P. Taylor, *Origins...*, pp. 275, 278.

[105] *Foreign relations of the United States*, 1939, I, Washington, 1956, pp. 355, 392.

[106] D.B.F.P., 3.ª serie VII, pp. 442-443, 449, 477-479, 481, 498-99. D.G.F.P., serie D, VII, pp. 509-510 (núm. 535). M. Gamelin, *op. cit.*, I, pp. 28-29.

[107] D.G.F.P., serie D, VII, p. 514 (núm. 541), D.B.F.P., 3.ª serie, VII, pp. 505-508.

[108] D.G.F.P., serie D, pp. 538-539 (núm. 565), *Documenti diplomatici italiani*, 8.ª serie, XIII, pp. 375-376.

[109] G. Bonnet, *op. cit.*, pp. 296-297, *Foreign relations of the United States 1939*, I, p. 405. D.B.F.P., 3.ª serie, VII, pp. 500, 504. R. J. Minney, *op. cit.*, p. 226.

[110] D.B.F.P., 3.ª serie, VII, pp. 513-514, 518, 524-525. R. J. Minney, *op. cit.*, p. 226-228. M. Gilbert y R. Gott, *op. cit.*, pp. 306-312.

CAP. 14: LA SEGUNDA GUERRA MUNDIAL (1939-1945)

[1] A. S. Milward, *The German economy at war*, Londres, 1965, p. 29.

[2] J. R. M. Butler, *Grand strategy*, vol. II, Londres, 1957, p. 10.

[3] L. F. Ellis, *The war in France and Flanders, 1939-1940*, Londres, 1953, p. 5.

[4] J. R. M. Butler, *op. cit.*, pp. 91-150.

[5] H. A. Jacobsen en H. A. Jacobsen y J. Rohwer (comp.), *Decisive battles of World War II*, trad inglesa, Londres, 1960, pp. 32-33.

[6] Gen. de Cossé-Brissac, "L'Armée allemande dans la campagne de France de 1940", en *Revue d'Histoire de la Deuxième Guerre Mondiale*, París, enero de 1964, pp. 4-5. Gen. Gamelin, *op. cit.*, I, pp. 149-167. J. R. M. Butler, *op. cit.*, pp. 177-179.

[7] L. F. Ellis, *op. cit.*, p. 36. Gamelin, *op. cit.*, II, p. 311. Lt.-Col. Le Goyet, "La percée de Sedan 10-15 mai 1940", en *Revue d'Histoire de la Deuxième Guerre Mondiale 1965*, pp. 25-52. Col. A. Goutard, *The battle of France 1940*, trad. inglesa, Londres, 1958, pp. 116-79.

[8] P. Reynaud, *op. cit.*, II, pp. 396-444.

[9] R. R. A. Wheatley, *Operation Sea Lion*, Oxford, 1958, J. R. M. Butler, *op. cit.*, pp. 209-215, 284-293.

[10] H. Feis, *The road to Pearl Harbor*, Princeton, 1950.

[11] H. A. Jacobsen, *Der Zweite Weltkrieg. Grundzüge der Politik und Strategie in Dokumenten*, Francfort, 1965, p. 168.

[12] H. L. Thomson y L. Mayo, *The Ordinance Department: procurement and supply*, Washington, 1960, p. 263.

[13] W. F. Craven y J. L. Cate (comp.), "Army Air Forces", en *World War II*, VI, Washington, 1955, p. 350.

[14] H. A. Jacobsen, *op. cit.*, p. 169.

[15] C. Webster y N. Frankland, *The strategic air offensive against Germany 1939-1945*, Londres, 1961, IV, p. 481.

[16] *Ibid.*, pp. 472, 480. W. K. Hancock y M. M. Gowing, *British war economy*, Londres, 1949, p. 370.

[17] A. S. Milward, *op. cit.*, p. 47, Central Statistical Office, *Statistical digest of the war*, Londres, 1951, pp. 17-29. C. Webster v N. Frankland, *op. cit.*, IV, pp. 473-474.

[18] *Ibid.*, I, p. 227.

[19] L. Giovanitty y F. Freed, *The decision to drop the bomb*, Londres, 1967. H. Feis, *Japan subdued*, Princeton, 1961.

[20] G. Frumkin, *Population changes in Europe since 1939*, Nueva York, 1951.

[21] X. Lannes, "Les conséquences démographiques de la guerre en Europe", en *Revue d'Histoire de la Deuxième Guerre Mondiale*, París, julio de 1955, p. 7.

[22] A. Dallin, *German rule in Russia 1941-1945*, Londres, 1957, capítulo XIX. H. A. Jacobsen, *Kommissarbefehl und Massenexecutionen sowjetischer Kriegsgefangener*, en H. Buchheim *et alia*, *Anatomie des S.S.-Staates*, II, Olten y Friburgo de Brisgovia, 1965.

[23] A. Toynbee y V. M. Toynbee, *Survey of international affairs 1939-1946. Hitler's Europe*, Londres, 1954, p. 234.

[24] *Ibid.*, p. 245, 249, 253-254. A. Dallin, *op. cit.*, pp. 435-436.

[25] M. Carlyle (comp.), *Documents on international affairs 1939-1946. Vol. II, Hitler's Europe*, Londres, 1954, pp. 231, 188-189.

[26] G. H. Stein, *The Waffen S.S.*, Ithaca, N.Y., 1966, p. 276. A. Toynbee y V. M. Toynbee, *op. cit.*, p 506 A. Dallin, *op. cit.*, p. 76, 210-212.

[27] L. Poliakov, "Quel est le nombre de victimes?", en *Revue d'Histoire de la Deuxième Guerre Mondiale*, octubre de 1956, pp. 88-96. G. Reitlinger, *The final solution*, Londres, 1953, pp. 489-501. R. Hilberg, *The destruction of the European jews*, Chicago y Londres, 1961, p. 767. H. Krausnick, *Judenverfolgung*, en Buchheim *et alia*, *op. cit.*

[28] R. Hilberg, *op. cit.*, pp. 199-201, 203-205, 244-246.

[29] *Ibid.*, pp. 389-421.

[30] *Ibid.*, p. 470. W. Warmbrunn, *The Dutch under German occupation 1940-1945*, Stanford, 1963, pp. 173-174.

[31] R. Hilberg, *op. cit.*, p. 596, 661-662.

[32] *Ibid.*, pp. 211-212.

[33] G. H. Stein, *op. cit.*, pp. 204-205.

[34] R. Hilberg, *op. cit.*, pp. 651-652.

[35] R. Collenot, "L'opposition allemande contre Hitler", en *Revue d'Histoire de la Deuxième Guerre Mondiale*, octubre de 1959, p. 24.

Bibliografía seleccionada

FUENTES

Documenti diplomatici italiani, Roma, 1952 ss.
Documents diplomatiques français 1932-1939, París, 1963 ss.
Documents on British Foreign Policy 1919-1939, Londres, 1947 ss.
Foreign Relations of the United States: Diplomatic Papers, Washington, 1861 ss.
Mantoux, P. (comp.), *Les délibérations du Conseil des Quatre*, París, 1955.
Stresemann, G., *Vermächtnis* (comp. por H. Bernhard), Berlín, 1932-1933.
International Military Tribunal, Nuremberg. Trial of the major war criminals, Nuremberg, 1947-1949.

HISTORIA INTERNACIONAL

Albrecht-Carrié, R., *Italy at the Paris Peace Conference*, Nueva York, 1938.
Bretton, H., *Stresemann and the revision of Versailles*, Stanford, 1953.
Carr, E., *A history of Soviet Russia*, Londres, 1950 ss.
Freund, G., *Unholy alliance*, Londres, 1957.
Gatzke, H., *Stresemann and the rearmament of Germany*, Baltimore, 1954.
Gilbert, M., y Gott, R., *The appeasers*, Londres, 1963.
Keynes, J., *Economic consequences of the peace*, Londres, 1919.
Lloyd George, D., *The truth about the peace treaties*, Londres, 1938.
Di Nolfo, E., *Mussolini e la politica estera italiana 1919-1933*, Padua, 1960.
Scott, W. E., *Alliance against Hitler. The origins of the Franco-Soviet pact*, Durham, N. C., 1962.
Tardieu, A., *La paix*, París, 1921.
Taylor, A., *Origins of the Second World War*, Londres, 1961.
Temperley, H. (comp), *History of the Peace Conference of Paris*, Londres, 1920-1924.
Thimme, A., *Gustav Stresemann*, Hannover y Francfort, 1957.
Toynbee, A., *et alia* (comp.), *Survey of international affairs 1920-1946*, Londres, 1927-1958.
Wandycz, P., *France and her Eastern allies*, Minneapolis, 1962.
Weill-Raynal, E., *Les réparations allemandes et la France*, París, 1938-1947.

ECONOMIA

Arndt, H., *Economic lessons of the nineteen-thirties*, Londres, 1944.
Lewis, W., *Economic survey 1919-1939*, Londres, 1949.

Maizels, A., *Industrial growth and world trade*, Cambridge, 1963.
Svennilson, I., *Growth and stagnation in the European economy*, Ginebra, 1954.

INGLATERRA

Bassett, R., *Nineteen thirty-one*, Londres, 1958.
Mowat, C., *Britain between the wars 1918-1940*, Londres, 1955.
Pollard, S., *Development of the British economy 1914-1950*, Londres, 1962.
Taylor, A., *English history 1914-1945*, Oxford, 1965.

ITALIA

Alatri, P., *Le origini del fascismo*, 3.ª ed., Roma, 1962.
De Felice, R., *Mussolini il rivoluzionario*, Turín, 1965.
Rossi, A. (Tasca), *The rise of Italian fascism*, Londres, 1939.
Salvatorelli, L. y Mira, G., *Storia d'Italia nel periodo fascista*, Turín, 1964.
Welk, W., *Fascist economic policy*, Cambridge, Mass., 1938.

FRANCIA

Bonnefous, G., *Histoire politique de la Troisième République*, París, 1956-1967.
Chastenet, J., *Histoire de la Troisième République*, París, 1952-1963.
Goguel, F., *La politique des partis sous la Troisième République*, París, 1946.
Lefranc, G., *Le mouvement socialiste sous la Troisième République*, París, 1963.
Lefranc, G., *Histoire du front populaire*, París, 1965.
Ligou, D., *Histoire du socialisme en France 1871-1961*, París, 1962.
Néré, J., *La Troisième République*, París, 1965.
Sauvy, A., *Histoire économique de la France entre les deux guerres*, París, 1965 ss.

ESPAÑA

Bolloten, B., *The gran camouflage*, Londres, 1961.
Brenan, G., *The Spanish Labyrinth*, Cambridge, 1943.
Broue, P. y Temime, E., *La Révolution et la Guerre d'Espagne*, París, 1961.
Carr, R., *Spain 1808-1939*, Oxford, 1966.
Jackson, G., *The Spanish Republic and the Civil War 1931-1939*, Princeton, 1965.
Thomas, H., *The Spanish Civil War*, Londres, 1961.

ALEMANIA

Allen, W., *The nazi seizure of power*, Londres, 1966.
Angress, W., *Stillborn revolution*, Princeton, 1963.

Bracher, K., *Die Auflösung der Weimarer Republik*, Villingen, 4.ª ed., 1964.
Bresciani-Turroni, C., *The economics of inflation*, Londres, 1937.
Bullock, A., *Hitler, a study in tyranny*, 2.ª ed., Londres, 1965.
Carsten, F., *Reichswehr und Politik*, 2.ª ed., Colonia y Berlín, 1965.
Dorpalen, A., *Hindenburg and the Weimar Republic*, Princeton, 1964.
Eyck, E., *A history of the Weimar Republic*, Cambridge, Mass., 1962-1964.
Heberle, R., *From democracy to nazism*, Baton Rouge, 1945.
Matthias, E. y Morsey, R., *Das Ende der Parteien*, Düsseldorf, 1960.
Wheeler-Bennett, J., *The nemesis of power*, Londres, 1953.

SEGUNDA GUERRA MUNDIAL

Los estudios más importantes son las historias publicadas en Londres y Estados Unidos.
History of the Second World War, United Kingdom Civil Series, Londres, 1949 ss.
History of the Second World War, United Kingdom Military Series, Londres, 1952 ss.
The United States Army in World War II, Washington, 1947 ss.
Craven, W. y Cate, J. (comp.), *The Army Air Forces in World War II*, Chicago, 1948-1958.
Morison, S., *History of United States naval operations in World War II*, Boston, 1947-1962.

VEASE TAMBIEN

Esposito, V. (comp.), *The West Point Atlas of American Wars*, Nueva York, 1959.
Hilberg, R., *The destruction of the European jews*, Chicago, 1961.

PUBLICACIONES RECIENTES EN INGLES

(Algunos libros valiosos que aparecieron demasiado tarde para ser usados en la preparación de este libro.)
Barker, A. J., *The civilising mission: the Italo-Ethiopian war 1935-1936*, Londres, 1968.
Bradley, J., *Allied intervention in Russia*, Londres, 1968.
Carsten, F. L., *The rise of fascism*, Londres, 1967.
Chapman, G., *Why France collapsed*, Londres, 1968.
Cienciala, A. M., *Poland and the Western powers, 1938-1939*, Londres, 1968.
Compton, J. V., *The Swastika and the Eagle: Hitler, the U.S. and the origins of the Second World War*, Londres, 1968.
Friedlander, S., *Prelude to downfall: Hitler and the U.S. 1939-1941*, Londres, 1967.
Gilbert, M., *The roots of appeasement*, Londres, 1966.
Mayer, A. J., *Politics and diplomacy of peacemaking*, Londres, 1968.
Nicholls, A. J., *Weimar and the rise of Hitler*, Londres, 1968.
Northedge, F. S., *The troubled giant: Britain among the great powers, 1916-1939*, Londres, 1966.
Richardson, H. W., *Economic recovery in Britain 1932-1939*, Londres, 1967.

Robbins, K., *Munich 1938*, Londres, 1968.
Roberts, J. M., *Europe 1880-1945*, Londres, 1967.
Ryder, A. J., *The German revolution of 1918*, Cambridge, 1967.
Seton-Watson, C., *Italy from liberalism to fascism, 1870-1925*, Londres, 1967.
Skidelsky, R., *Politicians and the slump*, Londres, 1967.
Thorne, C., *The approach of War 1938-1939*, Londres, 1967.
Ullman, R. H., *Britain and the Russian Civil War*, Londres, 1968.
Warner, G., *Pierre Laval and the eclipse of France*, Londres, 1968.
Woolf, S. J. (comp.), *European fascism*, Londres, 1968.

Indice alfabético

Abdullah, emir, 39
Acerbo, ley, 176-177
Acuerdo angloruso (1921), 54, 58
Action Française, 194, 197-199, 203, 206
Africa, norte de, 27, 398
Albania, 27, 99, 101, 165, 391
Alcalá Zamora, Niceto, 222, 224, 228
Alejandro, rey de Grecia, 42
Alejandro de Yugoeslavia, 314
Alemania, 1-11, 13-20, 22, 24-25, 27, 29, 31-32, 35, 43-48, 50, 53-98, 100-102, 104-105, 107-109, 111-112, 117-118, 120, 125, 128-134, 137, 149, 152, 162, 178, 189, 192-193, 201, 203, 207-210, 214-215, 233, 239-240, 242-244, 247-250, 253-254, 257-259, 263, 267-283, 291, 293-313, 315-324, 328-335, 337, 339-346, 349-350, 352-353, 355-392, 394-399, 401-402, 404-408, 410-411
Alfonso XIII (España), 220-222
Alianza anglofrancesa, 43, 61, 65, 88
Alianza anglojaponesa, 279
Alianza francoitaliana, 329
Alianza francopolaca, 91, 304, 314
Allenby, comandante, 36, 38
Allenstein, región de, 15
Aloisi, P., 325, 327
Alsacia y Lorena, 9, 66, 87
Amendola, Giovanni, 176-177
anarquismo - anarquistas, 217, 219-220, 223-227, 229, 236
Anatolia, 25, 39-42, 101
Andalucía, 217, 220, 224, 227
Anderson, Sir John, 141
Ankara, 42
Anschluss, 18, 87, 274, 311, 342, 347-348, 365
Aosta, Amadeo, duque de, 174
Armenia, 41
Asia Menor, 39, 42
Asturias, 227-229, 231, 233
Auschwitz, 409
Australia, 278, 288, 350
Austria, 16-17, 22-24, 27-29, 32-33, 35, 43, 87, 111, 130, 274, 297, 301-303, 310-312, 314, 317-318, 329, 335, 342-343, 345-348, 355
Austria-Hungría, 2, 4, 16, 22-25, 28-29, 31, 48
Avanguardisti, 179
Aventino, secesión del, 177
Azaña, Manuel, 222-229, 231, 236

Badoglio, Pietro, 169, 318
Balbo, Italo, 101, 173
Balcanes, 101, 115
Baldwin, Stanley, 75, 141, 146, 148, 344
Balfour, Arthur J., 26, 33, 36
Banato, 30
Barthou, Louis, 80-81, 308-310, 313-315, 317, 333, 341
Baviera, 100, 248-250, 262, 330
Bayona, 198
Beck, Joseph, 304, 313, 334, 367-371, 379
Beck, Ludwig, 347, 361-362
Bélgica, 1, 7-8, 13, 35, 44, 53, 62-63, 77, 79-80, 84-85, 96, 107, 118-119, 125, 127-128, 130, 133, 137, 277, 296, 301, 309, 383, 385-387
Beneš, Dr. Edouard, 349-350, 352-354, 357-359, 366
Berenguer, Dámaso, 222
Bergery, Gaston, 209
Berthelot, Philippe, 91, 276
Bethmann Hollweg, Theodor von, 296
Bianchi, 173
Bismarck, Otto von, 60, 73, 92, 123, 253
Blitzkrieg (guerra relámpago), 383, 385, 391
Blomberg, Werner von, 265, 267, 330-331, 342-343
Blum, Léon, 190-192, 195, 200, 203-205, 209, 212-214, 338-339
Bohemia, 15, 17, 21-22, 24, 359, 366
bolchevismo, 6, 10, 44-45, 48, 51, 54-56, 74, 160-161, 165, 175, 208, 245, 265, 306
Bolonia, 166-168
bomba atómica, 403-404
Bonar Law, Andrew, 75, 77, 82
Boncour, Paul, 197
Bonnet, Georges, 349, 351-360, 363-364, 370, 380-382
Bonomi, Ivanoe, 163, 170, 172
Borah, senador, 290
Brauchitsch, Walther von, 344, 361-362, 385
Brenner, frontera del, 25-27
Brest-Litovsk, 3, 297
Briand, Aristide, 62, 64-66, 68-69, 75, 83, 90-91, 94-98, 195, 210, 271-272, 333
Briand-Kellogg, pacto (1928), 98, 286, 290
Brigadas Internacionales, 234
Brinon, Fernand de, 352
British Union of Fascists (BUF), 151-152
Brockdorff-Ahlefeldt, Erich von, 362
Brunete, batalla de, 233
Brüning, Heinrich, 242, 257-263, 272-275, 280

Buchrucker, Mayor, 248
Bulgaria, 4, 22, 33, 35, 43, 108, 114-115, 117-119, 130, 268, 309, 383, 391
Buxton, Charles, 76

Cagoule, 206-207
Calvo Sotelo, José, 230-231, 235
Camelots du Roi, 194, 198
Camere del Lavoro, 161
Canadá, 278, 350
Cannes, conferencia de, 58
Caporetto, 162
carlismo, carlistas, 218, 225, 228, 231, 235
Casares Quiroga, Santiago, 229, 232, 236
Casas Viejas (Cádiz), 225
Castilblanco (Badajoz), 224
Cataluña, 217-218, 220, 222, 224, 227, 233
Catorce Puntos, 7, 14, 19, 23, 27, 32
Cecil, Lord, 291
Ciano, Galeazzo, 336, 340-341; 348, 374-375, 380-381
Čičerin, G. V., 92
Cieszyn, Ducado de, 28-29, 313
Cilicia, 36
Citrine, W. M., 142-143
Cittadini, General Arturo, 174
Clemenceau, Georges, 4-6, 8-12, 14-18, 26, 37-40, 46-47, 50, 61, 195
Comisión de Asuntos Polacos, 15
Comisión Económica Aliada, 32-33
Comisión de reparaciones, 67, 69, 72, 77, 79-81
Comité de Acción 140
Comité de los dieciocho, 327
Comité de no-intervención, 340
Comité para la Unión y el Progreso, 39
Commonwealth, 273
Companys i Jover, Lluis, 227
Compromiso angloamericano (1919), 65
Confederación Española de Derechas Autónomas (CEDA), 225-228, 230
Confederación General del Trabajo (CGT) (Francia), 195, 200
Confederación General del Trabajo Unido (CGTU), 195, 200
Confederación Nacional del Trabajo (CNT), 217-218, 220-221, 223-224, 227-229, 237
Conferencia sobre Desarme (1932), 280-281, 283, 300-301
Conferencia de Londres (1921), 68-69; (1922), 76; (1924), 83
Conferencia de París (1921), 68
Conferencia de Paz, 5, 10, 15, 18, 22-24, 26-28, 31, 35-36
Consejo de los Cuatro, 6-7, 14-16, 18, 38-39, 45
Consejo de los Diez, 19
Consejo Nacional Checoeslovaco, 24
Consejo de la Sociedad de Naciones, 17, 21, 86, 325-326, 332
Consejo Supremo Aliado, 29, 33
Constantino, rey de Grecia, 42
Constantinopla, 39-41
Cook, A. J., 145
Corea, 285
Corfú, incidente de, 99
Cot, Pierre, 203, 214
Coty, François, 194
County Council de Londres (1937), 152
Croacia, 25, 30
Creditanstalt, 111
Croix de Feu, 194, 198-201, 203, 205-206
Cuno, Wilhelm, 85
Curtius, Julius, 274
Curzon, G. N., 53-54, 66, 79-80
—— línea, 49

Chamberlain, Austen, 88
Chamberlain, Neville, 344-345, 349-352, 355-357, 359-361, 363, 365, 369-371, 376-378, 380, 382
Chanak, 42
Chang Hsue-liang, 284
Chang Tso-lin, 284
Chautemps, Camille, 191, 197-198, 210, 338, 357, 389
Checoeslovaquia, 13, 16-17, 22-24, 28-33, 35, 53, 62, 85, 88, 93, 101, 129-130, 301, 303, 309, 313, 318, 333, 334, 342-344, 348-363, 365-367, 369, 372, 377, 404, 406
China, 19, 134, 209, 283-287, 290-291, 341-342, 392, 394
Churchill, Winston, 365, 390

D'Abernon, Lord, 52, 54, 67
Dahlerus, 376
Daily Mail, 142, 152
Daladier, Édouard, 191, 197, 199-201, 205, 209-210, 213, 298, 308, 349, 351-356, 359-360, 370, 380, 382
Dalmacia, 25, 163, 165
Danubio, 30
D'Annunzio, Gabriele, 28, 163, 165
Danzig, 15, 53-54, 65, 87, 304, 366-368, 377, 379
Darlan, François, 339
Darwin, Charles, 158
Dawes, Charles Gates, 81
Dawes, plan, 80-85, 88, 90-92, 94-96, 242, 251
De Bono, Emilio, 173
De Gaulle, Charles, 185, 389
Delbos, Yvon, 338, 341
Deloncle, 207
Denain, General, 214
Denikin, Anton, 45-46, 48
Deschanel, Paul, 61
D'Esperey, Mariscal Franchet, 206
De Vecchi, 173
Díaz, Armando, 174
Dinamarca, 13, 107, 114-115, 125-126, 128-130, 133, 383
Disraeli, Benjamin, 146
Dollfuss, Engelbert, 311-313, 335
Doriot, Jacques, 206
Doumergue, Louis, 200, 202, 300, 308
Dresde, 401
Drummond, Eric, 324
Duesterberg, Theodor, 262
Duff-Cooper, Alfred, 365

Ebert, Friedrich, 245, 247
Ebro, batalla del, 233
Eden, Anthony, 301, 319, 321, 324-328, 331-332, 335, 338, 345, 349, 365
Egipto, 43, 101-102, 324, 390-391
Eje Roma-Berlín (1936), 329, 341-342, 391
Ejército Rojo, 46, 49, 57, 60, 91, 307, 398, 401, 410
El Alamein, batalla de, 392
Emergency Powers Act- (1920), 140
Erdmannsdorff, Otto von, 409
Eritrea, 322
Erzberger, Matthias, 20, 250
Eslovaquia, 30
Eslovenia, 30
Esmirna, 40-42, 101
España, 116, 120, 128, 130, 133, 205, 207, 209, 216-218, 221-224, 226, 229-230, 233-239, 335-340, 345, 372, 391
Estados Unidos, 1-2, 4-8, 11-12, 21-22, 26-27, 40-41, 50, 65, 74, 76-77, 90, 95, 97, 102, 104-106, 108-112, 119, 131, 134, 147, 149, 189, 197, 214, 239, 242, 273, 276-283, 285, 287-292, 296, 321, 327, 335, 341-342, 344, 383, 385, 390, 392, 394-395, 398, 400, 402-403
Estonia, 47, 306, 309, 374
Etiopía, 100, 317, 320-325, 327-328, 332, 344
Eupen, 13, 96

Facta, Luigi, 163, 170, 172-174
Faisceau, 194, 197
Falange, falangistas, 230-231, 235
fascismo, fascistas, 156-160, 162, 164, 166-172, 174-180, 183-184, 209, 234, 237, 239, 320-322, 339, 344, 365, 372
Farinacci, Roberto, 172
Fasci di Combattimento, 157
Faure, Paul, 209
Federación Anarquista Ibérica (FAI), 217, 227, 229
Federzoni, Luigi, 174
Feisal, Emir, 36-39
Felipe, príncipe de Hesse, 348
Fey, Emil, 311-312
Finlandia, 125, 128-129, 277, 306, 309, 374, 384
FIOM, 160
Fiume, 25-28, 101, 163, 165
Flandin, Pierre Etienne, 189, 194, 202, 327, 331-333, 370
Foch, Ferdinand, 5, 9-10, 19-20, 46, 52, 62-63
Fontainebleau, Memorándum de, 10, 13, 17
Francia, 1-2, 4-6, 8-13, 17, 20-21, 25-27, 35-45, 48, 50-53, 58-59, 61-63, 65-67, 71, 73-74, 76-85, 87-102, 104-105, 107, 109, 127-128, 130, 132, 134, 137, 162-163, 183, 185-186, 188-193, 195-198, 202-212, 215, 228, 234, 237, 243, 272, 274-282, 285, 292, 294, 296, 298-305, 307-310, 313-322, 324, 327-328, 330-343, 345, 348, 350-353, 355, 357-361, 363-365, 370-376, 380-389, 392, 398-399, 401, 404, 406-408
Francisco Fernando, archiduque de Austria, 23
Franco Bahamonde, Francisco, 227, 231, 233-235, 238-239, 336-340, 391
François-Poncet, André, 315
Franklin-Bouillon, Tratado de, 42
Freikorps, 55, 245-246, 248
Frente Patriótico (Austria), 312
Frente Popular (España), 228-229
Frente Popular (Francia), 190-191, 196, 200, 202-208, 212-214, 316, 338
Frick, Wilhelm, 265-266
Fritsch, Werner von, 330, 342-343
Fuero del Trabajo, 235
Galitzia, 23
Gamelin, Maurice, 318, 331, 333-334
Garat, 198
Geddes, Sir Eric, 136
Génova, Conferencia de, 58-59
Georges, general, 206
Gessler, Otto, 249
Gilbert, Parker, 90
Gibraltar, 336, 390
Gil Robles, José María, 225-230
Giolitti, Giovanni, 163-165, 170-173, 175-177
Giral, José, 232
Gleichschaltung, 311, 335, 346
Goded, general, 227, 231
Goebbels, J., 297
Goltz, R., 46, 55
Göring, Hermann, 265-266, 269, 316, 330, 336, 342-344, 347-348, 356, 376
Grabski, L., 29
Gran Consejo Fascista, 178
Grandi, Dino, 279, 322-323
Grecia, 14, 27, 33, 35, 99, 102, 114, 118-119, 125, 268, 309, 371, 383, 391
Groener, W., 54, 260-263
Guariglia, 321

Habsburgo, los, 4, 22-24, 32
Habicht, 312
Hacha, Emil, 366
Haile Selasie, 324-325, 328
Halder, Franz, 362, 375-376, 379, 385
Halifax, Lord, 344-345, 348-349, 352, 356-357, 359-360, 371, 378-382
Hammerstein, von, 265
Hankey, Sir Maurice, 52
Harding, W. G., 76
Hassell, Ulrich von, 329-330, 337
Hegel, Georg, 158
Heimwehr, 311-312, 335
Heines, Edmund, 258
Helfferich, Karl, 71
Helldorf, Wolf H. von, 362
Henderson, Sir Nevile, 283, 348, 378-380
Henlein, Konrad, 353-354

Herriot, Edouard, 83, 197, 275-276, 280, 282, 307
Hesnard, 96-98
Hindenburg, Oskar von, 267
Hindenburg, Paul von, 260-267
Hirohito, emperador, 403
Hiroshima, 403
Hitler, Adolfo, 16, 50, 60, 94, 201, 203, 207-209, 235, 240, 244, 248-250, 254-255, 257-259, 261-270, 272, 280, 283, 292-308, 310-313, 316, 318-320, 328-332, 335, 337, 339-344, 346-348, 350-351, 353-363, 365-370, 372-386, 389-392, 394, 401, 406, 410-411
Hoare, Sir Samuel, 324-327, 357
Hoare-Laval, plan, 325
Hodza, Milar, 358-359
Hoepner, Erich, 362
Hoesch, Leopold von, 315
Holanda, 113, 115, 117-119, 125, 129-130, 133, 383, 385-386
Hoover, Herbert, 289
Hoover, moratoria de, 258, 275, 281
Hossbach, Friedrich, 342
House, Edward, 16, 27
Hugenberg, Alfred, 254-255, 258, 260-261, 265
Hungría, 22, 24, 28-33, 35, 43, 62, 101, 115-116, 130, 268, 301, 314, 342, 359, 367, 370, 383
Hussein, jerife, 36-37

Iglesia española, 218-220, 222, 224, 226, 235, 336
Imperio Otomano, 4, 6, 36, 39
India, 38, 134, 288
Inglaterra, 1-2, 5-8, 11, 20-21, 25-27, 33, 36-38, 41-45, 48, 50-53, 59, 61-68, 73-74, 76-77, 80, 83, 85, 88, 90-91, 94-95, 99-102, 104-109, 111, 120, 122-123, 125-126, 128-140, 143-144, 146, 148-149, 151, 153, 162-163, 182, 186, 188-189, 192-194, 208-209, 214, 231, 237, 239, 242, 273-279, 281-283, 285, 287-292, 296, 299-303, 307-310, 314, 318-328, 330, 332-335, 337-339, 341, 344-345, 348-351, 354-361, 363, 365, 368, 370-385, 387-392, 394-399, 404
Internacional Comunista, 54, 339
Istria, 163, 165
Italia, 1-2, 6, 8, 22, 24-29, 33, 35, 40-42, 50, 76-77, 79, 80, 85, 98-101, 105, 116-117, 119-120, 125, 127-128, 130, 133, 156-165, 168, 174, 181-184, 204, 207-208, 233, 276-279, 285, 291, 301-303, 307, 309-311, 314, 317-326, 328-330, 332-334, 336-337, 339-341, 343, 345, 348, 360, 363, 375, 389, 398-399, 406, 408

Jackson, Robert H., 238
Japón, 1, 6, 74, 104-105, 134, 271, 278-279, 283-292, 296, 306-307, 341-342, 344, 383, 392, 394, 398, 401-404
Jeunesses Patriotes, 194, 199, 206
Jouhaux, Léon, 204
judíos, 365, 405, 407-410
Jusserand, J. A. A. J., 12

Kahr, Gustav von, 249-250, 267
Kámenev, Lev, 52
Kapp, W., 55-56; *putsch* de, 55-56, 63, 246, 248, 253
Keitel, Wilhelm, 347, 354-355, 406
Kellogg, Pacto, 98, 286, 290
Kemal, Mustafá, 40-43
Kennedy, Joseph P., 380-381
Kenya, 101
Keynes, J. Maynard, 6-7, 20, 68, 75
Kiev, 49
Kleist, Ewald von, 362, 410
Kolčak, Aleksandr, 45, 48
Kopp, 57
Korfanty, W., 64
Kun, Béla, 31
Kuomintang, 284

La Chambre, Guy, 214
Lacroix, 357, 359
Lansing, Robert, 7, 16-17
Largo Caballero, Francisco, 221-222, 224, 227, 229, 236-237
Lausana, Conferencia de (1932), 258, 276-277; Tratado de, 22, 43
Laval, Pierre, 189, 202, 207, 209, 213, 276, 314-317, 319, 321-322, 324-325, 327, 333
Lawrence, T. E., 36-38
League of Nations Union, 323
Lebrun, Albert, 339, 389
Legión Extranjera, 228
Lemay, Curtis, 403
Lenin, Vladimir Ilyich, 48, 52, 57, 162, 165
Le Rond, general francés, 64
Lerroux, Alejandro, 223, 225, 227-229, 231
Letonia, 47, 306, 309
Letrán, Pactos de, 178
Leygues, Georges, 50
L'Humanité, 201
Líbano, 36
Liebmann, Kurt, 294
Liga Socialista (Inglaterra), 152
Indley, Sir Francis, 290
Lindsey, Sir Ronald, 287
Lipski, Joseph, 367-368
Lituania, 47-48, 306, 309, 374
Litvinov, Maxim, 306-307, 309, 314, 373
Lloyd George, David, 4-18, 20, 26, 29, 37-42, 46-47, 50-52, 54-55, 58, 62-65, 68-69, 74-75, 95, 151, 279, 315
Locarno, Tratados de, 85-88, 90-97, 100, 251, 272-273, 279-281, 300, 309, 318-319, 329-332, 334, 350
Lord, R. H., 14
Lossow, von, 249-250
Loucheur, Louis, 8, 58
Ludendorff, Erich, 250, 297
Luther, Hans, 251
Lüttwitz, Walther, 55
Luxemburgo, 107, 334, 385
Lytton, Informe, 291

MacDonald, Ramsay, 83, 147-148, 280, 287, 302
Maginot, línea, 91, 213, 387
Malmedy, 13, 96
Manchuria, 284-286, 289-292, 323, 392
Mangin, Ch. M. E., 10
Manstein, Erich von, 386, 410
Marienwerder, 15
Marruecos, 218-220, 227, 231-233
Martin, Germain, 194, 276
Martínez Barrio, Diego, 228, 232
Marx, Karl, 165
Masaryk, Tomas, 24
Massigli, René, 292
Matteoti, Giacomo, 177
Maurin, L. F., 331, 333
Max, Príncipe de Baden, 245
Mediterráneo, Pacto del, 309
Mein Kampf, 293-294, 297, 299, 306
Memel, 368
Mesopotamia, 36-37, 39, 43
MICUM, 78
Miklas, Wilhelm, 347
Millerand, Alexandre, 50-53, 63, 333
Modigliani, Emanuele, 162
Mongolia, 286
Mola, Emilio, 231-232, 235
Molotov, Viacheslav Michailovitch, 305, 373-374
Moltke, H. James von, 303-304
Mond, Sir Alfred, 143
Mond-Turner, Conversaciones, 143
Montenegro, 24
Moresnet, 13
Morgenthau, Plan, 397
Mosley, Sir Oswald, 149, 151-152
Mosul, 37, 101
Mukden, Conferencia de, 285
Müller, Hermann, 259-260
Mussolini, Arnaldo, 101
Mussolini, Benito, 28, 77-78, 80, 98-102, 151-152, 156-159, 164, 166, 168, 171-182, 194, 200, 202, 233, 235, 279, 301-302, 311-314, 317-318, 321-330, 332, 335-336, 340-341, 344-346, 348, 360, 375-376, 380, 389-391, 398, 408

Nadolny, 306
Nagasaki, 403
nazismo-nazis, 100, 152, 178, 203, 208, 249, 251, 255-268, 270-272, 306, 310-312, 344, 346-347, 351-352, 382, 408-412
Negrín, Juan, 237-238
Neuilly, Tratado de, 22, 33
Neurath, K. von, 267, 304, 310, 315, 330, 342-343
New Deal, 131
New Party, 151
Newton, Basil, 349, 357-358
Nicolson, Harold, 14
Nitti, F. S., 41, 163, 176
Nöel, L., 334
Noruega, 118, 125, 130, 133, 383-385
Noske, Gustav, 20, 246
NSKK (voluntarios nazis), 334
Nueva Política Económica, 48
Nueva Zelanda, 278, 288, 350
Nuremberg, 355
NUWM, 139

Office du Blé, 191
Ogaden, Provincia de, 324
Okinawa, 402
Olbricht, Friedrich 411
Opera Nazionale Balilla, 179
Organización Internacional del Trabajo (ILO), 124
Orlando, V. E., 6, 16-17, 25, 41, 163, 173, 176-177
OVRA, 178

Pacto anti-Komintern, 341, 367
Pacto de no-agresión germanoruso (1939), 374
Pacto de las Cuatro Potencias, 302-303, 309, 317, 363
Pacto francosoviético, 202, 208, 305, 307, 314, 318, 329-330
Pacto de Munich (1938), 360-365, 369
Pacto nazisoviético, 209
Pacto de la Sociedad de Naciones, 86, 309
Palestina, 36, 39
Papen, Franz von, 263-265, 267-268, 272, 277, 303, 307, 346
París, Incidentes de (1934), 196, 199-200
París, Paz de, 4, 22, 49
Parti Franciste, 198-199, 206
Parti Populaire Français, 206
Partido Bávaro del Pueblo (BVP), 248, 253, 255, 259, 262
Partido Alemán del Pueblo (DVP), 253, 259, 271
Partido Nacionalista Popular Alemán (DNVP), 251, 254, 258, 260, 262, 264
Partido Obrero Nacionalsocialista Alemán (NSDAP), 248, 255, 264
Partido Comunista Alemán (KPD), 244-245, 247, 255-256
Partido Socialdemócrata (SPD), 244-245, 247, 254-257, 259, 261-264, 266
Partido Democrático Alemán (DDP), 244, 259, 262
Parti Social Français, 205-206
Partido del Centro (Alemania), 253-255, 259, 262, 264, 266
Partido Comunista Francés, 196, 200-201, 203, 206, 209, 338
Partido Comunista Español, 216, 237, 336
Partido Comunista (Inglaterra), 139, 149-150
Partido Conservador (Inglaterra), 146, 150, 152-153
Partido Laborista (Inglaterra), 140, 142, 145-153, 257
Partido Liberal (Inglaterra), 146, 150, 153
Partido Popular (Italia), 157, 163-164, 172, 175-176

Partido Radical (Francia), 194, 197, 201-203, 211
Partido Socialdemócrata (Alemania), 89
Partido Socialista (España), 216
Partido Socialista (Francia), 195, 200-201
Partido Socialista (Italia), 162
Paul-Boncour, Joseph, 308
Pearl Harbor, 392, 402
Pequeña Entente, 62, 88, 101-102, 303, 309, 342
Pérsico, Golfo, 38
Perticone, G., 166
Pétain, Philippe, 185, 206, 210, 213, 282, 388-389
Phipps, Sir Eric, 299
Pilsudski, Josef, 48-49, 52-54, 91, 298, 304-305, 313
Poincaré, Raymond, 5, 10, 20, 42, 58-59, 62, 66-67, 73, 77, 79-83, 85, 90-91, 95-97, 188, 189, 192, 194-195, 197, 250, 333
Polonia, 5, 13-16, 18, 22-24, 28-29, 31, 33, 35, 46, 48-49, 51-57, 59-65, 85, 87-89, 91-94, 114-115, 117-118, 129-130, 209, 295, 298, 300, 303-304, 307, 309-310, 313-314, 318, 333-334, 342, 351, 359, 363, 366-383, 404-407
Pomerania, 15
Portugal, 114, 118-119, 125, 130, 232-233
Posnania, 15, 87
POUM, 237
Pratt, Sir John, 287-288
Pravda, 201
Prieto, Indalecio, 229-230
Primo de Rivera, José Antonio, 230-231, 235
Primo de Rivera, Miguel, 220-222
Prusia, 6, 9, 15, 47, 57, 246, 253-254, 258, 262, 266, 367, 368
Pugliese, Emanuele, 173

Quinto Regimiento, 234

Radek, Karl, 306
Raeder, Erich, 342
Rapallo, Tratado de (italoyugoeslavo), 27 165
Rapallo, Tratado de (rusogermánico), 59, 74, 91
Rathenau, Walter, 56, 59, 73, 250
Raynaldy, Eugène, 198
Reinhardt, Walther, 55
Reichenau, Walter von, 409-410
Reichstag, 20, 89, 98, 244, 251, 254-255, 259-261, 263-266, 271, 273
Reichswehr, 55-56, 58, 60, 78, 89, 91, 100, 245-250, 253, 258, 260-264, 280, 294, 305
Renania, 10-12, 84-85, 88, 94, 98, 100, 208, 247, 250, 317, 320, 330-334, 387
Reynaud, Paul, 189, 191-193, 205, 388-389
Ribbentrop, Joachim von, 320, 330-331, 336, 341, 344, 363-364, 367-368, 374, 378-379
Rin, 9-11, 63, 65, 79
Riga, acuerdo de, 49-50
Rintelen, 312
Riom, proceso de, 212
Rocque, Coronel de la, 198-200, 206
Röhm, Ernst, 152, 267
Roma, marcha sobre, 160, 171-174, 194, 200
Rommel, General, 391
Roosevelt, Franklin D., 342, 345, 394, 398
Rosenberg, 306
Rothermere, Vizconde, 152
Ruhr, región del, 56, 63, 68, 75, 78-83, 88, 94, 99, 132, 140, 240, 246-248, 400
Rumania, 22, 24, 29-31, 33, 35, 46, 62, 88, 101, 108, 113, 115, 118-119, 130, 268, 303, 309, 318, 333-334, 342, 352, 363, 370-371, 374, 377, 383, 391, 401
Runciman, Lord, 354
Rundstedt, General von, 386, 410
Rusia, 1, 3-4, 9, 25, 30, 35, 42, 44-61, 74-76, 89, 91-94, 102, 108, 110, 115-116, 124, 140, 195, 201, 208-209, 234, 237-238, 243, 247, 274, 280, 283-284, 291, 294-297, 305-310, 313-314, 316, 318-319, 339-341, 360-361, 363, 367, 370, 372-375, 383, 385, 390-392, 394, 397-398, 401, 405-407, 409, 411
Rutenia, 30, 366-367
Rydz Smigy, General, 334

SA (Sturmabteilung), 258-259, 262-263, 266-267, 280, 294, 334
St. Aulaire, Conde, 65
St. Germain, Tratado de, 22-23
Saint-Jean-de-Maurienne, Acuerdos, 25, 98
Sajonia, 246-249
Salandra, Antonio, 173-174, 176-177
Salengro, Roger, 205
Samuel, Sir Herbert, 143
Sanjurjo, José, 222, 225, 231, 235
Sarraut, Albert, 197, 202, 211
Sarre, Cuenca del, 12-13, 94, 96, 98, 301, 316, 334
Sarre, Minas del, 12-13
Sarzana, 169
Sauvy, Alfred, 190
Schirach, Baldur von, 410
Schacht, Hjalmar, 89
Schlageter, Leo, 79
Schleicher, General von, 259-265, 267-268, 280, 303
Schleswig-Holstein, 13, 255
Scheidemann, Philipp, 89, 245
Schlieffen, Plan, 385
Schober, Johann, 274
Schuschnigg, Kurt, 335, 346-348
Schwerin, Friedrich von, 296
Schwerin-Krosigk, Lutz, 268
Seeckt, General von, 47, 56-60, 246, 248-250, 253, 293, 296
Seisser, Coronel von, 249
Seldte, Franz, 265
Serbia, 1, 14, 24
Serrano Suñer, Ramón, 230
Sèvres, Tratado de, 22, 41-43
Seyss-Inquart, Arthur, 346-347
SFIO, 195, 197, 203
Sforza, Carlo, 170
Siberia, 45

Silesia, 6, 57; Alta Silesia, 14-15, 58, 62-65, 68, 87
Simon, Sir John, 287, 289-291, 302, 310, 324, 357, 360
Simons, Walter, 57, 68
Sindicatos Libres, 220
Siria, 36-39, 43, 61
Smoot-Hawley Tariff, 111
Smuts, Jan Christiaan, 20
Snowden, Philip, 76, 147
Sociedad de Naciones, 3, 9, 13, 15, 18-21, 32, 62-64, 84-89, 92-93, 95-96, 99, 117, 124, 207-208, 271, 273, 280-282, 286-292, 300, 303, 308, 314-316, 323-329, 333, 350
Solidarité Française, 197, 206
Somalia, 321-322
Sonnino, Sidney, 25
Sosnkowski, Mariscal, 303
Spa, 29, 67
Speer, Albert, 396
ss,las, 267, 294, 334, 405-410
Stahlhem, 260, 262, 265-266
Stahremberg, Príncipe Ernst von, 311-312, 335
Stalin, José, 16, 102, 202, 247, 295, 306-307, 316, 339, 363, 372, 374, 397
Stalingrado, batalla de, 392
Stauffenberg, C. S. von, 411
Stavisky, Sacha, 198
Stimson, Henry L., 281, 287, 289-291
Stinnes, Hugo, 67
Strasser, Gregor, 264, 267
Stresa, conferencia de, 318, 320, 322, 328-329
Stresemann, Gustav, 83-98, 102, 246, 251, 253, 271-272, 280, 293, 302, 306, 368
Stülpnagel, K. H. von, 410
Sturzo, Don Luigi, 164, 172-173, 175-176
Sudetes, 29, 349, 351-356, 361
Suecia, 114-115, 117, 125, 128, 130, 133, 384
Suez, Canal de, 38, 326
Suiza, 119, 128, 130
Suvich, Fulvio, 330
Sykes-Picot, Acuerdo, 36-38

Taittinger, Pierre, 194
Tardieu, André, 12, 194-195, 276, 281
Taylor, A. J. P., 295
Tellini, Enrico, 99
Tercera Internacional, 196, 216
Teruel, batalla de, 233
Thälmann, Ernst, 262
Thaon di Revel, Almirante, 174
Thoiry, 96-98
Thomas, J. H., 142, 151, 238
Thorez, Maurice, 201, 209
Tippelskirch, Werner von, 409
Tirol, 100
Tiso, Josef, 366
Todt, Fritz, 396
Tours, Congreso de, 195
Tower, Sir Reginald, 53
Tracia, 39, 41, 43
Trades Union Congress (TUC), 139, 141-143
Transilvania, 23, 30
Transjordania, 39
Tratado anglopolaco, 369, 375
Tratado de Berlín (1926), 93, 306
Tratado francocheco (1924), 62
Tratado de Londres (1915), 25-26, 98, 101, 163, 317
Tratado de Londres (1930), 279
Tratado de no-agresión germano-polaco, 309, 314
Tresckow, Hans Henning von, 411
Treves, Claudio, 162, 172
Trianón, Tratado de, 22, 29, 33
Triple Alianza, 140
Trott Zu Solz, Adam von, 378
Túnez, 101, 317, 322, 364
Turati, Filipo, 162, 172
Turingia, 247-249
Turquía, 4, 22, 25, 27, 35-36, 39-43, 61, 101-102, 268, 309
Ucrania, 48, 297, 307, 367
Unión Aduanera Austroalemana, 258, 273-274
Union des Intérêts Économiques, 194
Unión General de Trabajadores (UGT) España, 216-218, 221-223, 227, 229
Ustači, 314

Vansittart, Sir Robert, 287, 299, 322-324
Varsovia, 49, 54, 57
Vaticano, 175, 224
Venizelos, Sófocles, 40-42
Versalles, Tratado de, 2, 4, 6-7, 11, 14, 17-20, 22, 25, 33, 47, 50, 56-57, 59-61, 63, 66-68, 77, 80, 84-85, 87-89, 94, 102, 208, 244-245, 274, 278, 280-282, 293, 300, 306, 316, 320, 329, 333, 364, 366, 380
Vichy, Gobierno de, 210, 212, 389, 407
Víctor Manuel III, 173-174, 32
Voroshílov, Klementi, 307
Vuillemin, General Joseph, 214

Washington, Tratado de, 278-279
Wehrmacht, 365-366
Weichs, General von, 294
Weill-Raynal, 278
Weimar, República de, 243-244, 246, 254
Weizsäcker, Ernst von, 362, 409
Wellesley, Sir Victor, 288
Wenner-Gren, 376
Westarp, Conde Kuno, 254
Westerplatte, el, 304
Weygand, Maxime, 52-53, 282, 298, 388
Wilhem, Príncipe de la Corona, 86-88
Wilson, Sir Horace, 345, 360, 376-377
Wilson, Woodrow, 2-14, 16-21, 23-28, 32, 39-40, 45, 47, 163
Witzleben, Erwin von, 362
Wohlthat, Helmuth, 376-377

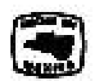
Wörmann, 409
Wrangel, Peter, 46, 48-49, 51-52
Württemberg, 262

Young, Owen D., 81, 90
Young, Plan, 90-91, 96-97, 102, 254, 257, 271, 275-276
Yudenič, N., 45
Yugoeslavia, 8, 22-31, 33, 35, 62, 88, 101, 108, 114-115, 118-119, 125, 130, 165, 268, 303, 309, 314, 318, 333-334, 342, 383, 391, 404

Zara, 27, 165
Ždanov, 372
Zogú, Ahmet, 101

Indice de ilustraciones

1. Europa de 1919 a 1937 34
2. Europa en 1942 393



impreso en editorial romont, s.a.
presidentes 142 - col. portales
del. benito juárez - 03300 méxico, d.f.
dos mil ejemplares y sobrantes
4 de agosto de 1987

HISTORIA UNIVERSAL SIGLO XXI

* 1. **Prehistoria**
* 2. **Los Imperios del Antiguo Oriente**
I. Del Paleolítico a la mitad del segundo milenio
* 3. **Los Imperios del Antiguo Oriente**
II. El fin del segundo milenio
* 4. **Los Imperios del Antiguo Oriente**
III. La primera mitad del primer milenio
* 5. **Griegos y persas**
El mundo mediterráneo en la Edad Antigua, I
* 6. **El helenismo y el auge de Roma**
El mundo mediterráneo en la Edad Antigua, II
* 7. **La formación del Imperio romano**
El mundo mediterráneo en la Edad Antigua, III
* 8. **El Imperio romano y sus pueblos limítrofes**
El mundo mediterráneo en la Edad Antigua, IV
* 9. **Las transformaciones del mundo mediterráneo. Siglos III-VIII**
* 10. **La Alta Edad Media**
* 11. **La Baja Edad Media**
* 12. **Los fundamentos del mundo moderno**
Edad Media tardía, Renacimiento, Reforma
* 13. **Bizancio**
* 14. **El Islam**
I. Desde los orígenes hasta el comienzo del Imperio otomano
* 15. **El Islam**
II. Desde la caída de Constantinopla hasta nuestros días
* 16. **Asia Central**
* 17. India
Historia del subcontinente desde las culturas del Indo hasta el comienzo del dominio inglés
* 18. **Asia Sudoriental**
Antes de la época colonial
* 19. **El Imperio chino**
* 20. **El Imperio japonés**
* 21. **América Latina**
I. Antiguas culturas precolombinas
* 22. **América Latina**
II. La época colonial
23. **América Latina**
III. De la independencia a la crisis del presente
24. **El período de las guerras de religión, 1550-1648**
25. **La época de la ilustración y el Absolutismo, 1648-1770**
* 26. **La época de las revoluciones europeas, 1780-1848**
* 27. **La época de la burguesía**
* 28. **La época del Imperialismo**
Europa, 1885-1913
29. **Los imperios coloniales desde el siglo XVIII**
30. **Los Estados Unidos de América**
* 31. **Rusia**
* 32. **Africa**
Desde la prehistoria hasta los Estados actuales
* 33. **Asia contemporánea**
* 34. **El siglo veinte, I. 1918-1945**

* Volúmenes publicados hasta mayo de 1978.

HISTORIA DE EUROPA SIGLO XXI

La HISTORIA DE EUROPA SIGLO XXI ofrece una interpretación de los acontecimientos vividos en el Continente a partir de la Alta Edad Media y hasta la Segunda Guerra Mundial, sin soslayar los aspectos sociales, económicos y culturales de cada momento histórico.

* HOLMES, G. A.: *La Europa de la Baja Edad Media (1320-1450).*
* HALE, J. R.: *La Europa del Renacimiento (1480-1520).*
* ELTON, G. R.: *La Europa de la Reforma (1517-1559).*
* ELLIOTT, J. H.: *La Europa dividida (1559-1598).*
* STOYE, J.: *El despliegue de Europa (1648-1688).*
* OGG, D.: *La Europa del Antiguo Régimen (1715-1783).*
* RUDÉ, G.: *La Europa revolucionaria (1783-1815).*
* DROZ, J.: *Europa: Restauración y Revolución (1815-1848).*

GRENVILLE, J. A. S.: *La Europa remodelada (1848-1878).*

* WISKEMANN, E.: *La Europa de los dictadores (1919-1945).*

* Volúmenes publicados hasta abril de 1978.

ESTUDIOS DE HISTORIA CONTEMPORANEA SIGLO XXI

AYMES, J. R.: *La guerra de la Independencia en España (1808-1814).*

BALCELLS, A.: *Cataluña contemporánea, I (siglo XIX).*

BALCELLS, A.: *Cataluña contemporánea, II (1900-1936).*

BECARUD, J., y LÓPEZ CAMPILLO, E.: *Los intelectuales españoles durante la II República.*

CALERO, A. M.: *Movimientos sociales en Andalucía (1820-1936).*

CONARD-MALERBE, P.: *Guía para el estudio de la historia contemporánea de España.*

DESVOIS, J. M.: *La prensa en España (1900-1931).*

FERNÁNDEZ CLEMENTE, E.: *Aragón contemporáneo (1833-1936).*

GARMENDIA, V.: *La segunda guerra carlista.*

LÓPEZ-CORDÓN, M. V.: *La revolución de 1868 y la I República.*

MAURICE, J.: *La reforma agraria en España en el siglo XX (1900-1936).*

MAURICE, J., y SERRANO, C.: *J. Costa: crisis de la Restauración y populismo (1875-1911).*

RUIZ, D.: *Asturias contemporánea (1808-1936).*

SOLÉ TURA, J., y AJA, E.: *Constituciones y períodos constituyentes en España (1808-1936).*

TUÑÓN DE LARA, M.: *La II República* (2 vols.).

VIÑAS, R.: *La formación de las Juventudes Socialistas Unificadas (1934-1936).*

Volúmenes publicados hasta abril de 1978.

Esta HISTORIA UNIVERSAL SIGLO XXI, preparada y editada inicialmente por Fischer Verlag (Alemania), la publican simultáneamente Weidenfeld and Nicolson (Gran Bretaña), Feltrinelli (Italia), Bordas Editeur (Francia), Dell Publishing Co. (EE. UU.). Sigue un nuevo concepto: exponer la totalidad de los acontecimientos del mundo, dar todo su valor a la historia de los países y pueblos de Asia, África y América.
Resalta la cultura y la economía como fuerzas que condicionan la historia.
Saca a la luz el despertar de la humanidad a su propia conciencia.
En la HISTORIA UNIVERSAL SIGLO XXI han contribuido ochenta destacados especialistas de todo el mundo.
Consta de 36 volumenes, cada uno de ellos independiente, y abarca desde la prehistoria hasta la actualidad.



ISBN 968-23-0261-7